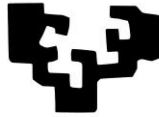


eman ta zabal zazu



Universidad del País Vasco Euskal Herriko Unibertsitatea

Programa de Doctorado *Europa y el Mundo Atlántico: poder, cultura y sociedad*

Facultad de Letras.

Estrategia y táctica militar en la Castilla del siglo XV (1407-1492)



TESIS DOCTORAL

Realizada por:

Ekaitz Etxeberria Gallastegi

Dirigida por

Dr. José Ramón Díaz de Durana Ortiz de Urbina

Dr. Jon Andoni Fernández de Larrea Rojas

Vitoria-Gasteiz, 2019

Cry 'Havoc', and let slip the dogs of war

William Shakespeare, *Julius Caesar*, III, I. 273.

‘No hay más Castilla; si no, más guerras habría’

Fernando del Pulgar, Letra XXV, *Epistolario Español*, BAE, vol. XIII.

Índice

Agradecimientos.....7

Introducción.....11

I. PREPARANDO EL TERRENO

1. Estado de la cuestión y análisis de las fuentes 15

1.1. La historiografía europea occidental.....15

1.1.1. Los autores clásicos.....15

1.1.2. La renovación historiográfica.....25

1.2. Historiografía sobre el Cuatrocientos castellano.....39

1.3. Análisis de las fuentes.....49

1.3.1. Crónicas de los reinados.....53

1.3.2. Biografías particulares.....58

1.3.3. Cartas oficiales y correspondencia privada.....62

II. PLANEANDO LA ACCIÓN

2. Organización y liderazgo militar 67

2.1. Los ejércitos castellanos del siglo XV: reclutamiento, composición y organización.....67

2.2. El liderazgo militar.....73

2.2.1. La formación militar de la nobleza.....74

2.2.2. Los mecanismos de acceso al liderazgo.....82

2.2.3. La práctica del liderazgo.....88

3. Estrategia militar 97

3.1. Aproximación indirecta, guerra de desgaste y estrategias de expansión.....98

3.2. La búsqueda de batalla119

3.2.1. Propaganda y ‘hábito de victoria’: ¿una estrategia vegeciana?.....119

3.2.2. Comandantes buscadores de batalla: Álvaro de Luna como paradigma.....131

3.2.3. La batalla como fin: la Guerra de Sucesión Castellana y la batalla de Toro.....145

III. EN CAMPAÑA

4. Guerra de desgaste: incursiones y cabalgadas 155

4.1. Objetivos de las incursiones.....157

4.2. Orden de marcha.....168

4.3. Castrametación.....175

4.4. Tamaño y estructura de las huestes.....181

4.5. Duración de las incursiones y estacionalidad.....187

4.6.	Tácticas.....	192
5.	Asedios y guerra de posición	205
5.1.	Técnicas de expugnación.....	207
5.1.1.	Asaltos por sorpresa.....	207
5.1.2.	Asaltos directos.....	215
5.1.3.	Cercos y bloqueos.....	229
5.2.	Artillería pirobalística.....	250
5.3.	Urban Warfare.....	265
6.	Pitched Combats: Battles and Skirmishes	277
6.1.	Size of the armies, duration and losses.....	281
6.2.	Deployment and Battle Order.....	295
6.3.	Battle tactics.....	305
6.3.1.	Heavy Cavalry.....	305
6.3.2.	Light Cavalry.....	310
6.3.3.	Infantry.....	313
	The aftermath: Conclusions.....	321
	Fuentes y Bibliografía.....	331
	Anexo I. Tablas.....	375
	Anexo II. Órdenes de marcha.....	377

Índice de mapas:

Mapa nº 1.	Frontera castellana con Navarra y Aragón durante la guerra de 1429-30.....	105
Mapa nº 2.	Movimientos de tropas durante junio-julio de 1429.....	134
Mapa nº 3.	Desarrollo de la guerra contra Granada de 1430-9.....	106
Mapa nº 4.	Movimientos de tropas durante mayo-julio de 1475.....	147
Mapa nº 5.	Movimientos de tropas inmediatamente anteriores a la batalla de Toro (15 de febrero a 1 de marzo de 1476).....	150
Mapa nº 6.	Ruta seguida por la cabalgada de Álvaro de Luna (17-22 de mayo de 1431). Los puntos representan las etapas realizadas.....	124
Mapa nº 7.	Ruta seguida por la cabalgada de Fernando el Católico (11-26 de junio de 1483).....	203
Mapa nº 8.	Ruta seguida por la cabalgada dirigida por el Maestre de Santiago y el Marqués de Cádiz (marzo de 1484).....	161
Mapa nº 9.	First Battle of Olmedo (1445).....	304

Índice de tablas:

Tabla nº 1. Años en guerra en la Castilla del XV.....	375
Tabla nº 2. Capitanías fronterizas en la guerra contra Vavarra y Aragón (1429-30).....	375
Tabla nº 3. Capitanías fronterizas en la guerra contra Granada (1430-31).....	376
Tabla nº 4. Capitanías fronterizas en la guerra contra Granada (1431-39).....	376
Tabla nº 5. Volumen y composición de las huestes en incursiones menores.....	182
Tabla nº 6. Volumen y composición de las huestes en las grandes incursiones.....	183
Tabla nº 7. Duración de las incursiones.....	188
Table nº 8. Number of combatants in the battles of the reign of Juan II...282	
Tabla nº 9. Number of combatants in the battles of the reign of the Enrique IV.....	283
Tabla nº 10. Number of combatants in the battles of the reign of the catholic kings.....	283
Tabla nº 11. Number of casualties in battles against other Christians.....	291
Tabla nº 12. Number of casualties in battles against Muslims.....	295

Índice de diagramas:

Fig. 1: Antequera, 1410.....	377
Fig. 2: Cabalgada de Álvaro de Luna, 1431.....	377
Fig. 3: Campaña de La Higuera, 1431.....	378
Fig. 4: Cabalgada de Miguel Lucas de Iranzo en el reino de Granada, 1462.....	378
Fig. 5: Cabalgada dirigida contra la Axarquía malagueña, 1483.....	379
Fig. 6: Cabalgada de Fernando el Católico en la Vega de Granada.....	380
Fig. 7: Cabalgada dirigida contra los alrededores de Málaga, 1484.....	381
Fig. 8: Entrada en el reino de Granada, 1485.....	381
Fig. 9: Hueste dirigida al asedio de Vélez-Málaga, 1487.....	382
Fig. 10: Hueste dirigida al asedio de Baza, 1489.....	383
Fig. 11: Internal composition of Álvaro de Luna's <i>battle</i> at the Battle of Olmedo, 1445.....	298

ABREVIATURAS

CA: Crónica anónima de Enrique IV de Castilla

CAL: Crónica de don Álvaro de Luna

CEIV-AP: Crónica de Enrique IV de Alfonso de Palencia

CEIV-EC: Crónica de Enrique IV de Diego Enríquez del Castillo

CH: Crónica del Halconero de Juan II

CIRC: Crónica incompleta de los Reyes Católicos

CJII-BAE: Crónica de Juan II, ed. de la Biblioteca de Autores Españoles

CJII-CODOIN: Crónica de Juan II de Castilla, ed. Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España, volumen C.

CJII-G: Crónica de Juan II de Castilla, ed. Michel García

CRC-DV: Crónica de los Reyes Católicos de Diego de Valera

CRC-FP: Crónica de los Reyes Católicos de Fernando del Pulgar

GG: Guerra de Granada de Alonso de Palencia (Palencia, *Crónica de Enrique IV*, III, 75-240.

GH: Gesta Hispaniensa

HCMLI: Hechos del Condestable Miguel Lucas de Iranzo

HHMC: Historia de los Hechos del Marqués de Cádiz

IV Década: IV década de Alonso de Palencia.

MDH: Memorial de Diversas Hazañas

MRC: Memorias del reinado de los Reyes Católicos

RF: Refundición del Halconero

Vegecio: Epitoma Rei Militaris/Compendio de técnica militar

VHMAAM: Vida e historia del maestro de Alcántara don Alonso de Monroy

Agradecimientos

Suele decirse que realizar un doctorado es un viaje en el que se contraen innumerables deudas de gratitud. Esta tesis no es diferente. A lo largo de los últimos cuatro años han sido muchos los que de una forma u otra me han ayudado y han hecho más llevadero el -en ocasiones- exasperante proceso, que ahora llega a su fin. Si en esta relación hay alguna ausencia será por descuido, nunca por falta de gratitud.

En primer lugar, quisiera mencionar a mis dos directores, José Ramón Díaz de Durana y Jon Andoni Fernández de Larrea. No tengo palabras para describir todo lo que me han ayudado y han hecho por mí durante todo este tiempo y cualquier nota de agradecimiento no les haría justicia. Ellos me han enseñado el oficio del Historiador y han sabido guiarme con entrega y -a veces excesiva- paciencia a lo largo de todo el proceso. Las largas charlas peripatéticas debatiendo diversas cuestiones con Jon Andoni han sido tan importantes para la finalización de este proyecto como la habilidad de Ramón para superar cualquier dificultad y dar ánimos cuando eran más necesarios. Por todo ello, gracias.

Quisiera también expresar mi agradecimiento a todos los miembros del área de Historia Medieval: Juan José Larrea Conde, Ernesto Pastor Díaz de Garayo, Ernesto García Fernández, José Antonio Munita Loinaz, José Ángel Lema Pueyo, Iñaki Bazán Díaz y Francesca Tinti, quienes me han ayudado en todo lo que han podido a lo largo de estos años. Igualmente, quiero agradecer a la secretaria del departamento, Toñi Torrente, su disposición para asistirme en las labores burocráticas. Extiendo mi gratitud al personal de la Biblioteca Koldo Mitxelena de la Universidad del País Vasco, por conseguirme siempre la bibliografía que solicitaba, por difícil de conseguir que esta fuera.

La disponibilidad de una fuente de ingresos me ha permitido dedicarme en exclusividad a la labor investigadora. Este trabajo no hubiera sido posible de no haber contado con una beca FPI (ref. BES-2014-068717) que, amparada por el proyecto de investigación *De la Lucha de Bandos a la hidalguía universal: transformaciones sociales, políticas e ideológicas en el País Vasco (siglos XIV y XV)* (HAR2013-44093-P y HAR17-83980-9) del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidad del Gobierno de España y del *Grupo Consolidado de Investigación. Sociedad, poder y cultura (siglos XIV-XVIII)* financiado por el Gobierno Vasco (ref. IT-600-13 y IT-896-16) entre 2015 y 2019.

En 2017, el Ministerio de Economía y Competitividad me concedió una ayuda para realizar una estancia de tres meses en la Universidad de Southampton, en el Reino Unido. Allí, la profesora Anne Curry me acogió y me ofreció todo tipo de facilidades para hacer que mi experiencia internacional fuera lo más cómoda posible. De la etapa que pasé en el sur de Inglaterra también quisiera destacar a todos aquellos profesores que estuvieron dispuestos a prestarme su colaboración. En ese sentido, tuve ocasión de reunirme con los profesores Christopher Allmand, John France, Alastair Macdonald y John Watts, con quienes discutí diversos aspectos de mi investigación. Me gustaría agradecer, asimismo, la ayuda ofrecida por el Dr. Matthew Bennett, siempre dispuesto a leer mis artículos y realizar interesantes aportaciones.

No quisiera tampoco obviar a otros investigadores que, a lo largo de este período, me han ayudado de una u otra forma, como sería el caso de Juan Francisco Jiménez Alcázar y Kelly DeVries. Asimismo, me gustaría agradecer su disposición a los profesores que aceptaron formar parte del tribunal de estas tesis y a aquellos que han accedido a actuar como informantes de este trabajo: Francisco García Fitz, João Gouveia Monteiro, Cristina Jular Pérez-Alfaro, Ernesto García Fernández, Daniel Baloup y Soledad Tena García. Quisiera destacar la ayuda ofrecida por el profesor João Gouveia Monteiro quien, en mis visitas a Coimbra, se ha mostrado siempre dispuesto a hablar, discutir y guiarme a través de la bibliografía y la crónica portuguesa. Mención especial merece el profesor Francisco García Fitz, quien, desde que di los primeros pasos en el mundo de la investigación, siempre ha atendido mis consultas, ha leído mis trabajos y me ha ofrecido más ayuda de la que se pueda imaginar.

Mi andadura en eventos científicos comenzó con el *II Congreso de Jóvenes Medievalistas Ciudad de Cáceres*, donde tuve la suerte de conocer otros doctorandos con los que llegué a entablar amistad: Carlos Rodríguez, Raúl González, Alberto Reche, David Porrinas, Diana Pelaz y Lledó Ruiz. Alberto y Raúl me han ofrecido siempre su soporte y me ayudaron a encaminar mis primeros pasos. Por otro lado, la gratitud que le profesó a Carlos es inmensa; siempre dispuesto a contestar las dudas que me asaltaban, brindándome su colaboración para todo aquello que le pidiera.

Desde que inicié el contrato de investigación, tuve la suerte de contar con un lugar de trabajo excelente, que me ha permitido conocer a gente igualmente extraordinaria. Con

mis primeros compañeros de despacho, Fernando Arias y Guillermo Tomás, me une una estrecha amistad. Guillermo me ha prestado en más de una ocasión sus ojos de paleógrafo, mientras que Fernando ha sido mi asiduo lector; un crítico incansable con quien he discutido múltiples aspectos del trabajo que aquí presento. Asimismo, Jesús Lorenzo siempre se ha mostrado dispuesto a escuchar y leer todo lo que yo le he enviado y además me ofreció toda la ayuda necesaria para la realización el aparato gráfico que acompaña a esta obra. Por otro lado, le debo a Sandra de la Torre su ayuda, tanto en relación con los aspectos técnicos, logísticos y burocráticos que rodean la elaboración de una tesis doctoral como por su disposición a escuchar pacientemente mis lamentos y angustias. Las últimas incorporaciones, Mikel Bengoa y Ander Salinas, han contribuido enormemente a animar los siempre difíciles finales de tesis.

Por supuesto, un trabajo de estas características no hubiera sido posible sin el apoyo de mis amigos, tanto los de Gallarta, como los de Vitoria-Gasteiz. Asimismo, le agradezco a Idoia Negro Lasarte las horas que ha dedicado a ayudarme con el inglés. Con todo, ha sido con mi *cuadrilla* de la carrera con quienes más he compartido el entusiasmo y los sinsabores inherentes a realizar una tesis doctoral. Por ello, me gustaría extender mi agradecimiento a Jagoba, Iker, Ander y Xabier. *Eskerrik asko*. Oskar merece un lugar destacado en estos agradecimientos. Ha sido mi *brother-in-arms*, mi compañero de batalla en esta hercúlea tarea que decidimos afrontar a la par. Hemos experimentado juntos los altibajos de esta profesión mientras acometíamos la difícil labor de llegar a la meta sin dejar de disfrutar del trayecto. Me ha escuchado hablar de mis avances y lamentarme por los estancamientos, me ha ayudado siempre que le ha sido posible y, más importante, ha sabido ser mi amigo siempre que lo he necesitado. Ahora ambos nos encontramos al final del camino. Ya solo queda una última marcha.

Mención aparte merece mi familia, especialmente mis padres, que han soportado todo el proceso como solo podrían hacerlo un *aita* y una *ama*. Ellos me lo han dado todo y siempre han estado presentes cuando los he necesitado. Asimismo, la infinita sonrisa de mi hermano Aketza ha hecho que este viaje fuera más llevadero. Sé que no ha sido fácil acompañarme y, a pesar de todo, han conseguido que me sobreponga a mi pesimismo innato con su cariño y su apoyo. Gracias por todo.

Por último, está Irene. Mi periplo universitario ha estado íntimamente ligado a ella desde el ya un tanto lejano inicio de la licenciatura, hace ya casi una década. En este viaje se han entrelazado momentos de alegría y tristeza, ilusión y decepción, por lo que nada que pueda escribir en estas líneas podría acercarse a describir el camino que hemos recorrido juntos. Irene ha sido mi mejor apoyo y, a pesar de que el recorrido tampoco ha resultado sencillo para ella, ha sido capaz de encontrar fuerzas para darme ánimos cuando la voluntad flaqueaba. Nunca podré agradecerte todo lo que has hecho por mí. Tan solo me queda el resto de la vida para compensarte.

En Gallarta, a 5 de septiembre de 2019.

Introducción

‘Parece como si a finales de la Edad Media la guerra hubiera influido con todo su peso sobre la cristiandad latina’ escribía Philippe Contamine en su ya clásica obra, *La guerra en la Edad Media*, señalando la importancia de la guerra en este periodo histórico durante el cual se manifestó de una forma mucho más activa que en otros momentos del Medievo¹. El estudio de este fenómeno ha pasado por diferentes fases desde la emergencia de la Historia como disciplina científica aunque, tradicionalmente, la Historia Militar se ha observado como un mero apéndice de la Historia Política. Adaptando el conocido axioma del teórico militar Carl von Clausewitz, podría decirse que la Historia Militar era la continuación de la Historia Política por otros medios.

Las renovadas perspectivas de la Nueva Historia Militar, sin embargo, se alejan de ese planteamiento y hacen suya la conocida sentencia de que un ejército es el reflejo de la sociedad que lo produce. Los nuevos enfoques priorizan la relación entre guerra y sociedad, poniendo el acento no solo en cómo influye la guerra en la sociedad, sino también como incide lo social en lo militar, en su organización y en su praxis². Este es mi punto de partida.

La estrategia y la táctica militar fueron materias de interés intelectual y gran relevancia en la Edad Media, ya que su uso correcto o incorrecto podría derivar en un profundo cambio político³. Coincido plenamente con García Fitz cuando afirma que abordar con rigor ‘la manera en que los hombres de la Edad Media combatían puede colocar al historiador en una plataforma privilegiada desde la que escudriñar a todo el conjunto social’⁴. Del mismo modo, Claude Cahen afirmaba ya a finales de los años setenta del siglo XX, que ‘nadie discute que el progreso técnico responde a necesidades sociales y que a su vez influye en las estructuras sociales. No se discutirá, pues, que se produce también en el caso de las técnicas militares’⁵. Por lo tanto, este estudio no renuncia al análisis de las prácticas bélicas.

¹ Contamine, *La Guerra en la Edad Media*, 158-9.

² Morillo, *What is military history?*, 40-1.

³ Bennet, ‘The Development’, 2.

⁴ García Fitz, ‘Las guerras de cada día’, 167.

⁵ Cahen, ‘Técnica y organización sociomilitar’, 283.

Definir los conceptos de ‘táctica’ y ‘estrategia’ ha sido y es uno de los grandes debates, puesto que la frontera entre ambos no está lo suficientemente definida. Clausewitz afirmaba que ‘La táctica enseña *el empleo de las fuerzas armadas en el combate* y la estrategia *el empleo de los combates para alcanzar el propósito de la guerra*’⁶. La Real Academia Española por su parte, define la táctica como ‘arte de disponer, mover y emplear la fuerza bélica para el combate’ y la estrategia como el ‘arte de dirigir las operaciones militares’. Con todo, hago mía la afirmación de Francisco García Fitz: ‘ni este es el lugar ni nosotros estamos capacitados para ofrecer definiciones originales de los conceptos de estrategia y táctica’⁷.

Nadie duda de la importancia de la guerra en la sociedad medieval castellana. Sin embargo, hay aspectos de su práctica que apenas han sido abordados. El objetivo de este trabajo es contribuir al estudio de uno de los aspectos de la llamada ‘Revolución Militar’, el referido a cómo se alteraron las formas de hacer la guerra en uno de los espacios que Geoffrey Parker señalaba como protagonista de la transformación militar de la Europa Moderna: la Corona de Castilla⁸. La cronología elegida se extiende desde 1407 hasta 1492, abarcando desde el inicio del reinado de Juan II hasta el final de la Guerra de Granada. La elección de este ámbito temporal está justificada por el elevado número de acontecimientos bélicos que salpicaron la centuria y por el nutrido grupo de testimonios cronísticos y epistolares que iluminan las formas de hacer la guerra en la Castilla del siglo XV. Dentro de esa horquilla cronológica y en el espacio geográfico señalado, analizaré las tres categorías características de las operaciones militares terrestres -la guerra de asedio, la devastación de los recursos enemigos o guerra de desgaste y las tácticas de batalla en campo abierto-, así como otros aspectos sustanciales para entender la praxis bélica: el liderazgo militar y la estrategia aplicada en las campañas del Cuatrocientos castellano.

Organizaré la exposición en seis capítulos divididos en tres partes. En primer lugar, la denominada ‘Preparando el terreno’ se ocupa del estado de la cuestión y del análisis de las fuentes. Primero, realizaré un recorrido por los trabajos más relevantes de la historiografía europea desde finales del siglo XIX que han abordado las formas de hacer la guerra en la Baja Edad Media y que establecieron las bases de lo que se ha denominado

⁶ Clausewitz, *De la Guerra*, 242.

⁷ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 29.

⁸ Parker, *La Revolución Militar*.

‘paradigma clásico’. Segundo, me ocuparé de los trabajos que han renovado los estudios sobre la problemática, hoy protagonizados por historiadores anglosajones. Tercero, presentaré los estudios que, sobre esa materia, tienen como escenario el ámbito castellano, así como la evolución que han experimentado con respecto a sus homólogos europeos. El último apartado estará dedicado al análisis crítico de las fuentes disponibles para la elaboración de la tesis doctoral, atendiendo principalmente a los criterios de validez para el estudio de las formas de hacer la guerra en el Cuatrocientos castellano.

La segunda parte, titulada ‘Planeando la acción’, se distribuye en dos capítulos. El primero de ellos está dedicado a la organización y al liderazgo militar. He considerado que para comprender las prácticas bélicas castellanas, es esencial conocer las claves de su organización militar, que he detallado brevemente atendiendo a la bibliografía existente. Solo así se pueden entender las connotaciones sociales del ejercicio de la guerra, entre las que no es menos importante el estudio del liderazgo. Este último apartado, elaborado a partir de fuentes cronísticas, permite asomarse a la forma en la que la nobleza se instruía para la guerra, accedía y monopolizaba los puestos de mando y, en última instancia, combatía. El segundo está dedicado a la estrategia militar. Se estudia la aplicación de determinadas estrategias en función de los fines perseguidos y el tipo de enemigo. Así, se pueden distinguir tres líneas de acción: la estrategia de desgaste, la de expugnación o conquista y la enfocada a la búsqueda de batalla. Este último apartado engarza con uno de los debates en boga en la Historia Militar Medieval durante este siglo.

Finalmente, la tercera parte ‘En campaña’, se fracciona en tres capítulos. El primero está dedicado a la guerra de desgaste, analizando los objetivos perseguidos por las incursiones y cabalgadas, así como otras cuestiones, tales como el orden de marcha, castrametación, el tamaño y estructura de las huestes, la duración de las incursiones y su estacionalidad y, por último, las tácticas empleadas. El segundo analiza los asedios y la guerra de posición. No solo atendiendo a las técnicas de expugnación, tales como los asaltos directos y por sorpresa o los cercos y bloqueos, sino también tratando asuntos como el uso de la artillería pirobalística y la guerra urbana. Finalmente, el tercer capítulo examina los combates a campo abierto: batallas y escaramuzas. En particular el número de combatientes y la duración de los enfrentamientos, el despliegue y el orden de batalla y las tácticas empleadas, dividiendo su estudio en función del tipo de unidad: caballería pesada, ligera e infantería.

La tesis concluirá con la definición y explicación del paradigma bélico castellano en siglo XV, tanto a nivel estratégico como táctico. Intentará plantear sus rasgos originales así como aquellos compartidos con otros espacios del occidente europeo, con el fin de confirmar o refutar las conclusiones que la historiografía peninsular o internacional han establecido previamente sobre el tema, dándole a Castilla su lugar en el debate historiográfico sobre las prácticas bélicas medievales.

A modo de cierre de esta introducción, quisiera indicar que a pesar de que la tesis se encuentra redactada en su mayoría castellano, como el lector comprobará, también hay fragmentos en inglés. La razón es que este es uno de los requisitos para la defensa de una tesis internacional en el Programa de Doctorado *Europa y el Mundo Atlántico: Poder, Cultura y Sociedad*.

1. Estado de la cuestión y análisis de las fuentes

1.1. La historiografía europea occidental

1.1.1. Los autores clásicos

‘La guerra no es sino un duelo a mayor escala. La guerra se compone de innumerables duelos, pero es posible formarse un cuadro del conjunto imaginando una pareja de luchadores. Cada uno de ellos intenta por medio de la fuerza física obligar al otro a hacer su voluntad; su objetivo *inmediato* es *derrotar* a su oponente, de modo que sea incapaz de continuar oponiendo ninguna resistencia. *Por tanto, la guerra es un acto de fuerza destinado a obligar a nuestro enemigo a hacer nuestra voluntad*’¹.

La rotunda frase que encabeza el apartado fue escrita por Carl Von Clausewitz, en la que fue considerada como su gran obra, *Vom Kriege*: uno de los tratados militares más difundidos, que aún hoy resulta de lectura obligatoria en las academias militares. Las ideas que este militar prusiano esbozó, junto con las experiencias bélicas propias de cada autor, durante mucho tiempo han dominado el panorama de la historiografía militar y también de la historiografía militar medieval.

Autores como Charles Oman, Hans Delbrück o Ferdinand Lot, buscaron en la guerra medieval indicios de lo que ellos, por su lectura de autores como Clausewitz o bien por su propia experiencia bélica, consideraban estrategia o táctica; en ocasiones con fines prácticos, pues algunos de los autores eran militares de profesión y únicamente buscaban enseñanzas que aplicar en las escuelas militares de su época². Al no ajustarse las prácticas bélicas medievales a lo que consideraban el ‘arte de la guerra’, concluyeron que en la Edad Media el arte militar brilló por su ausencia. Esta concepción errónea de lo que Francisco García Fitz ha tenido el acierto de denominar el ‘paradigma bélico medieval’ nació, en parte, de la comparación con los períodos antiguo y moderno³. Ante la inexistencia de ejércitos permanentes y el uso de unas estrategias y tácticas que no les eran familiares a

¹ Clausewitz, *De la Guerra*, I, 179. La primera edición fue publicada póstumamente en 1832, un año después de la muerte de Clausewitz.

² Philippe Contamine opinaba que al no encontrar nada útil en sus investigaciones, concluyeron que durante el Medievo el arte militar había sido ‘rudimentario, rudo (incluso inexistente), en el sentido de unos conocimientos pensados, organizados y constituidos, aplicables a los diferentes niveles del encuadramiento en función de su rango y papel’, en parte debido al ‘mismo fenómeno que ocurrió con la historia del pensamiento filosófico, donde predominaba la idea de que entre la Antigüedad y el Renacimiento se habría intercalado un vacío de un milenio’. Contamine, *La Guerra en la Edad Media*, 264.

³ García Fitz, ‘Las Navas de Tolosa’, 17-52.

aquellos autores, fue asentando la idea de un Medievo sin progreso ni civilización, regido únicamente por viejos valores de honor y valor que fácilmente podían derivar en estupidez. Se impuso la imagen de la Edad Media como una ‘Edad Oscura’ también en lo militar.

En definitiva, a la vanguardia de esta producción historiográfica decimonónica, condicionada por la ideología propia del siglo XIX, se sitúa Sir Charles Oman. El que fuera miembro Conservador del Parlamento Británico publicó, en 1885, *The Art of War in the Middle Ages. A.D. 378-1515*, que amplió en 1898 y alargó hasta llegar a dos tomos en 1924, bajo el título *A history of the art of war in the Middle Ages: 1278-1485 A.D.* Tras este hito inicial, la Historia científica comenzó a mostrar interés por el tratamiento de la guerra medieval. Oman sentó las bases del ‘paradigma bélico clásico’ medieval y estableció, en gran medida, los tres pilares básicos que lo sostenían: ausencia de unos principios tácticos y estratégicos, centralidad de la batalla campal y superioridad de la caballería pesada⁴. Estas características, identificadas por García Fitz para el periodo plenomedieval, presentan algunas diferencias al ser aplicadas a la Baja Edad Media. Al fin y al cabo, el autor inglés empezó a ver indicios de táctica y estrategia durante ese periodo, aunque no dudaba en matizar que en algunos casos era más evidente que en otros. En este sentido, resultan muy expresivas las descripciones que hizo de los comandantes ingleses y los ejércitos franceses. Mientras que no dudó en alabar las habilidades tácticas y estratégicas de los primeros, sobre los segundos opinaba que no presentaban muchas diferencias con respecto a una turba armada⁵.

Es significativo que en su primera obra no se centrara más que en los suizos e ingleses a la hora de hablar del arte de la guerra en el ámbito bajomedieval, mencionando sucintamente a husitas y turcos. Los suizos ganaron una serie de batallas a lo largo de la Baja Edad Media haciendo uso preferentemente de sus piqueros y alabarderos, mientras que los ingleses hicieron lo propio con el llamado ‘sistema inglés’, donde predominaba el uso del arco largo o *longbow*. A estos dos tipos de táctica, Oman los denominó *shock and*

⁴ García Fitz, ‘Las Navas de Tolosa’, 17-52.

⁵ Así se expresaba sobre los ingleses: ‘that some considerable amount of tactical and strategical skill was employed by many of the English commanders is evident when we and analyze the general characteristics of their campaigns’. Sobre los franceses: ‘in France those absurd perversions of the art of war which covered themselves under the name of chivalry were more omnipotent than in any other country of Europe. The strength of the armies of Philip and John of Valois was composed of fiery and undisciplined aristocracy which imagined itself to be the most efficient military force in the world, but which was in reality little removed from an armed mob’. Oman, *The Art of War*, 125, 145.

missile tactics. Según su argumentación, cuando la guerra es reducida a sus elementos más simples, como es el caso medieval, sólo se pueden encontrar estos dos modos para enfrentar y vencer al enemigo⁶. Esta focalización de indicios tácticos en dos únicas ‘naciones’ persistió en su obra revisada y ampliada, donde se limitó a ampliar considerablemente los capítulos dedicados al ‘sistema inglés’, mientras que como novedad incluía un capítulo dedicado a la pólvora y otro a la Italia de los *condottieri*.

Oman creía que los siglos XIV-XV estuvieron caracterizados por la decadencia de la caballería y el resurgir de la infantería⁷. Para entender esta postura favorable a la infantería es necesario recordar la idea de la supuesta supremacía de la caballería pesada en la Plena Edad Media. Oman, con precisión victoriana, estableció una línea divisoria –en lo que a táctica militar se refiere– entre la Plena y la Baja Edad Media, como si la derrota de la caballería francesa en la batalla de Crécy (1346) hubiera supuesto una ruptura total con todo lo anterior⁸. Así, la práctica de los hombres de armas ingleses de desmontar para combatir se convirtió en un avance tan decisivo que, de un golpe de pluma, transformó a la caballería en el residuo anacrónico de un pasado caduco. Como consecuencia lógica de esta idea, Oman dedujo de la práctica inglesa y la simultánea aparición de los montañeses suizos en el panorama militar el arranque de otro de los hitos de su pensamiento: el resurgimiento de la infantería como reina de los campos de batalla⁹.

Frente a las citadas tácticas, a lo largo del capítulo dedicado a los *condottieri* se sorprendía de que los comandantes italianos volvieran a ‘los modos de las centurias anteriores’. Criticaba que descuidaban la infantería y dependían de las cargas de caballería, afirmando que estas tácticas constituían un abuso y una anomalía a finales del siglo XV¹⁰. Para Oman, la guerra en la Italia del *Cuatrocento* no era sino una ‘mera prolongación del

⁶ Oman, *The Art of War*, 73-4.

⁷ Además de las sociales o puramente militares, también se han argumentado razones culturales para explicar la decadencia de la caballería en la Baja Edad Media. Estas derivan de la tesis que Huizinga expuso en *El Otoño de la Edad Media*. Huizinga, *El otoño de la Edad Media*. Véase Sáiz, *Guerra y nobleza*, 17-33; Keen, *La Caballería*.

⁸ Sobre las victorias inglesas en las fases iniciales de la Guerra de los Cien años, Oman se expresaba de la siguiente forma: ‘Edward the Black Prince and his father regarded themselves as the flower of chivalry, and would have been horrified had they realized that their own tactics were going far to make chivalrous warfare impossible’. Oman, *The Art of War*, 116.

⁹ Afirmaba, que al final de la Edad Media ‘the art of war had become once more a living reality, a matter not of tradition but of experiment, and the vigorous sixteenth century was rapidly adding to it new forms and variations’. Oman, *The Art of War*, 164.

¹⁰ Oman, *A history*, II, 301-5.

viejo predominio de la caballería pesada’: un absurdo sistema, un negocio irreal en el que los *condottieri* cobraban su paga y no llegaban a entablar verdaderos combates¹¹. Oman concluía que las tres tendencias apuntadas en el siglo XV adquirirán una posición dominante en la Edad Moderna: el resurgimiento de la caballería pesada –ya no como el arma preponderante y decisiva sino integrada en un esquema en complementariedad con las otras armas–; la creciente utilización de la artillería pirobalística en los encuentros en campo abierto; y la aparición de ejércitos permanentes. El futuro, decía, estaría con el táctico capaz de combinar todas las armas¹².

Según Matthew Bennett, Oman pudo haber estado influenciado por la interpretación que hizo de su lectura de la Guerra de la Independencia española a la hora de estudiar las disposiciones tácticas inglesas en la Guerra de los Cien Años¹³. Es más que probable que las ideas clausewitzianas hubieran guiado a Oman a la hora de establecer patrones bélicos medievales. La lectura del militar prusiano –veterano de las Guerras Napoleónicas– sugiere, como ya he señalado, que la destrucción del enemigo, de sus fuerzas armadas, debe ser el principal objetivo de las operaciones bélicas. En otras palabras: la batalla como eje central de la praxis bélica. Aquello tenía su lógica en las Guerras Napoleónicas donde el concepto de ‘batalla decisiva’ fue llevado a su máxima expresión. Una victoria campal se podía traducir fácilmente en la caída de un Imperio, como el prusiano en Austerlitz o el francés en Waterloo. Esta situación continuó a lo largo del siglo XIX y victorias decisivas como la de Sedán en 1870 –que provocó el colapso del Segundo Imperio francés–, sin duda influyeron en la concepción que Oman y otros autores clásicos tenían de la guerra.

Con todo, el inglés era consciente de que las batallas no parecían haber sido muy frecuentes en la Edad Media¹⁴. Sin embargo, en vez de identificar estas prácticas con un modo de guerrear adaptado a las circunstancias socio-económicas y bélicas del momento, simplemente se limitó a interpretarlas en términos de incompetencia militar. No concebía,

¹¹ A la hora de analizar las guerras de los *condottieri*, Charles Oman daba excesivo crédito a la obra de Maquiavelo -*El Príncipe*-, un autor declarado enemigo de los mercenarios italianos. Oman, *A history*, 305-10, 427.

¹² Oman, *A history*, 431.

¹³ Bennett, ‘The development of battle tactics’, 3.

¹⁴ ‘Great battles were, on the whole, infrequent, a fact which appears strange when the long-continued wars of the period are taken into consideration. Whole years of hostilities produced a few partial skirmishes; compared with modern campaigns, the general engagements were incredibly few. Frederick the Great or Napoleon I fought more battles in one year than a mediaeval commander in ten’. Oman, *The Art of War*, 62.

por ejemplo, las cabalgadas en un marco estratégico más amplio, que tuviera como objetivo el debilitamiento del enemigo, por lo que no dudó en menospreciar este modo de guerrear. Atendiendo a lo expuesto, contrapuso la actuación de Eduardo III y la de Enrique V de Inglaterra en Francia, indicando que la política del primero falló por limitarse a cabalgadas e incursiones, operaciones con las que no lograría conquistar el reino continental. Las campañas enriqueñas, por su parte, resultaron de gran interés estratégico por basarse en la captura de puntos fuertes y la ocupación del territorio¹⁵. Estas constataciones denotan que Oman no era ajeno a la importancia que tenía el control del espacio en la guerra medieval; solo entendía las cabalgadas como preparación a la conquista, no como elemento principal de una guerra de desgaste o una estrategia de aproximación indirecta.

En definitiva, Charles Oman constituye un punto de partida esencial para los estudios sobre la guerra en la Edad Media. Ahora bien, el contexto histórico en el que escribió su obra y su limitado acceso a las fuentes históricas ensombrecieron sus conclusiones. Creyó ver en la praxis bélica medieval una fórmula según la cual los caballeros dominaron primero los campos de batalla y después lo hicieron los infantes. Además centró su análisis en el desarrollo de batallas campales, paradójicamente la acción militar más infrecuente a lo largo del Medievo. Los árboles no le dejaban ver el bosque: su ofuscación por las batallas le impidió ver lo que había más allá, no supo contemplar la guerra medieval en toda su complejidad.

Hans Delbrück publicó a principios del siglo XX otra de las obras relevantes para el estudio de la Historia Militar: *Geschichte der Kriegskunst im Rahmen der politischen Geschichte*¹⁶. Algunos autores, como el célebre John Keegan, opinan que el alemán fue el primero en aproximarse a la Historia Militar de un modo científico¹⁷. No andaba desencaminado, pues Delbrück elaboró una Historia Militar siguiendo los principios metodológicos definidos por Leopold von Ranke y Johann Gustav Droysen¹⁸. No obstante,

¹⁵ Oman, *A history*, 196. '[Eduardo III], save as regards the taking of Calais (which stands by itself), worked by long circular raids, which inflicted an enormous amount of suffering on France, but had no permanent effect, because they did not result in the occupation of conquered territory, or the capture of the fortresses by which it could be held down. Henry's scheme was very different [...] Henry was not a raider'. Oman, *A history*, 387.

¹⁶ Delbrück, *History of the Art of War*, III.

¹⁷ Keegan, *El Rostro de la Batalla*, 54. Para otros, en cambio fue quien 'confirió dignidad académica a la Historia Militar'. Espino, 'La renovación de la Historia', 160.

¹⁸ Kühne, Ziemann. 'La Renovación de la Historia Militar', 310.

si Oman estaba condicionado por su contexto decimonónico, Delbrück lo iba a estar, en gran parte, por el altamente militarizado Segundo Reich, además de por su participación activa como soldado en la Guerra Franco-Prusiana¹⁹. Las tesis clauswitzianas nunca encontraron mejor acomodo que en la obra de Delbrück. En muchos aspectos, era mucho más rotundo y contundente que su predecesor inglés, pues únicamente se preocupó por la táctica y creyó que esta solo se encontraba en las batallas. Llegó incluso a negar las denominaciones de ‘infantería’ y ‘caballería’ para las fuerzas a pie y a caballo que combatieron en el Medievo, cuando ‘las disciplinadas legiones de la Antigüedad fueron reemplazadas por una milicia basada completamente en el valor y la destreza individual’²⁰. De hecho, como gran diferencia respecto a Oman, dos de los rasgos característicos que presentaba la obra de Delbrück eran el rechazo a la idea de un ‘resurgir de la infantería’ y la negación del protagonismo inglés en la transición de la táctica medieval a la moderna²¹. El alemán admitía que durante la Baja Edad Media los infantes fueron capaces de conseguir victorias por sí mismos, pero defendía que el único paso adelante en el avance del arte de la guerra vino de la mano de los suizos²².

Con todo, defendió la decadencia de la caballería pesada, precedida por un dominio absoluto, no como consecuencia de una ‘revolución de la pólvora’, sino afirmando que fue el soldado de a pie, usando armas de acero, quien se alzó con la victoria, a pesar de que al

¹⁹ Sobre ese entorno castrense, John Keegan señaló que ‘todo lo que tenía que ver con la guerra estaba tan entrelazado con la política y con el mito nacional, que ningún estudio sobre el tema podía aspirar razonablemente a alcanzar la autonomía de una disciplina académica ni la libertad estética de la genuina literatura. La Historia Militar estaba demasiado implicada en temas como la unidad nacional, la supervivencia nacional o el prestigio dinástico, como para que ningún alemán pudiese plantearla con libertad; y sin posibilidad de objetividad intelectual’. Keegan, *El Rostro de la Batalla*, 54.

²⁰ ‘For the methods of warfare of a period form a unity, and a significant change in one spot reacts on all the other parts. We have recognized as a natural complement of knighthood the fact that the period had no infantry but only soldiers on foot. Now these foot soldiers have become infantry, and soon that would be the case everywhere. Then knighthood would also necessarily become cavalry’. Delbrück, *History of the Art of War*, III, 649-56.

²¹ ‘No new tactics developed from this, and it is not correct, as some have believed, that the English foot troops formed the transition to modern infantry and that Edward III should therefore be considered its real creator. [...] finally these actions were so contrary to nature that the custom did not completely prevail, and we continue to find from time to time mounted battles or battles in which at least some of the knights remained on horseback’. Admitiendo únicamente: ‘Even if only a significant episode, we may still regard the dismounting of knights for battle as a precursor of the modern period to the extent that this procedure represents a certain transition to the later officer corps’. Delbrück, *History of the Art of War*, III, 468-70.

²² ‘The real historical progress proceeded, in the final analysis, only from a single place and a single point – the Swiss’. Sobre las victorias de la infantería medieval, se expresaba de la siguiente manera: ‘as important as all these events were in themselves, no fundamental change in warfare resulted from them. The principal features with which we have become familiar remained the same until the end of the Middle Ages, or the emerged again and again, hardly unchanged’. Delbrück, *History of the Art of War*, III, 467.

final buscó fortalecerse mediante la adopción de las armas de fuego²³. Hans Delbrück sostuvo posturas mucho más extremistas que Charles Oman y, junto a él, es considerado uno de los primeros autores que mostraron interés científico sobre el ‘arte de la guerra’ medieval, aunque fuera para poner en tela de juicio su existencia.

Basil H. Liddell Hart, en una obra publicada en 1929, acuñó el término de ‘estrategia de aproximación indirecta’, al que dotó de antecedentes históricos con el fin de que esas enseñanzas fueran aplicadas en su tiempo. Con todo, a la hora de tratar el periodo medieval, no hizo sino mantener la vieja visión que defendía la ausencia de principios estratégicos²⁴. Respecto a la Guerra de los Cien Años, continuaba afirmando que no había nada que aprender de la estrategia adoptada por Eduardo III y el Príncipe Negro, salvo en sentido negativo: ‘desfiles inútiles a través de Francia’, que ‘no dieron resultado alguno, y pocos que fueron fructuosos lo fueron más bien a causa de los mayores disparates que cometieron’. Así, tildó de insensatas las campañas de Enrique V pero, al menos, parecía ver cierto sentido estratégico en Du Guesclin. A quien sí reconoció explícitamente la categoría de estrategia fue a Eduardo IV. Con todo, aunque alabó su movilidad, manifestaba que sus estrategias eran típicas de su época por estar exentas de sutileza. Añadía a continuación que ‘toda la estrategia medieval aspiró, en efecto, normalmente, a la simple y directa finalidad de librar inmediatamente batalla, por lo que si no resultaba esta indecisa solía redundar en perjuicio del que la buscaba, a menos de que lograra persuadir al defensor a que se convirtiera tácticamente en asaltante’²⁵. Liddell Hart, en su empeño por encontrar antecedentes históricos que sostuvieran su propuesta de estrategia de aproximación indirecta, obvió la aportación medieval, aun siendo aquella una época en la que ese modo de guerrear primaba, hasta el punto de que incluso se podría considerar paradigmática.

Ferdinand Lot publicó en 1946 los dos tomos que componen su obra magna: *L'art militaire et les armées au Moyen Âge en Europe et dans le Proche Orient*²⁶. Como señaló

²³ Delbrück, *History of the Art of War*, III, 635.

²⁴ ‘En el Occidente europeo, el espíritu bélico de la caballería feudal se mostró durante toda la Edad Media rebelde a toda teoría del arte de la guerra, aunque la obscuridad de su estúpido desarrollo se ilumine a veces con algunos fulgores brillantes, que incluso quizá no sean menos numerosos, en proporción, en ella, que en cualquier otro periodo de la Historia’. Liddell, *La estrategia de aproximación indirecta*, 97. Es representativo que este autor solo dedique a la guerra medieval once páginas de las 377 que tiene el libro, siendo este el capítulo menos trabajado.

²⁵ Liddell, *La estrategia de aproximación indirecta*, 101-5.

²⁶ Lot, *L'art militaire*.

Kelly DeVries, la obra de Lot tenía planteamientos bastante cercanos a los de Oman y Delbrück, si bien el autor francés se centró más en el número de combatientes que participaron en las batallas medievales que sus predecesores²⁷. Se trata de una obra que no logró alcanzar la importancia académica que sí logró su discípulo, J. F. Verbruggen, quien acabó eclipsando a su maestro. Los primeros síntomas de cambio en la óptica de análisis se observan precisamente con la aparición de la obra de este último: *De Krijkunst in West-Europa in de Middeleeuwen (IXe tot begin XIVe eeuw)*. El primer capítulo estaba dedicado a los problemas historiográficos –realizando un repaso de los autores que le precedieron–, y al análisis de las fuentes y sus limitaciones, donde acertadamente recomendaba tener en cuenta la procedencia y profesionalidad del autor²⁸.

El autor belga fue el primero que comenzó a entender las realidades bélicas medievales y sus condicionantes, llegando incluso a dedicar un capítulo entero a la estrategia militar, donde tuvo en cuenta que las limitaciones de la guerra medieval venían acotadas por la propia realidad socio-económica en la que se hallaban circunscritas. Además, al igual que los otros autores clásicos, fue consciente de que la Edad Media fue una época en la que los métodos defensivos estaban por encima de los ofensivos, lo que obviamente condicionaba la praxis bélica aplicada²⁹. Con todo, no llegó a considerar la guerra medieval en su contexto, ya que tomó la guerra de asedio y de desgaste como un mal menor, al que se recurría cuando la batalla no era viable. Asimismo, era consciente del riesgo que suponía para un comandante medieval entablar batalla, derivando esto en la tendencia a evitarlas³⁰.

²⁷ DeVries, *Infantry warfare*, 1.

²⁸ Verbruggen, *The Art of Warfare*, 1-18.

²⁹ 'Defence is the stronger form of warfare. All means being equal on both sides, defence is easier than attack. Defence has the advantage of terrain, the theatre of war and its fortresses. It can unite its forces against the attacker who has to disperse his units to supply them. When the attacker invades the country with several armies, the defender can operate on interior lines, concentrate superior forces on the decisive points, and overwhelm the enemy columns one after the other. The defender can also cut the communications of the enemy. He profits from time and all unexpected events, and from the wearing out of the invader. He gets political sympathy and the moral advantage which are derived from defending his own country; the other states, interested in the status quo can aid him'. Verbruggen, *The Art of Warfare*, 319-20.

³⁰ 'When the defender did not wish to accept battle, he could avoid it. 'No battle can take place unless by mutual consent.' This sentence of Clausewitz is particularly true for the Middle Ages. [...] in general, battles were very few. The prudence of medieval commanders, when they had to give battle, confirms Clausewitz: 'It may sound strange, but for all who know war in this respect it is a fact beyond doubt, that much more strength of will is required to make an important decision in strategy than in tactics.' 'Boldness becomes of rarer occurrence the higher we ascend the scale of rank'. Verbruggen, *The Art of Warfare*, 327-29.

Cabe afirmar que Verbruggen, sin renunciar a la ortodoxia clausewitziana, fue capaz de extraer conclusiones interesantes de la práctica bélica en época medieval. La paradoja es que el grueso de su libro lo dedicó al estudio de las batallas campales, tal y como hicieron sus predecesores³¹. J.F. Verbruggen debiera ser considerado como un autor de transición entre el paradigma bélico clásico y el moderno³². Fue el primero que habló de una táctica y una estrategia medieval, aunque luego no lo aplicó a su estudio y se centró exclusivamente en las batallas. Es necesario resaltar que Verbruggen fue un autor relativamente desconocido hasta 1977, fecha en la que se publicó la traducción de su obra al inglés, alcanzando entonces una amplia difusión. Por ello, aunque desde el presente se puede considerar su obra un punto de inflexión en el tratamiento del arte de la guerra medieval, todo parece indicar que para sus contemporáneos su obra pasó desapercibida debido a la barrera del idioma.

Un año después de que viera la luz la obra de Verbruggen, el teniente coronel Alfred H. Burne publicaba su trabajo sobre la primera parte de la Guerra de los Cien Años: *The Crécy war. A military history of the Hundred Years War from 1337 to the peace of Bretigny*³³. Un año más tarde, en 1956, publicó la segunda: *The Agincourt war. A military history of the Hundred Years War from 1369 to 1453*³⁴. Este veterano de la Gran Guerra abordó la praxis bélica del conflicto y analizó brevemente tanto los asedios como las estrategias de campaña, aunque utilizando las batallas como hilo conductor. Uno de los rasgos que caracterizó a este autor fue el uso de la ‘probabilidad militar inherente’: una metodología que consiste en solucionar un punto oscuro, especulando lo que un soldado instruido hubiese hecho en tales circunstancias³⁵.

Matthew Bennett opina que Burne merece crédito por el hecho de haber explorado los campos de batalla pero era culpable de no comprender cómo se combatía en la Edad

³¹ Coincidía con Delbrück en que los soldados medievales de a pie no deberían ser denominados ‘infantería’, aunque no tenía la misma opinión con respecto a la caballería. En un artículo publicado originalmente para defender el predominio de la caballería pesada señalaba que la infantería no fue introducida hasta los siglos XVI o XVII, por lo que, en su opinión, sería inadecuado utilizar ese término para la época medieval. Verbruggen, ‘The role of the Cavalry’, 48.

³² García Fitz, ‘Las Navas de Tolosa’, 29.

³³ Burne, *The Crécy war*.

³⁴ Burne, *The Agincourt war*.

³⁵ Keegan, *El Rostro de la Batalla*, 31.

Media por concentrarse únicamente en los encuentros campales³⁶. Por ejemplo, refiriéndose a la estrategia utilizada por Du Guesclin en el periodo comprendido entre 1369 y 1396, Burne apuntaba que carecía de interés militar debido a la ausencia de combates, tal y como él los entendía³⁷. Asimismo, aceptaba un atisbo de estrategia militar en la guerra medieval, al considerar a Eduardo III un maestro de la misma³⁸. En definitiva, el inglés no continuó con el legado de Verbruggen pese a que sus obras se publicaron uno y dos años más tarde respectivamente que la del autor belga³⁹. En su lugar abogó por continuar, en cierta medida, con los criterios de Oman y Delbrück.

Estos son los autores que establecieron el primer paradigma sobre el arte de la guerra medieval. Francisco García Fitz, aunque siempre circunscribiéndose a los siglos centrales de la Edad Media, distinguió en ellos tres rasgos característicos que fundamentaron lo que denominó el ‘paradigma bélico medieval’⁴⁰. Con la vista puesta en la Baja Edad Media, se observan otros rasgos que presentan en común los citados autores. En primer lugar, la consideración de la ausencia de principios tácticos llegó a superarse en parte, ya que para el Cuatrocientos los autores clásicos comenzaron a ver ciertos indicios de ‘arte de la guerra’. Aun así, estos indicios eran limitados, el nacionalismo anacrónico llevó a los autores clásicos británicos –Oman y Burne– a ver una superioridad del método inglés –junto con el suizo– en los campos de batalla de los siglos XIV y XV. Sin embargo, esto fue negado por Delbrück, quien veía en el método suizo el verdadero progreso. Del mismo modo, estos autores coincidían en señalar la genialidad o maestría táctica de comandantes puntuales, cosa que también hicieron, aunque en menor medida, para los siglos plenomedievales.

³⁶ Bennett, ‘The Development of Battle’, 1-2. Este autor culpa a Burne de cometer anacronismos, pues según él, el militar inglés ve a los arqueros de tiro largo ingleses *as a sort of battlefield artillery*. (p. 3).

³⁷ ‘In this war nothing worthy of the name of battle was fought [...] English armies in the field, in consequence were able to roam the country at will, while the French confined themselves in sieges. The war is thus rather lacking in military interest, for there was remarkably little actual fighting’. Burne, *The Agincourt war*, 20. Por otro lado, en el capítulo dedicado a los hechos acontecidos entre Crecy (1346) y Poitiers (1356), comenzaba escribiendo: ‘there was little fighting, and there were operations of considerable interest to military historians’. Burne, *The Agincourt war*, 224. Asimismo, en el prefacio de su segundo libro apuntaba: ‘much of the campaign war was spent in desultory siege operations, lacking in interest; by describing these operations briefly it has been possible to treat the battles in considerable detail’. Burne, *The Agincourt war*, 11.

³⁸ Burne, *The Crécy war*, 10.

³⁹ Lo más probable es que Burne ni siquiera supiera de la existencia de esta obra, debido a los ya mencionados condicionantes en la difusión del trabajo del autor belga.

⁴⁰ García Fitz, ‘Las Navas de Tolosa’, 19.

El segundo rasgo supondría la consideración del empleo táctico de la caballería pesada como ‘anacrónico’ en los siglos bajomedievales. Si para la época anterior se defendía que los caballeros dominaron los campos de batalla europeos, con la carga frontal como única táctica, para el siglo XIV se comenzó a vislumbrar una ‘revolucionaria’ hegemonía de la infantería, que fue adquiriendo importancia hasta consolidarse en el siglo XV y provocar la decadencia de la caballería. Los ejércitos que mantenían las tácticas de carga de caballería pesada eran considerados absurdos, anacrónicos e incluso carentes de toda noción táctica. En esa lógica, durante el Cuatrocientos, la caballería no era más que un vestigio de lo que antaño fuera en su época dorada.

Como se puede observar, todos los rasgos característicos que definen el paradigma bélico decimonónico están enmarcados en un contexto de batalla campal. La ausencia de principios tácticos o la supremacía de la infantería en los encuentros en campo abierto vendrían a dar paso al único rasgo que se mantiene completamente invariable respecto a los propuestos por García Fitz para la Plena Edad Media: la centralidad de la batalla. Ello se debe a que, aunque aquellos autores defendían que pudo haber un mínimo progreso en cuestiones tácticas, no opinaban lo mismo respecto a la estrategia, salvo excepciones. Incapaces de comprender un sistema bélico que no fuera el que ellos preconizaron y fuertemente influenciados por la importancia de la batalla decisoria en el escenario bélico europeo del siglo XIX y principios del XX, así como por la lectura de la obra de Clausewitz, mantuvieron su rechazo hacia la consideración del carácter estratégico de las operaciones de aproximación indirecta como *razzias* y cabalgadas. Cegados por su visión anacrónica del pasado, no fueron capaces de ver la guerra medieval en su contexto. Aunque eran conscientes de que refugiarse en los castillos, en una época en la que la defensa era superior al ataque, era un rasgo característico de los procedimientos bélicos de la época, prefirieron mirar para otro lado, hacia los campos de batalla.

1.1.2. La renovación historiográfica

Los autores de la renovación historiográfica, desde el primer momento, cuestionaron las tesis de la historiografía clásica aceptando la existencia de principios tácticos y estratégicos en la praxis bélica medieval y superando la centralidad de la batalla campal. El primer autor que se puede considerar genuinamente renovador fue Raymond Charles Smail. Su obra se publicó en 1956 -tan sólo dos años después del libro de

Verbruggen- y llegó a convertirse, por derecho propio, en un hito historiográfico: *Crusading warfare, 1097-1193*⁴¹. Este trabajo, dedicado al estudio de la guerra en las cruzadas, supuso una ruptura con todo lo anterior, creando nuevos paradigmas que suplantarían a los anteriores y cambiando el rumbo de los estudios sobre las formas de hacer la guerra en la Edad Media. Smail era consciente de los aciertos y errores de los autores que le precedieron, y criticó lo anacrónico de sus ideas, influenciadas por la teoría militar de su época⁴². Con todo, la principal virtud de la obra fue que ponía el foco de atención en las estrategias de campaña y no en los encuentros campales⁴³. De hecho, afirmaba que los comandantes medievales buscaban evitar la confrontación a campo abierto por los riesgos que ello conllevaba. Por ello, defendió que la guerra medieval no podía entenderse en términos de estrategia de aproximación directa o batallas y destacó las estrategias de guerra de desgaste y expugnación, abriendo la puerta a nuevas interpretaciones. Con Smail, se superó la centralidad de la batalla campal, así como la supuesta ausencia de principios tácticos y estratégicos, este último camino ya iniciado por Verbruggen. Autores posteriores siguieron las líneas marcadas por aquel, hasta el punto de llegar a hablar de un ‘paradigma Smail’⁴⁴.

El siguiente paso hacia la renovación de los viejos paradigmas se produjo en 1968, cuando Claude Gaier publicó su obra dedicada a estudiar el arte de la guerra y la organización militar en el principado de Lieja: *Art et organisation militaires dans la principauté de Liège et dans le comté de Looz au Moyen Age*⁴⁵. Gaier aventuró que la criticada tendencia a refugiarse en los castillos y fortalezas ante un ataque enemigo respondía a lo que denominó *stratégie obsidionale* o ‘reflejo obsidional’. Según esta teoría, en una época como la medieval, donde la defensa superaba ampliamente al ataque, los

⁴¹ Smail, *Crusading warfare*.

⁴² ‘Military theorists of the nineteenth century were wedded to the first of these doctrines [la llamada strategy of overthrow, que defendía que las batallas eran el único acto importante de la guerra, al que un comandante debía comprometerse lo antes posible]. It was well suited to the means available for making war in their own day, but many of them claimed for it universal application. They did not always perceive that in other ages and other conditions, other strategic ideas could be more usefully applied, and so they adjudged those ideas to be bad in all circumstances. Signs are not lacking that some military historians, either consciously or unconsciously, have written under the influence of such theories, and their preoccupation with the history of tactics on the battlefield may be regarded as a symptom of this’. Smail, *Crusading warfare*, 15.

⁴³ Smail fue el primero en advertir el problema que suponía otorgar al enfrentamiento campal esa posición central y dominante en el discurso histórico. Smail, *Crusading warfare*, 1-18.

⁴⁴ También llamado ‘paradigma Gillingham’, aunque el propio John Gillingham prefirió denominarlo ‘paradigma Smail’ (Gillingham, ‘Up with Orthodoxy!’, 153).

⁴⁵ Gaier, *Art et organisation*.

comandantes tendían a guarnecerse en los puntos fuertes, evitando la batalla⁴⁶. Mientras tanto, el enemigo devastaría la zona produciendo graves pérdidas económicas y, si tenía los medios para ello, podía llegar a sitiar algunas fortalezas. Esta estrategia obsidional fácilmente derivaría en una guerra de desgaste o, si se prefiere, en una ‘estrategia de aproximación indirecta’, en la que el atacante buscaría mermar el poder económico y político del oponente mientras obtenía ganancias y suministros. Todas estas consideraciones quedaron perfectamente resumidas cuando Gaier escribió que ‘la guerra medieval estaba principalmente compuesta por saqueos, a menudo asedios y, a veces, batallas⁴⁷’.

Seis años más tarde se dio un paso más hacia la completa superación del paradigma clásico con la publicación de un estudio de Michael Mallet sobre la guerra en la Italia del Renacimiento. Siguiendo la tendencia ya apuntada por autores anteriores, Mallet afirmaba que aunque los cronistas se recrearan en la narración de las batallas, estas fueron relativamente raras en el periodo⁴⁸. Lo más interesante de su obra tal vez fuera la conclusión a la que llegó tras analizar la estacionalidad de las prácticas bélicas en la Italia del *Cuatrocento*, unas deducciones que fácilmente podrían extrapolarse a toda Europa Occidental. Desde luego no fue el primero en advertir que el periodo estival concentraba el grueso de las campañas, sin embargo sostenía que las operaciones militares se realizaban en determinadas épocas del año no sólo porque fueran climáticamente más apropiadas para las actividades bélicas, sino porque era la estación del año en la que los ejércitos podían hacer más daño a los cultivos del enemigo, buscando conscientemente la erosión de las bases económicas del enemigo⁴⁹. Esto supuso un paso adelante a la hora de entender que los planes militares que esbozaban los comandantes medievales estaban en las antípodas de la ausencia de principios estratégicos. Michael Mallet contribuyó a la demostración de que la imagen de las huestes medievales como bandidos simplemente dados al latrocinio y

⁴⁶ Resulta bastante ilustrativa la afirmación de Gaier: mais en dépit de son importance militaire et humaine la bataille ne résume pas la guerre médiévale. Gaier, *Art et organisation*, 79.

⁴⁷ Gaier, *Art et organization*, 216.

⁴⁸ Mallett, *Mercenaries and their masters*, 181.

⁴⁹ ‘The emphasis on active campaigning in spring and early summer, and again in the autumn, was not only the result of these being the more clement seasons for military operations. They were also the seasons when armies could do the most damage to crops, and this way was always one of the prime aims of Italian warfare. Devastation and organized looting was economic warfare of a most effective kind; if carried out systematically it could have a much greater impact on a small Italian state than the defeat of its army in the field’. Mallett, *Mercenaries and their masters*, 191.

la devastación, defendida por la historiografía clásica, no se correspondía en absoluto con la realidad.

Los trabajos que buscaban anular la centralidad de la batalla campal, así como la idea de una ausencia de principios estratégicos que habían mantenido los autores del siglo XIX y principios del XX, se completó con los dos excelentes artículos que John Gillingham publicó en 1984 y 1989. Estos trabajos, dedicados al estudio de las prácticas estratégicas de dos grandes protagonistas de la historia anglonormanda –Ricardo I Corazón de León y Guillermo I el Conquistador–, establecieron una nueva metodología y renovaron el tratamiento de las ‘formas de hacer la guerra’ en la Edad Media⁵⁰. En el estudio dedicado a Ricardo I, Gillingham sostenía la idea de la existencia de una posible ‘estrategia vegeciana’, según la cual los modos de actuación escogidos por los comandantes medievales procedían de las enseñanzas y consejos dictados por el autor romano⁵¹. Por otro lado, Gillingham exponía con cierto sarcasmo la tendencia imperante en la Historia Militar medieval de su época, lamentándose de que los historiadores modernos se habían centrado en el estudio de las obligaciones militares o en la organización, el reclutamiento, el armamento o el *ethos* de la guerra, por lo que se sabía de cómo se ponían los ejércitos en el campo, pero lo que no se sabía era que hacían una vez allí⁵².

Matthew Bennett afirmaba en 1994 que si el estudio de las tácticas estaba siendo despreciado era porque tanto Burne como Oman las habían elevado por encima de otros aspectos de la guerra como factor decisivo, aunque ciertamente a veces lo fueran⁵³. Para explicar esta situación es necesario retroceder en el tiempo, con el fin de entender el contexto en el que nació la llamada *New Military History*, la tendencia historiográfica causante en buena medida de la decadencia del estudio de la praxis bélica medieval. La matanza que supuso la Primera Guerra Mundial provocó que el interés académico ya no solo por la guerra medieval sino por la Historia Militar decayera. Así, la Historia Militar fue repudiada, llegando incluso a estar ausente en el Comité Internacional de Ciencias

⁵⁰ Gillingham, ‘Richard I’, 194-207; Gillingham, ‘William the Bastard at War’, 143-60.

⁵¹ ‘For the medieval reality of war was very like the medieval theory of war as outlined by Vegetius’. Gillingham, ‘Richard I’, 207.

⁵² ‘Modern scholars have tended to investigate subjects like military obligation, organization, recruitment, pay, armament and the ethos of war –all of them important subjects. As a result most recent historians have been so busy getting their armies into the field that they have left themselves little room in which to consider what they did once they were there’. Gillingham, ‘Richard I’, 194.

⁵³ Bennet, ‘The Development of Battle Tactics’, 3.

Históricas fundado en París en 1926⁵⁴. Tras la Segunda Guerra Mundial el interés por esta disciplina histórica casi desapareció y como señalan Thomas Kühne y Benjamin Ziemann, ‘fue considerada como un residuo, poco científico, de los propios militares, cuyo interés por las guerras pasadas residida en aprender de ellas cómo ganar las guerras futuras’⁵⁵. En este sentido, Morillo y Pavkovic hablan de un ‘eclipse académico’ que datan exactamente entre 1918 y 1958⁵⁶.

No todos comparten esta idea pues hay considerables divergencias entre autores. Mientras que algunos hablan de un renacimiento de la disciplina tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, otros sitúan el momento del cambio a finales de la década de los setenta o incluso los ochenta para el caso alemán⁵⁷. John Keegan, por su parte, sostiene que los países anglosajones han podido cultivar la Historia Militar hasta alcanzar el estatuto de ciencia humana, debido a que las derrotas militares de estos países nunca han amenazado la supervivencia nacional⁵⁸. Sea como fuere, lo cierto es que tras las dos grandes guerras del siglo XX, la Historia Militar tradicional estaba en decadencia en Europa, y la consolidación de la escuela de los *Annales* no hizo sino acentuarla. Asimismo, la historiografía marxista y el auge de la Historia Social hicieron que el interés académico derivara en los procesos históricos y en las estructuras sociales, dejando de lado la Historia Política, de la que se consideraba parte la Historia Militar. Según Martin van Creveld, especialista en el estudio de la logística, el descrédito al que se vio sometida la Historia Militar había que entenderlo también debido a su excesivo apego por la ‘Historia de las batallas’ o la simple narración de las mismas⁵⁹. Durante este proceso de decadencia quedó claro que el historiador militar no debía limitarse a narrar lo ocurrido, sino que tenía que interpretar las realidades sociales que rodeaban a los encuentros armados. Esto llevó a una socialización de la Historia Militar, que acabó cristalizando en la llamada *New Military History* y en el desarrollo de nuevos estudios etiquetados como *War and Society*⁶⁰. Este giro historiográfico buscaba una reconciliación con las otras ciencias históricas y supuso

⁵⁴ Espino, ‘La Historia Militar’, 484-5.

⁵⁵ Kühne, Ziemann, ‘La renovación de la Historia Militar’, 310.

⁵⁶ Morillo, Pavkovic, *What is military history?*, 38-9.

⁵⁷ Espino, ‘La Historia Militar’, 218. Borreguero, ‘Nuevas perspectivas’, 149-50; Morillo, Pavkovic, *What is military history?*, 43; Kühne, Ziemann, ‘La renovación de la Historia Militar’, 311.

⁵⁸ Keegan, *El Rostro de la Batalla*, 55.

⁵⁹ Espino, ‘La renovación’, 162.; Espino, ‘La Historia Militar’, 228.

⁶⁰ Morillo, Pavkovic, *What is military history?*, 39-42.

cambiar el punto de apoyo de la Historia Militar, pasando este de la Historia Política a la Historia Social. Del mismo modo, la *New Military History* minimizaba o incluso excluía el combate propiamente dicho de su estudio, olvidando que los ejércitos se forman, en última instancia, para combatir⁶¹.

Esta breve aproximación sirve para contextualizar aquella situación de la que Gillingham se quejaba. Durante mucho tiempo fueron escasos los trabajos que abordaron la Edad Media desde una óptica militar, tratando temas como la táctica o la estrategia. Aun así, lo cierto es que las palabras de John Gillingham no cayeron en saco roto, pues en la misma década de los ochenta vieron la luz varios trabajos de elevada calidad. Sin embargo, eso no fue sino el prelude del despegue definitivo de la disciplina en los años noventa, liderada hasta el presente por la historiografía anglosajona⁶². Entre los autores más destacados de ese primer impulso de los ochenta, cabría destacar por encima de los demás los elaborados por Philippe Contamine, Jim Bradbury y Malcom Vale.

La obra de Contamine es, aún a día de hoy, la síntesis más completa sobre la guerra medieval, sin dejar de lado cuestiones como la táctica o la estrategia. Aparte de criticar algunos aspectos de las obras clásicas, teniendo en cuenta su contexto histórico y objetivos, el francés enunció que ‘dos principios generales parecen haber sido predominantes en la estrategia medieval: el temor a la batalla formal, al enfrentamiento en campo abierto y lo que se ha solido llamar el ‘reflejo obsidional’⁶³. Una afirmación que evidencia como desde el principio de la década de los ochenta la revitalización de los estudios en torno a la praxis bélica optó por seguir los postulados renovadores, avanzando en el cuestionamiento del paradigma clásico entre la comunidad académica.

Jim Bradbury dedicó un libro en 1985 al arquero medieval. En buena medida se centraba en el arco largo inglés, y en las tácticas que tantas victorias brindaron a los isleños

⁶¹ Morillo, Pavkovic, *What is military history?*, 42. Sirva esta clara explicación de Peter Paret como explicación de lo que es la Nueva Historia Militar: ‘The New Military History refers to a partial turning away from the great captains, and from weapons, tactics, and operations as the main concerns of the historical study of war. Instead we are asked to pay greater attention to the interaction of war with society, economics, politics, and culture. The New Military History stands for an effort to integrate the study of military institutions and their actions more closely with other kinds of history’. Paret, ‘The New Military History’, 10.

⁶² Aportaciones significativas de la década que no analizaré aquí por no circunscribirse estrictamente al estudio de la táctica y la estrategia pueden consultarse en la bibliografía final.

⁶³ Contamine, *La Guerra en la Edad Media*, 274.

en la Guerra de los Cien Años⁶⁴. El trabajo supuso la revisión del plan táctico formado por hombres de armas y arqueros que hasta entonces había propuesto la doctrina dominante. Esta obra merece ser tenida en cuenta, aunque no sea más que por el hecho de que las cuestiones tácticas constituyeran de nuevo un tema central de debate que, iniciado en los albores del siglo XX, ha continuado hasta nuestros días⁶⁵. Otra de las obras más destacadas de este autor es *The Medieval Siege*, estudio concebido para analizar los asedios: el rasgo que Bradbury consideraba más común en la guerra medieval. En ese sentido, llegó a afirmar que las operaciones de expugnación constituían el 99% de la guerra medieval, frente al uno por ciento de las batallas⁶⁶. Esta afirmación, aunque exagerada por dejar de lado las cabalgadas, tuvo gran relevancia, ya que se puso el foco sobre una actividad militar que la historiografía clásica había tendido a ignorar.

Pasando a otro de los pilares del ‘paradigma clásico’, convendría detenerse en la figura de Malcom Vale, quien lidió, a principios de la década de los ochenta, con la caballería en Inglaterra, Francia y Borgoña al final de la Edad Media⁶⁷. Buscaba desmitificar la decadencia de la caballería pesada, el último de los rasgos del paradigma clásico que quedaba por refutar. Frente a la imagen de una caballería anacrónica sin utilidad militar en el siglo XV, Vale sostenía que esta arma no había perdido su eficacia, ya que sin una fuerza de caballería no se podría obtener una victoria definitiva. Para ilustrar su afirmación, Vale ofreció el ejemplo de las campañas suizas de Carlos el Temerario: en Grandson (1476) se pudo retirar sin demasiadas complicaciones porque los suizos apenas tenían caballería; las pérdidas fueron mucho más altas en Morat (1476) donde había aliados que aportaron caballería a los confederados; y Nancy (1477) fue un desastre en el que murió el propio duque durante la persecución por fuerzas montadas⁶⁸.

⁶⁴ Bradbury, *The medieval archer*.

⁶⁵ El debate puede seguirse en: Lloyd, ‘The ‘Herse’ of Archers at Crecy’, 538-41.; George, ‘The Archers at Crecy’, 733-38.; Morris, ‘The Archers at Crecy’, *The English Historical Review*, 427-36.; Bennett, ‘The Development of Battle Tactics’, 1-24.; Hardy, ‘The Longbow’, 174-7.; Bennett, ‘The impact of English’, 51-60.; Bennett, *Agincourt 1415*, 69-71.; Bennett, ‘Henry V and the battle of Agincourt’, 21-36.; Curry, *The Battle of Agincourt*.; Rogers, ‘The Battle of Agincourt’, 37-132.

⁶⁶ Bradbury, *The medieval siege*, 71.

⁶⁷ Vale, *War & Chivalry*.

⁶⁸ ‘Without cavalry, a fifteenth-century army was unlikely to achieve a decisive victory on the field of battle. To pursue an enemy, whether in the hope of ransom or in an attempt at annihilation, was scarcely possible without mounted units. Heavy cavalry was not the obsolescent arm that military historians have often decried, eking out an irrelevant existence for social reasons unconnected with the art of war [...] the lords of battle could rule the field in the fifteenth century as they had rarely done before’. Vale, *War & Chivalry*, 127-8.

Previamente, en la década de los setenta, Michael Mallet había confrontado la idea de que la única táctica de la caballería pesada consistía en la carga frontal. Desde el estudio de la Italia del siglo XV, Mallett expresó una argumentación contraria, significando que las tácticas de las fuerzas a caballo iban mucho más allá del simple choque directo⁶⁹. Contamine fue más lejos, denominando ‘la época del caballo’ a un apartado en el capítulo que comprende los siglos XIV y XV de su obra *La guerra en la Edad Media*. Mencionaba que si nos fijamos en las diversas manifestaciones artísticas que se dieron en el Occidente europeo en esa cronología ‘vemos claramente que la escena militar aparece dominada por el guerrero a caballo pesadamente armado’⁷⁰. A pesar de que con las afirmaciones de estos autores se comenzaban a dar los primeros pasos para superar la vieja idea de una caballería bajomedieval decadente, este rasgo concreto del paradigma clásico, que Bennett ha denominado el ‘paradigma Oman’, ha sido el más difícil de desterrar y de hecho, aún hoy sigue sin haber un consenso al respecto⁷¹.

Han sido varios los autores que se han esforzado por desmitificar la supremacía de la caballería feudal en los siglos plenomedievales, pero no ha ocurrido lo mismo con su supuesta decadencia a causa del supuesto resurgir de la infantería a fines de la Edad Media⁷². La incapacidad de superar este último pilar que sustentaba la tesis clásica está relacionada con la teoría de la ‘Revolución Militar’. Una de las ideas principales de esta nueva corriente era la supuesta ‘revolución’ de la infantería en detrimento de la caballería, que algunos autores fecharon a comienzos del siglo XIV⁷³. Este debate es uno de los paradigmas historiográficos creados en la segunda mitad del siglo XX y ha pretendido explicar la supremacía global de Occidente en un proceso de larga duración que arrancaría con una supuesta revolución militar a partir del siglo XVI. Esta formulación se debe a

⁶⁹ Mallett, *Mercenaries and their masters*, 146 y 151.

⁷⁰ Respecto a las tropas de a pie añadía que ‘parece claro, sin embargo, que la infantería perdió, entre mediados del siglo XIV y mediados del XV, parte de su importancia, tanto cuantitativa como cualitativa, al menos en algunos campos de batalla y en algunos teatros de operaciones [...] Hacia mediados del siglo XV la situación se modificó’. Contamine, *La Guerra en la Edad Media*, 162, 169-70.

⁷¹ Bennett, ‘Meaning of Medieval Cavalry’.

⁷² La idea de una supuesta supremacía de la caballería pesada entre los siglos XI y XIII ha sido superada con aportaciones de Matthew Bennett, Stephen Morillo o John France, entre otros. Bennett, ‘The medieval warhorse’, 19-40; Bennett, ‘The Myth’, 304-16; Morillo, ‘Age of Cavalry’, 45-58; France, ‘Changing balance’ 153-77.

⁷³ Como ya he señalado, los autores clásicos negaban el protagonismo a la infantería en épocas anteriores. Otros autores posteriores utilizaran el término ‘revolución’ o más bien ‘resurgir’ para explicar la creciente importancia de esta unidad a lo largo de la Baja Edad Media.

Michael Roberts y Geoffrey Parker y, aunque tal concepto no ha encontrado una aceptación unánime entre los historiadores de la guerra, sí que fue adoptado por sociólogos como Charles Tilly o Michael Mann, o historiadores económicos como John Brewer y Jan Glete⁷⁴.

Es preciso volver la vista atrás por un momento para observar el inicio del que sería el debate más prolífico y controvertido que afectó a la Historia Militar de la Baja Edad Media, salpicando con especial énfasis al Cuatrocientos. La polémica que suscitó la conferencia presentada por Roberts en 1955 en la Queen's University de Belfast, bajo el título *The Military Revolution, 1560-1660*, fue haciéndose cada vez mayor. Roberts identificó cuatro modificaciones en el arte de la guerra de este periodo que merecían ser consideradas revolucionarias: la revolución táctica, con la sustitución de la lanza y pica por la flecha y el mosquete; el aumento del tamaño de los ejércitos; la aparición de estrategias más complicadas y ambiciosas; y la mayor repercusión de la guerra en la sociedad⁷⁵. Las tesis de Roberts fueron contestadas por Geoffrey Parker, quien publicó en 1976 un artículo que refutaría en parte las ideas de su predecesor, aunque no fue hasta 1988 cuando publicó su famosa obra: *The Military Revolution: Military Innovation and the Rise of the West, 1500-1800*⁷⁶. Parker situó la 'verdadera' revolución a finales del siglo XV y principios del XVI, con los cambios producidos en la guerra de asedio y la aparición de la *traza italiana*, entre otras cuestiones. El debate, aún enmarcado dentro de la Edad Moderna, continuó de la mano de Jeremy Black, pero pronto se extendió hasta la Edad Media. La visión de un rápido cambio, 'revolucionario' según sus formuladores, fue desafiada desde diferentes estudios elaborados por medievalistas, como Andrew Ayton o Michael Prestwich, que expresaron su preferencia por un proceso más evolutivo que revolucionario a lo largo de los siglos finales de la Edad Media y que, tal y como reflejan varias contribuciones a la obra colectiva editada por F. Tallett y D. J. B. Trim en 2010, no acabaría de cerrarse hasta bien entrado el siglo XVIII⁷⁷.

⁷⁴ Fernández de Larrea, 'Servicio militar obligatorio', 15-16. Aunque, como demostró Clifford Rogers, el concepto de 'revolución militar' ya se utilizaba en los siglos XVIII y XIX. Rogers, 'The idea of military revolutions', 395-415.

⁷⁵ Roberts, 'The Military Revolution, 1560-1660', 13-35.

⁷⁶ Parker, 'The 'Military Revolution, 1560-1660'', 37-54. Parker, *La Revolución Militar*.

⁷⁷ Tallett, Trim, *European Warfare*.

La aportación de Prestwich se basaba en la diferenciación de dos horquillas cronológicas: entre finales del siglo XII y principios del XIII; y desde finales del siglo XIII a 1340. El autor inglés sostenía que en este último periodo aumentó la escala e intensidad de la guerra, cambiando con ello el sistema de reclutamiento: empezaron a aflorar los contratos y los comandantes desarrollaron tácticas de batalla más efectivas⁷⁸. La llamada ‘Revolución Militar’, por tanto, no sería sino un largo proceso iniciado tal vez a finales del siglo XII, aunque los verdaderos cambios –lentos pero progresivos- comenzarían a finales del s. XIII. Como destaca el autor, no se trataría de un proceso revolucionario, sino más bien un desarrollo evolutivo⁷⁹. Ayton y Price, por su parte, sostuvieron que las innovaciones que los defensores de este nuevo paradigma pretendían tildar de revolucionarias, no lo eran en absoluto desde una perspectiva medieval⁸⁰. El dominio de la infantería sobre el campo de batalla podía rastrearse, como mínimo, desde el siglo XIV⁸¹. Del mismo modo, la guerra de asedio no sufrió ningún cambio revolucionario, ya que el aumento de la efectividad de las armas de pólvora fue contestado por el desarrollo de nuevos tipos de fortificaciones. Por último, el aumento del tamaño de los contingentes ya era conocido desde el Trecentos. Así pues, concluían apuntando que unos cambios que se desarrollaron a lo largo de tanto tiempo –por espacio de cinco siglos–, no deberían ser considerados revolucionarios.

Clifford Rogers no era ajeno a esa idea. Él mismo había señalado que para ser considerado revolucionario, un cambio debiera darse en el lapso de una generación⁸². Aun así, en su artículo dedicado a las revoluciones militares durante la Guerra de los Cien Años, Rogers hablaba de la revolución de la infantería o la revolución de la artillería, que fueron seguidas por otras como la revolución en las fortificaciones⁸³. En suma, Rogers defendía una sucesión de pequeñas revoluciones entre el siglo XIV y finales del XVIII, basadas en el concepto biológico de *punctuated equilibrium evolution* o evolución del equilibrio

⁷⁸ Prestwich, *Armies and Warfare*, 345-346.

⁷⁹ ‘There was no single medieval military revolution, but there was experiment and change, and considerable sophistication’. Prestwich, *Armies and Warfare*, 345.

⁸⁰ Ayton, Price, ‘Introduction’, 1-22.

⁸¹ Esto no quiere decir que defiendan la supremacía de la infantería. Más bien al contrario, pues afirman que las mejoras en las armas y el equipo aseguraron la supervivencia de la caballería pesada, formando el núcleo de las huestes, y su arma más prestigiosa (Ayton, Price, ‘Introduction’, 9-10).

⁸² Rogers, ‘The Military Revolutions’, 76.

⁸³ Afirmaba que la entre 1420 y 1430, la artillería experimentó un proceso de cambio revolucionario. ‘It seems fair to say that a revolution occurred in the art of war around the 1420s to 1430s, as gunpowder artillery overturned the centuries-old dominance of the defensive in siege warfare’. Rogers, ‘The Military Revolutions’, 67.

acentuado, que luego denominaría RMA -*Revolutions in Military Affairs*⁸⁴. El concepto de RMA se definiría como ‘un simple cambio revolucionario en la forma en la que se hacía la guerra’⁸⁵.

Para defender la ‘revolución de la infantería’, Rogers sostenía que desde mediados del siglo XI hasta el siglo XIV los ejércitos que dominaron los campos de batalla de Europa estuvieron compuestos por guerreros-aristócratas feudales, que ofrecían un servicio militar como caballería pesada a cambio de un feudo y luchaban para obtener prisioneros, no para matar. A partir del siglo XIV, sin embargo, emergieron hombres asalariados que luchaban para matar. En ese contexto, los métodos suizo e inglés acabaron con las tácticas precedentes, una teoría en cierto modo muy parecida a la postulada por el paradigma clásico⁸⁶. Rogers señalaba a su vez, que la infantería poseía importantes ventajas frente a la caballería, puesto que un simple peón podía ser equipado por menos dinero, cobraba menos por su labor, podía ser entrenado con mayor rapidez y sus filas se podían nutrir de un sector de población más amplio⁸⁷.

Frente a las afirmaciones de Rogers se alzaron diversas voces, entre ellas la del experto en tecnología militar medieval Kelly DeVries, quien ha apuntado varias veces que la discusión en torno a la efectividad de la artillería medieval está imbuida por un evidente determinismo tecnológico⁸⁸. Otros, como Matthew Bennett y Nicholas Hooper, han señalado que la presentación de las victorias obtenidas por la infantería - escocesa, flamenca, suiza e inglesa- como una ‘revolución adicional [...] que abrió el camino a los grandes cambios del siglo XVI’ se basa en la falsa idea de que ‘la infantería eclipsó a la

⁸⁴ El autor sigue desarrollando esta teoría en artículos posteriores como: Rogers, ‘Military revolutions’, 21-35.; Rogers, ‘As if a new sun had arisen’, 15-34.

⁸⁵ Rogers, ‘Military revolutions’, 22.

⁸⁶ ‘In the fourteenth century, the ‘Infantry Revolution’, when common Swiss pikemen and halberdiers and English archers overturned the centuries-long dominance of aristocratic shock cavalry’. Rogers, ‘Military revolutions’, 76. Aun aceptando como falsa la supremacía de la caballería feudal, Rogers defiende que en épocas anteriores el rol de la infantería en batalla era puramente defensivo. Incluso llega a afirmar ‘without question, the Infantry Revolution made the European battlefield a much more sanguinary place’. Rogers, ‘Military revolutions’, 56, 57, 60-2.

⁸⁷ Rogers, ‘Military revolutions’, 60.

⁸⁸ El experto en tecnología militar medieval Kelly DeVries, ha escrito varios artículos acerca de la Revolución Militar, muchas veces desde una perspectiva contraria al determinismo tecnológico que impregna al Longbow inglés o a la artillería medieval. Algunas de sus aportaciones más significativas: DeVries, ‘Catapults are not atomic bombs’, 454-70.; DeVries, ‘The technology of gunpowder weaponry’, 285-98.; DeVries, ‘The Walls Come Tumbling Down’, 429-446.; DeVries, ‘Gunpowder Weaponry’, 127-145; DeVries, ‘French and English Acceptance’, 259-270. Otro artículo interesante referido a la ‘revolución militar’, fue el que presentó Bert S. Hall: ‘The Changing Face of Siege Warfare: Technology and Tactics in Transition’, 257-271.

caballería a partir de la Guerra de los Cien Años, y que la infantería careció de importancia con anterioridad al 1300⁸⁹. El propio Bennett había publicado en 1994 un interesante trabajo en el que refutaba el supuesto retraso táctico francés en la Guerra de los Cien Años mediante el análisis de las tácticas de batalla⁹⁰. Andrew Ayton y Christopher Allmand, por su parte, defendieron la importancia de la caballería en la Baja Edad Media, sin la cual se hacía imposible obtener una victoria decisiva, merced a su flexibilidad táctica o el perfeccionamiento de las armas y armaduras⁹¹. Tal y como expresó Jorge Sáiz, ‘en la Europa de fines del XIV y del siglo XV, estaba muy lejos del mito de su decadencia militar ya que vivía realmente su máximo apogeo y prestigio en la guerra’⁹².

Finalmente, Anne Curry también tuvo ocasión de contestar a Rogers, criticando sus teorías revolucionarias. Sobre la infantería, apuntaba que el autor estadounidense se basaba en exceso en situaciones de batalla, la operación bélica menos común de los siglos medievales. En cuanto a la artillería, expresaba que la presencia de la misma no garantizaba la victoria en el periodo que Rogers tildó de revolucionario. En definitiva, señalaba el peligro que conlleva la Revolución Militar, pues amenaza con convertirse en un nuevo paradigma. Parafraseando a Curry, la Revolución Militar normalmente se encuentra en el periodo en el que cada autor se considera experto⁹³.

El prolífico debate en torno a la Revolución Militar no ha cesado y, tras los últimos artículos de Rogers y algunas aportaciones de DeVries, ha continuado hasta hoy, siendo uno de los últimos publicados el ya citado volumen de Tallet y Trim en 2010⁹⁴. Sea como fuere, independientemente del citado debate, la Historia Militar ha experimentado un

⁸⁹ Bennett, Hooper, *Atlas Ilustrado de la Guerra en la Edad Media*, 159.

⁹⁰ Bennett, ‘The Development of Battle Tactics’, 1-24.

⁹¹ Ayton, ‘Armas, armaduras y caballos’, 263; Allmand, ‘Nuevas armas, nuevas tácticas 1300-1500’, 98-9. Estas teorías parecen haber sido influenciadas por la obra de Malcolm Vale. Vale, *War & Chivalry*, 104-22.

⁹² ‘Por toda Europa el siglo XV es la época por excelencia de los hombres de armas (homens d’armes, hommes d’armes, men at arms, homines armati), los tiempos de una caballería pesada mucho mejor equipada que en épocas anteriores, gracias, por lo general, al arnés blanco, la armadura blindada de placas con juntas articuladas que cubría por completo el cuerpo repartiendo equitativamente el peso. Se trata de una caballería pesada polivalente y readaptada a las diferentes expresiones materiales de la guerra, a las batallas campales y cabalgadas pero también a la guerra de asedio, a los asaltos y defensas de puntos fortificados. Una caballería que, en la Europa de fines del XIV y del siglo XV, estaba muy lejos del mito de su decadencia militar ya que vivía realmente su máximo apogeo y prestigio en la guerra’. El mismo autor también advierte que ‘existe un doble tópico respecto al papel militar de la caballería medieval: su supremacía entre los siglos XI-XIII y su decadencia entre los siglos XIV-XV’. Sáiz, ‘Formación de un ejército’, 188.

⁹³ Curry, ‘Guns and Goddams’, 171-88.

⁹⁴ Tallet, Trim, *European Warfare, 1350-1750*.

renovado interés por parte de los investigadores a partir de la última década del siglo XX. Desde entonces hasta hoy han aparecido numerosos libros y artículos que han abordado el liderazgo militar o la táctica y estrategia medieval desde una perspectiva científica, entre los que cabría destacar los elaborados por John France, Stephen Morillo, Matthew Strickland, Matthew Bennett, Clifford Rogers, Andrew Ayton, Kelly DeVries o João Gouveia Monteiro así como la magnífica obra colectiva editada por Maurice Keen⁹⁵.

La vitalidad de la *Medieval Military History* en el siglo XXI queda probada con la extraordinaria eclosión bibliográfica que se ha producido en los últimos años o el éxito del portal *De Re Militari*, órgano de expresión oficial de *The Society for Medieval Military History*⁹⁶. Fruto de esta eclosión es también la aparición, en el año 2002, del primer número de la revista *Journal of Medieval Military History*, una publicación científica de alto nivel. El volumen inicial de la revista tenía como tema de apertura la cuestión de la ‘estrategia vegeciana’, con dos artículos que buscaban revisar el llamado ‘paradigma Gillingham’⁹⁷. Estas aportaciones arrojaron nueva luz sobre la ‘nueva ortodoxia’ imperante a finales del siglo pasado –en palabras de Matthew Strickland: la idea de que los comandantes medievales, siguiendo a Vegecio, aceptarían batalla en raras ocasiones y sólo si no les quedaba otra opción o estaban muy seguros de la victoria⁹⁸.

Tras este hito inicial, a principios del nuevo milenio, el debate entre los especialistas ha girado en torno a la búsqueda o evasión de la batalla como elemento fundamental del pensamiento y práctica de los líderes militares medievales. Frente a quienes consideran la evasión del enfrentamiento campal como la corriente dominante, Rogers propuso que algunos comandantes, especialmente al actuar en operaciones ofensivas, podrían ser activos buscadores de batalla con el fin de precipitar una rápida resolución de los conflictos. Rogers recordaba que Vegecio también animaba a buscar la batalla si el comandante se encontraba en clara superioridad y que, aunque es comúnmente aceptado que las ganancias en batalla

⁹⁵ Una cita bibliográfica que recoja las aportaciones más relevantes de estos autores sería ciertamente extensa, por lo que me remito a la bibliografía final.

⁹⁶ <http://deremilitari.org/> (Consultado el 05/09/2019). Del mismo modo, obras de alta divulgación pueblan las librerías, de las que los tres libros editados o coeditados por Matthew Bennett sirven como ejemplo. Bennett, Hooper, *Atlas ilustrado*; Bennett et alii.: *Técnicas Bélicas del Mundo Medieval*; Bennett, *La Guerra en la Edad Media*. Para nuestro caso es interesante también Nicolle, *European Medieval Tactics*. Es curioso que las primeras ediciones recogieran el subtítulo de *The Revival of Infantry 1260-1500*, en vez del actual.

⁹⁷ Rogers, ‘The Vegetian Science’, 1-19; Morillo, ‘Battle Seeking’, 21-41.

⁹⁸ Strickland, *War & Chivalry*, 43.

eran dudosas, las ventajas obtenidas del triunfo en el campo de batalla podían ser considerables o, incluso, decisivas.

John Gillingham tuvo su ocasión de réplica en el siguiente número de la revista, donde publicó un artículo en el que criticaba la vaguedad cuantitativa de la exposición de Rogers, por lo que propuso dos formas de aproximación a la cuestión para desarrollar las nuevas facetas que iban apareciendo en la actual ortodoxia: el estudio de la carrera de un comandante medieval o el de una campaña concreta⁹⁹. La llamada fue respondida por João Gouveia Monteiro, Francico García Fitz o Andrew Villalon, entre otros¹⁰⁰. Este último realizó su aportación alejándose de la dicotomía impuesta por el debate –buscar vs evitar la batalla–, proporcionando una tercera vía según la cual los comandantes medievales podrían ‘desear’ la batalla. Así, los líderes militares podrían diseñar planes estratégicos que no estuvieron enfocados a la búsqueda de batalla, aunque si esta se ofrecía en circunstancias mínimamente propicias, la aceptarían¹⁰¹.

Los autores ‘revisionistas’ de la actual ortodoxia han señalado en su defensa que, si había pocas batallas no era porque los comandantes las evitaran, sino porque para que una batalla tuviera lugar era necesario que ambos contendientes la aceptaran. Esto no deja de ser una contradicción, pues los mismos ‘revisionistas’ apuntan que Vegecio aconsejaba buscar batalla si las condiciones eran favorables, lo que explícitamente implica que las condiciones del enemigo no lo eran, pues rara vez dos comandantes medievales enfrentados valoraban al mismo tiempo como superior su situación frente a la del enemigo. Esto implica que el contendiente en inferioridad evitara la batalla, lo que irremediabilmente conduciría de nuevo al paradigma Smail-Gillingham.

En definitiva, este último debate ha servido para revalorizar el papel de la batalla en la guerra medieval, aunque sin cuestionar muchos aspectos de fondo del paradigma Smail-Gillingham¹⁰². En la Edad Media, las batallas eran comparativamente escasas –aunque, tal vez, no tanto como se ha creído hasta ahora– y rara vez constituían por sí mismas un fin estratégico. Con todo, el exceso de foco que la reciente discusión pone en los encuentros

⁹⁹ Gillingham, ‘Up with Orthodoxy!’.

¹⁰⁰ Monteiro, ‘Estratégia e risco em Aljubarrota’, 75-107; García Fitz, ‘Las Navas de Tolosa’, 17-52; Villalon, ‘Battle-Seeking’, 131-54; Kagay, ‘Battle-Seeking Commanders’, 63-84.

¹⁰¹ Villalon, ‘Battle-Seeking, Battle-Avoiding’, 150-2.

¹⁰² García Fitz, ‘Las Navas de Tolosa’, 40.

campales podría suponer un retorno a los viejos mantras, algo que debería evitarse contemplando la batalla como una herramienta estratégica más, sin dejar de lado los otros tipos de operaciones que conforman el esquema tripartito de la praxis bélica medieval. Solo así será posible acercarse a la comprensión de la guerra medieval en toda su complejidad.

1.2. La historiografía sobre el Cuatrocientos castellano

El paradigma clásico también tuvo su eco en los estudios sobre la praxis bélica peninsular bajomedieval. También para el caso castellano, fue Charles Oman quien estableció la que sería la idea dominante en trabajos posteriores: el retraso táctico imperante en la Corona de Castilla en comparación con lo que consideraba la norma europea de la época -de la que suizos e ingleses eran vanguardia. Tras analizar las batallas de Nájera (1367) y Aljubarrota (1385) -dos batallas en las que el ‘sistema inglés’ tuvo un papel decisivo-, consideraba que los ejércitos castellanos no fueron capaces de adaptarse al arte de la guerra de los nuevos tiempos y persistieron en su obstinación de emplear tácticas basadas en la caballería pesada¹⁰³. Esta idea ha sido interiorizada tanto por autores internacionales como por la propia historiografía española sin que, hasta hace bien poco, se hayan realizado avances significativos encaminados a superar los viejos preceptos. Para comprender las causas de este vacío historiográfico se hace necesario observar la evolución que ha experimentado el estudio de las prácticas bélicas en la Castilla del siglo XV.

Puede afirmarse que la producción historiográfica referida al Cuatrocientos castellano ha experimentado una evolución similar, aunque tardía y con sus propias especificidades, a la del resto de Europa. En España la Historia Militar fue cultivada durante el siglo XIX y buena parte del XX por militares de profesión que buscaban, mediante el estudio de las acciones bélicas del pasado, saciar sus aspiraciones eruditas y obtener enseñanzas prácticas que poder aplicar a su oficio¹⁰⁴. El estudio del arte de la guerra se

¹⁰³ Llegó a afirmar que Castilla entró en contacto con la ciencia militar occidental por primera vez en Nájera -‘Navarrete which first brought Spain into contact with Western military science’-, mientras que Juan I demostró en Aljubarrota estar irremediamente atrasado en su concepción del arte de la guerra. Oman, *A History of the Art of War*, 179, 195.

¹⁰⁴ Los autores españoles decimonónicos repitieron los hábitos de sus homólogos europeos, pues estuvieron claramente influenciados por su época y que proyectaron una visión totalmente negativa del Medievo. Véase Sánchez, ‘Historiadores militares españoles del siglo XIX’, 99-105. Con todo, convendría destacar la figura

convirtió en una simple narración de campañas y batallas de la que los académicos procuraron alejarse por ver en ello un claro ejemplo de positivismo histórico¹⁰⁵. Con todo, el carácter positivista de la Historia Militar o su monopolización por parte de militares de carrera, no resultan motivos suficientes para explicar el estado de abandono de la disciplina hasta finales del siglo XX. Como ha señalado recientemente García Fitz, la razón habría que buscarla en los prejuicios sociológicos y políticos inherentes al estudio de la guerra. Al finalizar la Guerra Civil (1936-9), la dictadura –vigente por cuatro décadas (1939-75)– buscó en los hechos de armas de la Reconquista leña con la que alimentar el fuego del nacionalismo, militarismo y catolicismo que componían la base ideológica del régimen franquista¹⁰⁶. Así, la historiografía académica de los años sesenta y setenta trasladó su rechazo político al franquismo al ámbito académico repudiando la Historia Militar¹⁰⁷. Incluso, tras la muerte del dictador, la disciplina permaneció en manos de militares. A modo de ejemplo, baste comprobar como en una fecha tan tardía como 1979, la *Revista de Historia Militar* –editada por el ejército– publicaba, con motivo del quinto centenario, tres artículos dedicados al estudio de la batalla de Toro¹⁰⁸. Los autores, oficiales de las tres clásicas ramas del ejército –infantería, caballería y artillería– se limitaron a narrar los hechos, denotando una lectura literal de las fuentes en algunos casos y unos enfoques claramente clauswitzianos en otros¹⁰⁹.

En esos años centrales del siglo XX, durante la dictadura, en el ámbito internacional se publicaron dos obras generales sobre cuestiones militares que abordaron en uno de sus capítulos la praxis bélica castellana. El primero fue Ferdinand Lot, quien en su obra de 1946 continuó con la tendencia de Oman, afirmando que en los dos siglos bajomedievales los ejércitos peninsulares presentan un ‘carácter arcaico’¹¹⁰. Asimismo, sostenía que el estudio

de José Arántegui, quien realizó un ingente trabajo cronístico y documental para ilustrar la evolución del arma de artillería en el siglo XV y XVI. Arántegui, *Apuntes históricos sobre la artillería española*.

¹⁰⁵ García Fitz, ‘Combatir en la península Ibérica’, 386.

¹⁰⁶ Durante la dictadura, la exaltación nacional se buscaba en aquellas figuras que buscaran de una forma u otra la unidad de España. Si para la Alta Edad Media Pelayo era el protagonista absoluto y para la Plena lo era el Cid, para el Bajo Medievo fueron los Reyes Católicos los que más estudios inspiraron.

¹⁰⁷ García Fitz, ‘Combatir en la península Ibérica’, 387.

¹⁰⁸ Previamente en 1977, el Capitán de Navío Carlos Martínez publicaba un estudio sobre el asedio de Antequera por parte de Fernando de Trastámara en 1410. Martínez, ‘La campaña de Antequera’, 19-58.

¹⁰⁹ Macia, ‘La batalla de Toro’, 47-56.; Barrios, ‘La voluntad de vencer’, 57-67.; Casas de la Vega, ‘Visión táctica actual’, 69-87.

¹¹⁰ ‘Au cours de ces deux siècles, les armées d’Espagne présentèrent un caractère archaïque’. Lot, *L’art militaire*, 309. Hans Delbrück, por su parte, optó por ignorar la Baja Edad Media peninsular. Sin embargo, en el siguiente volumen, dedicado al ‘amanecer de la guerra moderna’, afirmaba que verdadero avance

de las dos batallas de Olmedo (1445 y 1467) y el enfrentamiento de Toro (1476) no aportaban nueva información táctica o de composición de los ejércitos que añadir a su presentación de las Navas de Tolosa (1212). Sin embargo, apuntaba que el verdadero cambio se dio con los Reyes Católicos, con lo que presentó un breve resumen de las principales campañas militares que jalonaron la Guerra de Granada (1482-92)¹¹¹. Lot inauguró así una tendencia entre los académicos extranjeros que se han aproximado al estudio de los aspectos militares de la Castilla del siglo XV y que aún impera en la actualidad: la centralidad de la conquista del emirato nazarí¹¹².

Una década después de que la obra de Lot entrara en escena, en 1954, J.F.C Fuller publicó tres volúmenes bajo el ilustrativo título de *The Decisive Battles of the Western World and Their Influence upon History*. La obra producida por Fuller -militar de carrera de reconocida filiación fascista-, continuaba la vieja tendencia decimonónica iniciada por Edward Creasy de compilar los encuentros campales más relevantes en los que se incluye un capítulo dedicado a la ‘Reconquista y la unificación de España’, en el que repasa brevemente la guerra de expansión librada por los reinos ibéricos contra el Islam hasta detenerse a narrar de forma más extensa la Guerra de Granada –con preferencia por el asedio de Málaga de 1487¹¹³.

Aunque escasos, durante este periodo también hubo académicos españoles que se inclinaron hacia el estudio de los aspectos militares, aunque casi siempre de forma tangencial. Así, el conocido medievalista Luis Suárez Fernández, publicaba en 1954 una breve aportación titulada ‘Juan II y la frontera de Granada’, en la que narraba los hechos de armas ocurridos en la frontera con el reino nazarí durante la primera mitad del siglo XV, extendiéndose brevemente al reinado de Enrique IV¹¹⁴. El interés de este trabajo radicaba

consistió en agrupar las unidades a pie –tiradores y peones armados para la *melée*- y utilizarlas como arma principal, dejando de lado su rol de apoyo. Delbrück, Hans. *History of the Art of War*, IV, 3.

¹¹¹ Lot, *L'art militaire*, 309-12.

¹¹² Previamente otros autores ya se habían aproximado a la cuestión, aunque no desde la óptica del estudio de la praxis bélica. Por ejemplo, el estadounidense William H. Prescott publicó en 1837 *History the Reign of Ferdinand the and Isabella the Catholic*, obra de gran difusión de la que a mediados de la década de los noventa Albert D. McJoynt reeditó el extracto referido a la Guerra de Granada: Prescott, *The art of war in Spain*.

¹¹³ La obra fue reeditada en 1970 de forma abreviada, ocupando tan solo dos volúmenes. Para ello, el editor -John Terraine- decidió prescindir de las campañas militares y batallas libradas fuera de Europa. Fuller, *The decisive battles*, 381-410. Para la influencia de la obra de Creasy -*The Fifteen Decisive Battles of the World* (1851)- véase Keegan, *El rostro de la batalla*, 57-8.

¹¹⁴ Suárez, ‘Juan II y la frontera de Granada’, 3-47.

en el hecho de que fuera un académico, y no un militar, quien lo publicó. Por lo demás, no deja de ser una simple narración de los hechos: una historia política de tradición positivista a la que se sumaban la narración lineal de las guerras granadinas de Juan II y Enrique IV. Posteriormente, otros trabajos de este mismo autor, circunscritos a la Historia Política, trataron de manera tangencial temas bélicos, aunque siempre limitándose a la narración de los acontecimientos. Con todo, la descripción que Suárez hacía de la batalla de Toro presentaba los rasgos comunes de la historiografía clásica: ausencia de preceptos tácticos y un presumible atraso castellano en cuestiones militares¹¹⁵.

Aunque sin conexión con la cronología abarcada por esta tesis, la primera monografía sobre Historia Militar Medieval que se puede considerar académica se debe a la mano de Ambrosio Huici Miranda y vio la luz en 1956 bajo el título de *Las grandes batallas de la reconquista durante las invasiones africanas*. Esta importante obra es de obligada consulta aún hoy, a pesar de que padece de ciertas limitaciones: junto a la centralidad de la batalla campal, la obra de Huici adolecía de otro de los rasgos característicos del paradigma clásico ya que afirmaba que los castellanos no mostraron tener dotes tácticas o estratégicas¹¹⁶. Con todo, parece que Huici era consciente de que las batallas no eran el tipo de operación militar más común en la guerra medieval. Tal vez por ello justificó su elección alegando que los cronistas medievales dieron especial significación a los choques campales, lo que permitía ‘disponer de muchos más elementos de juicio que sobre sucesos quizás más decisivos’¹¹⁷.

La expansión de las universidades españolas en las décadas de los sesenta y los setenta del siglo XX propició la aparición de obras dedicadas a diversos aspectos bélicos del siglo XV castellano que, sin embargo, obviaban la vertiente práctica para concentrarse en otras cuestiones. En ese sentido, un gran paso en la evolución historiográfica fue la tesis doctoral de Miguel Ángel Ladero Quesada, publicada en 1967: *Castilla y la conquista del*

¹¹⁵ ‘Toro fue una batalla de corte medieval clásico, en que la artillería no desempeñó ningún papel y los peones tuvieron escaso valor resolutivo. Choque brutal de filas de jinetes encubertados, la destreza y el valor individuales eran lo más importante’. Suárez, *Los Reyes Católicos*, 155.

¹¹⁶ ‘A pesar de tantas ocasiones ofrecidas, ninguno de los beligerantes dio pruebas de poseer las mínimas dotes de estrategia, consideradas hoy imprescindibles en un general en jefe [...] Los castellanos, en general, no tenían más concepto de la batalla que el de un choque frontal, en el que su valor y la eficacia de su caballería enlorigada les permitían forzar y deshacer las líneas enemigas, en las que sembraban el pánico, al estilo de las modernas divisiones acorazadas’. Huici, *Las grandes batallas de la reconquista*, 12.

¹¹⁷ Huici, *Las grandes batallas de la reconquista*, 9.

Reino de Granada. En esta obra, más allá de la mera narración de los hechos, se ofrecía una visión analítica de la fase final de la llamada Reconquista, centrando su análisis en los aspectos organizativos y logísticos. Pese a todo, desde la perspectiva del estudio de la praxis bélica, podría decirse que esta obra no profundizó demasiado en ello, ya que en el breve capítulo dedicado a la ‘concepción de la guerra’ tan solo se aportaba una síntesis de las actividades bélicas que se dieron en la conquista de Granada, señalando brevemente las técnicas aplicadas¹¹⁸. Asimismo, el autor daba una importancia capital a la artillería por el papel que esta jugó en el sometimiento de las fortalezas nazaríes. La obra de Ladero, convertida en hito historiográfico, sirvió de plataforma para que en las décadas siguientes florecieran nuevos estudios.

A comienzos de la década de 1970, se publicó una recopilación de algunas obras dispersas de Juan de Mata Carriazo, bajo el título de *En la frontera de Granada* y, a partir de ese momento, los estudios de la frontera entre la Corona de Castilla y el reino nazarí de Granada se irían propagando –entre otros, gracias a las aportaciones de Juan Torres Fontes¹¹⁹. Estos trabajos, que se desarrollarían más exhaustivamente a partir de la segunda mitad de la década siguiente, muchas veces no abordaban temas militares –menos aún las prácticas bélicas-. Con todo, dado que la frontera que separaba los espacios cristiano y musulmán en Andalucía estaba altamente militarizada, las relaciones violentas entre estos dos poderes tuvieron cabida en los estudios de frontera. Aunque escrito desde una perspectiva eminentemente narrativa, prueba de ello es el artículo publicado por el mismo Torres Fontes referente a la campaña de Fernando de Aragón, que derivó en la conquista de Antequera en 1410¹²⁰.

En esta década se realizó la hasta ahora única aproximación general a la praxis bélica en la Castilla del Cuatrocientos de la mano de la estadounidense Barbara Holmgren Firoozye. En 1974 presentó en la Universidad de California una tesis titulada *Warfare in*

¹¹⁸ Ladero, *Castilla y la conquista*, 11-17. En obras posteriores Ladero ha ampliado esta sección, aunque sin llegar a desarrollar del todo la cuestión de las prácticas bélicas. Ladero, *Las guerras de Granada*, 67-9, 88-95.

¹¹⁹ Carriazo, *En la frontera de Granada*; Torres, ‘Enrique IV y la frontera de Granada’, 345-80; Torres, ‘La historicidad del romance’, 225-56; Torres, ‘Las relaciones castellano-granadinas’, 297-311; Torres, ‘Las treguas con Granada’, 211-36. En esta misma década publicaba Emilio Fernández Mitre sus primeros trabajos, donde se podría destacar Mitre, ‘De la toma de Algeciras’, 77-122 y Mitre, ‘La frontière de Grenade’, 489-522.

¹²⁰ Torres, ‘La segunda campaña’, 37-51.

Fifteenth Century Castile que, a pesar de que resultaba novedosa y, en cierta medida, pionera, jamás llegó a ser publicada. Asimismo, cabría destacar que el trabajo de Holmgren resulta breve, pues apenas dedica una veintena de páginas a las formas de hacer la guerra y otras dos decenas a analizar la guerra de asedio –en especial la artillería, las fortificaciones y los campamentos de asedio¹²¹.

Fue a partir de la segunda mitad de los años ochenta cuando comenzó a florecer la actividad investigadora en el campo bélico, aunque con estudios encabezados por el tratamiento de la frontera. Las cuestiones militares no siempre eran abordadas y el análisis de la táctica y la estrategia fue muy desigual. Escasos fueron los trabajos que versaron sobre los aspectos más estrictamente bélicos de la frontera de Granada aparte de los dedicados a las treguas, la financiación de la guerra, las relaciones fronterizas, talas y cabalgadas concretas; aunque esto último, lejos de estar interrelacionado con la praxis bélica imperante, se limitaba a exponer y describir mecánicamente el curso de los acontecimientos y, a veces, el contexto político¹²². Algunos especialistas, conscientes de que la guerra medieval se basaba en su mayor parte en acciones de desgaste, estudiaron las campañas militares fronterizas en un lapso de tiempo más amplio. Así, los trabajos de José Luis del Pino y Mateo Antonio Páez tienen especial interés; el primero porque analizaba el soporte ideológico de la guerra, los problemas económicos de la financiación de las campañas, la preparación de las operaciones militares y la guerra de Granada –la fase previa a la conquista definitiva– en las fuentes cronísticas del siglo XV¹²³. Por su parte, el artículo de Mateo Antonio Páez, aunque se acercaba más que el anterior a una exposición descriptiva en orden cronológico de los hechos, realizó un itinerario de las actividades militares de Miguel Lucas de Iranzo, aportando mapas para ilustrar los movimientos del condestable¹²⁴.

¹²¹ Firoozye, *Warfare in Fifteenth Century Castile*, 14-32, 91-110. Los capítulos restantes de la tesis están dedicados a estudiar los efectos de la guerra, la caballería –entendida en su sentido sociocultural–, las armas y armaduras, las tropas y los aspectos pecuniarios de la guerra.

¹²² Abellán, 'Jerez, las treguas de 1450', 9-17; Abellán, *Relaciones castellano-nazaríes*; Abellán, 'Jerez de la Frontera', 487-94; García, 'Relaciones fronterizas', 377-84; Torres, 'Las relaciones castellano-granadinas', 83-103; Torreblanca, 'Una expedición de Rodrigo Manrique', 1673-80; Benito, 'Ortega, el escalador', 147-160; López, 'Cautiverio y rescate', 243-253; Montes, 'Sevilla y la frontera', 123-143; Montes, 'Un gran concejo andaluz', 595-651; Sánchez, 'Las milicias concejiles', 55-78; Sánchez, 'Poder urbano, política familiar', 367-376; Sánchez, 'Sevilla y la frontera', 133-148; Sánchez, 'Sevilla y la guerra de Granada', 285-310; Veas, 'Lorca, base militar', 159-188.

¹²³ Pino, 'Las campañas militares castellanas', 673-84.

¹²⁴ Páez, 'El condestable Iranzo y la frontera de Granada', 385-97.

Conviene resaltar un interesante estudio que, aun no circunscribiéndose estrictamente al ámbito fronterizo, sí abordó campañas militares concretas como los ejemplos recientemente señalados. Francisco Torres García, publicaba en 1987, un artículo sobre las campañas militares del condestable Álvaro de Luna, que a mi juicio presenta ciertas deficiencias y errores¹²⁵. No establecía filtros para las fuentes y su interpretación de estas muchas veces pecaba de literal. Así, para la batalla de la Higuera, aceptaba que Juan II dirigió una fuerza de ochenta mil hombres, mientras que más adelante señalaba que habría que tener en cuenta las exageraciones de los cronistas, puesto que éstos cifraban la tropa granadina en cuatro mil de caballería y doscientos mil infantes¹²⁶. Resulta significativo, además, que el autor pretendiera describir las campañas en su conjunto, pero que terminara centrando su atención en dos acontecimientos concretos, las batallas de La Higuera y Olmedo. Finalmente, el autor completaba su aportación con una reflexión, intentando discernir si existió táctica militar en el periodo que le ocupaba. La conclusión a la que llegó era que se podría afirmar que ‘pese a las apariencias existía un ordenamiento militar, esquemático si se quiere, pero absolutamente lógico y adaptado a las circunstancias apuntadas’¹²⁷.

Otros trabajos que se publicaron en la década de los ochenta se enmarcan en la temática de los asedios¹²⁸. En ese sentido, priman los estudios referidos a operaciones de expugnación concretas, como los referidos a la conquista de Antequera en 1410, el cerco a la fortaleza de Trujillo durante la Guerra de Sucesión Castellana o los sitios de Huelma o el castillo de Chinchilla, ambos en 1476¹²⁹. Por otro lado, Antonio Navareño publicó en la revista *Gladius* un artículo sobre los castillos bajomedievales, hablando de la preparación de los asedios, la defensa en los mismos y en definitiva los modos de hacer la guerra de

¹²⁵ Torres, ‘La guerra en Castilla’, 9-36.

¹²⁶ La razón que ofrece para justificar tan elevado número de tropas es que, ‘cuando la guerra se volvía hacia la empresa nacional [contra el reino de Granada] su índice de popularidad se traducía en una mayor concentración de tropas’. Torres, ‘La guerra en Castilla’, 12, 28.

¹²⁷ Torres, ‘La guerra en Castilla’, 14.

¹²⁸ El interés que entre los historiadores han suscitado los encuentros campales de la Plena Edad Media ha sido mucho mayor que el que han levantado los acontecidos en el siglo XV. Para ello no haría falta sino comparar la producción dedicada desde mediados del siglo XX a encuentros como Alarcos o las Navas de Tolosa con los que tienen como objeto las dos batallas de Olmedo. Para esta década apenas se pueden mencionar artículos dedicados a batallas. Uno de los pocos a destacar sería el escrito por Morfakidis, dedicado al encuentro de la Higuera de 1431. No obstante, no deja de ser una aportación más bien exótica. Morfakidis, ‘Un pasaje de Laónicos’, 71-82.

¹²⁹ Pino, ‘La conquista de Antequera’, 174-81.; Pino, ‘El cerco de la fortaleza de Trujillo’, 495-518; Quesada, ‘La organización militar’, 147-59; Pretel, ‘En torno a la sublevación de Chinchilla’, 1341-58.

asedio, acompañándose de crónicas que ilustraban ejemplos castellanos¹³⁰. En definitiva, aunque las mencionadas no pasaban de ser aportaciones puntuales y de cierto carácter descriptivo, poco a poco se iba formando una bibliografía de temática militar para el XV castellano elaborada por académicos.

Realmente no se puede hablar de un avance sustantivo en la investigación hasta la década de los noventa, pues fue entonces cuando se dio la verdadera eclosión de estudios sobre las formas de hacer la guerra. En estos años se afianzaron autores entre los que destaca Francisco García Fitz. Sus trabajos han supuesto un enorme salto cualitativo para la comprensión del fenómeno durante el periodo comprendido entre los siglos XI y XIII. Este autor ha hecho decisivas aportaciones: además de sus artículos ha publicado una monografía en la que ofrece la visión de conjunto bélica de la Plena Edad Media castellano-leonesa¹³¹. Asimismo, sus aportaciones para la superación del paradigma bélico medieval propuesto por la historiografía clásica en el ámbito castellano, han sido vitales para avanzar en la comprensión de las estrategias militares aplicadas en la Edad Media¹³². En definitiva, podría decirse que los trabajos de García Fitz constituyen el punto de partida de la renovación historiográfica de la Historia Militar Medieval referida a Castilla y León¹³³.

Si para la Plena Edad Media los estudios de García Fitz han renovado la disciplina, el panorama no es tan optimista si se observan los trabajos dedicados a época bajomedieval. Para los siglos finales del Medievo, aparte de los estudios de Ladero Quesada sobre la organización y logística de los ejércitos castellanos, solo existen trabajos que, de forma fragmentaria, han abordado la cuestión desde diferentes perspectivas. Se podría destacar, por ejemplo, la aportación de Juan Carlos Doncel sobre la táctica de batalla campal en los enfrentamientos contra los musulmanes granadinos, tomando como objeto de estudio las dos grandes batallas de Boca del Asna, en 1410, y La Higuera, en 1431¹³⁴. Asimismo, se podrían mencionar los trabajos de Manuel Rojas, quien ha centrado sus análisis en la frontera de Granada durante los siglos XIV-XV, poniendo especial énfasis en su sector

¹³⁰ Navareño, 'El castillo bajomedieval', 113-52.

¹³¹ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*.

¹³² García Fitz, 'La batalla en la Edad Media', 39-108.; García Fitz, 'La batalla en su contexto estratégico', 265-82.; García Fitz, '¿Hubo estrategia en la Edad Media?', 837-54.; García Fitz, 'Las Navas de Tolosa'.

¹³³ Una nota bibliográfica sería demasiado amplia, por lo que me remito a la bibliografía final.

¹³⁴ Doncel, 'La táctica de la batalla campal', 137-44.

occidental¹³⁵. Rojas ha sido uno de los primeros en tratar la frontera granadina desde una perspectiva estrictamente militar, estudiando las formas de hacer la guerra a través de las cabalgadas, la guerra de posición, los asedios o el papel de la nobleza en cumplimiento de sus funciones militares fronterizas¹³⁶.

Otro autor que ha destacado por su producción sobre diferentes aspectos bélicos del Cuatrocientos castellano ha sido Fernando Castillo Cáceres, quien ha tratado temas tan diversos como la organización militar, la táctica o la ideología caballeresca¹³⁷. Con todo, los trabajos de Castillo tienden a presentar la guerra en la Castilla del siglo XV como un ‘torneo’ en el que las bajas eran escasas y los enfrentamientos tenían un carácter más ceremonial que propiamente bélico. Por otro lado, presta tal vez demasiada atención a la batalla campal y sostiene que, a pesar de que los castellanos estaban familiarizados con la guerra, en la Baja Edad Media se encontraban retrasados táctica y técnicamente en cuestiones militares con respecto a sus homólogos europeos¹³⁸.

El camino iniciado a mediados de la década de los noventa se ha consolidado en el siglo XXI, con un verdadero auge de la Historia Militar Medieval en la historiografía española¹³⁹. En ese sentido convendría destacar por un lado el *revival* de los estudios sobre la artillería pirobalística, aportando nuevos datos para comprender la factura, logística y utilización de estas piezas. Esta nueva corriente está encabezada principalmente por Fernando Cobos, Javier de Castro, Carlos J. Medina, Javier López o María Dolores

¹³⁵ Rojas, *La frontera entre los reinos*.

¹³⁶ Rojas, ‘El valor bélico de la cabalgada’, 295-328; Rojas, ‘Estrategia y guerra de posición’, 665-92; Rojas, ‘Funcionalidad bélica de las fortificaciones’, 47-74; Rojas, ‘La capacidad militar de la nobleza’, 497-532; Rojas, ‘En torno al liderazgo nobiliario’, 499-522; Rojas, ‘La nobleza como élite militar’, 181-90.

¹³⁷ Gran parte de sus artículos han sido reeditados en dos libros recopilatorios: Castillo, *Estudios sobre cultura, guerra y política*; Castillo, *Un torneo interminable*.

¹³⁸ Castillo, *Un torneo interminable*, 270; Castillo, ‘Análisis de una batalla’, 133; Castillo, ‘La presencia de mercenarios extranjeros’, 20; Castillo, ‘La caballería y la idea de Guerra’, 92.

¹³⁹ Síntomas de la regeneración y revalorización de la disciplina serían la constitución de la Asociación Ibérica de Historia Militar (siglos IV-XVI) en 2015 o la aparición de la revista electrónica *e-Strategica*, órgano de expresión de la citada asociación: <https://aihmilitar.wixsite.com/site> (Consultado el 04/09/2019). La AIHM ha publicado recientemente una obra colectiva en inglés, destinada a dar a conocer la guerra en la península ibérica medieval, posicionándola en el lugar que se merece dentro de la historiografía europea. García Fitz, Monteiro, *War in the Iberian Peninsula*. Por otro lado, cabría mencionar que la historiografía anglosajona ha continuado mostrando su interés por los procesos bélicos aplicados en la conquista del emirato nazarí como forma de conocer mejor las prácticas bélicas europeas en los albores de la Edad Moderna. Así, autores como Weston Cook, Albert McJoynt o Peter Purton han puesto énfasis en la guerra de asedio y el papel de la artillería, tal vez incluso sobredimensionado su importancia. Cook, ‘The Cannon Conquest’, 43-70; McJoynt, ‘Introduction. Part I’, 13-92; McJoynt, ‘An appreciation of the war for Granada’, 239-52; Purton, *A History of the Late Medieval Siege*, 347-57.

Herrero¹⁴⁰. Relacionada con la cuestión de las bocas de fuego estaría el debate desarrollado en torno al concepto de ‘Revolución Militar’, que a pesar de que no ha tenido una excesiva repercusión en el ámbito del medievalismo castellano, en las últimas dos décadas ha atraído la atención de un reducido grupo de historiadores: Manuel Rojas, Fernando Arias Guillén o Carlos J. Rodríguez¹⁴¹. Precisamente este último autor, a lo largo de la última década, ha publicado varios trabajos en los que ha analizado la guerra en la Extremadura del siglo XV, prestando especial atención a las formas de hacer la guerra¹⁴². Merece destacar especialmente las aportaciones en las que Rodríguez ha tratado la Guerra de Sucesión Castellana en la frontera luso-extremeña o ha analizado la carrera militar de un señor de la guerra cuatrocentista como lo fue el maestre de la orden de Alcántara Alonso de Monroy¹⁴³.

En conclusión, la renovación que desde la segunda mitad del siglo XX ha venido desarrollándose en el ámbito europeo también ha tenido su eco, aunque más tardío, en la historiografía castellana; poco a poco se están dejando atrás los viejos preceptos establecidos por el paradigma clásico. Con todo, aunque aportaciones puntuales hayan arrojado algo de luz sobre la guerra en el Cuatrocientos castellano, las estrategias y tácticas empleadas no han recibido apenas atención y la idea de un atraso militar con respecto a otros espacios europeos aún impera. En definitiva, la tarea pendiente para poner al Cuatrocientos castellano en un nivel similar al de sus homólogos continentales está tan solo iniciándose. El panorama, no obstante, es alentador y, con seguridad, durante los próximos años verán la luz nuevos trabajos en esa dirección.

¹⁴⁰ Cobos, *La artillería de los Reyes Católicos*; Cobos, ‘La artillería de los Reyes Católicos’, 9-24; Cobos, ‘La artillería y la fortificación’, 43-64; Cobos, De Castro, ‘Artillería y poliorcética castellana’ 251-68; Castro, Cuadrado, ‘La artillería y los artilleros’, 65-92; Castro, Castro, ‘La artillería en el reino de Castilla y León’, 99-124; López, ‘La artillería y su evolución’, 25-42; López, ‘La evolución de la Artillería’, 180-223; Medina, ‘La artillería española’, 112-55; Herrero, ‘La artillería de los Reyes Católicos’, 156-79.

¹⁴¹ Rojas, ‘Nuevas técnicas, ¿viejas ideas?’, 31-56.; Rodríguez, *A fuego e sangre*, 193-218; Arias, ‘Hubo una revolución’, 195-216.

¹⁴² Rodríguez, ‘Corrió la sangre por las calles’, 33-52; Rodríguez, ‘La actividad político-militar’, 427-39; Rodríguez, *La batalla campal en la Edad Media*.

¹⁴³ En sus estudios sobre la Guerra de Sucesión Castellana, Rodríguez ha estudiado la tipología de las campañas militares ocurridas en este marco cronológico y espacial, realizando soberbios análisis tácticos de las batallas, asedios y cabalgadas ocurridas, sin perder de vista el contexto estratégico en el que se circunscribieron. Por otro lado, sus estudios sobre Alonso de Monroy han abordado la organización, logística y forma de actuación bélica de una pequeña hueste durante las luchas por el control del maestrazgo de Alcántara y la Guerra de Sucesión Castellana. Rodríguez, ‘Tipología de las campañas militares’, 183-206; Rodríguez, *A fuego e sangre*; Rodríguez, ‘Más allá del Duero’, 285-301; Rodríguez, *D. Alonso de Monroy*; Rodríguez, ‘Legacy and change’, 1-16.

1.3. Análisis de las fuentes

A la hora de reconstruir la Historia Militar Medieval, el historiador se encuentra en la obligación de hacer uso de fuentes narrativas, en especial si el objeto de estudio es la praxis bélica. Así, se vuelven referencias obligadas para el análisis, las crónicas de reinados y las biografías nobiliarias, a las que cabría añadir la correspondencia epistolar que ofrezca testimonios de primera mano sobre operaciones militares.

Desde el reinado de Enrique II en adelante, la crónica real sufrió un importante desarrollo en la Corona de Castilla, alcanzando su máxima expresión en el Cuatrocientos y, especialmente, durante el reinado de los Reyes Católicos. Junto con ello, emergieron una serie de biografías y crónicas particulares referidas principalmente a determinados miembros del estamento nobiliario que buscaban con ello justificar sus acciones o, simplemente, perdurar en el tiempo¹⁴⁴. Esta producción cronística estuvo caracterizada, entre otras cosas, por tener el claro fin propagandístico de ensalzar a su patrón, ya fuera este el monarca o el noble biografiado, lo que redundaba en su fiabilidad como fuente histórica¹⁴⁵. El autor castellano Fernán Pérez de Guzmán ya advirtió en el mismo siglo XV que ‘los que las corónicas escriben es por mandado de los reyes e príncipes. Por los conplazer e lisonjar, o por temor de los enojar escriben más lo que les mandan o lo que creen que les agradará que la verdat del fecho como pasó’. Para evitar esa mala praxis, Guzmán consideraba que el historiador tenía que ser ‘discreto e sabio’. Asimismo debía estar presente en ‘los principales e notables abtos de guerra e de paz’ o, al menos, obtener la información de testigos presenciales. Por último, no convenía que la obra fuera publicada en vida del monarca, pues solo así se podría escribir la verdad sin temor. Dado que esas normas no se solían cumplir, el conocido autor castellano opinaba que las crónicas eran ‘sospechosas e careşen de la verdad’¹⁴⁶.

Es evidente que no se puede admitir lo que dicen las fuentes sin antes haber establecido una serie de filtros. El primero de ellos es también el más obvio: la distancia

¹⁴⁴ Gómez, *Historia de la prosa medieval castellana*, III, 2081; Gómez, *Historia de la prosa de los Reyes Católicos*, 23.

¹⁴⁵ Sobre la relación entre propaganda y la producción cronística inglesa bajomedieval véase Given-Wilson, *Chronicles*, 202-12.

¹⁴⁶ Pérez de Guzmán, *Generaciones y semblanzas*, 59-64.

temporal entre la redacción de la crónica y los hechos narrados¹⁴⁷. En mi caso, cuento con la ventaja de que el repertorio cronístico que he empleado fue compuesto con muy poca diferencia cronológica con respecto a los acontecimientos de interés: en muchos casos las redacciones son prácticamente contemporáneas a los hechos o a lo sumo están separadas por una o dos décadas¹⁴⁸. Con todo, no basta solo con establecer el filtro temporal, ya que es necesario conocer el contexto socio-político del cronista, su adscripción o incluso sus conocimientos en las artes bélicas. Verbruggen sostenía que podrían considerarse más idóneas las fuentes que estuvieran escritas por seculares en lengua vernácula, puesto que disponían de una terminología más clara y distintiva que la utilizada por aquellas escritas en latín. Asimismo, el autor belga consideraba que los testigos presenciales, aún con sus limitaciones, eran indispensables¹⁴⁹. Kelly DeVries por su parte, ha apuntado que tanto la nacionalidad y la presencia o ausencia del cronista en el evento militar, como la localidad, la vocación, educación, agenda y el idioma elegido para la redacción de la crónica son cuestiones a tener en cuenta a la hora de utilizarlas como fuente histórica¹⁵⁰.

Es de vital importancia, por tanto, que el cronista estuviera presente en el evento bélico o, como apuntó Pérez de Guzmán, al menos obtuviera la información directamente de aquellos quienes sí que habían estado. Con todo, los testigos presenciales también son susceptibles de proporcionarnos informaciones distorsionadas. Por una parte se ha de tener en cuenta que el entorno eclesiástico, urbano o cortesano de alguno de ellos podría traducirse en la carencia de un conocimiento práctico sobre las materias bélicas. Marc Bloch escribió que la capacidad de observación de un testigo estaba íntimamente relacionada con la capacidad de atención del mismo ya que generalmente ‘no se ve, no se oye bien sino lo que se quiere percibir’. A pesar de que un experto en una materia podría describir con mayor prolijidad una determinada situación, también es cierto que su propia

¹⁴⁷ García Fitz opinaba que ‘resulta difícil juzgar adecuadamente el valor de una crónica cuando su redacción es tardía o cuando no se conocen suficientemente los orígenes de sus fuentes, de tal manera que siempre permanece una sombra de duda sobre la verosimilitud de los detalles aportados por el autor, aun reconociendo que la línea general del relato pueda ser aceptable’. García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 349-52.

¹⁴⁸ La abundancia de fuentes narrativas para el siglo XV castellano me ha permitido descartar crónicas que, aun narrando hechos del Cuatrocientos, fueron escritas o editadas bien entrado en siglo XVI. La única excepción a esta norma es la *Crónica de Juan II* de Galíndez de Carvajal, ya que la parte dedicada a los años 1435-53 cubre un periodo que, de otra forma, sería difícil analizar.

¹⁴⁹ Verbruggen, *The Art of Warfare in Western Europe*, 13-4. Más recientemente, Georgios Theotokis ha seguido la estela del belga, insistiendo en que las fuentes escritas por seculares en lenguas vernáculas, especialmente si fueron redactada por testigos presenciales, son las más fiables. Theotokis, *The Norman campaigns in the Balkans*, 19.

¹⁵⁰ DeVries, ‘The use of Chronicles’, 4.

familiaridad para con la cuestión le podría hacer omitir una serie de detalles que podría no considerar de interés simplemente por estar habituado a observarlo¹⁵¹.

Por otra parte, aunque alguno de los cronistas o epistolarios fueran protagonistas activos de los acontecimientos narrados y poseyeran una experiencia práctica militar sobre dichas materias, bien podría darse el caso de que solo fueran conscientes del desarrollo de la situación en su entorno más inmediato, en el caos y fragor de la batalla, sin poder alcanzar una visión de conjunto de un campo de batalla extenso y cambiante. Además, durante el combate podían darse una serie de acontecimientos simultáneos, imposibles de captar por un único testigo. De hecho, incluso la suma de varios testimonios podía resultar insuficiente para reconstruir lo acaecido. El duque de Wellington escribió una misiva en 1815, dos meses después de la batalla de Waterloo, en la que indicaba que a pesar de que ciertos individuos hubieran recogido una serie de pequeños eventos que en última instancia llevaron a la victoria, resultaba imposible establecer el orden en el que acontecieron¹⁵².

A lo anteriormente señalado habría que añadir que ningún relato es completamente objetivo y no se han de excluir determinadas intencionalidades personales, parciales o providencialistas. Los testigos no tenían por qué decir la verdad de lo acaecido siempre. De hecho puede que en ocasiones tal vez se contara lo que el receptor esperaba oír, salvaguardando las vergüenzas propias y ensalzando a aquellos quienes debían ser loados. León Tolstói escribió que 'en cada descripción de una batalla hay una dosis de mentira necesaria'. El célebre escritor ruso, veterano de la Guerra de Crimea y testigo presencial del sitio de Sebastopol (1854-5), era muy consciente de la inexactitud de los relatos proporcionados por los testigos presenciales en una operación militar, lo que plasmó perfectamente en su obra maestra¹⁵³. Cabría preguntarse entonces si los protagonistas de

¹⁵¹ Bloch, *Introducción a la historia*, 101-2.

¹⁵² Allmand, 'The Reporting of War', 22, 32; Curry, *The Battle of Agincourt*, 16-8.

¹⁵³ '[Rostov] comenzó a contar, animándose cada vez más, lo sucedido en Schoengraben, exactamente como cuentan sus experiencias los protagonistas de una batalla, es decir, como les gustaría que hubiese ocurrido o como han oído contarlo a otros, en la forma más elegante, pero no del todo conforme a la realidad. Rostov era un joven sincero; nunca habría mentado a conciencia. Y comenzó su relato con la intención de contar las cosas tal y como habían ocurrido; pero, sin él mismo advertirlo, empezó a inventar. Si hubiese dicho la verdad a quienes, como él, habían oído muchas veces relatos de batallas y se habían forjado una idea de cómo ocurrían las cosas, o no le habrían creído o, lo que es peor, habrían pensado que Rostov era culpable de que no le sucediera lo que siempre ocurre a quienes hablan de cargas de caballería [...] Sus compañeros esperaban que Rostov les relatase cómo, enfebrecido y presa del furor, se había lanzado igual que una tempestad, repartiendo sablazos a diestro y siniestro, y cómo abría la carne de los enemigos y cómo al fin, extenuado, había caído. Y Rostov les contó todo eso'. Tolstói, *Guerra y Paz*, libro primero, tercera parte, séptimo capítulo, 293, 1467.

los hechos de armas que impregnaron la Castilla del Cuatrocientos acomodaron los relatos de lo sucedido a sus fines, ya fueran estos propagandísticos o de medro personal. Lo cierto es que se trata de una cuestión a la que resulta difícil responder. Por ello, se hace imprescindible la lectura cruzada de las diferentes fuentes que aborden un mismo hecho de relevancia para identificar, y en su caso solventar, las contradicciones, omisiones y problemas de transmisión que puedan encontrarse entre los relatos¹⁵⁴. Con todo, a pesar de las carencias que puedan presentar las crónicas como fuente histórica, las fuentes narrativas siguen siendo imprescindibles para el conocimiento de una dinámica militar que no asoma a través de la documentación administrativa¹⁵⁵.

Atendiendo a lo expuesto, expondré las fuentes que he utilizado para la elaboración de la tesis doctoral: crónicas de los reinados y biografías particulares correspondientes al periodo comprendido entre el inicio del reinado de Juan II y la definitiva victoria de los Reyes Católicos en la Guerra de Granada. Asimismo, atenderé a la correspondencia epistolar que ofrezca testimonios de primera mano elaborados por testigos presenciales de los acontecimientos narrados. Una vez establecido el corpus de fuentes sobre el que descansa este estudio, he establecido un filtro de fiabilidad atendiendo a los elementos habituales de crítica de fuentes, acompañado de dos filtros suplementarios: la presencia del autor en los hechos como testigo de primera mano y un segundo derivado de sus conocimientos prácticos en asuntos militares. Para ello, he utilizado tanto las propias narraciones como los estudios críticos realizados por los editores de las crónicas. Por supuesto, no siempre se pueden despejar todas las variables pues, en ocasiones, las obras conservadas son consideradas anónimas o tienen todavía una atribución disputada. Además, como no podía ser de otra manera, la convulsa situación que se vivió en la Castilla

¹⁵⁴ En las guerras contra enemigos externos, siempre que ha sido posible, he comprobado también la visión del 'otro', ya fuera este portugués o musulmán. Para tal efecto he consultado las crónicas portuguesas de Rui de Pina, García de Resende y Damião de Góis, dando preferencia a la primera por su menor distancia temporal para con los hechos narrados. Para el caso musulmán la escasez de fuentes narrativas es más acusada, quedando limitada a las breves narraciones realizadas por Al-Makkari, quien escribió en el siglo XVIII tomando como base textos anteriores y, especialmente, el anónimo granadino presente en el reino nazarí durante la época de la conquista. Pina, *Chronica*; Resende, *Crónica*; Góis, *Crónica*; Al-Makkari, *The history*; Quirós, *Fragmento*.

¹⁵⁵ DeVries, 'The Use of Chronicles', 4. En mi caso, siempre que ha sido posible he intentado cruzar los datos extraídos de las fuentes narrativas con aquellos obtenidos a partir del estudio de la documentación administrativa.

del Cuatrocientos impregnó también a los cronistas, quienes convirtieron estas narraciones en armas políticas¹⁵⁶.

1.3.1. Crónicas de los reinados

Son cuatro las crónicas dedicadas al reinado de Juan II. La primera, la *Crónica de Juan II*, narra los acontecimientos ocurridos entre 1406 y 1419, aunque por desgracia no ha gozado de buena fortuna en lo que a su edición se refiere, ya que ha sido publicada de manera muy fragmentada. La parte correspondiente a los años 1406-1411 fue publicada por Juan de Mata Carriazo en 1982, mientras que una selección de episodios correspondientes a los años 1411-1419 fue editada por Donatella Ferro en 1972¹⁵⁷. Recientemente, el panorama se ha visto enriquecido con la publicación de la obra completa por Michel García, abarcando todo el lapso cronológico y desafiando, además, la extendida idea de que Alvar García de Santa María había sido el autor. Con los nuevos datos aportados por el profesor García se puede afirmar que no hubo uno sino dos cronistas: Diego Fernández de Vadillo y Alvar García de Vadillo¹⁵⁸. La obra que sí correspondería a la pluma de Alvar García de Santa María sería la continuación de la citada crónica, la *Crónica de Juan II* que se cubre el periodo de 1420 a 1434 y fue publicada por Paz y Meliá a finales del siglo XIX, en una edición que contempla múltiples deficiencias¹⁵⁹.

Siguiendo con el reinado de Juan II, cabría mencionar la refundición de la crónica de Alvar García de Santa María atribuida a Fernán Pérez de Guzmán, aunque la autoría de este último es discutida, ya que a su favor tan solo está la anotación que en su primera edición (1517) hizo Lorenzo Galíndez de Carvajal atribuyéndole la compilación de la misma¹⁶⁰. Por ello, en este trabajo consideraré a Galíndez de Carvajal como el principal editor y refundidor de la obra, que abarca todo el reinado de Juan II, aunque su verdadera utilidad reside en los años 1435-54, complementando a las ya citadas crónicas de Juan II. Una última crónica dedicada al reinado de Juan II es la magnífica *Crónica del Halconero* elaborada por Pedro Carrillo Huete que cubre los acontecimientos transcurridos desde 1420

¹⁵⁶ Sobre esta cuestión, véase Leroy, *L'historien et son roi*.

¹⁵⁷ Carriazo, *Crónica de Juan II de Castilla*; Ferro, *Le parti inedite*.

¹⁵⁸ Según la hipótesis de Michel García, Diego Fernández de Vadillo fue sucedido por Alvar García de Vadillo, quien se encargó de completar la redacción de la crónica. CJII-G, 70-80.

¹⁵⁹ García de Santa María, 'Crónica de Juan II de Castilla', vols. IC-C; CH, XXI.

¹⁶⁰ CJII-BAE, 273; Gómez, *Historia de la prosa medieval castellana*, III, 2241; Pérez de Guzmán, *Generaciones y semblanzas*, 64.

hasta el año 1441. La continuación del texto a partir de esta fecha se debe a la mano del obispo de Cuenca, Lope de Barrientos, personaje cercano al monarca que extendió la narración hasta 1450¹⁶¹. Esta crónica viene a completar el vacío dejado por la de García de Santa María, quedando así cubierto prácticamente todo el reinado de Juan II, salvo sus últimos años. Se sabe que la llamada *Refundición de la Crónica del Halconero*, atribuida por Carriazo a Lope de Barrientos, no corresponde a este autor, que se limitó a completar la de Pedro Carrillo Huete, siendo considerada actualmente la *refundición* como una crónica anónima¹⁶².

El repertorio cronístico que aborda el reinado de Enrique IV queda compuesto por otras cuatro crónicas, de entre las cuales la *Crónica de Enrique IV* de Diego Enríquez del Castillo es la única que se muestra favorable al monarca en el discurso propagandístico e ideológico desarrollado al calor de la inestabilidad interna y de la guerra civil. En el bando opuesto se encuentra la *Gesta Hispaniensia ex annalibus suorum dierum collecta* de Alfonso de Palencia, acompañada por el *Memorial de diversas hazañas* de Diego de Valera y la *Crónica Anónima de Enrique IV de Castilla*, también conocida como *Crónica Castellana*¹⁶³. Las fechas de redacción de las crónicas son relativamente cercanas a los hechos que narran. Diego Enríquez del Castillo fue nombrado cronista real en 1460 y parece que elaboraba la crónica a medida que los acontecimientos se sucedían, aunque la confección de su obra no se finalizó hasta más tarde, entre 1481 y 1502¹⁶⁴. Alonso de Palencia, por su parte, es el único de los autores aquí mencionados que escribió en latín, llegando a estructurar su *Gesta Hispaniensia* en ‘décadas’, inspirándose en la obra de Tito Livio *ab urbe condita*¹⁶⁵. Así, terminó de escribir la parte correspondiente al reinado de Enrique IV en torno a 1477, estando al servicio de la princesa Isabel, futura reina¹⁶⁶. Por otro lado, inspirado por el trabajo de Palencia y llegando incluso a traducir capítulos

¹⁶¹ CH, XXIV.

¹⁶² CH, XXVII; RF.

¹⁶³ La obra de Palencia fue traducida por Paz y Meliá a finales del siglo XIX. Asimismo, José López de Toro publicó en 1970 la inédita *Cuarta Década*. Más recientemente, en 1998, Brian Tate y Jeremy Lawrence realizaron una edición bilingüe latín-castellano de parte de la *Gesta Hispaniensia*.

¹⁶⁴ CEIV-EC, 23 y 53-54. Tras la segunda batalla de Olmedo, en 1467, los partidarios del príncipe Alfonso, ahora proclamado rey, tomaron Segovia asaltando la casa de Enríquez del Castillo. Así, le robaron el borrador donde tenía escrita la crónica regia, que se entregó a Alfonso de Palencia para que este la reformase. Esto forzó a Enríquez del Castillo a reescribir toda su obra. CEIV-EC, 132; CA, 222; Gómez, *Historia de la prosa medieval castellana*, IV, 3483-4.

¹⁶⁵ Gómez, *Historia de la prosa medieval castellana*, IV, 3513.

¹⁶⁶ GH, XLIV, LVIII.

enteros, el autor anónimo de la *Crónica Castellana* posiblemente redactó su trabajo en 1481-2¹⁶⁷. Por último, Diego de Valera se limitó a copiar y sintetizar la *Crónica Anónima*, aportando en algunos casos otros sucesos, concluyendo su *Memorial de diversas hazañas* entre los años 1486-7¹⁶⁸.

El último reinado tratado, el de los Reyes Católicos, experimentó un notable incremento de los testimonios cronísticos. El periodo comprendido entre la proclamación de Isabel I de Castilla y la conquista del reino nazarí de Granada (1474-92), se ilumina con las crónicas de Fernando del Pulgar –*Crónica de los Reyes Católicos*–, Diego de Valera –*Crónica de los Reyes Católicos*–, Alonso de Palencia –*Gesta Hispaniensia* y *Annales Belli Granatensis*, Juan de Flores –*Crónica Incompleta de los Reyes Católicos*– y Andrés Bernáldez ‘el cura de los Palacios’ –*Memorias del Reinado de los Reyes Católicos*¹⁶⁹. Salvo la de Bernáldez, ninguna otra crónica cubre el periodo completo, ya que la de Flores se limita a narrar lo acaecido entre 1469 y 1476; Valera solo llega hasta 1488; Palencia alarga su crónica hasta el final del cerco de Baza, al año siguiente; mientras que Pulgar concluye su relato en 1490. Al igual que en los reinados anteriores, la redacción de estas crónicas no presenta demasiada distancia cronológica con los hechos objeto de su narración, siendo la más tardía la de Bernáldez, redactada a principios del XVI, posiblemente durante la primera década¹⁷⁰.

Varios de los autores mencionados estuvieron presentes en algunos de los hechos relatados y/o pudieron haber accedido a información de primera mano para redactar sus crónicas. La *Crónica de Juan II* referida a los años 1407-20 denota, a través de la prolijidad de detalles que impregnan la narración, que el cronista estuvo presente en buena parte de los actos bélicos relatados, cosa que el propio autor de la crónica se encarga de corroborar. Se trata de una fuente que otorga preeminencia a los eventos bélicos durante las campañas granadinas del Infante y parece más que probable que pudo haber accedido a las cartas de relación expedidas por los capitanes y alcaides fronterizos, entre otras fuentes de

¹⁶⁷ CA, CLXXVII.

¹⁶⁸ MDH, XCII; CA, CLXXII-CLXXIV; Gómez, *Historia de la prosa medieval castellana*, IV, 3517-21.

¹⁶⁹ Sobre la crónica de Fernando del Pulgar conviene advertir que la edición más reciente disponible –la de Carriazo– ha sido criticada por Gonzalo Pontón, quien discrepa del método seguido, así como del excesivo crédito que se le otorgó al manuscrito utilizado como base. CRC-FP, I, LXXXVII-LXXXVIII.

¹⁷⁰ Gómez, *Historia de la prosa medieval castellana*, IV, 3515-6; Gómez, *Historia de la prosa de los Reyes Católicos*, 44, 96, 105-7; MRC, LIX-LXIII.

información. En general, la posición del cronista en el entorno cortesano le colocaba en una situación idónea para acceder a noticias que llegan a oídos del regente Fernando de Antequera o a la propia corte¹⁷¹. Respecto a Alvar García de Santa María, es difícil decir si fue poseedor de experiencia militar. Con todo, sus fuentes de información debieron haber sido semejantes a las de su predecesor, ya que durante la guerra contra Granada de 1430-9 la narración de sucesos bélicos alcanza importantes cotas descriptivas, convirtiendo esta crónica en una valiosa fuente para conocer la praxis bélica de la época.

Pero Carrillo de Huete se retrata a sí mismo en el aplastamiento de la rebelión de Cáceres, portando el pendón real en la liberación del castillo de Montanges o participando en el cerco de Montalbán en 1420¹⁷². Asimismo, gracias a la información proporcionada por otras crónicas se comprueba que ‘el halconero’ fue armado caballero ante los muros de Setenil -en la campaña de 1407 dirigida por Fernando de Antequera- y aparece tomando parte en la famosa batalla de La Higuera de 1431¹⁷³. Carrillo de Huete, además de narrar los acontecimientos que conoció por experiencia personal o por el relato de coetáneos, procedió a integrar en su crónica una extensa relación de documentos incorporados en la crónica que Carriazo contabilizó en ciento ochenta y seis. Así, por ejemplo, Rafael Beltrán comenta sobre la batalla de La Higuera que ‘es relatada por sus protagonistas, a quienes se deja hablar directamente, a través de sus cartas de relación’¹⁷⁴. Por otro lado, el continuador de la crónica, Lope de Barrientos, se encargó de describirse a sí mismo tomando parte activa en la primera batalla de Olmedo (1445) o en los varios combates urbanos que lo enfrentaron en Cuenca a Diego Hurtado de Mendoza en 1447 y 1449¹⁷⁵. El aguerrido obispo de Cuenca fue canciller mayor de Castilla, con lo que es posible que pudiera haber disfrutado de un acceso privilegiado a las fuentes documentales y a la correspondencia oficial¹⁷⁶.

¹⁷¹ CJII-G, 49-52.

¹⁷² CH, XXX. Es posible que la presencia activa de cronistas en acciones militares fuera un lugar común. Como señala Beltrán: ‘los retratos que dibujan de sí mismos los autores de algunas de las principales crónicas y biografías del XV coinciden en la auto-alabanza de sus virtudes bélicas. El Canciller Pero López de Ayala, Gonzalo Chacón, Pedro Carrillo de Huete, Pedro de Escavias aparecen autorretratados al menos una vez en sus obras como partícipes, y aun heroicos protagonistas de algún importante hecho bélico’. Díaz de Games, *El Victorial*, 129.

¹⁷³ CH, XLVI-XLVII.

¹⁷⁴ CH, XXXII.

¹⁷⁵ RF, CXXXV; CH, 463-5, 482-7, 513-6.

¹⁷⁶ RF, CXXXIII.

El autor que más destaca por encima de los demás en lo referido a sus conocimientos y experiencia militar es Diego de Valera. Valera vivió los reinados de Juan II, Enrique IV y los Reyes Católicos, participando en una de las batallas más famosas de su época: La Higuera. Fue armado caballero bajo los muros de Huelma, durante el fallido intento de escalar la villa en 1435 y como tal recorrió Europa central y occidental, presenciando el sitio francés de Montereau-sur-Yonne contra los ingleses en 1444, y asistiendo a Alberto de Austria en su campaña contra los husitas¹⁷⁷. Asimismo, la serie de misivas enviadas a los Reyes Católicos durante la Guerra de Granada, sugiriendo estrategias militares que aplicar al conflicto, denotan el conocimiento *de re militari* que poseía el cronista¹⁷⁸. Por último, al menos durante los últimos años de su vida, Valera residió en El Puerto de Santa María, un lugar próximo a la frontera, gracias a lo que podría haber tenido mejor acceso a los hechos de armas fronterizos de la Guerra de Granada.

Diego Enríquez del Castillo sólo se vio envuelto circunstancialmente en operaciones militares, aunque en ocasiones llegó a desempeñar mandos militares como su dirección de la defensa de Alfaro en 1465¹⁷⁹. Fue testigo presencial de la segunda batalla de Olmedo en 1467 y, además de su experiencia personal, utilizó también documentos oficiales para la elaboración de su crónica, aunque no con la profusión que lo había hecho Carrillo de Huete¹⁸⁰. No dispongo de información para afirmar que Alonso de Palencia, antagonista de Enríquez del Castillo, dispusiera de una experiencia militar personal, por lo que simplemente habría de ser adscrito al entorno cortesano. Con todo, dispuso de fuentes documentales que consultar y, como Brian Tate y Jeremy Lawrence afirman tuvo ‘acceso privilegiado, como consejero y actante, a los protagonistas y sus secretos’¹⁸¹. Por otro lado, la utilización del latín limita el vocabulario de Palencia y dificulta en cierta medida la correcta narración de los hechos de armas.

Andrés Bernáldez es una figura de la que se sabe poco, aunque Carriazo y Gómez-Moreno apuntaron que entre sus recursos destacaba ‘la intensa utilización de fuentes

¹⁷⁷ CJII-BAE, 520-1; MDH, XVI; CRC-DV, VI-VIII.

¹⁷⁸ Balenchana, *Epistolas*, 62-9, 75-7.

¹⁷⁹ CEIV-EC, 26, 29-30.

¹⁸⁰ Sobre la batalla de Olmedo, tras realizar la mejor narraciones de los hechos disponible, apuntaba que: ‘entonces yo, que como coronista avía estado presente e vistos los trances de la pelea hasta el fin, y como ya los enemigos quedavan desbaratados’. CEIV-EC, 26, 29-30.

¹⁸¹ GH, LXVI-LXVII.

orales¹⁸². Por el contrario, a pesar de que Fernando del Pulgar no era un guerrero, sí que asistió a varias campañas de la Guerra de Granada: estuvo presente en las de 1484, 1485, 1487 y 1489, siendo testigo de los cercos de Cambil, Málaga y Baza¹⁸³. Gonzalo Pontón afirma que durante la Guerra de Granada a los señores fronterizos se les impuso el deber de informar con regularidad del desarrollo de los acontecimientos bélicos¹⁸⁴. Pulgar obtenía buena parte de la información de esas cartas y memoriales que llegaban a la Corte, en ocasiones materiales tan elaborados como el diario de campaña de 1483¹⁸⁵. Del mismo modo, también recibió información de primera mano a través de nobles que buscaban que sus hazañas se perpetuasen siendo mencionadas en la crónica, por lo que mandaban sus memoriales y relaciones de hechos directamente al cronista. Por ejemplo, como cita Rafael Beltrán, el conde de Cabra remitió un memorial sobre la batalla de Lucena (1483) -donde fue hecho prisionero Boabdil- para que este hecho fuera insertado en la crónica que Pulgar estaba preparando¹⁸⁶. Por estas razones, la narración de Pulgar constituye una excelente fuente para analizar la estrategia y la táctica militar tanto en la Guerra de Sucesión Castellana (1475-9) como en la Guerra de Granada (1482-92).

1.3.2. Biografías particulares

Como complemento a las crónicas regias, dispongo también de varias biografías particulares, entre las que destacan la *El Victorial* de Gutierre Díaz de Games, la *Crónica de don Álvaro de Luna*, los *Hechos del Condestable Don Miguel Lucas de Iranzo*, los *Hechos del Arzobispo de Toledo D. Alonso de Carrillo* de Pedro Guillén de Segovia, la *Vida e historia del maestro de Alcántara, don Alonso de Monroy* de Alonso de Maldonado, y la *Historia de los Hechos del Marqués de Cádiz*.

La biografía que Gutierre Díaz de Games escribió narrando la aventurera vida de Pero Niño es una fuente primordial para conocer sus campañas mediterráneas y atlánticas,

¹⁸² MRC. XXVIII.

¹⁸³ CRC-FP, I, XXV- XXVIII; II, 199, 283, 419.

¹⁸⁴ Además de epístolas, estos informes podían tomar forma de diario de operaciones, como el conservado en el archivo de la Casa de Alba y referido a la entrada regia en el reino de Granada en el verano de 1483. Berwick, *Documentos escogidos*, 18-43. Esta fuente es inmensamente valiosa ya que narra de manera inusualmente pormenorizada la operación, aportando incontables detalles y describiendo numerosos aspectos bélicos.

¹⁸⁵ CRC-FP, I, LXVI; Pontón, *Escrituras históricas*, 29-31.

¹⁸⁶ CH, XLII.

aunque no es tan útil a la hora de comprender la narración de hechos durante el reinado de Juan II que expliquen de forma pormenorizada la praxis bélica. La razón se encuentra en las propias vicisitudes de la redacción del *Victorial*. Fue escrito en dos partes, la primera narrando las campañas marítimas acaecidas en 1404-1406 y, la segunda, donde se recogen los acontecimientos posteriores. La primera parte es la más extensa de la obra, aun abarcando solo dos años en la vida del futuro conde de Buelna, y pudo estar escrita como un memorial de sus hazañas con el objeto de demostrar su valía al rey. La segunda redacción del *Victorial* correspondería a la reivindicación del pasado y frustrado legado para generaciones futuras que Pero Niño encargó a Díaz de Games cuando ya había logrado el condado y era un hombre entrado en años, abarcando desde 1407 hasta 1453. Rafael Beltrán sostiene que Díaz de Games pudo haber sido un escribano que acompañó a Pero Niño en sus aventuras navales, lo que le facilitaría esa primera redacción¹⁸⁷.

La crónica dedicada al famoso privado de Juan II, Álvaro de Luna -maestre de la orden de Santiago y condestable de Castilla-, narra la vida de este noble que logró ascender hasta la más alta posición junto al rey, siempre pugnando con las ligas nobiliarias formadas en torno al bando de los Infantes de Aragón. En 1940 Juan de Mata Carriazo atribuyó la autoría de la obra a Gonzalo Chacón, argumentando que en algunas ocasiones la crónica bien parece una relación de hechos del propio Chacón¹⁸⁸. Actualmente se cree que aunque Chacón participó en la redacción de la crónica, solo se le puede atribuir la segunda parte de la misma, la que abarca los años de 1448-53, estando la parte anterior (1408-47) elaborada por un biógrafo diferente. La sección inicial de la crónica pudo haberse escrito durante la vida del condestable, mientras que la anterior es posible que se redactara al calor de la reivindicación de la figura de Luna y el traslado de sus restos mortales a la Catedral de Toledo, en la segunda mitad de la década de los sesenta del siglo XV¹⁸⁹.

El sucesor de Álvaro de Luna como condestable de Castilla, Miguel Lucas de Iranzo, también contó con una biografía que reivindicaba sus dotes militares, aunque circunscritas a la guerra fronteriza que practicaba desde su base de operaciones en Jaén. La crónica refiere la vida de Iranzo entre 1458 –fecha en la que es nombrado condestable–, hasta 1471 –poco más de un año antes de su asesinato–, en una narración minuciosa y

¹⁸⁷ Díaz de Games, *El Victorial*, 109, 112, 134-5.

¹⁸⁸ CAL, XVII.

¹⁸⁹ Gómez, *Historia de la prosa medieval castellana*, III, 2901-4.

detallada. Los *Hechos* de Iranzo no parecen tener un autor claro. Carriazo atribuyó su autoría a Pedro de Escavias, alcaide de Andújar, pero en los últimos años un nuevo estudio ha negado tal posibilidad, ofreciendo toda una batería de presumibles autores sin decantarse por uno en concreto¹⁹⁰. Lo que sí que puede afirmarse es que la crónica fue redactada a fragmentos, aunque sin mucha distancia temporal con respecto a los sucesos narrados: Michel García afirma que desde 1464, sino antes, la composición del relato se realizó ‘a año pasado’¹⁹¹.

Pedro Guillén de Segovia entró al servicio del Arzobispo en torno a 1463 y, bajo el patronazgo del prelado redactó, posiblemente durante la segunda mitad de la década de los setenta del Cuatrocientos, los *Hechos* de Alonso de Carrillo a modo de prólogo de su *Gaya Ciencia*. En ellos Guillén de Segovia realizó una breve crónica particular del Arzobispo en la que se centraba en los hechos de armas que este protagonizó entre 1445 y 1474, loando sus virtudes como capitán¹⁹². Otra crónica particular concebida como proemio de la edición de otra obra fue la *Vida e historia* de Alonso de Monroy. Alonso de Maldonado insertó la relación de los hechos de armas del claverero de la Orden de Alcántara, verdadero señor de la guerra, como prólogo a la traducción de las *Guerras Civiles* de Apiano¹⁹³. Redactada entre 1492 y 1502, es evidente que el marco en el que se presenta esta breve biografía - guerras privadas, enfrentamientos por el control del maestrazgo de Alcántara y la Guerra de Sucesión Castellana- se acomodaba a la obra que prologaba¹⁹⁴.

La última biografía particular que he empleado es la *Historia* del marqués de Cádiz, Rodrigo Ponce de León. La obra abarca desde 1443 hasta 1488, aunque el grueso de los acontecimientos se desarrolla a partir de 1462. El autor y la fecha de redacción de la *Historia* son inciertos. Sobre la primera cuestión, Juan de Mata Carriazo consideraba que pudo haber sido escrita en los escasos meses que separaron la caída de Granada de la muerte del marqués, a finales de agosto de 1492, una posibilidad desechada por Juan Luis Carriazo, quien considera que la obra se elaboró poco después de la muerte del marqués. Del mismo

¹⁹⁰ Cuevas, Arco, Arco. *Relación de los hechos*, XXIX.

¹⁹¹ HCMLI, XLIV-LI.

¹⁹² Benito, ‘Los hechos del arzobispo de Toledo’, 520-1; Gómez, *Historia de la prosa medieval castellana*, IV, 3579-89.

¹⁹³ VHMAAM, 13; Gómez, *Historia de la prosa de los Reyes Católicos*, 398-407; Rodríguez, ‘Legacy and change’, 3-4.

¹⁹⁴ Rodríguez, *D. Alonso de Monroy*, 31-8.

modo, la autoría también sigue siendo una incógnita ya que la única pista que el cronista aporta sobre su persona es la de describirse a sí mismo como hidalgo. Con todo, Juan Luis Carriazo conjetura que pudo haberla escrito Juan Padilla, monje cartujo de Sevilla¹⁹⁵.

Aplicando los filtros ya establecidos con la cronística regia, se puede afirmar que Gutierre Díaz de Games fue poseedor de experiencia bélica personal, siendo el único biógrafo que se retrataba a sí mismo exclusivamente en su faceta bélica. Parece que pudo haber acompañado a Pero Niño en sus expediciones, lo que le otorgaría la calidad de testigo presencial que, además, era conocedor de las cuestiones militares pues, en 1406, fue portador del pendón castellano en dos importantes escaramuzas, tal vez batallas, libradas contra los ingleses en las Islas del Canal¹⁹⁶. Con todo, la escasa atención prestada a los hechos de armas acaecidos en la cronología abarcada por esta tesis doctoral sitúa al *Victorial* por detrás de las demás biografías particulares en cuanto a su utilidad.

Es difícil decir si el autor de la *Crónica* de Álvaro de Luna poseyó algún tipo de experiencia militar, ya que no se sabe quien redactó su primera parte. Se sabe, no obstante, que el autor manejó un manuscrito de la *Crónica de Juan II*, como se extrae de las citas que la *Crónica de Álvaro de Luna* realiza a la citada obra¹⁹⁷. Puede afirmarse también que el cronista entendía del arte de la guerra pues constantemente intenta alabar el liderazgo militar de Luna, concentrándose en sus acciones bélicas¹⁹⁸. Así, la obra ofrece las mejores descripciones de las batallas de La Higuera (1431) y Olmedo (1445), constituyendo una fuente ciertamente relevante para el estudio de la praxis bélica. La segunda parte de la crónica, se debe a la pluma de un experimentado guerrero como lo fue Gonzalo Chacón, quien se encargó de describirse a sí mismo durante los asedios de Atienza (1446) o Toledo (1449) o Palenzuela (1451-2)¹⁹⁹. Desgraciadamente, la sección elaborada por Chacón es también la más escasa en cuanto a acciones bélicas se refiere.

Avanzando a las biografías particulares contextualizadas en la segunda mitad del siglo XV, no se puede afirmar que Pedro Guillén de Segovia tuviera formación o experiencia guerrera. Además, describía las operaciones militares, preferentemente

¹⁹⁵ HHMC, 55-7, 87-9; Gómez, *Historia de la prosa de los Reyes Católicos*, 408-9.

¹⁹⁶ Díaz de Games, *El Victorial*, 129-30, 381, 446.

¹⁹⁷ CAL, XLVIII.

¹⁹⁸ Gómez, *Historia de la prosa medieval castellana*, III, 2901, 2912, 2915.

¹⁹⁹ CAL, XXVII, 203, 239, 279.

asedios, de una forma sucinta y sin dar apenas detalles. Con todo, es posible que estuviera presente en alguno de los eventos narrados. El cerco a la fortaleza de Canales de 1474 está narrado de manera pormenorizada, contrastando con el resto de la obra, lo que llevó a Eloy Benito a pensar que tal vez pudo haber estado próximo a los hechos o, incluso, ser un testigo presencial del sitio²⁰⁰. Quien también pudo haber asistido a los hechos de armas narrados fue Alonso de Maldonado, aunque no en calidad de combatiente, sino de secretario de Monroy²⁰¹. La propia crónica da pistas al respecto, pues el nivel de detalle que adquiere la obra a partir de cierto punto lleva a pensar en la presencia del Maldonado en varios de los enfrentamientos de Alonso de Monroy. Asimismo, hay ocasiones en las que el cronista se describe a sí mismo presente en hechos bélicos como el sitio de Alegrete de 1476²⁰².

La desconocida autoría de los *Hechos* de Miguel Lucas de Iranzo y la *Historia* del marqués de Cádiz impiden analizar la posible experiencia bélica de los cronistas. Con todo, es probable que el autor de la biografía del condestable Iranzo no fuera lego en asuntos militares, ya que la descripción que hace de la guerra ‘guerreada’ fronteriza es ciertamente detallada. Además, como señala Michel García, la obra privilegia visiblemente la temática bélica por encima de las demás²⁰³. Respecto a las fuentes de información que pudieron haber empleado en la elaboración de sus relatos, cabría pensar que ambos tuvieron acceso privilegiado a documentación administrativa, concretamente a la cancillería del condestable Iranzo en el caso del autor de los *Hechos*²⁰⁴. Del mismo modo, el autor de la *Historia* de Rodrigo Ponce de León empleó no solo documentos sino también las cartas que el propio marqués de Cádiz envió a la reina Isabel informando desde el frente del desarrollo de la Guerra de Granada²⁰⁵.

1.3.3. Cartas oficiales y correspondencia privada

Las epístolas constituyen una fuente de información detallada referente a los hechos de armas acaecidos en la Castilla del Cuatrocientos, en ocasiones incluso de mayor calidad que la proporcionada por las crónicas. Tras analizar varias epístolas de relación bélicas

²⁰⁰ Benito, ‘Los hechos del arzobispo’, 529.

²⁰¹ Rodríguez, *D. Alonso de Monroy*, 39.

²⁰² VHMAAM, 29.

²⁰³ HCMLI, XXXVIII.

²⁰⁴ HCMLI, XXXI, LXIV.

²⁰⁵ HHMC, 52; Gómez, *Historia de la prosa de los Reyes Católicos*, 409.

enviadas en Francia, Italia e Inglaterra en el siglo XIV, Kenneth Fowler sostenía que esas ‘nuevas del frente’ transmitían noticias directas y sin adulterar²⁰⁶. En efecto, las misivas informan generalmente de manera precisa sobre cuestiones concretas y a menudo son empleadas como base en la elaboración de su relato por los propios cronistas²⁰⁷. Con todo, las epístolas, al igual que las crónicas, son fuentes que han de ser utilizadas con la debida precaución previo análisis de las circunstancias en las que fueron redactadas.

En primer lugar, es necesario tener en cuenta la intencionalidad del emisor, para lo que convendría distinguir dos tipos de correspondencia: la pública y la privada²⁰⁸. Entre las epístolas públicas se encuentran aquellas misivas enviadas de forma oficial a villas y ciudades con el objetivo de darle a un determinado hecho de armas una dimensión propagandística. Ya en 1410, Alfonso Fernández Castalla, alcalde del rey, remitió una carta al concejo de Murcia informando de la toma de Antequera, de la que había sido testigo²⁰⁹. Este tipo de epístolas de relación cobraban especial relevancia en contextos de guerra civil, donde la utilización propagandística de una éxito militar se volvía esencial. Así, Juan II informó de la victoria en la primera batalla de Olmedo (1445), mientras que el infante-rey Alfonso hizo lo propio tras la segunda batalla de Olmedo en 1467²¹⁰. Durante la Guerra de Sucesión Castellana la práctica se llevó a un siguiente nivel, informando a las ciudades de la marcha de la campaña bélica a través de misivas, coronadas por la epístola que informa detalladamente de los eventos previos y el desarrollo de la batalla de Toro (1476)²¹¹. Al

²⁰⁶ Fowler apunta también que la práctica estaba relativamente extendida en Francia o Italia Fowler, ‘News from the front’, 77.

²⁰⁷ En algunos casos, como en la *Crónica de Juan II* o la *Crónica del Halconero*, el cronista optaba por adjuntarlas íntegramente en el texto. Era una práctica común también en otros espacios europeos, como en Inglaterra. En el siglo XIV, Robert de Avesbury copió en su crónica varias misivas que informaban sobre hechos de armas. Given-Wilson, *Chronicles*, 187.

²⁰⁸ Cátedra realizó una clasificación de las epístolas de relación del reinado de los Reyes Católicos referidas a la guerra de Granada, entre las que destacó las notificaciones del rey informando de un hecho de armas; los textos emanados de los círculos nobiliarios y empleados en beneficio propio; las *cartas de relación* emanadas de la cancillería a modo de diario de campaña, de distribución selecta y reducida; y las epístolas de carácter privado. Cátedra, ‘En los orígenes de las epístolas de relación’, 48.

²⁰⁹ La misiva, fechada pocos días después del asalto, relatava de manera pormenorizada el desarrollo de las operaciones de sitio. Suárez, ‘Juan II y la frontera de Granada’, 34-6. Durante la regencia de Fernando de Antequera también se emitieron otras epístolas de relación o ‘cartas de batalla’, informando de la batalla de Boca del Asna en 1410 o la de Morvedre en 1412. García, ‘Carta de quando se gana antiquera’; García, ‘Carta delas nuevas de quando fueron vençidos los valençianos’.

²¹⁰ Abellán, *Documentos de Juan II*, 595-6; Abellán, *Documentos del infante-rey Don Alfonso*, 92-4.

²¹¹ Carande, Carriazo, *El tumbo de los Reyes Católicos*, I, 48-51, 101-2, 129-45, 193-4, 220-2, 290-1, 299-300; Moratalla, *Documentos de los Reyes Católicos*, 78-82, 92-4, 113-5, 125, 180; Torres, ‘La conquista del marquesado de Villena’, 116-8.

finalizar el conflicto y con ello la sucesión de guerras civiles que azotaron al reino, la Guerra de Granada fue el enfrentamiento en el que los Reyes Católicos explotaron profusamente las cualidades propagandísticas de este medio informativo²¹². Así, las principales poblaciones de la Corona fueron informadas con cierta regularidad de los avances realizados en las operaciones de conquista del reino nazarí, aportando también interesante información de tipo táctico²¹³.

A caballo entre la correspondencia oficial emanada directamente de la monarquía y las misivas de carácter privado se encuentran las epístolas redactadas por miembros del estamento nobiliario. La nobleza, en ocasiones poseedora de su propia cancillería, emitía este tipo de epístolas de relación con el fin de informar directamente a los monarcas de los hechos bélicos que protagonizaban, controlando así el flujo de noticias y ensalzando su imagen²¹⁴. En este contexto deberían incluirse las epístolas enviadas a Juan II por los capitanes y nobles de frontera durante la guerra contra Granada de 1430-9, insertadas íntegramente en la *Crónica del Halconero* por Pedro Carrillo de Huate²¹⁵. Hay que tener en cuenta, empero, que el objetivo principal de estas misivas no es tanto informar de determinados sucesos bélicos sino dar cuenta del servicio realizado a la Corona, esperando a cambio la obtención de mercedes de diversa tipología²¹⁶. Asimismo, ya he comentado que durante la Guerra de Granada los nobles y capitanes fronterizos tenían instrucciones de informar a la Corte del devenir de las operaciones militares²¹⁷. En ese sentido, convendría traer a colación la misiva enviada por el conde de Cabra a los Reyes Católicos y que Isabel I remitió al cronista Fernando del Pulgar para que la utilizará en la elaboración de su crónica. Es posible, por tanto, que las epístolas estuvieran redactadas no solo con la intención de obtener una merced a cambio de su servicio, si no de presentar la propia

²¹² Pedro M. Cátedra llega a afirmar que la Guerra de Granada es el primer conflicto en ser cubierto por ‘una corresponsalía publicitaria oficial’. En épocas previas del Cuatrocientos, para los reinados de Juan II y Enrique IV, se conservan diecisiete epístolas de relación de diverso tipo, aunque predomina la temática militar. Cátedra, ‘En los orígenes de las epístolas de relación’, 36-7, 44-6.

²¹³ El tumbo de los Reyes Católicos del concejo de Sevilla recoge algunos ejemplos, como la misiva enviada tras las conquistas de Ronda en 1485, Loja, Íllora o Moclín al año siguiente, Vélez-Málaga y Málaga en 1487 o la propia capital granadina el 2 de enero de 1492. Carande, Carriazo, *El tumbo de los Reyes Católicos*, III, 20-1, 119-22, 198-9, 222-3; V, 298.

²¹⁴ Cátedra, ‘En los orígenes de las epístolas de relación’, 47.

²¹⁵ Véase Carriazo, ‘Cartas de la frontera de Granada’, 29-84.

²¹⁶ Cátedra, ‘En los orígenes de las epístolas de relación’, 40-2.

²¹⁷ Véase Pontón, *Escrituras históricas*.

versión de los hechos de los protagonistas, asegurándose un relato historiográfico favorable²¹⁸.

Se puede observar que la correspondencia citada está limitada por unos condicionantes similares a los de la crónica, pues se tiende a romper la barrera situada entre la transmisión privada de noticias y su difusión pública -objetivo para el que posiblemente fueron redactadas. Existen, no obstante, misivas genuinamente privadas que informan del devenir de una determinada campaña militar sin necesidad de adulterar la información o falsearla, lo que inmediatamente las sitúa como las fuentes de mayor validez. Las misivas enviadas por Pedro Martir de Anglería al Arzobispo de Milán o al Cardenal Ascanio Sforza relatando las operaciones militares de la Guerra de Granada que estaba presenciando serían un ejemplo de este tipo²¹⁹. No obstante, de entre la correspondencia privada convendría destacar por encima de las demás la serie de cartas intercambiadas por Fernando el Católico y su padre Juan II entre 1475 y 1476, con el objeto de discutir la estrategia a seguir en la Guerra de Sucesión castellana²²⁰. Se trata de un intercambio epistolar de carácter interno y privado en las que se solicita consejo en materia bélica. En ese sentido, si Fernando esperaba recibir un consejo útil, era conveniente contextualizar la situación debidamente, con lo que no habría necesidad de mentir -de hecho, sería contraproducente. Por ello, las citadas misivas constituyen una fuente de primer orden para conocer la estrategia aplicada en ese conflicto.

²¹⁸ Cátedra, 'En los orígenes de las epístolas de relación', 47.

²¹⁹ Anglería, 'Epistolario'. Cátedra considera que las misivas de Anglería deberían situarse 'a medio camino de lo privado y lo público'. Cátedra, 'En los orígenes de las epístolas de relación', 48.

²²⁰ Lamentablemente perdidas, como muchos de los otros documentos que componían los llamados 'papeles de Zurita', algunas de ellas fueron transcritas antes de su desaparición por Antonio Paz y Meliá. Paz, *El cronista Alonso de Palencia*, 183-209.

2. Organización y liderazgo militar

2.1. Los ejércitos castellanos del siglo XV: reclutamiento, composición y organización.

En 1493, tras la definitiva caída de Granada, Castilla estableció su ejército permanente siguiendo la estela de Francia, Bretaña o Borgoña. Hasta entonces, la única fuerza puramente permanente la componían las guardias reales de los reyes de Castilla. Este cuerpo experimentó sensibles variaciones en sus efectivos a lo largo del Cuatrocientos. A principios del reinado de Juan II, en 1406, estaban compuestas por tres capitanías que reunían un centenar de *lanzas* cada una, ascendiendo sus efectivos a un millar en 1420, pero descendiendo hasta las 300 en 1429. No vuelve a haber cifras seguras hasta el reinado de los Reyes Católicos, hacia el final de la centuria. El número de lanzas había crecido desde la última referencia para alcanzar el número de 893 en 1481, pero sufrió un ligero descenso a 883 cuatro años más tarde¹.

El grueso de los efectivos militares se reclutaba eventualmente para cada campaña y dicho reclutamiento descansaba sobre dos pilares fundamentales: el servicio de los vasallos nobles –entre los que incluyo magnates eclesiásticos, aristócratas laicos y órdenes militares- en virtud de los feudos y tierras recibidas de la corona y las obligaciones de la población común del reino, organizada por lo general a través de los núcleos urbanos y, desde las últimas décadas de la centuria, en Norte cantábrico a partir de las Hermandades regionales. Este servicio, aunque obligatorio en su reclutamiento, era retribuido mediante salarios desde mucho tiempo atrás². A pesar de esto último, sería difícil considerar al grueso de los combatientes castellanos como profesionales al mismo nivel que sus contemporáneos, por ejemplo, ingleses³.

Dentro del sistema feudo-vasallático castellano, la nobleza se comprometía un determinado servicio militar teóricamente a su propia costa –ya he mencionado que el pago de salarios ya estaba normalizado- a cambio de ciertas rentas o feudos de bolsa que podían

¹ Quatrefages, *La revolución militar moderna*; Ladero, ‘Organización militar’, 222–6; Fernández de Larrea, ‘Servicio militar obligatorio’, 47-9.

² Arias, ‘Castile-Leon. Late Middle Ages’, 96-101.

³ Es difícil definir qué es un ‘profesional’ en un contexto como el de la Castilla medieval. Con todo, considero que ‘profesionales’ eran aquellos individuos con cierta pericia y experiencia militar, aunque no necesariamente viviendo únicamente del oficio de las armas.

ser denominadas *acostamiento, tierras o lanzas*⁴. La regulación establecida en las Cortes de 1338 y 1348 preveía que la nobleza tendría que servir con un hombre de armas o un *jinete*, junto con un balletero y un lancero, por noventa días al año a cambio de cada *lanza*. El desorden de la guerra civil y las derrotas sufridas frente a ejércitos extranjeros en Nájera y Aljubarrota, impulsaron un intento de reforma del sistema de feudos de bolsa en las Cortes de 1387 y 1390. El plan de Juan I aspiraba a desplegar una cifra teórica de 4.000 hombres de armas, 1.500 *jinetes* y 1.000 balleteros montados⁵. La principal novedad era la inclusión de los balleteros montados, pero el sistema seguía siendo básicamente el mismo. Como la reforma suponía la reasignación de los feudos de bolsa y sensibles variaciones en las sumas que algunos nobles percibirían en tal concepto en el futuro, el plan acabó naufragando.

La segunda fórmula de reclutamiento descansaba en el servicio militar obligatorio al que estaban sujetos los habitantes de la Corona. Como en otros rincones de Europa, todo hombre de entre dieciséis y sesenta años era susceptible a ser llamado a filas aunque, en la práctica, la movilización general era extremadamente rara. Habitualmente, la monarquía solicitaba un número concreto de tropas a los concejos o a las Hermandades regionales de la Cornisa Cantábrica en el último cuarto del XV, que bien podían ser voluntarias o elegidas por sorteo, aceptándose también el reemplazo por sustitutos⁶.

Fuera de lo que se puede considerar estrictamente aparato militar, los reyes castellanos contaban con un recurso que no dudaron en utilizar para fines para los que no había sido creado: la Santa Hermandad. A pesar de que se trataba de una fuerza policial enfocada al mantenimiento del orden público, su organización en parámetros similares a

⁴ Para Ana Echevarría, Castilla no dio el salto hacia una profesionalización de su ejército tan desarrollada como sus vecinos navarros y aragoneses, sino que la convulsa situación política que sacudió el reino durante los primeros tres cuartos del siglo XV favoreció el mantenimiento de un sistema militar basado en tropas de reclutadas a partir del servicio feudal. Echevarría, 'La reorganización del ejército', 117.

⁵ López de Ayala, *Crónicas*, 668-70; Miguel A. Ladero, 'Baja Edad Media, 1250-1504', in *Historia Militar de España. Edad Media*, coord. Miguel A. Ladero (Madrid: Laberinto, 2010), 253. Su implantación hubiera supuesto la reorganización de las asignaciones de lanzas, lo que provocó la fuerte protesta de aquellos que se consideraron perjudicados al disminuir las 'lanzas' y la suma de dinero que iban a percibir. Además, la incorporación de los balleteros al sistema supondría que habrían de reemplazar a miembros de las mesnadas que hasta el momento disfrutaban de lanzas que les sub-enfeudaban los vasallos directos del rey. Un coste social que los magnates presumiblemente no estaban dispuestos a asumir. Como resultado, los balleteros montados desaparecieron del plan de reorganización.

⁶ A partir de la Guerra de Sucesión Castellana, el servicio militar obligatorio de los territorios norteños fue estructurado en torno a las hermandades provinciales, que se situaron como interlocutores entre los concejos y la monarquía para así negociar la cuantía de los contingentes con los agentes de la Corona. Etxeberria, 'Servicio militar obligatorio', 31-2.

las fuerzas armadas hizo muy sencillo que los monarcas no tuvieran escrúpulos a la hora de utilizarlas en operaciones militares⁷. En el momento culminante de su existencia, durante la Guerra de Granada, fueron profusamente empleados en la expugnación del reino nazarí, en la que la institución aportó la notable cantidad de 1.477 *lanzas* de caballería y hasta 10.000 hombres de infantería⁸.

La abundancia de documentación administrativa referida a la conquista de Granada permite calcular con exactitud el número de combatientes que participaron en algunas de las grandes campañas del conflicto. Así, según las cifras aportadas por Miguel Ángel Ladero, en 1485 la hueste castellana agrupó un total de 16.259 efectivos de infantería y 7.547 o 7.789 de caballería. Las fuerzas en presencia en 1486 supusieron 10.930 infantes y otros 5.456 a caballo. El mayor esfuerzo que se puede constatar se realizó en el año 1487, cuando se abordó la expugnación de la gran ciudad de Málaga, siendo reclutados 19.254 peones y 10.339 efectivos montados⁹. Con estos datos, se puede afirmar que la proporción total en los ejércitos castellanos sería de un combatiente montado por cada dos peones en las campañas de 1485, 1486 y 1487¹⁰. Resulta llamativo que en una guerra de conquista en la que no se preveían batallas campales la monarquía castellana diera tanta importancia a la caballería. Hubo excepciones, como la cabalgada dirigida a Málaga en 1484, donde la proporción era de uno a cinco, singularidad que podría explicarse por la propia naturaleza de la operación: una campaña de destrucción de los recursos económicos del enemigo en la que el peonaje era necesario, pues serían ellos quienes llevaran a cabo la destrucción mientras la caballería los protegía¹¹. Resulta difícil afirmar que las ratios presentadas habían variado con respecto a épocas previas, indicando una mayor presencia e importancia de la infantería ya que, simplemente, apenas se conservan registros documentales anteriores con los que confrontar los de la Guerra de Granada.

⁷ Recientemente, José Manuel Triano ha afirmado que 'la Hermandad acabó por convertirse en la base de un ejército al servicio de la monarquía'. Triano, *La llamada del rey*, 452-65.

⁸ Fernández de Larrea, 'Servicio militar,' 49.

⁹ Ladero, *Castilla y la conquista*, 245-67. Ladero considera válidas las cifras aportadas por Fernando del Pulgar pues opina que justifica la presencia de las tropas que menciona, al menos para el cerco de Baza de 1489. Asimismo, al estar incompletos los registros documentales, ha optado por dar un mayor valor a la cronística. Ladero, *Castilla y la conquista*, 159; Ladero, *Milicia y economía*, 40-1.

¹⁰ Ratios no muy diferentes a las de los ejércitos ingleses que combatieron en Francia a lo largo del siglo XV, aunque en este último caso las proporciones nunca bajaron de 1:3. Bell, Curry, King and Simpkin, *The Soldier*, 273.

¹¹ Véase apartado 4.6. Ladero, *Castilla y la conquista*, 238-9.

Los nobles aportaron nutridos contingentes en los que la caballería tenía gran importancia, pues su número igualaba o, incluso, superaba al del peonaje, como se observa en las campañas de 1485, 1486 y 1487. La proporción de las fuerzas montadas en la campaña de 1487 pone de manifiesto la relevancia de la implicación nobiliaria en la empresa bélica castellana¹². Si bien los contingentes de infantería aportados por las mesnadas nobles, los hidalgos y los vasallos de *acostamiento* no superaron el 28% de las fuerzas a pie, los contingentes aristocráticos supusieron tres cuartas partes de los efectivos montados¹³. Al igual que en otros espacios europeos, la nobleza no solo lideraba la guerra, también tomaba parte activa en ella. La base social acomodada, socialmente exclusiva y jurídicamente privilegiada de donde se reclutaba la caballería no tenía que trabajar para vivir, por lo que podían permitirse un buen equipo de combate además de un determinado nivel de entrenamiento, cualidad que sería difícil de encontrar entre el peonaje común¹⁴.

Bien es cierto que había excepciones, y los ballesteros de nómina serían uno de sus exponentes. Se trataba de una milicia que, a cambio de ciertas exenciones fiscales, se comprometía a mantener ballesta y a entrenarse en su uso¹⁵. Al mismo tiempo, la persistente amenaza musulmana y las frecuentes correrías fronterizas podrían haber llevado a que algunos habitantes de villas y concejos fronterizos adquirieran cierto nivel de pericia bélica¹⁶. Una realidad aplicable también a los territorios azotados por largas y endémicas guerras privadas, como Galicia, Asturias o, sobre todo, el País Vasco¹⁷. Con todo, incluso en una larga e intensa guerra como fue la de Granada (1482-92), un peón que combatió en 1486 pudo no haberlo hecho previamente o, incluso, podría no llegar a hacerlo después. Aun así, es cierto que mediante el alistamiento de voluntarios y, sobre todo, los servicios de sustitución, habría un cierto número de individuos que podrían estar profesionalizados

¹² Para esta campaña, que culminó con la toma de Málaga, se conservan todas las pagas realizadas por el tesorero hasta la disolución de la hueste. Ladero, *Castilla y la conquista*, 245-67, especialmente 261.

¹³ De nuevo, a la hora de establecer un cómputo sobre la aportación nobiliaria, he sumado las tropas provenientes de las mesnadas nobiliarias, los vasallos de *acostamiento* y los hidalgos. A ello habría que sumarle la aportación de la Hermandad General, lo que no alteraría sustancialmente la proporción en el reparto de unidades de caballería. Ladero, *Castilla y la conquista*, 245-67.

¹⁴ Ladero, 'Organización militar', 206; Monsalvo, *La construcción del poder real*, 409.

¹⁵ García Fitz, 'Persiguiendo sombras', 111-20.

¹⁶ J. F. Powers apuntó esta idea para la Plena Edad Media y, aunque podría igualmente aplicarse al siglo XV, se trata de una cuestión que precisa ser estudiada. Powers, *Society Organized for War*.

¹⁷ Las crónicas loan a menudo la actuación militar de los 'vizcaínos'. Véase 6.3.3.

y hacer de la guerra su oficio, aunque esto no sería lo habitual¹⁸. Aun así, la espina dorsal de las huestes castellanas era la caballería¹⁹. Después de todo resulta obvio que los monarcas basaran sus ejércitos en el arma más entrenada y preparada. Por ello, el ejército permanente creado en 1493 estaba comandado por la alta nobleza y compuesto exclusivamente de fuerzas de caballería²⁰.

El servicio militar debido por la nobleza se estructuraba en torno una unidad administrativa conocida como *lanza*. La *lanza* castellana, regulada en las Cortes del siglo XIV, era simple. No tenía las dimensiones de la francesa o la borgoñona y, al igual que la portuguesa, podía haber consistido en tan solo un hombre de armas y su paje²¹. Sin embargo, Castilla poseía una particularidad heredada de las luchas fronterizas contra el enemigo musulmán: la inclusión de caballería ligera en sus dispositivos tácticos. En términos organizativos, esto se traducía en la existencia de dos tipos de lanza: *a la guisa* y *jineta*, es decir, caballería pesada y ligera. En las Cortes de Guadalajara, en 1390, se estableció que vasallos del Rey establecidos en la zona meridional del reino debían de armarse a la *jineta*, costumbre que fue extendiéndose hacia el norte, especialmente durante la segunda mitad del Cuatrocientos²². Esta no era una práctica radicalmente distinta a la que podían llevar a cabo otros poderes europeos. Los húsares húngaros y los estradiotes venecianos alcanzaron gran fama a partir del final de la Edad Media. Incluso Francia y Borgoña, antes de crear unidades de caballería ligera específicas, integraron este tipo de combatientes en sus *lanzas*, más complejas que las castellanas, bajo el nombre de *coutiliers*²³. La vecina corona de Aragón empleó *jinetes* en un primer momento hasta que, ya a comienzos del siglo XV, su uso decayó. Sin embargo, Aragón desarrolló un sistema de lanzas ‘complejas’, a la francesa, en las que se integró un combatiente de caballería

¹⁸ Collantes: ‘Aspectos económicos de la guerra’, 179-83. Del Pino, Córdoba, ‘Los servicios sustitutivos’, 185-210; Etxeberria, ‘El servicio militar obligatorio’, 20-1.

¹⁹ Oman ya había apuntado esta idea en su estudio, aunque en un tono exagerado: ‘the strength of the Castilian army was considered to reside wholly in its cavalry’. Oman, *History*, 180.

²⁰ Fernández de Larrea, ‘Servicio militar obligatorio’, 50-1.

²¹ Ladero, *Castilla y la conquista*, 13-4; Monteiro, Martins, and Faria, ‘Another 1415’, 121. También podría consistir en un combatiente montado junto con un ballestero y un lancero, como se estableció en el Ordenamiento de 1338. Arias, ‘¿Hubo una revolución militar?’ 201. Como bien señala Carlos de Ayala, ‘nuestros investigadores no se ponen de acuerdo en cuántos hombres componían la lanza castellana’. Ayala, *Las órdenes militares*, 555. Recientemente, Santiago Palacios ha llegado a la conclusión de que la lanza castellana resulta difícil de definir, ya que el término es ambiguo y cambia en función del momento o de la fuente consultada. Palacios, ‘Una aproximación’, 297-320.

²² Ladero, *Castilla y la conquista*, 14; Echevarría, ‘La reorganización del ejército’, 114-5.

²³ Contamine, *War in the Middle Ages*, 128.

ligera –*pillart*- por cada hombre de armas. Es decir, los aragoneses continuaron utilizando caballería ligera, aunque de un modo diferente²⁴.

Los datos conservados para la Guerra de Granada muestran que los *jinetes* superaban cuantitativamente a los hombres de armas en una proporción de diez a uno, lo que contrasta con la capacidad militar de la aristocracia castellana²⁵. Si se observan datos de épocas previas, se comprueba que el conde de Alba, en 1475, daba *acostamiento* a 646 hombres de armas y a 566 *jinetes*. Aun así, su aportación a la hueste regia nunca fue tan alta y, sorprendentemente, siempre aportó más *jinetes* que caballería pesada²⁶. Incluso en la propia región fronteriza de Andalucía, el II conde de Arcos Juan Ponce de León mantenía en su casa ochenta y cuatro hombres de armas y setenta y tres *jinetes*, una proporción que, aunque equilibrada, daba primacía a la caballería pesada. Aunque no se trataba de toda su capacidad de convocatoria, como en el caso del conde de Alba en campaña parece que dirigió más *jinetes* que hombres de armas²⁷.

La razón del uso de caballería ligera se encuentra en las características de las empresas bélicas del reino de Castilla. La Guerra de Granada fue una guerra de conquista basada en la expugnación sistemática: cabalgadas y asedios fueron las principales acciones que se llevaron a cabo. Para una guerra de este tipo bastaba con los *jinetes*, más ligeros, rápidos y baratos. Además, tal y como señaló Ibn al Jatib, aunque en un principio el reino de Granada adaptó el armamento pesado cristiano, en algún momento del siglo XIV pasó a utilizar un equipo más ligero²⁸. Por tanto, la utilización de *jinetes* en detrimento de los hombres de armas durante la Guerra de Granada fue motivada por el tipo de guerra y las características del enemigo. En otros conflictos del siglo XV, como pueden ser las diversas guerras civiles, las crónicas parecen mostrar un mayor esfuerzo por reclutar hombres de

²⁴ Sáiz, *Caballeros del rey*, 56-60.

²⁵ Ladero, *Castilla y la conquista*, 14.

²⁶ En 1465 reunió 227 hombres de armas y 234 *jinetes* y, diez años más tarde, dirigió una hueste de 200 hombres de armas y 317 *jinetes*. Calderón, 'La hacienda de los duques de Alba', 148-9.

²⁷ A través de la nómina de un alarde para una operación asedio y cabalgada en 1458, se puede comprobar que el conde de Arcos comandó una hueste compuesta por 166 hombres de armas, 482 *jinetes*, 201 pajes, 521 ballesteros y 555 lanceros. Rojas, 'La capacidad militar', 519-24.

²⁸ 'su equipo militar era antiguamente parecido al de sus vecinos y semejantes los cristianos [...] Ahora han cambiado este equipo por otro sencillo, de corazas ligeras, cascos dorados, sillas árabes, escudos de cuero de anta y lanza fina'. Ibn al Jatib afirmaba que el ejército granadino estaba compuesto por andalusíes y bereberes; la descripción presentada corresponde a los andalusíes. Ibn al Jatib, *Historia de los Reyes*, 127. Álvaro Soler del Campo también llegó a esta conclusión tras un estudio del armamento nazarí. Soler del Campo, 'Notas sobre la evolución', 102-5.

armas, pero la ausencia de documentación administrativa hace difícil corroborarlo. Tiene sentido, sin embargo, que en enfrentamientos civiles se hiciera un uso combinado de ambos tipos de caballería, pues se esperaba que el enemigo hiciera lo propio. Sea como fuere, lo cierto es que, al finalizar la guerra, desapareció el enemigo musulmán en la Península, y las posibles acciones militares en el horizonte serían contra otros europeos, preferentemente contra Francia. No debe extrañar, por tanto, que el primer ejército permanente castellano, aquel de 1493, estuviera compuesto por 2.000 hombres de armas y 500 *jinetes*. Es decir, una mayoría de caballería pesada más apta para enfrentarse a sus homólogos occidentales²⁹.

Recapitulando, hasta finales de la Edad Media la caballería era un elemento importante, sino vital, en la composición de los ejércitos castellanos. Esto respondía a una razón social, pues estaba mayoritariamente formada por las mesnadas nobiliarias. Cabe recordar, además, que la caballería era la unidad de medida de la *lanza*, según la cual se reclutaban las huestes. Se ha podido observar como otros espacios europeos también dispusieron de tropas de caballería ligera, por lo que esta ya no puede considerarse como una peculiaridad castellana. Finalmente, el dominio numérico de las fuerzas ligeras en los ejércitos castellanos de la penúltima década del siglo XV se explica por la naturaleza propia de la guerra de conquista de Granada.

2.2. Liderazgo militar

En 1449, los habitantes de Requena y Utiel se apresuraron a defenderse de una cabalgada aragonesa que había penetrado en sus tierras. Los castellanos situaron sus fuerzas en un paso estrecho, cometiendo la imprudencia de abandonar la tierra alta al enemigo. No fue el único error que los conquenses cometieron: sin amedrentarse ante la evidente desventaja, atacaron el cerro en el que estaban posicionados los aragoneses, resultando la contraofensiva un contundente fracaso castellano. Las fuentes cronísticas no dudan en culpar de la derrota al hecho de que los aragoneses gozaban de ‘la buena ordenança de su capitán e de las ventajas que tenían’, mientras que los castellanos ‘yvan sin capitán que a

²⁹ Tras la experiencia italiana quedó patente que los *jinetes* resultaban especialmente útiles en los campos de batalla altomodernos, como demuestra el descenso del número de hombres de armas a diez capitánías, frente a 26 de *jinetes* en 1503. Aun así, en 1525, los hombres de armas volvieron a ser dominantes: 1.020 lanzas frente a 640 *jinetes*. Quatrefages, ‘La revolución militar’, 78-82, 180-210, 288-94; Fernández de Larrea, ‘Servicio militar obligatorio’, 50-1.

todos podiese mandar³⁰. Dieciséis años más tarde, los castellanos que guarnecían Nodar salieron a *correr* cerca de la villa portuguesa de Moura. Los portugueses, dirigidos por el Almirante del reino, salieron en su persecución. El líder luso intentó que los suyos atacaran ordenados pero, excitados por la superioridad numérica, acometieron en desorden y fueron derrotados por el hecho de que, según Diego de Valera, los castellanos tenían ‘capitanes estrenuos’³¹. Ambos casos ejemplifican, aunque tal vez de manera extrema, la importancia de que las huestes contaran con un líder militar que, además, debía ser efectivo, capaz de controlar a los hombres y guiarlos hacia la victoria. Las *Siete Partidas* (c. 1265) ya señalaban que, si no estaban bien acaudillados, muchos podían ser desbaratados por pocos³². Por tanto, como en todas las épocas históricas, en el Cuatrocientos castellano también se valoraba la necesidad de un comandante eficaz y exitoso.

Ahora bien, ¿cómo se formaban estos líderes militares? ¿Cómo accedían al mando y de qué forma ejercían el liderazgo en el campo de batalla? Las fuentes disponibles, aunque limitadas en muchos aspectos, permiten responder a estas cuestiones para comprender mejor cómo funcionaba el liderazgo militar en un ejército aún en vías de profesionalización como era el castellano. Así, interrelacionando cuestiones culturales, sociales y militares es posible comprender las limitaciones que padecían los ejércitos castellanos y las respuestas que generaron para superarlas.

2.2.1. Formación militar de la nobleza

En la Edad Media, el poder social y político estaba en manos de una élite aristocrática que tenía la guerra como función social. Los miembros del estamento nobiliario recibían una educación que cubría diferentes aspectos, entre los que destaca el militar³³. Más allá de aprender a manejar las armas, los nobles también cazaban y participaban en torneos, dos ejercicios que servían como entrenamiento para la guerra en la medida en que ayudaban a perfeccionar la equitación y el uso de la lanza³⁴. Pero estas

³⁰ CH, 510-1; CJII-BAE, 661.

³¹ CRC-DV, 20-1.

³² Sánchez-Arcilla, *Las Siete Partidas*, Segunda Partida, Título XXIII, Ley XI.

³³ Beceiro, ‘La biblioteca del conde de Benavente’, 113, 129, 145-51.

³⁴ Monteiro, Martins, Faria, ‘Another 1415’, 128-9; García Fitz, ‘La didáctica militar’, 274-5.

actividades servían para su formación como guerreros, no para su preparación como líderes. Por lo tanto, ¿dónde obtenían los conocimientos necesarios para dirigir tropas?

Los libros que pululaban por la Castilla del Cuatrocientos, constituían, sin duda, un apoyo importante³⁵. Dejando de lado obras con una clara vocación moral, como el *Árbol de las batallas* de Honoré Bouvet – traducido por Diego de Valera para el condestable Álvaro de Luna (1390-1453)³⁶–, y centrémonos en las exclusivamente militares. Entre ellas destaca la obra de Sexto Julio Frontino (c. 40-103), como atestiguan los diversos autores que lo citan directamente³⁷. Además, hay constancia de que el marqués de Santillana, Íñigo López de Mendoza (1398-1458), y el tercer conde de Benavente, Alfonso de Pimentel († 1461), contaban con una copia en sus bibliotecas³⁸. Por otro lado, una traducción de las *Estratagemas* se encontraba en la biblioteca que el primer conde de Haro, Pedro Fernández de Velasco (1399-1470), mandó donar al hospital que acababa de fundar en Medina de Pomar en el año 1455³⁹.

Con todo, el autor más celebrado fue Vegetio⁴⁰. Se sabe que el famoso *De Re Militari* tuvo una amplia difusión en Castilla, siendo referenciado en las Partidas, en la obra de Gil de Zamora y por Don Juan Manuel⁴¹. Este clásico de la literatura militar había sido traducido al castellano a principios del siglo XV por el fraile dominico Alfonso de San Cristóbal a instancia del rey Enrique III⁴². La presencia del autor romano en las bibliotecas nobiliarias castellanas se constata sobre todo en época de los Reyes Católicos, como demuestra el ejemplar que poseía Alvar Pérez de Guzmán, señor de Orgaz († 1482), aunque previamente también se conocía, pues figura en el inventario de la biblioteca del conde de Haro⁴³. Aun así, al ser uno de los autores más reconocidos, existían formas más ‘indirectas’

³⁵ Philippe Contamine señalaba que ‘las bibliotecas de los hombres de guerra (de hecho, las de los nobles de cierto rango que hubieran ostentado responsabilidades militares) resultan a menudo muy instructivas’. Contamine, *La guerra en la Edad Media*, 271.

³⁶ Bouvet, *Árbol de las Batallas*.

³⁷ Tal es el caso de Rodrigo Sánchez de Arévalo y Fernando del Pulgar, a los que tal vez podría sumarse Gómez Manrique y Juan de Mena. Roca, *Tratado militar de Frontino*, 84-7.

³⁸ Schiff, *La bibliothèque du Marquis de Santillane*, 141-2; Beceiro, *Libros, lectores y bibliotecas*, 463.

³⁹ Lawrence, ‘Nueva luz sobre la biblioteca’, 1074.

⁴⁰ Allmand, *The De re military of Vegetius*, *passim*.

⁴¹ García-Fitz, ‘La didáctica militar’, 271-4.

⁴² Fradejas, *La versión castellana*, 65-6; Roca, *Tratado militar de Frontino*, 83.

⁴³ Beceiro, Franco, ‘Cultura nobiliar y bibliotecas’, 296, 328; Lawrence, ‘Nueva luz sobre la biblioteca’, 1110; Roca, *Tratado militar de Frontino*, 83.

de acercarse a la obra del tratadista romano. Precisamente la conocida obra de Egidio Romano -o Giles de Roma- *De regimine principum*, copia de Vegetio los apartados dedicados al arte bélico⁴⁴. Este libro aparece inventariado en las bibliotecas de Iñigo López de Mendoza, Alfonso de Pimentel, Alvar Pérez de Guzmán y Fernando Álvarez de Toledo, primer conde de Oropesa († 1504)⁴⁵.

Junto con los tratados militares, también son registrados en los inventarios de las bibliotecas nobles distintas crónicas y obras históricas⁴⁶. La nobleza encontraba en la lectura de estos textos, además de una satisfacción de su interés por los relatos guerreros de tiempos pasados, enseñanzas e ideas que podían poner en práctica en el campo de batalla. Son relativamente numerosas las bibliotecas que poseyeron crónicas castellanas. Sin ánimo de realizar un listado exhaustivo –que puede ser consultado en los trabajos de Isabel Beceiro-, cabe mencionar las elaboradas por Pero López de Ayala⁴⁷. También poseen obras históricas de autores clásicos que podían contribuir a la educación de los futuros líderes militares. En este sentido, los condes de Haro, Benavente y Oropesa así como el marqués de Santillana contaban con sendas copias de la obra de Ayala y de las *Décadas* de Tito Livio, por citar solo una de las obras más relevantes⁴⁸. Por último, las *Siete Partidas* son habitualmente citadas en los inventarios de las bibliotecas nobiliarias: aun no siendo obras didácticas, sí que destilan cierto afán educativo⁴⁹. Así, de la Segunda Partida podían haber extraído enseñanzas de cómo dirigir las huestes, junto con descripciones de los rasgos que deberían definir al buen líder⁵⁰.

⁴⁴ Allmand, *The De re military of Vegetius*, 105-11; Fradejas, *La versión castellana*, 33; Monteiro, Martins, Faria, ‘Another 1415’, 131.

⁴⁵ Schiff, *La bibliothèque du Marquis de Santillane*, 209-11; Beceiro, ‘La biblioteca del conde de Benavente’, 139; Beceiro, Franco, ‘Cultura nobiliar y bibliotecas’, 296, 331

⁴⁶ Philippe Contamine destacaba que, a principios del siglo XV, Guichard Dauphin, señor de Jaligny y jefe de los ballesteros de Francia, poseía diferentes crónicas, así como las obras de Tito Livio. Por otro lado, el inventario de libros (1497) de Bernard de Bearn, bastardo de Commenge, mostraba las crónicas de Jean Froissart, las *Décadas* de Tito Livio y el *Jouvencel* de Jean de Bueil. Contamine, *La guerra en la Edad Media*, 271. Los autores franceses bajomedievales Pierre Bersuire, Jean Gerson y Philippe de Comynes enfatizaban el valor de leer crónicas e historias para aprender sobre guerra y estrategia. Taylor, *Chivalry and the ideals*, 245.

⁴⁷ García-Fitz, ‘La didáctica militar’, 276; Beceiro, ‘La biblioteca del conde de Benavente’, 141.

⁴⁸ Lawrence, ‘Nueva luz sobre la biblioteca’, 1109-10; Beceiro, *Libros, lectores y bibliotecas*, 462-3; Beceiro, Franco, ‘Cultura nobiliar y bibliotecas’, 331-5; Schiff, *La bibliothèque du Marquis de Santillane*, 402-3.

⁴⁹ García-Fitz, ‘La didáctica militar’: 272. Dos copias aparecen listadas en las bibliotecas de los condes de Haro, Benavente y Oropesa. Lawrence, ‘Nueva luz sobre la biblioteca’, 1110; Beceiro, *Libros, lectores y bibliotecas*, 467; Beceiro, Franco, ‘Cultura nobiliar y bibliotecas’, 333.

⁵⁰ Sánchez-Arcilla, *Las Siete Partidas*, Segunda Partida, Título XXIII, Leyes IV-XVI.

Como se ha comprobado la literatura susceptible de ser utilizada en la didáctica militar estaba muy presente. Ahora bien, el hecho de que tuvieran esos libros, no significa que los leyeran⁵¹. De hecho, no tenían por qué leerlo ellos mismos, bastaba con tener el libro. En la Segunda Partida se menciona que los caballeros debían formarse mediante la experiencia en tiempo de guerra, mientras que, en tiempo de paz, debían escuchar. La hora de comer era un momento propicio para que alguien leyera en alto las historias de los grandes hechos de armas del pasado. Asimismo, allí donde no había libros que leer, los caballeros ancianos se encargarían de impartir la lección. Incluso cuando no se podía dormir, se recomendaba ordenar que les leyeran ese tipo de obras⁵². La lectura en voz alta de crónicas y tratados era habitual también en la corte portuguesa: el cronista Gomes Eanes de Zurara escribió que, tras conquistar Ceuta en 1415, João I recomendó a sus hombres leer a Egidio Romano en la cámara real para que los cortesanos se familiarizaran con los secretos del arte militar⁵³.

Los escritores, traductores e intelectuales del medievo, tendían a enfatizar la importancia del aprendizaje bélico mediante la lectura. El célebre cronista Jean Froissart mencionaba en el prólogo de su obra que esta podía servir para animar a jóvenes caballeros. Precisamente son las crónicas, destinadas al consumo nobiliario, las que se presentan más a menudo como fuente de consejos sobre la ciencia o arte de la guerra⁵⁴. Así lo demuestra un pasaje narrado por la *Crónica de Juan II*, cuando informa de la muerte de unos jóvenes caballeros en una escaramuza no exenta de imprudencia. De este suceso, acaecido en 1407, dice el cronista que ‘los mancebos deven tomar exemplo’⁵⁵. Del mismo modo, Fernando del Pulgar narra una incursión del conde de Cabra en el reino nazarí de Granada, posiblemente con el fin de instruir a futuros lectores en la importancia de los dispositivos de seguridad en las entradas en territorio enemigo⁵⁶. Por otro lado, el marqués de Cádiz fue

⁵¹ Rodríguez Velasco cree que la ausencia de glosas en el manuscrito indica que el marqués de Santillana no se leyó a Frontino. Rodríguez, *El debate sobre la caballería*, 85. Aun así podía haber excepciones. Fernando Pérez del Pulgar informa de que el primer conde de Haro ‘aprendió letras latinas y dávase al estudio de corónicas e saber fechos pasados’. Pulgar, *Claros varones de Castilla*, 100.

⁵² Sánchez-Arcilla, *Las Siete Partidas*, Segunda Partida, Título XXI, ley XX.

⁵³ Monteiro, Martins, Faria, ‘Another 1415’, 131.

⁵⁴ Taylor, *Chivalry and the ideals*, 244-5. El cronista Andrés Bernáldez admitía que ‘las crónicas no se comunican entre las gentes comunes’. MRC, 24.

⁵⁵ CJII-G, 260-1.

⁵⁶ CRC-FP, II, 136-9. El citado no es sino uno de los varios ejemplos presentes en la obra de Pulgar. Fernando Gómez opina que la *Crónica de los Reyes Católicos* funciona como una suerte de *de re militari* o regimiento

capaz de tomar Medina Sidonia en 1473, en el marco de la guerra privada que lo enfrentaba con Enrique de Guzmán, debido a que la fortaleza no estaba protegida como debía. Diego de Valera señalaba que ‘sin duda, si este malaventurado alcaide oviera leydo la Segunda Partida, no pusiera en tan mal recabdo su honrra e su vida’⁵⁷.

Pedro Mártir de Anglería consideraba que aquel que se consagrara a la milicia debía estar bien instruido en los ejemplos de los antiguos en el momento de partir hacia la guerra, pues ‘¿quién niega que con la asidua lectura de la Historia los hombres se hacen cada día más prudentes?’⁵⁸. La importancia de conocer los hechos históricos se muestra de forma evidente en las fuentes cronísticas, especialmente si se combate en el mismo lugar que aparece en los relatos. Durante las fases previas del asedio a Antequera, en 1410, el infante Fernando juzgó necesario tomar una sierra que dominaba la villa, pues allí podría posicionarse un ejército de socorro venido a levantar el cerco ‘como diz que otra vez fizieron al rey don Alonso su bisabuelo, que diz que estovo sobre esta villa de Antequera, e le tomaron los moros esta sierra, e de tal modo daban acorro a la villa que entravan e salían quando querían, a que se ovo de alçar de sobre ella’⁵⁹. La anécdota recuerda a la estratagema utilizada por Fernando de Aragón para entrar en Nápoles utilizando un acueducto, un subterfugio que se le ocurrió tras leer la *Historia de las Guerras Góticas* de Procopio⁶⁰. En ambos casos, el conocimiento del terreno proporcionado por fuentes históricas resultó vital para el desarrollo de las operaciones.

La importancia de la formación teórica ha sido objeto de debate. Centrándome en el ejemplo de Vegetio, Contamine cree que su utilidad para un comandante medieval era limitada, debido a la ausencia de un ejército permanente y una estructura de mando rígida⁶¹. Tal vez por eso, la copia de la traducción de San Cristóbal que figura en la biblioteca del conde de Haro tan solo recoge el libro III del tratado romano, aquel dedicado a las batallas

militar, extrayendo lecciones de los ejemplos bélicos presentados. Gómez, *Historia de la prosa de los Reyes Católicos*, 91-3

⁵⁷ MDH, 236-9; CA, 395-8. Valera es un autor que valora especialmente el aprendizaje a través lectura. En una de sus cartas enviadas a los Reyes Católicos durante la Guerra de Granada, recuerda a Fernando que leyendo crónicas de tiempos pasados descubrirá que batallas, asedios y cabalgadas son tres pilares básicos y complementarios para la consecución de la victoria en la guerra. Balenchana, *Epístolas y otros varios tratados*, 62-5.

⁵⁸ Anglería, ‘Epistolario’, 24.

⁵⁹ CJII-G, 384-5.

⁶⁰ Contamine, *La guerra en la Edad Media*, 270.

⁶¹ Contamine, *La guerra en la Edad Media*, 267.

campales⁶². Una elección lógica, ya que como señala García Fitz, las tácticas expuestas en el tercer libro ‘son lo suficientemente generales como para poder aplicarse a cualquier tipo de ejército’⁶³. Aun así, Rodríguez Velasco cree que la lectura de Vegetio tan sólo confirmó a los nobles lo que ya sabían⁶⁴. Si bien es cierto que la mayoría de consejos que se pueden encontrar en el autor romano pueden ser calificados de ‘sentido común’, estos podían tener cierta utilidad⁶⁵. No en vano Philippe de Mézières, hombre de guerra francés, recomendaba a los futuros líderes militares leer a Vegetio⁶⁶. Del mismo modo, fue precisamente un caballero castellano el que recomendó a Carlos el Temerario, a partir de sus lecturas ‘vegecianas’, que construyera una grúa durante el sitio de Neuss en 1474-75⁶⁷.

Michael Mallet, el gran experto en las guerras mercenarias de la Italia bajomedieval, creía que lo más probable era que un capitán del Cuatrocientos hubiera aprendido el arte de la guerra a través de un *condottiero* establecido y no mediante los libros⁶⁸. Por mi parte, comparto lo postulado por Craig Taylor. El autor inglés defiende que es imposible saber hasta qué punto los aristócratas medievales buscaban desarrollar su inteligencia táctica y estratégica a través de la lectura en vez de mediante el tutelaje basado en la experiencia práctica y el consejo de guerreros veteranos⁶⁹. Esta opinión ya fue expresada por Isabel Beceiro y Philippe Contamine, quienes señalaron que la guerra conllevaba un aprendizaje de carácter práctico, transmitido de generación en generación⁷⁰. En este punto es donde jugaba un papel realmente importante la figura del noble encargado de tutelar a los pupilos enviados a su casa, responsable de enseñar a los jóvenes aristócratas la capacidad de dominar, tanto en contextos sociales como militares. Es de suponer que la instrucción se impartía verbalmente, pues no se debe olvidar que, después de todo, la cultura medieval

⁶² Fradejas, *La versión castellana*, 111; Roca, *Tratado militar de Frontino*, 83.

⁶³ García-Fitz, ‘La didáctica militar’, 273.

⁶⁴ Rodríguez, *El debate sobre la caballería*, 85. María Elvira Roca señala que la influencia real de Vegetio y Frontino en la didáctica europea debe considerarse con sus limitaciones, Roca, *Tratado militar de Frontino*, 75.

⁶⁵ Para un exhaustivo estudio sobre la influencia y utilidad de la obra del autor romano, véase Allamand, *The De re military of Vegetius*.

⁶⁶ Taylor, *Chivalry and the ideals*, 253

⁶⁷ Contamine, *La guerra en la Edad Media*, 267. No debe extrañar, por tanto, que el prólogo a la traducción castellana de las *Estratagemas* de Frontino señale que tras la lectura de la obra ‘serán los capitanes de agora informados et aperçebidos, así con discreción commo con enxemplo de la providencia antigua». Roca, *Tratado militar de Frontino*, 91.

⁶⁸ Mallet, *Mercenaries and their masters*, 176-7.

⁶⁹ Taylor, *Chivalry and the ideals*, 231-6.

⁷⁰ Beceiro, ‘La biblioteca del conde de Benavente’, 143-4; Contamine, *La guerra en la Edad Media*, 271.

era, en buena medida, oral. Geoffrey de Charney opinaba que las habilidades de liderazgo táctico y estratégico se aprendían mediante la experiencia, el tutelaje y la conversación con expertos⁷¹.

Para el caso concreto de la Castilla del siglo XV, la obra *Claros varones de Castilla* de Fernando del Pulgar constituye una fuente excepcional. El variado repertorio de ejemplos contenidos en esta colección de biografías permite analizar una cuestión sobre la que, de otro modo, sería ciertamente difícil arrojar algo de luz. Entre las figuras tratadas por Pulgar, una de las más destacadas es la del conde de Paredes y maestro de Santiago, Rodrigo Manrique (1406-76), guerrero experimentado, ampliamente loado por las crónicas de su tiempo⁷². Manrique se esforzaba especialmente en que sus criados estuvieran perfectamente preparados para cuando entraran en batalla. Les contaba sus hechos de armas, sus anécdotas bélicas, discutía con ellos las diferentes formas de combatir y los entrenaba para la guerra⁷³. Su propio hermano, el poeta Gómez Manrique, afirmaba haber ‘mamado en la leche’ el ejercicio de las armas, pues desde su niñez estuvo ‘en la escuela de vno de los mas famosos maestros que, como vuestra merçed bien sabe, ouo en nuestro tienpos, que fue mi señor e mi hermano don Rodrigo Manrique’⁷⁴.

Otra de las grandes figuras de mediados del Cuatrocientos castellano fue el marqués de Santillana, adalid del Renacimiento, que unía su interés por las armas con su amor a las letras. De nuevo, al igual que en el caso de Rodrigo Manrique, Fernando del Pulgar presenta a un Íñigo de Mendoza preocupado por la formación bélica de sus pupilos. Hablaba con los caballeros y escuderos de su casa sobre cómo ordenar las batallas, disponer los campamentos y atacar o defender las fortalezas, deleitándose en esas conversaciones ‘por la grand abituación que en ella tovo en su mocedad’. Le interesaba también que la formación teórica estuviera complementada con aquella de índole más práctica que ‘supiesen por experiencia lo que le oían decir por doctrina’. Para ello, organizaba justas y otros ejercicios de guerra en su casa, a fin de que su gente estuviera preparada llegado el momento⁷⁵.

⁷¹ Taylor, *Chivalry and the ideals*, 240

⁷² MDH, 279; CEIV-AP, II, 144.

⁷³ Pulgar, *Claros varones de Castilla*, 154-7.

⁷⁴ Rodríguez, *El debate sobre la caballería*, 84.

⁷⁵ Pulgar, *Claros varones de Castilla*, 105.

La fase de formación, iniciada en torno a los siete años, concluía a los catorce o quince⁷⁶. Aun así, en la Edad Media, la vida militar, en vez de ser absorbida de segunda mano, se vivía⁷⁷. Por ello, la formación marcial no se completaba hasta que participaban en una campaña militar, su bautismo de fuego⁷⁸. Esta podía ser una forma temeraria de aprender un oficio tan peligroso como el de las armas, que podía traducirse en un elevado número de muertes prematuras derivadas de la inexperiencia e imprudencia juvenil⁷⁹. Aun así, esta fase de la vida de un noble no tardaba en llegar y era preferible pasar por ello cuanto antes, para ir acumulando experiencia⁸⁰. Los ejemplos de jóvenes nobles iniciándose en el oficio de las armas son diversos. Pero Niño tenía quince cuando escaramuzó bajo los muros de Gijón en 1394, mientras que su hijo ‘tomó sus armas contra sus contrarios’ a los catorce⁸¹. El cronista y banderizo Lope García de Salazar tenía dieciséis años la primera vez que empuñó su ballesta en combate⁸². Rodrigo Ponce de León, el futuro marqués de Cádiz, comenzó algo más tarde: tenía entre diecisiete y dieciocho años en la batalla del Madroño, en 1462⁸³.

La edad en la que se comenzaba la carrera militar no estaba predeterminada y dependía de una serie de factores externos, aunque el más importante era que hubiera guerras en las que participar⁸⁴. A este respecto, el ejemplo de los monarcas castellanos cuatrocentistas resulta ilustrativo. Juan II tuvo su primera experiencia genuinamente bélica en 1429, a los veinticuatro años de edad. Asimismo, no luchó en su primera batalla campal hasta los veintiséis –La Higuera, 1431–. Su hijo, el futuro Enrique IV, dio sus primeros pasos en el campo de Marte a la edad de veinte años participando en su primera batalla, la

⁷⁶ Shahar, *Childhood in the Middle Ages*, 211.

⁷⁷ Taylor, *Chivalry and the ideals*, 239.

⁷⁸ France, *Western warfare*, 140.

⁷⁹ Rojas, ‘En torno al liderazgo’, 513.

⁸⁰ Contamine, *La guerra en la Edad Media*, 273.

⁸¹ Díaz de Games, *El Victorial*, 243-4, 528.

⁸² Villacorta, *Libro de las buenas andanças*, 878.

⁸³ Carriazo, *La casa de Arcos*, 159; MRC, 11.

⁸⁴ La posibilidad de mostrarse como valientes guerreros es parte no sólo del proceso de aprendizaje de la nobleza, sino también de su función social, de su liderazgo sobre aquellos de baja cuna. Asimismo, supone el reconocimiento de sus habilidades por sus homólogos. Decía Fernán Pérez de Guzmán, en sus *Generaciones y semblanzas*, no haber escuchado nada del esfuerzo de Diego López de Stúñiga, justicia mayor del rey, ‘porque en su tiempo non ovo guerras nin batallas en que lo mostrase’, justificación que esgrime también en el caso de Diego Hurtado de Mendoza, almirante de Castilla. Pérez de Gúzman, *Generaciones y semblanzas*, 98-100.

de Olmedo, en 1445⁸⁵. Fernando el Católico constituye un caso ciertamente inusual pues es sin duda el rey más belicoso y con mayor bagaje militar de entre los que se sentaron en el trono castellano en el siglo XV –si bien como consorte. El hecho de que fuera aragonés no es ningún elemento de distorsión, en la medida en la que ya he señalado que las pautas de aprendizaje eran similares para toda la nobleza –y realeza– europeas. La proliferación de conflictos durante la vida del Rey Católico le permitió tomar su primer contacto con la guerra a la temprana edad de nueve años, cuando en 1461 quedó encerrado en la Girona asediada por el conde de Pallars. Aun así, su primera experiencia puramente militar no llegó hasta 1465, con casi trece años de edad, cuando comandó la retaguardia del ejército real en la batalla de Calaf. Al año siguiente acompañaba a su padre en los asedios de Tortosa y Amposta y en 1467 combatió contra las tropas angevinas en Viladomat, donde fue derrotado y casi hecho prisionero⁸⁶.

En conclusión, la combinación de tutelaje, ejercicio físico y la lectura preparaban parcialmente clase noble para su rol militar. Sin embargo, este periodo de instrucción no se vería completo hasta que realizaran los primeros hechos de armas. Así era como la nobleza castellana aprendía las habilidades de mando, en un proceso que no se diferenciaba del seguido por el resto de la nobleza europea. Con todo, tras instruirse en el liderazgo de una hueste había que llegar a dirigirla.

2.2.2. Mecanismos de acceso al liderazgo

Inglaterra, Aragón o Navarra venían desarrollando desde mediados del siglo XIV ejércitos profesionales que respondieran a las necesidades derivadas de las campañas militares exteriores que llevaron a cabo⁸⁷. Sin embargo, ello no supuso un cambio en las estructuras de mando. Únicamente tras la creación del primer ejército permanente de la

⁸⁵ Aunque el año anterior había dirigido con Álvaro de Luna una operación contra el Infante Enrique en la que se llegó a cercar brevemente Lorca, véase apartado 3.2.2. La familia real inglesa se mostró más precoz. Eduardo de Woodstock, el Príncipe Negro, combatió en la batalla de Crecy (1346) a la edad de dieciséis años; su hermano, Juan de Gante, participó en el combate naval de Winchelsea (1350), con tan solo diez. El vencedor de la batalla de Agincourt (1415), Enrique V, tenía once años cuando participó en una campaña militar por primera vez, combatiendo en la batalla de Shrewsbury (1403) a los diecisiete. Goodman, *The Wars of the Roses*, 128-9.

⁸⁶ ‘El rey, que desde su menor edad fue criado en las guerras que el rey su padre tuvo en la tierra de Cataluña. Bien mostrado en todos los actos que se requerían para la disciplina militar, e tenía buena industria en las cosas del campo’. CRC-FP, II, 403; GH, II, 305-6; Mas, ‘La formación militar’, 377; Suárez, *Fernando el Católico*, 26-9.

⁸⁷ Bell, Curry, King, Simpkin, *The soldier*; Sáiz, *Caballeros del rey*; Lafuente, *Un reino en armas*; Fernández de Larrea, *El precio de la sangre*.

Europa feudal, el francés en 1445, se generaron unas estructuras de mando estables y más complejas que, sin embargo, siguieron dirigidas por la nobleza⁸⁸. La situación no era diferente en la Castilla del siglo XV, donde coexistieron las obligaciones feudales con el pago de salarios, manteniéndose una estructura de mando que puede calificarse de elemental. Habrá que esperar a la aparición del ejército permanente en 1493 para comenzar a observar cadenas de mando más estructuradas que permitían la realización de carreras específicamente militares⁸⁹. Hasta entonces, el liderazgo militar estaba íntimamente conectado con el socio-político.

El único liderazgo verdaderamente indiscutible recaía sobre los hombros del monarca, a quien le correspondía el mando supremo de la hueste. En una cultura marcial como la de la aristocracia europea, se esperaba que un rey dirigiera sus fuerzas en la guerra. Fernando el Católico cumplió con la premisa, liderando en persona el ejército real durante la Guerra de Sucesión Castellana y la Guerra de Granada⁹⁰. Sin embargo, la inseguridad sobre la capacidad militar y, sobre todo, política de Juan II y Enrique IV les empujó a delegar el mando en líderes más capaces o, simplemente, de su confianza⁹¹. Así, esta responsabilidad podía pasar a miembros de la alta nobleza. Así, durante la batalla de la Higuera en 1431 y la primera batalla de Olmedo en 1445, el mando de la hueste de Juan II correspondió a Álvaro de Luna⁹². En el segundo de los encuentros campales que tuvieron lugar a las puertas de la villa vallisoletana en 1467, el mando de la hueste de Enrique IV fue ejercido por los nobles que le acompañaban, siendo Pedro de Velasco, futuro conde de Haro, quien dirigió la batalla real mientras que el rey permaneció en retaguardia⁹³.

Por debajo de la autoridad real existían una serie de cargos palatinos. Para acceder a los mismos el patronazgo regio se tornaba indispensable⁹⁴. Tal vez donde mejor se

⁸⁸ Contamine, *Guerre, état et société*, 399-487.

⁸⁹ Arias, 'Castile-Leon II', 96-7.

⁹⁰ García-Fitz, 'Las guerras del rey Fernando', 53-8.

⁹¹ Durante la Guerra de las Rosas, hubo reyes ingleses que delegaron el mando estratégico y táctico de las operaciones. Enrique VI sería el ejemplo más significativo, pues ningún cronista le atribuye mando militar y parece que siempre delegó el liderazgo en hombres de confianza. Goodman, *The wars of the Roses: Military activity*, 124.

⁹² CAL, 134, 168; CJII-CODOIN, 292; CH, 463-4; CJII-BAE, 628.

⁹³ CEIV-EC, 276; MDH, 126.

⁹⁴ En la Francia de la Guerra de los Cien Años, la autoridad militar estaba íntimamente relacionado con el patronazgo regio, con lo que 'aquellos cuya cuna les daba acceso natural a los reyes' estarían en clara ventaja frente al resto. Allmand, *La guerra de los Cien Años*, 104.

observe sea en el cargo de condestable, creado en 1382 y patrimonializado por los Velasco en 1473⁹⁵. El más célebre de entre los condestables del siglo XV, Álvaro de Luna, era hijo ilegítimo de una familia perteneciente a la nobleza aragonesa, que había ascendido gracias su cercanía a Juan II. Consiguió el título en 1423 y, según su propia biografía y las crónicas del periodo, su primera acción militar no tuvo lugar hasta 1429, por lo que resulta evidente que no recibió el cargo gracias a sus méritos bélicos⁹⁶. El siguiente en el cargo, Miguel Lucas de Iranzo, constituye un ejemplo de ascenso exclusivamente ligado al patronazgo regio, que en esta ocasión no solo no estaba vinculado a su experiencia militar, sino que tampoco lo estaba a su extracción social. De los cuatro que ejercieron el oficio de Condestable a lo largo del periodo que nos ocupa, Iranzo es el único que no tenía un origen noble, pues su padre era un campesino.

Otro de los cargos con aparentes prerrogativas militares de la Castilla del Cuatrocientos eran los Adelantados, sobre cuyos hombros descansaba la defensa de la frontera granadina. Sin embargo, para las fechas de este estudio, sus funciones habían disminuido considerablemente. Estos cargos acabaron siendo monopolizados por dos prominentes familias con arraigo patrimonial sobre los territorios de su mandato: Los Ribera convirtieron el adelantamiento de la frontera en dignidad hereditaria, mientras que los Fajardo hicieron lo propio con el de Murcia⁹⁷.

Más allá del patronazgo o la condición hereditaria de algunos oficios, la idea de que los méritos y la habilidad debían ser tenidos en cuenta para la asignación de algunos cargos militares ya estaba presente en las Partidas⁹⁸. Ahora bien, ¿existía algún medio de ascenso por méritos o los criterios de acceso al mando eran exclusivamente socio-políticos? Esta es, sin duda, una pregunta difícil de responder utilizando únicamente fuentes narrativas. Sin embargo, el estudio de las capitanías de frontera puede arrojar algo de luz sobre la cuestión. Estos mandos militares se designaban al abrirse hostilidades con algún reino vecino y su función consistía en defender sectores concretos de la frontera y realizar incursiones y ataques de forma tanto independiente como conjunta. Tenían asignadas un

⁹⁵ Torres, 'Los condestables de Castilla', 57-112. El cargo era hereditario también en Inglaterra. Prestwich, *Armies and warfare*, 171.

⁹⁶ Siempre que se considere que la defensa de Montalbán en 1420 no constituyó una operación militar *sensu stricto*. CH, 4-5.

⁹⁷ Ladero, 'De Per Afán a Catalina de Ribera', 447; Jiménez, 'Adelantados y mando militar', 151.

⁹⁸ Sánchez-Arcilla, *Las Siete Partidas*, Segunda Partida, Título XXIII, Ley VI.

número concreto de lanzas, aunque también poseían potestad para convocar tropas en el territorio al que estaban asignados, pudiendo, entre otras cosas, castigar a aquellos que desobedecieran sus órdenes⁹⁹. En definitiva, era un cargo temporal similar al utilizado con otros nombres en Inglaterra –*warden*- y Portugal –*fronteiro*¹⁰⁰.

Tomaré como ejemplo la guerra de 1429-30 contra Aragón y Navarra y la guerra contra Granada de 1430-39. Se trata de dos conflictos consecutivos que permiten distinguir pautas de asignación de las capitanías y comprobar el grado de veteranía de los seleccionados. En 1429, la frontera con los reinos navarro y aragonés se dividió en cuatro sectores, cada uno con su capitán. Tras la firma de las treguas de Majano y el inicio de un nuevo enfrentamiento contra el enemigo musulmán en 1430, la frontera granadina se dividió también en cuatro sectores. En julio de 1431, después de la victoria en la batalla de la Higuera, la configuración de las capitanías fronterizas sufrió una reestructuración que se mantendría hasta el final de la guerra, contando únicamente con dos sectores: el arzobispado de Sevilla por un lado y los obispados de Jaén y Córdoba por otro¹⁰¹. En total, al menos once individuos diferentes sirvieron como capitanes de la frontera en la década que media entre 1429 y 1439. Si se consideran los títulos de los implicados, de ellos dos eran condes, dos maestros de órdenes militares, dos adelantados mayores y uno mariscal. Los restantes cuatro eran titulares de señorío, aunque a la postre conseguirían títulos nobiliarios -tres condados y un marquesado¹⁰². Por tanto, cabe afirmar que en Castilla al igual que en Portugal, la alta nobleza monopolizaba las capitanías de frontera¹⁰³.

Con todo, el propio carácter temporal del cargo acabó impidiendo su patrimonialización. Por otra parte, su ejercicio era rotatorio, lo que dificultaba que líderes poco capaces actuaran durante largos periodos. Cuando Juan II relevó a varios capitanes fronterizos en 1430 y 1432, lo hizo, según Alvar García de Santa María, ‘porque los trabajos

⁹⁹ La de los capitanes de la frontera es una figura que precisa de estudio, ya que no se puede reseñar más que el trabajo de López de Coca sobre Fernando Álvarez de Toledo. López de Coca, ‘Fernando Álvarez de Toledo’, 643-66.

¹⁰⁰ Simpkin, *The English Aristocracy at War*, 35-6; Monteiro, *A guerra em Portugal*, 139-43.

¹⁰¹ CJII-CODOIN, 312. Es difícil realizar un seguimiento exhaustivo de los capitanes de la frontera, pues las noticias recogidas en las crónicas son dispersas y a veces, incompletas. Véase el apéndice final.

¹⁰² Pedro de Velasco conseguiría el Condado de Haro en 1430, Fernando Álvarez de Toledo el de Alba en 1439 y Pedro Álvarez de Osorio el de Trastámara en 1445. Por su parte, Iñigo López de Mendoza llegaría a ser conde del Real de Manzanares en 1445 y marqués de Santillana en 1448.

¹⁰³ Martins, Monteiro, ‘Portugal II’, 229.

é también las honras de estas Capitanías se repartiesen por los caballeros é Grandes del reino'¹⁰⁴. La propia frase indica que el mando fronterizo estaba reservado a la nobleza del reino. No obstante, queda la duda de si entre la aristocracia la selección se realizaba según criterios meritocráticos. Es cierto que gran parte de los capitanes designados en 1430 eran caballeros de la casa de Álvaro de Luna, lo que nos llevaría a pensar en el patronazgo también en esta ocasión¹⁰⁵.

Aun así, la experiencia podría haber sido tenida en cuenta, pues aquellos capitanes lo suficientemente mayores como para haber participado en las campañas granadinas de Fernando de Antequera lo habían hecho¹⁰⁶. Por otro lado, hay indicios que apuntan a un reconocimiento de la pericia, ya que, según Pulgar, tanto Fernando Álvarez de Toledo en 1429 como Iñigo López de Mendoza en 1437 accedieron al cargo debido a que el rey supo de su habilidad¹⁰⁷. Además, se observa que no todos los capitanes fueron sustituidos. Tal es el caso de Diego Gómez de Ribera, que ostentó la capitanía hasta su muerte frente a los muros de Álora en 1434¹⁰⁸. Es lógico en la medida en la que era el Adelantado Mayor de Andalucía y sus tierras estaban muy cerca de la frontera, un criterio que en el pasado había gozado de cierta consideración tanto en Inglaterra como en la propia Castilla¹⁰⁹. Posiblemente habría que pensar también en términos de eficacia: Ribera había cosechado una serie de éxitos, derrotando a un gran número de granadinos en una doble celada en 1430 y venciendo en batalla campal en 1432¹¹⁰. Aun así, la mayoría de los capitanes fueron sustituidos en algún momento, aunque el tiempo de servicio era variable: el futuro conde

¹⁰⁴ CJII-CODOIN: 199, 371.

¹⁰⁵ CAL, 119-20.

¹⁰⁶ CJII-G, 382-3, 394, 397, 448-9; CJII-BAE, 286, 297, 317, 320 328, 341; Jiménez, 'Adelantados y mando militar', 151-2. Debido a la escasez de campañas bélicas en el periodo comprendido entre 1410 y 1429, muchos nobles castellanos no tuvieron oportunidad de ganar experiencia militar. Aun así, en la Guerra de Granada se observa que los capitanes de la frontera que ocuparon el cargo a partir de 1482 eran veteranos como el duque de Nájera, el maestre de Santiago o el marqués de Cádiz. En esta ocasión el mando también se ejerció de forma rotatoria. Stewart, 'Military command', 228.

¹⁰⁷ Pulgar, *Claros varones de Castilla*, 107, 116.

¹⁰⁸ CJII-CODOIN, 399-400.

¹⁰⁹ En 1407, durante las campañas granadinas de Fernando de Trastámara, se produjo un debate en el Consejo del rey sobre quienes debían ejercer como capitanes de la frontera. Frente al Infante, que defendía que los 'de Castilla' debían cargar con el peso de la guerra, hubo quienes se mostraron favorables a nombrar nobles andaluces, 'pues estauan en su tierra e cerca de sus casas'. CJII-G, 275; Simpkin, *The English Aristocracy at War*, 41-2.

¹¹⁰ CH, 71-3; CJII-CODOIN, 275-8, 364-6.

de Alba ejerció como capitán en tres ocasiones, realizando un servicio total de siete años, mientras que Pedro Álvarez de Osorio únicamente lo hizo por uno.

Hasta ahora he examinado el caso del alto mando y de los mandos autónomos. Pero existían también mandos subalternos que articulaban la cadena de liderazgo desde los comandantes de cada ejército a los combatientes. Me referiré a continuación a la selección de los líderes de cada una de las *batallas* en las que se articulaba el cuerpo principal de un ejército a la hora de desplegarse en el campo de la lid. En principio, además de ejercer el mando superior, el rey casi siempre comandaba una *batalla*, como hizo Juan II en la Higuera en el año 1431 y Olmedo en 1445, o Fernando el Católico en Toro en 1476¹¹¹. El condestable tenía, entre las dignidades inherentes a su oficio, el honor de dirigir la vanguardia, cosa que Álvaro de Luna hizo en La Higuera y Olmedo¹¹². El resto de *batallas* quedaban en manos de miembros de la alta nobleza. En la Higuera las seis *batallas* fueron lideradas por tres condes, el maestre de Calatrava, el condestable y el propio monarca¹¹³. En la primera batalla de Olmedo, el ejército de Juan II de Castilla estaba dividido en cinco *batallas*, comandadas por el condestable Álvaro de Luna, el rey Juan II, el príncipe Enrique, el maestre de Alcántara y el conde de Alba compartiendo mando con Íñigo López de Mendoza¹¹⁴. Algo similar a lo ocurrido en la segunda batalla de Olmedo de 1467, donde el liderazgo del ejército enriqueño correspondió, de nuevo, a la alta nobleza¹¹⁵. El mando subalterno fue ejercido de forma algo diferente en la hueste rival del infante Alfonso, dado que la mayoría de los Grandes que le apoyaban se encontraban ausentes en el momento de la batalla. Por ello, fueron los capitanes de los nobles afines al infante quienes tuvieron que dirigir los escuadrones¹¹⁶.

En definitiva, los mecanismos de acceso al liderazgo en la Castilla del Cuatrocientos dependían, fundamentalmente, del origen social de los sujetos y del patronazgo regio –

¹¹¹ CAL, 134, 168; CJII-CODOIN, 292; CH, 463-4, CJII-BAE, 628. CRC-FP, I, 208-9; CRC-DV, 68.

¹¹² El gran condestable portugués Nuno Álvares Pereira también lideró la vanguardia en los enfrentamientos de Atoleiros (1384) y Aljubarrota (1385), combatiendo en primera línea. En Aljubarrota, el rey Juan I de Portugal dirigió la retaguardia, generándose entre el monarca y su condestable una sinergia bélica similar a la de Álvaro de Luna y Nuno Álvares Pereira. Monteiro, *Nuno Álvares Pereira*, 150-2.

¹¹³ Eran los condes de Niebla, Ledesma y Castañeda. CAL, 134. CJII-CODOIN, 292.

¹¹⁴ CH, 463-4, CJII-BAE, 628; CH, 168.

¹¹⁵ Los líderes del bando enriqueño fueron: Pedro de Velasco –hijo del conde de Haro–, Diego Hurtado de Mendoza –marqués de Santillana–, Beltrán de la Cueva, duque de Alburquerque y Juan Fernández Galindo, capitán de las guardas del rey.

¹¹⁶ CEIV-EC, 276; MDH, 126; GH, 422-3.

cuando aquellos cargos no eran hereditarios¹¹⁷. Ambos aspectos debían estar debidamente equilibrados, de lo contrario se podían generar distorsiones en el sistema, como ejemplifica el nombramiento de Miguel Lucas de Iranzo como condestable en 1458. La experiencia se vuelve un requisito más relevante en el caso de los mandos independientes, como son las capitanías de frontera. Aunque la extracción social de los capitanes era aristocrática, las fuentes narrativas castellanas parecen sugerir que la experiencia y la veteranía eran tenidas en cuenta a la hora de designar al titular de las capitanías fronterizas. Si se acude a las Partidas, se comprobará que estas ya señalaban que un caudillo debía ser elegido por su linaje, poderío o sabiduría. Sin embargo, las dos primeras no valían de nada si se desconocían las vicisitudes del ejercicio del mando¹¹⁸. El sistema contaba, por tanto, con sus propios mecanismos correctores para depurar a los nobles poco capaces y valerse de aquellos especialmente hábiles. De ahí la duración variable del servicio y el hecho de que de los seis nobles que sirvieron en la guerra contra Navarra y Aragón, cinco repitieron en el siguiente conflicto.

2.2.3. La práctica del liderazgo

El liderazgo de los ejércitos cuatrocentistas castellanos, al igual que el del resto de huestes medievales y al contrario que en las fuerzas armadas modernas, no iba acompañado de una autoridad incuestionable¹¹⁹. El ejercicio del mando estaba sometido a una dinámica y a unas tensiones propias, derivadas en buena medida de los mecanismos sociales de reclutamiento y organización. Esta fragilidad inherente a la cadena de mando podía dar lugar a situaciones en las que individuos de un mismo espectro social pudieran negarse a obedecer las órdenes o instrucciones de alguien jerárquicamente superior, pero con un estatus social inferior.

Posiblemente, el ejemplo más evidente sea el de Miguel Lucas de Iranzo, condestable del reino. Los *Hechos del Condestable Iranzo* inciden en varias ocasiones en el poco amor que ‘el conde de Ledesma y los otros priuados del rey’ le tenían. En 1464, el

¹¹⁷ En espacios tan lejanos como Bizancio, el mando militar también no era otorgado en función del valor o la habilidad, sino que se accedía al liderazgo en base a criterios sociales. Kyrialkis, *Warfare in Late Byzantium*, 60.

¹¹⁸ Sánchez-Arcilla, *Las Siete Partidas*, Segunda Partida, Título XXIII, Leyes V-VI.

¹¹⁹ Lawrence W. Marvin afirma que la razón era que los subordinados seguían a sus comandantes únicamente debido a los lazos personales y a la reputación, nunca por deber. Marvin, ‘Medieval and Modern C²’, 171.

conde de Ledesma y futuro duque de Alburquerque, Beltrán de la Cueva, quiso comprobar que las batallas del condestable estuvieran bien ordenadas. Ese mismo año, sumó una nueva afrenta pues intentó arrebatarse la posición de vanguardia a Iranzo - dignidad inherente a la condestabla- en el ejército real que escaramuzó con los granadinos en la Vega de Granada¹²⁰. Incluso sin necesidad de que un completo advenedizo de origen campesino fuera quien ejerciera la posición de mando, podían darse este tipo de indisciplinas. Tras la toma de la villa navarra de Laguardia, en 1430, Diego de Zúñiga solicitó auxilio al obispo de Calahorra, también un Zúñiga que, a su vez, avisó al entonces capitán de ese sector de la frontera, Pedro de Velasco. Velasco montó en cólera al ser informado, pues no se debían llevar a cabo acciones bélicas sin su consentimiento. Tal fue la ira que no quiso enviar gente a reforzar a los que estaban en Laguardia, aunque finalmente cedió ante la insistencia de los mensajeros solicitando socorro. Llegados Velasco y el obispo a la villa, el prelado, en un audaz golpe de mano, se hizo cargo de la situación, impidiendo al capitán de la frontera la entrada en Laguardia, alegando no estar bajo su capitanía¹²¹. Ambos casos ilustran un problema de autoridad, jurisdicción y disciplina, una cuestión endémica con la que tuvieron que lidiar los comandantes castellanos del siglo XV. Un comandante medieval tenía que ser un maestro de la persuasión¹²².

El mando supremo del ejército también requería de capacidad negociadora, en la medida en que ni las decisiones estratégicas ni las tácticas emanaban únicamente del monarca, sino de las resoluciones adoptadas por el Consejo del Rey. Ante la negativa de Fernando de Antequera de abandonar el asedio de Setenil en 1407, la aristocracia allí presente no dudó en recordarle que no solo debía dejarse asesorar por ellos, sino también ‘estar por el consejo de los que más acuerdan’. Esto podía dar lugar a ciertas situaciones comprometidas para el comandante en jefe, especialmente si este no era el propio soberano. En esa misma campaña de 1407, el regente había tenido que claudicar ante esos mismos nobles, que durante la planificación estratégica le instaron a sitiar Setenil en vez de Ronda. El cronista esgrime dos razones por las que el de Antequera se vio obligado a ceder: ‘porque si algún yerro se fiziese, por consejo de todos, que no se contase a él’ y porque ‘ellos avían

¹²⁰ HCMLI, 192-7

¹²¹ El propio Pedro de Velasco había tardado en acudir a su capitanía, por lo que su suegro Pedro Manrique, adelantado mayor de Castilla, tuvo que cubrir el puesto hasta la llegada de Velasco. CJII-CODOIN, 127, 184.

¹²² FRANCE, *Western warfare*, 149.

visto más de guerra que él, e avían maior hedad'¹²³. Con el paso del tiempo, Fernando el Católico también acabó comprendiendo la utilidad de valerse de los consejos de guerreros experimentados. Así, en 1482 ignoró el consejo del marqués de Cádiz de no cercar Loja, lo que resultó un rotundo fracaso castellano. De nuevo en 1483, el maestre de Santiago no siguió las advertencias de este veterano de la frontera de Granada y dirigió una cabalgada al montañoso corazón de Málaga, también con desastrosas consecuencias. A partir de 1484, sin embargo, la voz de Rodrigo Ponce de León, líder de eficacia probada, fue tomando más peso en la elaboración de los planes de campaña¹²⁴.

Confiar en el juicio de los más expertos debió de ser una práctica común. Diego de Valera escribió que, en las cuestiones bélicas, el rey debía valerse del consejo de caballeros experimentados sin menospreciar a los adalides y a los que conocen la tierra, afirmación similar al consejo que Guillaume de Machaut le dio a Carlos II de Navarra¹²⁵. El veterano *routier* Rodrigo de Villandrado participó en el consejo real de Juan II, ‘especialmente de aquellas cosas que concernían a la guerra que por estonçes avía en sus reinos’¹²⁶. Por otro lado, Alonso de Palencia señala, exageradamente, que al pasarse Pedro de Velasco, primogénito del conde de Haro, al bando Enrique VIII durante la guerra civil de 1465-67, fue aceptado en los consejos reales, ‘a pesar de no haber acaudillado tropas a ninguna expedición guerrera’¹²⁷. Resulta difícil creer que la experiencia fuera un requisito para participar en los consejos, especialmente si se tiene en cuenta que en los celebrados en diferentes reinados y fechas tan dispares como en 1429 y 1482 estuvieron presentes varias

¹²³ En este caso, no se puede evitar pensar en un intento eximir al de Antequera de la derrota que les deparó el asedio a la villa gaditana. Un rasgo muy presente en las fuentes cronísticas. De hecho, avanzada la narración el de Antequera no duda en echar en cara a los nobles haberle forzado a atacar Setenil en vez de Ronda. CJII-G, 234-5, 269.

¹²⁴ CEIV-AP, III, 95, 100, 121, 141; CRC-DV, 147-8, 162, 182-3. 199-200, MRC, 125, 155; HHMC, 209-10, 217, 237, 248. A la hora de justificar una derrota, ignorar los consejos de los entendidos se presenta como un recurso frecuente en la cronística. Taylor, *Chivalry and the ideals*, 242.

¹²⁵ Balenchana, *Epístolas y otros tratados*, 67; CRC-DV, 147-8. Taylor, *Chivalry and the ideals*, 243-4. La serie de cartas enviadas por Valera evocan al cuaderno escrito por Juan Mathe de Luna a Sancho IV y María de Molina en 1294, en el que proponía un plan de acción para la toma de Algeciras. García-Fitz, ‘la didáctica militar’, 272.

¹²⁶ Pulgar, *Claros varones de Castilla*, 134.

¹²⁷ GH, II, 418.

personas con poca o ninguna relación con la guerra como procuradores de las ciudades y villas, contadores mayores y ‘otros muchos cavalleros e doctores’¹²⁸.

Pero más allá de la estrategia decidida en el Consejo del Rey, tal vez sea en el plano táctico donde se muestre de forma más evidente la necesidad de un liderazgo firme. En el campo de batalla, al comandante se le presentaba la elección de dirigir desde la retaguardia o combatir en primera línea. Ambas opciones acarreaban ventajas y desventajas. Una posición atrasada ofrecía una vista del campo de batalla y mayores facilidades de dirigir una reserva al lugar adecuado en el momento oportuno. Las crónicas portuguesas, en contraste con las castellanas, indican que Fernando el Católico era un ‘práctico guerrero’ porque durante la batalla de Toro no comandó su batalla en persona y se alejó para ver cómo se desarrollaba la refriega¹²⁹. Igualmente, el Adelantado Diego Gómez de Ribera fue un líder que prefirió comandar desde la zaga. Tanto en la célebre doble celada que preparó en las cercanías de Colomera, en 1430, como en la batalla que lo enfrentó con los musulmanes en la Vega de Granada en apoyo a la facción granadina favorecida por Juan II, en 1432, Ribera comandó la reserva táctica¹³⁰.

Aun así, es sabido que, tanto en época Antigua como Medieval, no había mucho que un líder pudiera hacer una vez iniciada la melé, salvo intervenir con la reserva¹³¹. Por ello los comandantes en jefe procuraban organizar sus tropas correctamente y establecer su cometido antes del enfrentamiento. En la batalla de La Albuera del año 1479, el maestre de Santiago, Alonso de Cárdenas, a la vista de los portugueses, ‘ordenó su gente de la forma que avia de yr e avisoles de lo que avian de facer’¹³². Del mismo modo, en los momentos previos a la batalla de la Higuera, en 1431, Álvaro de Luna informó a las demás *batallas* que ‘quando él moviesse fiziesen aquello mismo’, para atacar todos de forma coordinada y conjunta. A continuación, arengó a sus tropas, las posicionó correctamente e iba ‘avisando a cada uno en la guisa que avía de fazer’¹³³. En el cuerpo a cuerpo, las trompetas y los

¹²⁸ CJII-CODOIN, 44-7; CRC-DV, 148. En algunas republicas italianas eran común elegir comités especiales con poderes extraordinarios, para que discutieran cuestiones estratégicas con los comandantes militares. Caferro, *John Hawkwood*, 86.

¹²⁹ Pina, *Crónica*, 846.

¹³⁰ CH, 71-3; CJII-CODOIN, 364-6.

¹³¹ Marvin, ‘Medieval and Modern C²’, 176; Rogers, *Soldiers’ lives*, 186-8.

¹³² Orozco, Parra, [*Primera*] *Historia de la Orden*, 406.

¹³³ CAL, 134-7; CJII-CODOIN, 297.

estandartes eran la única guía que los hombres tenían. Las cornetas podían tocar a avance y retirada, siendo especialmente relevantes al inicio de la batalla con el fin de organizar una acción conjunta¹³⁴. Aun así, los símbolos visuales tenían especial relevancia pues, a pesar de que en el fragor de la batalla un caballero no vería más allá del enemigo, la visión vertical podía ser salvada por el estandarte. Se avanzaba cuando la enseña lo hacía y se retrocedía de la misma forma, pues siempre que esta se mantuviera en pie significaba que la batalla no estaba perdida¹³⁵. Por ello, la forma más rápida y eficaz de concluir una batalla era derribando o apresando la divisa enemiga, como ocurrió en Jersey en el año 1406, en los dos enfrentamientos de Olmedo de 1445 y de 1467 o en Toro en el año 1476¹³⁶.

La segunda forma de dirigir un ejército en batalla era en primera línea¹³⁷. Las *Siete Partidas* de Alfonso X señalan que los caudillos debían ser ‘esforzados para cometer las cosas peligrosas, e acostumbrados de hechos de armas’¹³⁸. Las crónicas lo corroboran: un comandante tenía que ser también un guerrero. De Rodrigo Manrique y Alonso de Monroy se decía que siempre eran los primeros en atacar al enemigo, así todos les seguirían y se volverían más osados¹³⁹. El belicoso arzobispo de Toledo, Alfonso Carrillo de Acuña, también dirigía sus huestes, al igual que Íñigo López de Mendoza, ‘no como capitán, más como compañero’¹⁴⁰. La debilidad de las estructuras de mando, derivadas de los mecanismos de reclutamiento, provocaba problemas de autoridad como los mencionados al inicio del apartado. John France señaló que una parte vital del ‘arsenal de persuasión’ de un comandante era la valentía personal¹⁴¹. Así, si un líder pretendía ser escuchado y seguido

¹³⁴ Los ejemplos de su uso son numerosos, y están documentados para las batallas de La Higuera, Toro, La Albuera, entre otras. CAL, 132-40; CRC-FP, I: 207-15; Orozco, Parra, [*Primera*] *Historia de la Orden*, 406; Díaz de Games, *El Victorial*, 380 y 442. Robert Jones defiende el valor de las señales acústicas incluso en el fragor de la batalla. Sostiene que los símbolos podían volverse ilegibles, con lo que el mando y control debía ejercerse mediante el uso de trompetas. Jones, *Bloodied banners*, 69-83.

¹³⁵ ‘Bien saben los guerreros que todos miran a la bandera, tan bien los enemigos como los amigos; e si la veen retraer estando en la pelea, pierden los suyos el esfuerço, e cóbranlo los contrarios; e si la veen estar firme, o yr adelante, eso mesmo [...] Ca la bandera es como la facha en la sala, que alunbra a todos; e si se amata por alguna ocasión, todos quedan lóbregos e sin vista, [*sc.*] vencidos’. Díaz de Games, *El Victorial*, 380-1.

¹³⁶ Díaz de Games, *El Victorial*, 445-6; CAL, 170-1; CEIV-EC, 278-9; MDH, 129, CRC-DV, 70-1; CRC-FP, I, 213-4; CEIV-AP, II, 271.

¹³⁷ Los asedios también son contextos propicios para que los cronistas ensalcen el liderazgo inspiracional de reyes y nobles. VHMAAM, 123; CI, 105-6; GG, 224, CRC-FP, II, 221.

¹³⁸ Sánchez-Arcilla, *Las Siete Partidas*, 2004, Segunda Partida, Título XXIII, ley V.

¹³⁹ Pulgar, *Claros varones de Castilla*, 154; VHMAAM, 59.

¹⁴⁰ Guillén de Segovia, *La gaya ciencia*, 42; Pulgar, *Claros varones de Castilla*, 107.

¹⁴¹ France, *Western warfare*, 139-49.

tenía que predicar con el ejemplo, aplicando lo que John Keegan denominó ‘liderazgo heroico’¹⁴².

No se puede obviar el hecho, empero, de que combatir en primera línea podía acarrear peligros evidentes. Rodrigo Ponce de León fue herido en su bautismo de fuego en el Madroño en 1462 y, cinco años más tarde, el arzobispo de Toledo, Alonso Carrillo, fue herido en el muslo en la segunda batalla de Olmedo¹⁴³. El poeta Jorge Manrique tuvo peor suerte, pues murió en una escaramuza cerca del castillo de Garcimuñoz en 1479¹⁴⁴. A pesar de que la tecnología del armamento defensivo había alcanzado su clímax con el arnés blanco del siglo XV, las heridas aún eran posibles y, aunque por sí mismas podían ser relativamente insignificantes, podían llegar a infectarse y volverse mortales¹⁴⁵. Así le ocurrió al Infante Enrique, líder del partido de los Infantes de Aragón y comandante de la vanguardia que se enfrentó a Álvaro de Luna durante la primera batalla de Olmedo en 1445. Una herida que tenía en la mano le provocó la muerte tras varios días de agonía¹⁴⁶. Por ello, combatir en primera línea podía tener unas consecuencias desastrosas si el comandante moría o era apresado, especialmente si se trataba del rey¹⁴⁷.

Tras la derrota y captura de Juan II en Poitiers en 1356, los escritores y cronistas franceses dejaron de valorar que un rey combatiera, como tradicionalmente se había hecho, pasando a tener en consideración otras cuestiones como la preparación y la estrategia¹⁴⁸. En Castilla, sin embargo, imperaba una dualidad en la que se querían evitar riesgos, pero aún se apreciaba el liderazgo inspiracional. Durante las fases previas del asedio de Vélez-Málaga en 1487, Fernando el Católico se lanzó personalmente a recuperar un cerro que los musulmanes habían tomado. A pesar de que la acción fue un éxito, Pulgar menciona que los nobles presentes amonestaron al rey, recordándole que muchas ‘huestes fueron perdidas por la cayda de su rey’. El monarca respondió que había visto a sus hombres sufrir el empuje

¹⁴² Keegan, *La máscara del mando*, 80-119.

¹⁴³ HHMC, 165; CEIV-EC, 278; MDH, 128.

¹⁴⁴ CRC-FP, I, 358.

¹⁴⁵ Véase DeVries, Tracy, *Wounds and Wound Repair*.

¹⁴⁶ CJII-BAE, 629; GH, 25.

¹⁴⁷ Morillo, ‘Expecting Cowardice’, 71. El caso más conocido del Cuatrocientos tal vez sea el de Ricardo III de Inglaterra. Cuando murió en la batalla de Bosworth (1485), todo su ejército se rindió ante el futuro Enrique VII. Goodman, *The Wars of the Roses*, 192.

¹⁴⁸ Su sucesor, Carlos V, tomó buena nota de ello y jamás pisó un campo de batalla, lo que le valió que Christine de Pizan alabara su prudencia y valentía como líder militar. Taylor, *Chivalry and the ideals*, 46-50.

granadino y ‘como buen capitán los socorría’. Dos años más tarde, el mismo cronista señalaba la importancia de que el rey Católico combatiera en una escaramuza durante el asedio de Baza, porque ‘la presencia del príncipe mucho haze en las batallas, asy para poner ánimo a los suyos, como para que el esforçado no quede sin ser galardonado, e el flaco no quede syn ser conoçido’¹⁴⁹.

Ser un compañero de armas, además de un líder, podía volverse imperativo en conflictos internos, como señaló Christine de Pizan¹⁵⁰. En este tipo de contiendas había más que demostrar que en otro tipo de enfrentamientos. En una sociedad como la medieval, en la que el honor era parte esencial de la idiosincrasia de los *bellatores*, el liderazgo heroico se volvía indispensable¹⁵¹. Las fuentes narrativas castellanas, en oposición a las portuguesas, presentan a Fernando el Católico en la batalla de Toro, en 1476, cabalgando entre sus tropas, esforzándolas, reforzando los puntos críticos y, por supuesto, combatiendo cuando era necesario¹⁵². Álvaro de Luna también conocía la importancia de liderar con el ejemplo. Además, tenía mucho que perder, pues siempre se jugó su propia posición como favorito del rey, por lo que se esforzó al máximo en todas las empresas militares en las que se vio envuelto. En la batalla de Olmedo del año 1445, a pesar de tener cincuenta y cinco años, dirigió la vanguardia de Juan II de Castilla, lo que le valió una herida de lanza en el muslo¹⁵³.

En conclusión, desde la toma de decisiones estratégicas en los consejos hasta su aplicación táctica en el campo de batalla, los líderes de la Castilla Cuatrocentista estaban limitados por los mecanismos sociales imperantes en la esfera militar. Aun así, los comandantes eran capaces de salvar las trabas inherentes a su oficio, confiando en el consejo de los veteranos y experimentados. Del mismo modo, las limitaciones tecnológicas y organizativas del periodo forzaron un liderazgo heroico que ponía en el centro del peligro

¹⁴⁹ CRC-FP, II, 266-7, 407.

¹⁵⁰ Pizan, *The Book of Deeds*, 21-3.

¹⁵¹ Rogers sostiene que liderar desde el frente era la forma que tenían los comandantes medievales para ser respetados. Rogers, *Soldiers' lives* 186-8. Morillo incide en el aspecto psicológico, apuntando a un intento de mitigar la cobardía: los líderes combatían en primera línea para transmitir valentía. Morillo, ‘Expecting Cowardice’, 68, nota 10.

¹⁵² CRC-FP, I, 213; CRC-DV, 71.

¹⁵³ También había combatido en primera línea, dirigiendo la *delantera*, en su otra gran batalla: La Higuera, en 1431. CAL, 137, 171.

a los comandantes. Solo así podía convertirse un ejército feudal en una máquina bélica perfectamente funcional.

3. Estrategia

Basil Liddell Hart creía que la estrategia era ‘el arte de distribuir los medios militares para realizar los fines de la política’, mientras que Antoine-Henri Jomini la definía como ‘hacer la guerra en el mapa’¹. Carl von Clausewitz, por su parte, ofreció una definición más restringida, afirmando que la estrategia es ‘el empleo del combate para lograr el propósito de la guerra’². Estos tres ejemplos no son más que una muestra de un debate más generalizado que ha ocupado a autores desde el siglo XIX hasta la actualidad³. En definitiva, es difícil explicar correctamente qué es la estrategia. Con todo, para el propósito de este trabajo seguiré a García Fitz y tomaré como estratégicas ‘las operaciones desarrolladas fuera del alcance del enemigo’⁴. El presente capítulo lidiará, por tanto, con la planificación y conducción de las guerras y campañas en la Castilla del siglo XV. La pregunta de si en la Edad Media hubo estrategia militar o algo que se le asemejara se ha vuelto obsoleta. Atrás quedan los tiempos en los que la producción historiográfica despreciaba sistemáticamente la existencia de un ‘arte de la guerra’ medieval. Los avances de las últimas décadas han demostrado que, antes de entablar contacto con el enemigo, los comandantes medievales planeaban cuidadosamente las operaciones a realizar, atendiendo a diversos factores, como podían ser los políticos, económicos o tácticos⁵. Como afirmaba Gonzalo Chacón en una digresión de la narración de la *Crónica de Álvaro de Luna*: ‘comúnmente se suele dezir que los fechos de la guerra más consisten en discreción, para los saber regir e administrar, que en ronper lanças’⁶.

No obstante, analizar las cuestiones de índole estratégico no es tarea fácil. Michael Prestwich no erraba al indicar que es raro encontrar discusiones sobre la materia en las fuentes, por lo que el historiador que pretende abordar la cuestión se ve en la necesidad de analizar el curso de los acontecimientos con el fin de intentar discernir cual fue la estrategia

¹ Liddell Hart, *La estrategia de aproximación indirecta*, 203; Clausewitz, *De la Guerra*, III, 1, 303; Echevarría, *Military strategy*, 2; García Fitz, ‘¿Hubo estrategia en la Edad Media?’, 843.

² Clausewitz, *De la Guerra*, III, 1, 303.

³ Almirante, *Diccionario militar*, 427-41; Echevarría, *Military strategy*, 2-3.

⁴ Las tácticas, serían las operaciones realizadas dentro del alcance del enemigo. García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 29-30.

⁵ Véase apartado 1.1.2.

⁶ Continuaba diciendo que los romanos, a pesar de haber sido vencidos en algunas batallas, consiguieron imponerse en sus guerras. CAL, 237-42.

aplicada⁷. Con todo, en ocasiones las fuentes narrativas son lo suficientemente descriptivas como para ofrecer información adicional sobre la estrategia empleada. Tal es el caso de las discusiones estratégicas acaecidas en los consejos reales. Este tipo de reuniones aparecen en las fuentes castellanas con relativa frecuencia y principalmente se presentan como mecanismo de elección de objetivos operacionales antes de acometer una invasión del territorio enemigo. Su utilización, empero, ha de hacerse con cautela, pues es posible que este tipo narraciones se encuentren condicionadas por el desarrollo de los hechos posteriores y el desenlace de los acontecimientos⁸.

La intensidad de los conflictos, así como la cantidad de recursos –humanos y económicos- destinados a las actividades guerreras variaron a lo largo de todo el periodo tratado, casi siempre en consonancia con los fines perseguidos y el tipo de enemigo. Así, se pueden distinguir tres líneas de acción: la estrategia de desgaste, la de expugnación o conquista y la puramente enfocada a la búsqueda de batalla.

3.1. Aproximación indirecta, guerra de desgaste y estrategias de expansión

Verbruggen afirmaba en un sentido clausewitziano que las guerras medievales eran confrontaciones de objetivos limitados⁹. Estos fines podían ser ‘tangibles’ o más abstractos, como se verá en el siguiente apartado, y la aplicación estratégica variaba en función del propósito. El presente apartado tratará las estrategias bélicas de aproximación indirecta, desgaste y expansión, una praxis bélica reservada a aquellos conflictos que buscaban subyugar a un reino extranjero. En este sentido, convendría tener en cuenta que las únicas guerras puramente exteriores libradas por Castilla en el siglo XV fueron las de Granada ya que la realidad peninsular estaba interconectada políticamente desde el siglo XII, con lo que era habitual contemplar injerencias ‘extranjera’ en los conflictos internos castellanos y

⁷ Prestwich, *Armies and warfare*, 187.

⁸ Por tanto, el autor de la crónica podía manipular la narración a fin de enaltecer la figura del monarca o de su patrón, justificando derrotas u otorgándoles el crédito por las victorias. En este sentido, el ejemplo más destacado tal vez sea el mencionado en el capítulo previo de la negativa de Fernando de Trastámara a marchar sobre Setenil en 1407, plaza que no pudo ser tomada. Lo cierto es que no hay forma de saber si la descripción cronística de esas reuniones es real o pura ficción. Sin embargo, en el supuesto de que lo mencionado en el consejo fuera producto de la imaginación del cronista, los postulados que la pluma del autor colocaba en boca de los participantes podrían estar mostrando, indirectamente, el pensamiento estratégico de la época.

⁹ Verbruggen, *The Art of Warfare*, 348.

viceversa. Por ello, no es aventurado afirmar que hablar de guerras exteriores en la Castilla del Cuatrocientos es hablar, esencialmente, de las guerras granadinas, el secular conflicto en el que me centraré en el presente apartado.

Es evidente que existió una ‘gran estrategia’ castellana que buscaba la erradicación de la presencia musulmana en la península ibérica, expandiendo el reino a su costa¹⁰. Esta idea, conocida desde el siglo XIX como la ‘Reconquista’, no fue un esfuerzo continuo ni contante, pues fue adaptándose a las diversas circunstancias y medios disponibles¹¹. Así, durante los siglos centrales de la Edad Media (XI-XIII), los gobernantes castellanoleoneses consiguieron enormes avances territoriales a costa de los poderes musulmanes peninsulares. Mediante las cabalgadas, los líderes militares cristianos erosionaban las bases económicas de los adversarios, logrando así debilitarlos para después someterlos a una serie de operaciones de expugnación, siempre precedidas por el aislamiento político y militar de los núcleos a asediar. Todo ello evitando conscientemente toda confrontación directa, en consonancia con los principios vegecianos recogidos en el paradigma Smail-Gillingham¹². Esto es la aplicación medieval de lo que Liddell Hart llamó ‘estrategia de aproximación indirecta’¹³.

En la Baja Edad Media, ya desde las campañas de Alfonso XI en la primera mitad del siglo XIV, la Corona de Castilla gozaba de una enorme ventaja sobre el reino nazarí, tanto en términos puramente militares como demográficos y económicos. Sin embargo, con la muerte del Onceno y la conclusión de la Batalla del Estrecho la llamada ‘Reconquista’ sufrió un prolongado estancamiento. No fue hasta el inicio del reinado de Juan II en 1407, cuando las guerras granadinas volvieron a retomarse, aunque de forma un tanto discontinua, hasta su definitiva conquista el 2 de enero de 1492.

La supervivencia granadina durante un siglo y medio ha sido interpretada en muchas claves. Generalmente, se defiende que la accidentada orografía del reino nazarí dificultaba las operaciones militares, mientras que la habilidad diplomática de sus dirigentes contuvo eficazmente las ofensivas castellanas. Sin embargo, si hay un factor que explique la

¹⁰ García Fitz, *La guerra contra el Islam, passim*.

¹¹ Ríos, ‘La Reconquista’, 191-216.

¹² Véase el capítulo 4.1.

¹³ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam, passim*.

pervivencia de Granada es, sin lugar a dudas, la endémica inestabilidad interior en Catilla, especialmente acusada a lo largo del siglo XV¹⁴. Por otro lado, tampoco resulta fácil establecer el momento en el que la monarquía castellana decidió acabar con la existencia del reino nazarí. Según el cronista Pedro López de Ayala, Enrique II ya contemplaba, tan pronto como en 1379, la posibilidad de subyugar Granada mediante ataques ininterrumpidos y la aplicación de una estrategia de aproximación indirecta¹⁵. Teniendo en cuenta que el monarca castellano falleció ese mismo año, no se puede saber si la intención era real o un deseo que nació de la imaginación del cronista para magnificar la figura de Enrique II.

Sea como fuere, algunos autores han afirmado que desde principios del Cuatrocientos, durante el reinado de Juan II, las guerras que enfrentaron a Castilla y Granada ‘tuvieron ya como propósito último la conquista del emirato’¹⁶. Sin embargo, las estrategias militares aplicadas en los enfrentamientos bélicos contra el enemigo musulmán no dan la impresión de reflejar un deseo de conquista. Las campañas emprendidas por Fernando de Antequera (1407-1410), Álvaro de Luna (1430-39) y Enrique IV (1455-58) destacan por su discontinuidad y su carácter propagandístico¹⁷. En definitiva, más allá de la retórica cronística no hay indicios que lleven a pensar en un plan estratégico cuyo fin último fuera la conquista del emirato nazarí en aquellas décadas. Tras la muerte del Onceno en 1350, la política exterior castellana con respecto a los musulmanes granadinos basculó entre breves periodos de guerra abierta y largas temporadas de paz armada, en los que se ahondaba en las diferencias granadinas, avivando el fuego de la guerra civil entre los musulmanes, mientras las constantes correrías fronterizas ejercían una presión permanente. Asimismo, las treguas iban a menudo acompañadas por el pago de cuantiosas parias que a

¹⁴ Arias, ‘Castile-Leon II. Late Middle Ages’, 121; Ladero, *Las guerras de Granada en el siglo XV*, 23; Rojas, ‘Estrategia y guerra de posición’, 686.

¹⁵ Arias, ‘Castile-Leon II. Late Middle Ages’, 103.

¹⁶ Ladero, *Las guerras de Granada en el siglo XV*, 21-3; Arias, ‘Castile-Leon II. Late Middle Ages’, 103.

¹⁷ Con Fernando de Antequera se inauguró una etapa en la que realizar campañas contra los musulmanes ofrecía grandes dosis de prestigio con un coste relativamente bajo, algo particularmente valorado en el contexto de inestabilidad interna de Castilla. Ladero, *Granada. Historia de un país*, 133. No hay que olvidar que la guerra contra el Islam era uno de los elementos principales en la configuración del poder regio castellano. Asimismo, era un elemento que podía encauzar las discordias internas hacia el exterior. Arias, ‘Algún fecho señalado’, 42-6.

la larga drenaban los recursos del emirato nazarí, desestabilizando su economía y minando la estabilidad política, lo que respondía a una gran estrategia a largo plazo¹⁸.

Ahora bien, si se tienen en cuenta que los procedimientos bélicos tenían que ir en consonancia con los objetivos perseguidos, cabría preguntarse cuáles fueron las estrategias militares que los comandantes castellanos aplicaron en su lucha contra los granadinos. Antes de lidiar con ello convendría apuntar algunas ideas con respecto a la operatividad bélica granadina durante el periodo estudiado. La patente debilidad nazarí quedaba reflejada en su capacidad militar. A pesar de haber realizado una demostración de fuerza ciertamente notable en 1407 y 1410, llegando incluso a sitiar una importante urbe fronteriza como era Jaén y atreviéndose a enviar un ejército de socorro para levantar el cerco al que se veía sometida la villa de Antequera en 1410, las guerras civiles y la inestabilidad interna que azotaron al-Ándalus a partir de 1419 limitaron la capacidad bélica granadina de forma notable¹⁹. A partir de ese momento, las acciones ofensivas emprendidas por el emirato quedarían reducidas a intentos de conquista o recuperación de posiciones fronterizas menores y a cabalgadas e incursiones de escasa penetración con poca o ninguna repercusión más allá del ámbito local. De hecho, ninguna de estas operaciones supondría una amenaza real para las comarcas fronterizas²⁰.

Cuando tocaba defenderse de ataques castellanos, la estrategia granadina pasaba por dejar el campo al enemigo, recogiendo en sus fortalezas todo cuanto pudieran y dejando hacer a unos ejércitos castellanos que, por lo general, no se detenían a asediar ninguna de las plazas fuertes²¹. Es decir, aplicaban lo que Claude Gaier denominó el ‘reflejo obsidional’, una práctica ampliamente extendida geográficamente y cronológicamente en toda la Edad Media europea²². En ese sentido Palencia afirma que, durante las campañas enriqueñas, los granadinos ‘habían decidido presidir sus villas, todas muy fuertes por naturaleza, y combatir desde sus murallas con salidas y escaramuzas hasta conseguir

¹⁸ Torres, ‘La regencia de don Fernando el de Antequera’, 141-3; Rojas, ‘Estrategia y guerra de posición’, 686; Pérez, ‘Las treguas y las suspensiones’, 671-682. La reciente obra de García Fitz ofrece un excelente análisis del devenir de los acontecimientos bélicos en la confrontación entre Castilla y León y los poderes musulmanes peninsulares. García Fitz, *La guerra contra el Islam*, capítulo 3.

¹⁹ CJII-G, 250-1, 264-7, 389-97; Ladero, *Las guerras de Granada en el siglo XV*, 29-32.

²⁰ Rojas, ‘Estrategia y guerra de posición’, 675.

²¹ Esta tendencia ya ha sido observada antes en Rojas, Pérez, García Fitz, ‘Operatividad castral granadina’, 284-7.

²² Gaier, *Art et organisation militaires*, 71, 204-5, 216; García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 167, 407.

oportunidad de coger al enemigo desprevenido'²³. Precisamente una de las principales características del 'reflejo obsidional' era negar el enfrentamiento directo con el enemigo, evitar la batalla²⁴. De hecho, el cronista Fernando del Pulgar llegó a afirmar que los reyes de Granada accedían al cargo realizando un 'juramento en su ley, muy solepne, de no pelear en batalla canpal con los reyes de Castilla'²⁵. Tal vez por ello, cuando un ejército castellano penetraba en el territorio nazarí, los musulmanes se limitaban a tomar pasos y puertos de montaña para encerrar a las fuerzas invasoras²⁶.

Durante las campañas enriqueñas y la Guerra de Granada, cuando los contingentes cristianos eran nutridos, los nazaríes se limitaban a hostigar su retaguardia valiéndose del terreno accidentado, atacando a grupos dispersos e intentando cortar las rutas de suministros. A pesar de que los ejemplos son numerosos, el caso más significativo es el del llamado 'Desastre de la Axarquía', en 1483²⁷. Con todo, los poderes musulmanes podían recurrir a los combates a campo abierto para interceptar cabalgadas castellanas de dimensiones contenidas o incluso responder a las talas cristianas especialmente metódicas ofreciendo o amenazando con batalla campal en las condiciones que ellos mismos imponían. Así se podía interpretar el despliegue del ejército granadino a las afueras de la capital granadina en los eventos que llevaron a la batalla de la Higuera en 1431²⁸. Es posible que la inestabilidad política del emirato pudiera forzar a los monarcas granadinos a buscar victorias propagandísticas o responder a las agresiones cristianas, no solo mediante el empleo de incursiones, sino que excepcionalmente, también mediante batallas. Sin

²³ 'Decreuerant enim oppida sua, quae omnia sunt natura munitissima, firmare preaesidiis et pro menibus propugnare, dum non daretur occasio incautos inuadendi, obequitando leuiaque praelia conserendo'. GH, 109.

²⁴ Palencia menciona varias veces la idea de que, durante las campañas enriqueñas, los musulmanes sistemáticamente evitaron la batalla con los castellanos. GH, 111, 144.

²⁵ CRC-FP, II, 213-226.

²⁶ Los ejemplos de granadinos intentando tomar los puertos para encerrar a los cristianos son numerosos: CJII-G, 215-20, 162-3; CJII-CODOIN, 243-4, 364-66; CH, 197-8; RH, 174-5; HCMLI, 201-2; CRC-DV, 134-5; HHMC, 195-7, 234-6.

²⁷ CRC-FP, II, 61-9; CRC-DV, 161-5; MRC, 126-31; GG, 100-2; HHMC, 217-22; Quirós, *Fragmento de la época*, 13-4.

²⁸ CJII-CODOIN, 286-91; CAL, 128-31.

necesariamente contradecir la anterior afirmación de Pulgar, el cronista también escribió que los granadinos tenían ‘afición con aquel rey que mayor guerra faze a los cristianos’²⁹.

Analizando el lado castellano, hay que tener en cuenta que se diferencian dos tipos de estrategias militares aplicadas en función de los objetivos perseguidos. Como es lógico, hacia el final del siglo XV, cuando los Reyes Católicos tomaron la resolución de conquistar el reino nazarí, las plazas granadinas fueron sistemáticamente expugnadas como paso último de una estrategia de aproximación indirecta enfocada a la expansión territorial. Más allá de la Guerra de Granada los ‘grandes asedios’ únicamente se dieron en las campañas de Fernando de Antequera de principios de siglo³⁰. Durante la mayor parte de la centuria (1410-1481), las prácticas bélicas empleadas en el enfrentamiento contra el enemigo musulmán estuvieron más enfocadas hacia una guerra de desgaste de intensidad variable, jalonada con esporádicos intentos de búsqueda de batalla que respondían a objetivos más propagandísticos que puramente estratégicos. Estas guerras granadinas del siglo XV estuvieron caracterizadas por *razzias* y *celadas*, salpicadas por avances territoriales oportunistas y aleatorios que no seguían un plan metódico preestablecido³¹. Las conquistas realizadas eran fruto del tanteo constante de fortificaciones próximas a la raya, con el fin de establecer cuales podían ser susceptibles a ser tomadas mediante la sorpresa y el sigilo, para después ser empleadas de forma ofensiva contra sus antiguos propietarios³². La mayoría de las operaciones llevadas a cabo durante la fase bélica comprendida por los periodos de treguas y, especialmente, los de guerra abierta de 1430-39, 1455-58 y 1462, tomaron la forma de incursiones de diversa índole. Este método era el más adecuado para socavar las bases materiales y humanas del emirato y abarcaba desde cabalgadas destinadas a rapiñar, saquear y quemar la campiña andalusí hasta penetraciones sigilosas en territorio enemigo con el único objetivo de tender emboscadas³³.

En un conflicto de estas características era vital mantener una presión constante sobre el enemigo, para lo que se precisaba de una elevada frecuencia de acciones, si bien

²⁹ CRC-FP, II, 69-72. La cita es empleada para explicar la incursión realizada por Boabdil en marzo de 1483, animado por la derrota castellana en la Axarquía el mes anterior, y que concluiría en la batalla de Lucena y la captura del propio rey nazarí.

³⁰ Rojas, ‘Estrategia y guerra de posición’, 685.

³¹ Rojas, Pérez, García Fitz, ‘Operatividad castral granadina’, 285-6.

³² Rojas, ‘Estrategia y guerra de posición’, 678. Véase capítulo 5.1.2.

³³ Para todas las cuestiones referentes a los objetivos concretos y la praxis bélica de las incursiones y *raids*, me remito al capítulo correspondiente.

la intensidad del enfrentamiento no tenía por qué ser elevada. Al fin y al cabo, una guerra de desgaste puede ser de baja intensidad. Por ello no se requerían grandes despliegues de medios ni que un gran ejército de campo operara en el teatro bélico, pues la propia naturaleza de la estrategia permitía que fuera llevada a cabo por huestes reducidas. Así, los poderes castellanos podían dejar la iniciativa bélica en manos de los nobles y concejos fronterizos. Sin embargo, si se quería que una guerra basada en devastar el territorio enemigo fuera verdaderamente efectiva, era necesaria mucha preparación³⁴. Para ello, en épocas de guerra abierta los monarcas castellanos daban el salto cualitativo de establecer sectores fronterizos en los que se desplegarían las capitanías de frontera. Estas funcionaron también durante las campañas de Fernando de Antequera a principios de siglo, aunque cuando realmente brillaron fue en la guerra granadina de los años treinta³⁵.

La breve guerra contra Navarra y Aragón de 1429 y 1430 ya había visto el establecimiento de estas instituciones militares y puesto en práctica su efectividad en frentes amplios. Cuatro capitanes fueron establecidos para combatir a lo largo de la extensa frontera navarra y aragonesa: uno en Murcia, otro en Requena, el tercero en Ágreda y el último probablemente en Haro³⁶. Inmediatamente después de la finalización del conflicto, la guerra granadina estalló, aplicándose para ello la misma estrategia. Se desplegaron cuatro capitanías a lo largo de la frontera nazarí, formando un amplio semicírculo en torno a ella. Tras la batalla de la Higuera la frontera se reorganizó, dejando únicamente dos capitanías. Una en Écija y la otra en Jaén, frente a Málaga y Granada respectivamente, las dos ciudades más importantes y pulmones económicos del reino nazarí³⁷. Desde esos puntos, los capitanes lanzaban sus ataques.

³⁴ Prestwich, *Armies and warfare*, 202-3.

³⁵ CJII-G, 275-6, 304-8, 486-7.

³⁶ Las fuentes únicamente se refieren la frontera navarra desde Alfaro hasta Haro, sin mencionar la raya vasco-navarra. Teniendo en cuenta las referencias cronísticas a grupos de vascos realizando depredaciones liderados por los Parientes Mayores de la tierra, es de suponer que esa franja quedaría a su cargo.

³⁷ CJII-CODOIN, 113-5, 220-1, 311-3.

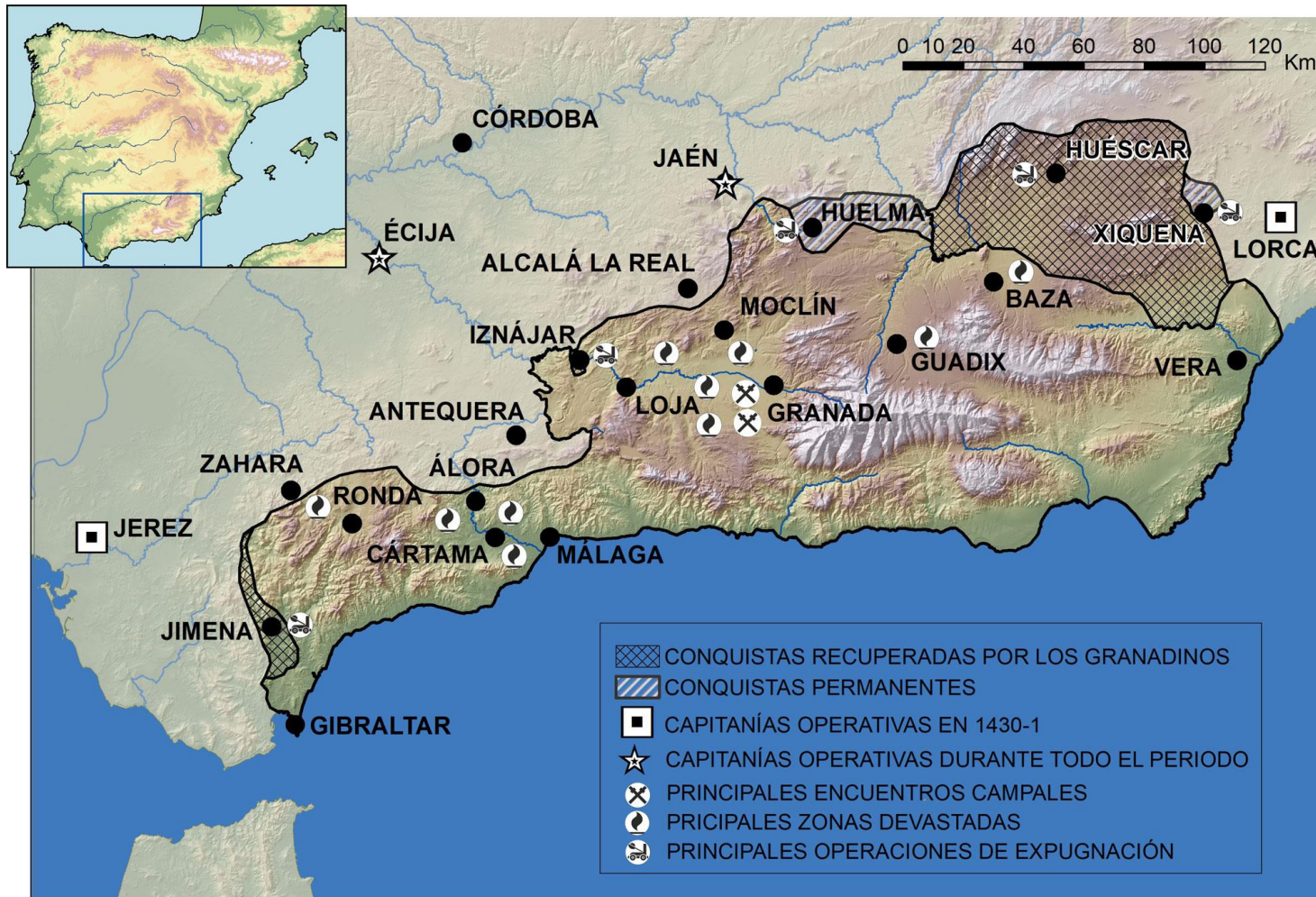


Mapa nº 1. Frontera castellana con Navarra y Aragón durante la guerra de 1429-30.

El establecimiento de las capitanías fronterizas permitía superponer un organismo militar ‘permanente’ a la violencia fronteriza ya existente, suponiendo un salto cualitativo en el progresivo desgaste del reino nazarí³⁸. La iniciativa de la acción bélica descansaba sobre los capitanes designados por la Corona que, a menudo, se organizaban para realizar penetraciones convergentes en el territorio enemigo. Sin embargo, las fuentes muestran que el rey, desde la corte, tenía capacidad para coordinar las acciones militares, si bien de forma muy limitada. Así, los capitanes solían recibir instrucciones básicas para realizar cabalgadas en determinados momentos del año o si se perseguía algún objetivo en concreto, como ocurrió anualmente entre 1432 y 1436.

³⁸ No se debe olvidar que los capitanes de frontera, además de tener potestad para llamar a las armas a los habitantes de los concejos bajo su capitanía, disponían de un número determinado de hombres, casi siempre en torno al medio millar de lanzas. Estas, acomodadas en la base asignada, probablemente constituirían el núcleo de las fuerzas operativas de cada capitán. Véase capítulo 2.2.

II. PLANEANDO LA ACCIÓN



Mapa nº 3. Desarrollo de la guerra contra Granada de 1430-9.

En ocasiones, las incursiones eran incentivadas simplemente porque el tiempo de la cosecha estaba próximo. En otras, se organizaban *raids* con fines punitivos o para aumentar la presión diplomática, como ocurrió en 1436³⁹. Las capitanías de frontera, por tanto, capitalizaban la acción bélica en los sectores que les habían sido asignados. Con todo, esto no impedía que la nobleza local o los concejos fronterizos emprendieran por su propia iniciativa operaciones militares de intensidad baja o media, golpeando blancos de oportunidad incluso sin contar con el beneplácito del capitán mayor, como ocurrió en el mencionado caso de la villa navarra de Laguardia en 1430⁴⁰.

Sea como fuere, en momentos puntuales la guerra de desgaste podía alcanzar cotas de intensidad realmente altas, con la participación de privados regios o los propios monarcas en grandes cabalgadas de considerable penetración y duración. Uno de los mejores ejemplos se observan en la cabalgada de Álvaro de Luna en mayo de 1431. El condestable realizó un reconocimiento de las posiciones granadinas para preparar la entrada regia, al mismo tiempo que intentaba atraer al monarca granadino a una batalla campal⁴¹. Con todo, que más que a razones puramente operativas o estratégicas, este tipo de acciones respondían a cuestiones de tipo propagandístico. Las célebres campañas enriqueñas tal vez podrían encajar también en esta categoría, ya que más que a conquistar el emirato nazarí, estuvieron enfocadas a ensalzar la figura de un rey que acababa de comenzar su reinado.

Mucho se ha escrito sobre las operaciones enriqueñas de la segunda mitad de la década de los cincuenta del siglo XV, debatiendo la idoneidad de su aproximación militar a la cuestión granadina, incluso sugiriendo que su objetivo era la conquista del emirato. Las operaciones militares que consistieron única y exclusivamente en talas y cabalgadas, evitándose hasta las más mínimas escaramuzas, además de detractores también ha recabado ciertos apoyos entre la academia española. Luís Suárez se preguntaba, en 1954, si la estrategia enriqueña formaba parte de un ‘plan ingenioso, muy a la moderna, para rendir a Granada’ o, más bien, respondía a la ‘debilidad de un gran cobarde’⁴². Medio siglo después, se mostraba favorable a la segunda de las opciones, sosteniendo que, visto desde una

³⁹ Véase capítulo 5.

⁴⁰ CJII-CODOIN, 182-5.

⁴¹ CJII-CODOIN, 275-8; CH, 94-100; CAL, 122-7.

⁴² Suárez, ‘Juan II y la frontera de Granada’, 28. El autor añadía que ‘lo que sabemos, en otros aspectos, de la persona del rey, no predispone ciertamente a su favor’, tal vez inclinándose por la primera de las opciones.

perspectiva moderna, se trataba de un plan acertado⁴³. Torres Fontes, en un artículo de 1963, defendió la eficacia de la estrategia empleada. Alegaba, como Suárez, que el principal problema lo constituyó una nobleza incapaz de comprender ‘el sentido ni el fin de esta acción ofensivo-preparatoria’⁴⁴.

La razón de este posicionamiento historiográfico deriva de la producción cronística del reinado de Enrique IV. Las crónicas enfrentadas de Enríquez del Castillo y Palencia, apoyada esta última por Valera y la *Crónica Anónima* presentan imágenes contrapuestas. Enríquez del Castillo, favorable al monarca, intentaba justificar la prohibición de escaramuzar con los granadinos alegando que la habilidad musulmana en tales encuentros se traduciría en un mayor número de bajas cristianas. Por ello, la voluntad del rey era ‘solamente hazer la tala muy grande’. Con todo, Enríquez del Castillo era consciente de la impopularidad de la estrategia enriqueña⁴⁵. Valera sostenía que, aunque se devastaron los alrededores de varias localidades granadinas, no se hizo nada más y, sobre todo, no se cercó ninguna posición, por lo que ‘los caualleros fueron mucho maravillados, por aver visto fazer tan grandes aparejos para no hazer más de lo que se hizo’. En un Consejo Real celebrado durante la tercera entrada de 1455, el cronista afirmaba que el conde de Benavente, Alfonso Pimentel, dijo al rey que no pensase ‘que por talas ni quemas de lugares avían se sojuzgar el reyno de Granada’⁴⁶. A pesar de que, según el citado cronista, el rey mandó preparar pertrechos y artillerías para pasar a una fase de expugnación, ese cambio

⁴³ Suárez, *Enrique IV*, 150.

⁴⁴ Otros autores como Juan de Mata Carriazo o Eloy Benito también han debatido sobre la cuestión. Torres, ‘Las treguas con Granada de 1462 y 1463’, 164-6. La supuesta incomprensión de la nobleza resulta difícil de creer. Especialmente si se tiene en cuenta que los nobles –los principales líderes y combatientes-, preferían las cabalgadas a los asedios. El ejemplo que recoge la *Crónica de Fernando IV* ilustra a la perfección esta realidad. Aparentemente, el monarca hizo creer a los nobles que habían sido convocados para realizar una cabalgada, pues de haber sabido que el objetivo real de la campaña era sitiar Algeciras, se hubieran presentado con menos tropas. Al fin y al cabo, la guerra de movimientos -basada en la devastación del territorio enemigo- resultaba excitante, aparte de ofrecer el nada desdeñable incentivo del saqueo y el botín. Los asedios, por el contrario, resultaban aburridos y, sobre todo, peligrosos. Arias, ‘Castile-Leon II. Late Middle Ages’, 103.

⁴⁵ Se suele repetir la idea de que Enríquez del Castillo clamaba que Enrique IV pretendía hacer talas durante tres años para ‘ponellos en necesidad y mucha hambre y mengua de vituallas y luego estar sobre ellos para tomallos’. Suárez, ‘Juan II y la frontera de Granada’, 27; Torres, ‘Las treguas con Granada de 1462 y 1463’, 164. No obstante, lo cierto es que este es un añadido que sólo recogen cuatro de los 88 manuscritos de la crónica disponibles. Además, según el editor de la crónica Aureliano Sánchez Martín, en dos de esos manuscritos que presenta la adicción ‘se advierte la mano del copista que interpreta el texto’. CEIV-EC, 108, 151-2.

⁴⁶ MDH, 10-11, 26. La citada afirmación podría no haber emanado del propio conde de Benavente ya que, como se verá más adelante, condensaba la esencia del pensamiento estratégico ‘valeriano’ con respecto a Granada.

en el accionar bélico nunca llegó a darse⁴⁷. En su lugar, Valera citaba como, en 1457, el rey realizó una entrada únicamente para que la reina disparara una ballesta contra los muros de una villa granadina, lo que le valió las burlas de ‘los caualleros que sabían fazer la guerra y la abían acostumbrado’⁴⁸. Palencia, por su parte, creía que las talas eran ‘el recurso eficaz de nuestra milicia aprobado por los antiguos capitanes’: realizadas por cinco años seguidos, todos los veranos y otoños, el hambre y la escasez empujaría a los granadinos a la rendición⁴⁹. Sin embargo, el cronista añadía que el rey Enrique no parecía dispuesto a llevarlo a la práctica, argumentando que la devastación ‘le quitaría el fruto de su victoria total’⁵⁰. Consideraba que la filia que el monarca sentía hacia los musulmanes le llevaba a sentirse apenado al ver la devastación causada en sus tierras, por lo que no permitía que se hiciera⁵¹.

Sea como fuere, lo que está claro es que se trata de una discusión de naturaleza estratégica altamente politizada, lo que evidentemente muestra la existencia de un pensamiento estratégico. Más allá del debate cronístico en torno a las intenciones y reticencias del monarca, si se observan los hechos tal y como los narran las crónicas, se descubre que la guerra apenas consistió en algo más que en las grandes cabalgadas dirigidas por el rey en persona, salpicada por incursiones menores y acciones de cierta relevancia como la toma de Jimena en 1456⁵². Estas prácticas tenían sentido dentro de una estrategia de desgaste, pero no era suficiente para conquistar el emirato. Una guerra de expansión basada en una estrategia de aproximación indirecta requería de cabalgadas anuales preparatorias, como se hizo durante las fases previas de la toma de Toledo en 1085 o en las operaciones de conquista del valle del Guadalquivir durante el reinado de Fernando III⁵³.

⁴⁷ MDH, 29.

⁴⁸ Según el cronista, los caballeros afirmaban que ‘aquella guerra más se hacía a los cristianos que a los moros’, llegando a decir que ‘esta guerra bien parece a la quel Cid en su tiempo solia fazer’. MDH, 45.

⁴⁹ Esto les forzaría al comercio con los poderes musulmanes norteafricanos mediante rutas marítimas que podían ser intervenidas por las naves castellanas. GH, 110.

⁵⁰ GH, 110.

⁵¹ GH, 176.

⁵² MDH, 10-15, 20-7, 32-4, 37-40, 45-6, 49-50; CA, 26-33, 38-44, 52-5, 58-60, 62-3, 70-2, 86-7; CEIV-EC, 149-54, 157; GH, 109-11, 114, 157, 175; HCMLI, 15-8. Una aportación notable al planteamiento estratégico fueron las órdenes enviadas por Enrique IV a la ciudad de Murcia para que realizaran una incursión disuasoria en la zona oriental del reino nazarí, con el fin de aliviar de presencia granadina el sector por el que realizaría la cabalgada. Molina, *Documentos de Enrique IV*, 23.

⁵³ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 120-3.

El fallo en las campañas enriqueñas fue no dar el salto cualitativo a la expugnación de plazas fuertes. Un error que se subsanaría con la llegada al poder de los Reyes Católicos.

Una guerra enfocada a la conquista requería una estrategia basada en el control del territorio y la ocupación de puntos fuertes, pues si había algo que las guerras granadinas de Enrique IV habían dejado claro es que Granada no iba a caer únicamente con talas. Esa era la opinión de Diego de Valera quien, en una serie de cartas enviadas a los Reyes Católicos, al enterarse de que planeaban una ofensiva contra Granada, insistía en argumentar en contra de las voces que opinaban que era posible tomar Granada únicamente a través de una guerra de desgaste. Afirmaba que la experiencia había demostrado que la devastación no era suficiente para subyugar el reino nazarí. Los granadinos, decía, ‘con poco mantenimiento se sostienen’ y era imposible *talar* el territorio de forma que no les quedara superficie sin sembrar⁵⁴. Sin desdeñar el potencial bélico de las cabalgadas, el cronista y veterano guerrero abogaba por una estrategia de conquista que integrara los tres elementos que sustentaban la práctica bélica medieval, siguiendo las enseñanzas extraídas de las crónicas de tiempos pasados⁵⁵.

En las misivas enviadas a Fernando el Católico, Diego de Valera proponía un elaborado plan, valiéndose de su experiencia bélica y su conocimiento del terreno –estaba asentado en Puerto de Santa María, Cádiz. La estrategia de Valera muestra de una forma directa y clara el modo de proceder castellano ante los desafíos impuestos por una guerra de conquista. Recientemente, John Hosler se preguntaba si los escritores medievales generaron y transmitieron ideas originales sobre como se hacía la guerra, analizando varios autores entre los que se encontraba Giraldus Cambrensis (Gerardo de Gáles) y su propuesta estratégica de finales del siglo XII para la conquista de Gales⁵⁶. En un marco cronológico más próximo al de este trabajo, en 1435 Sir John Fastolf escribió un memorial en el que

⁵⁴ Carta del 10/04/82. Al ver que sus consejos no han sido escuchados, vuelve a proporcionarlos varias veces, volviendo sobre este punto concreto el 10/5/83.

⁵⁵ Así rezaba en la misiva enviada el 10 de abril de 1482: ‘sy Vuestra Alteza querrá leer las coronicas de los altos Reyes donde venís que estas Españas recobraron, fallará averlas tomado con largos cercos é batallas canpales, no dexando por eso las talas, no solamente en los panes, é viñas, é árboles, mas en todo quanto en el campo se fallaua’. Del mismo modo, la epístola remitida el 10 de mayo de 1483 rezaba lo siguiente: ‘quered, Señor, faser la guerra commo la fizieron los gloriosos Reyes de donde venis questos reynos ganaron, los quales no solamente con talas la hisieron más con largos cercos é batallas canpales’. Balenchana, *Epístolas*, 64, 76.

⁵⁶ Hosler, ‘Reframing the Conversation’, 190-5.

presentaba la forma en la que, a su juicio, debía conducirse la guerra en Francia⁵⁷. El caso de las misivas de Diego de Valera no vendría sino a engrosar la lista de ejemplos que prueban la existencia de un pensamiento estratégico genuinamente medieval. Un paso más hacia superar por completo la ya moribunda idea de que en la Edad Media el arte de la guerra brilló por su ausencia.

El plan de Valera, trazado en dos misivas enviadas a principios de 1482, comenzaba tratando los aspectos logísticos. Recomendaba limitar la saca del pan fuera del reino y acumular en el teatro de operaciones trigo, cebada, vino y ganado traído de Andalucía y Extremadura. Asimismo, instaba al monarca a llevar pertrechos de asedio y madera del norte del reino, así como a reclutar maestros artilleros, minadores y escaladores bretones⁵⁸. Por último, sugería aprovisionar y armar una flota que guardara el estrecho de Gibraltar y realizara incursiones en las costas granadinas y berberiscas. Concluidos los preparativos, consideraba que era necesario que el rey en persona liderara las operaciones, acompañado por todos los Grandes del reino. El ejército debía ser lo más numeroso posible y los peones, vizcaínos, guipuzcoanos y asturianos. Las hostilidades se abrirían con una gran cabalgada que talara todo cuanto pudiera, tras la cual recomendaba sitiar la segunda gran ciudad granadina y principal puerto del emirato pues, como Valera escribió al Fernando: ‘tomándose Málaga, el reyno de Granada es vuestro’. A continuación, el cronista realizaba una serie de recomendaciones tácticas para la conquista de la ciudad, añadiendo que sería recomendable que el Adelantado de Murcia penetrara por la frontera opuesta del reino nazarí, la oriental, para así sitiar Almería y provocar un desdoblamiento del esfuerzo defensivo granadino⁵⁹.

En epístolas posteriores no hacía sino incidir en los puntos ya mencionados, tratando de justificar y argumentar su posición a medida que la guerra avanzaba y veía que los Reyes Católicos hacían caso omiso del *modus operandi* que había propuesto. Insistía en que, en materia bélica, el monarca debía confiar en el consejo de caballeros experimentados, adalides y gentes conocedoras del territorio. Reiteraba la importancia de expugnar Málaga y ponía Alhama como ejemplo de los peligros derivados de tomar y sostener un enclave en

⁵⁷ Prestwich, *Armies and warfare*, 185.

⁵⁸ Aconsejaba acudir a Galicia, Bizkaia y Asturias, de donde se deberían llevar trabucos, mantas, bancos pinjados y escalas, así como madera y hierro para hacer *bastidas* y ‘guarniciones’.

⁵⁹ Recomendaba tomar Marbella durante el viaje a Málaga y, teniendo la ciudad cercada, talar las zonas circundantes y tomar Vélez-Málaga y Almuñecar.

el corazón del reino enemigo. Granada, decía, ‘se ha de ganar fasiéndose la guerra comme la fizieron los que grandes provincias conquistaron’. De ese modo, la conquista habría de iniciarse por un extremo del territorio a tomar, ‘de manera que no les quedase cosa de los enemigos en las espaldas’⁶⁰.

Como ya he adelantado, las propuestas de Valera no fueron escuchadas. Los Reyes Católicos plantearon la contienda granadina en forma de conquista sistemática, lo que supuso un cambio estratégico con respecto a la fase anterior. Asegurada la estabilidad del reino con el fin de la Guerra de Sucesión Castellana en 1479, Isabel y Fernando tuvieron las manos libres para reactivar la guerra santa. Del mismo modo, el fin del largo periodo de conflictos civiles posibilitó que los monarcas llevaran a cabo una serie de medidas en la Corona de Castilla que concluyeron el proceso de fortalecimiento del poder regio iniciado en el siglo XIII. La llamada ‘génesis del estado moderno’ vino de la mano del perfeccionamiento de las formas de gobierno, la administración y la fiscalidad, lo que procuró mayores recursos económicos a la monarquía⁶¹. Gracias a ese desarrollo se pudieron levantar nutridos contingentes que a la postre protagonizarían la conquista del reino nazarí.

Al analizar la estrategia aplicada durante la Guerra de Granada, conviene subrayar la importancia de las medidas tomadas fuera de la esfera puramente bélica. En primer lugar, los Reyes Católicos aplicaron la clásica máxima de *divide et impera*, pues aprovecharon hábilmente la división existente entre los granadinos, favoreciendo a diversos candidatos al trono a lo largo de la guerra. Gracias a ello, a la hora de la verdad, los Reyes Católicos solamente tuvieron que combatir con una parte del emirato⁶². Por otro lado, cabría destacar las medidas extramilitares aplicadas para aislar y desgastar al reino nazarí. Junto con el bloqueo naval, se impuso el terrestre⁶³. Así, un documento enviado a Sevilla en 1483 muestra cómo se prohibía rescatar cautivos cristianos de manos de los granadinos, para así evitar que grandes sumas de dinero y mantenimientos entraran en el emirato⁶⁴. Para garantizar el cumplimiento de la orden, Pulgar informa que se pusieron guardas en los

⁶⁰ Las misivas a las que hago referencia son las del 10 de abril y 22 de julio de 1482, así como la del 10 de mayo de 1483. Balenchana, *Epistolas*, 62-9, 75-7.

⁶¹ Ladero, ‘La genèse de l'État’, 9-65; Ladero, ‘Fiscalidad regia y génesis del Estado’, 95-136.

⁶² Ladero, *Granada. Historia de un país*, 185-196.

⁶³ Edwards, ‘War and Peace in Fifteenth-Century Castile’, 292-3.

⁶⁴ Carande, Carriazo, *El tumbo de los Reyes Católicos*, III, 365-6.

puertos⁶⁵. El bloqueo económico, combinado con constantes incursiones de duración e intensidad variable drenaron y agotaron los recursos granadinos, constituyendo la máxima expresión una guerra de desgaste en la que la erosión del emirato formaba parte de una estrategia más amplia de aproximación indirecta.

Las operaciones se realizaron en la ‘periferia’ de las grandes localidades como Málaga o Granada, aislándolas antes de proceder a su expugnación. De hecho, las operaciones desarrolladas contra la propia capital nazarí desde el inicio de la guerra y, sobre todo tras la caída de Málaga y Baza, constituyen un ejemplo de aproximación indirecta de manual, con maniobras concéntricas alrededor de la ciudad. Se taló la Vega de Granada con una frecuencia prácticamente anual desde 1482 y basta con observar en un mapa la lista de posiciones musulmanas que, una tras otra, fueron cayendo ante la pólvora castellana a partir de 1484 para comprobar cómo, paulatinamente, Granada fue quedando aislada y rodeada⁶⁶. Algo similar ocurrió a la hora de lidiar con el principal puerto granadino. Las operaciones por tierras malagueñas se habían sucedido desde el inicio de la guerra. Con la toma de Vélez-Málaga, se cortó la comunicación entre la capital del reino nazarí y el emporio costero. En ese punto, y teniendo en cuenta los avances territoriales realizados desde 1484, algunos nobles presentes en el Consejo del Rey se preguntaban si realmente merecía la pena proceder a asediar Málaga, ya que la caída de Vélez-Málaga completaba el cinturón de fortificaciones cristianas que rodeaban la ciudad, jalonado por Cártama, Álora y Casarabonela, entre otras posiciones⁶⁷.

Un debate similar había acaecido en 1484. Pulgar afirma que los nobles presentes en el Consejo Real se mostraban divididos entre los que defendían la necesidad de asediar una posición y aquellos que consideraban que bastaría con realizar una cabalgada que complementaría el bloqueo marítimo establecido en el Estrecho, ‘quitando a los moros por todas partes el mantenimiento’ con lo que se acabarían rindiendo por hambre. Añadían que era la mejor manera de hacer la guerra a ‘todo’ el reino, mientras que sitiar una villa solo tendría un impacto muy focalizado. Siguiendo la línea postulada por Valera, los defensores de realizar operaciones de expugnación apuntaron que la Vega de Granada era la única

⁶⁵ CRC-FP, II, 80-1.

⁶⁶ No es mi objetivo narrar el devenir de los acontecimientos durante las diferentes fases de la Guerra de Granada, por lo que me remito a la aún imprescindible obra de Ladero Quesada. Ladero, *Castilla y la conquista*, 19-68.

⁶⁷ CRC-FP, II, 260-70.

zona realmente susceptible a ser talada, lo que dejaba muchas otras áreas de cultivo intactas. Incluso sostenían que ‘hacer la tala era hazer vna guerra de grandes costas a los cristianos e poco daño a los moros’. Por último, creían que la cantidad de hombres reunida así como el número de bocas de fuego disponibles sugerían una acción directa, un asedio. La posesión de artillería fue determinante a la hora de elegir el objetivo, pues como Pulgar sostiene, los monarcas castellanos decidieron sitiar una villa ‘porque la entendían de la aver con la fuerça de la artillería’⁶⁸. De hecho, en esta fase del conflicto el *modus operandi* castellano no contemplaba una aplicación estricta de los postulados de Liddell Hart cuando tocaba lidiar con poblaciones pequeñas o medianas pues la disponibilidad de numerosas piezas artilleras incentivó acciones más directas⁶⁹.

Como puede observarse, el debate planteado en 1484 y 1487 es, en esencia, la misma discusión estratégica que se daba en tiempos de Enrique IV y sobre la que Diego de Valera se pronunció: ¿eran la constricción y el desgaste suficientes para conquistar el reino de Granada o se precisarían acciones más directas? Al final, como ya he adelantado previamente, la combinación de ambas fue la que llevó a la victoria ante los muros de la capital nazarí. Y la decisión, como he indicado en el capítulo precedente, no emanó únicamente de los Reyes Católicos, pues los objetivos de campaña se decidían en el Consejo Real de forma colegiada poco antes de iniciarse la misma, como era común en toda la Europa Occidental medieval. Los debates, si ha de creerse lo que narran las crónicas, se sucedían en cada uno de aquellos encuentros, pues las opiniones eran diversas y todos atendían a razones como la estacionalidad o la viabilidad táctica de los objetivos⁷⁰. Ya en

⁶⁸ CRC-FP, II, 118-9.

⁶⁹ Más que facilitar la conquista, Weston F. Cook Jr., afirmaba que la Guerra de Granada se ganó única y exclusivamente gracias a la artillería. El estadounidense alegaba que las guerras civiles que azotaron al reino granadino durante la conquista y en las décadas previas no pueden ser consideradas como un elemento decisivo ya que, de ser así, el reino nazarí podía haber sido conquistado antes o más rápidamente. Añadía además que el aislamiento diplomático y la debilidad económica frente a la Corona Castellana ya era patente desde finales del siglo XIV, mucho antes de 1481. Cook, ‘The Cannon Conquest’, 281. Por mi parte, considero que el éxito castellano en la Guerra de Granada, como prácticamente todos los grandes fenómenos históricos, fue multicausal. En primer lugar, no debe subestimarse el hecho de que, a causa de las guerras civiles granadinas, los Reyes Católicos pasaron gran parte de la guerra luchando contra solo una parte del reino. Por otro lado, resulta evidente que la superioridad económica y demográfica castellana era un factor de peso. Debe tenerse en cuenta, además, que no parece que hubiera una firme voluntad castellana de acabar con el reino nazarí hasta después de la Guerra de Sucesión Castellana pues, entre otras cosas, los propios conflictos civiles que azotaron los reinados de Juan II, Enrique IV y la parte inicial del de los Reyes Católicos impidieron la realización de campañas exteriores. Sobre la cuestión artillera véase el capítulo 5.2.

⁷⁰ Es evidente que la climatología podía afectar a los asedios. Es algo que se tuvo en cuenta ya en época de Fernando de Antequera, pues en el Consejo Real previo a la campaña de 1407 se barajaron tales criterios.

1407 los nobles presentes en el Consejo Real de Fernando de Trastámara discutieron el modo de proceder, exponiendo las razones por las que Ronda no era pertinente como objetivo estratégico. Además de la dificultad táctica que implicaba su asedio, se apelaba a la necesidad de tomar Setenil en primer lugar, para así abrir un pasillo seguro que permitiera el asedio de Ronda al año siguiente, pues de lo contrario la ruta de suministros sería objeto de un hostigamiento continuo. Otras cuestiones logísticas como la proximidad de aldeas de las que se podría alimentar la hueste reforzaban la opción setenileña. Por último, no se debía dejar de tener en cuenta la proximidad del invierno, con las dificultades operativas que ello acarrearía⁷¹. Las razones a las que se atendía a la hora de elaborar un plan estratégico, por tanto, eran básicamente tácticas, logísticas y estacionales.

Volviendo a la Guerra de Granada, casi ocho décadas después, se puede comprobar que las preocupaciones de la nobleza castellana a la hora de afrontar una campaña militar no eran muy diferentes. Por un lado, la estacionalidad era un elemento a tener en cuenta. La primavera y el verano eran las épocas del año más aptas para la guerra, y así queda demostrado en las cartas que, según Pulgar, la reina Isabel mandó a Fernando el Católico durante las campañas de 1484 y 1485. Enviadas tras la caída de Álora y las conquistas de Cártama, Coín y Benamaquíz, respectivamente, Isabel emplazaba al rey a proseguir con las operaciones bélicas, ya fuera mediante cabalgadas o asediando una posición, pues aún ‘avía asaz tiempo del verano, en que las gentes podrían estar en el campo’. Los Consejos Reales celebrados, ratificaron esa decisión⁷². Por otro lado, la disponibilidad de recursos económicos condicionaba, como es lógico, la estrategia militar. Como el profesor Ladero demostró, la monarquía castellana, incapaz de realizar un esfuerzo sostenido anual, se vio en la necesidad de intercalar años de menor intensidad entre aquellos donde la actividad bélica fue mayor. El mejor ejemplo de ello tal vez sea la campaña de 1488, en la que las dificultades pecuniarias se acrecentaron debido a la peste, principal causa por la que las operaciones militares fueron reducidas a su mínima expresión en forma de guerra de desgaste y tanteo potenciales objetivos⁷³.

En el plano puramente operativo, el miedo a ser copados o a que los granadinos cortaran las líneas de aprovisionamiento emergía como un argumento recurrente en los

⁷¹ CJII-G, 234; Rojas, ‘Estrategia y guerra de posición’, 689-90.

⁷² CRC-FP, II, 123-8, 162-4.

⁷³ Ladero, *Castilla y la conquista*, 55-8.

Consejos Reales. Alfonso de Palencia y la *Historia de los Hechos del Marqués de Cádiz* cuentan cómo, en la reunión previa a la primera operación de la campaña de 1484, los Reyes Católicos preguntaron si debían atacar Ronda u optar por Málaga, a lo que el marqués de Cádiz respondió que se debía sitiar Álora. Sus razones atendían a que esta era la llave de las dos posiciones anteriores y cercar cualquiera de ellas expondría a la hueste a las agresiones aloreñas. Asimismo, su cercanía a Antequera la convertía en un importante reducto de hostigamiento granadino, situación que se podría revertir con su conquista⁷⁴. La protección de las rutas de abastecimiento era, por tanto, una cuestión vital. No bastaba, empero, con no dejar posiciones a las espaldas, pues en ocasiones se hacía necesario establecer puestos de guardia en sierras y aquellos puntos clave por los que la recua debía transitar. Estas medidas eran complementarias a las escoltas asignadas a los trenes de abastecimiento, aunque, en ocasiones, resultaban insuficientes, pues los granadinos conocían el terreno en el que operaban y hábilmente evitaban las guardias castellanas, hostigando sus rutas⁷⁵.

En la práctica, a pesar de los planes estratégicos elaborados, lo cierto es que la Guerra de Granada no se desarrolló de una forma perfectamente planeada desde un inicio, ya que, aunque los Reyes Católicos querían conquistar Granada desde antes de la toma de Alhama por el marqués de Cádiz, en febrero de 1482, esta última acción desencadenó las operaciones y lastró el planteamiento estratégico⁷⁶. Como señaló Ladero, las operaciones militares desarrolladas desde 1482 y hasta prácticamente 1484 giraron en torno a la posesión y mantenimiento de Alhama, que se convirtió durante ese tiempo en un enclave castellano en territorio nazarí⁷⁷. Incluso la elección de Loja como objetivo estratégico de la campaña de 1482 buscaba abrir un pasadizo hasta Alhama⁷⁸. Una decisión operativa relativamente obvia, que permitió a los musulmanes prepararse para el asedio y vencer a los castellanos⁷⁹. Con todo, la posesión de Alhama, pese a los inconvenientes logísticos generados, proporcionaba a los castellanos un punto excepcional desde el que hostigar a la

⁷⁴ HHMC, 237; GG, 121-2.

⁷⁵ CRC-FP, II, 268, 367.

⁷⁶ Ladero, *Granada. Historia de un país*, 186.

⁷⁷ Ladero, *Castilla y la conquista*, 19-36.

⁷⁸ CRC-FP, II, 22-5; CRC-DV, 147-8; GG, 93-4; HHMC, 209-10.. En el Consejo Real se defendió la necesidad de asediar la localidad lojeña porque su posesión facilitaría el abastecimiento de Alhama.

⁷⁹ CRC-FP, II, 27-31; CRC-DV, 149-56; MRC, 123-5; GG, 95-6; HHMC, 210-4; Quirós, *Fragmento de la época*, 11-2.

misma capital, aunque a un alto coste⁸⁰. Además, el Católico fue capaz de combinar las acciones de abastecimiento de la posición con cabalgadas de alta intensidad en las principales zonas de cultivo –las vegas de Málaga y Granada–, aplicando la anteriormente citada estrategia de aproximación indirecta, que buscaba desgastar las bases materiales del enemigo. Para ello, así como para defender las zonas próximas al reino nazarí, en 1482 se volvió al sistema de capitanías fronterizas y al establecimiento de sectores⁸¹.

A partir de 1484 daban inicio lo que Ladero denominó ‘los años decisivos’⁸². Las operaciones por el mantenimiento y posesión de Alhama dieron paso a una estrategia de devastación y conquista sistemática. Cabalgadas y asedios constituyeron el núcleo de las operaciones expansivas que desarrollaron los castellanos. Estas conquistas se llevaron a cabo intentando mantener siempre el elemento sorpresa, de forma que la resistencia enemiga fuera más débil. Negar información al enemigo no es algo nuevo en la historia bélica, ni tampoco en la Castilla del siglo XV, pues ya en 1431, en vistas a la entrada en Granada que se preparaba, Juan II escribió a la villa de Úbeda para advertir a sus habitantes de que no debían salir al campo a labrar ni segar. Así evitarían que los granadinos tomaran prisioneros en alguna de sus habituales correrías y descubrieran las intenciones del monarca⁸³. Fernando el Católico, sin embargo, tomó la resolución de llevar el secretismo a otro nivel tras haber comprobado como los granadinos habían descubierto sus intenciones de asediar Loja en 1482, con fatídicas consecuencias. Así, tras la campaña de Álora de 1484 se volvió habitual que solo unos pocos miembros del Consejo Real conocieran los verdaderos objetivos estratégicos: muchos nobles y la propia hueste no conocían el destino al que se desplazaban. Así se prepararon los asedios de Álora y Setenil en 1484 o Ronda en 1485, por ejemplo. En los citados casos parece que se buscó dar la impresión de que se iría sobre Loja, alterando el rumbo a mitad de la marcha, confundiendo así a los musulmanes⁸⁴. En ocasiones, Fernando el Católico promulgo deliberadamente objetivos erróneos con el fin de dividir el esfuerzo defensivo granadino. Así, al marchar sobre Vélez-Málaga en 1487, hizo público que su intención era la de cercar Málaga, pues así ‘la gente

⁸⁰ CRC-FP, II, 191; MRC, 164.

⁸¹ Ladero, *Castilla y la conquista*, 24, 30.

⁸² Ladero, *Castilla y la conquista*, 37-54

⁸³ Rodríguez, *Colección documental del archivo municipal de Úbeda*, 73-4.

⁸⁴ GG, 121-2; CRC-FP, II, 165.

de Belez-Málaga se descargaría al socorro de Málaga'⁸⁵. Como afirma la *Historia de los Hechos del Marqués de Cádiz*: 'el rey siempre fazía sus fechos desta guisa, que pocos sabían la verdad de su secreto'⁸⁶.

En definitiva, la estrategia militar castellana con respecto a Granada fue de desgaste durante la mayor parte del siglo, sufriendo un considerable cambio de signo con la llegada de los Reyes Católicos y la vuelta a los antiguos parámetros de expugnación sistemática. Más allá de las diferentes estrategias empleadas, la evidente superioridad militar fue la tónica general durante toda la centuria. Esa ventaja permitió a los cristianos llevar la iniciativa en aquellos momentos de guerra abierta, utilizando todas las herramientas a su disposición. Los granadinos, por su parte, vieron su actuación ciertamente limitada a pocos más que cabalgadas de escasa profundidad en el territorio andaluz. En este sentido, cabría destacar las similitudes operativas que se observan entre las condiciones estratégicas que caracterizaron el conflicto castellano-granadino en el siglo XV y las que guiaron el desarrollo del enfrentamiento de los Estados Cruzados y los musulmanes en el siglo XIII. Así, tanto los castellanos del Cuatrocientos como los musulmanes de Ultramar podían llevar a cabo todo un abanico de operaciones militares de diversa entidad, mientras sus respectivos oponentes tenían que conformarse con la utilización de cabalgadas de escasa penetración como única herramienta de presión militar. Para cruzados y granadinos, las *raids* eran la única forma de realizar algún intento agresivo con el que compensar su imparable declive. Del mismo modo, para los poderes dominantes en ambos enfrentamientos, las incursiones eran parte de una estrategia más amplia para debilitar a sus oponentes y proceder a conquistar sus últimos asentamientos, expulsándolos del sur de la península ibérica y del levante mediterráneo respectivamente⁸⁷.

⁸⁵ HHMC, 263. Pulgar, por su parte, afirma que los Reyes Católicos informaron de su intención de cercar Vélez-Málaga cuando la hueste se encontraba en Archidona. CRC-FP, II, 261.

⁸⁶ HHMC, 263.

⁸⁷ Marshall, *Warfare in the Latin East*, 183-209. Por otro lado, la actitud de búsqueda de batalla mostrada ante las incursiones enemigas también muestra ciertas similitudes entre el último siglo de vida del reino de Jerusalén y la última centuria del emirato nazarí de Granada, como se verá en el próximo apartado.

3.2. La búsqueda de batalla

3.2.1. Propaganda y ‘hábito de victoria’: ¿una estrategia vegeciana?

Hasta ahora he tratado el uso de cabalgadas y asedios como forma de desgastar a un enemigo y expandirse territorialmente. Sin embargo, los comandantes medievales tenían a su disposición una tercera opción estratégica: el enfrentamiento a campo abierto, la batalla. En este sentido, el debate en torno al ‘paradigma Smail-Gillingham’ ha servido para ampliar los límites de la hasta ahora relativamente restringida concepción de la estrategia medieval. Frente a la ‘ortodoxia’ que afirma, guiada por los postulados vegecianos, que los comandantes medievales aceptarían batalla en raras ocasiones y sólo si no les quedaba otra opción o estaban muy seguros de la victoria, Clifford Rogers apunta que la batalla pudo ser un recurso mucho más utilizado de lo que se ha creído hasta ahora como factor resolutorio de las conflagraciones⁸⁸. Las investigaciones de Francisco García Fitz, Martín Alvira, Clifford Rogers o João Gouveia Monteiro han demostrado que las batallas de Las Navas de Tolosa (1212), Muret (1213), Crécy (1346) o Aljubarrota (1385) fueron enfrentamientos buscados⁸⁹. Asimismo, otros estudios han planteado que ciertos comandantes como Enrique II de Castilla o su homónimo inglés contemplaron la batalla como un elemento estratégico más a su disposición, a la altura de asedios y cabalgadas⁹⁰.

En la Castilla del siglo XV, algunos cronistas se encargaron de recordar lo arriesgado que podía llegar a ser el llamado ‘Juicio de Dios’. Para Diego de Valera, de ‘entre todas las cosas mundanas, ninguna cosa es tan incierta como los hechos de las batallas’⁹¹. Del mismo modo, el discurso con el que, según Fernando del Pulgar, Luis Fernández Puertocarrero arengó a los defensores de Alhama en 1482, describía de forma inmejorable lo azaroso e incierto que podía resultar un encuentro campal, pues hasta el más

⁸⁸ Rogers, ‘The Vegetian Science of Warfare’, 1-19. Véase capítulo 1.2.

⁸⁹ García Fitz, ‘Las Navas de Tolosa’, 17-52; Alvira, *Muret 1213*; Rogers, *War cruel and sharp*; Rogers, ‘Edward III and the dialectics’, 83-102; Monteiro, ‘Estratégia e risco em Aljubarrota’, 75-107.

⁹⁰ Precisamente en su trabajo sobre el liderazgo militar del monarca peninsular, Andrew Villalon rompió con la dicotomía de búsqueda frente a evasión de batalla, insertando la opción de ‘desear la batalla’ en el debate. Villalon, ‘Battle-Seeking, Battle-Avoiding’, 150-2; Hosler, *Henry II*, 130-48.

⁹¹ El cronista continuaba diciendo que en las batallas ‘vemos á vezes ser vencidos los que han la justicia, é otras vezes ser vencedores, á vezes los muchos, á vezes los pocos, ora los flacos, ora los fuertes, ora los requestados, ora los requestadores, é áun los que vemos vn tiempo vencidos, vemos en otro ser vencedores’. Balenchana, *Epistolas*, 7. Carta enviada Juan II en 1441.

mínimo factor podía alterar el curso de los acontecimientos y otorgar la victoria a uno u otro contendiente⁹². Con todo y a pesar de los riesgos y dificultades que presentaba presentar batalla, parece evidente que en la Castilla del siglo XV la búsqueda de una resolución rápida a través de un enfrentamiento a campo abierto era, sin lugar a dudas, una herramienta más a disposición de los líderes militares, de la que se valieron en distintas situaciones y diversos momentos, tanto dentro de los parámetros vegecianos, como fuera de ellos.

Una de las situaciones en las que se observa que se dieron varios encuentros campales fue en respuesta a cabalgadas enemigas; las que se podrían denominar como ‘batallas de intercepción’. Esta afirmación resulta especialmente cierta cuando se trata del enemigo musulmán. Desde la guerra civil castellana de los años cuarenta del siglo XV, los granadinos se lanzaron a recuperar las posiciones que habían perdido en el conflicto librado la década anterior⁹³. Posiblemente fruto de esos éxitos, los poderes nazaríes se vieron con fuerza para acometer acciones más audaces en forma de cabalgadas relativamente numerosas, aunque de penetración limitada y escasa fortuna. Así, durante la segunda mitad de la centuria fueron diversas las ocasiones en las que una incursión granadina se topó con un ejército castellano, generalmente poco numeroso, formado por nobles y concejos fronterizos. Es en este contexto donde encajarían batallas como los Alporchones en 1452 o el Madroño en 1462⁹⁴. Algo similar acaeció hacia finales de la década de los sesenta, en 1468, cuando el rey nazarí entró a *correr* Úbeda y Baeza. Dentro de sus planes entraba quemar la villa jiennense de Quesada, donde los musulmanes fueron emboscados por una reducida hueste cristiana, que culminó la jornada cargando sobre las tropas granadinas restantes⁹⁵. La Guerra de Granada no se aleja del patrón, pues las batallas del Lomo del Judío en 1482, la de Lopera al año siguiente o la celebrada victoria de Lucena de 1483 - donde el propio rey granadino Boabdil fue hecho prisionero- se dieron por la misma razón y concluyeron en sendos éxitos castellanos⁹⁶. En definitiva, en las relaciones bélicas

⁹²‘No creáis, caualleros, que puede ninguno dar juyzio cierto en los fechos de las batallas, porque son muchos e varios. La dispusiçión del lugar, la fortuna del tiempo, la ora, el sol contrario, la muerte de vn ome, la flaqueza de otro, vna boz, vn alarido, o vn caso que se atraviesa, es causa de ser vençidos los muchos que esperan ser vençedores’. CRC-FP, II, 35.

⁹³ Suárez, ‘Los Trastámaras de Aragón en el siglo XV’, 192.

⁹⁴ CJII-BAE, 676-7; MDH, 70-1; CA, 118-9; CEIV-EC, 175-6; MRC, 11-4; HHMC, 159-67; GH, 237-8.

⁹⁵ MDH, 151-3; CA, 264; CEIV-AP, I, 271-2.

⁹⁶ MRC, 121-3, 131-4, 145-8; CRC-FP, II, 69-72, 92-4; CRC-DV, 166-7, 173-5; GG, 103-5, 111-2; HHMC, 222-6; Quirós, *Fragmento de la época*, 14-6.

castellano-granadinas, Castilla era la fuerza agresora, incluso cuando estaba a la defensiva. De nuevo, esta situación recuerda al Levante mediterráneo del siglo XIII, donde la principal respuesta musulmana ante las incursiones cristianas era la búsqueda y destrucción de la partida enemiga que operaba en sus tierras⁹⁷.

Este tipo de acciones destinadas a interceptar a una fuerza enemiga no solo se utilizaron en el contexto de la lucha contra el Islam, ya que la batalla de Araviana de 1429 se dio, precisamente, cuando el capitán de la frontera Iñigo López de Mendoza se movilizó para detener una fuerza navarra. Al igual que en los otros ejemplos citados, los castellanos se encontraban en inferioridad numérica frente a los invasores, aunque en esta ocasión la desventaja se tradujo en derrota castellana⁹⁸. A pesar de este último caso, el escaso número de combates de intercepción que involucran a otros cristianos las hacen cuantitativamente menos significativas. Lo cierto es que la absoluta mayoría de ejemplos de este tipo de prácticas se encuentran en las guerras granadinas y la razón por la que se optara por una aproximación más directa podría tener relación con la propia moral castellana. Como ya he mencionado previamente, prácticamente desde las campañas alfonsinas de la primera mitad del siglo XIV, Castilla se mostró sistemáticamente superior a Granada. Los castellanos eran conscientes de su superioridad frente a sus vecinos musulmanes, desarrollando un hábito de victoria que les llevaría a aceptar y buscar la batalla incluso en condiciones claramente desfavorables.

En particular durante el siglo XV, las derrotas cristianas fueron relativamente escasas – también podría ser el resultado de un cierto sesgo en las crónicas- y los castellanos pudieron haberse sentido más confiados para buscar o aceptar batalla contra los granadinos incluso cuando la inferioridad numérica aconsejaba lo contrario⁹⁹. La razón podría ser, simplemente, que los castellanos habían desarrollado lo que se conoce como ‘hábito de victoria’. La reiteración frecuente de los éxitos en lucha fortaleció la moral de combate castellana hasta tal punto que no se dudaba en entablar combate en condiciones de

⁹⁷ Marshall, *Warfare in the Latin East*, 146.

⁹⁸ CJII-CODOIN, 167-8.

⁹⁹ Las escasas menciones a derrotas castellanas contra los granadinos podrían deberse a un cierto sesgo en la crónica, como es el caso de la batalla de los Collejares, acaecida en 1406. López, 'Una batalla olvidada', 387-406. Con todo, las fuentes narrativas se hacen eco de estos reveses, algunos especialmente sonados como los del adelantado de Cazorla Rodrigo de Perea en 1431 y 1438, el desbarato y prisión del conde de Castañeda Juan Manrique en 1456 o la conocida 'rota' de la Axarquía de 1483. Estos vencimientos parecen haber sido circunstanciales y puntuales, por lo que no empañarían la moral cristiana.

inferioridad evidente¹⁰⁰. Del mismo modo, la utilización propagandística de los éxitos cosechados alimentaba la moral de combate que, a su vez, impulsaba nuevos triunfos que poder difundir¹⁰¹. A partir de 1410, se inauguró en Castilla una tendencia de buscar en Granada éxitos militares que, convenientemente explotados propagandísticamente, otorgaban réditos políticos a su protagonista¹⁰². La razón para ello no descansa únicamente en el hecho de que las victorias contra los enemigos de la Fe resultaban más simbólicas y propagandísticas, sino porque la experiencia había demostrado que eran éxitos fáciles. Así pues, se trataría de acciones de relativo escaso riesgo, con unas ganancias políticas comparativamente ingentes.

La citada circunstancia no tenía como única consecuencia que los castellanos desarrollaran una estrategia defensiva basada, paradójicamente, en la ofensiva, con la intercepción campal de partidas de devastación andalusíes. También tenía su eco en las mismas incursiones realizadas por los cristianos. Estas no tenían porqué ser siempre fruto de una estrategia de aproximación indirecta; también podían ser utilizadas en estrategias más directas. Clifford Rogers defiende que Eduardo III buscó activamente la batalla en la primera fase de la guerra de los Cien Años a través de las cabalgadas. Según Rogers, el rey inglés llevó a cabo una gran *chevauchée* en 1346 con el objetivo de forzar a Felipe VI de Francia a combatir a campo abierto, meta que alcanzó en los campos de Crécy a finales de agosto de ese mismo año¹⁰³. Aplicando esa idea al ámbito castellano, se observa que en la península ibérica también se utilizaron las incursiones con propósito de forzar al enemigo a un encuentro campal.

¹⁰⁰ Ciertamente, en esta cronología sería necesario un estudio de las fuentes de naturaleza narrativa o literaria que nos permitiera identificar su evidencia en la mentalidad de los nobles castellanos.

¹⁰¹ Parece evidente que las noticias de los éxitos fronterizos circulaban por el reino y, desde luego, había un interés por parte de los protagonistas de los hechos para que estos se difundieran. El producto más conocido derivado de esta labor propagandística serían los romances fronterizos. Con todo, las cartas de relación enviadas a la corte con el fin de informar al monarca de las actuaciones no solo responderían a la búsqueda de rédito político o económico pues muchas veces, estas epístolas eran utilizadas para elaborar los capítulos correspondientes de las crónicas. Además, como ha tenido el acierto de señalar Fernando Arias, no debe olvidarse que la lucha contra el Islam constituye un elemento legitimador de vital importancia para la monarquía castellana, algo que bien podría extrapolarse también a la nobleza. Arias, *Guerra y fortalecimiento*, 84-104; Arias, 'Algun fecho señalado', 42-6; Mackay, 'Los romances fronterizos', 273-85; Mackay, 'The ballad and the frontier', 15-33.

¹⁰² Ladero, *Granada. Historia de un país*, 133.

¹⁰³ Rogers, *War cruel and sharp*; Rogers, 'Edward III and the dialectics', 83-102.

Recién inaugurado el reinado de Juan II, en 1407, el mariscal y frontero Fernán García de Herrera supo que en Vera se reunía un nutrido contingente granadino, por lo que reunió una hueste ‘por ver si fallarían ay pelea con los moros’. Formadas las batallas ante los muros de la villa, los nazaríes rehusaron combatir. Ante ello, el mariscal comenzó a devastar huertas y parrales mientras derribaban casas y molinos tal vez para hacerlos salir, aunque la provocación no dio resultado. Tras un infructuoso ataque contra la villa, la fuerza cristiana quemó el arrabal y se movió a Zurgena, donde se encontraron con refuerzos musulmanes y tuvo lugar la esperada batalla¹⁰⁴.

Veinticuatro años más tarde, en 1431, Álvaro de Luna pudo haber estado imbuido por el hábito de victoria, aunque lo cierto es que las dos entradas que realizó en el emirato nazarí tenían un objetivo netamente propagandístico. Por un lado, el privado regio buscaba fortalecer su posición que había visto peligrar los años anteriores, con lo que una fácil victoria en tierras musulmanas podía afianzar su figura. Así, en la cabalgada que Luna emprendió en mayo de 1431, el condestable taló la Vega granadina mientras enviaba cartas al rey nazarí avisándole de su llegada y retándole a encontrarse con él a campo abierto, pues ‘su intención no era salvo de pelear en campo’. Visto que el monarca musulmán no salía a combatir, movió su cabalgada para continuar con la devastación¹⁰⁵. Además de buscar un enfrentamiento campal, el condestable también podría estar probando la resistencia enemiga, tanteando sus fuerzas y, por supuesto, tratando de ablandarlos de cara a la futura entrada del ejército real en tierras nazaríes en un ejercicio de lo que hoy en día se conoce como ‘reconocimiento en fuerza’¹⁰⁶. Al año siguiente, los dos capitanes de la frontera, Diego de Ribera y el maestre de Calatrava, realizaron una operación conjunta en la que talaron muchos lugares del reino nazarí. Cerca de Granada informaron al monarca

¹⁰⁴ CJII-G, 164-7; CJII-BAE, 279-80.

¹⁰⁵ La información disponible proviene de una epístola de relación enviada por el propio condestable a Juan II, en la que informaba de lo acaecido durante la entrada. Dicha misiva se encuentra transcrita en la *Crónica del Halconero*. A pesar de las dudas que pueda generar el hecho de que la búsqueda de batalla aparezca en fuentes cronísticas, considero que la explicación del ‘hábito de victoria’ y la necesidad de un éxito propagandístico serían motivos más que suficientes para tomar como válida la estrategia de ‘aproximación directa’ aplicada. CJII-CODOIN, 275-8; CH, 94-100; CAL, 122-7.

¹⁰⁶ El reconocimiento en fuerza es siempre un ataque deliberado destinado a la obtención de información, localizar al enemigo y probar su disposición, fuerza y reacción. Adicionalmente, el comandante puede explotar la oportunidad, mantener la presión sobre el defensor. Se utiliza preferentemente allí donde el conocimiento del enemigo es vago, por lo que una fuerza bien balanceada es esencial. *Manuals Combined*, 5-9.

musulmán de su llegada, instándole a que ‘saliese a pelear con ellos’, ofreciéndole rehenes si aceptaba la oferta. De nuevo en esta ocasión, el nazarí rehusó¹⁰⁷.



Mapa n° 6. Ruta seguida por la cabalgada de Álvaro de Luna (17-22 de mayo de 1431). Los puntos representan las etapas realizadas.

La práctica continuó siendo utilizada en la breve reapertura de las hostilidades de principios de la década de los sesenta. El guardián de la frontera jienense, el condestable Miguel Lucas de Iranzo, intentó provocar a los granadinos dos veces en 1462. Talando la Vega, esperaba que el rey nazarí saliera a combatir en campo abierto, cosa que no sucedió¹⁰⁸. A pesar de que en varios de los casos expuestos los granadinos nunca aceptaron la batalla, la estrategia era una situación *win-win*. Si los musulmanes aceptaban el reto, las probabilidades de victoria estarían del lado castellano, mientras que, si rechazaban el encuentro campal, se quedarían sin la cosecha de ese año, sellando su destino tala tras tala. Sirvan como ejemplo los hechos acaecidos en 1455, cuando Enrique IV taló la Vega granadina. Los musulmanes formaron sus batallas como de costumbre: entre los olivares.

¹⁰⁷ CJII-CODOIN, 369-71.

¹⁰⁸ HCMLI, 85-94.

El conde de Paredes, Rodrigo Manrique, observó en el Consejo Real que los musulmanes querían batallar, pues ‘era cierto que para ellos era una gran pérdida ver talar y quemar sus tierras y soportarlo era como la muerte’. Sin embargo, el rey Enrique no dio permiso para iniciar las hostilidades¹⁰⁹.

El uso de cabalgadas en una estrategia de búsqueda de batalla no quedaba exclusivamente reservada al ámbito de la guerra contra el Islam, donde la ventaja castellana era patente. Otro tipo de conflictos también contemplaron este tipo de acciones, especialmente durante las guerras civiles. Como se verá más adelante, el valor de las cabalgadas en tales contextos era limitado, porque no se podía devastar las tierras de los que se aspiraba a gobernar. Aun así, en las ocasiones en las que los conflictos internos convergían con guerras exteriores, como en la Guerra de Sucesión Castellana, se podían dirigir incursiones contra el territorio del enemigo con el fin de provocarlo a un encuentro campal. En este sentido, Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago, dirigió al menos cuatro expediciones contra el territorio portugués entre 1476 y 1479, exclusivamente dirigidas ‘con intención de haber batalla con don Juan [príncipe de Portugal]’¹¹⁰. Aunque las fuentes señalan que se devastó la tierra tras conocer la negativa del heredero luso a combatir, se puede pensar que se trataría de un movimiento destinado a hacerle cambiar de opinión y forzar su salida que, de no conseguirlo, aún daría otros frutos en forma de botín obtenido y un enemigo económica y moralmente erosionado. A pesar de que el hábito de victoria castellano se había desarrollado en su lucha contra los granadinos, cabe destacar que estas operaciones fueron llevadas a cabo después de la victoria estratégica de Toro, conseguida ese mismo año. A partir de ese momento tendría sentido pensar en un sentimiento de superioridad desarrollado por los comandantes y tropas castellanas en sus enfrentamientos con los portugueses.

En definitiva, las operaciones de devastación podían servir para provocar a un enemigo incapaz de contemplar pasivamente como se erosionaban sus recursos y limitaban

¹⁰⁹ MDH 20-7; CA, 38-44. Las talas también podían resultar en batalla aun sin que este fuera el objetivo expreso de aquellos que la llevaban a cabo. En ese sentido, el caso acaecido ante los muros de Guadix en 1435 resulta significativo. Fernando Álvarez de Toledo, capitán de la frontera, taló la vega de la localidad guadijeña junto con el obispo de Jaén por mandado de Juan II. Parece que la devastación y el desgaste eran sus únicos objetivos y, sin embargo, encontraron la batalla sin buscarla. Los granadinos atrajeron a los cristianos donde se encontraba el grueso de sus tropas y se dio el combate, con la consiguiente victoria castellana. CH, 200-9.

¹¹⁰ CRC-DV, 85; CEIV-AP, II, 295; IV Década, 59, 72-3, 147-8.

su capacidad de actuación a medio plazo. Sin embargo, resulta evidente que la estrategia rara vez era eficaz. En general, si los castellanos buscaban la batalla era porque se sentían confiados de la victoria, porque gozaban de una elevada moral de combate, preferentemente contra los granadinos. Este detalle no escapaba a la atención de los propios nazaríes, quienes también eran conscientes de cuál había sido el resultado en la mayoría de las ocasiones en las que se había optado por combatir a campo abierto. Con todo, especialmente al inicio de la centuria, había ocasiones en las que la estrategia defensiva aconsejaba forzar la batalla para, por ejemplo, levantar un asedio a una plaza importante, como ocurrió en 1410. Aquel año Fernando de Trastámara se encontraba sitiando la villa de Antequera, cuya posesión constituiría una cuña de territorio cristiano profundamente insertada en el reino nazarí, que proporcionaría a los castellanos una inmejorable plataforma desde la que realizar incursiones o preparar invasiones. Para evitarlo, los hermanos del rey de Granada lideraron un numeroso ejército para alzar el cerco, aunque su plan no consistía en presentar batalla, sino más bien en hostigar a los forrajeadores cristianos, atacar sus rutas de suministro y, en el momento que se decidieran a atacar Antequera, asaltar los campamentos de asedio¹¹¹. A pesar de que los cristianos no diseñaron la campaña con la batalla como objetivo, pues se trataba de una operación de expugnación, parece que el regente no descartaba la posibilidad de combatir si la ocasión se presentaba¹¹².

Desde prácticamente el inicio de la guerra el Infante había contemplado la posibilidad un encuentro campal con el rey de Granada. La *Crónica de Juan II* señala varias veces que en 1407 el Infante decía que combatiría al monarca nazarí si este acudía a recobrar alguna de las posiciones perdidas u osaba entrar en Castilla a sitiar alguna villa: ‘porque la pelea no es en mi, saluo quando los moros quisieren entrar’. La campaña del año siguiente se planeó como una gran cabalgada que talaría y destruiría todo a su paso, atravesando el reino nazarí. Sin embargo, la crónica informa que el regente pretendía aceptar un encuentro campal pues ‘sy los enemigos a el salliessen que con la ayuda de Dios e del apostol Santiago los entendía vençer e desvaratar’¹¹³. A pesar de que esta última

¹¹¹ CJII-G, 389.

¹¹² La *Crónica de Juan II* informa de que Fernando de Trastámara creía que el ejército granadino acudía no para hostigar, sino para levantar el asedio a través de una batalla campal, lo cual ‘al Ynfante plogo mucho e a los caualleros que con el estaban porquel entendia, plaziendo a Dios, segun la gente quel tenia, de llevar dende lo mejor, e porque alli serian mas ayna librados todos los fechos de la guerra’. CJII-G, 389. La cita tal vez debiera leerse en términos vegeticianos, pues indica expresamente que el regente confiaba en la victoria.

¹¹³ CJII-G, 197; 275-6; 282; 305-6.

operación no pudo llevarse a cabo, los citados ejemplos resultan ilustrativos para comprender la actitud bélica de Fernando de Trastámara, si bien también podría tratarse de intenciones irreales que la crónica favorable se interesa en destacar. De ser cierto, se podría afirmar que entre 1407 y 1410 el de Antequera no buscó la batalla, únicamente la tenía en mente, la ‘deseaba’ en los términos expuestos por Andrew Villalon¹¹⁴.

Volviendo a los hechos acaecidos en 1410, podría afirmarse que la batalla no se inició a instancias de ninguno de los dos bandos, sino que comenzó de una forma un tanto desordenada, pues una escaramuza inicial se tornó en un ataque granadino a gran escala sobre el que creían que era el único campamento sitiador¹¹⁵. El regente castellano, lejos de amilanarse, acudió en auxilio del otro *real* castellano, cosechando una sonada victoria cristiana en la llamada batalla de Boca del Asna, que prepararía el terreno para la posterior conquista de Antequera y sentaría las bases propagandísticas para su acceso al trono aragonés¹¹⁶.

Tras la victoria castellana en Antequera, si los granadinos optaban por presentar batalla, sería en sus propios términos aunque, como quedó patente en 1431, los castellanos no dejaron de buscar encuentros campales. A finales de junio de aquel año las fuerzas de Juan II, con Álvaro de Luna a la cabeza, penetraron en Granada tomando la vía directa a la capital¹¹⁷. Establecido el real en la Vega, se emprendió la tala a lo largo del río Genil, bajo la constante presión de las escaramuzas provocadas por los musulmanes. A pesar de que el rey estaba ‘mucho codicioso de batalla con los moros’, los cristianos no podían responder a las agresiones, ya que los granadinos se desplegaban entre las viñas y olivares situados entre el *real* de Juan II y la propia ciudad¹¹⁸. Aunque, en un principio se trató sin éxito sacar a los nazaríes al llano, la cuestión fue debatida en el Consejo Real, donde se acordó allanar las acequias y barrancos, preparando el terreno para el combate. Esta decisión, mencionada

¹¹⁴ Villalon, ‘Battle-Seeking, Battle-Avoiding’, 150-2.

¹¹⁵ Véase capítulo 5.1.3.

¹¹⁶ CJII-G, 389-97; Valla, *Historia de Fernando*, 107-9; García, ‘Carta de quando se gana antiquera’.

¹¹⁷ Previamente se habían propuesto tres planes de acción en el Consejo Real: unos defendían la opción de realizar una gran cabalgada, algunos que deberían intentar tomar Málaga u otra gran ciudad y otros que bastaría con asentar el real en la Vega de Granada y ‘el tiempo mostraría la manera que se debía tener’. Finalmente, la información obtenida de un musulmán, privado del anterior rey granadino, animó a que el Consejo se decantara por la tercera de las opciones. CJII-CODOIN, 278-9

¹¹⁸ ‘En los cuales non podían entrar gente alguna del Real sin gran peligro suyo manifiesto; e aunque á ello se quisieran aventurar, non pudieran facer daño alguno en ellos, así por la espesura de los olivares é viñas, como por los grandes barrancos é acequias que ende había’. CJII-CODOIN, 286-91; CAL, 128-31.

en todas las crónicas que narran el enfrentamiento, constituye un acto de búsqueda de batalla evidente si bien en unos términos que favorecen y maximizan la táctica castellana, enfocada al combate montado. Los granadinos se dieron cuenta de la intención de los castellanos, por lo que se decidieron a atacar para impedir los trabajos de allanamiento, iniciándose una escaramuza que fue atrayendo a contendientes de ambos bandos. El enfrentamiento, iniciado de forma inesperada, sorprendió al monarca castellano quien, al inicio, creyó que se trataba de una acción de escala contenida y como ‘non toviese acordado nin pensaba de haber este día batalla, mandó al su condestable’. El plan era enviar a los combatientes de vuelta al *real*, ‘porque más con tiempo con mejor orden se diese la batalla cuando el caso de ofresciese’. Al llegar Luna al lugar de las escaramuzas, comprobó que la retirada ordenada no era una opción, por lo que los nobles presentes se reunieron en consejo para decidir el modo de actuar. Ante las sugerencias de posponer el encuentro, el condestable se mostró favorable a reunir al resto de la hueste y presentar batalla¹¹⁹. Así, las escaramuzas iniciadas por los granadinos para anular la ventaja que los castellanos podían obtener de la preparación del terreno desembocaron en la conocida batalla de La Higuera, acaecida ante los muros de Granada el 1 de julio de 1431.

En este caso, los cristianos, al igual que los granadinos, no se mostraron excesivamente dispuestos a combatir a campo abierto hasta encontrarse en una posición ventajosa, lo que en esta ocasión se tradujo en la adaptación del terreno para operar con la caballería, que constituía la espina dorsal de sus ejércitos. Con todo, parece evidente que las fuerzas castellanas penetraron en territorio nazarí con el objetivo de buscar la batalla. La elevada moral castellana al enfrentarse a los granadinos -y tal vez a los portugueses tras la batalla de Toro- podría constituir un indicador de que realmente se creían con cierta superioridad frente a sus enemigos. Al fin y al cabo, el propio Carl von Clausewitz escribió que ‘los elementos morales están entre los más importantes de la guerra’¹²⁰. De acuerdo con el ‘paradigma Smail-Gillingham’, guiado por los postulados vegecianos, los comandantes medievales aceptarían batalla en raras ocasiones y sólo si no les quedaba otra opción o estaban muy seguros de la victoria¹²¹. En este sentido, el estado de ánimo en el que podrían haberse encontrado los castellanos en los citados intentos de búsqueda de

¹¹⁹ ‘Al Condestable pareció que convenía más pelear que non retraerse’. CJII-CODOIN, 291-9; CH, 104-5; CAL, 132-40, Díaz de Games, *El Victorial*, 522-5.

¹²⁰ Clausewitz, *De la Guerra*, III, III, 313.

¹²¹ Vegecio, III, 28; Gillingham, ‘Richard I’, 198; Rogers, ‘The Vegetian Science of Warfare’, 7.

batalla podría encajar con lo postulado por la ‘vieja ortodoxia’¹²². De hecho, la parcial negativa a combatir en La Higuera y la preparación del terreno no vendrían sino a confirmarlo.

Sea como fuere, la estrategia de búsqueda de batalla no solo fue aplicada cuando la moral era alta y el sentimiento de superioridad afloraba, pues existían otros condicionantes que podían llevar a un comandante castellano a buscar activamente el encuentro a campo abierto dentro de los parámetros establecidos por la estrategia vegeciana. De acuerdo con la máxima recogida en la obra del autor romano, un relativo equilibrio de fuerzas entre los contendientes podría ser motivo más que suficiente para que ninguno de los dos se decidiera a atacar. Sin embargo, factores adicionales como la llegada de refuerzos podían estimular la acción directa. Así ocurrió en Extremadura a principios de 1479, en el contexto de la Guerra de Sucesión Castellana. Algunos nobles estaban rebelados contra los Reyes Católicos y parecía que iban a recibir ayuda exterior en forma de una segunda invasión portuguesa. La intención de la hueste lusa era reunirse con Alonso de Monroy, que se encontraba en Mérida. El maestre de Santiago, Alonso de Cárdenas, era consciente de que si esto ocurría, quedaría en evidente inferioridad numérica, por lo que tomó la resolución de evitar la confluencia de ambas fuerzas. Por un lado, el maestre estableció una serie de guardas y *atalayas*, tanto para impedir la comunicación entre los contingentes enemigos como para fijar a Monroy en Mérida, haciéndole creer que se encontraría con una *celada* si osaba salir de la localidad extremeña¹²³. Establecido el citado dispositivo, el siguiente paso consistía en enfrentarse a los portugueses. Los números estaban ahora igualados y la batalla de La Albuera se dio el 24 de febrero de 1479¹²⁴. En un primer momento podría parecer que el maestre de Santiago buscó activamente el enfrentamiento pues es posible que también en esta ocasión se pueda hablar de una moral de victoria como la que Cárdenas parecía haber desarrollado en los años previos al citado encuentro. Sin embargo, lo cierto es que se vio obligado por las circunstancias: de haber evitado el combate, la superioridad numérica

¹²² Es posible que los ingleses, que habían desarrollado y probado una táctica ganadora contra los escoceses, se sintieran igualmente confiados al enfrentarse con los franceses a campo abierto, especialmente tras obtener la victoria en Crécy en 1346. Rogers, ‘Edward III and the dialectics of strategy’, *passim*.

¹²³ La IV Década menciona que Cárdenas derrotó a Monroy la noche anterior al enfrentamiento campal con la hueste portuguesa. IV Década, 115-9.

¹²⁴ Rodríguez, *La batalla campal*, 52; Rodríguez, *A fuego e sangre*, 165-8. Para la cuestión del número de efectivos me remito al capítulo 6.1.

de los ejércitos coaligados habría aumentado considerablemente las posibilidades de derrota.

Ese mismo teatro de operaciones fue testigo, nueve años antes, de uno de los contextos más tradicionales en los que podía darse un enfrentamiento campal: a la llegada de un ejército a levantar el asedio al que se veía sometida una posición amiga¹²⁵. En ese momento, a los sitiadores se les presentaban las opciones de combatir o alzar el cerco. En 1470, ante la llegada del maestre de Alcántara, Gómez de Solís, a levantar el cerco de Alcántara, Alonso de Monroy, clavero de la misma orden, eligió la primera alternativa. La guerra privada que ambos libraban por controlar el maestrazgo de Alcántara llevaba activa varios años, victorias y reveses repartidos. Cuando Monroy sitió la importante villa con una no muy numerosa hueste, Solís no dudó en actuar. Los números y las probabilidades se mostraban favorables al maestre y, sin embargo, el clavero aceptó el desafío. Sabía que si su enemigo se encontraba confiado en su superioridad numérica se lanzaría al combate, con lo que le hizo creer que mantenía la ventaja. Mientras tanto, agujeros y *hoyas* fueron cavados en el llamado Cerro de las Vigas, por delante de la formación táctica de Monroy. Cuando llegó la hora de combatir, la carga de caballería del confiado Gómez de Solís se desmoronó antes siquiera de llegar a las líneas enemigas¹²⁶. Ambos contendientes se creyeron superiores a su oponente aunque, como suele ocurrir, a la hora de la verdad solo uno de ellos estaba en lo cierto¹²⁷.

He expuesto los casos en los que comandantes castellanos aparentemente buscaron –y desearon– la batalla en varios escenarios y contra diferentes enemigos. Con todo, cabría preguntarse si en todos los ejemplos mencionados la batalla fue simplemente un medio para alcanzar otros propósitos o, por el contrario, constituyó un fin en sí misma. Parece que, al menos en los casos de La Albuera y el Cerro de las Vigas, los objetivos perseguidos no eran otros que evitar que las fuerzas enemigas confluyeran y levantar un asedio, respectivamente. Asimismo, aquellos enfrentamientos buscados a través de cabalgadas perseguían el doble fin de devastar los recursos enemigos y buscar un enfrentamiento campal. A pesar de que las fuentes insistan en que el combate era el objetivo principal,

¹²⁵ Rogers, ‘The Vegetian Science of Warfare’, 19.

¹²⁶ Rodríguez, *D. Alonso de Monroy*, 135-8. VHMAAM, 95-7; CA, 294-5; CEIV-AP, I, 301-2.

¹²⁷ García Fitz señala que eran raras las ocasiones en las que ambos contendientes se sentirían lo suficientemente aventajados como para buscar o aceptar la batalla. García Fitz, ‘Las Navas de Tolosa’, 38. El Cerro de las Vigas constituiría, por tanto, una *rara avis*.

queda la duda de si realmente no sería más que un mero recurso retórico. Con todo, resulta evidente que el hábito de victoria desarrollado por los comandantes castellanos en sus enfrentamientos contra los granadinos impulsó la búsqueda de encuentros campales a cambio de importantes ganancias simbólicas y políticas.

3.2.2. Comandantes buscadores de batalla: Álvaro de Luna como paradigma

Al margen de las citadas circunstancias, resulta evidente que algunos comandantes podían ser más proclives que otros a buscar el enfrentamiento directo, elevando la batalla como elemento estratégico de primer orden, por encima incluso de las operaciones de devastación o expugnación. En este sentido, el caso de Álvaro de Luna resulta paradigmático, por lo que merece la pena detenerse a analizar su carrera militar. Las noticias del privado regio previas a 1419 escasean y, aunque su primera actuación bélica fue la organización de la ‘defensa’ del castillo de Montalbán en 1420 y tres años más tarde obtuvo el cargo de condestable del reino, lo cierto es que su verdadero bautismo de fuego no llegaría hasta la guerra contra Navarra y Aragón de 1429-30¹²⁸. Desde entonces y hasta prácticamente su ejecución en 1453, Luna se destacó por su predisposición a combatir a campo abierto, a veces buscando la batalla y en otras cosas ocasiones, ‘deseándola’, aunque con desigual resultado. Siguiendo la metodología aplicada por Villalon en su análisis de Enrique II de Castilla, se hace necesario detenerse a narrar las actuaciones militares de Luna antes de proceder a su análisis.

En 1429 la pugna entre las parcialidades de Luna y los Infantes de Aragón por ‘apoderarse del rey’ se encontraba a las puertas de dar un salto cualitativo¹²⁹. En mayo, la invasión navarro-aragonesa era inminente y el monarca castellano empleó el ejército que había reunido en tomar las posiciones del infante Juan en Castilla. Mientras Juan II se ocupaba de retomar Peñafiel, en la que se había alzado el conde de Castro, envió al condestable Álvaro de Luna a lidiar con los reyes de Navarra y Aragón que la víspera de San Juan entraron en Castilla a la cabeza de una fuerza de una hueste compuesta, según las crónicas, por 2.500 hombres montados y un millar de infantes. Luna iba a la cabeza de 1.700 hombres de armas y 400 peones y, tras comprobar que los invasores habían

¹²⁸ Torres, ‘La guerra en Castilla’, 9-36.

¹²⁹ Foronda, ‘Apoderarse del rey’, 15-74. La historiografía tradicional ha sostenido que el conflicto era entre la monarquía como institución y una nobleza levantisca, visiones que han sido recientemente desafiadas. Monsalvo, ‘El conflicto nobleza frente a monarquía’, 89-287.

profundizado en Castilla más de lo que esperaba, reunió a su Consejo para decidir cómo proceder. Se decidió que lo más adecuado era permitir a los navarro-aragoneses internarse más en el reino, pues así se alejarían de sus bases, extendiendo sus líneas y quedando más expuestos ‘para cometerlos y vencerlos más a salvo’. Además, el condestable esperaba refuerzos y necesitaba ganar tiempo¹³⁰. Este plan defensivo no descartaba la interceptación, únicamente la posponía. Así, Luna continuó su persecución hasta que la fuerza navarro-aragonesa se percató tanto de su presencia como de su inferioridad numérica. Viéndose en superioridad y teniendo en cuenta que Juan II de Castilla se dirigía hacia allí tras haber rendido Peñafiel, Juan II de Navarra y Alfonso V de Aragón ‘acordaron de le venir dar batalla’, ante lo cual, el condestable aceptó el combate adoptando una firme posición defensiva¹³¹. Finalmente, el enfrentamiento se pudo evitar por vías diplomáticas y los invasores volvieron a cruzar la frontera aragonesa¹³².

Álvar García de Santa María destaca varias veces la firme decisión de Juan II de buscar la batalla, algo que el desarrollo de los acontecimientos parece confirmar¹³³. A la llegada del rey de Castilla a la posición donde tuvo lugar la *quasi*-batalla, se convocó el Consejo Real, donde se decidió proceder hasta Calatayud, lugar en el que se encontraban los monarcas navarro y aragonés¹³⁴. El inmenso ejército que las crónicas cifran en 10.000 hombres de armas, 2.000 jinetes y 50.000 peones se internó en Aragón, precedido por un heraldo de Juan II, enviado para informar a los reyes de sus intenciones y retándoles a batalla¹³⁵. La evidente superioridad numérica castellana abstuvo a los navarroaragoneses de aceptar el reto y el ejército invasor avanzó por Aragón sin hallar resistencia, pues los habitantes del reino optaron por ‘despoblar los lugares llanos é alzar las viandas é poner

¹³⁰ CJII-CODOIN, 67-9.

¹³¹ Luna rodeó la posición con carros y mandó desmontar a sus hombres de armas para resistir la embestida enemiga. Véase capítulo 6.3.3.

¹³² CJII-CODOIN, 71-6; CH, 37-8; RH, 76-7; CAL, 77-83; Díaz de Games, *El Victorial*, 516.

¹³³ Ya en 1425, cuando Juan II solicitó a su Consejo y a los Procuradores de las doce ciudades sugerencias de cómo proceder ante una posible invasión aragonesa –en aquella ocasión para liberar de prisión al infante Enrique–, se le indicó que debía impedir la entrada en la propia frontera para después contraatacar con una invasión a Aragón. García de Santa María, ‘Crónica de Juan II’, I, 363-4.

¹³⁴ Previamente, una fuerza liderada por Álvaro de Luna penetró en Aragón en un reconocimiento en fuerza que llegó, talando y quemando, hasta Monreal de Ariza.

¹³⁵ ‘Pluguiera mucho dello al Rey porque la guerra se determinara por batalla; como más presto tenía él á la sazón haber la victoria, mediante la ayuda de Dios é su buena justicia, por aquella vía que por conquista de villas é lugares’. CJII-CODOIN, 108.

gente de armas en los castillos é lugares defendederos': los aragoneses habían aplicado el 'reflejo obsidional'¹³⁶.

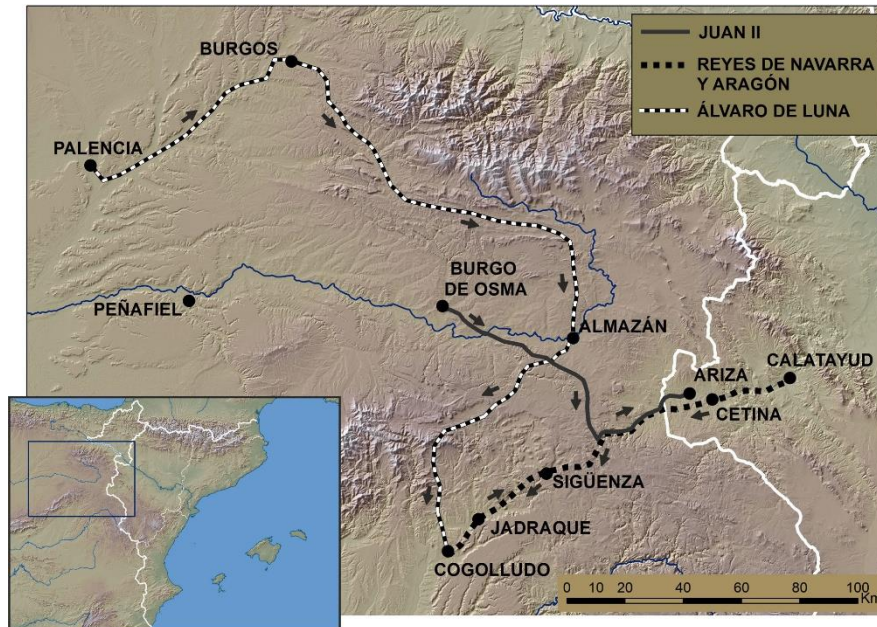
Convocado el Consejo se propusieron dos líneas de actuación. La primera consistía en avanzar hasta dar con los reyes, para así presentarles batalla o cercarlos hasta que decidieran salir al campo. La segunda alternativa consistía en entrar por otras partes del reino de Aragón para devastar todo a su paso e intentar tomar alguna ciudad. Ninguna de las dos opciones contentó a los presentes y varios miembros del Consejo optaron por la retirada, esgrimiendo para ello una serie de razones puramente operativas. Por un lado, se señaló que la abrupta orografía de la zona en la que se encontraban presentaba problemas de carácter estratégico y logístico: la caballería difícilmente podría avanzar y la ruta de suministros no podría establecerse fácilmente. Además, las fortalezas enemigas eran muchas y habían sido guarnecidas, con lo que podrían hostigar la columna de marcha continuamente. Siguiendo con la aplicación de una estrategia puramente vegeciana, los aragoneses rehusarían el combate a campo abierto, esperando al invierno para multiplicar los efectos del desgaste en el ejército invasor. Por último, los castellanos no disponían de los pertrechos necesarios para acometer operaciones de expugnación. Las razones esgrimidas fueron tomadas en consideración y se optó por un cambio de estrategia, dejando que el peso de la guerra descansara sobre los hombros de las cuatro capitanías de frontera que se establecerían. La búsqueda de batalla no había dado resultado¹³⁷.

Es evidente que el cuantioso ejército reunido animó a buscar la confrontación directa. De acuerdo con los postulados vegecianos, la superioridad numérica constituía un argumento de peso a la hora de decidirse por una estrategia de búsqueda de batalla aunque, al final, los peligros resultaron inasumibles para la mayoría de los presentes en el Consejo Real y la operación se tuvo que abandonar. Previamente, a la hora de detener la invasión de los reyes de Navarra y Aragón, el condestable contaba con la llegada de refuerzos, por lo que su plan consistió en ganar tiempo, adoptando una actitud de 'desear la batalla', que solo llegó a presentar –sin éxito– en condiciones defensivas altamente favorables. Resulta obvio que en ambas ocasiones, Álvaro de Luna se mostró proclive a una resolución rápida

¹³⁶ CJII-CODOIN, 107.

¹³⁷ CJII-CODOIN, 107-9.

debido a que se encontraba en situación de superioridad frente a sus enemigos –táctica en el primer caso, numérica en el segundo¹³⁸.



Mapa n° 2. Movimientos de tropas durante junio-julio de 1429¹³⁹.

Dejando el teatro de operaciones aragonés a cargo de los capitanes de frontera, la ofensiva contra los Infantes se trasladó a Extremadura, donde se encontraban Enrique y Pedro. Juan II envió al condestable, quien recobró Trujillo sin necesidad de cercar la posición. Así pues, estando los Infantes recluidos en Alburquerque, Álvaro García de Santa María y la *Crónica de Álvaro de Luna* insisten en que Pedro y Enrique pregonaban que presentarían batalla a cualquier persona que el rey enviase contra ellos. La voluntad del condestable era enfrentarlos, aunque algunos de los nobles presentes en el consejo celebrado recomendaron no hacerlo, pues no había provisiones cerca para mantener a hombres y caballos, aún no habían llegado todas las tropas disponibles y no disponían de tiendas para pernoctar en el campo, algo a tener en cuenta en las frías noches extremeñas. Álvaro de Luna mantuvo su decisión, argumentando que más efectivos no serían necesarios, pues los infantes apenas disponían de 300 hombres de armas, algunos jinetes y

¹³⁸ Rogers, 'The offensive/defensive in medieval strategy', 158-71.

¹³⁹ Tras la *quasi*-batalla en Cogolludo, Álvaro de Luna persiguió en su retirada a los Reyes de Navarra y Aragón siguiendo su misma ruta, por ello se ha evitado la duplicación de líneas sobre el mapa.

millar y medio de peones. Además, garantizó que ordenaría que las poblaciones circundantes enviaran suministros. Por último, afirmó que las tiendas no serían necesarias, pues iban a combatir y para ese menester las armas eran lo único imprescindible. Resuelto a luchar, Luna se puso en orden de batalla ante los muros de Alburquerque y desafió a los infantes. Tras cuatro horas de espera, quedó claro que el enfrentamiento no se produciría. La llegada del rey tampoco agilizó el proceso y al final se tuvo que bloquear la posición destacando guardas en los caminos y guarniciones en posiciones circundantes¹⁴⁰.

Sin poder resolver los problemas en Extremadura y firmadas las treguas de Majano, en 1430 dio inicio la guerra contra Granada, que duraría toda la década. Ya he mencionado previamente la actuación de Álvaro de Luna en las dos operaciones que dirigió en 1431, por lo que no tiene sentido volver a repetirlo aquí. Basta recordar que el privado regio buscó la batalla de forma activa aunque, como en otras ocasiones, procuró contar con ciertas ventajas tácticas. Con todo, aunque el objetivo de la campaña que llevó al choque de La Higuera era la batalla en sí misma, esta llegó casi por sorpresa, sin que los castellanos pudieran completar los trabajos de preparación del terreno que maximizarían la ventaja táctica cristiana.

En los años posteriores, Álvaro de Luna combatió exclusivamente contra enemigos internos. Así, el enfrentamiento con los Infantes de Aragón se reavivó hacia 1439. Las treguas de Majano, firmadas el 16 de julio de 1430, o la posterior Concordia de Toledo de 1436 no habían resuelto la situación: el conflicto se enquistó y maduró durante las guerras granadinas hasta estallar definitivamente en la década posterior. A principios de 1441 el condestable fue desafiado por sus oponentes y, de acuerdo con Pedro Carrillo de Huete, cumplidos diez días varios nobles encabezados por el almirante Fadrique y el conde de Benavente partieron con siete centenares de hombres montados a ‘dañar’ las tierras de Luna. El privado se unió con su hermano, el arzobispo de Toledo, y con un millar de hombres de armas y *jinetes* estuvo en Casarrubios del Monte por tres días, antes de retirarse cada uno a su base, a causa del frío. Al conocer el movimiento del condestable los nobles le instaron a volver para librar la batalla, obteniendo por respuesta la posibilidad de concertar un día en el que combatir, lo que tampoco estuvo exento de problemas pues Luna precisaba de dos días adicionales a la fecha propuesta por el almirante para así poder reunir

¹⁴⁰ CJII-CODOIN, 141; 150-5; CAL, 109-116.

a sus dispersas tropas. Ante la negativa de posponer la fecha del encuentro, Álvaro de Luna optó por la cautela; por primera vez aplicó el ‘reflejo obsidional’, refugiándose en su fortaleza de Maqueda con apenas 200 hombres de armas mientras sus enemigos, mucho más numerosos-1.300 hombres de armas y 200 *jinetes*-, formaron en orden de batalla ante sus murallas por varias horas¹⁴¹.

Lo que siguió fueron unas semanas en las que los partidarios del condestable se fueron imponiendo en diversas escaramuzas e incluso encuentros mayores, como la batalla de Torote. Ante la acumulación de pequeños pero constantes reveses, el Infante Enrique se decidió por una aproximación más directa, acudiendo a Escalona, donde se encontraba Álvaro de Luna, para buscar la batalla. De nuevo, Luna se vio en evidente inferioridad numérica y optó por no abandonar la seguridad de los muros de su villa, prohibiendo a sus tropas que salieran a escaramuzar¹⁴². Ante la negativa a combatir, el Infante se limitó a intentar quemar el arrabal de Maqueda antes de ser rechazado por sus defensores. La aplicación de una estrategia Fabiana no le proporcionó a Luna las ganancias deseadas, ya que pudo comprobar como sus posiciones iban cayendo en manos de sus enemigos; tocaba volver a los esquemas operativos que tan buenos resultados le habían otorgado en el pasado. Tras reunirse con el arzobispo de Toledo, cabalgó a la cabeza de una nada desdeñable hueste, compuesta por 1.100 hombres montados, a buscar la batalla con el Infante Enrique, que se hallaba en Torrijos. Este último salió de la villa, aunque se posicionó con las murallas en retaguardia – posiblemente habiendo situado tiradores en las almenas-, ‘e no se entendió salir más por quanto el condestable traya más gente’. El Infante deseaba la batalla, pero la superioridad numérica de Luna le forzaba a aceptarla únicamente si se daba bajo unas condiciones tácticas favorables, algo a lo que el privado no estaba dispuesto a acceder. Dos veces más acudió el condestable a presentar batalla, recibiendo en ambas ocasiones una contundente negativa¹⁴³.

Es difícil de decir si este baile de ejércitos, retos y desafíos correspondía a una intención real de buscar la batalla por ambas partes o, más bien, un intento propagandístico

¹⁴¹ La principal narración de estos acontecimientos se debe a la pluma de Pedro Carrillo de Huete, autor de la *Crónica del Halconero* y testigo presencial de los hechos. Como él mismo cuenta, el rey Juan II le envió en calidad de negociador para evitar el enfrentamiento. CH, 371-3; 377-80.

¹⁴² Carrillo de Huete menciona que Luna ‘non tovo gente para salir a él, e mandó a los suyos que no escaramuçasen’. CH, 393.

¹⁴³ CH, 393-5.

que buscaba socavar el honor y apoyos del oponente a través de su negativa a combatir. Con todo, aun siendo cierta la actitud de búsqueda de batalla mostrada por Álvaro de Luna y sus enemigos, es evidente que ninguna estaba dispuesto a combatir en inferioridad, ya fuera numérica o táctica, una situación que se repetiría de nuevo ese mismo año, en Medina del Campo.

Tras los citados movimientos los reyes de Castilla y Navarra se unieron a la contienda en apoyo del condestable y del Infante, respectivamente. Estando el monarca castellano en Medina del Campo, el navarro estableció su *real* cerca de la posición. Así, con unas fuerzas similares –en torno a 1.300 tropas de caballería cada uno-, las escaramuzas fueron frecuentes, sin que el combate escalara. La llegada de Álvaro de Luna a la cabeza de 1.600 hombres montados cambió la relación de fuerzas, otorgando una importante superioridad numérica al rey de Castilla. En este punto, el condestable intentó sin éxito forzar el encuentro campal mediante el envío de *jinetes* para que iniciaran el combate y, llegado el momento, ser apoyados por los hombres de armas. A pesar de los muertos que quedaron en el campo, la refriega no pasó de ser una escaramuza. El choque definitivo se retrasaba hasta que, diez días después, la *Crónica del Halconero* afirma que el Consejo Real acordó una estrategia de búsqueda de batalla, defendida por el conde de Alba, el maestre de Calatrava o el propio Luna, entre otros¹⁴⁴. El plan no llegó a consumarse, pues con las dilaciones como telón de fondo, Juan II de Navarra asaltó por sorpresa las murallas de Medina del Campo, sin encontrar resistencia en las almenas. En el combate urbano subsiguiente, las confusas fuerzas de Álvaro de Luna y el rey de Castilla sucumbieron hasta el punto de que el propio condestable se vio forzado a huir¹⁴⁵.

Con el rey en manos de los Infantes vino el tercer destierro de Álvaro de Luna y fueron necesarios tres años para que el conflicto político volviera a dar un salto cualitativo a la confrontación militar. En 1444, el príncipe Enrique y Álvaro de Luna se encontraban en Ávila, a la cabeza de un ejército que tenía por objeto ‘liberar’ al rey que se encontraba en Tordesillas. De nuevo la reunión del Consejo debatió la posibilidad de buscar una resolución campal a la ya larga situación de inestabilidad. Teniendo en cuenta que las

¹⁴⁴ ‘Consejaron al Rey que les diese la batalla antes que pasar los trabajos e desprecios que pasaba a su vista’. CH, 414. Luís Suárez afirma que Luna buscó ‘angustiosamente’ una batalla que ‘necesitaba forzar urgentemente’, iniciando escaramuzas con la esperanza de que estas se tornaran en un combate más generalizado. Suárez, ‘Los Trastámaras de Aragón en el siglo XV’, 170.

¹⁴⁵ CH, 397-400, 409-19; CJII-BAE, 586; CAL, 153; GH, 9-11.

fuerzas del rey de Navarra y las de Luna y el príncipe eran de tamaño similar, las opciones que se pusieron sobre la mesa eran atacar directamente o dar un rodeo hasta Burgos, donde podrían recibir refuerzos adicionales y así situarse en superioridad numérica pues ‘no era razón poner el Príncipe en el campo con igual gente, porque si saliesen á pelear con él é lo desbaratasen, que sería causa quel Reyno se perdiese’¹⁴⁶. Esta última alternativa gozó de mejor acogida entre los presentes. Realizada la maniobra, fueron capaces de oponer 3.000 tropas montadas y 4.000 a pie contra los dos millares de hombres bajo el mando de Juan II de Navarra, que avanzó hasta Pampliega, donde esperó a que Luna y el futuro Enrique IV dieran el primer paso, tomando una posición rodeada de hondas acequias llenas de cieno. A la llegada de Luna, se comprobó que no se podría atacar al monarca navarro sin ‘gran daño y peligro’, por lo que se estableció el *real* en la otra orilla de la acequia y dieron comienzo las negociaciones. Durante las mismas tuvo lugar una importante escaramuza en la que la caballería ligera de ambos contendientes se enfrentó, resultando victoriosos los del príncipe y el condestable. Al mismo tiempo, Juan II de Castilla escapaba de su cautiverio en Portillo, lo que precipitó la retirada del rey navarro al amparo de la noche¹⁴⁷.

Aprovechando la situación se recuperaron las posiciones tomadas por los Infantes de Aragón prácticamente sin combatir; sólo Peñafiel resistió durante un mes. En otoño de ese mismo año, se diseñó un plan estratégico según el cual Juan II iría a Burgos para abortar cualquier intento de invasión navarra o aragonesa. Por su parte, Luna y el príncipe Enrique persiguieron al Infante Enrique hasta acorralarlo en Murcia. Refugiado en la fortaleza de Lorca con el apoyo de Alfonso Fajardo ‘el Bravo’, fue sometido a un breve cerco de diez o quince días, que tuvo que ser abandonado debido a la proximidad del invierno y lo bien pertrechada que se encontraba la posición, lo que desaconsejaba cualquier intento de asaltarla. Tras establecerse fronteras en Hellín, se firmó una tregua de seis meses con los Infantes de Aragón¹⁴⁸.

¹⁴⁶ CJII-BAE, 621.

¹⁴⁷ CJII-BAE, 621-3; GH, 17; Suárez, ‘Los Trastámaras de Aragón en el siglo XV’, 179-80; Calderón, *Álvaro de Luna*, 64-5.

¹⁴⁸ CJII-BAE, 624; CAL, 155; Calderón, *Álvaro de Luna*, 66-7; Calderón, ‘La conquista del Convento de Calatrava’, 473-87; Benito, ‘La incursión murciana’, 165-74.

Con la reanudación de las hostilidades en 1445, el rey de Navarra buscó agrupar sus tropas con las fuerzas de su hermano, el Infante Enrique¹⁴⁹. Ante esta posibilidad, la *Crónica del Álvaro de Luna* cuenta como el condestable aconsejó a Juan II de Castilla que situaran su ejército, mayor en número, en el lugar por donde el monarca navarro había de pasar en su intento de obtener refuerzos, pues ‘le parecía que era mejor pelear con el rey de Navarra solo, que dexarlos juntar en uno’. Según la misma fuente, la opinión del Consejo fue diferente: opinaban que el navarro marcharía de noche, un momento en absoluto propicio para el combate¹⁵⁰. Reforzado, Juan de Navarra tomó rumbo a Olmedo, perseguido por Álvaro de Luna y Juan II. Con los Infantes acampados en la villa vallisoletana y el condestable a orillas del río Adaja parecía que el encuentro campal que pendía sobre las cabezas los implicados como una espada de Damocles estaba a punto de tener lugar¹⁵¹. Varias veces se formaron las batallas ante los muros de la villa sin conseguir nada, por lo que Juan II convocó al Consejo, donde Luna propuso demorar el ‘rompimiento’ por cinco o seis días, a fin de ganar tiempo para que llegara el maestre de Alcántara con importantes refuerzos. La inferioridad numérica de los Infantes les llevó, según Alfonso de Palencia, a mantener opiniones distintas sobre el modo de proceder. Juan de Navarra quería evitar la batalla ‘no por temor o pereza sino porque así lo aconsejaba el estado de las cosas’, mientras que Enrique consideraba que ‘debía terminarse en una batalla aquella eterna contienda, para descansar de una vez y con honor a costa de un día de riesgo y de fatiga, o dar fin a los peligros con una muerte decorosa’¹⁵². Estando así las cosas, la batalla comenzó de un modo un tanto inesperado. Una escaramuza iniciada entre *jinetes* de ambos bandos atrajo a las fuerzas de Luna y Juan II, aunque los Infantes rehusaron salir al combate hasta que el condestable comenzó a retirarse de nuevo hacia el *real*. En este punto, Luna avisó al rey de que las *batallas* enemigas se habían alejado de las villas y las huertas, con lo que podían ser acometidos. El rey aceptó y el condestable inició un despliegue de ataque, apresurándose para tomar un cerro que dominaba el campo –al que se dirigían los enemigos- y así comenzar las hostilidades en una situación de superioridad no solo

¹⁴⁹ Una narración pormenorizada de las operaciones militares que condujeron a la primera batalla de Olmedo en 1445 pueden encontrarse en Castillo, *Un torneo interminable*, 103-43.

¹⁵⁰ CAL, 156-7.

¹⁵¹ Suárez afirmaba que, en este punto, ‘Don Álvaro veía llegar, al fin, la ocasión que tantas veces buscara inútilmente: la batalla decisiva que podría definir la situación del reino’. Suárez, ‘Los Trastámaras de Aragón en el siglo XV’, 182.

¹⁵² GH, 25-7.

numérica, sino también táctica. Con todo dispuesto, el 19 de mayo de 1445, tuvo lugar la batalla de Olmedo.

Tras la victoria de Álvaro de Luna las posiciones de los Infantes fueron cayendo en manos de los partidarios del condestable, a excepción de Atienza, Torija y Briones. El botín de guerra no fue debidamente repartido, ya que el condestable fue el principal y casi único beneficiario del expolio, lo que le encumbró como un hombre de inmenso poder, el ‘mayor hombre jamás coronado’ en palabras de Nicholas Round¹⁵³. Eso le trajo problemas, que fueron aumentando con el paso del tiempo, sellando el destino del privado. Se abrió un nuevo frente con el inicio de la enemistad entre el príncipe Enrique y Juan Pacheco hacia Álvaro de Luna, lo que dio lugar a hostilidades. Al mismo tiempo, los granadinos comenzaron a recuperar las plazas perdidas en la década anterior y la amenaza de una invasión aragonesa acechaba. En definitiva, cada vez tenía más frentes y menos aliados. Esta fue la situación con la que Luna tuvo que lidiar en los años que se extienden desde 1445 a 1453, marcados por el ocaso del condestable, ahora también maestro de la orden de Santiago. A pesar de que en esos años el juego político no se complementó con campañas militares de la misma forma que se había hecho previamente, Álvaro de Luna tuvo ocasión de dirigir huestes en varias ocasiones aunque las fuentes no se muestran tan explícitas para este periodo como lo habían sido para el anterior. Con todo, en este último periodo la estrategia militar del condestable estuvo profundamente condicionada por la progresiva pérdida del favor real y el deterioro de sus apoyos políticos.

En dos ocasiones, en 1446 y 1447, el condestable y su ejército se encontraron frente a frente con las tropas del príncipe Enrique y Juan Pacheco. En la primera de las ocasiones, acaecida en Ataquines, parece que la hueste de Juan II y Álvaro de Luna se situó en aquella posición con el fin interceptar el paso del futuro Enrique IV, buscando el choque. Sin embargo, las negociaciones hicieron que no se llegara a combatir, como tampoco se llegaría a hacer al año siguiente¹⁵⁴. En estas dos ocasiones es difícil encajar la actuación de Luna dentro de los parámetros propuestos por el debate. Con todo, podría afirmarse que si en 1446 no buscó la batalla, ciertamente sí que la deseó. Por otro lado, la *Crónica de Álvaro de Luna* apunta, con unos ecos ciertamente propagandísticos, que en 1449 el condestable

¹⁵³ Round, *The Greatest Man Uncrowned*. Además de los diversos señoríos, el maestrazgo de Santiago sobresale sobre las demás ganancias obtenidas a raíz del choque a las afueras de la villa vallisoletana.

¹⁵⁴ Suárez, ‘Los Trastámaras de Aragón en el siglo XV’, 190; Calderón, *Álvaro de Luna*, 73-6.

se encaminó con 300 hombres de armas y menos de un centenar de *jinetes* a levantar el cerco al que tropas del rey de Navarra habían sometido a la villa de Cuenca. Estos últimos sumaban un millar de hombres montados y cuatro o cinco mil peones. A pesar de que Luna buscó y deseó el enfrentamiento campal, la fuente informa de que los enemigos huyeron, ya que aparentemente la abrumadora superioridad numérica no era garantía suficiente para combatir. La crónica afirma que ‘el Maestre no llegó a pelear con los contrarios, su temor peleó con ellos; e los llevaba ya desbaratados’¹⁵⁵. Más allá de los encuentros campales, los asedios hicieron acto de aparición en la carrera bélica del condestable por primera vez desde su única y fallida experiencia ante los muros de Lorca en 1444. En algunas de las operaciones de expugnación Luna llegó a ostentar un rol muy activo, como fue el caso de Atienza y en menor medida, en los menos intensos cercos a Toledo en 1449 o Palenzuela, dos años después. Según cuenta la *Crónica de Álvaro de Luna*, es posible que también estuviera presente al menos en los de Navarrete y Astudillo, ambos acaecidos en 1448¹⁵⁶.

Tras realizar este repaso a la carrera militar de Álvaro de Luna, convendría detenerse a analizar en qué medida se ajusta la actuación bélica del condestable a los parámetros establecidos en el debate en torno al paradigma Smail-Gillingham. En principio, atendiendo a los números, Luna combatió únicamente en dos batallas: La Higuera en 1431 y Olmedo en 1445. Asimismo, participó en tal vez dos cabalgadas, que aumentarían a tres si se tienen en cuenta las operaciones de devastación previas al encuentro de La Higuera. Por último, teniendo en cuenta lo confusas que resultan las fuentes para el periodo 1445-53 y que, probablemente no estuvo presente en varios de los cercos en los que sí que estuvo el rey, podría decirse que dirigió acciones de expugnación en al menos seis ocasiones¹⁵⁷. Los datos arrojados hacen dudar de la preeminencia de los encuentros campales en la estrategia de Luna y, de hecho, podría decirse que fue más un sitiador que un batallador. Con todo, tal vez el foco no deba ponerse en el número de batallas que un líder militar combatió. A pesar de que en el llamamiento inicial Gillingham abogó por que se estudiaran de carreras militares concretas, aportando datos cuantitativos como el número de campañas en las que participó y en qué tipo de operaciones consistieron estas, recientemente ha

¹⁵⁵ CAL, 224-9. Curiosamente, el Obispo conquense Lope de Barrientos escribió la refundición del Halconero, donde procuró situar su actuación en la defensa de la villa en un lugar preferente. La narración hace recaer en los hombros del obispo la responsabilidad de la victoria y el alzamiento del cerco de 1449, sin hacer mención a Luna. CH, 513-6.

¹⁵⁶ CH, 520, 524; CJII-BAE, 675; CAL, 213-4, 234-6, 271-84; Calderón, *Álvaro de Luna*, 72-88.

¹⁵⁷ A ello habría que sumarle su participación el combate urbano de Medina del Campo, en 1441.

admitido que el enfoque debería ser otro. Su nueva propuesta, influenciada por los postulados de Morillo y Villalon, se aleja de cuantificar los encuentros campales para preguntar cuántas veces se amenazó con batalla o se arriesgó a ella, insertando la variable de ‘desear batalla’¹⁵⁸. Con todo, hay que tener en cuenta que lo que se debate no son tanto los hechos como las intenciones del líder militar en cuestión. Esto conlleva ciertos peligros evidentes: ¿son los testimonios cronísticos válidos? ¿Lo es la retórica *posfacto* de los comandantes? Son dudas en parte irresolubles que tal vez podrían despejarse con el análisis de los acontecimientos que rodean cada campaña concreta, lo que tampoco queda exento de inconvenientes¹⁵⁹.

Atendiendo a lo expuesto, podría afirmarse que la descripción realizada de las campañas de Álvaro de Luna muestra que evitó la batalla al menos en dos ocasiones, la deseó al menos cuatro y la buscó en al menos ocho¹⁶⁰. Es evidente que las dos ocasiones en las que el condestable se negó a combatir a campo abierto, ambas en 1441, se encontraba en clara inferioridad numérica, lo que aconsejaba una cautelosa aplicación de la estrategia vegeciana, llegando incluso a recurrir al ‘reflejo obsidional’. Por otro lado, cabría preguntarse si todas aquellas veces que la deseó o la buscó, lo hizo por encontrarse en superioridad numérica o táctica frente a sus adversarios, lo que no contradeciría el paradigma Smail-Gillingham. El condestable procuró siempre tener cierta superioridad, tal y como demuestran, por ejemplo, el despliegue defensivo de 1429, la preparación del terreno en la Higuera o la espera a la llegada de refuerzos en Olmedo¹⁶¹. Como he mencionado previamente, Vegecio aconsejaba buscar la batalla únicamente si se poseía una

¹⁵⁸ Conferencia impartida por el profesor John Gillingham titulada ‘Lionheart and Lackland: Two Brothers in War’, en el marco de Coloquio ‘Grandes Comandantes da História Militar Ibérica (séculos IV-XVI): carreiras, mentalidades e modelos de atuação bélica’, celebrado en la Universidad de Coimbra, el 5 de noviembre de 2016.

¹⁵⁹ Como Andrew Villalon y John Hosler han indicado, a pesar de que se trata de un problema recurrente en todas las épocas, es una dificultad especialmente acusada para la Edad Media, donde la mayoría de relatos conservados fueron redactados, en el mejor de los casos, años o décadas después de los eventos. Villalon, ‘Battle-Seeking, Battle-Avoiding’, 151; Hosler, *Henry II*, 130. Véase capítulo 1.2.

¹⁶⁰ El cómputo ascendería a nueve si se tiene en cuenta el intento de 1449. Diego de Valera afirmaba que el encuentro se dio ‘sin voluntad’ de ninguna de las partes. Valeriana, 324-5. No obstante, la persecución a la que se vio sometida la hueste de Juan de Navarra lleva a pensar en una estrategia de búsqueda de batalla, no solo un deseo, ya que da la impresión de que el encuentro campal es el objetivo de esa campaña. Con todo, es cierto que al igual que en 1431, el combate se inició de forma inesperada tras las maniobras de Luna para obtener la ventaja numérica.

¹⁶¹ Esperar hasta tener los números de su parte parece haber sido una tónica general en la estrategia militar de Luna, como demuestran los ejemplos citados.

ventaja evidente o si no quedaba otro remedio¹⁶². Sin embargo, podría decirse que el caso expuesto sí que contradice el paradigma, en la medida en la que Luna no buscó la batalla porque tuviera una ventaja previa, más bien al revés: deseó o buscó la batalla y, después – o durante la campaña-, procuró obtener la ventaja táctica y/o numérica. Así, el condestable era quien creaba una situación estratégica en la que se daban las condiciones tácticas para que el encuentro campal tuviera lugar en términos mínimamente favorables. Incluso si se toman únicamente las dos batallas que combatió como referencia, aunque a primera vista pueda parecer que se iniciaron al crecer en intensidad y participantes escaramuzas desordenadas, las narraciones indican que fue a instancias del privado regio que esos combates escalaron hasta convertirse en un encuentro campal generalizado. Una actuación en las antípodas de evitar la batalla.

Aunque parece evidente que la carrera militar de Álvaro de Luna constituye el paradigma de un comandante buscador de batalla, es cierto que no se trata de un ejemplo extrapolable. Se trata de un caso atípico por diversas razones. En primer lugar, al contrario que otros de los líderes militares estudiados al calor del debate en torno a la estrategia vegeciana, como Ricardo Corazón de León o Enrique II de Castilla, Luna no pasó la mayor parte de su vida combatiendo¹⁶³. De hecho, aparece en escena siendo ya adulto, es nombrado condestable con treinta y tres años y su bautismo de fuego no llegaría hasta seis años después¹⁶⁴. Asimismo, incluso en los veinticuatro años que duró su carrera militar, su mando activo en campaña apenas ocupó la mitad de ese lapso cronológico. Por otro lado, hay que tener en cuenta que, aunque Luna ejerciera como comandante en jefe, su autoridad no era equiparable a la de un monarca, por lo que el proceso de toma de decisiones militares precisaba de más consenso que si se tratara de un rey –aunque estos también necesitaran conformidad¹⁶⁵. Así se explica que en varias de las ocasiones en las que el condestable

¹⁶² Vegecio, III, VIII.

¹⁶³ Gillingham, 'Richard I and the Science of War', 194-207; Villalon, 'Battle-Seeking, Battle-Avoiding', 131-54.

¹⁶⁴ Si se obvia, como he indicado previamente, la defensa de Montalbán, en 1420. CH, 4-5. Hay que tener en cuenta que Álvaro de Luna vivió más tiempo que Ricardo Corazón de León y Enrique II de Castilla, por lo que la comparación debe ajustarse a este parámetro.

¹⁶⁵ También está presente el problema adicional del mando efectivo, que podría diferir del liderazgo nominal. Aunque lo más probable sea que Luna dirigió las operaciones en las que participó, la presencia del monarca o su heredero les otorgaría el mando teórico. Véase capítulo 2.2.

quiso buscar la batalla, como en 1429 o 1441, por ejemplo, la oposición del Consejo Real forzó a que los planes no llegaran a tomar cuerpo¹⁶⁶.

Por último, la avidez con la que Álvaro de Luna buscó la batalla se explica por su propia condición. De origen bastardo en una importante casa aragonesa, el que llegaría a ser el hombre más poderoso del reino medró gracias a su posición como privado de Juan II, un cargo dependiente en exclusiva del favor regio. Su situación era, por tanto, extremadamente inestable, una vulnerabilidad que buena parte de la nobleza estaba dispuesta a explotar, ya que no les interesaba la presencia de un privado muy influyente, que se interponía entre ellos y el rey, ejercía como pantalla y fagocitaba las rentas y bienes que, en teoría, debían quedar más repartidos. Por ello, ciertos nobles, encabezados por los Infantes de Aragón, se unieron en forma de ligas nobiliarias con el fin de derribar al privado, consiguiendo que fuera desterrado de la corte hasta en tres ocasiones -1427, 1439, 1441¹⁶⁷. Las citadas expulsiones no hicieron sino confirmar lo voluble de la situación en la que se encontraba Álvaro de Luna. El condestable era consciente de ello y tradicionalmente se ha sostenido que trató de protegerse acumulando 'bienes y rentas en tal proporción que le hicieran invencible'¹⁶⁸. Sea como fuere, eso no resultaba suficiente, como su definitiva caída acabó demostrando. Precisaba mantener la relación de amistad con el rey valiéndose tanto de maniobras políticas como de éxitos militares.

Así, Luna libró dos tipos de guerras: exteriores y civiles. Respecto a las primeras, las campañas de Fernando de Antequera habían sentado el precedente de campañas dirigidas contra el enemigo granadino que, sin entrañar excesivos riesgos, podían reportar pingües beneficios propagandísticos y estos, a su vez, podían traducirse en capital político. Y ninguna acción militar reportaba más gloria que la batalla. Con esos antecedentes, Luna no hizo sino emular sus hazañas en 1431. Por su parte, las guerras civiles, contando como tal también la de 1429-30, no fueron sino enfrentamientos librados al calor de la pugna por

¹⁶⁶ Las crónicas que narran los hechos, favorables a Luna, también podrían haber creado la clásica situación en la que el 'protagonista' no actúa como se supone que debería por culpa de terceros y/o factores externos.

¹⁶⁷ José María Monsalvo, en una publicación reciente, afirmaba que el poder de los privados de época Trastámara derivaba 'de la relación de amistad o complicidad con los monarcas, quienes delegaban en ellos, en sus personas, pero no en sus cargos, las funciones de gobernación que correspondían a los monarcas'. Monsalvo 'El conflicto nobleza frente a monarquía', 139-46; Monsalvo, *La construcción del poder real*, 344.

¹⁶⁸ Calderón, *Álvaro de Luna*, 44.

apoderarse del rey¹⁶⁹. En ese contexto, Álvaro de Luna tenía que hacer una hábil utilización de la propaganda, cuidando su imagen y salvaguardando su honor, como hizo con el cruce de desafíos de 1441. Asimismo, a Luna no le bastaba con confiscar los bienes de sus oponentes, pues estos podrían reclutar para su causa otros agraviados por sus políticas; además, al tratarse de los reyes de dos reinos vecinos, tenían capacidad para formar huestes para acudir a reclamar lo que consideraban como suyo. El objetivo no era la ganancia territorial, sino el afianzamiento y medro político a costa del adversario. Es por ello que el condestable precisaba de una victoria decisiva e indiscutible con la que aislar políticamente a sus enemigos y sellar su dominio. Y en el campo militar, un golpe de efecto de tal calibre solo podía obtenerse en el campo de batalla.

3.2.3. La batalla como fin: la Guerra de Sucesión Castellana y la batalla de Toro

Además de las circunstancias particulares de ciertos líderes militares, determinados contextos podían resultar especialmente propicios para situar a la batalla en un lugar central dentro del planteamiento estratégico. En este sentido, Anthony Goodman, John France, Stephen Morillo o incluso el propio John Gillingham se han percatado de que en las guerras civiles medievales las batallas se buscaban de forma activa¹⁷⁰. En el caso castellano, de los tres grandes conflictos internos que azotaron la Corona en el Cuatrocientos, la abundancia de fuentes cronísticas y epistolares para la época de los Reyes Católicos hace que la Guerra de Sucesión Castellana sea el enfrentamiento mejor conocido. Así, tomando como punto de referencia la segunda unidad de medida propuesta por John Gillingham en su llamamiento –el estudio de campañas concretas–, realizaré un seguimiento de las

¹⁶⁹ La guerra contra Navarra y Aragón de 1429-30 no era una guerra exterior sensu stricto –a pesar de que Luna se esforzó por proyectarla de esa manera–; era también una guerra civil, en la medida en la que varios miembros de la nobleza castellana se alinearon con los Infantes de Aragón. Estos últimos eran poseedores de señoríos en la Corona de Castilla y pugnaban con Álvaro de Luna por estar cerca del rey y beneficiarse de mercedes, tierras y otros beneficios. La realidad peninsular estaba interconectada políticamente desde la Plena Edad Media, pues era común que nobles tuvieran tierras o conexiones familiares en más de un reino, abriéndose la posibilidad de desnaturalizarse de un rey y jurar lealtad a otro. Por ello, todos los conflictos internos tenían, necesariamente, una dimensión ibérica. Así, todas las guerras libradas contra alguno de los reinos cristianos peninsulares se dieron a causa de la injerencia extranjera en los asuntos castellanos –o viceversa.

¹⁷⁰ No hay más que acudir al apéndice de la obra de Anthony Goodman para comprobar que las campañas de la Guerra de las Rosas tendieron a ser breves y concluyeron en notables encuentros campales. Goodman, *The wars of the Roses: Military activity*, 227-8. France, *Western warfare*, 150-1; Morillo, ‘Battle Seeking’, 30, 34, 39; Gillingham, *The wars of the Roses*, 15-50; Gillingham, ‘Richard I’, 207.

operaciones militares que llevaron al encuentro campal de Toro, para así poder discernir si lo acontecido aquel 1 de marzo de 1476 se ajusta a los parámetros del paradigma.

La Guerra de Sucesión Castellana tiene sus raíces en la muerte de Enrique IV en 1474, aunque no estallaría hasta mediados del año siguiente. Por un lado, Isabel de Trastámara –después conocida como la Católica- reclamaba su derecho al trono como hermanastra del fallecido rey, en detrimento de la supuesta hija de este. Para ello Isabel alegaba que Juana no era hija del rey, sino que había nacido fruto del adulterio de la reina con el privado del rey, Beltrán de la Cueva. El argumento de Isabel no era nuevo; en los años previos a la muerte del monarca se había llevado a cabo una campaña propagandística con objeto de difamar a la heredera, llegando a llamarla ‘la Beltraneja’, en alusión a su supuesto padre¹⁷¹. La causa juanista, por su parte, buscó apoyo en el rey de Portugal, Alfonso V, tío de Juana y futuro marido¹⁷².

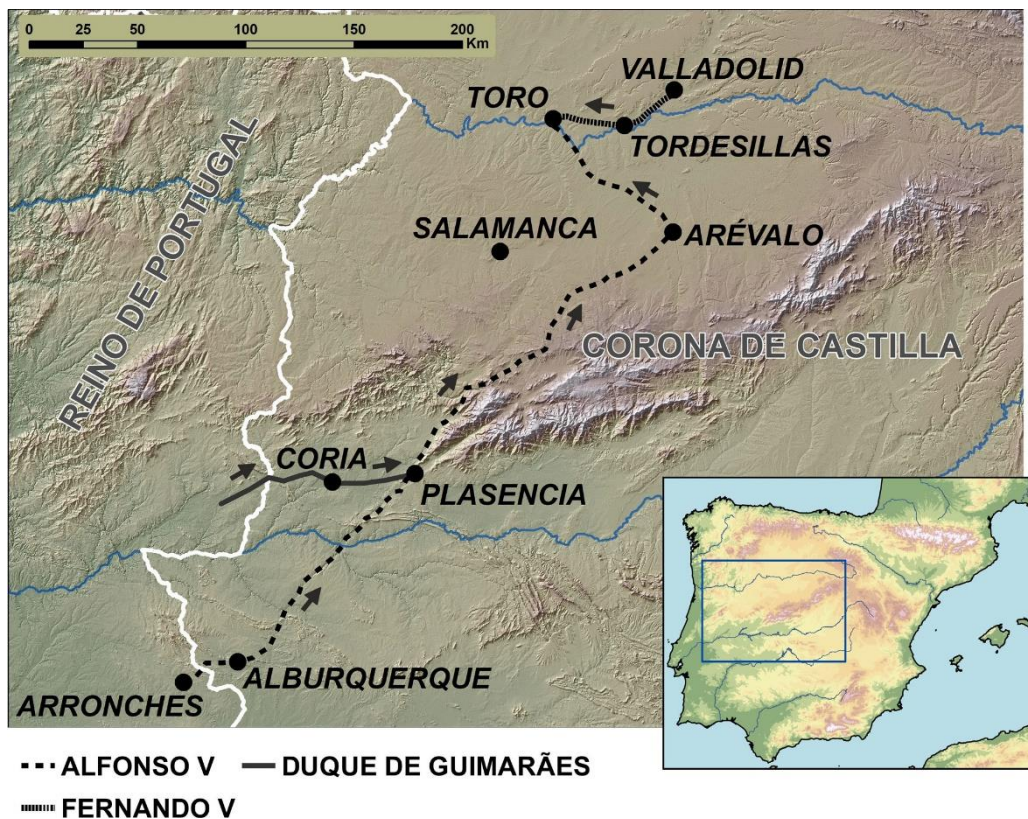
La invasión portuguesa comenzó a principios de mayo de 1475, penetrando por la frontera extremeña desde Arronches hacia Albuquerque. Simultáneamente, otra fuerza lusa comandada por el duque de Guimarães lo hacía por Coria. Una vez en Castilla, unió sus fuerzas con las de sus principales apoyos en Castilla¹⁷³. La estrategia de Fernando para afrontar la situación parece que estaba clara. Su intención era resolver la guerra mediante una batalla campal, pues así se lo comunicó a su padre, el rey Juan II de Aragón y Navarra, en una carta fechada el 28 de mayo de 1475. Transcurridas dos semanas y media desde el inicio de la invasión, informaba a su progenitor de la situación y de sus planes. Estimaba las fuerzas de Alfonso en entre 8.000 y 10.000 peones y algo más de 3.000 a caballo. En ese momento Fernando se encontraba en Salamanca, aperciendo a su hueste, que se debería concentrar en Valladolid. Estaba reuniendo el mayor número de hombres que era capaz, y la estimación que hacía de sus propias fuerzas era que en ocho días, para el 5 de junio, podría tener reunidas más de 2.000 lanzas y entre 12.000 y 15.000 peones. Tras exponer esta situación, pasaba a intentar dilucidar cuál sería el próximo movimiento del monarca portugués, señalando que este se encontraba cerca de Plasencia y que, puesto que por esa zona no había muchos mantenimientos, habría de pasar a Arévalo, momento que

¹⁷¹ Carrasco, *Isabel I de Castilla*; Suárez, ‘Los Trastámaras de Aragón en el siglo XV’, 269.

¹⁷² No es mi intención realizar una exhaustiva narración de los acontecimientos de la guerra, que puede ser consultada en Flores, *A batalha de Toro*.

¹⁷³ CA, 491-2; CRC-FP, I, 103, 120-1; Pina, *Chronica*, 830-4; Resende, *Crónica de dom João II*, 7; Gòis, *Crónica*, 109; 117-8; CI, 180-3; CEIV-AP, II, 184, 187.

Fernando aprovecharía para presentar batalla¹⁷⁴. Ahora bien, si los números estaban igualados y un documento privado indica expresamente que el rey castellano quería resolver la cuestión mediante un encuentro campal, ¿qué ocurrió para que el choque no tuviera lugar hasta diez meses después?



Mapa n° 4. Movimientos de tropas durante mayo-julio de 1475.

Alfonso, en efecto, pasó desde Palencia a Arévalo, donde estuvo detenido por dos meses hasta que se dirigió a Toro para estrechar el cerco sobre el castillo de la ciudad, que se mantenía fiel a Isabel, al contrario que la ciudad. No se sabe por qué se detuvo en Arévalo, es posible que planeara levantar el cerco al que estaban siendo sometidos sus partidarios en el castillo de Burgos, para después enlazar con la invasión francesa que estaba por realizarse a través de Guipúzcoa. Del mismo modo, también es posible que, al no encontrar en Castilla tantos partidarios como había esperado, se decidió por una estrategia más cautelosa, controlando las fortalezas y villas cercanas a la frontera

¹⁷⁴ Paz, *El cronista Alonso de Palencia*, 183-6.

portuguesa. Sea como fuere, el Católico, manteniendo su plan original, partió de Valladolid al mando de más tropas de las que en un primer momento había esperado reunir¹⁷⁵. Tras reunir tropas adicionales en Tordesillas, su plan era socorrer la villa de Toro, cuyo castillo estaba siendo asediado por Alfonso desde dentro de la ciudad, que se había levantado por Juana. De nuevo informaba a su padre de que pretendía dar fin a la guerra con la mayor rapidez posible y no solo esperaba liberar la fortaleza y la ciudad, sino que confiaba poder derrotar al rey de Portugal, ya que la justicia y la superioridad numérica estaban de su parte¹⁷⁶.

Tras todos estos movimientos y preparaciones, parecía que el choque fuera inminente. Fernando se presentó ante los muros de Toro con su ejército en formación de batalla, e inició un intercambio de carteles de desafío. En ellos, Fernando incitaba al portugués a luchar en batalla, o al menos a enfrentarse en combate singular. Alfonso se negó a ambas peticiones, lo que se tradujo en una retirada del ejército castellano¹⁷⁷. Bien es cierto que los carteles de desafío podrían tratarse de simple retórica, para luego ser utilizados con fines propagandísticos en vez de reflejar un interés real en forzar la batalla o tal vez ambas cosas: podría buscar en efecto forzar el enfrentamiento, y si no lo conseguía tendría un arma política. Se sabe, por las cartas, que Fernando deseaba la batalla, y al no encontrarla utilizó los carteles como propaganda política para socavar la autoridad y el honor de Alfonso.

Después de ese primer intento de dirimir la guerra en una única jornada, ambos monarcas centraron su atención en consolidar sus posiciones. Tras retirarse de Toro, Fernando pasó a estrechar el cerco sobre el castillo de Burgos, que se había alzado en favor de Juana, aunque la ciudad permaneció leal¹⁷⁸. A pesar de ello, el monarca castellano no había abandonado su deseo de enfrentarse en batalla con su oponente, como relataba a su

¹⁷⁵ Pulgar cifra el ejército en la excesiva cantidad de 20.000 tropas montadas y 50.000 a pie. Con una estimación más conservadora, Valera afirmaba que se trataba de 11.000 a caballo y 30.000 infantes. De forma similar, Palencia cifraba la hueste en 2.500 lanzas, 8.500 *jinetes* y 30.000 peones. CRC-FP, I, 132; CRC-DV, 26; CEIV-AP, II, 208.

¹⁷⁶ Paz, *El cronista Alonso de Palencia*, 194-5.

¹⁷⁷ CRC-FP, I, 127-32, 134-6; Pina, *Chronica*, 834; Gòis, *Crónica*, 121; CRC-DV, 22-35; CI, 194-5, 219-24, 233-4; CEIV-AP, II, 208-15. El contenido de los carteles puede consultarse en Sesma, 'Carteles de batalla cruzados', 58-78.

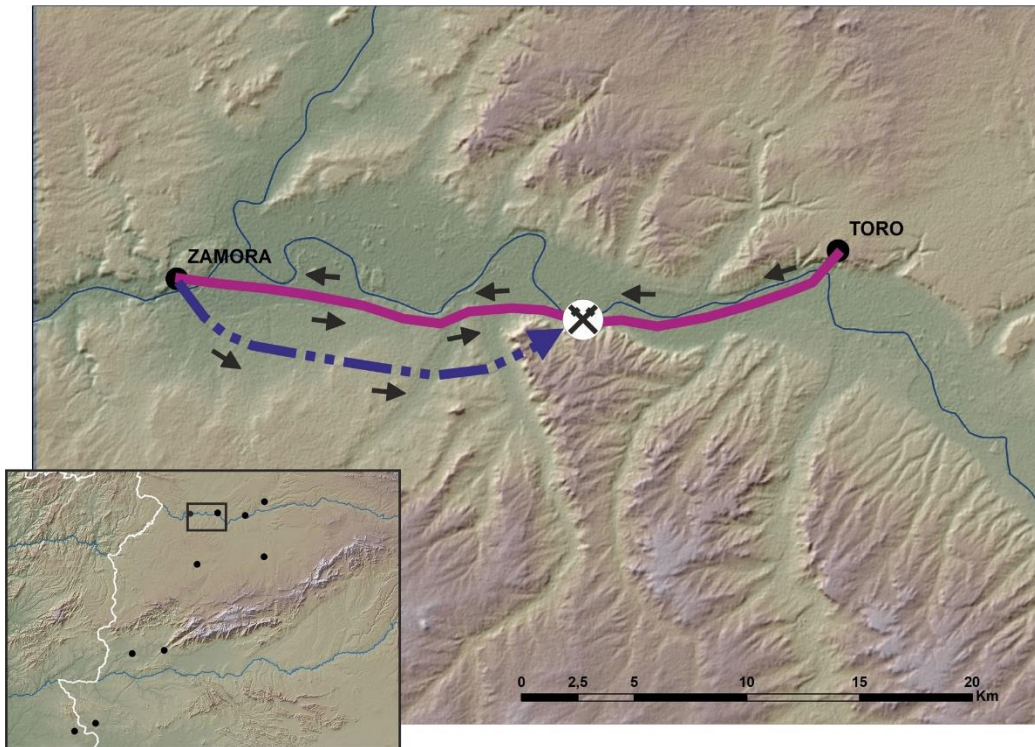
¹⁷⁸ CRC-FP, I, 150-1, 153-6, 164-6, 173, 177-8; Gòis, *Crónica*, 130-1; CRC-DV, 38-9, 53; CI, 256-9; CEIV-AP, II, 224, 229-30, 245, 255, 259.

padre en una carta¹⁷⁹. Culminado el asedio a la fortaleza de Toro por parte de Alfonso V todo parecía estar en tablas, una guerra de posición al uso tradicional. Si bien el nuevo plan de Fernando era concluir el asedio sobre el castillo de Burgos, se le presentó la oportunidad de recuperar Zamora, que estaba en manos portuguesas.

Mientras el Católico se encontraba cercando el castillo de Zamora, Alfonso se preparaba socorrerlo. Lo que aconteció fue serie de desafíos cruzados. Alfonso retó a Fernando a salir de Zamora y combatirle a campo abierto, a lo que este último se negó. Vista la mala imagen que proyectaba de sí mismo al haberse negado al enfrentamiento, Fernando formó su hueste frente a las murallas de Toro, desafiando a su vez al monarca luso, que también rehusó. Esta situación cambió con la llegada el príncipe Juan de Portugal con refuerzos, lo que animó a Alfonso a pasar a la ofensiva. Corría ya 1476 y el castillo de Burgos había caído en manos castellanas en enero. En febrero, Alfonso estableció su real frente a Zamora, al otro lado del Duero, bloqueando el puente y batiendo los muros y torres de la ciudad con su artillería. Se acercaba el punto crítico de la guerra. Desde la posición en la que estaban los portugueses no podían establecer un cerco efectivo sobre Zamora. El invierno estaba desgastando las fuerzas portuguesas, que debían dormir a la intemperie y se estaban quedando sin suministros, por lo que Alfonso licenció a la mayor parte de su infantería. Mientras, los castellanos estaban acantonados en la ciudad y no sufrían grandes penurias. Por su parte, Fernando no estaba realizando una defensa estática, sino que, tras percatarse de la ausencia de los peones lusos, posicionó 600 lanzas en Fuentesauco y 400 en Alaejos, ambas ciudades a cuatro leguas de Zamora. El monarca castellano estaba cortando las líneas de suministro portuguesas, dejando libre tan sólo la ruta Toro-Zamora, en un posible realizar un audaz movimiento de tenaza que copara a los portugueses entre su hueste y los refuerzos¹⁸⁰.

¹⁷⁹ La carta constituye una respuesta a una misiva previa enviada por el monarca aragonés que, desgraciadamente, se encuentra perdida. Supuestamente, Juan II habría aconsejado a Fernando buscar el enfrentamiento campal, ya que la respuesta de su hijo así lo da a entender: ‘El consexo de Vuestra alteza me da sobre los procesos del Rey de Portugal recibo en señalada merced; fasta aquí no se ha podido aquel seguir, porque yo tenia tanta gente de á caballo y de á pie, que parecio no se devia de presentar la batalla al dicho Rey de Portugal, del qual se facia indicio que non osaria salir, como non oso, á dar la debida batalla: ahora enteindo que sera muy sano consejo el que vuestra alteza dice, y trabaxaré porque así se ponga en execucion’. Paz, *El cronista Alonso de Palencia*, 195-6. La misiva está fechada en Tordesillas el 25 de julio de 1475.

¹⁸⁰ CRC-FP, I, 168-73, 187-90, 193-8, 201-5, 221; CRC-DV, 48-50, 55, 63-7; CEIV-AP, II, 248-9; 257-8; 264-7; Pina, *Chronica*, 839-43; Gòis, *Crònica*, 152-4; 157-60.



Mapa n° 5. Movimientos de tropas inmediatamente anteriores a la batalla de Toro (15 de febrero a 1 de marzo de 1476).

Sea como fuere, tras dos semanas de asedio, la falta de mantenimientos y la detección de las fuerzas castellanas operando a sus espaldas, así como observar que Fernando estaba realizando portillos para salir a combatir, hicieron que los portugueses levantaran el real para retirarse hacia Toro la madrugada del 1 de marzo. Parecía el momento que Fernando estaba esperando, las huestes estaban equilibradas y aprovechó la ventaja de perseguir al enemigo en retirada. La hueste castellana alcanzó a la portuguesa casi a las puertas de Toro. En este punto tuvieron lugar los consejos de guerra de ambas facciones. Alfonso sabía que no podía retirarse, pues la entrada a Toro pasaba por un estrecho puente, un cuello de botella en el que los castellanos hubieran destrozado las fuerzas portuguesas. Por ello formó a sus hombres frente a los muros de la ciudad. En cuanto a Fernando, es posible que la mayor parte de su peonaje se hubiera atrasado en la persecución, por lo que debía de librar la batalla con fuerzas de caballería; no llevaba

artillería y sobre todo, ya casi había anochecido¹⁸¹. Aun así, era una oportunidad única, y finalmente ambos monarcas se enfrentaron, dando lugar a la batalla de Toro. En la práctica, las *batallas* del rey Alfonso sucumbieron ante los castellanos –llegando éstos últimos incluso a poner en fuga al propio monarca luso-, a excepción de su flanco izquierdo que, bajo el mando del príncipe Juan de Portugal, deshizo el ala derecha castellana y quedó guardando el campo sobre un cerro cercano. Fernando hacía lo propio por un menor lapso de tiempo, antes de regresar a Zamora¹⁸².

Tras la victoria estratégica castellana en Toro, la Guerra de Sucesión Castellana todavía se extendió hasta 1479, aunque su intensidad fue disminuyendo y ya toda la iniciativa estuvo en manos de Fernando. Después del encuentro campal Alfonso V y el príncipe Juan, junto con Juana y la mayor parte del ejército, retornaron a Portugal¹⁸³. La ofensiva francesa, casi simultánea a la batalla, fracasó en un tortuoso e infructuoso asedio ante los muros de Hondarribia¹⁸⁴. Fernando e Isabel ocuparon los siguientes dos años en recuperar las plazas tomadas por los portugueses o por los nobles castellanos juanistas. Un último intento de invasión portuguesa, esta vez mucho más limitado, fue derrotado en la batalla de La Albuera en 1479¹⁸⁵.

En definitiva, Fernando comenzó la campaña buscando la batalla, pero como reza la conocida frase atribuida a Helmuth von Moltke ‘el Viejo’: ‘ningún plan sobrevive al contacto con el enemigo’. Tras fallar el intento ante Toro en el verano de 1475, Fernando pasó a concentrarse en recuperar las plazas fuertes pérdidas, aunque sin dejar de lado su plan inicial. Es decir, Fernando pasó de ‘buscar’ la batalla a ‘desearla’¹⁸⁶. La estrategia del portugués se muestra más difícil de analizar, tal vez porque la información referente a este bando es más escasa. Aun así, las acciones de Alfonso dan a entender que el principio que

¹⁸¹ Esas son las desventajas que el propio Fernando enumeraba en las cartas enviadas a las ciudades castellanias para informar de su victoria, con lo que el tono propagandístico de la fuente aconseja cautela. Con todo, lo afirmado por el Católico parece perfectamente plausible ya que la persecución de más de veinte kilómetros realizada en un único día cansaría antes a los peones. Moratalla, *Documentos de los Reyes Católicos*, 113-5.

¹⁸² CRC-FP, I, 207-15, 223; Pina, *Chronica*, 843-8; Resende, *Crónica de dom João II*, 11-5; Gòis, *Crónica do Príncipe D. João*, 161-7; CRC-DV, 68-73; MRC, 57-9; CEIV-AP, II, 269-73.

¹⁸³ Flores, *A batalha de Toro*, 186-7.

¹⁸⁴ CRC-FP, I, 180-6, 250-1; CRC-DV, 56-60; CEIV-AP, II, 276.

¹⁸⁵ CRC-FP, I, 370-6; Pina, *Chronica*, 866; Gòis, *Crónica do Príncipe D. João*, 204-6; MRC, 80-2; IV Década, 115-9; Vargas-Zúñiga, *Don Alonso de Cárdenas*, XXXIII-XXXV.

¹⁸⁶ A pesar de lo que pueda parecer, no puede decirse que la estrategia de Fernando fuera contraria a los postulados vegecianos ya que el propio Vegecio señalaba que un general debe decidir si es preferible prologar la guerra o solventarla de forma rápida. Vegecio, III, VIII.

regía su estrategia de campaña era la prudencia. No se sabe por qué una vez realizada la invasión su empuje menguó; tal vez, porque no obtuvo tanto apoyo por parte de los nobles castellanos como esperaba o bien porque esperaba poder sincronizar su ofensiva con la invasión francesa. Lo que sí que parece más evidente es que Alfonso aceptó la batalla porque no tuvo otra opción, lo que se ajusta al paradigma vegeciano¹⁸⁷.

El análisis de la campaña principal de la Guerra de Sucesión Castellana es un buen ejemplo desde el que desarrollar algunas ideas. En un contexto de guerra civil, la función estratégica de la batalla multiplica su valor exponencialmente, al cambiar el eje sobre el que gira la rueda de la guerra de una pugna por el control de los puntos fuertes del territorio a un enfrentamiento que solo se dirimirá de forma clara con la derrota del oponente. A estas circunstancias habría que añadir la importancia del factor tiempo y, asociado a él, el cambiante o inseguro apoyo entre las facciones o partidarios de los contendientes, lo que fuerza a buscar la decisión del conflicto de una forma rápida. Ante la presumible fluctuación de las alianzas, la falta de capital político hacía casi imposible armar una estrategia defensiva vegeciana, basada en la defensa de los puntos fuertes y el desgaste del enemigo. Asimismo, aplicar técnicas de ‘tierra quemada’ o devastar el territorio enemigo no era una opción, pues no tenía sentido destruir las tierras sobre las que se aspiraba gobernar¹⁸⁸. Fernando había tomado la decisión de enfrentarse en batalla campal contra el monarca portugués desde el inicio de la campaña, pero pronto quedó claro también que una defensa en profundidad, basada en los preceptos vegecianos, no era posible. La caída de Zamora en manos portuguesas, ocurrida mientras Fernando se dirigía a Toro para desafiar a Alfonso, puso en tela de juicio la posibilidad de confiar en las guarniciones y defensas de las ciudades y fortalezas del reino. Una estrategia defensiva vegeciana no pudo ser posible, como no pudo serlo para los portugueses en 1385, que se decidieron a presentar batalla en Aljubarrota¹⁸⁹.

Rogers apuntaba que quien solía estar dispuesto a dar la batalla era aquel que necesitaba confirmarse, como Enrique de Trastámara en Nájera, Pedro I en Montiel o Juan I en Aljubarrota. Estos monarcas necesitaban mostrar fortaleza con el fin de conseguir

¹⁸⁷ Si se recuerda, el autor romano recomendaba aceptar el combate a campo abierto únicamente si tenía ventaja o si no quedaba otro remedio.

¹⁸⁸ La Crónica Incompleta hace referencia a que, en un primer momento, Alfonso evitó realizar cualquier daño en las tierras castellanas pues quería ser visto como ‘su rey natural’. CI, 190.

¹⁸⁹ Monteiro, ‘Estratégia e risco em Aljubarrota’, 165-6.

nuevos seguidores o preservar los que ya tenían. Para Rogers esto resulta especialmente cierto en aquellas ocasiones en las que el monarca en cuestión había usurpado el trono o lo reclamaba, ya fuera por primera vez o tras haberlo perdido¹⁹⁰. Como es evidente, el caso de los Reyes Católicos y la batalla de Toro encajan dentro de esta categoría. La mayor parte de la nobleza estaba de su lado, pero eso no quería decir que no necesitaran reafirmarse; los Reyes Católicos constituían el poder establecido y quien ostenta el poder también debe mantenerlo. La mera existencia de un levantamiento o una rebelión constituía un desafío al orden establecido que, si no se erradicaba rápidamente, podía atraer más simpatizantes, crecer y, en última instancia, alzarse con la victoria. Por supuesto, esto no se aplicaría a todas las rebeliones acaecidas en el seno de las monarquías bajomedievales, aunque sí que parece tratarse de una tónica común en aquellas ocasiones en las que uno de los bandos enfrentados presenta un candidato alternativo al trono¹⁹¹. Era en esos momentos de máximo peligro cuando el monarca en cuestión, Fernando e Isabel en este caso, debían buscar la batalla, pues el reino observaba. Tras la victoria de Toro, Bernáldez señala que hubo muchos que se pasaron al bando isabelino, pues no eran pocos los que esperaban a ‘viva quien vence’¹⁹².

La victoria en batalla del bando castellano fue en realidad un empate táctico que resultó en un triunfo estratégico, impulsado por una eficaz campaña de propaganda. Fernando, nada más retornar de la batalla, envió cartas a las principales ciudades del reino informando de su recién obtenida victoria. El príncipe Juan de Portugal hizo lo propio, solo que únicamente notificó su éxito a las ciudades lusas¹⁹³. Pero el campo de batalla estaba en Castilla, eran los corazones y las mentes de los castellanos los que había que conquistar. En una guerra cuyo fin último es abstracto, como la conquista del trono, los hechos bélicos, a pesar de situarse en un primer plano, quedan supeditados a la propaganda. Por tanto, en un contexto como el citado de la Guerra de Sucesión Castellana, lo importante no era lo

¹⁹⁰ Rogers, ‘The Vegetian Science of Warfare’, 18.

¹⁹¹ El ejemplo más significativo es el de la Guerra de las Rosas. Goodman, *The wars of the Roses: Military*; Goodman, *The wars of the Roses. The soldiers*.

¹⁹² MRC, 64. El duque de Arévalo y su esposa Leonor Pimentel decidieron cambiar de bando un mes después de la batalla. En mayo lo hicieron los Pacheco, unos de los principales valedores de la causa juanista. Finalmente, en septiembre, el arzobispo de Toledo hizo las paces con los Reyes Católicos. Suárez, *Los Reyes Católicos. La conquista del Trono*, 157-69.

¹⁹³ Carrasco, *Isabel I de Castilla*, 195, 349.

que se hacía, sino la percepción de ello, la imagen que se transmitía. Solo así puede entenderse que un empate táctico como el de Toro se convirtiera en una victoria estratégica.

Ligados a la propaganda bélica subyacen otros aspectos como el honor o el prestigio. Ambos valores tenían un significado profundo y estructurador en las sociedades medievales, que podían interferir directamente en la relación de fidelidad y lealtad entre gobernantes y gobernados o en el equilibrio de fuerzas en el curso de una campaña militar¹⁹⁴. Eran aspectos que condicionaban la imagen y popularidad de los jefes políticos y militares¹⁹⁵. Fernando dio un uso político a los carteles de desafío intercambiados entre Alfonso y él y las crónicas castellanas tildaron de vergonzosa la negativa del monarca luso a combatir. Asimismo, el cronista Fernando del Pulgar afirmaba que por no haber aceptado el desafío lanzado por Alfonso ante Zamora, los caballeros de Fernando se sentían menguados, así como los vecinos de ciudad¹⁹⁶. Por otro lado, las crónicas portuguesas aluden a que la negativa a combatir de Fernando en un desafío posterior hizo que el consorte castellano se percatara de que la afrenta a su honor podía ser muy perjudicial para sus propósitos, por lo que se decidió a corresponder al monarca luso con otro desafío, moviendo su hueste hasta los muros de Toro para tal fin¹⁹⁷.

En definitiva, el ejemplo de Toro muestra como las guerras civiles, especialmente aquellas que observaron el alzamiento de un candidato alternativo al trono, fueron contextos en los que la batalla se erigió, por sí misma, como fin estratégico. Las cabalgadas quedaban descartadas por lo que implicaban en términos de apoyo popular. Asimismo, los asedios no tenían tanto sentido como en una guerra de conquista, pues el apoyo político era cambiante y una fortaleza o villa que había sido fiel, podía cambiar de opinión. Por tanto, la coyuntura clamaba por una victoria contundente y, si esta no era posible, la propaganda tendía que fabricar una. En ese sentido, los Reyes Católicos supieron hacer una lectura de su situación y adaptarse en consecuencia.

¹⁹⁴ Monteiro, 'Estratégia e risco em Aljubarrota', 154.

¹⁹⁵ Ana Isabel Carrasco afirma que las acciones de los reyes eran miradas al milímetro, 'puesto que el mínimo acto que suponga la vergüenza regia puede ser una baza que aumente, por el contrario, la buena fama de los adversarios'. Carrasco, *Isabel I de Castilla*, 237.

¹⁹⁶ CRC-FP, I, 193-4.

¹⁹⁷ Góis, *Crónica do Príncipe D. João*, 153-4.

4. Guerra de desgaste: cabalgadas e incursiones

Cuándo en 1864 el general de la Unión William Tecumseh Sherman lideró su célebre ‘Marcha hacia el mar’, penetrando profundamente en el territorio confederado y devastando Georgia a su paso, estaba reproduciendo el tipo de operación más frecuente de la guerra en la Edad Media. Los comandantes medievales buscaban erosionar la capacidad económica del enemigo destruyendo la base agrícola sobre la que esta se sostenía. Con esto se minaba la operatividad del oponente, desgastando además su moral y su apoyo político. Las ventajas que ofrecía este tipo de acción militar también se veían reflejadas en las fuerzas propias. La breve duración de las intervenciones permitía operar con escasos costes económicos, abasteciéndose sobre la marcha y viviendo del campo enemigo. Asimismo, al tratarse de una operación de aproximación indirecta, las bajas propias podían ser escasas o, incluso, irrelevantes. Por último, la perspectiva de sustanciosas ganancias, de cuantioso botín, motivaba a los guerreros a realizar incursiones. Por ello, no debe sorprender que este tipo de actuación bélica fuera la más común, ya que se adaptaba perfectamente a las limitaciones que padecían los reinos medievales, así como a los objetivos militares que perseguían¹.

Como he apuntado en el capítulo anterior, las incursiones, la guerra de desgaste, era un pilar básico de la praxis bélica castellana. Aun así, el valor bélico de las cabalgadas residía, casi en exclusiva, en las operaciones de guerra exterior. En las guerras civiles se perseguía la victoria política, no la ganancia territorial, un fin abstracto que había de obtenerse mediante el apoyo de la nobleza y el soporte popular, una ecuación en la que las incursiones apenas tenían cabida. El análisis estadístico de las incursiones realizadas entre 1407 y 1492 muestra que más del 80% de las mismas fueron ejecutadas en contextos de guerra exterior. Si se tiene en cuenta el enemigo contra el que fueron dirigidas, se observa que más del 80% de ellas tuvieron como objetivo el reino nazarí de Granada. Así, me encuentro en posición de afirmar que en torno a tres cuartas partes del más de un centenar de operaciones de cabalgada recogidas por las crónicas, fueron dirigidas contra objetivos musulmanes.

¹ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 72-5; Prestwich, *Armies and Warfare*, 198.

Por supuesto, estos datos son relativos, pues solamente he utilizado fuentes narrativas, y estas no cuentan sino las cabalgadas más relevantes: aquellas que causaron especial devastación, que sufrieron una sonora derrota o que obtuvieron una destacada victoria, criterio que puede variar dependiendo del cronista. La primera parte de la *Crónica de Juan II*, por ejemplo, es la más explícita, pues menciona muchas incursiones en territorio granadino, incluso aquellas de baja escala. Con todo, la mayoría de los autores cuatrocentistas tienden a narrar solo aquellas incursiones más destacadas, apuntando vagamente que otras muchas entradas se llevaron a cabo en aquel tiempo². Alvar García de Santa María señalaba que Fernando Álvarez de Toledo, como capitán de la frontera, realizó más entradas que las recogidas en la crónica, que no se mencionan porque durante su transcurso no ocurrieron hechos dignos de mención, pues los granadinos evitaron la confrontación directa³. Del mismo modo, Fernando del Pulgar justificaba la omisión de las incursiones en su relato debido a ‘no haber sido en tanta cantidad, ni aver pasado recuentros ni fechos de armas’⁴.

Si reducimos el área de análisis, descubrimos que la documentación municipal ofrece datos sobre incursiones que son completamente obviadas en las fuentes narrativas. Por ejemplo, el estudio de Santiago Ponsoda muestra que desde Murcia se realizaron numerosas entradas en el reino de Valencia, pero la cronística no recoge ninguna de ellas⁵. Por otro lado, la documentación administrativa también muestra que la guerra contra el Islam también padecía este problema. Tomando como ejemplo la frontera jienense en la década de los sesenta, se observa que el condestable Miguel Lucas de Iranzo realizó varias cabalgadas que no aparecen reflejadas en las crónicas regias, pero sí en su biografía particular. Del mismo modo, se sabe que durante la Guerra de Granada también se realizaron más entradas en territorio granadino que las narradas en las crónicas⁶. Asimismo, las numerosas –incontables– depredaciones fronterizas llevadas a cabo por los almogávares tampoco se ven reflejadas en las fuentes narrativas, siendo posible seguir su pista casi exclusivamente a través de la documentación municipal⁷. Aun así, estas últimas acciones

² CJII-CODOIN, 99; HCMLI, 467; CRC-FP, II, 254.

³ CJII-CODOIN, 244.

⁴ CRC-FP, I, 290; II, 136.

⁵ Ponsoda, ‘Una guerra en la frontera’, 697-710.

⁶ Ladero, *Castilla y la conquista*, 19-68.

⁷ Rojas, Pérez, ‘Aproximación a almogávares y almogaverías’, 596-82.

de baja escala e intensidad tenían como fin la obtención de botín por encima de cuestiones estratégicas de mayor calado, por lo que no serán incluidas en el presente estudio.

Por último, cabe preguntarse dos cuestiones: ¿cuál es la razón por la que las cabalgadas están infrarrepresentadas en la crónica? Y, por supuesto, ¿por qué la mayoría de las que aparecen se enmarcan en guerras contra Granada? Es posible que su comparativamente escasa presencia en las fuentes pueda deberse a su propia cotidianeidad. Se ha señalado que las cabalgadas eran la forma más básica de guerrear en el medievo y las crónicas solo recogen aquello que merece ser contado, lo destacado, lo excepcional. Por otro lado, dentro de las exiguas menciones a estas operaciones, las incursiones dirigidas contra Granada aparecen sobrerrepresentadas. De la muestra obtenida se observa que esas cabalgadas son las más ‘canónicas’, las que más se ajustan al prototipo de cabalgada en territorio enemigo, con órdenes de marcha, castrametación, estacionalidad y *modus operandi* definidos. Aun así, dudo que esta sea la razón. Más bien se debería pensar en una cuestión más cultural, así como en unos preceptos estratégicos. Uno de los pilares sobre el que se sostenía la justificación ideológica de la monarquía castellana era la lucha contra el Islam⁸. Tiene sentido, por tanto, que la crónica regia buscara ensalzar los enfrentamientos contra el enemigo secular por encima de lances contra otros cristianos.

Para concluir, tal y como han hecho otros autores antes que yo, convendría aclarar que la línea que separa los diferentes tipos de operaciones no está perfectamente definida ya que, por ejemplo, una operación de cabalgada podía tornar en batalla o un cerco en cabalgada⁹. Por ello, muchos de los ejemplos citados en el presente capítulo en puridad no podrían considerarse incursiones.

4.1. Objetivos de las incursiones

En el capítulo anterior he desgajado las características principales de la estrategia militar castellana cuatrocentista y el papel que jugaban las cabalgadas. Sin embargo, me detendré para observar con más detalle cuales eran los objetivos específicos por los que se podía lanzar una expedición de devastación. Christopher Marshall y Francisco García Fitz

⁸ Arias, *Guerra y fortalecimiento*, 84-104; Arias, 'Algun fecho señalado', 42-6.

⁹ Marshall, *Warfare in the Latin East*, 183-4.

en sus señeros estudios sobre la praxis bélica en los extremos oriental y occidental del mediterráneo latino plenomedieval ya señalaron que las incursiones podían perseguir un abanico de objetivos. Estas motivaciones iban desde la simple obtención de botín en las incursiones menores a la erosión sistemática de la infraestructura económica y psicológica del enemigo previa a una operación de expugnación castral¹⁰. La situación en el Cuatrocientos castellano no era diferente. Evidentemente, hubo numerosas incursiones que tenían como objetivo principal el enriquecimiento personal. Las entradas en territorio granadino realizadas para ‘ganar algo’, como la que organizó un adalid llamado Lobato, juntando gentes de Écija, Carmona y Morón de la Frontera en 1410¹¹. Aun así, dejando de lado la motivación económica inherente a la práctica totalidad de operaciones de cabalgada, me propongo señalar los principales objetivos estratégicos que perseguían los comandantes castellanos mediante el uso de incursiones. La categorización presentada por García Fitz parece un buen punto de partida que, sin embargo, adaptaré y ampliaré a fin de mostrar un panorama más ajustado a la realidad bélica de la Castilla cuatrocentista.

Muchas de las cabalgadas narradas por las crónicas no fueron operaciones concebidas con el fin de devastar el territorio enemigo. Fueron incursiones realizadas tras fallar el objetivo principal, que a menudo solía ser el intento de expugnación, preferentemente la toma por sorpresa, de algún castillo o villa fronteriza¹². Tal fue el caso de Castellar de la Frontera en 1408, Archidona en 1455 o Setenil en 1482. En las tres ocasiones los castellanos fueron descubiertos al intentar tomar las posiciones y tuvieron que abandonar el objetivo principal, contentándose con talar los alrededores¹³. Del mismo modo, fueron habituales las cabalgadas realizadas tras haber concluido la labor principal por la que se había reunido la hueste, como ocurrió en 1407. Un grupo dirigido por el comendador mayor de León cumplió el encargo de abastecer la recién conquistada Teba,

¹⁰ Marshall, *Warfare in the Latin East*, 199-207; García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 76-126.

¹¹ CJII-G, 442-3. Como señaló García Fitz, algunas incursiones tenían el enriquecimiento personal como único objetivo. García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 78.

¹² Rojas, ‘El valor bélico’, 310. En esta categoría también encajarían las correrías y talas llevadas a cabo durante una operación de búsqueda de batalla tras la negativa del enemigo a entablar combate a campo abierto, con la esperanza de forzarlo a salir. Esta cuestión ya ha sido desarrollada, por lo que no merece la pena volver a detenerse sobre ello aquí.

¹³ En el primero de los ejemplos, el de Castellar, ni siquiera eso pudo llevarse a cabo, pues cuando ya se había decidido realizar una cabalgada en la zona, recibieron una carta del rey que informaba de que se habían firmado treguas con el rey de Granada y las hostilidades debían cesar. CJII-G, 326-7; MDH, 14, CA, 29; HHMC, 215-6.

tras lo cual se decidió aprovechar la ocasión para ‘correr’ Antequera¹⁴. Algo parecido ocurrió en 1431, cuando los refuerzos llegados para apoyar al Mariscal Pedro García de Herrera en la toma de Jimena de la Frontera se encontraron con que la villa ya había sido tomada por sorpresa. Viendo que ya no eran necesarios se decidió realizar una incursión que al final no pudo llevarse a cabo por el recrecimiento de las lluvias¹⁵.

Cualquier operación podía derivar, de forma secundaria, en acciones destinadas al abastecimiento de la hueste mediante la depredación del campo enemigo. Alonso de Monroy, por ejemplo, siempre vivió del terreno, manteniendo a sus tropas con el botín arrebatado en una espiral de violencia retroalimentada¹⁶. En otras ocasiones, la disponibilidad de forraje y cereal que saquear podía condicionar, o al menos ser utilizada como argumento, en la planificación operativa de una campaña. En 1407, Fernando de Antequera propuso sitiar Ronda, alegando que la hueste podría sostenerse por unos días mediante el saqueo de las aldeas próximas¹⁷. Aun así, para la época que estudio no se observan operaciones de forrajeo con la misma frecuencia que en la Plena Edad Media estudiada por García Fitz¹⁸. La comparación de ambos periodos muestra una mayor necesidad de autoabastecimiento por parte de las huestes cristianas plenomedievales debido a que estas penetraban más profundamente en el territorio enemigo que, por otra parte, era considerablemente superior al ocupado por el reino de Granada¹⁹. Precisamente la reducción del territorio musulmán en la península ibérica a su mínima expresión provocó que las incursiones castellanas fueran comparativamente más breves y de menor recorrido que en siglos previos. Dado que la frontera estaba próxima al teatro de operaciones, no se alargaban las líneas de aprovisionamiento, por lo que el abastecimiento desde retaguardia podía realizarse más fácil y eficazmente, bastaba con ser capaz de proteger las rutas. Así, en 1431, la hueste cristiana aposentada en la Vega de Granada estableció un sistema de guardas para proteger sus rutas de suministro²⁰.

¹⁴ CJII-G, 219-20; CJII-BAE, 290.

¹⁵ CJI-CODOIN, 270-3; CH, 89.

¹⁶ Rodríguez, *D. Alonso de Monroy*, 121-2; Rodríguez, *A fuego e sangre*, 143-5.

¹⁷ CJII-G, 234-5.

¹⁸ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 90-101.

¹⁹ La superficie que ocupó el reino nazarí de Granada nunca alcanzó los 30.000 km². Ladero, *Granada. Historia de un país islámico*, 41.

²⁰ CJII-CODOIN, 282.

Por supuesto, esto no quiere decir que los sistemas logísticos estuvieran completamente desarrollados y fueran plenamente efectivos. Aunque la realización de cabalgadas breves derivadas de la escasa superficie ocupada por el reino nazarí hacía que pudieran ser perfectamente alimentados con las talegas que transportaban. Las dos grandes incursiones de 1483, la cabalgada regia y la que concluyó en el desastre de la Axarquía, llevaban un gran fardaje con las provisiones necesarias para los días que estuvieran en ‘tierra de moros’²¹. Con todo, esta situación podía ser diferente en las largas operaciones de asedio, aunque este tipo de acciones bélicas fueron virtualmente inexistentes en la guerra contra el Islam a partir del cerco de Antequera y hasta la guerra final contra Granada. Precisamente durante ese último acto de la conquista se observa claramente como los Reyes Católicos se preocuparon de que la hueste estuviera constantemente abastecida²². Sirva como ejemplo la cabalgada dirigida contra el sector occidental del reino nazarí en 1484. La cabalgada partió de Antequera y llegó hasta el mar, a las afueras de Málaga, devastando todo a su paso en una incursión de dos semanas de duración. El abastecimiento de los protagonistas se resolvió aprovisionándolos por vía marítima una vez que alcanzaron Málaga²³.

Aun así, podían darse casos opuestos. En la cabalgada que dirigió Fernando el Católico en 1483, en vez de quemar los cultivos, recogieron parte de la cosecha ‘para el herbaje’²⁴. Después de todo, a los peones convocados para las campañas de tala de 1483 y 1484 se les pidió que acudieran a la hueste no solo con sus armas, también con destrales o cuchillos grandes ‘para cortar leña’ y, por supuesto, que ‘traygan hozes, e en manera alguna non ve[n]gan sin ellas’²⁵. Evidentemente, tal petición indica una intención de recolectar parte de la cosecha enemiga, aunque no se puede saber si con vistas al autoabastecimiento o simplemente a la obtención de beneficio con su venta. Por otro lado, muchos de los asedios llevados a cabo en el periodo contaron con grupos armados destacados para encargarse del ‘herbaje’, esto es, destinados a recolectar el forraje necesario para mantener

²¹ Berwick y Alba, *Documentos escogidos*, 23; CRC-FP, II, 62-3.

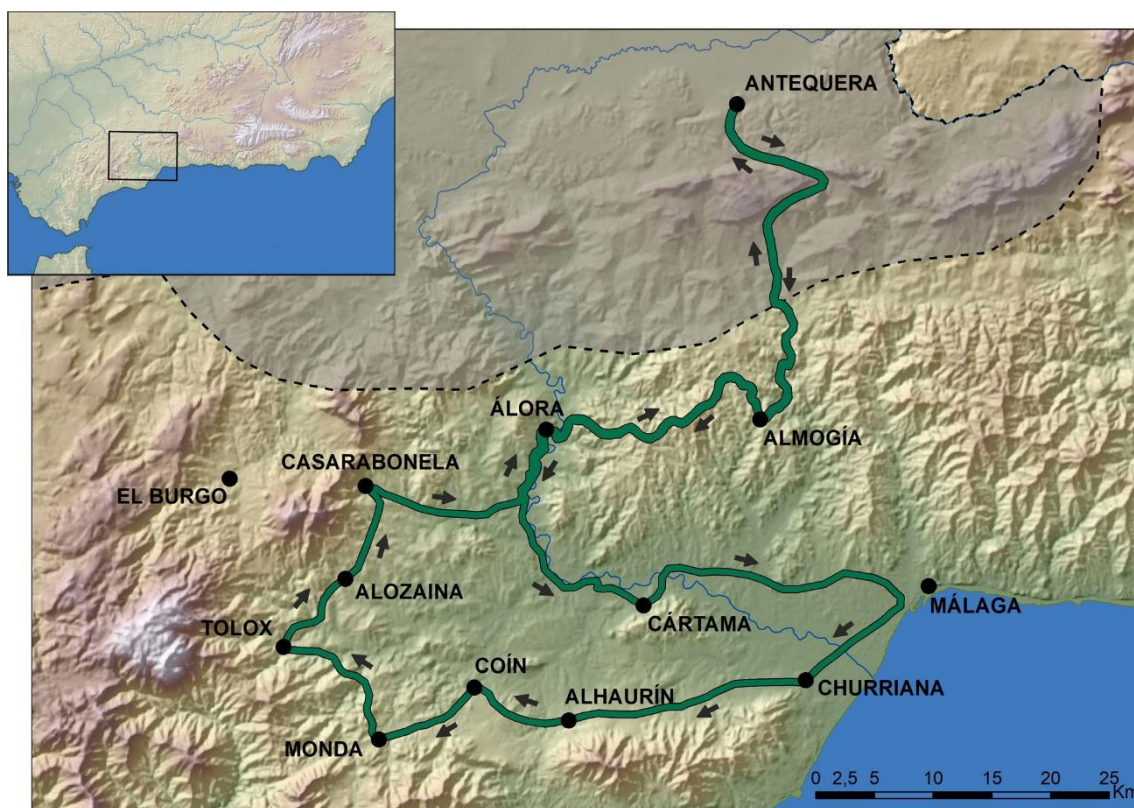
²² He mencionado en el capítulo anterior que la seguridad de las líneas de aprovisionamiento fue una preocupación recurrente en la planificación de la Guerra de Granada. CRC-FP, II, 268, 367.

²³ CRC-FP, II, 108-112; GG, 119; CRC-DV, 178-9. Bernáldez afirma que las inclemencias del tiempo impidieron que las naves descargaran los suministros para abastecer la hueste. MRC, 151-2.

²⁴ Berwick y Alba, *Documentos escogidos*, 37.

²⁵ Carande, Carriazo, *El tumbo de los Reyes Católicos*, III, 346, 446-7.

a los animales de la hueste²⁶. Por otro lado, los sitiados también se verían necesitados de suministros, viéndose obligados a realizar salidas que muchas veces no eran otra cosa que cabalgadas, tal y como se observa en los asedios de Jaén (1465) y Algeirete (1476). En ambos casos, los sitiados se vieron obligados a salir en busca de alimentos, dando preferencia al robo de ganado para el sustento de la guarnición²⁷.



Mapa n° 8. Ruta seguida por la cabalgada dirigida por el Maestre de Santiago y el Marqués de Cádiz (marzo de 1484).

Del mismo modo, podían darse situaciones excepcionales en las que, aun no estando sitiados, se hiciera necesario el forrajeo para el mantenimiento de la guarnición, situación que se dio en Alhama. Los Reyes Católicos procuraron que siempre estuviera abastecida y el propio rey Fernando dirigió varias expediciones con el objetivo de aprovisionarla durante los primeros años de guerra. Además de esas expediciones de abastecimiento, este enclave situado en el corazón del reino granadino, sin territorio amigo cercano, también necesitaba

²⁶ En este sentido, el asedio a Antequera en 1410 no fue una excepción. CJII-G, 412-3.

²⁷ HCMLI, 272-3; Rodríguez, *D. Alonso de Monroy*, 122; Rodríguez, *A fuego e sangre*, 144-5.

de operaciones de forrajeo para asegurarse la supervivencia de sus defensores²⁸. Como en muchas otras ocasiones, las crónicas no recogen todas las correrías protagonizadas por la guarnición de Alhama, aunque sí mencionan algunas de ellas. En 1485 fueron informados de que podían obtener ganado y prisioneros fácilmente, por lo que llevaron a cabo una cabalgada que fue casualmente interceptada por el rey granadino, obligando a los castellanos a abandonar la presa²⁹. Con todo, el ejemplo citado probablemente encajaría mejor en la categoría de ‘blancos de oportunidad’, pues se trató de una ocasión que no podía ser desperdiciada.

El hecho de que las cabalgadas no comportaran demasiados gastos ni riesgos podía convertirlas en herramientas con las que castigar al oponente por la devastación causada en el territorio propio. La *vendetta* aplicada al margen de la guerra privada, en un enfrentamiento ‘público’, podía llevarse a cabo mediante una incursión en territorio enemigo. Así, en 1410, Fernán Arias de Saavedra atrajo a los rondeños a una *celada* que tenía preparada como represalia por la muerte de su hijo, quien había caído en una emboscada ese mismo año. La acción se saldó con la derrota de los musulmanes y la obtención de un cuantioso botín en forma de más de mil cabezas de ganado³⁰. Más de siete décadas después, en octubre de 1481, el marqués de Cádiz penetró en territorio granadino como castigo por las diversas depredaciones llevadas a cabo por los almogávares musulmanes, que capturaban prisioneros y ganados cristianos. La incursión concluyó con la quema de Villaluenga y el derribo de la torre del Mercadillo, acciones que a la postre desencadenarían la célebre toma de Zahara³¹.

Motivaciones logísticas y punitivas aparte lo cierto es que, como ya he apuntado, las incursiones podían insertarse en una estrategia más amplia. Por ejemplo, desviando la atención del enemigo, distrayéndolo del objetivo real de la campaña. Así, las cabalgadas de diversión se utilizaban de forma complementaria a otro tipo de operaciones, incluso otras cabalgadas. Enrique IV quiso asegurarse que sus campañas de devastación de mediados de los cincuenta pudieran llevarse a cabo sin ser molestados por los granadinos. Para ello envió

²⁸ No se trata de un caso extraño, en la Plena Edad Media peninsular también se dieron casos de guarniciones forzadas a vivir del terreno. García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 91.

²⁹ CRC-FP, II, 191; MRC, 164.

³⁰ CJII-G, 415-6.

³¹ CRC-DV, 134-5; MRC, 109-10; HHMC, 195-7.

una misiva al consejo murciano el 30 de abril de 1455, con el objeto de que realizaran una incursión de diversión que atrajera la atención de los musulmanes hacia la frontera oriental, mientras el talaba Málaga y la Vega de Granada, ‘porque sean aquejados por esas partes en tanto que yo fago las dichas talas’³². Situaciones similares podían darse en contextos de guerra civil. En 1466 Pedro de Escavias, alcaide de Andújar, dirigió una pequeña cabalgada con el fin de proteger otra incursión mayor que había sido lanzada ese mismo día por el comendador de Montizón contra un lugar diferente, la Higuera de Martos y sus alrededores. Su plan fue un éxito, pues consiguió que su enemigo, Fadrique Manrique, dudara sobre a cuál de los dos lugares acudir, decantándose finalmente por la Higuera de Martos, aunque no pudo evitar la cabalgada³³.

Este tipo de movimientos de distracción también tenían un valor disuasorio que resultaba especialmente útil cuando se utilizaba en contextos de guerra de asedio. El bando cercado podía esperar recibir un ejército de auxilio, lo que daría lugar a dos posibles resultados. Los sitiadores podían marcharse al saber de la llegada de tropas enemigas o bien podían quedarse y enfrentarse a ellos, dirimiendo la cuestión en una batalla campal. Igualmente costosa era la opción de asediar una fortificación enemiga, por lo que la alternativa más ‘rápida, barata, segura e indirecta’ seguía siendo la utilización de incursiones como método con el que disuadir al oponente de que siguiera adelante con las operaciones de expugnación³⁴. Asimismo, los sitiadores también podían usar este método para evitar que la facción defensora recibiera un ejército de socorro. Tal fue el caso acaecido en Pegalajar, en 1469. El condestable Iranzo, tras sitiar la villa jienense, ordenó al alcaide Pedro de Escavias y a la ciudad de Andújar devastar las tierras de las gentes de Arjona y Porcuna si estos intentaban levantar el asedio. Escavias mando cartas a las citadas localidades advirtiendo lo que ocurriría si decidían intervenir. Una de las misivas llegó a Arjona cuando sus tropas ya habían salido, aunque acabaron volviendo tras descubrir que las amenazas se habían cumplido; los andujareños habían robado parte de su ganado y capturado varios prisioneros. Así, cuando el segundo mensajero llegó a Porcuna, estos no osaron actuar³⁵. Alonso de Monroy también estaba familiarizado con el valor de las

³² Molina, *Documentos de Enrique IV*, 23.

³³ HCMLI, 325-6.

³⁴ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 101.

³⁵ HCMLI, 391-5.

cabalgadas como método de distracción. En 1476 taló los alrededores de Alegrete con el objetivo de hacer salir a los defensores y así poder tomar la villa fácilmente³⁶.

El desgaste del enemigo también podía ser un fin en sí mismo. Las incursiones podían desembocar en escaramuzas e, incluso, en batallas, pero en la mayoría de los casos su objetivo principal seguía siendo la devastación. Insertadas en una estrategia a largo plazo, el objetivo más ambicioso de las cabalgadas podía ser la sistemática erosión del enemigo hasta quebrantar su resistencia, aunque esta erosión no tenía por qué ser únicamente material. En ocasiones se realizaban incursiones con el fin concreto de socavar los recursos humanos del enemigo. A pesar de que mediante las talas y quemas de cosechas los granadinos podían perder su espíritu de combate, no cabe duda de que el mayor golpe que podía recibir la moral enemiga venía de la mano de derrotas que significaran muertes, especialmente si perecían personajes de cierta importancia. Esto no requería, necesariamente, la búsqueda de una confrontación directa, en la medida en la que las estrategias de aproximación indirecta contemplaban otros métodos de desgaste del enemigo. En este sentido, emboscadas y ataques por sorpresa podían constituir una excelente herramienta de desgaste. El método más seguro y eficaz era atraer al enemigo a una *celada* –emboscada–, un procedimiento muy asentado en las dinámicas bélicas fronterizas con el que el adelantado mayor de Andalucía y capitán de la frontera Diego de Ribera estaba muy familiarizado. En 1430 lanzó una importante incursión contra el corazón del reino andalusí ‘con intención de hacer salir los caballeros de Granada al campo’ y derrotarlos en una muy bien planeada *celada*³⁷.

Los *Hechos* del condestable Iranzo son posiblemente la mejor fuente para conocer la cotidianeidad bélica fronteriza de intensidad media. En 1470 los guadijeños estaban ‘muy soberbios y presuntuosos’ por las victorias que habían obtenido recientemente contra los caballeros de Úbeda y Baeza. Miguel Lucas de Iranzo fue aconsejado por veteranos guerreros que ‘del hecho de la guerra en aquella tierra algo sabían’ de que podía ‘acuchillar a los caballeros de la ciudad de Guadix, haciéndoles algún daño’. En esta ocasión se buscaba poner freno al hábito de victoria que, a nivel local, venían desarrollando los combatientes de esa localidad granadina. No era la primera vez que el condestable llevaba

³⁶ Rodríguez, *D. Alonso de Monroy*, 120; Rodríguez, *A fuego e sangre*, 147.

³⁷ CJII-CODOIN, 241-2; CH, 71-3; RF, 101-3.

a cabo una incursión con el único objetivo de matar enemigos, aunque no siempre tuvo buena suerte. En 1463, había intentado ‘acuchillar’ a los musulmanes de Illora, y de nuevo lo quiso hacer con los granadinos en 1470, corriendo la Vega para hacerlos salir. En 1471, en cambio, tuvo un éxito parcial, consiguiendo derrotar a parte de los cambileños antes de que el grueso del grupo de persecución pudiera percatarse de la emboscada³⁸.

Las *celadas* también jugaron un papel notable en las guerras civiles, aunque no tan relevante como el que tuvieron en la guerra fronteriza. En un conflicto interno, más que en una guerra exterior cualquier golpe contra la moral del enemigo era determinante para ganarse los ‘corazones y mentes’ de la gente. Además, la continua erosión del enemigo era una ventaja evidente, desgastando sus recursos humanos para neutralizar su operatividad. Así se observa en Olías del Rey, en 1441, donde Gómez Carrillo de Acuña atrajo a una *celada* a treinta o cuarenta peones³⁹. Del mismo modo, en 1465 el obispo de Burgos -o el de Coria- fue víctima de una infructuosa emboscada que el obispo de Palencia, Gutiérrez de la Cueva, le había preparado en el camino⁴⁰. Utilizando el factor sorpresa y aplicando la teoría táctica de las *celadas* a una escala mayor, en 1441 tuvo lugar un encuentro suficientemente ilustrativo de lo útiles que podían llegar a ser estas prácticas. Con Iñigo López de Mendoza en Alcalá de Henares acompañado por tres centenares de combatientes montados, el adelantado de Cazorla salió de Madrid con 500 rocines y 1.200 peones, tomando un camino de día y cambiándolo por la noche para aproximarse a Alcalá sin ser descubierto. Si quería un encuentro a campo abierto tenía que hacer que Mendoza abandonara la seguridad de los muros de la villa, algo que seguramente no hubiera hecho de saber que fuera le esperaba una hueste ampliamente más numerosa que la suya. Para ello, el adelantado envió hasta veinte jinetes para ‘tomar lo que hallasen’ a las puertas de Alcalá, provocando la salida del futuro marqués de Santillana con sus tropas en orden de batalla. Lo que siguió aquel 6 de abril fue que Iñigo López de Mendoza cayó en la *celada* que el de Cazorla le había preparado, sufriendo una derrota que sería conocida como la batalla de Torote⁴¹.

³⁸ HCMLI, 145-6, 447-52, 460.

³⁹ CH, 394.

⁴⁰ La identidad del protagonista varía en función del cronista, mientras que Palencia opina que es primero, Valera sostiene que fue el segundo. GH, 347; MDH, 109.

⁴¹ CH, 390-2; CJII-BAE, 578.

La combinación de desgaste material y humano del enemigo tenía evidentes consecuencias en su moral y espíritu de combate. La relación coste-beneficio de las incursiones era altamente favorable, ya que los resultados podían llegar a ser muy efectivos, especialmente en contextos de inestabilidad en el seno del territorio enemigo, como es el caso de la Granada del siglo XV. Durante las campañas de 1430-39 las únicas ganancias territoriales se consiguieron al tomar por sorpresa algún castillo o pequeña villa cercana a la raya. En esa contienda, el peso de la guerra reposó sobre los hombros de los capitanes de la frontera y la nobleza andaluza que, por si solos no tenían capacidad operativa para llevar a cabo largos y costosos asedios, iniciativa reservada únicamente a las huestes regias incluso en la guerra final contra Granada. Por tanto, los capitanes y nobles fronterizos tuvieron que contentarse con mantener la presión sobre el frente enemigo mediante el uso constante de incursiones con las que desgastar sus recursos. La combinación de cabalgadas que penetraban profundamente en territorio enemigo con otras de alcance más local tenía la capacidad de erosionar la resistencia enemiga, especialmente si se dirigían de forma reiterada contra un mismo punto. Diego de Ribera, por ejemplo, lanzó constantes cabalgadas contra la zona circundante a Málaga y la Vega de Granada, aunque más allá de la devastación causada parece que no pudo presenciar los frutos de su estrategia debido a su prematura muerte ante los muros de Álora en 1434⁴².

No obstante, el sector oriental de la frontera sí que disfrutó de los resultados obtenidos a partir de la aplicación reiterada de una estrategia de aproximación indirecta. En el año 1436 muchas poblaciones granadinas se sometieron a Castilla debido a una ‘combinación de halagos, presión diplomática y amenaza militar’⁴³. Guadix y sus alrededores habían sido objeto de las cabalgadas cristianas de manera casi ininterrumpida desde 1432, llevada a cabo por tres capitanes de la frontera distintos⁴⁴. Tal vez por esa presión constante, en 1436 se consiguió ocupar Vélez Blanco, Vélez Rubio, Galera, Castillejar y Benamaurel mediante pactos, sin necesidad de tomarlas por fuerza; se trataría de la aplicación constante de una estrategia de aproximación indirecta que podía conllevar ganancias territoriales⁴⁵. Las incursiones podían ser utilizadas, por tanto, como demostración de fuerza que forzara al enemigo a negociar. Su utilidad se ve claramente

⁴² CJII-CODOIN, 369-71, 382-4, 399-400; CH, 162.

⁴³ López de Coca, ‘Fernando Álvarez de Toledo’, 652.

⁴⁴ CJII-CODOIN, 367-8, 381-2; CH, 200-9; CJII-BAE, 521-3.

⁴⁵ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 124-6.

reflejada en el siguiente ejemplo. En el contexto de presión militar y diplomática que acabo de mencionar, varios representantes de Baza y Guadix acudieron a Juan II pidiéndole otro rey musulmán para Granada, al que jurarían obediencia y por el que combatirían contra Mohammed IX. El rey castellano presintió el engaño, creyendo que lo que los granadinos solo buscaban ganar tiempo para evitar la tala anual, que solía tener lugar entre abril y mayo, por lo que solicitó la entrega de las fortalezas que coronaban las ciudades como prenda. Asimismo, escribió al capitán de la frontera oriental, Fernando Álvarez de Toledo, para que si no aceptaban sus condiciones devastara sus campos, cosa que hizo⁴⁶.

El desgaste mediante incursiones también podía jugar un papel relevante en la preparación de asedios a ciudades de cierta entidad. He mencionado la estrategia de aproximación indirecta que utilizó Castilla en la Guerra de Granada, reduciendo el territorio circundante a los dos grandes núcleos de población –Málaga y Granada–, para después poder cercarlos. Pues bien, esta estrategia no se preparó únicamente sitiando las villas, castillos y asentamientos menores que rodeaban estas dos fuertemente defendidas posiciones. Las incursiones también jugaron un papel muy importante a la hora de debilitar su capacidad defensiva. Ya desde el inicio de las operaciones bélicas bajo el mando de Fernando el Católico en 1482, se dio inicio a las talas anuales de la Vega de Granada, que durarían hasta prácticamente el inicio del asedio final a la capital nazarí⁴⁷. Del mismo modo, las cercanías de Málaga sufrieron una serie de cabalgadas desde 1483. En este contexto de operaciones se podría enmarcar el desastre de la Axarquía y, sobre todo, las incursiones de 1484⁴⁸. El uso de las cabalgadas en una estrategia de erosión como preparación a un asedio no era algo nuevo, sino que era conocido ya en la Plena Edad Media peninsular. Las importantes conquistas de Toledo y Jaén fueron precedidos por siete años y hasta dos décadas años de cabalgadas respectivamente, que prepararon el terreno para una aproximación más directa⁴⁹.

⁴⁶ CH, 226-7; RH, 201; CJII-BAE, 527-8. Citado también en López de Coca, 'Fernando Álvarez de Toledo', 653, 662-3.

⁴⁷ CRC-FP, II, 22-5, 37-8, 72-80, 123-6, 236-40, 441-4; CRC-DV, 160-1, 210-1; MRC, 135, 216-8; GG, 107-8, 124; HHMC, 216-7; Ladero, *Castilla y la conquista*, 19-68.

⁴⁸ CRC-FP, II, 61-9, 108-12, 123-6; CRC-DV, 161-5, 178-9, 182-4; MRC, 126-31; 151-2; GG, 100-2, 119, 124, 130-1; HHMC, 217-22; Quirós, *Fragmento de la época*, 13-4.

⁴⁹ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 120-3.

Con todo, se puede afirmar que esta no fue la dinámica habitual a lo largo del siglo XV. Este tipo de operaciones a largo plazo requerían una exquisita planificación estratégica con objetivos claramente delimitados en un contexto de guerra de expansión como el de la Guerra de Granada. Las contiendas previas a la conquista del reino nazarí se desarrollaron bajo las directrices estratégicas ya señaladas, empleando una guerra de baja intensidad dirigida al desgaste progresivo e impulsada por el insuficiente capital humano y económico del que disponían los capitanes y concejos de frontera.

4.2. Orden de marcha

Vegecio asegura que los expertos en el arte militar sostienen que la marcha es más peligrosa que el propio combate. Mientras que en el campo de batalla, con el enemigo enfrente, los guerreros están física y mentalmente preparados para el enfrentamiento, completamente armados, no es así durante los desplazamientos⁵⁰. Los Templarios señalaron en su Regla que el mantenimiento de la disciplina era esencial en tales circunstancias, como también lo era durante el despliegue del dispositivo táctico desarrollado por los Cruzados conocido como '*fighting march*'⁵¹. Conservar el orden no era una necesidad exclusiva en Tierra Santa, pues cualquier ejército de cualquier lugar y en cualquier época ha tenido la necesidad de guardar cierta cohesión al penetrar en territorio enemigo⁵². Durante el Consejo Real previo a la finalmente descartada penetración en territorio aragonés en 1429, varios nobles argumentaron su negativa a avanzar aduciendo a que el ejército podía sufrir ataques enemigos durante la marcha⁵³.

En primer lugar, como señala João Gouveia Monteiro, es necesario diferenciar entre una 'marcha itineraria' y una 'marcha de aproximación', o lo que es lo mismo, entre un orden de marcha y uno de aproximación. La primera sería la realizada con el objetivo de hacer avanzar la hueste por territorio enemigo, mientras que la segunda consistiría en el

⁵⁰ Vegecio, Libro III, VI; Monteiro, *A guerra em Portugal*, 269.

⁵¹ Bennett, 'The Crusaders' Fighting March Revisited', 1-18; Theotokis, 'The Square Fighting March', 57-71; Smail, *Crusading warfare*, 156-65; Bennett, 'La Règle du Temple', 225-38. Autores prominentes del Cuatrocientos como Jean de Bueil también subrayaron la importancia de mantener un buen orden de marcha. Véase Chan Tsin, 'Medieval Romances and Military History', 127-34.

⁵² El autor italiano Piero Orsini recomienda atacar un ejército cuando está en marcha. Pieri, 'Il Governo et exercitio', 120.

⁵³ CJII-CODOIN, 109.

acercamiento realizado hacia una posición contraria o un ejército adversario. El citado autor portugués sostiene que una columna de marcha presentaría un frente de tres peones o dos caballeros de amplitud, lo que para un ejército de 9.000 infantes se traduciría en una extensa línea de 6,5 kilómetros de largo, mientras que 4.000 caballeros ocuparían 7,3 kilómetros. Así, un ejército relativamente grande podía ocupar varias decenas de kilómetros, ofreciendo un espectáculo ciertamente formidable pero también incontables vulnerabilidades⁵⁴. La *Crónica Anónima* afirma que, en 1456, la cabalgada dirigida por Enrique IV se alargó hasta dos leguas, ya que el camino recorrido era tan estrecho y fragoso que solo podían avanzar ‘los unos ante los otros’⁵⁵. Para evitar o, al menos, minimizar los efectos de esta debilidad, era esencial que los diferentes miembros que componían la hueste no perdieran el contacto, pues el enemigo podía aprovechar el momento para penetrar por los huecos abiertos, como ocurrió durante el célebre desastre de la Axarquía, en 1483⁵⁶.

Las fuentes narran con desigual detalle diez órdenes de marcha, todos ellos contextualizados en campañas contra el enemigo musulmán⁵⁷. De entre ellos más de la mitad –concretamente seis– corresponden a formaciones de marcha adoptadas durante la Guerra de Granada, siendo las relaciones más detalladas las de las campañas de 1483, 1485, 1487 y 1489⁵⁸. Cabe destacar que no todas las columnas de marcha narradas se insertan en operaciones de cabalgada, pues algunas tenían como objetivo el cerco de alguna fortaleza o población. Sin embargo, casi todas estas formaciones realizaron acciones de tala antes o después de emprender los asedios. Por ello, en el presente capítulo trataré todas ellas, a fin de mostrar una imagen más completa de los dispositivos de desplazamiento militar desplegados por Castilla en el siglo XV.

Las *Partidas* señalan una división básica en *delantera* y *zaga* –vanguardia y retaguardia–, que luego Don Juan Manuel amplió con dos *costaneras* o alas. Este despliegue

⁵⁴ Monteiro calculó una separación entre líneas de 1,5 a 2 metros entre infantes y de 2,5 a 3 metros en el caso de la caballería. Asimismo, tuvo en cuenta el alargamiento natural de la columna debido al ritmo de marcha. Monteiro, *A guerra em Portugal*, 230-1.

⁵⁵ CA, 52-3.

⁵⁶ HHMC, 217-22; García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 150-1, 156.

⁵⁷ Véase el anexo final.

⁵⁸ Esto es así en parte debido a que se conservan dos valiosos documentos en el Archivo de la Casa de Alba. Uno de ellos es un diario de la campaña de 1483, mientras que el otro no es sino una relación del orden de marcha que Miguel Ángel Ladero fechó en la campaña de 1487. Berwick y Alba, *Documentos escogidos*, 20-2, 49-54; Ladero, *Castilla y la conquista*, 262-5.

teórico fue llevado a la práctica en 1281, en la tala realizada en la vega granadina por el propio Alfonso X, aunque con la adicción de un quinto cuerpo en el que se situó el propio rey⁵⁹. Los ejércitos castellanos dispusieron sus columnas de marcha de forma similar a lo largo del Cuatrocientos aunque con variaciones. En principio, la división básica sería la de un cuerpo adelantado al resto de la hueste, llamado *delantera*, seguido por la vanguardia. Tras esta, la *batalla real*, retaguardia y fardaje. Las *costaneras*, ahora llamadas *alas*, ya no tenían por qué ser únicamente dos, pues durante la Guerra de Granada tanto la vanguardia como la *batalla real* las tenían. Así ocurrió en diversas campañas como las de 1483, 1485, 1487 o 1489⁶⁰. El despliegue de alas en vanguardia y cuerpo central parece un dispositivo táctico reservado exclusivamente a las campañas regias, donde las huestes son más numerosas. Posiblemente esta práctica ya se diera antes de los años ochenta, pero las fuentes no son tan detalladas para ese periodo. Aun así, la hueste que salió de Córdoba en 1410 con el objetivo de sitiar Antequera, con Fernando de Trastámara a la cabeza, presentaba lo que parecen ser cuatro alas, sin llegar a denominarlas de tal forma. Precisamente ese orden de marcha sería el que más se acercaría al expuesto por García Fitz para el siglo XIII, con una división clásica de tres cuerpos y cuatro alas a los que se suma el bagaje⁶¹.

El número de batallas no era fijo y podía fluctuar en función de la cantidad de tropas presentes o del terreno. Clifford Rogers apunta que, aunque lo más habitual sería el despliegue en tres *batallas*, que podían aumentar a cinco con la inclusión de las ya mencionadas dos alas, los ejércitos especialmente grandes podrían tener muchas más⁶². La campaña de Antequera en 1410, se emprendió con un orden de marcha compuesto de cuatro cuerpos y cuatro alas, mientras que en la entrada que realizó Juan II en la vega granadina en 1431 dispuso tres *batallas* con dos alas⁶³. El condestable Miguel Lucas de Iranzo apostó, en 1462, por cuatro cuerpos a los que se le sumaría el fardaje⁶⁴.

⁵⁹ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 151.

⁶⁰ Berwick y Alba, *Documentos escogidos*, 20-2, 49-54; CRC-FP, II, 148-52, 262-3; 363-6.

⁶¹ CJII-G, 382-3. Anthony Goodman señala que, en la Guerra de las Rosas, se seguía el esquema clásico de marchar y combatir en tres *batallas*. Goodman, *The wars of the Roses*, 162-3, 167-8.

⁶² Rogers, *Soldiers' lives through History*, 73.

⁶³ CJII-G, 382-3; CJII-CODOIN, 283-4.

⁶⁴ HCMLI, 79.

Sin embargo, el caso castellano observa un crecimiento exponencial en el número de *batallas* desplegadas en el orden de marcha a partir de la Guerra de Granada, en 1483. Desde entonces se hicieron más fragmentados, con más *batallas* a medida que avanzaba el conflicto. Esto podría deberse a dos factores. El primero podría guardar relación con la abrupta geografía granadina que, a mayor penetración en el territorio, obligaba a estirar más las líneas. El segundo factor sería el más relevante, ya que se trataría de la necesidad de organizar y manejar un ejército cada vez mayor. Con el objetivo de garantizar la flexibilidad táctica, la hueste se dividía en más *batallas*, hasta alcanzar un total de siete en 1483, ocho en 1485, doce en 1487 y catorce en 1489. En todas ellas se desplegaron cuatro alas –dos en vanguardia y otras dos en la *batalla real*⁶⁵. Las excepciones a este *crescendo* serían dos operaciones de cabalgada, la que se dirigió a Axarquía en 1483 y la que devastó las tierras de Málaga al año siguiente –siguiendo casi la misma ruta que la anterior. Ambas columnas fueron organizadas en cuatro *batallas*, aunque en la segunda ocasión se desplegaron dos alas⁶⁶. Esto me lleva de nuevo a la idea esbozada previamente sobre una mayor complejidad de los dispositivos de marcha en campañas regias. Las dos operaciones de cabalgadas que acabo de citar fueron dirigidas por la nobleza, mientras que las cuatro multitudinarias columnas antes señaladas estuvieron dirigidas por Fernando el Católico en persona.

Sea como fuere, convendría señalar el papel de la *delantera* en las columnas de marcha. Esta ejercía varias funciones auxiliares que en épocas posteriores estarían reservadas a la caballería ligera, no en vano en ocasiones este grupo estaba compuesto exclusivamente por *jinetes*⁶⁷. En órdenes de marcha enmarcados en operaciones de cabalgada, este cuerpo avanzado se encargaba de *correr* la tierra, quemando los campos enemigos y devastando todo a su paso, mientras el grueso del ejército se mantenía ordenado⁶⁸. Así ocurrió en las cabalgadas dirigidas en 1431 y 1462 contra el reino de Granada por los condestables Luna e Iranzo, respectivamente⁶⁹. Con todo, esta no era la

⁶⁵ En los tres últimos órdenes de marcha no he contabilizado la *delantera*, el cuerpo desplegado por delante de la hueste, ya que los documentos consultados comienzan a contar a partir de la vanguardia. Contabilizándolos, nos quedaría un total de nueve cuerpos en 1485 y trece en 1487 y 1489. Berwick y Alba, *Documentos escogidos*, 20-2, 49-54; CRC-FP, II, 148-52; 363-6

⁶⁶ CRC-FP, II, 61-9, 108-12; CRC-DV, 161-5.

⁶⁷ CJII-CODOIN, 282-5.

⁶⁸ García Fitz señala que, en ocasiones, la vanguardia se adelantaría al grueso de la hueste para iniciar las depredaciones. García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 165.

⁶⁹ CJII-CODOIN, 275-8; CH, 94-100; CAL, 122-7.

única función de esta sección del ejército, ya que podía encargarse de las labores de exploración ‘descubriendo la tierra’ por donde la hueste debía pasar⁷⁰. Por otro lado, en operaciones que tenían como meta final el establecimiento de un cerco, los mariscales podían ser desplegados en la *delantera*, con el fin de encontrar el lugar apropiado para el establecimiento del *real*⁷¹.

Como señalaba anteriormente, el despliegue de un orden de marcha eficaz era una cuestión de máxima importancia. Era el momento en el que una hueste se encontraba más expuesta, por lo que se hacía necesario desplegar ciertas medidas de seguridad. En ocasiones, la *delantera*, se encargaba de la seguridad de los ataques frontales, estando preparada para rechazar al enemigo si este pretendía hostigar la columna de marcha⁷². Sin embargo, a veces se hacían necesarias otro tipo de medidas. Enrique IV era consciente de ello, y en 1455 preparó varias *celadas* para evitar que la retaguardia fuera atacada⁷³. El peligro era aún mayor en las zonas montañosas y pasos estrechos, donde los granadinos podían aprovechar para atacar sectores aislados de la columna⁷⁴. Así estuvo a punto de ocurrir durante la marcha hacia Vélez-Málaga en 1487 donde la topografía forzó el avance de la artillería por otra ruta distinta a la del resto de la hueste. Los granadinos pretendieron aprovechar la oportunidad asaltando el tren de sitio, siendo finalmente disuadidos por el despliegue defensivo castellano; se habían fortificado, rodeándose con carretas ‘como si fuese cerca de una villa’. Asimismo, pusieron la artillería preparada para disparar y la escolta en posiciones defensivas⁷⁵. Todo ello evoca al *wagenburg* husita, tan popular en la Bohemia y Moravia de primera mitad del siglo XV.

Para evitar ataques sorpresa y demás contingencias, mantener un buen orden de marcha capaz de responder rápidamente ante cualquier amenaza se tornaba imperativo. Alonso de Palencia cuenta que, en 1486, debido a que Fernando el Católico ‘caminaba siempre con las batallas ordenadas para cualquier encuentro’, los granadinos no conseguían encontrar el momento adecuado para atacar al ejército castellano cuando recorría ‘camino estrechos y en muchas partes obstruidos, o en la Vega de Granada, cortada por tantas

⁷⁰ CRC-FP, II, 148-52.

⁷¹ Berwick y Alba, *Documentos escogidos*, 49-54; CRC-FP, II, 363-6.

⁷² CJII-CODOIN, 282-5.

⁷³ MDH, 14-5; CA, 29-33.

⁷⁴ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 156.

⁷⁵ CRC-DV, 231.

acequias'. Al final, se decidieron a atacar la retaguardia, que pudo resistir la acometida hasta la llegada de refuerzos que terminaron por rechazar al enemigo⁷⁶.

En ocasiones, la topografía impelía a los castellanos a avanzar incluso en fila india, como ocurrió en la Axarquía, en 1483⁷⁷. A partir de esa operación, se intentó que la penetración en las profundidades del territorio enemigo fuera más sencilla realizando etapas más cortas y desplegando peones por delante, cuya labor consistía hacer puentes y allanar el camino, derribando peñas y talar árboles⁷⁸. Aun así, en ocasiones resultaba inevitable atravesar pasos estrechos, momento que los granadinos aprovechaban para lanzar sus ataques. En 1485 los musulmanes atacaron la columna que avanzaba por la áspera tierra malagueña, dejando pasar el grueso de la hueste y atacando el fardaje en acciones clásicas de hostigamiento⁷⁹. Por tercera vez, la zona montañosa que circunda Málaga fue escenario de otro tipo de ataque granadino de estas características cuando, en 1487, el ejército castellano se dirigía a tomar definitivamente la que fuera la segunda ciudad más importante del reino nazarí. Esta vez, el combate giró en torno a la posición dominante de Gibralfaro, primer punto de resistencia que se encontraron los cristianos en su avance desde Vélez-Málaga. Allí el terreno era ciertamente abrupto e imposibilitaba marchar en condiciones, Valera afirma que 'no podía yr la gente concertada ny en batallas como era razón, más yvan unos en pos de otros e paresçían subir al çielo e abaxar a los abismos'. Únicamente la *delantera* y parte de la vanguardia pudieron luchar, pues la zona de combate era estrecha y estaba encajonada entre la sierra y el mar, impidiendo a las *batallas* traseras ayudar a los que peleaban⁸⁰.

Los comandantes castellanos contemplaban la posibilidad de un ataque sobre los extremos de la hueste, y esto tenía su reflejo en los órdenes de marcha. Señala García Fitz que los elementos de una misma procedencia se mantenían unidos bajo un pendón propio⁸¹. Esto es tan aplicable para el siglo XV como lo era para la Plena Edad Media, lo que daba lugar a unas *batallas* completamente asimétricas. Sin embargo, al mismo tiempo que se preservaba la agrupación de las unidades en función de la procedencia, se intentaba

⁷⁶ GG, 168-9.

⁷⁷ HHMC, 217-22.

⁷⁸ CRC-FP, II, 368; Berwick y Alba, *Documentos escogidos*, 18-9.

⁷⁹ CRC-FP, II, 178-9, 184-6.

⁸⁰ CRC-FP, II, 284-8; CRC-DV, 238-43.

⁸¹ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 153.

que estuvieran estratégicamente repartidas a lo largo de toda la columna. Las *Partidas* señalan que los diferentes cuerpos debían ser desiguales, con más efectivos en la retaguardia por ser el punto más susceptible a sufrir ataques enemigos. Este despliegue respondía, también, a razones puramente psicológicas, pues a los de atrás les resultaría más fácil avanzar para acudir en auxilio de la vanguardia, mientras que al revés podía interpretarse como una retirada⁸². En la práctica, el criterio empleado en el Cuatrocientos era diferente. Aparte de la detallada relación que Fernando del Pulgar hizo sobre el orden de marcha desplegado para la campaña de 1489, se conservan dos minuciosos documentos con datos referentes a los órdenes de marcha de 1483 y 1487. Estos datos numéricos muestran que la vanguardia tendía a ser el cuerpo más numeroso tras la *batalla real*, seguido por la retaguardia⁸³. Es decir, se procuraba que los extremos de la columna, así como su parte central, fueran especialmente poderosas, obteniendo así una división de tropas capaz de responder a casi todo tipo de contingencias.

Esto me lleva a plantearme la cuestión de si existía algún lugar predefinido para ciertos grupos o líderes en el ejército en marcha. Parece que los pendones de Sevilla y Córdoba solían ocupar las alas de la *batalla real*, así lo hicieron al menos en las campañas de 1483, 1487 y 1489⁸⁴. En cuanto a la nobleza, las fuentes señalan que era costumbre en Castilla que la *delantera* correspondiera al Alcaide de los Donceles, acompañado en ocasiones por los Mariscales⁸⁵. La vanguardia, en cambio, presenta más problemas. En principio, tal y como señaló Diego de Valera, el condestable era el encargado de llevar la vanguardia durante la entrada en tierras enemigas y la retaguardia durante la salida⁸⁶. La posición avanzada fue ocupada por el condestable, siempre que estuvo presente. Ruy López Dávalos la comandó en 1410 y Álvaro de Luna lo haría dos veces en 1431, mientras que Miguel Lucas de Iranzo en 1458 y doblemente en 1462⁸⁷. A partir de su designación como condestable en 1473, Pedro Fernández de Velasco pudo haber ocupado la vanguardia en

⁸² García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 152.

⁸³ Berwick y Alba, *Documentos escogidos*, 20-2, 49-54; CRC-FP, 363-6.

⁸⁴ Ladero apunta que el Pendón de Sevilla también se situaba al frente de la columna en aquellas expediciones salidas de la ciudad hispalense. Ladero, 'Baja Edad Media', 283; Berwick y Alba, *Documentos escogidos*, 20-2, 49-54; CRC-FP, 363-6.

⁸⁵ CJII-G, 382; Berwick y Alba, *Documentos escogidos*, 20; CRC-FP, II, 148-52; Ladero, 'Baja Edad Media', 283.

⁸⁶ CRC-DV, 149.

⁸⁷ CJII-G, 382; CH, 94-100; CJII-CODOIN, 283-4; HCMLI, 15-8, 78-82, 90-94.

1475 y posiblemente no volvería a hacerlo hasta diez años después, en 1485⁸⁸. En los albores del inicio de la campaña de Loja de 1482, Diego de Valera relata una discusión en el ejército real sobre quien debía llevar la vanguardia. Lo cierto es que, ante la ausencia de Velasco, durante la Guerra de Granada la vanguardia quedó en manos de los que probablemente eran los dos nobles más experimentados de la hueste, el marqués de Cádiz y el maestro de Santiago. Estos la comandaron de forma conjunta en 1483, mientras que en 1487 y 1489 lo hizo el maestro en solitario⁸⁹. Respecto al mando de la retaguardia durante el trayecto de vuelta a territorio amigo no se conservan tantos datos. Sin embargo, las crónicas mencionan que el condestable Ruy López Dávalos cubrió la retirada durante la marcha posterior al fallido cerco de Setenil en 1407, situándose a la zaga de la columna, mientras que el condestable Iranzo hizo lo propio en varias ocasiones⁹⁰.

4.3. Castrametación:

Acampar la hueste no era solo una cuestión de descanso nocturno, era esencial para garantizar su seguridad. Ya he señalado los peligros inherentes al desplazamiento de la hueste, por lo que el establecimiento de un *real* competente ofrecía un refugio seguro para el ejército en territorio enemigo⁹¹. En 1429, cuando el Consejo del Rey debatía la idoneidad de avanzar hasta Calatayud para enfrentarse a los reyes de Aragón y Navarra en batalla campal, una de las desventajas señaladas era que desde las fortalezas podían recibir mucho daño en los momentos que no tuvieran asentado el *real*⁹².

Charles Oman creía que debido a la lectura de los clásicos romanos el arte de la castrametación revivió durante el Renacimiento. Señalaba que a partir de ese momento no solo se fortificaron posiciones permanentes, si no también campamentos que iban a ser

⁸⁸ CI, 212; CRC-FP, II, 148-52.

⁸⁹ Berwick y Alba, *Documentos escogidos*, 20, 49-50; CRC-FP, 363-6. No llevan la vanguardia en la operación de cabalgada de 1484, pero ahí no está el Rey y ellos dirigen el cuerpo central. Tampoco la llevaron ninguno de los dos en la Axarquía. Cádiz comandó cuerpos avanzados en 1484, 1486, mientras que volvió a comandar la vanguardia en 1488, aunque no lo haría en solitario, pues estaría acompañado por el duque de Alburquerque y el adelantado de Murcia. HHMC, 299.

⁹⁰ CJII-G, 271; HCMLI, 90-4,197-8.

⁹¹ *Real* podría traducirse simplemente como campamento. Francisco Gago-Jover da la siguiente definición: 'sitio en que está la tienda del rey o del general, y por extensión, sitio donde está acampado un ejército, o grupo de hombres de armas'. Gago-Jover, *Vocabulario militar castellano*, 300-1.

⁹² CJII-CODOIN, 109.

ocupados únicamente durante unos días⁹³. Es cierto que los grandes nombres de la tratadística militar como Vegetio ponían especial énfasis en la fortificación de los lugares donde el ejército había de pernoctar⁹⁴. Sin embargo, contrariamente a lo sostenido por Oman, prácticamente ningún rincón de la Europa Feudal era ajeno a la necesidad de establecer buenas fortificaciones que protegieran al ejército durante su descanso entre marchas. En ese sentido, Castilla tampoco lo era, y ya las *Partidas* destacaban su importancia en pleno siglo XIII⁹⁵.

Al igual que con el orden de marcha y aproximación, en esta ocasión también diferenciaré dos tipos de castrametación que trataré por separado. Por un lado, existen los campamentos de sitio, aquellos establecidos durante los asedios y que analizaré en el siguiente capítulo. Por otro, están los campamentos de marcha, levantados con un carácter más temporal que los anteriores, destinados al descanso y protección de la hueste durante muchos tipos de operaciones bélicas entre los que destacarían las cabalgadas. Cabría mencionar que, sobre los campamentos de marcha, las fuentes se muestran muy escuetas, por lo que no puedo sino apuntar pinceladas⁹⁶. Esto no es algo exclusivo del siglo XV, ya que Francisco García Fitz apenas encontró referencias para la Plena Edad Media más allá de la tratadística⁹⁷.

El campamento levantado en territorio hostil hacía las veces de centro de operaciones, el lugar donde se tomaban las decisiones y el punto desde donde se lanzaban las incursiones contra los diversos objetivos enemigos⁹⁸. Siempre que la columna de marcha se detenía y se establecía el *real*, partidas de *corredores* emprendían las labores de devastación del campo adversario. En 1431, Juan II situó su *real* cerca de Córdoba, aun en

⁹³ Oman, *The Art of War*, 111. Autores italianos como Orsini y Carafa dan una importancia capital a la fortificación campal, mostrando que esta ya era importante en época de los *condottieri*. Pieri, 'Il Governo et exercitio', 115-6.

⁹⁴ Vegetio, III, VIII.

⁹⁵ Sánchez-Arcilla, *Siete Partidas*, Segunda Partida, Título XXIII, Leyes XIX-XX. Véase García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 157-60.

⁹⁶ Como se puede observar en las citas siguientes, Alvar García de Santa María y Alonso de Palencia son los cronistas que más atención prestan a la cuestión.

⁹⁷ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 157-60. De hecho, se podría afirmar que este es un problema persistente incluso para época romana, donde los campamentos de marcha constituían una de las más reconocibles señas de identidad de las legiones. En el caso romano, el escaso registro escrito se ha ido completando con los hallazgos arqueológicos más recientes, para el caso de Hispania véase Peralta, 'Los campamentos romanos de campaña', 49-87; Morillo, *Arqueología militar romana en Hispania*.

⁹⁸ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 157.

Castilla, esperando en torno a una semana a que llegara el resto de la hueste, lapso de tiempo aprovechado por Pedro de Velasco para quemar las huertas y cultivos de la cercana población de Montefrío. Reunido el ejército, el monarca se adentró más en territorio nazarí, llegando hasta Moclín desde donde nuevamente salieron partidas de taladores⁹⁹. La Guerra de Granada también fue un contexto en el que se desarrollaron este tipo de prácticas. En la campaña regia de 1483, el conde de Cabra y Alonso de Aguilar dirigieron un nutrido contingente que se separó del *real* establecido en Cabeza de los Jinetes para amanecer sobre Montefrío y talar sus alrededores¹⁰⁰.

Sea cual fuera el uso dado a los campamentos de marcha, resulta innegable que tenían que ser unos lugares perfectamente guarnecidos y protegidos. En este sentido las crónicas dan a entender que la práctica castellana se inspiraba en la tradición romana, aunque con resultados menos refinados. Como he señalado, las *Partidas* estipulan las consideraciones a tener en cuenta en el establecimiento del *real*, entre las que se encuentran evitar los lugares dominados por zonas altas y los lechos de los ríos o estar cerca de fuentes de agua, hierba y leña¹⁰¹.

Atendiendo a los ejemplos de la Castilla del siglo XV, se puede afirmar que *grosso modo* se cumplen las recomendaciones hechas por los juristas alfonsíes. Por mencionar un ejemplo, el capitán de la frontera Diego de Ribera estableció su *real*, en 1433, cerca de unas fuentes que garantizarían su suministro de agua¹⁰². Un ejemplo más significativo lo constituye el de la cabalgada dirigida por Fernando el Católico contra los alrededores de Granada en 1483. El suministro acuífero era esencial para el mantenimiento de la hueste, por lo que la distancia recorrida cada jornada estaba supeditada a la disponibilidad de fuentes de agua en las inmediaciones¹⁰³. Asimismo, en muchos casos se observa una tendencia constante a establecer el campamento en zonas altas como cerros y oteros, especialmente durante las campañas granadinas¹⁰⁴. En otras ocasiones, sin embargo, los

⁹⁹ CJII-CODOIN, 281-5. Otros ejemplos cuatrocentistas muestran que esta podía ser una práctica habitual. Véase CJII-CODOIN, 382-4.

¹⁰⁰ Berwick y Alba, *Documentos escogidos*, 19-20.

¹⁰¹ Sánchez-Arcilla, *Siete Partidas*, Segunda Partida, Título XXIII, Ley XIX; García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 157.

¹⁰² CJII-CODOIN, 383-4.

¹⁰³ Berwick y Alba, *Documentos escogidos*, 34-35.

¹⁰⁴ Las fuentes que mencionan esta cuestión se reducen únicamente a la *Crónica de Juan II* de Alvar García de Santa María. CJII-CODOIN, 282-5; 364-6; 382-3.

cursos fluviales fueron aprovechados para la castrametación, pues a pesar de que las tierras cercanas al río serían cenagosas, ofrecían la posibilidad de guarnecer uno o más flancos. Así, en 1445 el ejército de Juan II y Álvaro de Luna estableció su campamento ante Olmedo apoyándose sobre la ribera del río Adaja, reforzando las partes expuestas con cavas¹⁰⁵. Este *modus operandi* fue utilizado también por Enrique IV en su real de Simancas, en 1465, el cual apoyó en el río y rodeo de cavas, utilizando en este caso también estacas¹⁰⁶. Puede argumentarse, empero, que ninguno de estos dos *reales* eran campamentos de marcha en su sentido más estricto, lo que podría explicar su elaborado sistema defensivo.

La fortificación del campamento es, precisamente, un elemento del que tampoco se conservan muchos datos. En muchas ocasiones, los cronistas se limitan a anunciar que se ‘asentó’ o ‘levantó’ el *real*. Pocas veces se citan ejemplos de campamentos de marcha que se fortificaron y, cuando se hace, claramente se observa que es porque se prevé una estancia más prolongada en el tiempo que la simple pernocta. Apenas se dan datos sobre esos fugaces campamentos, pero sería fácil pensar que podían estar rodeados por los carros del bagaje, si se llevaban en número suficiente¹⁰⁷. Aun así, en expediciones de tamaño medio o aquellas en las que primaba la velocidad, no parece que se utilizaran carros, pues cada individuo sería el encargado de transportar sus propias talegas para varios días¹⁰⁸. Sería posible, por tanto, que en esas ocasiones no se realizaran labores de castrametación, y toda seguridad quedaría confiada a las *atalayas*, *escuchas* y guardas que mencionaré más adelante¹⁰⁹.

Sea como fuere, cuando se preveía que la estancia se iba a alargar, no solo se construía una empalizada, sino que también se cavaba un foso alrededor¹¹⁰. Así se observa también en el caso del *real* establecido ante Granada los días previos a la batalla de la

¹⁰⁵ CAL, 157-8. A pesar de que las demás crónicas no mencionen nada al respecto, Palencia sostiene cuando los Infantes de Aragón situaron su real a las afueras de Medina del Campo, en 1441, lo hicieron en la dehesa de la orilla cenagosa del Zapardiel, cercando el interior del real con estacada y foso. GH, 9-11.

¹⁰⁶ GH, 346-7.

¹⁰⁷ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 159.

¹⁰⁸ En la cabalgada que el condestable Iranzo dirigió para desplegar una *celada* contra Guadix, cien animales de carga acompañaron a los 300 caballeros. HCMLI, 450.

¹⁰⁹ En cuando a las definiciones, de nuevo me remito a Francisco Gago-Jover. Una *atalaya* –atalayero- era ‘el que servía en el ejército en puestos avanzados, para observar y avisar de los movimientos del enemigo’. Del mismo modo, *escucha* sería sinónimo de centinela, pues se trataría de la persona que ‘se adelanta de noche a la inmediación de los puntos enemigos para observar de cerca sus movimientos’. Gago-Jover, *Vocabulario militar castellano*, 58-9, 167-8.

¹¹⁰ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 159.

Higueruela (1431), el cual constituye, aún con la escasa información existente, el caso más detallado de castrametación. Las crónicas narran que se cercó por un gran palenque de madera ‘de tanto compás como la ciudad de Sevilla’, ordenado en calles y con grandes puertas en cada uno de los cuatro extremos¹¹¹. Este *real* evoca al ideal de campamento romano, por lo que la descripción debería manejarse con cuidado. Los campamentos medievales, al igual que los romanos, adaptaban su forma al terreno, por lo que era difícil hallar dos idénticos¹¹². En ese sentido, no me encuentro en posición de corroborar si la Vega de Granada ofrecía una situación apropiada para el establecimiento de un campamento de estas características. Con todo, se puede afirmar que el modelo de fortificación de las legiones romanas era aplicado en la medida de lo posible, rodeando las tiendas de empalizada y foso. En ocasiones, esto podía llevarse más allá, evocando la práctica romana de transportar las estacas con las que después cercar el campamento. La *Crónica del Halconero* cuenta que, en 1439, el Almirante Fadrique mandó hacer un palenque compuesto por 1.015 estacas, que luego transportaba en carretas para el rápido establecimiento de un perímetro defensivo¹¹³. Resulta evocador pensar que esta fue una práctica habitual, cuando lo cierto es que probablemente esta sea la excepción. Como ya he señalado en otras ocasiones, las crónicas tienden a recoger hechos excepcionales, dejando de lado lo mundano. Sea como fuere, a pesar de que se mencione en contadas ocasiones, parece que la práctica habitual era la de quemar el palenque y las chozas construidas -si las había- al levantar el campamento¹¹⁴.

Aparte de las labores de castrametación de inspiración romana, es muy probable que, en la medida de lo posible, se utilizaran accidentes naturales con los que cubrir los flancos expuestos. Ya he señalado el uso de los ríos a tal efecto, a los que se podrían añadir barrancos, acequias y bosques, que podían complementarse con construcciones preexistentes. Este fue el caso del campamento establecido por los Infantes de Aragón ante Medina del Campo, en 1441. Cuenta la *Crónica del Halconero* que se hizo aprovechando la tapia que cercada una huerta a las afueras de la ciudad. De forma similar, Pedro Girón utilizó diversos elementos preexistentes como bosques, acequias y el vallado de las huertas, para establecer su real ante Jaén, en 1465. Aun así, cabría señalar que este último ejemplo

¹¹¹ CAL, 128-31, CJII-CODOIN, 287.

¹¹² Goldsworthy, *The Roman Army at War*, 111-3.

¹¹³ CH, 289.

¹¹⁴ CJI-CODOIN, 299-301, 311-3.

e incluso el anterior se enmarcarían más en operaciones de bloqueo –que no sitio propiamente dicho-, por lo que podrían no ser casos exportables¹¹⁵.

Junto con las fortificaciones, la importancia de la vigilancia era constantemente destacada por los tratadistas, pues las *atalayas* y *escuchas* podían detectar al enemigo próximo, dando la voz de alarma para que el resto de la hueste estuviera armada y preparada¹¹⁶. Tras la batalla de la Higuera, Álvaro de Luna ordenó que se aumentaran los efectivos destinados a la guardia del campamento, para que ‘el placer é alegría de los vencedores, que suele facer en ellos gran descuido, é el desesperamiento é pesar d ellos vencidos, que los suele hacer mucho más arriscados, no nficiese de los vencedores vencidos é de los vencidos vencedores’¹¹⁷. Asimismo, en 1455, en el *real* asentado por Enrique IV también en la Vega de Granada, se pusieron *escuchas*, así como guardas tanto en el propio campamento como en el campo, ante la posible llegada de un ejército granadino. La prevención surtió efecto, pues las *escuchas* castellanas sintieron a los enemigos que, observando el despliegue defensivo castellano, fueron disuadidos¹¹⁸. Este tipo de precauciones no eran infalibles, pues el factor humano podía fallar. Tal fue el caso acaecido en 1431, a Rodrigo de Perea, adelantado de Cazorla. A pesar de que el adelantado había establecido guardas en la sierra, estas no cumplieron su labor, tal vez porque se hallaban 'durmiendo o por otra razón'. Al amanecer, en el momento en el que se encontraban levantando el campamento y alimentando a los caballos, preparados para partir, los musulmanes atacaron y derrotaron completamente a la expedición de Perea, muriendo muchos cristianos en el proceso¹¹⁹.

¹¹⁵ CH, 409-12; GH, 346-7. A pesar de que las demás crónicas no mencionen nada al respecto, Palencia sostiene cuando los Infantes de Aragón situaron su real a las afueras de Medina del Campo, lo hicieron en la dehesa de la orilla cenagosa del Zapardiel, cercando el interior del real con estacada y foso. GH, 9-11. Resulta sospechoso, sin embargo, que Palencia sea el autor que más trate la cuestión de la fortificación campal, mencionando fosos y estacas dado que es el único cronista de todos los aquí citados que escribió en latín y, además, dividió su obra en *Décadas*, en una clara evocación a Tito Livio.

¹¹⁶ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 159.

¹¹⁷ CJII-CODOIN, 298-9.

¹¹⁸ MDH, 20-7; CA, 38-44.

¹¹⁹ CJII-CODOIN, 268-9.

4.4. Tamaño y estructura de las huestes

Conocer el número de tropas participantes en las operaciones de cabalgada es una tarea difícil si solo se dispone de fuentes narrativas. Las crónicas dan cifras en varias ocasiones, aunque estas deben de ser manejadas con precaución, pues es comúnmente conocido que los datos numéricos que proporcionan no son fiables. Las cantidades mencionadas tienden a ser simbólicas o imaginarias, aproximativas en el mejor de los casos¹²⁰. Se conserva, no obstante, documentación administrativa referente a los pagos realizados en diversas campañas de la Guerra de Granada, aunque muchos de ellos son operaciones combinadas de asedio y cabalgada, por lo que podrían no ser representativos para el propósito de este apartado. Con todo, una nómina menciona el número exacto de participantes en la tala dirigida contra los alrededores de Málaga en 1484, aunque al disponer de un único ejemplo, difícilmente se pueden extrapolar los datos.

La mayor parte de la información sobre el número de efectivos proviene de las cabalgadas dirigidas contra el reino de Granada. Al fin y al cabo, las incursiones más grandes fueron aquellas dirigidas contra el enemigo musulmán. La cronística parece mostrar que las incursiones realizadas en contextos de guerra civil serían de baja escala y aparte de ser aparentemente menos numerosas, estaban más enfocadas al robo de ganado que a la tala propiamente dicha. Por supuesto, hay excepciones, como las tres expediciones dirigidas contra de Portugal por el maestre de Santiago durante la guerra de sucesión castellana. Sin embargo, ya he señalado previamente que se trataba de acciones de búsqueda de batalla, razón que explicaría el desmesurado volumen de algunos de esos ejércitos.

He optado por diferenciar las incursiones ‘mayores’ de las ‘menores’, estableciendo entre ambas la algo arbitraria frontera de 1.000 efectivos. La razón para esto es que realizar una labor de desgaste verdaderamente dañina para el enemigo requería un gran número de tropas¹²¹. Las pequeñas cabalgadas –compuestas por decenas o cientos- podían ser rápidamente organizadas y ejecutadas, con lo que, dirigidas contra objetivos menos ambiciosos y, en muchos casos, motivadas únicamente por el ánimo de lucro, presentan una mayor homogeneidad en su composición y un reclutamiento menos selectivo. En 1407,

¹²⁰ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 137.

¹²¹ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 140.

por ejemplo, se juntaron en Tebar, bajo el pendón del señor del Carpio García Méndez, hombres procedentes de Carmona, Écija y Osuna, sumando unos cientos¹²². Con todo, este tipo de acciones serían las más comunes, aunque habitualmente obviadas por las crónicas. Fuentes muy minuciosas como la obra de Alvar García de Santa María o centradas en un área muy concreta, como los *Hechos del Condestable Miguel Lucas de Iranzo*, son las más proclives a prestar atención a estas acciones de baja intensidad, que pueden observarse en la tabla nº5.

TABLA Nº 5. VOLUMEN Y COMPOSICIÓN DE LAS HUESTES EN INCURSIONES MENORES¹²³

Año	Lugar	Número	Fuentes
1407	Olvera	42 C y 28 P	CJII-G, 194-6
1407	Casarabonela	201 C y 355 P	CJII-G, 215
1407	Antequera	50 C	CJII-G, 219
1408	Estepona, Gibraltar, Marbella,	700 C	CJII-G, 311
1408	Ronda y Setenil	29 HdA y 37 J	CJII-G, 313
1410	Ronda	150 L y 150 J	CJII-G, 415
1410	Montefrío	60 C	CJII-G, 434
1410	Cauche	44 C	CJII-G, 442
1441	Fontiveros	60 J	CH, 388-9
1441	Oliás del Rey	300 J	CH, 394
1456	Valle de Cártama	120 C y 300 P	MDH, 39; CA, 62
1463	Alrededores de Granada	100 C	HCMLI, 143
1466	Mengíbar	200 C y algunos peones	HCMLI, 325
1466	Higuera de Martos	150 C	HCMLI, 325
1470	Guadix	350 C y 300 P	HCMLI, 451
1475	Mora	30 C y 100 P	CRC-DV, 20-1

Las grandes cabalgadas, en cambio, precisaban de una mayor organización y movilizaban miles o, incluso, decenas de miles. García Fitz señala para el siglo XIII que este tipo de incursiones tenían una composición más heterogénea, algo también aplicable para el Cuatrocientos¹²⁴. Huestes señoriales y milicias concejiles convergían para llevar a cabo operaciones de tala sistemáticas en persecución de objetivos estratégicos más ambiciosos. Sirva como ejemplo el caso mejor documentado, el de la tala realizada en las tierras malagueñas en la primavera de 1484. La nobleza aportó un 27% más de caballería que las huestes de Córdoba, Sevilla, Carmona, Jerez de la Frontera y Écija, mientras que los segundos aportaron cuatro veces más infantería¹²⁵. El total de efectivos que participaron

¹²² CJII-G, 215.

¹²³ Claves: HdA (Hombres de armas), J (*Jinetes*), L (*Lanzas*), C (a caballo), P (Peones).

¹²⁴ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 136.

¹²⁵ Ladero, *Castilla y la conquista*, 238-9.

en aquella campaña fue de 2.454 jinetes y 12.138 infantes¹²⁶. La tabla nº 6 contiene una muestra del volumen de varias huestes en operaciones de cabalgada.

TABLA Nº 6. VOLUMEN Y COMPOSICIÓN DE LAS HUESTES EN LAS GRANDES INCURSIONES¹²⁷

Año	Lugar	Número	Fuentes
1407	Vera y Zurgena	80 HdA, 500 J y 3.000 P	CJII-G, 167
1407	Casarabonela, Valle de Cártama, Cártama,	1.400 L	CJII-G, 251
1407	Ronda	2.000 L y 4.000 P	CJII-G, 253
1410	Málaga	1.200 L, 800 J y 'muchos ballesteros e lançeros'	CJII-G, 417
1429	Monreal de Ariza, Cetina	1.500 HdA y J	CJII-CODOIN, 104; CAL, 90
1430	Colomera	700 C y 3.000 P	CJII-CODOIN, 241; CH, 71
1430	Ibiza	2.500 'hombres de batalla' y 500 'taladores'	CJII-CODOIN, 251
1431	Íllora, Vega de Granada, Loja, Archidona	3.000 C y 5.000 P (CH) 4.600 C y 5.000-6.000 P (CAL)	CJII-CODOIN, 276; CH, 95-6; CAL, 122
1432	Guadix	1.300 C y 2.000 P	CJII-CODOIN, 367
1433	Guadix	2.500 C	CJII-CODOIN, 381
1433	Vega de Granada	4.000 C y 'pieza de omes de pie'	CJII-CODOIN, 383
1435	Guadix	1.500 HdA y J y 6.000 P	CJII-BAE, 521
1455	Vega de Granada	800 HdA, 8.000 J y 30.000 P 14.000 C y 80.000 P (CEIV-EC)	MDH, 12; CA, 27; CEIV-EC, 150-1
1455	Alrededores de Guadix	220 C y 900 P	MDH, 12; CA, 27
1455	Álora, Archidona, Málaga	6.000 C y 20.000 P	MDH, 14; CA, 30
1455	Moclín, Montefrío, Vega de Granada y alrededores	3.000 HdA, 8.000 J y 20.000 P	MDH, 21; CA, 39
1456	Alrededores de Málaga	800 HdA, 3.000 J, 12.000-13.000 P	MDH, 32; CA, 52
1458	Huéscar	400 C y 600 P	MDH, 49; CA, 86
1462	Alrededores de Baza y Guadix	1.200 C y 3.000 P	HCMLI, 79
1462	Vega de Granada	800 C y 2.500 P	HCMLI, 86
1462	Alrededores de Granada	3.000 C y 5.000 P	HCMLI, 91
1471	Cambil	300 C y 1.000 P	HCMLI, 466
1476	Portugal	1.000-1.100 C y 8.000 P	CRC-DV, 85; CEIV-AP, II, 295
1478	Portugal	3.000 C y 25.000 P	IV Década, 59
1478	Portugal	2.000 'a caballo y a pie'	IV Década, 72-3
1481	Villaluenga	700-800 C y 1.000-3.000 P	CRC-DV, 135; HHMC, 196
1482	Setenil	900 C y 4.000 P	HHMC, 215
1483	Axarquía malagueña	2.300-2.700 C, y pocos peones Menos de 3.000 C y 1.000 F (MRC)	CRC-DV, 162; HHMC, 218; CEIV-AP, III, 100; MRC, 126
1483	Vega de Granada	10.000 C y 50.000 P (CRC-FP) 6.000 C y 40.000 P (CEIV-AP)	CRC-FP, II, 74 CEIV-AP, III, 108.
1484	Alrededores de Málaga	5.551/8.551J y 16.540 P 2.454 J y 12.138 P	Berwick, <i>Documentos</i> , 20-2. Ladero, <i>Castilla</i> , 238-9
1490	Vega de Granada	5.000 C y 20.000 P	CRC-FP, II, 442
1490	Vega de Granada	7.000 C y 20.000 P	MRC, 219
1491	La Alpujarra	3.000 C y 10.000 P	MRC, 223

Como puede observarse, las grandes cabalgadas habitualmente movilizaban varios cientos o unos pocos miles de caballeros, junto con algunos miles de infantería. Como es lógico, las campañas regias eran las de mayor volumen. Así, la mayor concentración de tropas se observa en dos periodos de guerra abierta contra el reino nazarí, caracterizados

¹²⁶ Sería posible, empero, que los documentos de la Contaduría Mayor de Cuentas estuvieran incompletos, como señala Ladero. Ladero, *Castilla y la conquista*, 227.

¹²⁷ Claves: HdA (Hombres de armas), J (*Jinetes*), L (*Lanzas*), C (a caballo), P (Peones).

por ser los reyes, Enrique IV y Fernando V, los que dirigieron las operaciones. En los años cincuenta se movilizaron grandes contingentes, según las crónicas. Así se observa en las tres campañas más numerosas de 1455, así como en la de 1456, todas ellas encabezadas por Enrique IV en persona¹²⁸. Del mismo modo, la guerra final contra Granada fue el escenario de tres grandes incursiones lideradas por el rey católico: la dirigida contra la Vega de Granada en 1483 y las dos de 1490¹²⁹. En la absoluta mayoría de las campañas regias participaron más de 20.000 efectivos -en algunas incluso más. La campaña restante de 1456 es la única que no llega a esa cifra, aunque no queda lejos.

Al comparar estas cifras con las proporcionadas por las fuentes castellanas plenomedievales, se observa un notable incremento en la cantidad de tropas empleadas. Si se tiene en cuenta que las grandes incursiones de los siglos XI al XIII podían llegar a contar entre 1.000 y 2.000 caballeros y el doble o triple de peones, en el siglo XV las huestes regias podían duplicar e incluso cuadruplicar esos números, mientras que las dirigidas por la nobleza podían, al menos, igualarlas¹³⁰. Sin embargo, conviene repetir que estos son datos extraídos de fuentes cronísticas, y ya he señalado que en lo que respecta a los datos numéricos no son siempre fiables. Tomaré el caso de la cabalgada a Málaga en 1484. Se conocen los números reales de participación, pero ¿qué dicen las crónicas al respecto? Tanto Fernando del Pulgar como Andrés Bernáldez coinciden en afirmar que participaron 12.000 infantes, cifra que concuerda con lo estipulado por la documentación administrativa. Sin embargo, la principal diferencia viene a la hora de contabilizar las tropas montadas, pues el primero afirma que eran 6.000, mientras que el segundo sostiene la cifra de 3.000¹³¹. Diego de Valera, por su parte, ofrece los datos más inflados, afirmando que 8.000 caballeros y 15.000 peones fueron convocados¹³². Bernáldez, por tanto, es el único autor que coincide –redondeando las cifras-, con la documentación administrativa. Los otros dos historiadores,

¹²⁸ La mayoría de datos, como figura en la tabla, están extraídos del *Memorial de Diversas Hazañas* de Diego de Valera, así como de la *Crónica Anónima*. Aun así, para la primera campaña el cronista Diego Enríquez del Castillo se atrevió a dar una cifra que sin duda resulta desorbitada. Esto no quiere decir que las otras sean verdaderas, pero sin duda resultan más creíbles –aunque seguramente infladas.

¹²⁹ Fernando encabezó muchas más campañas, aunque la mayoría fueron operaciones de asedio o acciones combinadas de sitio y cabalgada, por lo que señalar aquí el volumen de las huestes participantes en esas operaciones podría constituir un elemento de distorsión.

¹³⁰ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 140.

¹³¹ CRC-FP, II, 108-12; MRC, 151-2.

¹³² CRC-DV, 178-9.

siguiendo la tradición cronística, tienden a apuntar alto, especialmente en el caso de la caballería¹³³.

En cuanto al equilibrio entre las distintas armas, cabe destacar que la mayoría de las cabalgadas recogidas combinaban caballería e infantería¹³⁴. Los números de las grandes expediciones presentadas en la tabla muestran cierta disparidad en la proporción entre el número de caballeros e infantes. Aun así, se puede afirmar que las *ratios* más comunes en las incursiones de menos de 10.000 efectivos oscilan entre un caballero por cada dos infantes a uno entre ocho, siendo lo más común un jinete por el doble de infantes, que a menudo también podían cuadruplicar el número de tropas montadas. Las cabalgadas realmente grandes, aquellas de más de 10.000 participantes, se acercan mayoritariamente a la proporción de un caballero por cada tres infantes. Esta tendencia es especialmente acusada en las campañas regias, más multitudinarias, a las que se puede suponer un reclutamiento más selectivo. En términos comparativos, estas *ratios* entran dentro de lo convencional, aunque con una mayor tendencia a reclutar más infantería si se compara con los ejércitos reclutados para realizar incursiones en la Castilla plenomedieval, donde lo habitual era un jinete por cada uno o dos peones¹³⁵.

A primera vista puede parecer que en algunas cabalgadas menores habría una mayor tendencia a convocar únicamente caballería –la mayoría de acciones de este tipo recogidas por las crónicas están compuestas únicamente por tropas montadas. El elemento sorpresa que no era tan importante en las grandes incursiones, sí que lo era en las de efectivos más reducidos. Las expediciones más numerosas eran más difíciles de ocultar, además de que podían esperar derrotar a casi cualquier fuerza que los granadinos pudieran interponer en su camino. Las pequeñas, en cambio, debían confiar en la sorpresa, para lo que era esencial la rapidez, algo que solo podía ser garantizado prescindiendo de la infantería¹³⁶. No

¹³³ A pesar de que no sea posible comprobarlo, esto podría deberse la mayor parte de las tropas montadas eran aportadas por la clase noble, por lo que se podría estar intentando exagerar la participación de aquellos cuya posición social y su misma razón de ser dependía de hacer la guerra su oficio.

¹³⁴ Como se verá más adelante, en el apartado dedicado a la táctica empleada en las incursiones, la infantería era esencial para este tipo de operaciones, pues eran los peones los encargados de llevar a cabo la destrucción.

¹³⁵ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 142. La comparación con otros espacios europeos como Inglaterra resulta algo difícil, debido a la condición profesional del ejército inglés y a la peculiaridad de tener que organizar el transporte marítimo de las tropas.

¹³⁶ García Fitz sostiene que en las cabalgadas de largo radio la sorpresa no era un elemento fundamental, aunque los peones eran necesarios para diversas labores como la tala de campos, guarda del botín, servicios de vigilancia del campamento o acciones defensivas durante la marcha. García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 140; Marshal, *Warfare in the Latin East*, 191-4.

obstante, cabe la posibilidad de que, de nuevo se esté ocultando el rol de la infantería. Tomaré como ejemplo la pequeña cabalgada dirigida contra Montefrío en 1410. La *Crónica de Juan II* únicamente informa de sesenta caballeros que partieron de Alcalá la Real, aunque avanzada la narración se menciona que se dejaron diez caballeros y peones en *celada*¹³⁷. Sin duda llama la atención la espontánea aparición de varios infantes en un grupo que, inicialmente, estaba solamente compuesto por caballería.

Este problema también podría darse en las grandes cabalgadas. De la lectura de las crónicas se extrae que al menos tres de las cabalgadas de entre las listadas en la tabla nº 6 fueron llevadas a cabo exclusivamente por fuerzas montadas. Aplicando la lógica se deduce que esto es completamente imposible, al menos para algunos casos. La *Crónica de Juan II* señala que durante la cabalgada dirigida contra Guadix en 1433, se ‘taló’ la cosecha de la ciudad. Cuesta creer que esto hubiera sido posible, dado que la propia crónica solo menciona 2.500 caballeros como participantes y para llevar a cabo ese tipo de acción la infantería era imprescindible. Del mismo modo, ni Valera ni la *Historia de los Hechos del Marqués de Cádiz* señalan la presencia de infantería en la expedición que acabó en el sonado desastre de la Axarquía malagueña, en 1483. Sin embargo, Bernáldez informa de que 1.000 infantes fueron convocados ‘según fueran menester para la tierra donde iban’¹³⁸. Palencia, por su parte, indica que acudieron menos de los *pedites* requeridos, siendo estos ‘muy necesarios para lo que se proyectaba’¹³⁹. A raíz de lo afirmado por Palencia, cabría preguntarse, una vez más, si la ocasional omisión de la presencia de infantes en las huestes se debía a la simplificación de la narración, al sesgo de la crónica o, bien, a que algunas de las operaciones que no se pueden contrastar estuvieron realmente compuestas exclusivamente de caballería¹⁴⁰. Después de todo, este fenómeno solo se da en tres de las grandes incursiones y los jinetes eran perfectamente capaces de desmontar para quemar aldeas o campos cultivados¹⁴¹. Este tipo de incursiones en las que solo participaba la caballería no eran del todo extrañas, pues parece que en la Tierra Santa del siglo XIII era

¹³⁷ CJII-G, 434-9.

¹³⁸ MRC, 126.

¹³⁹ GG, 100.

¹⁴⁰ Llama la atención que en otras ocasiones se preste atención únicamente al número de tropas montadas, sin dar datos para los peones.

¹⁴¹ En 1430, la caballería que el comendador mayor de Calatrava había destacado por corredores se encontraba apeada, saqueando una aldea, cuando fueron sorprendidos por una fuerza musulmana. CJII-CODOIN, 243-4.

común que los musulmanes dirigieran expediciones compuestas exclusivamente por tropas montadas¹⁴².

4.5. Duración de las incursiones y estacionalidad

La duración de las incursiones estaba condicionada por una serie de factores como la climatología, el tamaño de la hueste, los objetivos perseguidos o el tamaño del territorio enemigo a atacar. La escasa extensión del reino granadino, junto con el establecimiento de capitanías que cubrían el perímetro fronterizo, permitieron la realización de cabalgadas focalizadas en zonas concretas. Estas incursiones eran de penetración variable, siempre limitadas por la topografía y concentradas en las zonas de mayor producción agrícola, como podía ser Málaga, Guadix y, especialmente, la Vega de Granada¹⁴³. Y es que, de nuevo, la única información cronística existente a este respecto es aquella referida al conflicto secular contra el Islam, en concreto a los cuatro grandes periodos de guerra abierta con el reino nazarí. Las fuentes rara vez permiten asomarse a la duración de las incursiones. Algunas crónicas, como las dos partes de la de Juan II, son más proclives a señalar el número de días que una determinada expedición empleó en operaciones de tala, devastación, saqueo o robo. En ocasiones, es posible dilucidar el periodo transcurrido si se dispone de un detallado itinerario, una información ciertamente difícil de conocer en la mayoría de los casos. Una de las excepciones más prominentes la constituye la incursión realizada por Álvaro de Luna como reconocimiento en fuerza o preparación a la posterior expedición liderada por el propio Juan II junto con el condestable fue minuciosamente narrada en una carta redactada por Luna¹⁴⁴. Esta misiva detalla los lugares y días en los que se estableció el *real* para descansar por las noches, información que puede ser utilizada para establecer un itinerario y consiguientemente calcular la duración de la operación.

Ya he señalado previamente que la línea divisoria entre los diferentes tipos de operación a menudo no está claramente definida. A pesar de ello, al igual que en otras ocasiones, he intentado tener en cuenta únicamente aquellas operaciones que pueden ser

¹⁴² Marshall, *Warfare in the Latin East*, 194.

¹⁴³ Precisamente la vega granadina era la zona de mayor producción agrícola de todo el reino. Ladero, *Granada. Historia de un país islámico*, 48.

¹⁴⁴ CH, 94-100.

definidas como cabalgadas, dejando de lado las operaciones combinadas que, debido a su naturaleza –sobre todo si incluían asedios–, alargarían significativamente la duración de la cabalgada. A pesar de que no son muchas las ocasiones en las que se puede observar la duración de las incursiones en los términos señalados, la tabla nº 7 recoge algunos casos¹⁴⁵.

TABLA Nº 7. DURACIÓN DE LAS INCURSIONES

Año	Lugar	Duración	Fuentes
1407	Vera y Zurgena	4-5 días	CJII-G, 167; CJII-BAE, 280
1407	Casarabonela, Valle de Cártama, Cártama,	5 días	CJII-G, 252
1407	Ronda	3 días	CJII-G, 254
1408	Estepona, Gibraltar, Marbella,	4 días	CJII-G, 311
1410	Málaga	6 días	CJII-G, 416-20
1431	Íllora, Granada, Loja, Archidona	6 días	CH, 95-99
1433	Guadix	7-8 días	CJII-CODOIN, 382
1433	Málaga	8 días	CJII-CODOIN, 383
1433	Vega de Granada	8-10 días	CJII-CODOIN, 384
1455	Vega de Granada	4 días	MDH, 10; CA, 26; CEIV-EC, 149-51; GH, 109-111
1455	Moclín, Montefrío, Vega de Granada	18 días	MDH, 27; CA, 44
1456	Málaga	9 o 30 días*	MDH, 32; CA, 52; GH, 114
1457	Reino de Granada	15 días	MDH, 45; CEIV-EC, 153-4; GH, 157
1484	Málaga	Más de 15 días o 40 días*	MRC, 151; CRC-FP, II, 112; CEIV-AP, III, 119; CRC-DV, 178-9.
1490	Vega de Granada	10-12 días	CRC-FP, II, 444; MRC, 217
1490	Vega de Granada	15 días	CRC-FP, II, 449

Aunque una pequeña incursión podía resolverse en cuestión de un único día, las grandes expediciones tendían a pasar más tiempo en territorio enemigo. La extensión temporal de las cabalgadas listadas varía, aunque todas ellas se sitúan en una media relativamente reducida: entre tres y dieciocho días. La duración más común es de en torno a una semana de expedición, que en campañas regias podía extenderse hasta dos. Solo en ocasiones contadas, como en dos de las campañas enriqueñas -1455 y 1457- o la campaña contra los alrededores de Málaga de 1484 se supera la barrera de las dos semanas¹⁴⁶. Precisamente esa última incursión es la única de larga duración que no está encabezada por el monarca, aunque fue una concienzuda y multitudinaria operación de devastación perfectamente coordinada por Fernando el Católico y dirigida por prominentes y

¹⁴⁵ A efectos de conteo solo he tenido en cuenta el tiempo que realmente empleado en territorio enemigo, sin considerar el transcurso del trayecto hasta la frontera.

¹⁴⁶ A pesar de no aparecer en la tabla, la campaña regia de 1483 también duró quince días. No ha sido listada junto con las demás debido a que en su transcurso se abasteció Alhama y se tomó Tájara, aunque en la práctica fue una cabalgada al uso, pues se taló la vega granadina por completo, así como Íllora y Montefrío. Berwick y Alba, *Documentos escogidos*, 18-43.

experimentados miembros de la nobleza como el maestre de Santiago, el marqués de Cádiz o Alonso de Aguilar. Parece que, en ocasiones, la duración aproximada de la cabalgada estaba predeterminada, tomando talegas en función de lo planificado para así evitar tener que vivir del terreno. En 1410, la cabalgada realizada a fin de que varios integrantes de la hueste cristiana que se encontraba sitiando Antequera hiciera algo útil, fue inicialmente presentada en el Consejo Real por el regente Fernando como una incursión de ‘cinco o seis días’, previsión que se cumplió¹⁴⁷. Del mismo modo, al finalizar la cabalgada que Álvaro de Luna realizó en Granada a finales de mayo de 1431, el condestable tenía previsto realizar otra por tierras malagueñas, con una duración estimada de diez días, operación que finalmente no pudo llevar a cabo¹⁴⁸.

Resulta tentador afirmar que algunos autores tienden a exagerar la duración de las cabalgadas. Diego de Valera y el autor de la *Crónica Anónima*, que generalmente coinciden—casi- palabra por palabra, difieren al mencionar la duración de la campaña de 1456. El primero afirma que la cabalgada dirigida por Enrique IV contra los alrededores de Málaga se alargó por nueve días, mientras que el segundo sostiene que fueron treinta. Dejando de lado este posible error de copia, Fernando del Pulgar llega más lejos al afirmar que algunas de las cabalgadas de la Guerra de Granada duraron nada menos que cuarenta días. Así lo afirma para la dirigida contra los alrededores de Málaga, en 1484¹⁴⁹. Teniendo en cuenta lo que acabo de mencionar de las operaciones de 1456, se podría pensar que las operaciones realizadas en tierras malagueñas podrían tender a durar más. Sin embargo, leyendo con detenimiento la crónica de Pulgar se puede apreciar que cuarenta es un número muy utilizado por el autor, afirmando también que Fernando el Católico dedicó ese mismo número de días a la tala de la Vega de Granada en 1484, tras asediar Álora¹⁵⁰. Se trata, por tanto, de una cifra meramente simbólica, de posible inspiración bíblica, a la que recurre reiteradamente a lo largo de su obra¹⁵¹.

¹⁴⁷ CJII-G, 416-20.

¹⁴⁸ CJII-CODOIN, 275-8.

¹⁴⁹ CRC-FP, II, 112.

¹⁵⁰ CRC-FP, II, 125. En primera de las talas realizadas por Fernando el Católico en la Vega de Granada durante el verano de 1490, primeramente, Pulgar afirma que esta duró treinta días, para sostener hacia el final del capítulo que únicamente fueron doce días, una cifra que encaja mejor con los diez días mencionados por Bernáldez. Por ello, me inclino a dar por buena la duración de entre diez y doce días. CRC-FP, II, 442-4.

¹⁵¹ Pulgar también informa que Utrera estuvo cuarenta días cercada en 1477. Asimismo, destaca que durante el asedio de Baza 4.000 peones talaron los árboles del circuito de la ciudad durante cuarenta días, mientras

Con todo, resulta evidente que la duración de las cabalgadas disminuyó considerablemente si se compara la Castilla del siglo XV con la de los siglos XI-XIII. Es obvio que el territorio musulmán era mayor en época plenomedieval, lo que justificaría grandes incursiones de entre cuatro y diez semanas de duración¹⁵². En el Cuatrocientos, la reducción del área ocupada por los granadinos a su mínima expresión suponía que las expediciones tenían que durar relativamente poco tiempo. Como he señalado, los capitanes de la frontera estaban encargados de un sector sobre el que lanzaban constantes incursiones. Asimismo, la montañosa topografía granadina y la concentración de la actividad agrícola en unos lugares concretos se traducía en que las cabalgadas rara vez realizaban penetración en profundidad, pues incluso las más grandes expediciones regias tendían a focalizar su atención en los ‘puntos calientes’ del reino nazarí. Por ello, tampoco se pueden confrontar las cabalgadas castellanas con las realizadas por los ingleses en la Francia de la guerra de los Cien Años, especialmente en su fase del Trecentos, caracterizadas por sus largos recorridos y gran penetración en el territorio enemigo¹⁵³. Si hubiera que realizar una comparación más ajustada a la realidad castellana, esta habría de ser la Tierra Santa del siglo XIII. Ya he mencionado previamente cómo los reinos cruzados habían visto drásticamente reducida su extensión y capacidad operativa a partir de la caída de Jerusalén en 1187. Por ello, la superioridad palpable de las gentes del islam en el mediterráneo oriental, sumada al exiguo territorio ocupado por los cruzados, hizo que las cabalgadas musulmanas duraran entre tres y quince días, datos ciertamente muy similares a los que he presentado para Castilla¹⁵⁴.

Sea como fuere, lo cierto es que los objetivos perseguidos por las incursiones debían adaptarse tanto a los medios como a las condiciones ambientales y meteorológicas derivadas de la estacionalidad. El tiempo de cabalgadas, como en ocasiones lo denominan las fuentes, tenía que ser congruente con la estación del año, es decir, desarrollarse entre la primavera y el inicio del otoño¹⁵⁵. Desde luego, no era lo mismo realizar una operación de

que al alargarse el cerco en el mismo plazo de tiempo se hicieron más de mil casas para proteger de las inclemencias del tiempo a las tropas castellanas. CRC-FP, I, 323-4; II, 385.

¹⁵² García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 144.

¹⁵³ Madden, *The Black Prince*.

¹⁵⁴ Las cabalgadas cristianas también duraban en torno a una semana, siendo raro –aunque posible– que llegaran a dos. Marshall, *Warfare in the Latin East*, 195-6.

¹⁵⁵ ‘La primavera, que es el mejor tiempo para guerra’, escribió Alvar García de Santa María. CJII-CODOIN, 273.

tala que una de robo y cautiverio¹⁵⁶. Así, la actividad destructiva y desestabilizadora perseguida por las cabalgadas precisaba de una climatología muy concreta. Michael Mallett señalaba que los *condottieri* italianos tendían a practicar la guerra en la época del año en la que más daño se podía hacer a las cosechas¹⁵⁷. Tiene sentido, pues el objetivo principal de la mayoría de incursiones era perjudicar la producción económica del adversario para limitar su capacidad operativa al mismo tiempo que se reducía el flujo de producción de alimentos con las consiguientes consecuencias en la población –combatiente o no.

Así, las operaciones de cabalgada se concentran mayoritariamente entre mayo y septiembre¹⁵⁸. Las campañas podían fácilmente dividirse en dos anuales: la dedicada a la tala del trigo a partir de mayo y la del panizo hacia el final del verano, como se hizo en la campaña de 1490¹⁵⁹. Con todo, muchas incursiones fueron realizadas fuera del periodo tradicional, especialmente entre febrero y marzo y en octubre. En esos casos, el objetivo no era la tala de las cosechas. Por un lado, se podían atacar los elementos materiales de producción agrícola. Molinos y aldeas podrían ser reducidas a ceniza y escombros, asegurándose así que el trigo no fuera procesado o que no hubiera un lugar en el que los trabajadores de la tierra pudieran asentarse para labrar y recoger la cosecha. Ese fue uno de los objetivos perseguidos por la cabalgada dirigida contra la Axarquía malagueña en 1483 o la lanzada contra Mengíbar en octubre de 1466¹⁶⁰. Del mismo modo, las cabalgadas podían tener otros objetivos de ‘fuera de temporada’. Entre ellos se encuentra, principalmente, el robo de ganado, la captura de prisioneros o la preparación de *celadas*¹⁶¹.

Este tipo de operaciones únicamente requerían de una climatología suficientemente clemente que posibilitara la realización de operaciones de cierta envergadura. En términos de duración, tendían a ser más cortas que las realizadas en primavera y verano, tal vez tanto por la propia naturaleza de los objetivos perseguidos como para disminuir las posibilidades de que una climatología adversa les dejara inmóviles y expuestos a un contraataque

¹⁵⁶ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 142, 146-7.

¹⁵⁷ Mallett, *Mercenaries and their masters*, 191. García Fitz también señala esta idea. García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 148.

¹⁵⁸ García Fitz también señala el mismo periodo de actuación en la Castilla plenomedieval. García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 145.

¹⁵⁹ Asimismo, a lo señalado se podía sumar la destrucción de la producción vinícola en septiembre junto con otro tipo de devastaciones.

¹⁶⁰ CRC-FP, 61-9; CRC-DV, 161-5; HCMLI, 325.

¹⁶¹ CJII-G, 251-3, 310-1, 313-5; MDH, 39-40; CA, 62-3; HCMLI, 142-3, 322.

enemigo. Como observa García Fitz, la lluvia hacía impracticables las incursiones, anegando y enfangando caminos. En marzo de 1431, el nutrido contingente reunido para reforzar al mariscal Pedro García de Herrera en la toma de Jimena fue informado de que la ciudad ya había sido conquistada, por lo que se decidió realizar una cabalgada en tierras granadinas, idea que tuvieron que descartar por el aumento de las precipitaciones en la zona¹⁶². Sin embargo, uno de los ejemplos que mejor muestra la importancia de realizar las incursiones en su debido momento se encuentra en los *Hechos del Condestable Iranzo*. En 1470, Iranzo quiso hacer una cabalgada en noviembre que tuvo que aplazar debido a que sus potenciales reclutas tenían que sembrar el trigo. Así, la incursión pospuesta partió de Jaén a principios de diciembre, formada por 500 caballeros y 1,500 peones. Sin embargo, el invierno no era un buen momento para realizar operaciones militares, y las lluvias comenzaron a aumentar, anegando caminos y atascando a la caballería, forzando la vuelta del contingente sin haber llevado a cabo su propósito¹⁶³. Con todo, había comandantes con suficiente iniciativa como para solventar este tipo de contratiempos. En 1431, los dos capitanes de la frontera -Luis de Guzmán y Diego de Ribera-, quisieron entrar en el reino de Granada para apoyar al pretendiente al trono apoyado por Castilla. Sin embargo, las grandes lluvias impidieron el avance de Guzmán, mientras que Ribera salvó las dificultades con la creación de pasos y pontones¹⁶⁴.

4.6. Tácticas

Realizar una incursión en territorio enemigo no era algo tan sencillo como entrar, realizar la acción y salir. Su ejecución requería cierta planificación y seguir unas pautas tácticas y de seguridad a fin de realizar la operación de forma exitosa. La naturaleza montañosa del reino nazarí impelía a los potenciales invasores a tener especial cuidado a la hora de cruzar los puertos de montaña que daban acceso al territorio musulmán. La entrada no solía representar ningún problema, ya que los defensores rara vez tenían conocimiento del lugar por dónde se produciría la invasión. La vuelta, en cambio, podía convertirse en una lucha por la supervivencia, especialmente si no se había tenido en cuenta la regla básica

¹⁶² CRJII-CODOIN, 270-3; CH, 89.

¹⁶³ HCI, 454-5.

¹⁶⁴ CJII-CODOIN, 323-4.

de guarnicionar los pasos y vados por los que había de transcurrir la hueste. Buen ejemplo de ellos sería la cabalgada dirigida contra Casarabonela en 1407, en la que García Méndez, señor del Carpio, fue lo suficientemente hábil como para dejar peones en el puerto de montaña que cruzó en la entrada, asegurándose una salida sin contratiempos al concluir la operación, a pesar de los esfuerzos granadinos para despojarle de la citada posición¹⁶⁵. Después de todo, Fernando del Pulgar ya señalaba que era más importante ‘dar horden en la seguridad de la salida que en la manera de la entrada’, consejo que ilustraba con el siguiente ejemplo. En 1485, el conde de Cabra se juntó con otros caballeros para realizar una entrada en Granada, guiado por adalides. Un veterano caballero llamado Pedro Ruiz de Alarcón avisó de que una incursión en profundidad como la planeada podía suponer ciertos riesgos, por lo que aconsejó guardar los pasos y vados por los que habría que cruzar en el camino de vuelta. La sugerencia fue aceptada y resultó acertada. Descubierta la hueste por los musulmanes, estos intentaron encerrar a los castellanos en el territorio granadino, para lo que se apresuraron a tomar los pasos, cosa que no pudieron hacer por estar bien defendidos por cristianos¹⁶⁶.

Por el contrario, otras incursiones que no se protegieron ante el posible peligro del mismo modo que Ruiz de Alarcón sufriendo las consecuencias de su escasa previsión. En el año 1407, un contingente de 2.000 lanzas y 4.000 peones liderados por Juan de Velasco se dirigió a devastar y saquear los alrededores de Ronda. Iban por orden del Infante Fernando de Trastámara, quien especificó que debían correr las tierras más allá del puerto de Ronda. Velasco decidió acampar por la noche y cruzar el puerto al amanecer, en contra de lo aconsejado por varios de sus acompañantes. Difícilmente una hueste de tal magnitud podía pasar la noche en territorio enemigo y no ser descubierta. Por ello, los castellanos amanecieron con la noticia de que los granadinos habían tomado los pasos de montaña, viéndose obligados a buscar un objetivo secundario, lo que provocó el enfado del Infante. En el caso citado, los defensores musulmanes cerraron el camino de ida. Cuando ocurría lo mismo en el de vuelta, los incursores podían buscar una ruta alternativa, algo difícil teniendo en cuenta de que los territorios vecinos estarían informados de su presencia. La respuesta más habitual venía derivada del hábito de victoria en el que se encontraban imbuidos los castellanos: el ataque directo. En 1456, una cabalgada dirigida por el alcaide

¹⁶⁵ CJII-G, 215-8.

¹⁶⁶ CRC- FP, II, 136-9.

de Antequera consiguió tomar mucho ganado de los alrededores de Cártama solo para descubrir a la vuelta que los granadinos, que triplicaban su número, se habían posicionado en una angostura cercana a Álora, por la que había de pasar para llevar lo capturado a tierras cristianas. Descartada la opción de huir por otro puerto, matando a los cautivos y sacrificando el ganado, los castellanos decidieron combatir y atravesar la formación enemiga¹⁶⁷. Otro ejemplo se observa tras la expedición punitiva contra Villaluenga, en 1481. El marqués de Cádiz supo que los musulmanes le habían cortado el paso posicionándose en el puerto por el que había de cruzar. La respuesta fue, de nuevo, cargar contra el enemigo y pasar a través de ellos combatiendo¹⁶⁸.

La importancia del elemento sorpresa estaba directamente relacionada con el tamaño de la hueste. De este modo, al ser descubiertas las huestes mayores únicamente sufrirían la penalización de que el enemigo estaría avisado de su presencia e intentaría resguardar su ganado y pertenencias tras los muros de alguna villa o castillo¹⁶⁹. Así ocurrió en la cabalgada que Álvaro de Luna dirigió contra Aragón en 1429 o en el célebre desastre de la Axarquía de 1483¹⁷⁰. Por otro lado, cuando las cabalgadas menores eran descubiertas, los musulmanes intentaban recuperar lo sustraído combatiendo con los invasores, persiguiéndolos y e intentando cortarles la retirada¹⁷¹. Debido al peligro que conllevaba ser descubiertos, muchos incursos castellanos optaban por penetrar en territorio enemigo de forma sigilosa, al amparo de la noche, alcanzando el objetivo al amanecer¹⁷². Así lo hizo el grupo que se desgajó de la hueste principal para devastar Montefrío, durante la campaña regia de 1483¹⁷³. No obstante, realizar esta práctica requería conocer muy bien el terreno por el que se iba a transitar, preferiblemente llevando adalides por guía. La consecuencia por no tomar la precaución de guiarse por aquellos que conocían el terreno era evidente.

¹⁶⁷ MDH, 39-40; CA, 62-3.

¹⁶⁸ HHMC, 195-7. A la salida de la cabalgada de 1484, el marqués de Cádiz volvió a encontrarse con una situación similar cerca de El Burgo. También en esta ocasión Rodrigo Ponce de León cargó contra los musulmanes y pudo pasar a salvo. HHMC, 234-6.

¹⁶⁹ También podía darse que los enemigos tomaran los pasos clave, como en los recién citados casos de Ronda en 1407 o el de Villaluenga en 1481.

¹⁷⁰ CJII-CODOIN, 104; CH, 41; CAL, 90-1; CRC-FP, II, 61-9. La derrota castellana de 1483 no fue causada por el hecho de que fueron descubiertos, sino por el error de inteligencia que provocó que tuvieran que caminar por una abrupta topografía en absoluto adecuada para la caballería.

¹⁷¹ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 167-9.

¹⁷² Parece que fue una práctica relativamente extendida, algo comprensible por otra parte. Por ejemplo, en la Tierra Santa del siglo XIII, tanto musulmanes como cristianos elegían viajar de noche. Marshall, *Warfare in the Latin East*, 197.

¹⁷³ Berwick y Alba, *Documentos escogidos*, 20; CRC-FP, II, 76.

Un ejemplo se encuentra en la cabalgada que tres caballeros castellanos -Martín de Avendaño, Gonzalo de Beteta e Iñigo de Molina- lideraron contra los musulmanes en 1455. Al no llevar adalides estuvieron perdidos toda la noche, hasta que amanecieron lejos de su objetivo principal, lo que les obligó a cambiar de planes¹⁷⁴. Con todo, llevar guías especializados tampoco garantizaba que la hueste no fuera a perderse, aunque esto dependía más de factores externos, en especial de la iluminación disponible. A pesar de conocer el terreno, es fácil suponer que los adalides precisaban de la luz emanada por la luna o las estrellas. Por ello, un contingente dirigido por Miguel Lucas de Iranzo en 1462 o el liderado por el marqués de Cádiz en 1481 se perdieron a pesar de llevar adalides que conocía la tierra. La razón no era otra que la escasez de luz lunar en el primer caso y el hecho de que fuera noche cerrada en el segundo¹⁷⁵. Por ese motivo los *Hechos del Condestable don Miguel Lucas de Iranzo* señalan que ‘las entradas de gente gruesa se facían desde los trece días de luna hasta los diez e siete, que es la mayor fuerza de su crecimiento’¹⁷⁶.

La sorpresa y el sigilo se tornaban imperativos durante las incursiones enfocadas al desgaste humano del adversario a través de emboscadas. Resulta obvio que, si se detectaba la presencia del enemigo en una zona, los defensores actuarían con cuidado y, por consiguiente, no caerían en la emboscada. En 1464, 120 caballeros castellanos penetraron en el reino nazarí con el fin de desplegar una *celada*. Enviaron corredores por delante para que los musulmanes cayeran en la trampa, cosa que no hicieron pues las almenaras habían ardido la noche en la que entraron, alertando a los habitantes de las zonas circundantes de su presencia. Así, tuvieron que retirarse por miedo a que la ‘casa de Granada’ fuera contra ellos. Descubrieron que los puertos habían sido tomados por los musulmanes, con lo que quedaron encerrados en Granada, viéndose obligados a luchar para escapar¹⁷⁷.

Con sorpresa o sin ella, una vez en territorio enemigo se intentaba llevar a cabo el propósito establecido por la incursión. Como es lógico, la táctica utilizada variaba en función de los objetivos perseguidos. Una misión de desgaste de los recursos humanos del adversario no se llevaba a cabo de la misma forma que otra de destrucción material de las bases económicas. En el primer caso, las *celadas* constituían el método principal para

¹⁷⁴ MDH, 12-3; CA, 27-9.

¹⁷⁵ HCMLI, 90-4; HHMC, 195-7.

¹⁷⁶ HHMLI, 454-5.

¹⁷⁷ HCMLI, 201-2.

conseguir los fines propuestos. Para llevar a cabo el plan era necesario un cebo y una trampa. Así, se destacaban pocos corredores para atraer un número mayor de enemigos en su persecución. El palo al que iba atada la zanahoria lo constituía un grupo, generalmente equiparable o más nutrido que el de los perseguidores, que aguardaba oculto. El cebo lo debían constituir, preferiblemente, tropas de caballería. Su rapidez era la única arma que tenían una vez que el adversario iniciara la persecución; era vital aguantar lo suficiente como para escapar y al mismo tiempo atraerlos hacia la emboscada. La utilización de cuerpos mixtos o, incluso, únicamente peones, podía tener funestas consecuencias –incluso si la acción resultaba un éxito. En la *celada* desplegada en Montefrío, en 1410, el reclamo lo constituyeron diez caballeros y seis infantes. Durante la persecución, aquellos que iban montados consiguieron huir, mientras que los peones no corrieron la misma suerte, pues fueron hechos prisioneros¹⁷⁸.

Por otro lado, controlar los tiempos en las *celadas* era vital, pues si se lanzaba demasiado tarde se corría el riesgo de dejar al enemigo escapar, mientras que, si se hacía demasiado pronto, los adversarios más atrasados no avanzarían y el daño causado sería limitado. Así ocurrió en 1471, en la emboscada preparada en Cambil por cien peones castellanos, siguiendo las órdenes del condestable Iranzo. Los cristianos enviaron cerca de una docena de *pedites* a hacer saltar la alarma y los musulmanes emprendieron la persecución en fila india, compitiendo entre sí por ver quién alcanzaría primero a los invasores, pues creían que estos no eran más que *almogávares*. Los emboscados atacaron demasiado pronto a los perseguidores provocando que los granadinos más atrasados huyeran antes de entrar en contacto, con lo que la operación resultó en escasas bajas enemigas¹⁷⁹. El año anterior, Iranzo había enviado una avanzada de sesenta caballeros para que los guadijeños creyeran que se trataba de una incursión menor protagonizada por *almogávares*. Aun así, los eventos se precipitaron, pues antes de que Iranzo pudiera preparar la emboscada llegaron los corredores, perseguidos por los musulmanes. A pesar de las adversidades, los castellanos consiguieron una destacada victoria¹⁸⁰.

¹⁷⁸ Una vez capturados fueron interrogados, con lo que revelaron el número y posición de sus compañeros. A pesar de ello, los cristianos resultaron victoriosos. CJII-G, 434-9.

¹⁷⁹ HCMLI, 460-1.

¹⁸⁰ HCMLI, 449-52; Martín, ‘Lucha en la frontera jiennense’, 194.

La *celada* se había vuelto una táctica militar tan común en las relaciones bélicas fronterizas entre cristianos y musulmanes, que cualquier ejército podía esperar encontrarse con una. Por ello, se hizo necesario recurrir a nuevos ardides a fin de que los enemigos cayeran en la trampa. El ejemplo más significativo de esto es la *celada* preparada cerca de Colomera por Diego de Ribera, en 1430. Envío ochenta caballeros por corredores, como ya había hecho otras dos veces los días previos, a fin de hacerlos pasar por una *razzia* menor perpetrada por la gente de Alcalá la Real. Su planificación no acabó ahí, pues sabiendo que los granadinos desconfiarían de grupos reducidos que, temerariamente, saqueaban y devastaban las cercanías de la capital, el adelantado mayor de Andalucía y capitán de la frontera preparó una ‘doble *celada*’. En la primera posición situó 120 caballeros, con la función de hacer creer al enemigo que ellos constituían la emboscada. Los corredores y el grupo desplegado en la primera *celada* debían realizar una retirada fingida, atrayendo al enemigo hasta la verdadera emboscada, donde había desplegado en torno a cinco centenares de hombres montados y tres millares de infantes, formados en dos *batallas*: una encargada de realizar el ataque y la persecución y la segunda en reserva. El plan fue un éxito rotundo, debidamente documentado en la carta que el propio Ribera envió a Juan II informando de su victoria¹⁸¹.

A pesar de la espectacularidad de las *celadas* y las operaciones de desgaste humano, estas no constituían sino una fracción menor de las incursiones realizadas en la Castilla del siglo XV en su conjunto¹⁸². El objetivo principal de las cabalgadas era, sin el menor atisbo de duda, la destrucción sistemática de las bases materiales que sustentaban la economía del enemigo. Llevar a cabo ese tipo de acciones no consistía simplemente en prender fuego a todo aquello que fuera inflamable. Al igual que con las *celadas*, hubo desarrollos tácticos que muestran una cierta ‘estandarización’ del proceso.

Da la impresión de que lo más común era que partidas reducidas salieran del *real* donde reposaba el grueso del ejército para devastar las zonas cercanas. En 1432, los capitanes de la frontera Diego de Ribera y Luís de Guzmán realizaron una entrada en la Vega granadina y, mientras el grueso de la hueste se encontraba talando los alrededores,

¹⁸¹ CH, 71-3; CJII-CODOIN, 241-2.

¹⁸² Las crónicas contemporáneas no recogen más que una treintena de casos, lo que no quiere decir que, como en otras ocasiones, la documentación municipal fronteriza no pueda hacer que el volumen total de este tipo de acciones aumente.

los castellanos enviaron un grupo de 400 ‘de caballo’ a ‘robar lugares’ y tomar cautivos¹⁸³. Algo similar se volvió a hacer en la cabalgada que dirigió Fernando el Católico contra la Vega de Granada en 1483. Con el *real* situado cerca de la capital nazarí, varios grupos se dispersaron para devastar toda la Vega¹⁸⁴. Parece que fue una práctica tan extendida que en el verano de 1455, Enrique IV en persona, capitaneó por dos veces partidas de dos centenares de caballeros que salieron del campamento a *correr* Montefrío y Moclín¹⁸⁵. Al fin y al cabo, extender la devastación para hacer que esta alcanzará el mayor radio posible era algo esencial. En la Tierra Santa del siglo XIII, en la guerra de los Cien Años o en la misma Castilla plenomedieval se intentaba conseguir este propósito mediante la división del cuerpo principal en otros menores, capaz de cubrir mayores extensiones de terreno¹⁸⁶. Las *Partidas* denominaban, en el siglo XIII, *algaras* a estos grupos desgajados de la columna principal, aunque no es un término muy extendido dos siglos después. García Fitz indica que no hay constancia de que en la Castilla plenomedieval se dividiera una cabalgada en dos o más grupos –sí que la hay, en cambio, en las *razzias* musulmanas realizadas en la península ibérica¹⁸⁷. En principio, las fuentes del Cuatrocientos castellano muestran que partidas de *corredores* se desgajaban de la columna de marcha, principalmente avanzando por delante del grueso de la hueste. Sin embargo, estos no tenían por qué mantenerse juntos. En dos relativamente grandes cabalgadas realizadas contra los alrededores de Cártama y Málaga, en 1407 y 1410 respectivamente, los *corredores* se dividieron en al menos dos grupos. Estos tenían mandos designados por el líder principal y operaron independientemente en las zonas que les fueron asignadas, hasta reagruparse en el lugar acordado¹⁸⁸.

Una forma más organizada de devastar grandes extensiones de terreno consistía en realizar dos incursiones simultáneas que convergieran en un punto preestablecido. En 1430,

¹⁸³ Al año siguiente, el capitán de la frontera Diego de Ribera volvió a repetir la operación, aunque esta vez en tierras malagueñas. CJII-CODOIN, 369-71, 382-3.

¹⁸⁴ Berwick y Alba, *Documentos escogidos*, 39. En la cabalgada dirigida por el maestre de Santiago, el marqués de Cádiz y Alonso de Aguilar en 1484 contra los alrededores de Málaga se dio algo similar: un grupo de gente jerezana, ecijana y carmonense se separó del grueso de la hueste para devastar las aldeas y cultivos situados al otro lado de la sierra de Cártama. CRC-FP, II, 111.

¹⁸⁵ MDH, 20-7; CA, 38-44.

¹⁸⁶ Marshall, *Warfare in the Latin East*, 198; Honig, ‘Reappraising Late Medieval Strategy’, 144-5; García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 161-2.

¹⁸⁷ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 161-7.

¹⁸⁸ CJII-G, 251-3, 416-20.

Fernando Álvarez de Toledo, capitán de la frontera, acordó con el comendador mayor de Calatrava, que estaba en Osuna, y el alcaide de Antequera realizar dos cabalgadas simultáneas que convergirían en las cercanías de Ronda. Con todo, realizar este tipo de operaciones complejas, en un mundo en el que la comunicación en tiempo real a larga distancia era inexistente, era ciertamente complicado. A pesar de que el capitán llegó al lugar convenido, sus aliados fueron detectados y sus corredores sorprendidos mientras se encontraban apeados desvalijando una aldea. El resultado de la operación fue una sonada derrota que posiblemente causó la destitución de Toledo en la reorganización de las capitanías al año siguiente¹⁸⁹.

Acercando más el foco a las depredaciones y devastaciones, cabe preguntarse cuál era la táctica empleada en las operaciones de devastación, si existía un dispositivo táctico preestablecido. Esta pregunta puede resultar difícil de responder, ya que las narraciones tienden a centrarse más en destacar el daño se provocó que en describir cómo se hizo. No obstante, algunos episodios están especialmente bien descritos, lo que proporciona información suficiente para dibujar un dispositivo táctico castellano estándar. En primer lugar, convendría destacar que lo principal era garantizar la seguridad de los *taladores*, el peonaje destacado para llevar a cabo la destrucción. Existía la posibilidad de mostrar que la infantería actuaba sin protección, para así atraer al enemigo a una *celada* y convertir una operación de desgaste material en una acción combinada que contemplaba también el desgaste humano, como ocurrió en la incursión lanzada contra Gibraltar en 1410¹⁹⁰. Sin embargo, el método más común consistía en un despliegue más simple y directo, dejando una fuerza de guardia a modo de protección¹⁹¹. Es posible que la táctica más habitual fuera la de situar las tropas de combate frente al enemigo, mientras los peones talaban, protegidos tras la barrera de combatientes. A pesar de es imposible saber si era la práctica habitual, la cabalgada dirigida contra Guadix en 1435 da a entender que el peonaje talaría de forma ordenada, comenzando en la parte más alejada y acercándose hacia el *real*¹⁹².

Precisamente en la práctica militar de la devastación se observa otro ejemplo de armas combinadas, pues eran los peones los que se encargaban de llevar a cabo la

¹⁸⁹ CJII-CODOIN, 243-4; López de Coca, 'Fernando Álvarez de Toledo', 645.

¹⁹⁰ CJII-G, 462-3.

¹⁹¹ CRC-FP, II, 237; García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 162-3.

¹⁹² CH, 201.

devastación. Este es uno de los momentos de la cabalgada que justifica la presencia e importancia de la caballería, pues esta se encargaba de la protección¹⁹³. La carta que Fernando Álvarez de Toledo envió al rey en 1435 informando de su victoria señala que, en Guadix, 300 hombres de armas y 300 *jinetes* se encargaron de la defensa del peonaje. Del mismo modo, Fernando del Pulgar señala claramente que Fernando el Católico envió al conde de Cabra y a Alonso de Aguilar a talar Montefrío en 1483 con 2.000 caballeros y 10.000 peones *taladores*. La propia denominación de los peones ya indica que su trabajo consistiría únicamente en devastar, mientras que las tropas montadas serían las encargadas de la protección y el combate, si se diera el caso. La narración confirma estas sospechas, pues describe que la ‘gente de armas’ se colocó ante las puertas de la villa, para combatir con los musulmanes que quisieran defender los campos. Mientras tanto, indica que ‘los peones *taladores*’ asolaron todas las huertas, panes y otras cosas que hallaron en las cercanías de la villa¹⁹⁴. Podían darse excepciones. Puede que, después de todo, la infantería tuviera un rol más combativo, incluso puede que fuera más normal de lo que las crónicas quieren mostrar. Durante el asedio de Baza, en 1489, el Rey Católico se propuso talar las huertas que rodeaban la villa granadina a fin de poder cercarla debidamente y aprovecharse del poder de su artillería. En esta ocasión, los 4.000 infantes encargados de la tala de árboles fueron acompañados por 2.000 caballeros y 5.000 peones que se situaron de cara al enemigo. Con todo, no se llegó a combatir, por lo que es imposible valorar el papel de los infantes¹⁹⁵.

Las crónicas rara vez suelen dejar acercarse el foco tanto como para conocer los detalles exactos sobre las labores de destrucción llevadas a cabo por los corredores. Los centros de producción agrícola, como molinos solían ser un blanco obvio. Estos lugares, según las fuentes, eran ‘quebrados’ o ‘derribados’¹⁹⁶. Por otro lado, la destrucción de las aldeas rurales granadinas, las *alquerías*, podía acarrear el cese de la producción agraria en una zona determinada. Debido a su endeble construcción, estos edificios podían sucumbir

¹⁹³ En 1433, Diego de Ribera envió 200 caballeros para que protegieran a los 300 peones que había mandado a talar y forrajear. El año anterior el maestro de Calatrava había destacada a la mitad de sus fuerzas de caballería -600 hombres- para que, junto con la infantería, talaran las cercanías de Guadix. Esta segunda ocasión no indica el rol de cada arma, pero es de suponer que fue el mismo que en otras ocasiones. CJII-CODOIN, 367-8, 382. Véase García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 162-3.

¹⁹⁴ CRC- FP, II, 76.

¹⁹⁵ CRC- FP, II, 385.

¹⁹⁶ CJII-G, 164-7; CJII-CODOIN, 275-8; CAL, 122-7; HCMLI, 325; CRC-FP, II, 72-80, 108-12, 123-6.

ante el fuego fácilmente. La célebre cabalgada de la Axarquía en 1483 hizo arder varias aldeas, mientras que la de Álvaro de Luna, cincuenta y dos años antes, prendió fuego a entre cuatro y cinco decenas de *alquerías*¹⁹⁷.

Cada objetivo específico requería un procedimiento adaptado. No era lo mismo destruir instalaciones agrícolas diversas que talar árboles y viñas o quemar cosechas¹⁹⁸. He mencionado previamente que los peones reclutados para las cabalgadas de 1483 y 1484 tuvieron que acudir con destrales y hoces, aparte de sus armas¹⁹⁹. Esto indica que la tala de árboles frutales, olivares, viñas y campos cultivados se preveía entre los planes de Fernando el Católico. De hecho, la propia narración de los hechos indica que estas acciones, en efecto, tuvieron lugar²⁰⁰. Victor Davis Hanson sostiene, basándose en su estudio sobre las prácticas de devastación en la Guerra del Peloponeso y en su propia experiencia personal como granjero –una suerte de arqueología experimental–, que talar un árbol o destruir un viñedo es un trabajo extremadamente laborioso y difícil, incluso utilizando herramientas modernas. Por ello, lo más sensato sería pensar que, en estas ocasiones, los incursores se decantarían por privar al enemigo únicamente de la cosecha anual²⁰¹. De hecho, incluso sería posible afirmar que la gran mayoría de cabalgadas iban dirigidas a privar al enemigo de su cosecha anual de cereal, especialmente trigo y panizo. A la hora de referirse a los métodos de destrucción agrícola, las fuentes no suelen ser consistentes en la terminología empleada y continuamente utilizan el término genérico de ‘talar’. Con todo, en ocasiones es posible discernir ciertas pautas de actuación. Anteriormente he señalado que las cabalgadas eran operaciones bélicas estacionales. La cosecha de cereal tenía que destruirse al final de su ciclo agrícola. Por supuesto, era posible dañar los cultivos cuando estos aún no estaban maduros, aunque el grano verde no prende. El escollo se podía salvar simplemente pisando el campo para intentar destruir el fruto, como hizo Alfonso X en su entrada a la vega granadina en 1281²⁰². Sin embargo, Hanson sostiene que el método no era

¹⁹⁷ CRC-FP, II, 61-9; CRC-DV, 161-5; HHMC, 217-22; CH, 94-100; CAL, 122-27.

¹⁹⁸ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 162.

¹⁹⁹ Carande, Carriazo, *El tumbo de los Reyes Católicos*, III, 346.

²⁰⁰ Berwick y Alba, *Documentos escogidos*, 38; CRC-FP, II, 72-80, 123-6. No fue la única vez, ya que era una práctica bastante extendida, como demuestran los ejemplos de Ronda en 1407, Málaga en 1410, la cabalgada de 1484 o las operaciones de tala durante el asedio de Baza en 1489. CJII (1406-1411), 253-4, 416-20; CRC-FP, II, 108-112, 385.

²⁰¹ Hanson, *Warfare and Agriculture in Classical Greece*, 55-71.

²⁰² García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 148.

muy efectivo, pues los tallos podrían sencillamente doblarse y no romperse²⁰³. Es comprensible, por tanto, que la devastación procurara realizarse a partir del final de la primavera.

Llegado el ‘tiempo de cabalgada’, la destrucción se podía realizar de dos formas no excluyentes, que se complementaban entre sí en función de las necesidades: la tala y la quema. La primera, debía realizarse para asegurar el suministro de forraje al *real*, así como para aprovechar la cosecha del adversario²⁰⁴. Después de todo, he mencionado previamente que los peones debían llevar hoces a las convocatorias del ejército real. Aun así, este era un método laborioso, que exigía dedicar mucho tiempo a su consecución. Esto podía aumentar las posibilidades de respuesta por parte del enemigo, lo que indudablemente también aumentaba el peligro. El método de destrucción más rápido y eficaz era también el más atemporal: el fuego²⁰⁵. Durante la cabalgada regia de 1483, se quemaron varios campos de la Vega granadina que estaban sin cosechar, que ‘ardían tanto con un viento que fazia, que en poco espacio de tiempo fueron quemados grand parte dellos’. Las labores de destrucción quedaron a cargo del Secretario Francisco de Madrid y el Tesorero Ruy López, quienes organizaron cuadrillas de peones para extender al máximo la devastación por las tierras musulmanas. El diario de operaciones cuenta que la vega ardía ante la mirada atónita del rey granadino, impotente ante el poderío castellano²⁰⁶.

La destrucción de los campos sin cosechar se podía complementar con la quema de parvas, el cereal ya recogido y amontonado a la espera de ser trillado. Este proceso era aún más arriesgado si cabe, ya que la cosecha recogida tendía a estar situada muy cerca de los muros de las villas y los defensores se esforzaban especialmente para defender que su trabajo de plantación y recolección no hubiera sido en vano²⁰⁷. El mejor ejemplo de esto se observa en la cabalgada que Fernando el Católico lideró contra la vega granadina en 1483.

²⁰³ Hanson, *Warfare and Agriculture in Classical Greece*, 52.

²⁰⁴ Berwick y Alba, *Documentos escogidos*, 37.

²⁰⁵ Esta táctica ha sido utilizada prácticamente desde la sedentarización de los seres humanos. Fue profusamente utilizada en la Grecia clásica, en especial durante la guerra del Peloponeso. Más recientemente, la guerra civil americana o las guerras Boer han sido testigos de la quema de cosechas por causas bélicas. Hanson, *Warfare and Agriculture in Classical Greece*, 50.

²⁰⁶ Por supuesto, esto no es más que un recurso literario para enfatizar la destrucción realizada. Berwick y Alba, *Documentos escogidos*, 35-7.

²⁰⁷ La colocación de la mies tendida cerca de las murallas era algo muy común, como demuestran las incursiones realizadas contra los alrededores de Granada en 1432, contra Cambil en 1462. CJII-CODOIN, 369-71; HCMLI, 77-8

Los musulmanes tenían las parvas situadas muy cerca de la muralla de Íllora, desde donde las defendían con saetas y ‘tiros de pólvora’. La contramedida castellana consistió en desplegar la artillería ligera, los ribadoquines, para disparar sobre el adarve y provocar que no se volvieran a atrever a hacer fuego sobre los que pretendían quemar su cosecha. El plan fue un éxito y ‘quedó Illora tan destroyda e talada, que en el campo no quedó huerta, nin pan, nin viña, nin otra cosa alguna de que se pudiesen aprouechar’²⁰⁸.



Mapa n° 7. Ruta seguida por la cabalgada de Fernando el Católico (11-26 de junio de 1483)

²⁰⁸ Berwick y Alba, *Documentos escogidos*, 23. En 1471, los cambileños también se resistieron ferozmente, aunque en vano, a la quema de su cosecha recogida. HCMLI, 466.

5. Asedios y guerra de posición

Michael Prestwich señalaba que los asedios dominaron la guerra medieval de un modo en el que las batallas nunca lo hicieron¹. Un axioma similar al postulado por Matthew Strickland, quien sostenía que ‘los castillos dominaron la guerra medieval en la medida en la que dominaron el paisaje’². Jim Bradbury se atrevió a ir más allá, afirmando –tal vez de forma exagerada- que la guerra medieval consistió en un 99% en asedios³. Como se puede comprobar, tras décadas de centralidad de la batalla campal en los discursos historiográficos diversos autores relevantes han pretendido subrayar la importancia de la guerra de posiciones. Y es que pocas cosas resultan más características de la guerra en los siglos medios que los grandes asedios a imponentes fortalezas. García Fitz afirma que, del mismo modo que el destino de los latinos en Siria y Palestina quedó sellado por una sucesión de campañas de asedio, también lo fue el de al-Ándalus⁴. En este sentido, cabría apuntar que el enfrentamiento más conocido del Cuatrocientos castellano, la Guerra de Granada, consistió en una serie de operaciones de expugnación que pusieron punto final a la llamada ‘Reconquista’.

Los asedios jugaron un papel ciertamente relevante en la praxis bélica castellana, hasta el punto de ser la práctica militar más presente en las fuentes narrativas⁵. Las crónicas del periodo citan más de doscientos casos entre cercos prolongados, asaltos directos o tomas de fortificaciones al amparo de la noche mediante escaladas. Al igual que ocurre con las incursiones, el número de asedios mencionado es simplemente un mínimo, que podría crecer si se acude a otro tipo de fuentes. Esto resulta especialmente cierto en frentes secundarios o en los asedios de menor entidad. Un ejemplo: mientras que las crónicas apenas mencionan nada sobre la actuación de Fernando Álvarez de Toledo como capitán de la frontera de Requena en la guerra de 1429-1430, en la obra de Fernando del Pulgar,

¹ ‘Sieges dominated medieval warfare in a way that battles never did’, Prestwich, *Armies and Warfare*, 281

² ‘Castles dominated medieval warfare as they dominated the landscape’. Strickland, *War and chivalry*, 204.

³ Bradbury, *The Medieval siege*, 71. Sobre esta afirmación, García Fitz tuvo la ocasión de apuntar que sería correcta siempre y cuando por asedios se refiera a guerra de posición. Es decir, al cúmulo de operaciones destinadas a la expugnación del enemigo, entre las que se encontrarían las cabalgadas. García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 171-2.

⁴ García Fitz, ‘El cerco de Sevilla’, 117.

⁵ Aparte de las aquí estudiadas, Carlos J. Rodríguez Casillas ha podido constatar que el 70% del contenido militar de la crónica particular de Alonso de Monroy lo constituyen las operaciones de expugnación. Rodríguez, ‘Legacy and change’, 5.

Claros varones de Castilla, se informa de que tomó una villa y tres fortalezas⁶. Como en otras muchas ocasiones, la información disponible deriva directamente del grado de detalle mostrado por las fuentes cronísticas. Por ello, algunos autores son más proclives a recopilar sucesos que otras obras han tenido a bien ignorar. Las crónicas particulares muestran operaciones de expugnación que, por su escasa entidad o por su limitada incidencia en el devenir del reino, no son narradas en las regias. Esta cuestión es persistente en las biografías particulares de personajes que actuaron mayoritariamente en frentes secundarios, incluso envueltos en guerras privadas, lejos de los intereses de la corte. Tal es el caso de Miguel Lucas de Iranzo y Alonso de Monroy, en cuyas crónicas se pueden observar varios asedios inexistentes para los cronistas regios⁷. Lógicamente, muchos otros asedios pudieron haber tenido lugar en otras zonas del reino de las que no hay tantas noticias o en los que no se han conservado ese tipo de fuentes complementarias. Asimismo, a lo señalado se le suma la dificultad derivada de la inconsistencia terminológica de las crónicas. En muchas ocasiones, las fuentes únicamente mencionan la ‘toma’ de una villa o castillo, sin indicar si se utilizaron técnicas poliorcéticas para ello. En otras ocasiones, sin embargo, se cita expresamente que la conquista se realizó ‘por fuerza’ o ‘por trato’.

Muchos de los asedios mencionados fueron llevados a cabo contra el enemigo por antonomasia: los granadinos. Sin embargo, llama la atención que la mayoría -algo más de la mitad-, bloqueos y asaltos por sorpresa mencionados por las crónicas son aquellos dirigidos contra otros castellanos. Esto resulta especialmente impactante sobre todo si se tiene en cuenta que la actividad bélica castellana en el siglo XV fue mayoritariamente desarrollada en enfrentamientos contra el vecino reino de Granada, el cual ocupa el segundo lugar de la lista. No obstante, cabría recordar que los grandes asedios de la época fueron llevados a cabo contra el enemigo musulmán, especialmente si se tienen en cuenta las guerras granadinas del principio y el final del periodo –las de 1407-10 y 1482-91. Se observan, por tanto, claras diferencias de escala entre las expugnaciones dirigidas contra castellanos y granadinos. Por otro lado, no se debe olvidar que la inestabilidad interna fue constante en la corona de Castilla a lo largo de todo el periodo, lo que podría explicar el

⁶ Pulgar, *Claros varones de Castilla*, 116.

⁷ En el primer caso cabría destacar los asedios a Montizón (1465) y Pegalajar (1469), aunque se mencionan otros muchos. HCMLI, 255-6, 297-301, 307, 391-5, 409-10. El caso de Alonso de Monroy muestra aún más asedios no narrados en las crónicas, como Monroy, Belvís, Azagala, Alburquerque o Zalamea, entre otros. VHMAAM, 63, 65, 69-71, 80, 86, 89, 123.

mayor número de expugnaciones. Además, tras la consecución de una victoria campal o ante la imposibilidad de dirimir las diferencias por medio de una batalla, expugnar sistemáticamente los reductos hostiles era una práctica común.

5.1. Técnicas de expugnación

5.1.1. Asaltos por sorpresa

Se puede afirmar, sin ningún atisbo de duda, que la sorpresa era el medio más rápido y barato de tomar una fortificación enemiga. García Fitz afirma que, atendiendo a las ganancias territoriales obtenidas en relación con los recursos y el tiempo empleado, la operación expugnatoria más eficaz sería el asalto por sorpresa⁸. Debido a esas razones, este tipo de acción estaba relativamente extendida. Robert I de Escocia, destacado líder militar medieval, era considerado un maestro en el arte de la escalada nocturna, método con el cual logró arrebatarse de manos inglesas varias plazas fuertes⁹. Castilla no era diferente. Desde la Plena Edad Media existen casos documentados de expugnaciones ‘*a furto*’, denominación con la que aparecen mencionadas en las *Partidas*¹⁰. La práctica perduró y en el siglo XV era uno de los métodos de expugnación más populares en la frontera con el Islam, aunque realmente era utilizado en todo tipo de conflictos. Alonso de Palencia afirmaba que en la frontera granadina existía una antigua ley que amparaba la toma de villas y castillos por sorpresa en tiempo de tregua, siempre y cuando las operaciones no se extendieran por más de tres días¹¹.

Como es lógico, una acción de estas características requería unas condiciones muy concretas para su desarrollo. Un elemento fundamental era la obtención de información. El objetivo se seleccionaba cuidadosamente, generalmente siguiendo recomendaciones de espías o *adalides* que avisaban a los capitanes o nobles fronterizos de que un castillo o villa fronterizo podía ser tomado. Con todo, la recopilación de información, aunque importante, no era suficiente para garantizar el éxito de la operación. Los compiladores alfonsíes

⁸ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 217.

⁹ Prestwich, *Armies and warfare*, 298.

¹⁰ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 217-8.

¹¹ GG, 88.

insistían en la necesidad de proceder al amparo de la oscuridad, en grupos pequeños y con extremo sigilo¹². Unas directrices tan válidas en el siglo XV como lo eran en el XIII.

Por su propia naturaleza, el asalto por sorpresa no era una operación que pudiera llevarse a cabo a plena luz del día. En 1455 Enrique IV y el marqués de Villena se dirigieron a Archidona con 300 caballeros con intención de escalarla, aunque el plan tuvo que ser abandonado debido a que, tras andar durante toda la noche, alcanzaron la villa cuando el sol ya había salido¹³. Por ello, la nocturnidad era un rasgo de la práctica totalidad de escaladas de la época¹⁴. En 1407, unos caballeros que pretendían tomar el castillo de Urcal se posicionaron en las inmediaciones del objetivo, esperando a que anoheciera para poder tomar la población¹⁵. Al año siguiente, García Fernández Manrique se situó a una legua de Castellar, con intención de esperar allí a que llegara la noche para escalar la posición enemiga. Sin embargo, en esta ocasión la espera supuso una mayor exposición para los castellanos, que fueron descubiertos por unos granadinos que salieron a tirar con ballesta¹⁶. La cobertura de la oscuridad podía suplementarse con un aprovechamiento inteligente de las condiciones meteorológicas, que podían servir para tanto para cubrir el avance de los asaltantes como para que los centinelas no realizaran su labor de vigilancia con tanta intensidad. Alonso de Monroy escaló Azagala una noche de intensa lluvia y fuertes vientos, aprovechando que los centinelas intentaban protegerse de las inclemencias del tiempo¹⁷.

Con todo, este tipo de operaciones eran tan comunes que muchas veces los defensores eran conscientes de que existían más probabilidades de sufrir un ataque durante la noche, aumentando el número de guardias durante las horas de oscuridad. Por el contrario, esto podía traducirse en una relajación en la intensidad de la vigilancia diurna. En 1407, las fuerzas cristianas movilizadas para tomar Pruna por sorpresa se percataron de que la vigilancia nocturna era intensa, mientras que al llegar el alba todos se iban a dormir, no quedando ningún centinela realizando la ronda. La negligencia musulmana se tradujo en una sencilla victoria castellana¹⁸. La acción citada pudo llevarse a cabo tras realizar una

¹² García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 217-8.

¹³ MDH, 14; CA, 29.

¹⁴ Zahara fue tomada a plena luz del día, algo que no era habitual. Como señala Fernando del Pulgar, los granadinos 'no estaban preocupados de que la villa se pudiera tomar de día por escala'. CRC-FP, II, 95.

¹⁵ CJII-G, 191-4.

¹⁶ CJII-G, 326-7.

¹⁷ VHMAAM, 70; Rodríguez, 'Legacy and change', 6.

¹⁸ CJII-G, 196-7.

labor de reconocimiento previa a la ejecución del asalto. Ya he señalado anteriormente que la importancia de la recopilación de información en el plano estratégico no excluye la necesidad de inteligencia táctica. En el caso de los asaltos por sorpresa esto se traducía en la observación de la rutina del enemigo, en especial del número, disposición y ruta de los centinelas encargados de la custodia del emplazamiento objetivo. En 1476 Alonso de Monroy examinó los hábitos de las rondas portuguesas, lanzando el asalto sobre Alegrete en el momento en el que recorrían la parte de la muralla opuesta a su posición¹⁹. Llevar a cabo esta tarea podía colocar a sus protagonistas en situaciones especialmente arriesgadas. En 1430 los castellanos se acercaron tanto a Laguardia para comprobar la disposición de las *velas* –centinelas-, que prácticamente se pegaron al muro de la villa hasta descubrir que había un único guardia²⁰. Esta fase de la operación podía extenderse en el tiempo, ya que en los momentos previos a escalar los muros de Huéscar, en 1434, los cristianos tuvieron que estar dos horas pegados al adarve con el fin de comprender la disposición de la vigilancia enemiga²¹.

Si la sorpresa era imprescindible, el silencio era imperioso. El más mínimo ruido podía suponer el fracaso de la operación, como pudieron descubrir los hombres del marqués de Cádiz en 1482. Animado por la victoria obtenida en la toma por sorpresa de Alhama a principios de año, el marqués intentó tomar Setenil utilizando el mismo método. Todo parecía ir bien hasta que, subiendo por la escala, a uno de sus hombres se le rompió la correa del capacete que le colgaba del brazo, produciendo un ruido que alertó a los defensores y obligó a los castellanos a desistir de su propósito²². Cincuenta y un años antes los hombres del mariscal Pedro García de Herrera corrieron mejor suerte. Durante la aproximación a Jimena, en 1431, escucharon como uno de los cinco vigías mencionaba a su compañero que había escuchado ‘ruido como de gente’. La respuesta cristiana fue echar cuerpo a tierra, esperando en esa posición por espacio de media hora. Durante el cambio de guardia consiguieron situar las escalas en el muro sigilosamente y tras un encarnizado combate, al día siguiente la villa estaba en manos castellanas²³.

¹⁹ VHMAAM, 126.

²⁰ CJII-CODOIN, 183.

²¹ CH, 164-74.

²² HHMC, 215-6.

²³ CJII-CODOIN, 270-3.

Los canes también podían hacer peligrar la acción. Miguel Lucas de Iranzo intentó escalar Moclín, tras ser informado por un musulmán tornadizo de que la villa podía ser tomada por sorpresa. A pesar de que Iranzo tomó la precaución no hacer públicos sus planes, la acción fracasó debido a que sus escaladores fueron detectados por un mastín que ladró alertando a la guarnición²⁴. Tal vez influyera el hecho de que, según su crónica particular, el condestable movilizó la nada desdeñable suma de 900 caballeros, 800 ballesteros y 1.500 lanceros para llevar a cabo la tarea. Un número de tropas excesivo para un tipo de operación en la que el sigilo era prioritario²⁵. En definitiva, con estos peligros acechando no era difícil que una empresa de estas características fuera descubierta y tuviera que abandonarse²⁶.

A pesar de que probablemente las crónicas no muestran más que una fracción de lo que pudieron haber sido estas acciones, de entre las mencionadas –en torno a cuarenta- algo más de un 25% resultaron un fracaso²⁷. El índice de descalabros aumentó considerablemente en la guerra final contra Granada, donde apenas se pueden reseñar tres victorias destacadas –Alhama en 1482, Zahara en 1483 y Zalea en 1485²⁸. En cambio, se contempla una derrota por año entre 1482 y 1485, pues los intentos sobre Setenil en 1482, Cardela en 1483, El Burgo en 1484 y la fortaleza de Mijas en 1485 se tradujeron en rotundos fracasos²⁹. En un contexto de guerra abierta, de conquista, como fue la de Granada, no debe extrañar que los musulmanes estuvieran permanentemente alerta, máxime tras la caída de estratégicos núcleos como Alhama y Zahara mediante escaladas nocturnas³⁰.

²⁴ Por la misma razón fracasó el intento escocés de tomar Berwick por sorpresa en 1312. Prestwich, *Armies and warfare*, 298. Medina Sidonia tenía muchos perros en su interior que, sin embargo, no supusieron un impedimento para que las tropas del marqués de Cádiz la tomaran en 1473. MDH, 236-9; CA, 395-8.

²⁵ HCMLI, 145-6.

²⁶ A los fracasos debidos a la pérdida del factor sorpresa que he mencionado se le deberían sumar los intentos sobre Hornos en 1447 y Carmona en 1472, fracasados debido a la traición de los instigadores. CH, 480-1; CJII-BAE, 652; MDH, 217-8; CA, 372-3; CEIV-AP, II, 62.

²⁷ Antes de la Guerra de Granada, los fracasos más sonados se dieron ante los muros de Castellar (1408), Cambil (1433), Huelma (1435), Archidona (1455), Castillo de Arenas (1462), Moclín (1463) y Tordesillas (1471). CJII-G, 326-7; CJII-CODOIN, 381; CJII-BAE, 520-1; MDH, 14; CA, 29, 336-7; HCMLI, 96-7; 145-6; CEIV-AP, II, 22-3.

²⁸ CRC-FP, II, 5-10; 94-5, 201-3; CRC-DV, 136-9, 176-7; MRC, 114-7, 149-50; HHMC, 199-206, 226-9; GG, 89-91, 114; Quirós, *Fragmento de la época*, 8-9.

²⁹ Curiosamente, el marqués de Cádiz estuvo involucrado en la mayoría de las acciones citadas. No se debe olvidar que Cádiz es el protagonista de la única biografía particular para el periodo, por lo que se conocen mejor sus actividades que las de otros nobles. HHMC, 215-6, 230-1, 234-6; CRC-DV, 178, 197-8.

³⁰ Por esa razón el simple descubrimiento de una cruz dibujada en el adarve sirvió para alertar a los centinelas de El Burgo de que algo no iba bien. HHMC, 234-6.

La última de las recomendaciones hechas por las *Partidas* era la de operar en pequeños grupos ligeramente armados³¹. Respecto a la panoplia, resulta fácil pensar que los asaltantes no irían pesadamente armados, teniendo en cuenta la importancia del sigilo. Si se recuerda el capacete caído en Setenil se puede deducir que era común llevar, al menos, protección para la cabeza. Esto queda confirmado por Alonso de Palencia, quien señala que los hombres que participaron en la toma por sorpresa de Zahara en 1483 iban ‘armados a la ligera, para mayor facilidad en la escala, solo protegidos por adargas y capacetes’³². Por otro lado, la cuestión del número es siempre difícil de responder a través de fuentes narrativas. Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz, parece que movilizó en varias ocasiones números similares a los presentes en el mencionado intento frustrado de Iranzo sobre Cambil. A Setenil en 1482, llevó 900 caballeros y 4.000 peones, mientras que el año siguiente movilizó 800 jinetes y 3.000 infantes sobre Cardela. Finalmente, en 1484, 800 montados y 1.500 peones acudieron a intentar tomar El Burgo. No obstante, estos números deberían ser utilizados con suma precaución pues la fuente que más a menudo menciona estos datos es, como no podía ser de otra manera, la propia crónica particular del marqués de Cádiz³³. Con todo, en la mayoría de ocasiones, las tropas se cuentan por cientos. 300 caballeros y 250 peones participaron en la toma de Jimena en 1431, 200 tropas montadas y 600 a pie lo hicieron en Huéscar en 1434, mientras que en Bailén, en 1470, se desplegaron 200 combatientes de cada arma³⁴.

Cabría destacar que este tipo de acciones eran llevadas a cabo únicamente por la nobleza o concejos fronterizos. La hueste regia no actuaba con estos procedimientos tácticos, lo que podría estar directamente relacionado con el número de hombres: el factor sorpresa era vital en este tipo de operaciones, lo que forzosamente obligaba a que fueran realizadas por pocos efectivos. Por el contrario, los capitanes de frontera o nobles radicados

³¹ Sánchez-Arcilla, *Siete Partidas*, Segunda Partida, Título XXVII, Ley VIII; García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 217-8.

³² GG, 114.

³³ Las fuentes muestran ocasiones en las que incluso más efectivos fueron movilizados, ya que en la toma por sorpresa de Cardela en 1472, se mencionan 3.000 caballeros y el mismo número de infantes, aunque la villa se tomó por asalto directo. Por otro lado, la conquista de Alhama en 1482 contempló la reunión de 2.500 caballeros y 3.000 infantes, según Fernando del Pulgar, la cifra de infantes se eleva a 8.000 para Diego de Valera y el autor de la HHMM. MDH, 213-6; CA, 369-71; HHMC, 180-2, 199-206; CEIV-AP, II, 60-1; CRC-FP, 5-10; CRC-DV, 136-9.

³⁴ CJII-CODOIN, 270-3; CH, 89, 164-74; HCMLI, 419-23. La fuerza que intentó escalar Castellar de la Frontera en 1408 estaba compuesta por cuarenta hombres de armas, cien lanceros y otros tantos ballesteros. Por otro lado, fueron ochenta caballeros y trescientos peones los que intentaron tomar la fortaleza de Mijas en 1485. CJII-G, 326-7; CRC-DV, 197-8.

en territorios cercanos a la raya no tenían la capacidad logística y administrativa para movilizar grandes contingentes y mantenerlos durante periodos moderados, requisito indispensable si el objetivo era establecer un asedio al uso. Es lógico, por tanto, que los comandantes medievales se adaptaran a sus recursos y circunstancias, generando respuestas tácticas –y estratégicas- en función de los mismos.

Hasta ahora he tratado las precauciones que se debían tener en cuenta para llevar a cabo un ataque por sorpresa y las consecuencias de no adoptarlas. Queda, por tanto, la cuestión práctica. Esto es, la táctica utilizada en este tipo de operaciones. Lo esencial era que un grupo reducido acercara las escalas al muro sin ser descubierto, para después abrir las puertas y dar paso al interior del recinto al grueso de las tropas. Para llevar a cabo este plan, como es lógico, se hacía necesario dividir las fuerzas disponibles en, al menos, dos grupos: los asaltantes propiamente dichos y el cuerpo de refuerzo³⁵. El primero sería el más reducido, en el que iban los escaladores y, en ocasiones, los adalides, acompañados por un puñado de hombres. Este grupo podía consistir únicamente en diez escuderos, como los que acompañaron al escalador en Zahara (1483) o en treinta como los que lo hicieron en El Burgo (1484) o en el castillo de Mijas (1485). Sin embargo, también podían llegar a contarse por varias decenas o, incluso, cientos. Medio centenar de caballeros y el doble de infantes –ballesteros en su mayoría- acompañaron al escalador y al adalid en Jimena en 1431, setenta hombres de armas y 200 peones lo hicieron en Huéscar en 1434, un centenar en Medina Sidonia en 1473, mientras que en la toma de Alhama, en 1482, fueron dos centenares los escuderos que avanzaron tras el escalador³⁶.

Las fuentes no son especialmente prolijas en lo que al *modus operandi* se refiere. La fragmentación de los efectivos para el cumplimiento de diversos objetivos parece haber sido la tónica común en este tipo de operaciones. En la toma de Toro, en 1476, 400 escuderos fueron designados para entrar en la villa avanzando por los barrancos que protegían uno de sus flancos. Habían recibido la orden de dividirse una vez dentro: la mitad pelearía con los guardias y la otra mitad se centraría en abrir las puertas de la ciudad, para dar paso al resto de la hueste³⁷. Sin duda, permitir el acceso del grueso de las tropas al

³⁵ En la toma de Zahara de 1483, fuentes mencionan el despliegue de un tercer cuerpo intermedio, encargado de escalar los muros una vez que estuvieran colocadas las escalas y apoyar a los primeros antes de la entrada del nutrido grupo principal. CRC-FP, II, 94-5.

³⁶ CJII-CODOIN, 270-1; CH, 166-70; MDH, 236-9; CA, 395-8; CRC-FP, 5-10.

³⁷ CRC-FP, I, 281-6.

interior de la ciudad debía ser la principal prioridad. En Laguardia en 1430, lo primero que se hizo fue tomar al único vigía para acto seguido abrir el portón³⁸. Del mismo modo, en el asalto sorpresa a Alhama de 1482 el objetivo principal fue el alcázar de la villa, desde donde se podían adueñar del resto de la población. Así, tras escalar el muro, mataron al centinela y a otro que hallaron durmiendo en el castillo, para a continuación enviar quince hombres a abrir la puerta exterior³⁹. No siempre era necesario acabar con la vida de los vigías. Durante la toma de Medina Sidonia, en 1473, capturaron al único guardia. Acto seguido, lo coaccionaron para que hiciera que sus compañeros de la torre del homenaje abrieran la puerta, gritando que el alcaide ausente estaba de vuelta. Los asaltantes tomaron la torre y consiguieron la llave que abría el postigo de la fortaleza, dando paso al resto de tropas⁴⁰. Como es lógico, todas las acciones no fueron llevadas a cabo de forma tan sencilla como en algunos de los casos citados. Tanto en Huéscar en 1434, como en Alegrete en 1476, los castellanos tuvieron que luchar para abrirse camino hasta la puerta, avanzando a través de la muralla y ganando terreno torre a torre⁴¹.

En el transcurso de los siglos medios emergieron verdaderos especialistas en la disciplina de la toma por sorpresa mediante escalada nocturna. La Plena Edad Media castellana fue testigo de los numerosos éxitos obtenidos por Gerardo Sem Pavor en este campo. El destacado guerrero del siglo XII fue el artífice de la ocupación de diez plazas en apenas tres años –entre 1165 y 1169- entre las que se encontraban algunas relevantes Évora, Cáceres o Badajoz, lo que le valió un hueco en la crónica musulmana de la época⁴². El siglo XV no alumbró ningún especialista equiparable a Sem Pavor. Con todo, algunos distinguidos líderes militares como Rodrigo Ponce de León o Alonso de Monroy utilizaron este recurso táctico con asiduidad, hasta el punto de convertirse en unos verdaderos maestros en su uso. Por otro lado, en un plano inferior, destaca el escalador del Cuatrocientos castellano por antonomasia, Juan Ortega de Prado. Veterano de las campañas catalanas y miembro de la hueste del marqués de Cádiz en la Guerra de Granada, protagonizó algunos éxitos que, sin ser numerosos, fueron destacados, como las tomas de

³⁸ CJII-CODOIN, 183.

³⁹ CRC-FP, II, 5-10.

⁴⁰ MDH, 236-9; CA, 395-8.

⁴¹ CH, 166-74; VHMAAM, 126-9. En otros casos, como el de Jimena en 1431, ni siquiera fue posible acceder a la villa a través de la puerta, pues esta quedaba en la línea de fuego de la torre del homenaje. Con la ayuda de los escaladores, las tropas tuvieron que acceder al recinto escalando la muralla con cuerdas y escalas.

⁴² García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 218.

Alhama y Zahara. A partir de ese momento, su carrera solo conoció el fracaso, pues participó en el infructuoso intento de tomar la fortaleza de Mijas por sorpresa en 1485 y acabó muriendo durante un reconocimiento a una sección de la muralla de Gibralfaro durante el asedio a Málaga de 1487⁴³.

Por otra parte, aunque la escalada era el método de asalto por sorpresa más utilizado, no era el único. Dejando de lado las traiciones de miembros de la guarnición, lo cierto es que los comandantes castellanos mostraron un alto grado de inventiva y capacidad de improvisación para tomar una plaza enemiga. Ya lo señalaba el autor de la *Historia de los Hechos del Condestable Miguel Lucas de Iranzo*: ‘muchas veces acontece en las guerras que lo que por fuerza no se puede hacer por arte y engaño se acaba’. Precisamente la crónica de Iranzo realizaba esta afirmación con motivo de narrar el subterfugio utilizado por el condestable para intentar tomar el castillo de Arenas en 1462. Cerca del castillo, sus hombres atraparon una cierva a la que rompieron una pata, así la guarnición musulmana creería que estaba herida y no podrían resistirse a una presa tan fácil. Ese momento sería aprovechado para lanzar el ataque contra los que salieran, enviando otro grupo a tomar el castillo. La suerte no acompañó a los castellanos en aquella jornada, pues un mensajero que partía desde Arenas hacia Granada descubrió a los emboscados, dando al traste con la operación⁴⁴. Una táctica similar fue utilizada en la toma de Zahara de 1483, con resultado positivo esta vez. En aquella ocasión el marqués de Cádiz decidió dividir los esfuerzos del enemigo, provocando una escaramuza en la entrada de la villa mientras situaba las escalas en otro punto de la misma. Cuando los granadinos quisieron darse cuenta, ya era demasiado tarde⁴⁵.

En 1471 otro curioso método fue empleado por Alonso Enríquez para intentar ocupar Tordesillas. Aprovechando la apertura de las puertas de la villa al alba, el plan consistía en fingir la rotura del eje de un carro cargado de leña de forma que este obstruyera la entrada. La caballería, oculta tras un cerro cercano, tenía que aprovechar la confusión para lanzarse a la toma de la villa. Sin embargo, el plan falló. Solo se lanzaron veintitrés hombres de armas, de los cuales únicamente cinco quedaron para proteger el portón. Asimismo, los refuerzos fueron situados más lejos de lo recomendado por Rodrigo

⁴³ Benito, ‘Ortega, el escalador’, 147-160.

⁴⁴ HCMLI, 96-7.

⁴⁵ CRC-FP, II, 94-5; CRC-DV, 176-7; MRC, 149-50; HHMC, 226-9; GG, 114.

Manrique, con lo que no pudieron socorrer a los atacantes a tiempo⁴⁶. Un método más simple que los anteriores pero que demostró ser muy eficaz, fue el utilizado por el Maestre de Alcántara, Gómez de Solís, para ocupar Zalamea en 1470. Sus tropas se presentaron ante los muros del lugar proclamando ser parte del ejército de Alonso de Monroy -por quien estaba la villa-, que iba huyendo del Maestre. Los defensores, confiados, abrieron sus puertas descubriendo inmediatamente su fatal error. Los atacantes ‘hicieron gran mortandad en ellos, porque casi los tomaron a todos en camisa’⁴⁷.

A pesar de que un asalto por sorpresa podía realizarse de forma limpia y, virtualmente, sin bajas, también podía derivar en varios días de intenso combate urbano, como se verá más adelante. Con todo, la operación no concluía en el momento en el que la enseña castellana ondeaba sobre la muralla. Era sumamente importante avisar a los nobles y concejos cercanos para que mandaran suministros y, en ocasiones, también refuerzos. Grupos de aprovisionamiento fueron llevados en 1407 al castillo de Úrcal y a Pruna tras sus conquistas, con diferente resultado. Tras meter la recua en Úrcal, los caballeros se propusieron llevar a cabo una cabalgada que se dio de bruces contra una hueste musulmana que se dirigía a recuperar la plaza perdida, objetivo que cumplieron⁴⁸. Mejor suerte corrieron los hombres de Rodrigo Manrique tras la toma de Huéscar, en 1434. El ejército musulmán de socorro sorprendió a los castellanos en medio de un intenso combate urbano en el interior de la villa. Sin embargo, la suerte quiso que poco después de la llegada de nuevos enemigos llegaran los refuerzos cristianos, a los que Manrique había avisado antes de partir y durante el combate urbano⁴⁹. De forma similar, el peligro también se cernió sobre la recién conquistada Alhama en 1482. Finalmente, también en esta ocasión se pudo resistir el envite granadino, garantizando la permanencia de un enclave cristiano en el corazón del reino nazarí⁵⁰.

5.1.2. Asaltos directos

Cuando el objetivo era conquistar una plaza enemiga rápidamente y la sorpresa no era una opción, al atacante se le presentaba la posibilidad de lanzar un asalto directo. Este

⁴⁶ CA, 336-7; CEIV-AP, II, 22-3.

⁴⁷ VHMAAM, 91-2.

⁴⁸ CJII-G, 191-4; 196-7.

⁴⁹ CH, 164-74.

⁵⁰ CRC-FP, 10-5; CRC-DV, 136-45; MRC, 114-7; HHMC, 199-206; GG, 89-91.

tipo de acciones eran sumamente costosas en medios materiales y, sobre todo, humanos. Esto era debido al desequilibrio entre la defensa y el ataque en la época medieval, que se traducían en una clara ventaja para la primera. Así, una pequeña guarnición podía hacer frente a un contingente asaltante superior⁵¹. En este contexto, resulta comprensible la relativa escasez de asaltos directos en la Edad Media en general y en la Castilla del Cuatrocientos en concreto. Aun así, cabría mencionar que los ataques directos contra fortificaciones enemigas se intentaron, con desigual resultado, en medio centenar de ocasiones. Esto supondría que en torno a una cuarta parte de las operaciones de expugnación que aparecen mencionadas en las crónicas del periodo se corresponden con esta tipología. Eso sin contar los asaltos por sorpresa, lo que elevaría el porcentaje considerablemente hasta colocarlo cercano al 50%. Es decir, en casi la mitad de los asedios se decidió actuar de forma directa, sin exponerse a largas y costosas operaciones. Por supuesto, las cifras pueden resultar engañosas, pues buena parte de los asaltos se enmarcaron en contextos de prolongados cercos y, al fracasar el intento de aproximación directa, las operaciones acababan resolviéndose con la rendición del enemigo derivada del constante desgaste al que se veía sometido por los sitiadores. Además, varios de los asaltos realizados en este contexto fueron dirigidos únicamente contra los muros exteriores que protegían los arrabales de las poblaciones adversarias, mientras que las operaciones posteriores en torno a esas plazas se resolvieron de modo más convencional.

Y es que, realizar un asalto contra los muros enemigos, aun teniendo una abrumadora superioridad numérica, era una acción muy peligrosa. Eran muchas las cosas que podían salir mal y abundantes las vidas que se perderían. Los comandantes medievales eran plenamente conscientes de esta realidad y las crónicas contemporáneas no dejan de insistir en ello, poniendo sus advertencias en boca de varios de los protagonistas. Por destacar solo algunos ejemplos más significativos, los nobles que se encontraban debatiendo el plan de ataque en Setenil en 1407 y en Castronuño, setenta años más tarde, incidieron en ese punto⁵². Visto que la relación entre costes y ganancias estaba altamente desequilibrada a favor de la primera, no es de extrañar que en muchas ocasiones los asaltantes decidieran que la opción más prudente era dar media vuelta. Los musulmanes lo hicieron en 1407, cuando comprobaron que Priego estaba a buen recaudo. Tres años

⁵¹ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 224.

⁵² CJII-G, 266-8; CRC-FP, I, 296-8.

después lo mismo les ocurrió a los castellanos. Tres años más tarde, las pertrechadas tropas que Fernando de Trastámara envió a tomar Archidona volvieron con las manos vacías alegando que la conquista no sería posible debido a que había suficiente gente para defenderla, no tenían casi provisiones y las noches eran frías⁵³. De nuevo en 1413, esta vez ante los muros de Balaguer, los nobles que acompañaban a Fernando de Trastámara recomendaban que, antes de acometer la empresa de asaltar la ciudad con torres de asedio, el nuevo monarca aragonés reuniera más tropas y, al mismo tiempo, sopesara otras opciones tácticas como la realización de minas⁵⁴.

Como es lógico, la dificultad del asalto directo era proporcional a la entidad de la posición enemiga a conquistar. Castillos y fortalezas eran las fortificaciones más expuestas ante un enemigo lo suficientemente determinado. Las villas más grandes y, sobre todo, las ciudades, quedaban generalmente fuera del alcance de las escalas y torres de asedio. Si García Fitz fue capaz de identificar tan solo un puñado de grandes poblaciones que sucumbieron ante un ataque directo contra sus muros, para todo el siglo XV apenas se podría reseñar un único caso. La conquista de Antequera fue, por tanto, una *rara avis*.

El veterano guerrero francés Jean de Bueil (1406-1477) escribió en *Le Jouvencel* que los asaltos solo debían realizarse en circunstancias muy definidas. Concretamente en las siguientes: si la epidemia y la falta de víveres azotaba el campamento sitiador; si el enemigo se acercaba a levantar el asedio con una hueste más poderosa; tras haber batido las defensas sin lograr la rendición de la guarnición; si la escasez de dinero impedía el pago de los salarios; o si se quería salir a dar batalla en una posición ventajosa⁵⁵. No obstante, en ciertas ocasiones el asalto era la única opción disponible. Esto resultaba especialmente cierto si se pretendía tomar una posición rápidamente, antes de que el enemigo tuviera tiempo para reaccionar, algo típico de las guerras civiles. En este sentido, tal vez el ejemplo más significativo lo constituya la siguiente situación que tuvo lugar en uno de esos contextos de inestabilidad interna. En 1474, los nobles que se encontraban con Fernando el Católico en Tordesillas debatían cuál sería el mejor método de consolidar la toma de la villa expugnando los dos últimos reductos enemigos: la torre del puente y la fortaleza. La duda giraba en torno a si se debía combatir o cercar las posiciones, aunque la segunda de las

⁵³ CJII-G, 451-3.

⁵⁴ CJII-G, 629-32.

⁵⁵ Bueil, *Jouvencel*, II, 42.

opciones requeriría tiempo y establecer al menos dos reales, lapso en el que podrían acudir refuerzos enemigos. Así, se decidió que la mejor alternativa era combatir la fortaleza directamente, 'aunque muy peligroso fuese'⁵⁶. También en Castruño, en 1477, varios capitanes defendieron ante Fernando el Católico las ventajas de una expugnación rápida. En esta ocasión las razones esgrimidas fueron que el invierno estaba próximo y con el llegarían el frío, la escasez y las enfermedades, además de que la pólvora se estropearía con la humedad⁵⁷.

Con todo, de entre los asaltos mencionados en las fuentes, únicamente se conocen los métodos de expugnación empleados en una treintena de ellos. Muchos de los episodios son lacónicamente narrados y solamente se menciona que los emplazamientos citados fueron 'tomados por fuerza' o 'entrados por fuerza'. Aun así, a primera vista es posible diferenciar claramente los asaltos realizados de forma apresurada con poca o ninguna preparación frente a aquellos claramente preconcebidos y debidamente planificados. Los intentos espontáneos no abundan entre la batería de ejemplos utilizados. Si la operación en sí misma ya era suficientemente peligrosa, no convenía dejar nada al azar en su ejecución. Con todo, podían surgir oportunidades que difícilmente se podían desaprovechar. Un ejemplo se encuentra en 1407. Tras fracasar en su intento por atraer a los granadinos resguardados en Vera a una batalla campal, devastando las tierras próximas a la población en el proceso, el Mariscal García de Herrera decidió combatir la villa. El resultado no fue el esperado, ya que el número de defensores y la ausencia de pertrechos de asedio en la hueste castellana impedía proseguir el asalto tras anochecer. Posteriormente, en esa misma operación, el Mariscal venció a una fuerza granadina de proporciones similares a la suya cerca de Zurgena. Durante la huida, los musulmanes corrieron a refugiarse en la villa, circunstancia aprovechada por los cristianos para combatir las puertas y entrar en la villa. De nuevo en esta segunda ocasión, la llegada de la noche paralizó las operaciones, forzando a los atacantes a abandonar la empresa sin haber logrado la toma del castillo⁵⁸.

Los blancos de oportunidad podían surgir más comúnmente durante la marcha del ejército por el territorio enemigo, preferentemente si se trataba de la hueste real. Diego de Valera y la *Crónica anónima* cuentan que en 1456 los alrededores de Málaga fueron

⁵⁶ CI, 102-8.

⁵⁷ CRC-FP, I, 296-7.

⁵⁸ CJII-G 164-7; CJII-BAE, 279-80.

elegidos como objetivo para la campaña de cabalgada anual. Informado de que en Marbella había mucho que talar, Enrique IV se dirigió hacia allí. En el trayecto, la hueste pasó Benalmádena, donde varios de los hombres de armas y peones escaramuzaron con los granadinos allí guarnecidos hasta empujarlos al interior de la fortaleza. Más adelante, algunos miembros del ejército castellano consideraron que Fuengirola podía ser fácilmente asaltada y tomada. De forma apresurada y con grandes dosis de improvisación se llevó a cabo la acción, aunque la posición tuvo que ser abandonada a instancias de Enrique IV cuando la victoria estaba a punto de sellarse⁵⁹. Algo similar ocurrió en 1475, cuando el ejército dirigido por Fernando el Católico se dirigía a Toro con la intención de retar a Alfonso V de Portugal a una batalla campal. Durante el trayecto varios peones vizcaínos se separaron de la hueste castellana en marcha para asaltar la fortaleza de Herreros⁶⁰.

En cualquier caso, los asaltos planificados parecen ser dominantes en los casos recogidos por la crónica. Estos aparecen mencionados a menudo –aunque no exclusivamente– en contextos de prolongados asedios en los que, en un determinado momento, se decide probar suerte intentando rebasar los muros enemigos. Así ocurrió en los cercos de Antequera en 1410, Peñafiel en 1444 o Utrera en 1477⁶¹. La peligrosidad que revestía este tipo de operaciones suponía que la acción debía ser cuidadosamente planeada y debidamente ejecutada. Era recomendable conocer el número de las fuerzas que componían la guarnición defensora para así actuar en consecuencia. En 1476 la reina Isabel fue informada de que la guarnición de Toro estaba compuesta por 300 combatientes montados. Pulgar narra que algunos caballeros conocedores del dato aconsejaron a la reina lanzar un asalto directo. Argumentaban que, si el ataque se realizaba simultáneamente por varios puntos del circuito amurallado, los defensores no podrían cubrir todos los frentes y podrían entrar en Toro ‘a escala vista’⁶². En esta ocasión el plan no salió según lo previsto, pues los portugueses fueron capaces de gestionar sus reducidos recursos de forma adecuada, obligando a los castellanos a buscar otras vías para hacerse con el control de la villa. Con todo, lanzar varios asaltos simultáneos parece que fue la tónica general en el

⁵⁹ MDH, 32-4; CA, 52-5.

⁶⁰ CEIV-AP, II, 208; CI, 219-22; CRC-FP, I, 134-5; CRC-DV, 28.

⁶¹ CJII-G, 409-12, 466-72; Suárez, 'Juan II y la frontera', 34-6; CJII-BAE, 623-4; CRC-FP, I, 323-4; MRC, 70-2; IV Década, 13, 24-6; CEIV-AP, III, 65.

⁶² CRC-FP, I, 265-6.

Cuatrocientos castellano⁶³. Una práctica, por lo demás, perfectamente lógica y ampliamente asentada en los usos poliorcéticos. El propio Jean de Bueil indicaba que el asalto había de acometerse por oleadas y, de ser posible, por tres partes, amagando en otras⁶⁴.

Por lo general las fuentes no indican el número de sectores en los que se podía dividir el ataque, mencionando únicamente que la fortificación en cuestión fue ‘combatida por diversas partes’⁶⁵. Cuando los relatos son más detallados, se comprueba que lo más común era distribuir la ofensiva en tres o cuatro zonas⁶⁶. Es probable que dentro de esta división de sectores también se contemplara la posibilidad de establecer turnos y realizar relevos, para mantener una presión constante sobre el enemigo mientras que se aseguraba la disponibilidad de tropas frescas. Así lo hizo el Maestre de Alcántara Gómez Solís, durante el sitio de Coria⁶⁷. Durante el asedio de Antequera también parece que ocurrió algo similar. Tanto la *Crónica de Juan II* como la carta que Alfonso Fernández Castalla envió al concejo de Murcia narrando la toma de la villa señalan que se hicieron siete grupos, de los cuales uno –comandado por el propio Regente Fernando– quedaría en reserva. Los seis restantes atacarían, de dos en dos, los tres sectores designados, lo que podría indicar que, al igual que en el caso de Coria, los grupos que compartían sector también pudieron haberse relevado⁶⁸.

La cuestión del despliegue nos lleva a preguntarnos cuáles eran los métodos empleados a la hora de asaltar los muros enemigos. Es bien conocido que los comandantes medievales tenían un abanico de posibilidades tácticas a su disposición, algunas de las

⁶³ En el discurso que Lorenzo Valla puso en boca de Fernando de Trastámara en los instantes previos al asalto final sobre Antequera, en 1410, el regente sostenía que a pesar de que las mayores esperanzas estaban puestas en la torre de asedio, la villa podía caer por cualquiera de los sectores que se atacarían, pues el enemigo tendría que diversificar sus esfuerzos defensivos. Valla, *Historia de Fernando de Aragón*, 124.

⁶⁴ Bueil, *Jouvencel*, II, 42.

⁶⁵ Así se menciona en los casos de Letur (1457), Gibraltar (1462) Ortegícar (1478) o durante el asalto al arrabal de Vélez-Málaga (1487). CA, 77-8, 122-5; MDH, 75-81; IV Década, 66-7; HHHMC, 190-1; MRC, 173.

⁶⁶ Tales son los casos de Vera (1407), Baeza (1466), Íscar (1467), el asalto a una torre cercana a Sevilla (1473), Utrera (1477), Tájara (1483) o Loja (1486). A los citados ejemplos tal vez habría que sumar el de Antequera (1410). Había ocasiones en las que los ataques se podían realizar incluso por más de tres o cuatro zonas. El asalto sobre Peñafiel parece que pudo haberse lanzado por seis partes. Del mismo modo, el hipotético asalto de Balaguer en 1413 estaría ordenado en seis sectores, mientras que el fallido intento de asaltar Setenil en 1407 estaba planeado que se realizara por siete u ocho partes. CJII-G, 164-7, 264, 409-12, 466-72, 631; CJII-BAE, 623-4; HCMLI, 313-7; CEIV-EC, 287-8; MDH, 227-30; CA, 382-6; CRC-FP, I, 323-4; CEIV-AP, III, 65.

⁶⁷ VHMAAM, 73-4; Rodríguez, ‘Legacy and change’, 7.

⁶⁸ CJII-G, 409-12, 466-72; Suárez, ‘Juan II y la frontera’, 34-6.

cuales evolucionaron a lo largo de los siglos medios, adaptándose al desarrollo de nuevas tecnologías. El ejemplo más significativo a este respecto es, sin lugar a dudas, la artillería de pólvora. Hasta que estas nuevas bocas de fuego se vieron plenamente desarrolladas, a finales del siglo XV, los comandantes medievales tuvieron a su disposición una amplia variedad de técnicas y posibilidades con las que acometer un asalto. Eso sí, con diferentes grados de éxito.

Una opción era practicar una brecha en la muralla desde la que penetrar en el perímetro defensivo enemigo. Para llevar a cabo tal acción, minas o ‘*bancos pinjados*’ eran opciones relativamente utilizadas y extendidas⁶⁹. Las minas requerían tiempo, hombres y materiales para poder ser llevadas a cabo, algo en absoluto compatible con una expugnación rápida. La aproximación a los muros enemigos debía realizarse apuntalando cada metro avanzado en el subsuelo para, a continuación, provocar el colapso de los cimientos de la estructura defensiva mediante el uso del fuego⁷⁰. De salir bien, esta práctica podía tener unos resultados devastadores, como demuestra el ejemplo del sitio de Atienza en 1446, donde se logró derribar un lienzo de muralla. Algo similar ocurrió durante el asedio de Zújar de 1489, donde se minó la torre mayor, provocando su colapso⁷¹. Sin embargo, en ninguna de las dos ocasiones las operaciones de minado resultaron determinantes. De hecho, su tasa de éxito no era muy elevada pues su construcción llamaba la atención del enemigo, que inmediatamente comenzaba las operaciones de contraminado.

Parece que tanto Fernando de Antequera como el rey católico fueron conscientes de la imperiosa necesidad del sigilo en la realización de las galerías subterráneas. Lorenzo Valla cuenta que, durante el sitio de Antequera de 1410, el Regente utilizó la torre de asedio para cubrir las obras de minado hasta que estas fueron descubiertas a causa de la negligencia de los mineros⁷². Del mismo modo, Fernando el Católico ordenó a cuatro de los nobles que le acompañaban en el asedio de Málaga de 1487 que construyeran cuatro minas que partieran de sus estancias, procurando siempre que estas fueran secretas. El objetivo no era solo ‘poner algunas partes del muro a cuantos’, sino también entrar sigilosamente en la

⁶⁹ Los ‘bancos pinjados’ eran, esencialmente, arietes cubiertos, protegidos por pieles mojadas u otros materiales ignífugos. Almirante, *Diccionario*, 129.

⁷⁰ DeVries, Smith, *Medieval Military Technology. Second edition*, 177; Bradbury, *Medieval Siege*, 270-4.

⁷¹ CAL, 210; CRC-FP, II, 369.

⁷² Valla, *Historia de Fernando de Aragón*, 103-4. Esta práctica pudo haber estado relativamente extendida, ya que Bradbury indica que en la Baja Edad Media la función principal de las torres de asedio sería la de cubrir las operaciones de zapa. Bradbury, *Medieval Siege*, 249-50.

ciudad para atacar a los granadinos cuando estos estuvieran ocupados en la defensa del muro. De nuevo en esta ocasión, los musulmanes lo ‘sintieron’ y actuaron en consecuencia, destruyendo la mayoría de los túneles⁷³. Con todo hubo casos en los que las operaciones de zapa fueron exitosas. En el propio asedio malagueño se excavó una galería directamente hasta los pies de una de las torres que defendían el puente que daba acceso a la ciudad. En un alarde de inventiva y adaptación a los nuevos medios bélicos, Francisco Ramírez de Madrid situó un ‘quartadgo’ bajo la propia estructura, en ‘lo hueco de la torre’. Al disparar desde la mina, todo el suelo del edificio colapsó, obligando a los defensores a abandonarlo⁷⁴.

La eficacia de las minas, aunque no total, podía ser considerable. En ocasiones, incluso la propia amenaza de usarlas podía constituir un elemento de presión suficientemente elevado como para conminar a los defensores a rendirse. Así ocurrió durante el asedio a Madrid de 1476. Los atacantes querían hacer una mina bajo la torre que se alzaba sobre la puerta de Guadalajara, para así derribarla junto con ‘cuarenta pasos de muro’. El comendador de Paracuellos, defensor de aquel sector, se percató de las intenciones de los sitiadores y decidió entregar la puerta para así evitar un asalto, con todo lo que ello conllevaba⁷⁵.

Al contrario que las operaciones de minado, utilizar *bancos pinjados* para erosionar la muralla enemiga era un método mucho más rápido y barato. Podían construirse en periodos de tiempo realmente breves, pues las mantas y *bancos pinjados* que el futuro rey católico mandó hacer para combatir la fortaleza de Tordesillas en 1474 estuvieron listos en tres días⁷⁶. El lapso de tiempo podía incluso reducirse a una única jornada con un coste material prácticamente inexistente. Sirva como ejemplo lo acaecido en 1483, cuando los herreros y carpinteros de la hueste de Fernando el Católico aprovecharon la madera de los árboles talados durante la cabalgada que se había realizado en la Vega de Granada para construir, de un día para otro, mantas y *bancos pinjados*⁷⁷.

⁷³ CRC-FP, II, 306.

⁷⁴ CRC-FP, II, 323-5.

⁷⁵ CRC-FP, I, 228-9.

⁷⁶ CI, 106.

⁷⁷ CRC-FP, II, 76-7. El diario de operaciones conservado también indica la utilización de *bancos pinjados* en la expugnación, pero no hace mención a la procedencia y tiempo de fabricación de los mismos.

Pero sí que indica la utilización de bancos. Berwick y Alba, *Documentos escogidos*, 25-7.

Una opción mucho más rápida y que apenas requería materiales era también la alternativa más rudimentaria: el fuego. Era un método peligroso, ya que su efectividad derivaba de acercar las llamas lo suficiente y asegurarse de que las puertas de madera prendieran: Juan de Butrón, hombre de armas del Mariscal García de Herrera, murió intentando incendiar las puertas de Archidona en 1410⁷⁸. Incluso llegando a poner fuego al acceso, siempre cabía la posibilidad de que el enemigo lo apagara. Cuando el citado Mariscal intentó asaltar Vera en 1407, llegó a prender sin éxito hasta tres veces cada una de las tres puertas que simultáneamente se estaban atacando⁷⁹. El uso táctico del fuego no era incompatible con otras técnicas, ya que mientras se intentaba escalar o aportillar la cerca también se podían incendiar las puertas de la posición en cuestión. De hecho, la mejor garantía de éxito era combinar varias técnicas diferentes, con el objeto de dividir el esfuerzo defensivo de la guarnición. Por ejemplo, en los asaltos a Fuengirola en 1456 y, Baeza, diez años después, el ataque sobre las puertas se coordinó con el asalto mediante escalas⁸⁰.

La opción más extendida fue la de rebasar las murallas por altura, utilizando para ello *bastidas*, grúas o simples escalas. Las *bastidas*, más comúnmente conocidas como torres de asedio, no fueron demasiado utilizadas. De hecho, son apenas cuatro las referencias conservadas. Me refiero a los sitios de Setenil en 1407, Antequera en 1410, Balaguer en 1413 y Málaga en 1487⁸¹. Bradbury señalaba que las torres de asedio no habían perdido su vigencia para la Baja Edad Media, aunque al igual que en periodos anteriores, estaban reservadas para los grandes asedios⁸². Al fin y al cabo, su construcción requería tiempo y su aproximación a los muros precisaba de toda una serie de trabajos previos. Tal vez, la propia ausencia de grandes asedios en la mayor parte del periodo tratado sea la razón que subyace tras la escasa utilización de este método de expugnación en la Castilla cuatrocentista⁸³. Como ya se ha señalado, la práctica totalidad de grandes asedios se concentraron al principio y al final del siglo XV. En el periodo inicial, tal vez se deberían tener en cuenta las preferencias del jefe de las operaciones: Fernando de Antequera. El

⁷⁸ CJII-G, 452.

⁷⁹ CJII-G, 164-7.

⁸⁰ MDH, 32-4; CA, 52-5; HCMLI, 313-7.

⁸¹ Cabe destacar que en tres de los cuatro casos citados las torres no llegaron a utilizarse. En Setenil porque la estructura quebró, mientras que en Balaguer y Málaga no llegó a ser necesario recurrir a ello.

⁸² Bradbury, *Medieval Siege*, 241.

⁸³ Es posible que el asedio a Monroy (c. 1453) también contemplara el despliegue de dos torres de asedio, aunque las fuentes tan solo se limitan a señalar que los sitiadores ‘tenían dos torres de madera cerca de los muros’. VHMAAM, 63; Rodríguez, ‘Legacy and change’, 8.

Infante, tras una primera mala experiencia en Setenil, continuó apostando por las torres móviles, obteniendo con ello excepcionales resultados ante los muros de Antequera. Después del sitio de Balaguer en 1413, pasaron setenta y cuatro largos años antes de que un comandante castellano utilizara de nuevo una torre de asedio. Aun y todo, ese *revival* tuvo lugar en un contexto muy determinado. Durante la guerra final contra Granada, la artillería desplazó a otros métodos de expugnación, coronándose como el más valioso de los recursos poliorcéticos. No obstante, la tenaz resistencia de los defensores alargó el sitio de Málaga más de lo esperado, con la consecuencia de que los constantes bombardeos artilleros acabaron con las reservas de pólvora. La escasez de pólvora, por tanto, forzó un fugaz retorno a los elementos de asalto tradicionales que, por lo demás, se mantuvieron en segunda fila⁸⁴.

Las crónicas no dan demasiada información acerca de las torres empleadas, aunque sí que ofrecen algunos datos al respecto. La fase de construcción no parece que se alargara demasiado, pues la que se utilizó ante Setenil, en 1407, fue erigida en apenas diez días⁸⁵. Las empleadas en Antequera en 1410 y, tres años después, en Balaguer, fueron construidas por Juan Gutiérrez de Torres. El citado maestro había aprendido a fabricar estas máquinas de asedio en Portugal, a través del Prior de Crato⁸⁶. Una construcción de ese tamaño requería un terreno llano y libre de obstáculos para aproximarse a la muralla, algo que no parece que se tuviera demasiado en cuenta en el asedio de Setenil, en 1407. La torre se atascó en una zanja y, a pesar de que fueron capaces de sacarla, apenas pudo avanzar unos metros antes de que el carretón quebrase y la torre quedara inutilizada. La cuestión se vio agravada por el hecho de que el maestro carpintero había recibido un disparo de ballesta y no la podía reparar, precipitando el abandono del asedio⁸⁷. Por otro lado, la altura del ingenio también era algo a tener en cuenta, ya que, si este no alcanzaba la suficiente elevación, las murallas enemigas quedarían fuera de alcance. Así ocurrió en 1410, la segunda de las ocasiones en la que el infante Fernando de Trastámara utilizó una torre de

⁸⁴ CRC-DV, 255; CRC-FP, II, 301-6; HHMC, 277.

⁸⁵ CJII-G, 250, 265.

⁸⁶ De hecho, la crónica cita que estas eran similares a las que los portugueses utilizaron para sitiar Alcántara en 1398 o 1400. CJII-G, 386-7, 606. Cabe mencionar que las bastidas construidas por el citado individuo se construyeron alejadas de la acción, para después ser transportadas para su montaje al lugar donde se deseaba situarlas. Eduardo I de Inglaterra hizo algo parecido cuando prefabricó una torre de asedio en Glasgow, solo para montarla después en el castillo de Bothwell. Prestwich, *Armies and warfare*, 288.

⁸⁷ CJII-G, 266. Las torres de asedio empleadas en los asedios de Jerusalén en 1099 y Acre en 1191 también se atascaron en zanjas. DeVries, Smith, *Medieval Military Technology. Second edition*, 173.

asedio. Al acercarse la bastida a los muros de Antequera, comprobaron, demasiado tarde, que esta no daba la talla. El error de cálculo se tradujo en que los granadinos la quemaron y tuvo que ser reparada, retrasando el asedio⁸⁸. Fernando aprendió de sus errores y, en el asedio a Balaguer de 1413, se aseguró de no tropezar dos veces con la misma piedra. Escarmentado de sus anteriores experiencias, mandó allanar el camino al lienzo del perímetro defensivo sobre el que quería situar la torre de asedio, consiguiendo que esta se moviera sorprendentemente ‘liviana’⁸⁹. Además, se aseguró de que la torre tenía la altura suficiente realizando dos mediciones. La primera no dio buenos resultados, pues se realizó utilizando un astrolabio. En el segundo intento se lanzó un dardo atado a una cuerda con la que calcularon la altura de la torre de la muralla para, acto seguido, evaluar la anchura de la cava⁹⁰.

La utilización de una torre de asedio aún requería más pasos. Uno de los más importantes era cegar el foso⁹¹. Para ello, en Setenil se pretendían utilizar ramas y tierra, mientras que en Antequera se optó por toneles llenos de tierra⁹². Asimismo, su construcción en madera y su gran altura convertía estas construcciones en objetos relativamente endeble. Por ello, en la torre de asedio que se cernía sobre los muros de Antequera, varios hombres de armas esperaron al pie de la escala, para evitar que la multitud congregada colapsara la estructura⁹³. Tales precauciones no eran excesivas, pues el tamaño de estas construcciones era considerable. Según cuenta el autor de la *Crónica de Juan II*, la empleada en Antequera podía albergar hasta sesenta hombres mientras que, de acuerdo con Pulgar, la construida durante el asedio de Málaga podría acoger hasta un centenar de combatientes⁹⁴. Tan solo se conoce la organización interna del asalto mediante torre en el primer caso. Los hombres de armas estaban divididos en cinco escuadras y la morfología de la máquina de asedio obligaba a establecer una cierta organización. Así, los capitanes

⁸⁸ CJII-G, 410-2.

⁸⁹ CJII-G, 628, 643.

⁹⁰ CJII-G, 620.

⁹¹ DeVries, Smith, *Medieval Military Technology. Second edition*, 173-4.

⁹² CJII-G, 265, 401, 466-7; CJII-BAE, 321.

⁹³ CJII-G, 469-70.

⁹⁴ CJII-G, 409-10, 467; CRC-FP, II, 306. Jim Bradbury proporciona varios ejemplos de torres de asedio con una capacidad de sesenta hombres. Con todo, tampoco debe resultar excesiva la construida en Málaga, ya que los franceses construyeron una estructura ante los muros de Breteuil, en 1356, capaz de alojar a doscientos caballeros y escuderos. Bradbury, *Medieval Siege*, 242-4; DeVries, Smith, *Medieval Military Technology. Second edition*, 171-2.

‘ordenaron por nombres’ a los atacantes, para distribuir los turnos de avance y asegurarse de que ‘ninguno no pasase la ordenanza’⁹⁵.

La de Antequera fue la única de las cuatro torres mencionadas en entrar en acción y, aún y todo, solo resultó efectiva cuando se empleó, aunque pueda parecer extraño, en un ataque por sorpresa. Después tres amagos de ataque sobre la muralla, aderezados con fuego de ballestería sobre las almenas, los antequeranos se mostraron reacios a subir a la torre sobre la que nunca terminaba de posarse la *bastida*. Sin informar de sus intenciones más que a unos pocos, Fernando de Trastámara mandó realizar otro amago. Esta vez acordó con Juan Gutierrez, el constructor del ingenio que, si mantenía sus puños cerrados, no debía hacer nada. En cambio, si abría la mano, debería bajar el puente de la *bastida*, derrocándola sobre la muralla. Fue con esta suerte de lenguaje de signos como se consiguió tomar la villa que los castellanos llevaban cinco meses sitiando⁹⁶.

Por encima de las torres de asedio, el sistema de superación de los muros enemigos por altura por antonomasia, eran las escalas. Este procedimiento fue, sin duda, el más utilizado en la medida en la que era la forma más rápida y, posiblemente, también la más peligrosa de tomar una fortificación al asalto. Con todo, se podría afirmar que asaltar una posición ‘a escala vista’ era la forma más eficaz de tomarla. Bien es cierto que se podría tratar de un espejismo proyectado por las fuentes, ya que la gran mayoría de asaltos narrados son aquellos exitosos y, entre ellos, gran parte se llevaron a cabo con escalas. Sea como fuere, este método, incluso por encima de los otros, precisaba que el ataque se realizara simultáneamente por varios puntos de la muralla, ya que unos pocos defensores podían contener a varios hombres desde las almenas⁹⁷. Por otro lado, al igual que en el caso de los *bancos pinjados*, las escalas podían fabricarse en relativamente poco tiempo, como demuestra el citado ejemplo de Tordesillas. En ocasiones, ni siquiera era necesario disponer de una escalera propiamente dicha, bastaba con objetos tan simples como una cuerda o, incluso el mástil de una embarcación como el que se utilizó para asaltar Fuengirola en 1456⁹⁸.

⁹⁵ Se hicieron dos grupos de quince asaltantes y otras tres escuadras compuestas por diez hombres cada una. CJII-G, 410, 467-8.

⁹⁶ CJII-G, 468-9.

⁹⁷ La mayoría de casos en los que se cita el combate por diversas partes es utilizando escalas.

⁹⁸ MDH, 32-4; CA, 52-5.

En general, todos los métodos citados requerían estar cerca de la muralla enemiga para resultar exitosos. Los defensores también eran conscientes de ello e intentarían impedir que ocurriera, lo que convertía la aproximación al muro en una operación de alto riesgo, ya fuera para utilizar escalas, *bancos pinjados*, fuego o torres de asedio. Proteger a los atacantes era una prioridad que en ocasiones probablemente se resolvería con la utilización de paveses o mantas. La forma más eficaz de combatir los muros era recibiendo fuego de cobertura. De forma similar a las tácticas de contención de la guerra moderna, los ballesteros y espingarderos disparaban a la muralla, provocando con ello que el enemigo se mantuviera a cubierto para no ser alcanzado por los virotes y por ende, dejara de defenderse del asalto. Esta práctica se menciona en suficientes ocasiones como para que se pueda afirmar que era algo habitual. Durante el sitio de Balaguer, en 1413, el Consejo Real debatía la táctica a emplear en el futuro asalto de la villa. El conde de Cardona apuntó que Fernando de Antequera debía convocar a más ballesteros de los que allí tenía, pues le parecía que estos eran ‘mucho cumplideros para el combate’⁹⁹. Sin duda se refería a su empleo para proporcionar la cobertura necesaria en el avance hacia la muralla enemiga. Y es que, realmente, la eficacia de este procedimiento quedó probada ante los muros de León en 1465, Herreros en 1475, Tájara en 1483 o Benamáquiz en 1485, por citar solo algunos ejemplos¹⁰⁰. El fuego de contención no tenía por qué utilizarse siempre en los instantes previos al asalto; se podía ir preparando el terreno mucho antes. Durante el asedio de Antequera, en 1410, se realizaron tres amagos de ataque, acompañados siempre de fuego de ballestería que iba desgastando al enemigo. Así, cuando llegó la hora de la ofensiva final, los granadinos ya no subían a la torre donde se iba a asentar la torre de asedio por miedo a los tiradores castellanos¹⁰¹.

Los métodos hasta ahora expuestos estaban llamados a desaparecer o adaptarse, en los albores de una nueva era en la que la pólvora sería dominante. Dado que la evolución e impacto de la artillería pirobalística será tratada en el apartado correspondiente, aquí únicamente me detendré para comentar el aprovechamiento táctico de las brechas provocadas por los cañones. A este respecto merece la pena destacar el hecho de que prácticamente hasta la Guerra de Granada no se mencionan este tipo de prácticas, e incluso

⁹⁹ CJII-G, 631.

¹⁰⁰ GH, 350; CI, 220; Berwick y Alba, *Documentos escogidos*, 25-7; CRC-FP, I, 135; II, 78, 154.

¹⁰¹ CJII-C, 466-72. Durante el sitio de Balaguer parece que intentó hacer lo mismo, pero en esa ocasión no fue necesario realizar el asalto ya que se produjo la rendición antes de eso.

entonces no parece que fuera demasiado común. Con todo, incluso en pleno apogeo artillero las brechas provocadas por las bocas de fuego tenían que ser asaltadas, algo que no siempre resultaba sencillo¹⁰². Tras destruir las defensas exteriores de Álora en 1484, se aceptó la rendición de la villa ya que, afirma Palencia, la situación de altura sobre un terreno rocoso, convertía la posición en inexpugnable¹⁰³. Los temores no parecían infundados, pues al año siguiente dos asaltos sobre brechas abiertas por la artillería se resolvieron con diferente suerte. Mientras que en Ronda se consiguió tomar el arrabal penetrando por la abertura creada por las bombardas, en Coín el ataque fue lanzado antes de que Fernando el Católico diera la orden, resultando rechazado por los granadinos¹⁰⁴.

Para Michael Mallett, en el siglo XV la capacidad de abrir brechas que tenía la artillería pirobalística no cambió la naturaleza de la guerra; esta estaba llamada a alterarse con la aparición de una infantería permanente y entrenada capaz de aprovechar las brechas abiertas por las bocas de fuego¹⁰⁵. En este punto, cabría preguntarse quienes encabezaban los asaltos en la Castilla del Cuatrocientos. Sin duda se trata de una cuestión difícil de responder, aunque las fuentes transmiten la impresión de que los ‘comunes’, la infantería concejil, eran los encargados de realizar las tareas de expugnación, mientras que la realización del asalto propiamente dicho corría a cargo de combatientes de más valía¹⁰⁶. La propia torre de asedio utilizada para la toma de Antequera en 1410 estaba guarnecida únicamente por hombres de armas. Sin embargo, tras conquista de la villa, el infante Fernando impulsó una pesquisa para averiguar quiénes habían sido los primeros en asaltar los muros enemigos, con la intención de premiarlos. De las indagaciones se dedujo que cuatro de los hombres de armas que iban en la torre de asedio ostentaban tal honor. No obstante, el autor de la *Crónica de Juan II* admite haber realizado una investigación paralela, encontrándose con que entre los valientes se contaba un marinero vizcaíno¹⁰⁷. Esto

¹⁰² Rogers, *Soldiers' lives*, 136, 145.

¹⁰³ CRC-AP, III, 122.

¹⁰⁴ MRC, 157-60; CRC-FP, II, 156-9. Pulgar no menciona que se asaltara una brecha en Ronda, únicamente que la artillería derribó almenas y el ataque se realizó con escalas. CRC-FP, II, 168-9.

¹⁰⁵ Mallett, ‘Siegecraft in Late Fifteenth-Century Italy’, 255.

¹⁰⁶ La *Crónica de Álvaro de Luna* menciona como durante el asalto a los arrabales de Atienza, en 1446, los peones llevaban ‘picos y azadones’, probablemente para practicar una brecha en los muros. CAL, 188. A mediados del siglo XV, la caballería nobiliaria aragonesa también era la encargada de liderar los asaltos a posiciones fortificadas, como se demostró durante las campañas napolitanas de Alfonso el Magnánimo. Sáiz, *Caballeros del rey*, 61.

¹⁰⁷ CJII-G, 472-3; CJII-G, 472-3.

no debe sorprender, pues son precisamente los vascos, junto con los gallegos, quienes, especialmente a partir de época de los Reyes Católicos, encabezaron muchos de los asaltos. No se debe olvidar que el ataque sobre Fuengirola en 1456, así como el asalto de Herreros en 1475 o el del arrabal de Loja, once años más tarde, contaron con una participación muy activa de tropas vizcaínas¹⁰⁸. La razón, mencionada previamente, se encontraría en la necesidad de dar salida a través de la guerra ‘pública’ a aquellos contingentes bregados en años de guerras privadas en las regiones periféricas.

En definitiva, todos los procedimientos empleados para la expugnación directa de una posición enemiga suponían un alto coste para el atacante, lo que explica el comportamiento de los asaltantes de resultar su acción exitosa¹⁰⁹. Si una villa o castillo eran tomados por la fuerza, su guarnición no debía esperar cuartel. Lo más habitual era que los líderes militares pusieran la villa a ‘*sacomano*’ o, lo que es lo mismo, que dejaran a las tropas saquear todo lo que quisieran de la recién conquistada posición¹¹⁰. Esta práctica tenía la doble función de alentar a las tropas propias con las promesas de cuantioso botín mientras que minaba la moral y la capacidad combatida del enemigo ante el inminente asalto¹¹¹. Así parece haber ocurrido durante los compases finales del sitio de Balaguer, en 1413. Algunos caballeros y ciudadanos de la villa salieron a parlamentar con los sitiadores y, ante la petición de perdón para el conde de Urgell y los demás defensores, la respuesta obtenida tomó forma de amenaza. Se les dijo que, si una vez comenzado el combate algún atacante resultaba muerto, el ahora rey de Aragón, Fernando de Trastámara, no perdonaría a ninguno de los defensores y podrían esperar ‘que se haga crueldad en todos’. Poco más de una semana después, el conde y la villa se rindieron¹¹².

5.1.3. Cercos y bloqueos

Dada la dificultad y peligrosidad que revestían los asaltos, no resulta sorprendente que muchos líderes militares medievales optaran por la tercera y última opción de

¹⁰⁸ MDH, 32-4; CA, 52-5; CI, 222; CRC-FP, I, 135; CEIV-AP, II, 208; CRC-DV, 29; MRC, 167-8.

¹⁰⁹ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 238-40.

¹¹⁰ Tras dos meses de asedio y un exitoso asalto, la villa de Peñafiel fue puesta ‘a sacomano’ por las tropas del rey Juan II en 1444. CJII-BAE, 623-4

¹¹¹ En la fase final de la toma de Alhama en 1482, el marqués de Cádiz motivaba a sus hombres diciéndoles que les dejaría poner la villa ‘a sacomano’. CRC-DV, 139.

¹¹² Previamente los sitiadores ya habían indicado que si la plaza caía por la fuerza, ‘habría crueldad’. CJII-G, 618, 641-54.

expugnación: el cerco o bloqueo¹¹³. Ese era, sin lugar a dudas, el método de expugnación más extendido en la Castilla del siglo XV, con más de un centenar de ejemplos. Resulta curioso que la mayor acumulación de los mismos se diera en los años 1465 y 1466. Más que constatar un aumento del volumen de hostilidades en este periodo, se debería pensar en una distorsión de las fuentes. Y es que, para estos años cuento con las crónicas particulares de Alonso de Monroy y Miguel Lucas de Iranzo. Estas narraciones ponen su foco de atención en acciones de baja escala que, a menudo, aparecen obviadas en la cronística regia. Por ello, sería lógico pensar que hacia mediados de la década de los sesenta del siglo XV no hubo un aumento en el número de asedios sino que, seguramente, hubo muchos en épocas previas y posteriores que, por su escasa entidad, no aparecen en las historias oficiales¹¹⁴.

Sea como fuere, a partir del momento en el que se decidía cercar una plaza rival, la operación ya no consistía solamente en tomar la posición enemiga mediante la aplicación directa de fuerza; había que buscar que el adversario la entregara, se rindiera. A disposición del comandante quedaba todo un abanico de posibilidades para lograr tal objetivo, aunque al final todo se reducía a que el asentamiento sucumbiera al hambre y la sed o, simplemente, perdiera la esperanza y, con ello, su capacidad de aguante. Pedro Mártir de Anglería escribió en 1491, cuando se encontraba en el campamento de asedio ante los muros de Granada, que la ciudad era fuerte, lo que descartaba el asalto frontal. Por tanto, equiparando la toma de una importante urbe al despiece de un ave, esbozó una metáfora muy ilustradora que describía muy bien en qué consistía un cerco medieval. Sostenía que a la capital nazarí ‘había que irle cortando paulatinamente los miembros que le quedaran y, cortadas las alas, arrancarle el resto de las plumas, a fin de que, al verse impotente y oprimida por la necesidad, por su propio impulso venga a postrarse a los pies de los Reyes’¹¹⁵. Por tanto, podría decirse que el objetivo de los sitiadores no era otro que convencer a los defensores de que no recibirían ayuda del exterior y que, si decidían resistir por sus propios medios, la capitulación solo era cuestión de tiempo. La contrapartida era, como es lógico, que los

¹¹³ García Fitz prefiere la denominación ‘bloqueo’. García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 241. Las fuentes castellanas del Cuatrocientos suelen referirse a este tipo de operaciones militares como ‘cercos’.

¹¹⁴ A este respecto, cabe destacar que las narraciones más detalladas que existen son aquellas dedicadas a los grandes asedios. Aparte de las campañas granadinas de Fernando de Antequera, a principios de siglo, las operaciones de este tipo más profusamente narradas por las crónicas son aquellas de la guerra final contra Granada. Este sesgo de la cronística lleva, irremediablemente, a que gran parte de los ejemplos provengan de los asedios más desarrollados o, lo que es lo mismo, de los años ochenta del siglo XV.

¹¹⁵ Anglería, ‘Epistolario’, 157.

sitiadores también debían disponer de tiempo y recursos en abundancia, con todo lo que ello conllevaba. Al fin y al cabo, levantar un ejército lo suficientemente numeroso como para rodear un castillo o toda una población y, sobre todo, pagarlo durante el tiempo que se alargue la operación, no estaba al alcance de cualquiera. En definitiva, podría decirse que cercar de forma efectiva una posición enemiga requería todo un alarde de poderío humano y económico, así como grandes dosis de tiempo y paciencia¹¹⁶.

Una operación de estas características podía prolongarse durante semanas o, incluso, meses. Esto dependía tanto de la capacidad de resistencia de los defensores como de la entidad de la posición sitiada. Es difícil estimar la duración media de un asedio en la Castilla del siglo XV, ya que simplemente se desconoce por cuánto tiempo se dilató la acción en la mayoría de los casos. Por otro lado, buena parte de los cercos citados en las crónicas apenas podrían tildarse de simples bloqueos, probablemente un tanto laxos. Asimismo, los ejemplos recogidos son tan dispares que resultaría casi imposible establecer una media. La fortaleza de Canales resistió, en 1474, un único mes de asedio, mientras que Montizón, Coria o Gibraltar parece que pudieron haber aguantado hasta nueve meses en 1465 y 1466¹¹⁷. Ejemplos extremos como el de Alcántara, sobre la que el Maestre Alonso de Monroy sostuvo en torno a 1470 un cerco de más de un año, no son habituales¹¹⁸. Sea como fuere, en general da la impresión de que la duración media de un cerco podía oscilar entre los dos y los cinco meses¹¹⁹.

Con todo, la situación estaría llamada a cambiar en los albores de la era de la pólvora. En este sentido, el hito se estableció en el año 1484. A partir de las campañas granadinas de ese año y hasta 1487, el uso de la artillería pirobalística facilitó sobremanera la labor de expugnación. El propio Bernáldez señala, refiriéndose precisamente a este periodo, que en otro tiempo las localidades conquistadas en esos años hubieran sido capaces

¹¹⁶ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 241-3.

¹¹⁷ Guillén de Segovia, *La gaya ciencia*, 30-8; HCMLI, 297-301; VHMAAM, 72-76; MDH, 115-6: CA, 186-7.

¹¹⁸ Según Alonso de Maldonado el cerco se extendió por trece meses. VHMAAM, 90-5.

¹¹⁹ Peñafiel (1444), Uclés (1476), el alcázar de Madrid (1476) y Sieteiglesias (1477), resistieron asedios de dos meses, mientras que Cantalapiedra (1477) y Deleitosa (1479) lo hicieron por tres y Viana (1461) por cuatro. La lista podría engrosarse con el caso de Utrera (1477), que según Pulgar fue cercada por cuarenta días, mientras que si se hace caso a Bernáldez, la operación se alargó hasta cuatro meses. Sea como fuere, sitios más duraderos fueron los de Antequera (1410), Medellín (1479) o Mérida (1479), de cinco meses de duración. Los del castillo de Burgos (1475-6) y La Rocha Forte (1458), por su parte, parece que se prolongaron por medio año. CJII-BAE, 623-4; CJII-G, 382, 478; MDH, 53-4, 65-6; CA, 114; CRC-FP, I, 166, 230, 254, 295, 323, 386; MRC, 70; Ladero, *Castilla y la conquista*, 33-44.

de resistir durante un año y no caer sino por hambre¹²⁰. La sorpresa del cronista es comprensible, ya que las tres campañas anuales de 1484-1486 consiguieron grandes avances territoriales en tiempo récord. Una suerte de *blitzkrieg* castellana. Álora y Setenil en 1484, Ronda, Coín y Cártama al año siguiente y Loja, Ílora y Moclín en 1486 sucumbieron ante las fuerzas de Fernando el Católico en operaciones que rara vez llegaban a las dos semanas¹²¹. Incluso Vélez-Málaga, al año siguiente, apenas fue capaz de resistir durante un mes¹²². No obstante, la racha se detendría en ese punto. El tamaño de Málaga, sumado a la tenacidad de sus defensores y la disposición geográfica y belicosidad de las gentes de Baza, inutilizaron, en 1487 y 1489 respectivamente, la ventaja artillera, forzando la vuelta a antiguos patrones. Así, el sitio de Málaga tuvo poco más de tres meses de duración, mientras que el de Baza se prolongó por todo un semestre¹²³.

Más tiempo sobre el terreno conllevaba una mayor exposición, aumentando considerablemente las posibilidades que el enemigo acudiera a levantar el asedio. Es por ello que un sitio prolongado requería que el atacante tuviera plena confianza en sus propias fuerzas ya que la llegada de ayuda exterior podía derivar en una auténtica batalla campal. En este sentido, el ejemplo más significativo lo constituye la batalla de la Boca del Asna, en 1410. El ejército granadino se dirigió a levantar el asedio al que Fernando de Trastámara había sometido a la villa de Antequera y, con la mediación de ciertos errores de inteligencia militar, se desembocó una importante batalla, caracterizada por grandes dosis de caos¹²⁴. Sin embargo, también podía ocurrir lo opuesto a lo acaecido en Boca del Asna. De no sentirse lo suficientemente confiado, la única opción que le quedaba al sitiador ante la llegada de un ejército de socorro era, simplemente, huir¹²⁵. A este respecto, el caso del

¹²⁰ MRC, 172.

¹²¹ CRC-FP, II, 120-2, 126-8, 152-72, 213-31, 233-6; CRC-DV, 179-84, 186-91, 199-205, 208-9; MRC, 152, 154-5, 156-60, 167-9, 171; HHMC, 237-8, 241, 247-51, 253, 255-7; GG, 122, 130-1, 144-5, 165-7.

¹²² CRC-FP, II, 260-70, 272-9; CRC-DV, 215-21, 222-3, 223-33; MRC, 173-6; HHMC, 262-3; 267-71, 316-319; GG, 179-81. Ladero, *Castilla y la conquista*, 48-9. La utilización de artillería en masa también redujo considerablemente la duración media de los asedios en el vecino reino de Francia durante las fases finales de la guerra de los Cien Años. Hoskins, *Siege warfare*, 214-7.

¹²³ CRC-FP, II, 281-95, 299-306, 311-2, 319-20, 323-6, 371, 373-90, 393, 400-9, 413-7; Quirós, *Fragmento de la época*, 27-31; CRC-DV, 238-57, 260-5, 272-5; MRC, 180-93, 206-210; HHMC, 273-81; GG, 182-95, 222-34; Anglería, 'Epistolario', 115-24; Ladero, *Castilla y la conquista*, 52-3, 59-60.

¹²⁴ CJII-G, 389-97.

¹²⁵ En 1449, Gabriel Manrique, Comendador Mayor de Castilla, tuvo que abandonar el cerco del castillo de Montiel ante el avance del ejército de socorro liderado por Fadrique Manrique. Algo similar ocurrió también en Hondarribia, en 1476. Los defensores habían sido capaces de repeler las agresiones francesas por sí solos varias veces, aunque estos no se retiraron definitivamente hasta que la llegada de Fernando el Católico al mando de una hueste era inminente. CH, 534; CRC-FP, I, 180-6, 250-1; CRC-DV, 56-60; CEIV-AP, II, 276.

condestable Miguel Lucas de Iranzo resulta paradigmático. En 1464, Iranzo acudió al frente de un ejército a levantar el sitio al que se veía sometido el castillo de Bélmez. Los sitiadores, al saber de la proximidad de la ayuda para los sitiados, desistieron en el intento. Dos años después, el condestable volvió a repetir la misma operación, en esta ocasión, para liberar el castillo de Locuvín. El resultado fue el mismo¹²⁶. Sin embargo, ese mismo año, Iranzo se encontró al otro lado del espejo cuando tuvo que abandonar el cerco del castillo de Baeza ante el avance del marqués de Villena, a pesar de haber tomado los arrabales y la propia ciudad¹²⁷. Resulta indudable, por tanto, que la mejor opción para una guarnición sitiada era esperar ayuda del exterior.

García Fitz ha tenido el acierto de señalar que el éxito o fracaso de un bloqueo derivaba de la capacidad de los agresores para aislar el punto fuerte de forma eficaz. Esto se podía resolver, *grosso modo*, aislando el objetivo no solo físicamente, sino también a nivel político y militar. Es decir, no bastaba con rodear por completo el emplazamiento; era necesario realizar toda una serie de maniobras de aproximación previas con el fin de asegurarse que la posición asediada no recibiría ayuda exterior¹²⁸. Ese primer paso debía resolverse, principalmente, en el plano estratégico y no solamente por la vía militar, pues la diplomacia también jugaba un importante papel en este punto. Esta era una cuestión importante ya que, mientras existiera la mínima esperanza de socorro, los defensores encontrarían una razón por la que resistir. En 1410, a pesar de que Fernando de Trastámara obtuvo una importante victoria contra el ejército granadino que se dirigía a levantar el cerco de Antequera, la villa no se rindió. Es probable que los habitantes no cesaran en su feroz resistencia porque aún conservaban la esperanza de ser socorridos ya que la posible llegada de un segundo ejército musulmán, liderado esta vez por el rey de Granada en persona, pendía como una espada de Damocles sobre la cabeza de los castellanos¹²⁹.

Por el contrario, si se tenía la certeza de que no había ayuda en camino, la rendición era inminente. La ciudad de Cádiz se rindió ante el ejército sitiador de Juan Ponce de León

¹²⁶ HHCMLI, 256, 307.

¹²⁷ La *Crónica anónima* y Valera sostienen que se trata de Úbeda. HCMLI, 313-7; GH, 401; MDH, 120; CA, 190.

¹²⁸ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 242.

¹²⁹ CJII-G, 440-1. La posibilidad de que llegara un ejército de socorro era motivo más que suficiente para que la capacidad de resistencia de los defensores de una plaza sitiada no menguara. García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 269.

en 1466, tras perder la esperanza de ser socorridos por el duque de Medina Sidonia¹³⁰. En la Guerra de Sucesión Castellana, varias posiciones afines a Alfonso V de Portugal acabaron negociando la capitulación con los ejércitos de los Reyes Católicos en los términos habituales: si no llegaba un ejército de socorro para una fecha concreta, las llaves de la fortaleza serían entregadas al atacante. Tras varios meses de cerco, a finales de 1475, los defensores del castillo de Burgos acordaron rendir la plaza si no eran socorridos en un plazo de sesenta días¹³¹. Tres años más tarde, tras un largo asedio iniciado en 1477, los defensores de Castronuño habían sido confinados en el último baluarte: el castillo. A pesar de que el monarca luso les había prometido levantar el asedio, llevaban tiempo sin tener noticias suyas, con lo que decidieron negociar la entrega¹³². En la Guerra de Granada también se dieron situaciones similares. Tras las fallidas maniobras realizadas ante las fuerzas castellanas que se encontraban sitiando Vélez-Málaga en 1487, en un intento por interceptar el tren de artillería y levantar el asedio, el ejército granadino se retiró. Al día siguiente, el alcaide musulmán acordaba entregar la fortaleza en el plazo de una semana¹³³. Con todo, esas negociaciones podían no ser del todo sinceras por parte de los defensores. En ocasiones únicamente se iniciaban las conversaciones de capitulación con el fin de ganar tiempo y mejorar las defensas. En 1430, los defensores del castillo de Laguardia, sabedores de que un ejército de socorro llegaría, aprovecharon la tregua para construir una mina subterránea desde la que atacar por la espalda a los sitiadores cuando llegara el momento¹³⁴. Para evitar este tipo de contingencias, durante las conversaciones de rendición mantenidas con la guarnición del castillo de Burgos en 1475, Fernando el Católico estipuló que solo otorgaría la tregua de sesenta días, siempre y cuando los defensores se comprometieran a no realizar reparaciones ni defensas en su posición¹³⁵.

El aislamiento físico debía de ser llevado a cabo en los niveles operacional y puramente táctico. Y todo debía comenzar antes de llegar al objetivo, intentando controlar los lugares circundantes a la posición que se pretendía conquistar. En 1476, por ejemplo,

¹³⁰ CA, 191-2; MDH, 121.

¹³¹ Valera sostiene que alcaide de Burgos fue engañado, pues le hicieron creer que el rey de Francia ganaría Hondarribia y los franceses le socorrerían por el norte y los portugueses por el sur. CRC-DV, 53

¹³² CRC-FP, I, 294-8, 324, 329-30.

¹³³ CRC-FP, II, 278; CRC-DV, 232, MRC, 175-6; HHMC, 271; GG, 180-1; Ladero, *Castilla y la conquista*, 49.

¹³⁴ CJII-BAE, 211-3.

¹³⁵ CRC-DV, 53-4.

Fernando el Católico sitió Cantalapedra para así poder cercar Castronuño más cómodamente¹³⁶. Esta práctica resultaba especialmente relevante en los asedios a grandes núcleos. Los ejemplos más significativos son los que se pueden encontrar en la guerra de asedio por antonomasia del siglo XV castellano: la conquista de Granada. Cuando Fernando el Católico se dirigió a tomar Málaga en 1487, la mayor parte del trabajo ya estaba hecho. El aislamiento de la ciudad se completó ese mismo año, con la conquista de Vélez-Málaga. Así, el emporio costero quedó completamente cercado, listo para ser sitiado¹³⁷. Dos años más tarde, el cerco de Baza también requirió una aproximación de ese tipo. La razón para ello no debería buscarse únicamente en el propio aislamiento de la posición, sino que también se debe pensar en la necesidad de asegurar las líneas de suministros que abastecían al campamento sitiador¹³⁸.

En ocasiones, la situación estratégica de las fortalezas a asediar dificultaba o incluso imposibilitaba el establecimiento de cercos de aproximación. Algunas posiciones eran capaces de coordinar una ayuda mutua que, de la mano de belicosas guarniciones, podía poner en serios apuros a la hueste atacante. La respuesta ante esta encrucijada era la más obvia: sitiar los emplazamientos al mismo tiempo. Durante el cerco de Antequera, en 1410, el infante envió una hueste con intención de tomar Archidona aunque, en esa ocasión parece que se trató más de un blanco de oportunidad que de un plan premeditado¹³⁹. Sin embargo, tras la conquista de la villa que daría el sobrenombre a Fernando de Trastámara, los castellanos se dispusieron a tomar un trío de castillos cercanos a la recién adquirida población: Azualmara, Cauche y Xever. En este caso sí, se decidió sincronizar las tres operaciones de expugnación¹⁴⁰.

Aunque el establecimiento de cercos simultáneos no fuera una práctica demasiado habitual a lo largo de toda la centuria, sí que lo fue en época de los Reyes Católicos, quienes tuvieron la oportunidad de ponerlo en práctica ya en la Guerra de Sucesión Castellana, y continuaron haciéndolo en la conquista del reino de Granada. En 1477 se decidió golpear simultáneamente las últimas posiciones portuguesas en el Bajo Duero, asediando

¹³⁶ CRC-FP, I, 243.

¹³⁷ Ladero, *Castilla y la conquista*, 47.

¹³⁸ CRC-FP, II, 367-70; Anglería, 'Epistolario', 113-4.

¹³⁹ CJII-G, 447-53.

¹⁴⁰ CJII-G, 481-3; Suárez, 'Juan II y la frontera', 34-6.

Sieteiglesias, Cubillas, Cantalapiedra y Castronuño al mismo tiempo¹⁴¹. Dado el éxito de la iniciativa, dos años más tarde se decidió repetir, poniendo bajo asedios paralelos las poblaciones extremeñas de Mérida, Medellín y Deleitosa. Comenzadas las operaciones, el maestre Alonso de Monroy se hizo con el control de Montánchez, desde donde hostigó la retaguardia de los Reyes Católicos, lo que forzó a la reina Isabel a ordenar que se estableciera un cuarto cerco, sitiando el nuevo foco de peligro¹⁴². Por último, ya en 1485, en plena campaña granadina, Cártama y Coín fueron asediadas al mismo tiempo¹⁴³. Cabría mencionar que en todos y cada uno de estos ejemplos, la caída de una de las posiciones conllevaba la reorganización de los efectivos de manera que las tropas sobrantes serían llevadas allí donde más falta hicieran. Así, tras la toma de Azualmara, el condestable y el conde de Niebla fueron reasignados al sitio de Cauche¹⁴⁴. Del mismo modo, según iban cayendo algunas de los puntos fuertes sitiados en 1477, se iba reforzando el cerco que se preveía más costoso; el de Castronuño¹⁴⁵. Por último, la conquista de Deleitosa liberó a las tropas allí destinadas, siendo enviadas a Montánchez¹⁴⁶.

Operaciones de este calibre solamente podían ser llevadas a cabo contra objetivos de menor entidad. Además, no solo eran necesarios ejércitos relativamente numerosos, si no también que los líderes militares se sintieran particularmente seguros o confiados de sus propias fuerzas, más que en ningún otro caso. Dispersar un ejército en pleno territorio enemigo podía tener consecuencias funestas, como bien advirtieron los caballeros a los que Fernando de Antequera envió a tomar Archidona, en 1410. Sitiar dos posiciones distantes y, por ende, establecer dos campamentos de asedio, los convertiría en un blanco fácil para el ejército granadino, decían. El Infante no era de la misma opinión, y defendió su posición argumentando que, si llegara el rey de Granada al frente de una hueste, ambos *reales* podrían comunicarse fácilmente a través de mensajeros a caballo, almenaras o señales de humo, con lo que no tardarían en socorrerse mutuamente¹⁴⁷. Lo cierto es que tener varios frentes abiertos no era siempre lo más adecuado y, las veces que se hizo, fue en circunstancias muy concretas: en 1410 Antequera ya había caído y los granadinos habían

¹⁴¹ CRC-FP, I, 294-8, 324, 329-30; CRC-DV, 96-7; CEIV-AP, II, 321.

¹⁴² CRC-FP, I, 382-7.

¹⁴³ CRC-FP, II, 152-61; CRC-DV, 186-8; MRC, 156-7.

¹⁴⁴ CJII-G, 481-3.

¹⁴⁵ CRC-FP, I, 294-8.

¹⁴⁶ CRC-FP, I, 386.

¹⁴⁷ CJII-G, 452-3.

sido derrotados en batalla campal, mientras que, en la Guerra de Sucesión Castellana, todas estas operaciones únicamente tuvieron lugar tras la derrota en batalla campal del monarca portugués. El caso de 1485, por su parte, se explica por el simple hecho de que la ventaja castellana sobre el reino de Granada era evidente. Los reveses iniciales de la guerra habían quedado atrás y, desde 1484, los castellanos estaban en racha y con el hábito de victoria renovado.

Llegados a este punto conviene trasladar la atención a cuestiones más procedimentales como los métodos de expugnación. Cabría preguntarse, por tanto, por los aspectos puramente tácticos del cerco. Dado que, en última instancia, había que quebrantar la resistencia de los defensores, era necesario asegurarse de que estos no fueran capaces de contener la ofensiva por sí mismos. Al menos, no por mucho tiempo. En este punto la cantidad de provisiones disponibles era una variable a tener en cuenta a la hora de estimar la duración del cerco. Al fin y al cabo, un enemigo pertrechado era un hueso duro de roer. Los defensores podían intentar mejorar sus opciones de resistencia mediante la acumulación de suministros, objetivo que se lograba, sencillamente, recogiendo la cosecha. Por supuesto, los potenciales sitiadores eran plenamente conscientes de esta realidad y procuraban, en la medida de lo posible, establecer el cerco antes de la temporada de cosecha o lo que es lo mismo, en mayo o, incluso, hacia finales de abril¹⁴⁸. Hacia el final de la Guerra de Granada, los musulmanes ya se habían percatado de la dinámica y, en 1489, no fueron sorprendidos. El rey granadino supo, por las maniobras de aproximación de los castellanos, que su objetivo era Baza, con lo que reclutó a todos los hombres hábiles de la comarca para que participaran en la defensa de la villa, trayendo con ellos todo el trigo que pudieran hallar. Eran los primeros días del mes de junio y los propios habitantes de Baza decidieron segar sus campos, a pesar de que el cereal estaba aún verde. El objetivo de la acción, señala Pulgar, era evitar que la hueste castellana se aprovechara de ello¹⁴⁹. No se puede evitar pensar en que, llegado el momento, ese cereal inmaduro serviría para alimentar a los exhaustos defensores.

¹⁴⁸ Los asedios más relevantes del periodo comenzaron por estas fechas. El sitio de Antequera se estableció el 26 de abril de 1410, curiosamente el mismo día que, ochenta y un años después, se establecería el de Granada. El de Málaga comenzó a principios de mayo de 1487. CJII-G, 382; GG, 182; MRC, 225; Ladero, Castilla y la conquista, 52, 66.

¹⁴⁹ CRC-FP, II, 371.

Actuar antes de que el adversario estuviera preparado era, por tanto, vital. En 1448, el alcaide de Albarracín acababa de tomar el castillo de Huélamo. Al conocer la noticia, Diego Hurtado de Mendoza, se apresuró a conquistar la citada fortaleza antes de que se abasteciese, consiguiendo con ello una veloz capitulación¹⁵⁰. La rapidez no era el único requisito para evitar la correcta preparación del enemigo con vista a un prolongado asedio. Era necesario, primero, todo un alarde de inteligencia militar para que los enemigos desconocieran cual iba a ser el objetivo. Con todo, ocultar las intenciones no siempre resultaba fácil ya que las operaciones de aproximación previas dibujaban una clara imagen de cuáles eran los planes del atacante. El segundo paso, era enviar una vanguardia que estableciera una suerte de cerco preliminar, evitando así la pronta recogida de la cosecha, la acumulación de suministros o la entrada de refuerzos en la plaza. La táctica fue empleada con éxito en Zahara en 1407, en Pegalajar en 1469 o en el castillo de Perales, en 1471. Parece, por tanto, que se trataba una práctica relativamente extendida que alcanzó un carácter casi sistemático cuando, a partir de 1484, Fernando el Católico tomó por costumbre el envío de una fuerza avanzada que cumpliera estas funciones. Así lo hizo en los breves cercos que concluyeron sendos avances territoriales entre 1484 y 1486¹⁵¹.

Una vez fijado el enemigo en la posición a conquistar, el siguiente paso era establecer el o los campamentos de asedio, los *reales*. En ocasiones bastaba con situar únicamente un *real*, pero si la entidad de la plaza fuerte así lo requería, el número podía aumentarse hasta llegar a tres, como parece que fue el caso del sitio de Málaga, en 1487¹⁵². Lo más común, empero, parece que fue tener dos *reales*. Así se hizo frente a los muros de Setenil (1407), Antequera (1410), Pegalajar (1469), Castronuño (1477), Loja (1482) o Baza (1489)¹⁵³. Por lo general, multiplicar la cantidad de posiciones de asedio dispersaba las tropas y aumentaba también las posibilidades de ser derrotados por separado. Asentado el *real* en Antequera, Fernando de Trastámara se percató de la necesidad de asentar otro en la sierra que dominaba la villa, para evitar que un hipotético ejército de socorro utilizara la

¹⁵⁰ CH, 493-4.

¹⁵¹ CRC-FP, II, 120, 126-7, 164-5, 197, 227-8, 234; CRC-DV, 179-80, 182-3, 189, 204-5, 208; MRC, 157, 164-5, 168; HHMC, 237-8, 241, 253; GG, 144-5.

¹⁵² DV, 241; HHMC, 274-5.

¹⁵³ CJII-G, 244, 384-6; HCMLI, 391-5; CRC-FP, I, 296; II, 27-9, 384-5; CRC-DV, 149; GG, 95; HHMC, 210-1. Es posible que en los cercos de Cambil y Ronda, ambos en 1485, se establecieran tres reales, aunque las fuentes no son muy explícitas; más bien podría tratarse de *reales* divididos por cuestiones de orografía o un *real* acompañado por dos *estancias*. CRC-FP, II, 198; MRC, 157; HHMC, 314-5.

posición para levantar el asedio. Los nobles del consejo del Rey le advirtieron del peligro de dividir la gente que tenía en dos, alegando que la distancia entre los dos campamentos era tan grande, que apenas podrían ayudarse mutuamente si el Rey de Granada decidía aparecer¹⁵⁴. A pesar de que, a la hora de la verdad, los nobles se mostraron equivocados, lo cierto es que situar los *reales* demasiado alejados era una práctica harto peligrosa. Setenta y dos años después del exitoso cerco de Antequera, el que fuera el primer gran asedio de la Guerra de Granada, se convirtió también en el primer gran fracaso. El campamento se situó demasiado cerca de la villa, en una hoya, posición desde la que era completamente imposible auxiliar a la otra posición aliada. En definitiva, en esa ocasión los castellanos actuaron ‘contra la ordenanza de todos los que supieron conquistar’¹⁵⁵.

Además de la posición del campamento, otro aspecto a tener en cuenta era la estacionalidad. Y es que, la primavera no era la estación preferente para establecer asedios únicamente porque así se limitaba el acceso a la cosecha al enemigo, al mismo tiempo que se facilitaba el abastecimiento de la hueste sitiadora. Con el otoño llegaba el frío y, con él, la lluvia. La climatología, por tanto, no permitía que las tropas estuvieran acantonadas en tiendas de tela, donde las bajas temperaturas eran menos soportables y las precipitaciones podían llegar a anegar el campamento entero. Si los asedios llegaban al punto de tener que decidir si pasar el otoño e invierno ante los muros de una plaza enemiga o, por el contrario, levantar el asedio, bien podían elegir la segunda opción, como ocurrió en Torija en 1447. El Arzobispo de Toledo se encontraba sitiando la villa desde finales de verano y, a pesar de que superaba a la guarnición en una proporción de ocho a uno, los defensores eran capaces de resistir el asedio, ya que se encontraban bien abastecidos. Con el cerco enquistado y el frío y la lluvia imposibilitando la acampada del ejército sitiador, hacia finales del mes de octubre se levantó el campo¹⁵⁶.

Bien es cierto que la climatología adversa no constituía un impedimento para una hueste numerosa, pertrechada y, sobre todo, decidida. Ante la posibilidad de que el asedio

¹⁵⁴ CJII-G, 384.

¹⁵⁵ CRC-FP, II, 28-9; CRC-DV, 149; GG, 95. Cuatro años más tarde, se volvió contra Loja. Fernando, consciente de que la derrota previa vino dada a causa de ‘la disposición de los lugares’ donde se asentó el real, fue debidamente informado de dónde podría situarlo en su segundo intento. CRC-FP, II, 214-7; CRC-DV, 199-203. La situación del real era realmente importante, por lo que no debe extrañar que fuera objeto de debate en los Consejos. En Vélez-Málaga, por ejemplo, se discutió la pertinencia de situar el campamento en altura o en lo llano. CRC-FP, II, 265.

¹⁵⁶ El arzobispo disponía de 500 rocines, mientras que los defensores apenas sumaban 60 a caballo. CH, 477.

de Antequera, en 1410, se prolongara, Fernando de Trastámara ordenó que sus tropas construyeran casas para pasar el invierno¹⁵⁷. Setenta y nueve años después, el cerco de Baza se estaba convirtiendo en el más largo y costoso de la Guerra de Granada. Tras cinco meses de asedio y con el invierno a las puertas, el rey Católico mandó construir casas en el *real*: de tapias, madera y teja para la nobleza y simples chozas para los comunes. Sin embargo, parece que no fueron del todo efectivas, ya que un temporal derribó parte de las recién construidas viviendas, causando bajas entre los sitiadores¹⁵⁸. En el verano de 1491, durante el asedio final a la capital nazarí, Pedro Mártir de Anglería describió que el campamento cristiano estaba compuesto por tiendas y pabellones, mientras que los más humildes se conformaban con chozas y cobertizos. Sin embargo, en este asedio los Reyes Católicos dieron un salto cualitativo ya no construyendo casas en el campamento, como habían hecho dos años atrás, sino erigiendo un campamento permanente, una verdadera ciudad perfectamente simétrica: Santa Fe¹⁵⁹. Parece que su edificación se inició en las fases más tempranas del asedio, con el objeto tanto de proporcionar refugio a las tropas castellanas ante lo que se preveía un largo cerco, como de acantonar allí una guarnición que hostigara la ciudad granadina en el caso de que el asedio tuviera que ser levantado¹⁶⁰.

Había una importante variable a tener en cuenta: las salidas de la guarnición sitiada. A este respecto se pronunció Palencia cuando, escribiendo con el conocimiento que se tiene una vez transcurridos los hechos, señalaba, sobre la táctica diseñada por el Consejo del Rey para tomar la villa de Loja en 1482, que ‘nada se hablaba en este plan de salidas de los enemigos’¹⁶¹. Y es que, lo que más podía temer un ejército sitiador, después de una hueste de auxilio, eran las salidas de los sitiados. Abandonados a su suerte, incomunicados y completamente rodeados, los defensores no tenían más bazas que jugar que la de esperar resistir más que el enemigo. Para ello, podían intentar desgastar a los sitiadores moral y materialmente, a fin de forzarlos a levantar el cerco, lo que se podía lograr a través de las

¹⁵⁷ CJII-G, 411-2.

¹⁵⁸ Pulgar afirma que se construyeron un millar de casas en apenas cuarenta días. Anglería por su parte, únicamente menciona que cada combatiente se construyó su propio refugio. CRC-FP, II, 409; Anglería, ‘Epistolario’, 122. Parece que los ingleses tenían por costumbre construir casas subterráneas -‘pit dwellings’- para sus estadias ante posiciones sitiadas. Bradbury, *The medieval siege*, 172.

¹⁵⁹ Torres, muralla y fosos protegían la que sería una ingente labor de ingeniería de asedio. Anglería la describe con una longitud de 400 pasos de larga y 312 de ancha, con cuatro puertas a cada lago y una plaza en el centro. Anglería, ‘Epistolario’, 167.

¹⁶⁰ Anglería, ‘Epistolario’, 165-8; MRC, 222-31; Quirós, *Fragmento de la época*, 43-5.

¹⁶¹ CEIV-AP, III, 95-6.

salidas. Correctamente ejecutadas, estas pequeñas acciones militares podían mantener un elevado nivel de presión sobre el adversario, como demostró la guarnición de Alcaudete en 1408. Los cristianos, cercados por el rey nazarí, consiguieron resistir los constantes envites granadinos, contraminando las galerías del adversario o destruyendo sus escalas en salidas¹⁶². Lo cierto es que la táctica no carecía de efectividad y su función iba más allá de mantener la moral de la guarnición alta y su espíritu combativo activo. El cúmulo de salidas, correctamente ejecutadas, podía ejercer suficiente presión psicológica sobre el adversario como para obligarlo a cesar en su intento de expugnación. En 1465, el clavero de Calatrava Alonso de Monroy capitaneaba la defensa de Azagala, haciendo tantas salidas de día y de noche ‘que no les dejaba tener ningún reposo’, hasta que sus esfuerzos cristalizaron en el abandono del asedio¹⁶³. Con todo, el caso más significativo sería el del primer intento de conquistar Loja, en 1482 –aquel sobre el que se pronunció Palencia. A la ya mencionada mala ubicación del *real* hay que añadir la patente desorganización de la hueste: bastó un simple ataque de los cercados para dar al traste con la primera gran operación expugnadora de la guerra, en la que el Maestre de Calatrava perdió la vida¹⁶⁴. En definitiva, las salidas de la guarnición eran algo a tener en cuenta, ya que su correcta ejecución podía derivar, como se ha mostrado, en el fracaso del asedio.

Para evitar este tipo de contingencias, la seguridad era esencial para volver al campamento de asedio en un elemento bélico plenamente operativo. En primer lugar, era esencial que el *real* estuviera fortificado. Para ello, elementos preexistentes en el terreno podían ser utilizados para defender el campamento. Ya he señalado en el capítulo precedente el caso del asedio de Jaén en 1465. Allí, Pedro Girón aprovechó el vallado de las huertas extramuros, así como la vegetación, para resguardar a su hueste¹⁶⁵. De no existir recursos reutilizables –lo cual ocurría a menudo–, se procedía a construir fortificaciones similares a las realizadas para los campamentos de marcha, aunque con un mayor grado de sofisticación. En principio, el método más básico era la de establecer cavas y empalizadas, como se hizo en los *reales* establecidos ante Ronda en 1485 o Baza en 1489¹⁶⁶. Parece, sin

¹⁶² CJII-G, 295-7.

¹⁶³ VHMAAM, 69-71.

¹⁶⁴ Cuatro años después, los granadinos pretendieron emular su hazaña, aunque con escaso éxito, pues en esta segunda ocasión los castellanos resistieron el empuje musulmán. CRC-FP, II, 27-31, 214-7; CRC-DV, 149-56, 201-2; MRC, 123-5, 167-8; HHMC, 210-4, 249-50; GG, 95-6; Quirós, *Fragmento de la época*, 11-2.

¹⁶⁵ GG, 346-7.

¹⁶⁶ CRC-FP, II, 167, 384; MRC, 157.

embargo, que rodear el campamento de foso y paredes era lo habitual, ya que Bernáldez señala que Fernando el Católico lo hizo en el asedio a la capital nazarí en 1491, añadiendo que así era como se ‘tenía por costumbre en los otros cercos’¹⁶⁷. Sea como fuere, a la hora de la verdad la eficacia de estas medidas defensivas quedó probada en el asedio de Antequera, en 1410. El *real* del Obispo de Palencia, fortificado con foso y tapia de tierra y piedra seca, sufrió el ataque principal del ejército de socorro granadino. Las tropas allí acantonadas fueron capaces de resistir en los muros que delimitaban la posición hasta la llegada de tropas de refresco, en lo que recibió el nombre de la batalla de la Boca del Asna¹⁶⁸.

Además de las labores de fortificación, era necesario establecer una red de posiciones avanzadas que informara de los movimientos del enemigo, así como de la posible llegada de un ejército de auxilio. Se desplegaban *escuchas* y *guardas*, como atalayeros los primeros y como protección los segundos. Resulta obvio pensar que, como todo campamento militar, los *reales* castellanos también necesitaban designar guardias que acudieran al momento allí donde hubiera un problema, dando tiempo a armarse al resto de la hueste. Una carta enviada a la reina Isabel durante el cerco de Ronda, en 1485, es la fuente más explícita en lo que se refiere a la forma en la que se organizaban las labores de vigilancia. La misiva menciona varios tipos de *guardas*: la del ‘herbaje’, la ‘del campo’ y la del *real*¹⁶⁹. La primera consistía en proteger a los peones dedicados a las tareas de tala y aprovisionamiento, como se ha señalado en el capítulo anterior; la segunda era la vigilancia del campo, para prevenir y responder a las posibles salidas del enemigo; mientras que la tercera tenía que ver con las labores de custodia del propio campamento de asedio. No bastaba con guardias ocasionales, tenían que ser sistemáticas y constantes. Era prácticamente imposible que fueran siempre los mismos los encargados de la tarea, por lo que la labor era rotatoria. Para ello, se establecían turnos diurnos y nocturnos. Tras cinco meses de asedio a Baza, en 1489, aún era necesario que de cada *real* castellano salieran a la *guarda* dos veces al día y otras dos de noche¹⁷⁰. En el caso de Ronda, tres miembros de la alta nobleza se encargaban de la *guarda del real*, y ejercían como guardianes de forma

¹⁶⁷ MRC, 226; Anglería, ‘Epistolario’, 161.

¹⁶⁸ CJII-G, 393-7. Valla dice que el *real* del obispo tenía foso, empalizada de piedra y de madera; retaguardia cerrada con carros adosados, en parte con foso y vallado. Se quiso construir un dique. Valla, *Historia de Fernando*, 103-4.

¹⁶⁹ HHMC, 314-5.

¹⁷⁰ CRC-FP, II, 407-8.

alterna, una vez cada tres días¹⁷¹. Todas estas medidas podían ser reforzadas y endurecidas en el caso de existir la más mínima posibilidad de que llegara un ejército de socorro a levantar el asedio. En el asedio de Montánchez de 1479, la posibilidad de un ataque portugués planeaba en el aire. Los castellanos optaron por la precaución, poniendo *guardas* y *sobreguardas* en los campos, *escuchas* en los caminos y atalayas sobre las sierras. Además, señala Pulgar, los sitiadores dormían armados¹⁷². En Coín en 1485 y en Íllora al año siguiente, la probabilidad de que llegará el enemigo encendió las alarmas, repitiéndose todo el proceso de reforzamiento de la seguridad que se dio ante los muros de Montánchez¹⁷³. Estos no son sino unos ejemplos significativos de una práctica que debió de haber sido habitual.

En cualquier caso, estas medidas no eran el remedio para todos los males, pues hasta el campamento más protegido o la hueste más precavida podían sucumbir ante un adversario lo suficientemente perspicaz, como demuestra el caso del levantamiento del asedio al que por largo tiempo se había sometido al castillo de Montizón, en 1465. Pedro Manrique se encontraba sitiando la fortaleza y las medidas de seguridad que había desplegado eran suficientemente potentes como para disuadir al condestable Miguel Lucas de Iranzo de intentar abastecerla. Finalmente, el condestable dio con un plan, que consistía en enviar un grupo reducido para infiltrarse en la posición cercada. Al encontrarse con las patrullas enemigas, los de Iranzo simplemente dijeron que eran hombres del Maestre de Calatrava –aliado de Manrique-, que se dirigían a Alcaraz, añadiendo ‘que no quisiesen más saber ni preguntar, pues sabía o debía saber la condición del señor maestre, e cómo hacía sus hechos secretos’. Superado el escollo, atacaron el campamento de asedio enemigo en combinación con la guarnición defensora, consiguiendo levantar el sitio¹⁷⁴.

Sea como fuere, acampada la hueste y establecidas las pertinentes medidas de seguridad daba comienzo la ardua tarea de erosionar la resistencia enemiga. En este punto el objetivo era tanto minar la capacidad combativa de los defensores, preparando el terreno para un hipotético asalto, como consumir el bloqueo, impidiendo la entrada de suministros o defensores en la plaza sitiada al mismo tiempo que se limitaban las salidas de la

¹⁷¹ HHMC, 314-5.

¹⁷² CRC-FP, I, 383-7.

¹⁷³ CRC-FP, II, 155, 228-30.

¹⁷⁴ HCMLI, 297-301. Previamente, la hueste de Iranzo habían dado varios rodeos con el objeto de camuflar su origen.

guarnición. Había que ir reduciendo el campo de actuación del enemigo, restringiendo el espacio físico por el que se pudieran mover libremente en una suerte de táctica de aproximación indirecta. Era necesario disminuir las líneas de resistencia enemigas hasta hacerlas inexistentes¹⁷⁵. Para la consecución de estos objetivos, existía toda una batería de técnicas a disposición de los comandantes castellanos, siendo unas de las más representativas las *estancias*.

Resulta difícil definir estas construcciones ya que, ni siquiera los propios cronistas se muestran consistentes en la terminología utilizada. La pregunta sería si el término era una acepción utilizada para designar a aquellos *reales* más fortificados y fijos, como señala Ladero Quesada o, por el contrario, se trataba de elementos complementarios a los propios campamentos de asedio¹⁷⁶. El marqués de Cádiz, en una carta enviada a la reina Isabel, apuntaba que las *estancias* asidas al *real* principal durante el asedio de Ronda en 1485 eran *reales*¹⁷⁷. Con todo, el hecho de que el marqués se expresara en esos términos podría indicar que lo que realmente quería señalar era que las *estancias* eran tales que parecían *reales*. Las fuentes no son claras en este caso, pues Pulgar menciona que se asentó ‘el *real* y las *estancias*’¹⁷⁸. En el asedio de Moclín, un año más tarde, de nuevo Pulgar vuelve a señalar que los Mariscales asentaron el *real*, mientras que se pusieron *estancias*, en circuito de la villa¹⁷⁹. Por último, el mismo autor apunta que, en los inicios del asedio a Baza en 1489, mientras se asentaba el *real* en las huertas, se hacían y fortificaban las *estancias* que estarían ‘contra’ la ciudad¹⁸⁰. Los *Hechos* del condestable Iranzo apuntan en ese sentido, señalando que en el cerco de Pegalajar, Iranzo estableció el *real* y las *estancias*¹⁸¹. No pasa desapercibido el uso del singular al hablar de uno y el plural a la hora de mencionar lo otro, aparte de la clara diferenciación entre ambos términos. Parece que, al menos para el autor

¹⁷⁵ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 242.

¹⁷⁶ Ladero, ‘Baja Edad Media’, 284.

¹⁷⁷ HHMC, 314-5.

¹⁷⁸ CRC-FP, II, 167. Palencia afirma que se establecieron cinco *estancias*, mientras que para Bernáldez fueron tres. GG, 144-5; MRC, 157.

¹⁷⁹ CRC-FP, II, 234.

¹⁸⁰ CRC-FP, II, 373.

¹⁸¹ HCMLI, 394.

de los *Hechos del Condestable don Miguel Lucas de Iranzo* y para Pulgar, *real* y *estancia* no eran la misma cosa¹⁸².

Más allá del debate terminológico, la comparación con las realidades bélicas de otros espacios europeos podría arrojar algo de luz sobre la cuestión. De hecho, todo apunta que las *estancias* serían, en realidad, lo que lo que en Francia o Inglaterra se consideraban como *bastilles* o, lo que es lo mismo, ‘fuertes de asedio’. Tal vez el máximo exponente europeo de este tipo de fortificaciones serían las cinco *bastilles* construidas por los ingleses durante el asedio de Orleans, en 1428-9¹⁸³. Este tipo de construcciones, perfeccionadas para mediados del siglo XIV, no eran sino pequeños fuertes guarnicionados que servían como misión vigilar, bloquear y atacar la plaza enemiga¹⁸⁴. Precisamente, las mismas funciones que parece que tenían las *estancias*. Colocar el *real* cerca de la posición sitiada, por muy fortificado que estuviera, no dejaba de ser peligroso. Tiene sentido, por tanto, que en la Castilla Cuatrocentista se establecieran fortificaciones complementarias al campamento de asedio, cuya función sería exclusivamente militar¹⁸⁵.

La evidencia contenida en la crónica castellana apunta a que las *estancias* eran fortificaciones eventuales fuertemente guarnecidas que se situaban ‘contra’ la plaza enemiga, actuando como nexos de unión entre los campamentos de asedio distantes y completando el cerco¹⁸⁶. En Málaga, la ciudad entera se rodeó de *estancias*, guarnecidas con ballesteros y *espingarderos*¹⁸⁷. Estas posiciones no estaban indefensas, ya que contaban con cavas, empalizadas y baluartes¹⁸⁸. Maldonado apunta que durante el asedio de Coria por parte del Maestre de Alcántara, probablemente en 1466, una de las *estancias* tenía murallas de madera, así como torres del mismo material¹⁸⁹. Eran, por tanto, ‘fuertes de asedio’. Posiciones desde donde se realizaban las labores de sitio y se combatía la posición

¹⁸² El término ‘*estancia*’ no aparece en la crónica hasta mediados del siglo XV, menudeando sus referencias a medida que avanza el reinado de los Reyes Católicos.

¹⁸³ Purton, *Late Medieval Siege*, 213, 260; Jones, ‘Fortalezas y asedios en Europa occidental’, 222; Bradbury, *The medieval siege*, 173.

¹⁸⁴ Jones, ‘Fortalezas y asedios en Europa occidental’, 221-2; Purton, *Late Medieval Siege*, 272.

¹⁸⁵ Valera afirma que ‘el rey mandó doblar las gentes en todas las *estancias*’. CRC-DV, 263. De esta afirmación se deduce que los efectivos que habrían de reforzar las *estancias* tenían que ser extraídos del algún otro lugar, probablemente del *real*.

¹⁸⁶ Estarían unidos entre sí por trincheras o empalizadas para proporcionar un cerco ininterrumpido. Purton, *Late Medieval Siege*, 402.

¹⁸⁷ CRC-FP, II, 289-92.

¹⁸⁸ CRC-FP, I, 151; II, 167, 229, 290, 377; MRC, 157.

¹⁸⁹ VHMAAM, 76-7.

del adversario, así por ejemplo durante el cerco a Málaga, en 1487, las minas se realizaron desde las *estancias*¹⁹⁰. Constituían una base excepcional para el establecimiento de las máquinas de asedio, especialmente la artillería pirobalística. Por poner solo unos ejemplos, en el sitio de Gibraltar de 1466, en el de Setenil de 1484 o, de nuevo en el de Málaga, las bombardas fueron repartidas y desplegadas en estas posiciones¹⁹¹.

Estas plataformas de ataque, limitadas por la tecnología militar de la época, tenían que situarse cerca de la posición enemiga para resultar verdaderamente eficaces. Al mismo tiempo, un despliegue demasiado próximo resultaba contraproducente, ya que serían objeto de los ataques enemigos. Jean de Bueil indicaba la necesidad de acercar las posiciones artilleras a la muralla evitando, asimismo, ser alcanzados por los proyectiles de los defensores. Situar los ‘fuertes de asedio’ a la distancia correcta era, por tanto, una habilidad estimada¹⁹². La cronística alude a menudo a las órdenes emanadas de los líderes militares castellanos, aludiendo a la necesidad de acercar las *estancias* para ‘apretar’ al enemigo. La aproximación a la muralla no podía ser tan sencilla como desmontar las empalizadas para volver a plantarlas más adelante; era necesario un verdadero plan de avance. En este aspecto, la narración que tanto Pulgar como Valera hacen del sitio de Málaga da pistas de cómo se ganaba terreno en un asedio. El comendador mayor de León y el secretario Francisco de Madrid fueron avanzando desde sus *estancias* construyendo baluartes para afianzar cada palmo de tierra ganado¹⁹³.

En algunas ocasiones, el avance era demasiado temerario lo que, a la postre, forzaba a los sitiadores a volver a su posición original. Así ocurrió con la *estancia* que el marqués de Cádiz comandaba contra Gibralfaro, durante el asedio de Málaga de 1487. Animados porque la artillería había derribado una torre, intentaron acercarse más, solo para sufrir una impetuosa salida de los granadinos que forzó a los castellanos a retroceder al punto de partida¹⁹⁴. Algo similar ocurrió en el asedio a Medellín, en 1479. De nuevo en esa ocasión las salidas de los sitiados obligaron a atrasar las *estancias*, con la consecuencia de que el

¹⁹⁰ CRC-FP, II, 306.

¹⁹¹ MDH, 115-6; CA, 186-7; CRC-FP, II, 292; CRC-DV, 183. En el asedio de Ronda, en 1485, se menciona que fueron tres las baterías artilleras desplegadas, señalando también que ese fue el número de *estancias*. Parece que la función de los fuertes de asedio como base para la tormentaria estaba plenamente extendida en la Europa medieval, como señala Jones. Jones, ‘Fortalezas y asedios en Europa occidental’, 221.

¹⁹² Purton, *Late Medieval Siege*, 272.

¹⁹³ CRC-FP, II, 318-20; CRC-DV, 273.

¹⁹⁴ CRC-FP, II, 299-301; CRC-DV, 251-4.

cercos perdió efectividad, posibilitando que los defensores pudieran reaprovisionarse¹⁹⁵. Aunque en los citados ejemplos la situación pudo ser controlada, los ya mencionados hechos acaecidos durante el asedio de Loja de 1482 demuestran que una salida enemiga tuvo consecuencias funestas para los sitiadores.

En cuanto al número de *estancias*, al igual que en el caso de los *reales*, este podía variar en función de la intensidad del cerco y la entidad de la plaza sitiada. Con todo, la mayoría de las veces ni siquiera se menciona cuántas había. En los asedios de Monroy en 1453, Setenil en 1484 o Ronda en 1485 parece que fueron tres las *estancias*¹⁹⁶. Ante la fortaleza de Canales, en 1474, fueron hasta ocho mientras que durante el cerco a la fortaleza de Zamora, dos años más tarde, el número se elevó hasta once teniendo solo en cuenta las que se situaron fuera de los muros de la ciudad¹⁹⁷. En ocasiones, únicamente se dice que se situaron varias en circuito de la villa, esto es, rodeándola. Ello nos lleva a suponer que podrían tratarse de varias, no necesariamente grandes. El caso del asedio de Málaga, en 1487, tal vez sea el más extremo, pues una veintena de *estancias* fueron construidas para cercar la ciudad de forma efectiva¹⁹⁸. El elevado número solo puede ser explicado por el amplio perímetro ocupado por la que fuera la segunda ciudad más grande del reino nazarí y su capital económica. Controlar tantas posiciones no debía de ser una tarea fácil, por lo que Fernando el Católico tomó ciertas medidas. Pulgar cita que designó tres caballeros, cuya función consistía en recorrer diariamente las diversas *estancias* con el objeto de comprobar que estuvieran pertrechadas¹⁹⁹. Valera, por su parte, sostiene que encargó a todos los comandantes de estas fortificaciones eventuales que realizaran memoriales con todo lo que pudieran necesitar²⁰⁰.

Esta eventual ‘red castral’ podía verse complementada por una circunvalación. Estas construcciones, debido a su coste material y al esfuerzo que suponía su erección, solo se realizaban en aquellos asedios enquistados, donde la labor de bloqueo no era tan efectiva como debiera. Como en otras ocasiones, esta ingente obra de asedio solo se encuentra en los cercos de comienzos y finales del siglo XV, bajo el liderazgo militar de Fernando de

¹⁹⁵ CRC-FP, I, 382-6.

¹⁹⁶ VHMAAM, 63; CRC-DV, 183; HHMC, 314-5.

¹⁹⁷ Guillén de Segovia, *La gaya ciencia*, 30-8; CRC-FP, I, 173.

¹⁹⁸ CRC-FP, II, 289-92. Ladero, ‘Baja Edad Media’, 284.

¹⁹⁹ CRC-FP, II, 303.

²⁰⁰ CRC-DV, 260.

Trastámara y su nieto, el rey Católico. El primero comprobó, en el sitio de Antequera de 1410, que el bloqueo al que se veían sometidos los defensores no era efectivo, pues recibían refuerzos y realizaban salidas impunemente. Ante esto, tomó la decisión de rodear la villa con una tapia alta²⁰¹. Tres años después, mientras preparaba el asalto a Balaguer, el de Antequera mandó construir una tapia con la que rodear la villa catalana. Las obras se concluyeron rápidamente, pues en el plazo de cinco o seis días, el cerco estaba completo²⁰².

Habría que esperar casi ochenta años, hasta el costoso asedio de Baza en 1489, para volver a ver a un ejército castellano utilizar esta técnica de expugnación. Previamente, en los asedios de Loja y Málaga, se habían realizado tímidos intentos. En la conquista de Loja, en 1486, el rey Católico mandó rodear gran parte de la villa por una cava, construyendo baluartes y palenques allí donde las obras no pudieron llevarse a cabo²⁰³. Al año siguiente, en Málaga, se completó el cerco de *estancias* con unos muros de tapia que cubrían todo el flanco oriental de la ciudad sitiada: desde el arrabal hasta Gibralfaro y desde allí hasta el mar²⁰⁴.

En Baza se logró refinar la técnica de circunvalación. Dos *reales* se situaron a cada extremo de la localidad bastetana y, ante la evidencia de que el cerco no resultaba efectivo y las salidas granadinas menudeaban, el Católico mandó unir ambos campamentos mediante una empalizada y una gran cava, que anegó desviando el curso de los arroyos que bajaban de la sierra cercana. Para asegurar la correcta defensa de tan amplio perímetro, construyó quince castillos torreados de madera, con su correspondiente guarnición, dejando una separación de trescientos pasos entre ellos. No obstante, inicialmente la cerca solo se construyó en uno de los extremos de la villa. Al ver que los musulmanes tenían total libertad en el sector opuesto, los castellanos acometieron la tarea de completar la circunvalación por la parte de la sierra. Las salidas granadinas pretendían impedirlo, por lo que las obras se demoraron hasta dos meses. Demasiado tiempo si se compara con el caso de Balaguer. Sin embargo, la villa catalana se encontraba aislada política y militarmente, mientras que Baza aun podía esperar ayuda exterior. En Baza, las labores de cerco alcanzaron su mayor

²⁰¹ CJII-G, 440.

²⁰² CJII-G, 644.

²⁰³ CRC-FP, II, 218.

²⁰⁴ CRC-FP, II, 302-3. El autor granadino, autor del *Fragmento de la época sobre noticias de los Reyes Nazaritas*, apunta que los castellanos rodearon la ciudad costera por completo, construyendo para ello 'un doble muro, consistente uno en un terraplén y el otro en una empalizada, además de un foso bien fortificado'. Quirós, *Fragmento de la época*, 28.

grado de desarrollo en la forma patentada ante los muros de Alesia por Cayo Julio César en el año 52 a.C: la doble circunvalación. Se edificaron dos recias paredes de tierra, piedra y madera, dejando una calle ‘de cuatro pasos en ancho’ para el tránsito de la guarnición sitiadora²⁰⁵.

Aun cercando la posición por completo, los defensores podían racionar sus alimentos a fin de prolongar la resistencia. Además, el bloqueo no garantizaba que la guarnición no fuera capaz de abastecerse de agua, por lo que la labor de los sitiadores pasaba por cortar el suministro hídrico de los sitiados. Para ello los atacantes tenían, principalmente, dos métodos a su disposición. En primer lugar, podían simplemente, evitar que los defensores se aprovisionaran de agua del exterior. Los ejemplos son numerosos por lo que no me detendré más que en los más significativos, como el de 1410 y 1485²⁰⁶. En los compases finales del asedio de Antequera, Fernando de Trastámara fue informado de que en la villa solo tenían agua para quince días más y la que había, no era del todo potable. Sin embargo, la guarnición se las arreglaba para coger agua de un río cercano, realizando salida por un postigo de la muralla. Fernando estableció guardas para evitar que eso ocurriera, lo que resultó en numerosos encuentros y escaramuzas con los sitiados²⁰⁷. Con todo, al final no fue la falta de agua sino el asalto frontal lo que decidió la suerte de la villa granadina. Tres cuartos de siglo después, el aljibe del que disponían los rondeños solo podía almacenar agua para unos pocos días, por lo que tenían una mina desde la que se aprovisionaban del preciado recurso. Valera narra que el marqués de Cádiz combatió personalmente para tomar aquella importante estructura²⁰⁸. De nuevo en esta ocasión, no fue la restricción de agua lo que llevó a la victoria. En Ronda, la clave del éxito residió en la intensa acción artillera. Más allá de realizar labores de vigilancia allí donde los defensores podían obtener su suministro, la otra opción era realizar minas subterráneas que desviarán los depósitos de agua de la plaza enemiga. Así se hizo durante el cerco al castillo

²⁰⁵ CRC-FP, II, 385-8; Quirós, *Fragmento de la época*, 30. Para Palencia, la circunvalación se veía coronada por ‘nueve torres de tierra y madera’, mientras que Anglería opinaba que eran ‘doce torreones’ y Bernáldez sostenía que se trataba de trece o catorce ‘castillos’. GG, 226-30; Anglería, ‘Epistolario’, 120; MRC, 207.

²⁰⁶ La práctica también puede observarse en los asedios de Atienza (1446), Uclés (1476) o Baza (1489). CAL, 191-7; CI, 293-6; CRC-FP, II, 388-90.

²⁰⁷ CJII-G, 456-7

²⁰⁸ CRC-DV, 189-91.

de Burgos, en 1475, donde se realizaron minas para derivar el agua que la guarnición almacenaba en los pozos del interior de la fortaleza²⁰⁹.

Lo cierto es que, de ejecutarse correctamente, la privación de agua podía conllevar la victoria o, al menos, acercarse a ella. El condestable Iranzo parecía plenamente consciente de esta realidad cuando, en 1469 lo primero que hizo al sitiar Pegalajar fue cortar el suministro de agua que abastecía a la villa desde una fuente cercana. Tras menos de un mes de cerco, la situación de la villa era crítica y solo la intervención del rey Enrique IV salvó a los sitiados de la inanición o una entrega deshonrosa²¹⁰. Precisamente, por lo general, los defensores no estaban dispuestos a sucumbir ante la falta de comida o hidratación, por lo que se tendía a negociar una rendición antes de llegar a ese punto. Tras tres meses de asedio, los atacantes consiguieron dañar el suministro acuífero de la fortaleza de Deleitosa, en 1479. Ante ello, los defensores acordaron entregar la posición y ‘no esperar a que les dañase tanto [el agua] que no la pudieran beber’²¹¹.

5.2. Artillería pirobalística

La artillería de pólvora, uno de los inventos medievales más importantes, influyó en las prácticas bélicas de la Europa Occidental hasta el punto que muchos autores se han atrevido a afirmar que sentó las bases de la futura dominación mundial de Occidente²¹². Otros han sostenido que la aparición y expansión de las bocas de fuego provocó profundos cambios estructurales que, en última instancia, llevaron a la creación del Estado Moderno²¹³. Dado que el Cuatrocientos fue el siglo clave para comprender estos cambios, convendría analizar la incidencia que tuvo esta innovación tecnológica en las tácticas de asedio castellan.

²⁰⁹ CRC-FP, I, 154.

²¹⁰ HCMLI, 391-5.

²¹¹ CRC-FP, I, 386. Varias posiciones más se rindieron ante la falta de agua, baste con recordar que Archidona en 1462, sucumbió ‘por sed’, mientras que la falta de agua potable fue un factor fundamental para forzar al rendición de los defensores del castillo de Medina del Campo en 1441. CH, 399; MDH, 87; GH, 248.

²¹² Parker, *La Revolución Militar*.

²¹³ Rogers, ‘The Military Revolutions’, 75. Algunos ejemplos son mencionados por Kelly DeVries en un artículo publicado, precisamente, para refutar esa teoría. DeVries, ‘Gunpowder Weaponry’, 127-45, especialmente 128.

Lo que en primer lugar llama la atención es que la artillería sólo aparece mencionada en medio centenar de operaciones de expugnación, aproximadamente un 25% del total de asedios recogidos en la crónica. Esto no quiere decir que los asedios restantes no contemplaran la presencia de cañones, ya que hay que tener en cuenta que, en muchas ocasiones, las crónicas no narran los cercos de manera detallada, sino que se limitan a señalar que una determinada villa o fortaleza fue sitiada o tomada. En este sentido, al igual que ocurre con otro tipo de cuestiones, la consulta de biografías particulares o crónicas privadas muestra una serie de asedios en los que la artillería estuvo presente e, incluso, jugó un papel notable. Si se acude al *Libro de buenas andanzas e fortunas que fizo Lope Garçia de Salazar*, la fuente narrativa vasca bajomedieval por antonomasia y se cruzan los datos obtenidos con los de los *Anales Breves de Vizcaya*, se observa que entre 1420 y 1468, en el contexto de la denominada Lucha de Bandos, ocho asaltos a torres vizcaínas y guipuzcoanas fueron llevados a cabo utilizando bombardas²¹⁴. Además de la crónica, las fuentes administrativas tienen la capacidad de probar, a través de cuentas e informes financieros, la presencia de bocas de fuego en asedios donde la crónica no las situaba²¹⁵. Con todo, siguiendo la línea establecida a lo largo de todo el trabajo, aquí me referiré a aquellos asedios mencionados en la crónica. Atendiendo a lo expuesto, considero necesario comenzar realizando un breve repaso cronológico a la evolución táctica del empleo de la artillería en operaciones de asedio, con el objetivo de intentar determinar si esta sufrió alteraciones a lo largo de la centuria.

Aunque la artillería de pólvora era conocida en Europa desde el segundo cuarto del siglo XIV, fue en la siguiente centuria cuando cobró verdadera importancia²¹⁶. Sin embargo, el camino que llevó a la completa asimilación de esta nueva arma en los dispositivos tácticos castellanos no sé dio de la noche a la mañana. Por el contrario, fue fruto de un lento proceso, que solo se aceleró hacia el final de siglo, culminando en uno de los conflictos artilleros por antonomasia de la Europa Occidental: la Guerra de Granada. Las distintas fases de perfeccionamiento en el uso táctico de la artillería de asedio se podrían resumir en cuatro: Una primera fase de uso experimental iría de 1407 a 1413, seguida de un largo periodo de presencia artillera limitada y estancamiento táctico, que

²¹⁴ Villacorta, *Libro de las buenas andanças*, 788-9, 807, 809-11, 817-9; Aguirre, *Las dos primeras crónicas*, 151, 154-5, 156-7, 159, 164, 167-8.

²¹⁵ Cobos, De Castro, 'Artillería y poliorcética castellana', 261-3.

²¹⁶ DeVries, Smith, *Medieval Military Technology. Second edition*, 38-40

abarca las seis décadas que median entre 1414 y 1473. Hacia el último cuarto de siglo, el uso de esta arma se vio incrementado en dos grandes conflictos: la Guerra de Sucesión Castellana y la Guerra de Granada. Así la tercera fase, cuando el uso de la artillería aumentó considerablemente, se extendió desde 1474 a 1479, mientras que la cuarta y última contempló la expansión del tren artillero y sobre todo el perfeccionamiento de su uso táctico, durante los años alrededor de la conquista del reino Nazarí, que se podría acotar entre 1480 y 1491.

El hito inicial habría que situarlo a finales de la primera década de siglo, con las campañas que Fernando de Trastámara dirigió contra el reino de Granada. Las crónicas muestran de forma bastante evidente la inexperiencia de los artilleros castellanos, poco familiarizados con el uso de los *truenos* y bombardas. Debido a ello, esta primera fase fue a todas luces experimental. En los asedios a Zahara y Setenil, en 1407, las pocas bombardas presentes no fueron agrupadas en una única batería, con lo que no se aprovechó la potencia de fuego que el tiro conjunto era capaz de proporcionar. Por el contrario, se optó por separarlas para que dispararan sobre puntos distintos de las defensas enemigas, proporcionando así un fuego graneado, pero de escasa eficacia. No fue el único error. En Zahara, se tardó tres días en afinar la puntería ya que ‘como los lonbarderos eran nuevos tiraban mal, y con pocas acertaban en la villa’. A pesar de ello, cuando finalmente se consiguió dar en el blanco, se provocaron diversos destrozos entre los que destaca el disparo que impactó contra el quicio de la puerta de la villa, lo que acabó provocando la rendición de los granadinos²¹⁷. Parece evidente que, más que un tiro preciso, fue una cuestión de suerte.

Inmediatamente después tuvo lugar el intento de expugnación de Setenil, donde de nuevo la escasa pericia artillera castellana hizo que no calibraran bien la capacidad de estas armas. Parece que los destrozos causados por las bombardas no eran tan grandes y, cuando se conseguía, los musulmanes realizaban reparaciones rápidamente. Además, tras bombardear la población pronto se quedaron sin munición, viéndose forzados a crear una ruta de aprovisionamiento desde una cantera cercana, desde la que se traía piedra con la que hacer nuevos proyectiles²¹⁸. Como señala Kelly DeVries, no era raro que algunos comandantes medievales no fueran plenamente conscientes de las posibilidades que ofrecía

²¹⁷ CJII-G, 226-9, 243-5, 250; Rojas, ‘Nuevas técnicas, ¿viejas ideas?’, 48-50.

²¹⁸ CJII-G, 247-8.

la artillería, llevando a los asedios menos munición de la que debieran²¹⁹. En este caso la razón del fracaso castellano tal vez tuviera más que ver con la sobreestimación de la artillería. Así parece demostrarlo el Consejo del Rey celebrado en los compases finales del asedio, donde tanto Fernando de Trastámara como Pedro Ponce de León admitieron haber creído que las bombardas serían más efectivas²²⁰. Después de todo, la experiencia de Zahara tal vez les pudo hacer creer que pocos disparos bien dirigidos bastarían. Sea como fuere, ya he tenido ocasión de comentar anteriormente que al comprobar que el bombardeo no surtía efecto, Fernando optó por utilizar métodos de expugnación tradicionales como escalas o una torre de asedio. Sin lograr el éxito esperado, los castellanos tuvieron que levantar el cerco.

Manuel Rojas sugiere que, para la campaña de 1410, los castellanos llevaban aprendidas algunas lecciones de su anterior fracaso²²¹. Lo cierto es que las fuentes se muestran poco elocuentes a la hora de tratar la cuestión artillera en el sitio de Antequera, a pesar de tratarse de un asedio profusamente narrado. No obstante, da la impresión de que la presencia de bombardas no fue determinante ya que, como he señalado previamente, Antequera fue conquistada al asalto, utilizando escalas y una torre de asedio²²². Si hubiera que hablar de un –ligero– avance en la táctica artillera durante los años de regencia de Fernando de Trastámara, la referencia obligada sería Balaguer. La *Crónica de Juan II* indica que las bombardas fueron agrupadas en dos baterías, actuando conjuntamente con los trabucos. Con todo, también en esta ocasión, Fernando planeó conquistar la villa catalana con un asalto masivo contra sus murallas, aunque la rendición se obtuvo antes de llegar a ello²²³.

La segunda fase corresponde a un largo periodo de aparente estancamiento en el uso de artillería. He mencionado previamente que el aspecto bélico que caracterizó los años centrales del presente estudio fue la ausencia de grandes asedios, lo que es posible que pudiera haber repercutido en la utilización e innovación artillera. Así, entre 1413 y 1473 la

²¹⁹ En una fecha tan tardía como 1472, el duque de Borgoña Carlos el Temerario tan solo pudo disparar dos veces los dos cañones que había llevado al asedio de Beauvais debido a que no había llevado más munición. DeVries, Smith, *Medieval Military Technology. Second edition*, 142-4.

²²⁰ Ponce de León había sugerido Setenil como objetivo ya que pensaba que ‘las lonbardas farian en ella maior dapño que lo que ende fizieron’. CJII-G, 267-70.

²²¹ Rojas, ‘Nuevas técnicas, ¿viejas ideas?’, 43-5.

²²² CJII-G, 467-72.

²²³ CJII-G, 604-6, 613-20, 628-33, 637-8, 641-4.

cronística sólo reseña en torno a una veintena de cercos en los que la pólvora hizo acto de presencia. Además, lo escueto de las menciones nos impide conocer si hubo algún desarrollo táctico o alguna mejora en su uso durante esas seis décadas. Con todo, parece que la tendencia de combinar *ingenios* o trabucos de contrapeso con bombardas se fue extendiendo hasta volverse algo relativamente común. Los cercos de Atienza en 1446, Benavente en 1449, Monroy, Viana en 1461 o el castillo de Perales en 1471 contemplaron el empleo de esta práctica²²⁴. La labor conjunta de tipos diferentes de tormentaria tiene un gran valor bélico ya que unas piezas compensan las deficiencias de otras. Las potentes bocas de fuego, como las bombardas, gracias a su tiro recto servían para ejercer una presión continua contra un único punto de la muralla, algo que eran incapaces de hacer los poco precisos trabucos²²⁵. Al mismo tiempo, el tiro parabólico de estos últimos completaba el bombardeo artillero disparando sobre los edificios y viviendas del interior de la población sitiada, con el fin de desgastarlos y, en última instancia, de minar la moral de los sitiados.

A partir de mediados del siglo XV, el desarrollo de nuevos tipos de cañón hizo que se crearan nuevas piezas, correspondientes a las categorías modernas de artillería ligera o los morteros –*cuartagos*²²⁶. Su uso, empero, no está profusamente documentado en esta fase intermedia. Los *cuartagos*, llamados a desbancar a los trabucos en su monopolio del tiro parabólico, aún eran utilizados conjuntamente con estos últimos, y así seguiría siendo hasta prácticamente el final de la centuria. Así, en los asedios de Monroy (c. 1453) y Viana en 1461, estas dos máquinas de expugnación fueron utilizadas de forma simultánea²²⁷. Las menciones a artillería ligera son incluso más escasas, aunque esto no debe llevar a pensar que su uso fuera limitado. Lo cierto es que, en este punto, emerge un problema terminológico bastante persistente en las fuentes: la utilización de la fórmula genérica *tiros de pólvora* o, simplemente, ‘artillería’ para referirse al tipo de cañón utilizado²²⁸.

²²⁴ CJII-BAE, 639-41, 650-1; CAL, 191; CH, 516-8; VHMAAM, 63; CEIV-EC, 178-9; CEIV-AP, II, 11-2.

²²⁵ DeVries, ‘The Impact of Gunpowder Weaponry’, 233.

²²⁶ En Francia, el vocabulario se expandió a medida que avanzaba el siglo XV. Contamine, *War in the Middle Ages*, 142. En Castilla, parece que este cambio se dio especialmente a partir de mediados de siglo. Una buena relación de las piezas empleadas en la Castilla de la época puede encontrarse en Firoozye, *Warfare in Fifteenth Century Castile*, 91-9. Para una relación más extensa y descriptiva véase Medina, ‘La artillería Española’, 152-3.

²²⁷ VHMAAM, 63; CEIV-EC, 178-9.

²²⁸ Tales son los casos de Palenzuela en 1451, el ataque a una torre granadina en 1455 o los sitios de Gibraltar en 1466, Coria en 1466 o Alcáraz en 1471. CJII-BAE, 675; MDH, 20-7, 115-7; CA, 38-44, 186-7, 330-1. Para el caso de Palenzuela, la *Crónica de Álvaro de Luna* ayuda a despejar las dudas terminológicas indicando que las piezas se eran bombardas. CAL, 271-84.

Hacia el último cuarto de siglo, se puede observar un notable incremento en el uso de la pirobalística. Desde 1474 hasta 1481 y siempre según las crónicas, tuvieron lugar más asedios con presencia de artillería que en las seis décadas anteriores. Incluso si se tiene en cuenta la suma de las dos primeras fases, este tercer estadio vio prácticamente las mismas operaciones de expugnación artilleras en siete años que en los sesenta y seis anteriores²²⁹. No obstante, también es cierto que para las dos últimas fases existen más fuentes narrativas, facilitando más detalles de las acciones bélicas y aumentando las posibilidades de conocer asedios que de otra forma permanecerían en la sombra.

Al mismo tiempo que condiciona nuestra percepción, la existencia de un mayor número de fuentes posibilita ahondar en aspectos relativos a la táctica artillera. Por un lado, se continuó utilizando la combinación de máquinas de contrapeso con artillería pirobalística, como lo demuestran los asedios a Alcalá de Guadaíra y la fortaleza de Canales, ambos en 1474, los castillos de Burgos y Zamora, en 1475 y 1476, los cercos al castillo de Toro o Cantalapiedra en 1476, Sieteiglesias al año siguiente o Mérida en 1479²³⁰. Únicamente en la primera y la última de las operaciones listadas fueron utilizados *coartagos* junto con *ingenios*, con lo que se puede deducir que la utilización de bocas de fuego de tiro parabólico aún no estaba ampliamente insertada en los dispositivos tácticos castellanos. Sea como fuere, merece la pena mencionar que para esta época las fuentes disponibles se empiezan a hacer eco de las ventajas inherentes a desplegar los dos tipos de tormentaria. Así, Pulgar sostiene que en los asedios a los castillos burgaleses y zamorano, la artillería batía los muros constantemente, mientras los trabucos destruían las casas del interior, negando el refugio al enemigo²³¹.

Más allá de la continuidad representada por la citada combinación de artillerías, el considerable incremento en el uso de la pirobalística permitió a los castellanos experimentar nuevas tácticas, depurando la técnica, aunque sin llegar a refinarla del todo. Destaca el aprovechamiento de la diversidad de piezas de artillería disponibles que, poco a poco, hizo que fuera aflorando una especialización en el uso de cada una. A partir del asedio al castillo de Toro, en 1476, se empezaron a dar tímidos intentos de integrar la artillería

²²⁹ Realmente se trataría de únicamente cinco años, ya que la cronística no menciona asedios con utilización de la pirobalística entre 1480 y 1481.

²³⁰ MDH, 263-5; CA, 437-8; Guillén de Segovia, *La gaya ciencia*, 30-8; CRC-FP, I, 151, 154-5, 165-6, 173, 177-8, 187, 243, 285, 295; CI, 256-9; CRC-DV, 95; CEIV-AP, II, 317-20; MRC, 91.

²³¹ En Burgos eran cuatro los trabucos que disparaban al interior del recinto murado. CRC-FP, I, 165-6, 190.

ligeras en el dispositivo castellano. En el citado asedio, señala Palencia, los ‘cañones ligeros’ se utilizaron junto con los trabucos para ‘molestar a los defensores’. El intento de realizar disparos de precisión, junto con el empleo de estas armas, se mostró sobradamente efectivo en la fortaleza toresana ya que tres bombardas gruesas fueron dirigidas hacia el punto donde María Sarmiento, cabeza de la guarnición defensora, se refugiaba con sus hijos del bombardeo al que los trabucos sometían el recinto fortificado. Al mismo tiempo, un afortunado disparo de culebrina decapitó al alcaide del castillo. La suma de ambos factores acabó precipitando la rendición del alcázar de Toro²³². Al año siguiente, se dio una situación parecida en el cerco a la fortaleza de Utrera, cuando una serpentina decapitó a un escudero que, ante el inminente asalto, se disponía a dar la voz de alarma desde su atalaya²³³.

A pesar de los patentes avances en el empleo poliorcético de la pirobalística, los artilleros castellanos no habían alcanzado aún el grado de madurez necesario para ser capaces de exprimir completamente todas las posibilidades que ofrecía la pólvora. El ejemplo más significado es el del asedio al castillo de Burgos, en 1475. A pesar de que los isabelinos habían sido capaces de estrechar el cerco a la fortaleza, no fue hasta la llegada del hermano bastardo de Fernando el Católico, Alfonso de Aragón, cuando las bombardas fueron capaces de batir el recinto enemigo eficazmente. Según Palencia, antes de la llegada de Alfonso, los isabelinos únicamente habían sido competentes en el empleo de los trabucos y a la hora de establecer las cavas, no así en lo que respecta a la artillería de pólvora, pues ‘el emplazamiento de las bombardas hacía imposible su efecto sobre las murallas’²³⁴. Bajo el mando del aragonés, un considerable lienzo de muralla sucumbió ante los proyectiles de los sitiadores, solo para dejar a la vista una tapia defensiva que la guarnición, previsora, había construido tras la brecha. Aunque se intentó batir este nuevo obstáculo, los escombros del muro derruido actuaron como escudo, impidiendo que las bolas de cañón impactaran²³⁵. En el futuro, los castellanos aprenderían a lidiar con este tipo de situaciones: en aquel momento tenían las herramientas necesarias para ello, pero aún no sabían cómo utilizarlas.

²³² CEIV-AP, II, 319-20.

²³³ El alcaide de Utrera también fue alcanzado por un proyectil que le causó la muerte, solo que en esta ocasión se trató de un tiro de saeta. MRC, 71.

²³⁴ CEIV-AP, II, 245, 255, 259.

²³⁵ CRC-FP, I, 177-8.

La escalada artillera de la Guerra de Sucesión Castellana supuso importantes innovaciones en el plano defensivo, en la forma de fortificaciones diseñadas para resistir el envite de la pólvora²³⁶. El año de 1476 fue el primero en el que los castellanos se enfrentaron –a la defensiva- a otro reino que contaba con más piezas de artillería y, en definitiva, mayor potencia de fuego. Las tropas del rey Luis XI de Francia, en apoyo al monarca portugués, sitiaron la localidad fronteriza guipuzcoana de Hondarribia. La experiencia normanda y gascona de los años cuarenta y cincuenta de siglo, habían demostrado la capacidad ofensiva de las bocas de fuego y producido una generación de guerreros franceses versados en su empleo²³⁷. Parece que los defensores de la Hondarribia no eran ajenos a las innovaciones bélicas pues prepararon diversas defensas para recibir los proyectiles galos. Para ello cavaron fosos por delante de la villa y construyeron baluartes por delante de las murallas que, además, fueron despojadas de sus almenas y rebajadas en altura: se disponían a defender la posición desde los baluartes y no estaban dispuestos a que las piedras del muro cayeran sobre ellos²³⁸. Debido a las improvisadas fortificaciones y a cuatro bombardas gruesas y ‘otros tiros de pólvora’, los franceses se vieron forzados a una aproximación mediante trincheras abiertas zigzagueantes para así evitar los disparos procedentes de los baluartes de la villa. Finalmente, la llegada de más refuerzos guipuzcoanos y, sobre todo, la inminente aparición del propio rey Católico disuadió a los franceses de su intento de tomar la villa²³⁹.

La experiencia de los años setenta había trazado el camino a seguir en el futuro, aunque el definitivo despegue de la artillería castellana precisaba de más piezas ya que, al igual que en cualquier tipo de operación militar, los desarrollos tácticos más complejos precisaban de números que los hicieran posibles. Eso fue lo que ocurrió en la cuarta y última fase, que he situado en el lapso cronológico entre 1482 y 1491: los años de la Guerra de Granada. Hablar de este conflicto significa hablar de asedios y, por supuesto, de artillería.

²³⁶ Dado que el presente capítulo lidia con el uso táctico de la artillería, no he entrado en cuestiones de arquitectura defensiva. Sin embargo, conviene recordar que en el decisivo año de 1476 también dieron comienzo las obras de remodelación del castillo de la Mota, en Medina del Campo, extendiéndose hasta 1483. Cobos, ‘La artillería y la fortificación’, 48.

²³⁷ DeVries, ‘The Impact of Gunpowder Weaponry’, 227-44; Hoskins, *Siege warfare, passim*.

²³⁸ Esta anticipación muestra que los guipuzcoanos sabían cómo había que actuar ante un asedio con cañones. No debe extrañar, ya que las guerras privadas en el territorio vasco experimentaron a los miembros de los linajes banderizos en el uso de bombardas y otros tiros de pólvora, como se ha mencionado previamente. Se de tener en cuenta, también, la cercanía de Hondarribia con la vecina Bayona, la cual fue duramente bombardeada durante el asedio francés de 1451. Hoskins, *Siege warfare*, 207-8.

²³⁹ CRC-FP, I, 180-6, 250-1; CRC-DV, 56-60; CEIV-AP, II, 276.

Los dos primeros años de contienda fueron de intensidad relativamente baja y con una presencia artillera testimonial: el de Loja, en 1482, tuvo que ser levantado abruptamente mientras que la campaña de 1483 tan solo contempló la expugnación de la fortaleza de Tájara, donde sí parece que se utilizó una única bombardarda junto con tal vez una decena de ribadoquines²⁴⁰.

Es entre 1484 y 1487, cuando el uso táctico de la artillería evolucionó al mismo tiempo que se multiplicaba el número de cañones y tropas que los Reyes Católicos eran capaces de movilizar, en un despliegue de medios sin precedentes. Las fuentes administrativas no mencionan el número de cañones empleados y las narrativas rara vez lo hacen. Con todo, los números que se citan parecen lo suficientemente razonables como para, al menos, aproximarse a la realidad. Así, según Pulgar, la campaña de 1486 contempló la utilización conjunta de entre dieciocho y veinte bombardardas gruesas²⁴¹. Esto permitió, entre otras cosas, que se subsanaran los errores cometidos ya a comienzos de siglo y se agruparan las piezas en baterías. Por lo general, la división más común era la de tres baterías, como se hizo en Setenil en 1484, en Ronda y Coín en 1485 y en Íllora y Moclín al año siguiente. En otras ocasiones, como en Cambil en 1485, únicamente se establecieron dos baterías. Respecto al reparto de bombardardas dentro de estos dispositivos tácticos, Pulgar menciona que, al menos en Moclín, se optó por un equilibrio, desplegando seis bombardardas en cada una de las baterías²⁴².

El número de cañones citado proporcionaría un volumen de fuego notable, que se vería acentuado por su agrupación en baterías. Así, en muchas ocasiones bastaron breves pero intensos bombardeos para que poblaciones que previamente habían resistido

²⁴⁰ CRC-FP, II, 72-80; CRC-DV, 160-1; HHMC, 216-7; GG, 107-8; Berwick y Alba, *Documentos escogidos*, 24-9.

²⁴¹ En el cerco de Loja de 1486 son mencionadas veinte bombardardas. En los de Íllora y Moclín dieciocho. La documentación administrativa parece confirmar esos datos. Según se conquistaban nuevas plazas granadinas, estas se convertían en depósitos artilleros. Así, se sabe que tres años después del final de la guerra, en 1495, un inventario de las piezas disponibles en esos depósitos arroja una cifra de veintiuna bombardardas, cuatro medias bombardardas, catorce pasavolantes y sesenta y tres ribadoquines, entre otras piezas. Ladero, *Castilla y la conquista*, 127. El número de bombardardas listado parece aproximarse al proporcionado por la crónica. Por otro lado, parece que los hermanos Bureau emplearon dieciséis bombardardas en el asedio a Harfleur, en 1449, lo que podría reforzar la tesis de que los Reyes Católicos realmente contaron con una veintena de piezas pesadas. Vale, 'New Techniques and Old Ideas', 70.

²⁴² CRC-FP, II, 156, 168, 199, 230, 234; CRC-DV, 183; HHMC, 314-5.

importantes asedios, se rindieran en cuestión de días²⁴³. Tal es el caso de Setenil, villa granadina que en 1407 había resistido con éxito por tres semanas ante el ejército de Fernando de Trastámara, en 1484 se rendía ante el Católico tras un fugaz pero enérgico bombardeo de entre tres y cinco días de duración. Álor en 1484, Ronda, Cambil, Coín y Cártama en 1485 o Loja, Íllora y Moclín en 1486 fueron testigos de victorias castellanas inusitadamente rápidas, precedidas por sendos ataques artilleros²⁴⁴. El castillo de Alhabar recibió, en un único día, el impacto de 140 proyectiles, que destruyeron dos torres, almenas y otras defensas²⁴⁵. Con semejante panorama, no es de extrañar que durante el asedio a Vélez-Málaga en 1487 los esfuerzos granadinos estuvieran enfocados a atacar al tren de artillería, que debido a la orografía de la zona había tenido que prescindir de las piezas más pesadas. Fue en vano. En cuanto los cañones castellanos llegaron al *real* y comenzaron a ser asentados, los defensores de la villa se rindieron²⁴⁶.

Con todo, estas conquistas castellanas no fueron fruto exclusivo de la acción de las bombardas. Junto con la innovación que suponía agrupar la artillería pesada en baterías, se alcanzó un grado de coordinación entre los tres tipos de armas de fuego sin precedentes. Así, artillería pesada, ligera y morteros de tiro parabólico actuaron en armonía, con una sinergia que permitió concluir los asedios con mayor rapidez²⁴⁷. Fue entonces cuando la artillería alcanzó su madurez, integrándose definitivamente en los dispositivos tácticos castellanos y terminando de desarrollar las prácticas que venían dándose desde las fases anteriores.

²⁴³ Este fenómeno fue común también en otros espacios europeos, especialmente el francés. A pesar de haber resistido la friolera de diecisiete asedios durante toda la Edad Media, Dinant se rindió en 1466 tras una semana de intenso bombardeo. DeVries, *Medieval Military Technology*, 146.

²⁴⁴ CRC-FP, II, 120-2, 126-8, 233-6, 152-72, 197-200, 213-31; CRC-DV, 179-84, 186-91, 195, 199-205, 208-9; MRC, 152, 154-60, 157-60, 165, 167-9, 171; GG, 122, 130-1, 144-5, 153-4, 165-7; HHMC, 237-8, 241, 247-251, 253, 255-7; Ladero, *Castilla y la conquista*, 33-44.

²⁴⁵ CRC-FP, II, 199-200.

²⁴⁶ CRC-FP, II, 278-9; CRC-DV, 232; MRC, 175-6; GG, 180-1. He mencionado previamente que la marcha del ejército de socorro también tuvo que ver en la capitulación. Con todo, son varios los ejemplos europeos en los que la mera presencia de cañones forzó una rendición, como ocurrió en los asedios de Berwick upon Tweed en 1405, Dun-le-Roi en 1412 o Bourg en 1451. DeVries, 'The Impact of Gunpowder Weaponry', 231.

²⁴⁷ Han sido varios los autores que se han percatado de este avance: O'Callaghan, *The Last Crusade in the West*, 216-7; Cook, 'The Cannon Conquest', 261; Medina, 'La artillería Española', 140; Castro, Cuadrado, 'La artillería y los artilleros', 71-2.

Por un lado, se siguió utilizando el tiro parabólico en apoyo a los rectos disparos de las bombardas²⁴⁸. Parece que en 1486 la convivencia de trabucos y *cuartagos* estaba a punto de concluir, pues da la impresión de que para los cercos a Íllora y Moclín el tiro parabólico se confió por completo a la pirobalística²⁴⁹. Además, la inclusión de proyectiles ígneos aumentó la capacidad de destrucción de *ingenios* y *cuartagos*. Los maestros de artillería confeccionaron pellas incendiarias a base de cáñamo, pez y pólvora, y lo utilizaron en diversos sitios como los de Ronda, Loja o Moclín. La decisión fue acertada, pues en este último caso el disparo del *cuartago* fue a dar donde los musulmanes guardaban la pólvora, provocando tales destrozos que a los granadinos no les quedó más remedio que rendirse. No obstante, no debe sobreestimarse el poder destructivo de este nuevo invento, pues las propias crónicas señalan que fue una auténtica sorpresa causar semejante devastación, pues ‘aquellos tiros que los *cuartados* hacían eran inciertos, a veces daban en el circuito de las villas, otras veces fuera’²⁵⁰.

El otro gran avance táctico vino a completar la práctica pirobalística castellana con la integración definitiva de las piezas ligeras. Ante los muros de Álora, en 1484, se quiso prever lo acaecido en el cerco al castillo burgalés, evitando que los defensores construyeran una tapia tras la brecha abierta por las bombardas. Para ello ribadoquines y otros tiros menores fueron empleados contra el muro caído, impidiendo así que los trabajadores granadinos pudieran actuar. Se repitió la operación al año siguiente, en Ronda. También en esta ocasión los musulmanes trataron de reparar los destrozos causados por las bombardas de grueso calibre, pero ‘los otros tiros de pólvora medianos que continuamente tiraban no les dejaban reparar, y mataban a todos los que estaban sobre la cerca’. Similar a lo acaecido en Cambil en 1485, donde ‘los tiros que hacían continuamente los ribadoquines y los otros tiros de pólvora medianos, derribaban los moros que en aquellos lugares se ponían a reparar

²⁴⁸ Robert D. Smith opina que se utilizaron máquinas de contrapeso hasta mediados del XV. Smith, ‘Artillery and the Hundred Years War’, 157. DeVries sostiene que, aunque era normal observar trabucos actuando conjuntamente con cañones hacia el primer cuarto del XV, para finales de siglo estos no debieron de haber sido muy utilizados, a pesar de que continuaban apareciendo en los inventarios. DeVries, Smith, *Medieval Military Technology. Second Edition*, 129.

²⁴⁹ Según Pulgar, *ingenios* y ‘*quartaos*’ se utilizaron de forma conjunta en el asedio de Ronda, en 1485. Palencia los menciona también en el sitio de Loja, al año siguiente. CRC-FP, II, 170, GG, 165. Asimismo, *ingenios* son mencionados en el asedio de Málaga, cuando al agostarse la pólvora se recurrió a los antiguos métodos.

²⁵⁰ CRC-FP, II, 170-1, 223-4, 234-5; MRC, 171; GG, 167; Quirós, *Fragmento de la época*, 22.

o defender²⁵¹. Finalmente, durante el asedio de Loja de 1486, los ribadoquines fueron utilizados para disparar por las aberturas que las bombardas produjeron en la muralla, derribando casas y matando con sus proyectiles²⁵².

Con los cambios que acabo de mencionar, la artillería castellana alcanzó el grado máximo de coordinación. Mientras las bombardas derribaban las defensas exteriores y batían las murallas sin cesar, la artillería ligera –*pasavolantes*, *riboquines* y *cerbatanas*– hostigaba a los defensores e impedía que realizaran las labores de defensa y reparación correctamente. Por último, las piezas de tiro parabólico como los *coartagos* disparaban al interior del recinto de las villas enemigas, con el objetivo de causar devastación y minar con ello su capacidad combativa y su moral. Con todo, el método no era infalible. La aparentemente imparable racha de conquistas impulsada por la pólvora se estancó violentamente ante los muros de Málaga en 1487 y Baza, dos años después.

La ciudad costera de Málaga era la primera gran población asediada durante la guerra que, además, estaba notablemente artillada²⁵³. En aquel intenso bloqueo, se pusieron en práctica nuevas ideas y se mejoraron otras. Ante el hecho de que los granadinos poseían armas de fuego y sabían utilizarlas, el avance hasta las zonas que debía batir la artillería se hizo a través de baluartes, de los que salía ‘una mina descubierta con dos cavas saliendo de ella’, ante las cuales edificó otro baluarte²⁵⁴. El maestro de artillería Francisco Ramírez de Madrid probó un nuevo método: dirigió una mina hasta la parte baja de la torre del puente solo para disparar desde ahí un *cuartago* que colapsó el suelo de la estructura defensiva²⁵⁵.

²⁵¹ CRC-FP, II, 121, 170-1, 200. El uso combinado de artillería ligera y pesada ya era conocido en Francia para 1450. Así, la cronística gala menciona la utilización de esta técnica durante el asedio francés a Dax, en 1451. Vale, ‘New Techniques and Old Ideas’, 61-2; Rogers, ‘The Military Revolutions’, 67. Además, el veterano guerrero francés Jean de Bueil apuntaba en su afamada obra –*Le Jouvencel*– que la artillería de menor calibre debía disparar rápidamente justo después de cada tiro de bombardas, para así evitar que los defensores pudieran realizar reparaciones. Bueil, *Le Jouvencel*, II, 41.

²⁵² CRC-FP, II, 224.

²⁵³ Ladero, *Castilla y la conquista*, 52.

²⁵⁴ Da la impresión de ser una adaptación de la técnica de avance artillero en zigzag que los franceses ya utilizaran en Hondarribia once años antes, con la que en esta ocasión se avanzó hasta alcanzar la torre del puente de Guadalmedina, custodio del acceso occidental a la ciudad. CRC-DV, 273. Es posible que en Toro y Castronuño, en 1476 y 1477, también se utilizara esta técnica. Castro, Cuadrado, ‘La artillería y los artilleros’, 68-9. Al fin y al cabo, las bombardas solo eran efectivas cuando estaban realmente cerca del objetivo, tal vez a 180 metros, según apuntan DeVries y Smith. DeVries, Smith, *Medieval Military Technology. Second Edition*, 150.

²⁵⁵ CRC-FP, II, 323-5, CRC-DV, 273.

Con todo, las innovaciones técnicas y la depurada táctica de aproximación aplicada no bastaron para garantizar la victoria. La artillería, posiblemente bastante nutrida, fue incapaz de abrir brechas en número suficiente como para lanzar un asalto que dispersara lo suficiente la resistencia enemiga²⁵⁶. El bombardeo al que fue sometida la ciudad fue tal que la pólvora acabó por escasear, obligando a Fernando el Católico a racionarla mientras mandaba hacer más piedras y construía elementos de asalto tradicionales para suplir la citada carencia²⁵⁷. No fue suficiente; al final los castellanos se vieron obligados a reducir la ciudad por hambre²⁵⁸. El cerco de Baza no fue mucho mejor, pues las tupidas huertas que rodeaban la villa, la protegían de la acción artillera. Afirma Palencia que el marqués de Cádiz dijo en el Consejo del Rey que ‘aproximar la artillería a la ciudad era intento vano’²⁵⁹. Por tanto, los esfuerzos de los sitiadores pasaron, como ya se ha indicado, por talar la espesa vegetación mientras se intentaba rodear la villa con obras de circunvalación.

Puesto que, tras los dos obstáculos encontrados en 1487 y 1489, la presencia de la artillería en los años siguientes fue meramente testimonial, la evolución cronológica de la táctica artillera castellana concluye en este punto²⁶⁰. Cabría preguntarse, por tanto, si la utilización de la artillería pirobalística en la Castilla del siglo XV sufrió una revolución o, más bien, fue producto de un proceso evolucionario. A primera vista, los datos numéricos parecen proclives a indicar que el cambio producido en el Cuatrocientos fue lo suficientemente rápido como para considerarse ‘revolucionario’. Y es que, según la crónica, del más de medio centenar de operaciones de expugnación que implicaron el uso de cañones entre 1407 y 1491, en torno al 60% corresponden a los años que median entre 1474 y 1491. Es decir, mientras que durante los primeros sesenta y siete años las crónicas cifran en poco más de una veintena los asedios en los que hubo bocas de fuego presentes, en prácticamente una cuarta parte de ese lapso temporal se alude a casi el doble de casos.

²⁵⁶ Al observar el efecto positivo obtenido por las bombardas en el sector del asedio liderado por el maestre de Santiago, algunos defendieron la necesidad del asalto, mientras que otros apuntaron que no tenía sentido atacar por un único flanco. CRC-FP, II, 305-6.

²⁵⁷ DeVries, ‘The Impact of Gunpowder Weaponry’, 231.

²⁵⁸ CRC-FP, II, 325-7; CRC-DV, 264-5.

²⁵⁹ GG, 225.

²⁶⁰ Las crónicas no mencionan bocas de fuego durante el asedio final a la capital Nazarí. Sin embargo, Bernáldez menciona que las fortalezas cercanas fueron combatidas con artillería. MRC, 225.

Con todo, ya he mencionado cómo la multiplicación de fuentes narrativas durante el último cuarto de siglo hace posible conocer más detalles sobre los asedios, por lo que esos datos podrían no estar completos. Sí que son, empero, altamente significativos. Además, los cronistas más destacados no dudaban en alabar las virtudes de la acción artillera. Bernáldez señaló que Álor se tomó ‘por la fuerza de las bombardas’, añadiendo que durante la guerra se tomaron plazas que ‘en otro tiempo la menor era bastante para tenerse un año y no poderse tomar sino por hambre’²⁶¹. Del mismo modo, Palencia afirmaba que ‘de no contar con el terrible batir de las bombardas gruesas, nada eficaz podía hacerse para rendir los castillos’²⁶². Pulgar, por su parte, se recreaba en describir la destrucción causada por las bocas de fuego²⁶³. Negar que en la Guerra de Granada se produjo un importante cambio en el arte de la poliorcética sería, por tanto, un dislate. Del mismo modo, afirmar, a la luz de los datos expuestos, que se trató de una revolución, también lo es.

Hago mía la teoría de ‘equilibrio puntuado’, que Clifford Rogers tomó prestada del ámbito científico para aplicarlo a las revoluciones militares acaecidas durante la Guerra de los Cien Años. La teoría sostiene que la evolución, en vez de darse mediante alteraciones lentas pero constantes, se daría más por breves lapsos de rápidos cambios intercalados con largos periodos de estancamiento²⁶⁴. En este sentido, se puede afirmar que, el triunfo de la artillería en Granada fue la culminación de un proceso evolutivo que ya comenzó a dar sus primeros pasos con Fernando de Antequera y aceleró su ritmo hacia el último cuarto de siglo. Las operaciones de expugnación llevadas a cabo en las dos primeras fases rara vez vieron actuar conjuntamente a más de un par de bombardas, en ocasiones tres o cuatro²⁶⁵. Además, no existía un parque de artillería regio considerable, a pesar de que parece que ya desde el reinado de Juan II se hicieron esfuerzos en esa dirección²⁶⁶. Este condicionante resulta decisivo ya que la evolución táctica artillera estaba supeditada a los avances tecnológicos y, en mayor medida, al número de piezas utilizadas²⁶⁷. Fue en época de los

²⁶¹ MRC, 172.

²⁶² GG, 154.

²⁶³ Véanse las descripciones de los ejemplos citados a lo largo del apartado.

²⁶⁴ Rogers, ‘The Military Revolutions’, 76-7.

²⁶⁵ Generalmente las fuentes no dan el número de piezas presentes, se limitan a mencionar ‘bombardas’. JII-G, 228-9, 250, 605; CJII-CODOIN, 285-6; CH, 104, 513-6; CAL, 234-6; HCMLI, 336-8 391-5.

²⁶⁶ Castro, Castro, ‘La artillería en el reino de Castilla y León’, 99-124.

²⁶⁷ Weston Cook afirma acertadamente que, a mayor número de piezas empleadas, mayor especialización se desarrolla. Cook, ‘The Cannon Conquest’, 261.

Reyes Católicos cuando culminó el proceso de fortalecimiento de poder regio que se venía dando desde el siglo XIII, que llevó al perfeccionamiento de las formas de gobierno, la administración y la fiscalidad²⁶⁸. Estos cambios posibilitaron que, una vez concluida la Guerra de Sucesión Castellana, los monarcas fueran capaces de aumentar considerablemente el parque artillero²⁶⁹.

Sea como fuere, la técnica artillera nacida a partir de esta sucesión de cambios acelerados no era infalible. En primer lugar, muchas de las innovaciones de las dos últimas fases artilleras no eran tan novedosas. Castilla no hizo sino utilizar masivamente un arma que hasta entonces solo había sido empleada en número reducido, aplicando técnicas que, además, ya eran conocidas desde mediados de siglo. Además, la punta de lanza artillera de Fernando el Católico la constituyeron las bombardas gruesas, armas de hierro forjado que para 1475 ya se habían vuelto redundantes²⁷⁰. Por otro lado, su papel no fue tan decisivo. Los muros de Málaga y Baza fueron testigos de las limitaciones de la artillería, que precisaba una determinada orografía para actuar y, al igual que ocurría con las viejas máquinas de contrapeso, sufría cuando se tenía que medir contra un gran núcleo de población, debidamente preparado y fortificado²⁷¹. Asimismo, a pesar de que la duración de los asedios se redujo considerablemente entre 1484 y 1486, dando lugar a importantes ganancias territoriales, no se puede afirmar tajantemente que esas plazas no hubieran

²⁶⁸ Ladero, 'La genèse de l'État', 9-65; Ladero, 'Fiscalidad regia y génesis del Estado', 95-136.

²⁶⁹ Hasta el momento, los reyes de Castilla se habían visto obligados a 'tomar prestada' la artillería de los magnates castellanos. Un ilustrativo ejemplo se observa en 1475, cuando el duque de Alba prestó al cinco bombardas mayores y menores a Fernando el Católico para acometer el asedio del alcázar de Zamora. Es significativo que en 1479 la monarquía únicamente pagaba a cuatro artilleros. Todo cambió en la década de los ochenta. En 1480 se constatan hasta diecisiete artilleros en nómina y para 1482 había hasta 65, muchos de ellos extranjeros, que se contrataban para campañas específicas. Del mismo modo, con la creación de centros de producción artilleros controlados por la monarquía, se pudo constituir el tren de artillería Real. Ladero, *Castilla y la conquista*, 123-5.

²⁷⁰ DeVries y Smith apuntan a una posible revolución en la elaboración de la pólvora y al aumento de la producción de balas de hierro, lo que favorecería el empleo de piezas ligeras. DeVries, Smith, *Medieval Military Technology. Second Edition*, 151-4. Respecto al uso de armas de hierro forjado, en vez de las de fundición, McJoynt ya advirtió que los cañones castellanos empleados en esa guerra estaban algo desfasados. McJoynt, 'Introduction, Part I', 30. Además, todas las piezas de artillería castellanas del siglo XV que se conservan son de hierro forjado. López, 'La artillería y su evolución', 28. Aunque es un dato relevante, debe tenerse en cuenta que un cañón de fundición podía volver a ser fundido para fabricar otra cosa, mientras que con el hierro forjado no era tan fácil. Fue tras la Guerra de Granada cuando Castilla dejó de fabricar bombardas y priorizó la producción de cañones ligeros que disparaban bolas de hierro, tendencia que se venía dando en otros espacios europeos desde mediados de siglo. Ladero, *Castilla y la conquista*, 127.

²⁷¹ García Fitz, *La guerra contra el Islam*, capítulo 6.2.4.

podido ser conquistadas por otros medios²⁷². Es por ello que me inclino a pensar en un ‘equilibrio puntuado’, más que en una revolución.

5.3. Urban Warfare

[Luis de Pernía] always hated battles inside towns, and he would never follow even the closest friends into them. Much to his chagrin he heeded the call to help at Carmona, not without first asking to help in other ways, such as support outside the city, or any open battle that would steer his men away from the cruel murder of street fighting. There, even the most miserable coward could, with a crossbow or an *espingarda*, could easily slay the greatest warrior. That, indeed, was the case, which he had in vain warned against, when a young barber ended his life on March 26th, 1472²⁷³.

The idea of ‘urban warfare’ evokes the Battle of Stalingrad, the Fall of Berlin, or more recent examples, such as Sarajevo and Baghdad. Medieval war, however, also took place in urban settings. This kind of fighting is not very different from the contemporary definition, although it was adapted to the military tactics and weaponry of the time. Medievalists have traditionally neglected such battles due to the patently modern connotations²⁷⁴. Often, it has been considered part of siege warfare, without discussing its own specificities²⁷⁵. Once the walls have been stormed, however, the fight inside the city had its own patterns and dynamics. In that regard, we know quite well how medieval cities were sieged, but what happened once the attacking army crossed the walls of the besieged city is suppressed. Often chroniclers were merely interested in indicating that a city had been entered, disregarding any further street fighting perhaps because the outcome had

²⁷² Para el autor del estudio más completo del empleo táctico de la artillería en esa confrontación, Weston F. Cook Jr., la Guerra de Granada se ganó única y exclusivamente gracias a la artillería. Cook, ‘The Cannon Conquest’, 281.

²⁷³ ‘Aborreció siempre los tumultos de los pueblos, sin que jamás lograran sus amigos hacerle intervenir en semejantes contiendas. Muy contra su voluntad acudió, llamado, a lo de Carmona, no sin protesta de preferir el encargo de llevar socorro a fin de aminorar el encarnizamiento o de batallas en campo abierto a luchar tumultariamente en las encrucijadas de las calles, donde el más cobarde, con un tiro de saeta o espingarda, acaba fácilmente con la vida del más esforzado. Tal fue su caso, en vano por él previsto, y realizado por un mancebo barbero el 26 de marzo de 1472’. CEIV-AP, II, 57-8; MDH, 211.

²⁷⁴ This was not the case in the Classical World. See Lee, ‘La guerra urbana en la Grecia Clásica’, 139-63.

²⁷⁵ Some new studies have been published regarding this issue in recent years: Rodríguez, *A fuego e sangre*, 171-8; Rodríguez, ‘y corrió la sangre por las calles’, 33-52; Martín, ‘El combate urbano en la Baja Edad Media’, 53-77; Etxeberria, ‘La ciudad medieval como campo de batalla’, 277-88.

already been decided. Castilian sources, however, do make exceptions on occasion, and shed some light on what urban war was like.

It must be said that battle in the streets was often caused by social disturbance alien to any war, so there was no tactical dimension, and it can hardly be called warfare. In these cases, fighting was disorganised, thereby hardly more than a fierce brawl. In Bilbao, in 1446, a skirmish between two family factions in the main square began attracting more and more participants and ended up turning into a full-size riot²⁷⁶. Another example, slightly outside our chronological limits, occurred in 1374, when a brawl began among the troops that Count Sancho was mustering in Burgos. The conflict did not spread, albeit the Count himself was killed when trying to stop the fighting²⁷⁷. When riots could not be halted promptly, however, they tended to escalate, or be postponed. At Bilbao, for instance, a date was agreed to continue the fight elsewhere, outside the city walls²⁷⁸. Nevertheless, our initial study will focus on certain moments when the riot developed into a protracted conflict between local factions²⁷⁹.

The analysis will focus on three distinct scenarios. On the one hand, we will examine both the tactics employed in gang-fighting between factions, and immediately after a city had been entered by an enemy army. Both types, surprisingly, are not fixed, because they can escalate into a third type of setting: the siege of buildings within the city walls.

5.3.1. Fighting between two local factions

We know of several examples in which riots developed into faction-driven conflict. In Toledo, in 1467, what started as a somehow planned fight between *conversos* and *cristianos viejos* –new and old Christians– continued into the following day, after both factions had made further preparations and planned their tactics. In Seville, in 1471, a street brawl between the men of the Marquis of Cádiz and the Duke of Medina Sidonia escalated into a three-day battle. This sort of conflict, however, was not necessarily triggered by a

²⁷⁶ Etxeberria, 'Guerras privadas y linajes urbanos', 86-7.

²⁷⁷ López de Ayala, *Crónicas*, 475.

²⁷⁸ Etxeberria, 'Guerras privadas y linajes urbanos', 87.

²⁷⁹ I have eliminated the distinction between orchestrated riots and faction-fighting in the same city, because their tactics are the same. The exception to this rule, as mentioned in the text, is those riots that are not organized or motivated by anyone, but that appear spontaneously.

spontaneous fight. In Cuenca, in 1447, the combat was clearly premeditated, as both sides (Lope de Barrientos, Bishop of Cuenca and Hurtado de Mendoza) prepared for the fight and adopted well-defined tactics.

Whatever the cause, in this first category it is possible to appreciate some tactical forethought, for instance with the occupation of the main access points. In Toledo, as the fight spread, the *conversos* took over the gates and bridges leading into the city, stopping the arrival of any enemy reinforcements²⁸⁰. Nevertheless, the most common tactic was the occupation of churches, which conferred considerable tactical advantages, because they were sturdy buildings easily turned into defensible positions. Church towers often became points of observation, as well as a substantial vantage point for crossbowmen and *espingarderos*. In Sevilla, the men of the Marquis were being harried by the Duke's men in the church of San Marcos. Their solution was to set fire to the temple doors, causing a conflagration that upset the local population, predisposing them against the Marquis²⁸¹.

In this category, street fighting had a very important role to play. Barricades and rooftop shooters made advancing through narrow streets a dangerous endeavour. To counter this, sometimes holes were drilled through house walls in an attempt to flank the enemy's defensive positions and attack them from the rear, which happened, for example, in Seville. Palencia points out that 'bombards, *espingardas* and other war machines shoot their projectiles from above onto the streets while some people drill the walls and suddenly attack from behind'²⁸².

On other occasions, however, simpler, and often less efficient, tactics were used. At Cuenca, in 1447, the followers of the Bishop fortified the streets leading up to the Castle, where the men of Hurtado de Mendoza were holding up. Before the attack was launched, the Mendoza faction had gathered flammable materials to set fire to the city from the castle²⁸³. This attempt to wreak havoc with fire was unsuccessful. The attack merely burned some of the barricades set up nearby, and it was followed by a six-day truce which both sides used to shore up their defences. The second attack would expectedly be more

²⁸⁰ Martín, *Historia de la ciudad de Toledo*, 1040-5.

²⁸¹ HHMC, 175-7; CEIV, II, 38.

²⁸² CEIV-AP, II, 36-8.

²⁸³ 'Cincuenta fachones de teda confacionados con algunas resinas, para poner fuego a la ciudad por parte del castillo' and 'un cesto lleno de gatos para los echar con fuego por la ciudad'. CH, 483.

intense. The men at the castle used artillery, which affected defenses and barricades set up by the Bishop, as well as houses. Lope de Barrientos, in turn, decided to further reinforce the barricades so as to make them ‘as sturdy as the city Walls’. Their construction was protected with blankets and stockades. Once completed, the castle ceased their futile bombing²⁸⁴.

5.3.2. Fighting following an assault

A second type of urban combat is the one that follows an assault. In this case, it is necessary to distinguish between surprise and expected assaults. When the assault did not come as a surprise, the defenders could prepare for this eventuality, for instance by laying out different defensive lines where they could retreat their forces if the first line was overcome. Generally, the second line of defence was the urban castle. This happened, for instance, during the assault on the Navarran town of San Vicente de la Sonsierra, in 1429. When the walls had been taken, and the Castilian forces had entered the town, the defenders positioned themselves in the castle, on a hill overlooking the town²⁸⁵. On the other hand, when the city had two walled areas, the inner circuit could work as a second defensive line. That was the case of Atienza, in 1446. The royal army, led by Juan II and Álvaro de Luna, laid siege to the town. After they had successfully taken the *arrabal* (suburb), the defenders were ready again to defend the inner wall²⁸⁶.

In surprise assaults, as we have seen, the assailing party climbs the walls with stealth, killing the sentries and opening the gates for the main attacking force. The defenders could be, therefore, disorganised, and eventually surrender without a fight. That was the case in Medina del Campo in 1441. Whether because of treachery, or negligence, the wall sentries did not see the arrival of the troops of Juan II of Navarre. Surprised, both Juan II of Castile and Álvaro de Luna attempted to organize a last-minute defense in the square of San Antolín. In the end, after being overwhelmed by the Navarran army, Juan II surrendered, and the constable was forced into flight²⁸⁷.

²⁸⁴ CH, 482-7.

²⁸⁵ CJII-CODOIN, 165-6.

²⁸⁶ CAL, 191-7.

²⁸⁷ CH, 417-9.

Nonetheless, on most occasions some degree of organised resistance could be met. As in the previous category, barricades were laid out to fight in the streets. The defenders would try to launch counter-attacks aimed at recovering lost strategic points in order to impede any enemy reinforcements. These points could be the city gates or wall towers. At Laguardia, in 1430, the Castilians entered the town by surprise, climbing the walls at night, opening the gates, and taking control of a strong church. When the alarm was sounded, the defenders tried in vain to take control of the city gate in order to stop more Castilians from entering²⁸⁸. Another example is attested in a letter by Rodrigo Manrique to Juan II, describing the conquest of Huéscar. In 1434, the surprised Muslim defenders managed to set up a line of barricades, forcing the Christians to house-by-house combat and to drill holes through house walls, thereby avoiding the streets, and advancing under cover. In addition, the Muslims used the *alcázar* (castle) and the wall towers to ravage the attackers. Controlling those towers was, surprisingly, vital. Especially when the Muslim reinforcements coming from Baza used the very stairs leaning against the walls to enter the city. The city was kept in Christian hands, notwithstanding, thanks to the various Castilian counteroffensives, and the eventual arrival of the army led by the future Count of Alba, which came in support of Manrique²⁸⁹.

This sort of improvised defence could be very effective, at least until the assailants could come up with the right countermeasure. At Alhama, in 1482, the Castilians took the *alcázar* by surprise, which prompted the Muslim defenders to hem them inside and blockade any escape. They set up barricades defended by crossbowmen and *espingarderos* in the streets around the castle, blocking the manoeuvres of the Christians. The fortress could only be left using the small streets which were continuously harried by Muslim shooters. The Christians responded by simultaneously attacking the front gate, the rooftops, a hole bored into the wall and the wall which led from the fortress to the city. The Muslims were thus forced into flight, seeking refuge in the mosque. When the Christians set fire to the doors of the mosque, the defenders finally surrendered²⁹⁰.

Occasionally defenders were able to recover the initiative, thereby turning from static defenders into attackers. This happened at Laguardia, where the Navarran defense which

²⁸⁸ CJII-CODOIN, 182-5.

²⁸⁹ CH, 164-6; Letter: 166-74

²⁹⁰ CRC-FP, II, 5-13.

was undergoing a siege used a truce to excavate a mine that opened onto the main square. They established a predetermined time for a simultaneous sally from both the castle and the mine, in order to take back the gates and the towers. The manoeuvre was a failure, however²⁹¹. Nonetheless, having the initiative in street fighting had some advantages, moreso if the defenders had a fortified position that dominated the town. This disposition enabled the defenders to control enemy movement, and reveal vulnerabilities that could be attacked. At San Vicente de la Sonsierra, the conquering Castilians, once they had taken the walls, focused on the pillaging of the town in complete disorder. The Navarrese garrison that was cooped up in the castle, saw a window of opportunity and attacked Gómez González de Butrón, who had to be rescued by his father Gonzálo Gómez de Butrón. In the end, the patient Navarrans were victorious, and they left the rattled Castilians behind as they ran back to the safety of the keep, bearing the prisoner Gómez, and rendering Gonzalo a casualty²⁹². This type of counter-offensive also occurred at Atienza. The Castilians of Álvaro de Luna were repeatedly attacked in order to thwart their attempt to take control of strategic positions of the Arrabal, which would have enabled an easier assault on the town walls. Most of the fighting, in fact, took place around the church which the constable was intent on turning into a strong place with stockades and barricades²⁹³.

After the assault and the street fighting, if the attackers emerged victorious, they still could be confronted with a final obstacle in the castle, which leads us to the last of our typologies of urban combat.

5.3.3. Siege of intra-urban fortifications

Laying siege to urban fortifications was a natural consequence of the previous two categories, regardless of whether assaults were by surprise or not. Chronicles unfortunately provide sparse detail regarding how these were carried out. This prompts me to extrapolate some examples from the Castilian War of Succession (1475-1479), which is garnished with far greater detail in this respect.

Warfare was focused on securing strong positions, strategic locations which ensured control of the town. These were normally solid stone buildings with easy defences,

²⁹¹ CJII-CODOIN, 211-3.

²⁹² CJII-CODOIN, 165-6.

²⁹³ CAL, 190-7.

usually the castle or *alcázar*²⁹⁴. The fortress was not only the best fortified position, but also the logical last place of defence. Inner-city fighting at Burgos, Zamora, Madrid, Uclés, Toro or Castronuño, among many other cities and towns, involved the siege of their respective castles.

Once the enemy host had entered the city, resistance gravitated around strong points within the walls –usually churches or, less often, houses–. Churches were excellent defensive positions because of their sheer masonry. Those that were near the fortresses were preferred options, for they could hinder the siege of the castle and work in tandem with it. The *Crónica Incompleta de los Reyes Católicos* describes how the chapel of Santa María la Blanca in Burgos ‘was fully supplied, had good people and a large trench around’. Because it was so close to the castle, ‘each building helped one another’. The Isabellan assault acknowledged that this position and the support both structures provided each other was an enormous advantage for the defense of the city. Taking the church was necessary in order to reach the castle, particularly given the precedent of Fernando the Catholic, who had previously tried in vain to take both positions at the same time²⁹⁵.

The example pointed out illustrates the effectiveness that a combination of fortress-nearby stronghold had for maintaining urban defences. There were occasions, however, when this support could be a double-edged sword. If one of these positions fell, they would promptly be used to assail the other one with far greater danger, which is what ultimately happened in Burgos. Once the supporting stronghold had been taken, the siege on the fortress became much easier, providing time and cover to create tunnels and bombard the castle walls from closer range, which maximized the impact²⁹⁶. A similar situation happened in Zamora. Once the city walls had been breached, the defending Portuguese sought shelter in the fortress, the Cathedral and a building nearby. The building was a house which served to protect the temple, which, in turn, protected the castle. The house was knocked down, prompting the attack on the Cathedral²⁹⁷. Its last defenders held the tower until they fled to the castle –the last surviving Portuguese position– through a wicket²⁹⁸.

²⁹⁴ Rodríguez Casillas has usefully pointed out the importance of these buildings, with abundant examples from wars and violence in which they had become key strongholds. Rodríguez, ‘*A fuego e sangre*’, 171-8.

²⁹⁵ CRC-FP, I, 150-1; CEIV-AP, II, 229-30; CI, 257.

²⁹⁶ CRC-DV, 39; CEIV-AP, II, 230.

²⁹⁷ According to Pulgar, the defenders sued for mercy, giving up the fight. CRC-FP, I, 169-72.

²⁹⁸ CRC-DV, 50; CEIV-AP, II, 248-9.

Expectedly, the church would be used by the Isabellan party to assail the fortress, using the tower to shower the castle interior with darts and *espingarda* bullets²⁹⁹.

Defender movements tended to systematically retreat to the next defensive position. This, as Rodríguez Casillas has pointed out, was an application of the ‘obsidional reflex’ to urban combat³⁰⁰. This strategy, however, was far from static. Just like when a city was being besieged, defending implied carrying out sorties aimed at improving defensive positions, and wearing down the morale and resources of the assailing army. This is well exemplified at Burgos, or at the siege of Laguardia in 1430, mentioned above³⁰¹.

To this point, we have been focusing on defensive strategies, with little attention to the offense. What were the tactics used by attackers to offset the ‘obsidional reflex’ of their opponents? Honestly, when defenders closed themselves into formidable bulwarks, attackers could do little else but to patiently lay them siege, using conventional mechanisms. If possible or necessary, forward positions of the defenders could be assaulted, thereby attempting to reduce the strength of the defensive network and facilitate the siege of further positions. At Burgos, as mentioned before, there was an initial attempt to lay siege both to the church and the castle at the same time, but this proved inefficient. Hence, all efforts were placed on taking the chapel until it fell. Nevertheless, these sieges could last an indeterminate amount of time, and their effect often focused on the isolation from provisions and water of defenders. Often, this required extra-mural encirclements of fortresses, or the building of walls within the city, to ensure that defenders could not communicate with the outside. This occurred both at Zamora and Madrid. A wall was built, ‘which was so large and wide that the people in the fortress, if assisted by outside armies, could still not enter the town, or vice-versa, unless they went through the gates which the Duke had garrisoned’. These parapets could, at times, be mere barricades, as in Uclés and Castronuño³⁰².

²⁹⁹ CEIV-AP, II, 267-8.

³⁰⁰ Rodríguez, ‘Corrió la sangre por las calles’, 47.

³⁰¹ CRC-FP, I, 150-1, 165-6.

³⁰² CRC-FP, I, 255-6, 298.

5.3.4. Common characteristics of urban combat in 15th century Castile

The three categories described above contain some common qualities which help present a more precise picture of the nature of urban warfare in 15th century Castile. The most evident characteristic is the limitations that a built and inhabited environment imposed on tactics. Urban morphology constrained the strategies available. For one, houses constituted solid barriers which made outflanking manoeuvres difficult, and thus reduced combat space, especially when it was faction warfare or assaults. Unlike open field skirmishes, fighting in the city was often three-dimensional. At Coín, in 1485, during a failed assault attempt to the town, the Muslim defenders withdrew until they had reached a square. Meanwhile, the Castilian attackers advanced under a rain of stones and tiles from the windows and rooftops³⁰³. Even the ground could be deadly, as witnessed by the battle of Laguardia.

These dangers made cover an indispensable pre-requisite for advancing through streets, something which was illustrated in the battles at Sevilla and Huéscar. Commanders had another tactical toolkit at their disposal: fire. Flames were very inexorable in cities where most buildings were made of wood. They could be used to open routes through the city or to beleaguer defensive positions. We have described the failed attempt by Hurtado de Mendoza to burn down those houses in Cuenca which the Bishop had used to barricade his enemies in. Fire was unavoidable when sieging urban fortifications, once the defenders had hemmed themselves in them. The first tactic used by the defending garrison was the burning of the houses adjacent to the fortress. This was done by the local Muslims when they retreated into the alcázar at Antequera, in 1410³⁰⁴. Another example can be found in Madrid, which in 1476 was under the control of the Marquis of Villena, loyal to the cause of Juana against Isabel the Catholic. The town was attacked by the Duke of the Infantado who, after fighting at the gate of Guadalajara, managed to force the Marquis' faction back to the alcázar, but 'the governor [alcaide] set fire to the houses near the fortress'³⁰⁵. In the 1475 attack on Burgos a similar action took place. The defenders who held the castle made sorties to burn several houses –Fernando del Pulgar counted 300 of them– in the Calle de

³⁰³ CRC-FP, II, 158.

³⁰⁴ CJII-G, 467-72.

³⁰⁵ CRC-DV, 80.

las Armas, a street which was next to the access to the church of Santa María la Blanca³⁰⁶. Indeed, burning the residential blocks near fortresses was commonplace, primarily for three reasons: destroy indefensible positions, deny the assailant the possibility of cover, and clearing a range for a shooting from the defender's position. If this destruction wasn't done in advance, the enemy could make use of the buildings to facilitate the approach, which happened at Atienza in 1446. There, the defenders only set fire to houses near the walls, but the rest of the suburb was left standing. As a result, when the armies of Juan II and Álvaro de Luna arrived, they comfortably settled in the emptied neighbourhood. The defensive plan was then to proceed to bombard the unsuspecting Castilians with trebuchets set up at the hilltop. In a flagrant display of optimistic miscalculation, the master engineer had guaranteed that 8 days of bombardment would level the suburb. The houses, however, stubbornly maintained their verticality, enabling the forces of Luna to approach the wall, all the time using the residences to maintain cover, while showering the defenders with darts shot from makeshift arrowslits drilled into the walls³⁰⁷.

The scale of combat is nevertheless important. Faction struggles may have had significant preparation and tactical planning, as in the case of Cuenca in 1447, but they were nonetheless only medium-scale confrontations. Large-scale battles, such as those in the Castilian War of Succession, inevitably led to the third category: sieging inner fortifications. Fighting resembled street-combat less, and was merely limited to the setting up of encirclements around strong places, primarily the fortress or palace. The actual manoeuvres and tactics employed were similar, given that the objective was to secure a densely inhabited and constructed area. Churches were, by definition, architectural strongholds. Their stout masonry and tall towers provided a vantage point over surrounding streets. Examples of this were the churches of San Marcos, both at Sevilla and Cuenca, or the church of San Pedro, which the castle garrison had attempted in vain to take using stairs and blankets³⁰⁸. The obsidional reflex is not monopolized by the third category enumerated above, because it is also significant for the first two. These, however, perhaps because of their smaller scale, always relied more heavily on genuine street-fighting.

³⁰⁶ CEIV-AP, II, 229-31; CRC-FP, I, 150.

³⁰⁷ CAL, 186-90.

³⁰⁸ CH, 513-6; CJII-BAE, 662-3.

The outcome of urban battle was also affected by other factors besides scale, such as the size of opposing forces and the arrival of reinforcements. This latter factor was closely conditioned by control of the access to the city. Whoever held the gates could effectively fend off any support for the opponent and, in turn, facilitate the arrival of friendlies. Such a constrained battlefield was the medieval city, that this could be the difference between victory and defeat³⁰⁹.

Naturally, the presence of buildings entailed enormous coordination challenges, far beyond what could be found within an open battlefield. Medieval streets were a labyrinth; the constable Iranzo had been compelled, because of this, to divide his forces –chronicles number them at 3,300 men– between six streets, during an urban combat at Jaén, in 1467³¹⁰. This partition made it difficult, at times, to assist the forces in other streets. At San Vicente de Sonsierra, once the defenders had retreated to the castle, they sallied upon one of the groups, returning behind the safety of the keep before the attackers could pounce on them in greater numbers. This made the use of reserve forces vital, which was a strategy employed by Bishop Barrientos in Cuenca's battles of 1449, by locating thirty men in the main square for rapid deployment against wherever this was needed³¹¹. In addition, given the propensity of urban warfare to splinter into small fronts, it was the subordinate command structure which carried most of the tactical brunt, unlike open battles with large contingents moving at once. During the second day of riots at Toledo, a dyer dispersed the *conversos* which were laying siege to a church, directing them to break a hole in a house wall, from which a bombard could be fired³¹². This artisan did not hold a socially respectable position, but he did have initiative in a situation of chaos and movement. His idea was heard, and then carried out.

The characteristics of urban warfare described rendered it extraordinarily dangerous. The quote which inaugurates this section reveals Luis de Pernía's interest in avoiding it at all cost. Valera and Palencia probably paraphrased Pernía after the death of the Andalusian knight, albeit the accuracy will never be ascertained. The example described proves how, in urban combat, even the most experienced warrior could die at the hands of

³⁰⁹ Etxeberria, 'La ciudad medieval como campo de batalla', 280.

³¹⁰ HCMLI, 330-3.

³¹¹ CH, 513-6; CJII-BAE, 662-3.

³¹² Martín, *Historia de la ciudad de Toledo*, 1040-5.

a fresh recruit. In this role, shooters were especially empowered. As also occurred in mountain war, the main assets of the nobility were lost: a mounted knight held little advantage, and on foot missile fire was particularly dangerous. The *espingardas*, even the artillery, saw their general lack of precision greatly compensated by their tactical value in urban warfare. Pernía was not the only victim to their fire: during the assault to Santa María la Blanca in Burgos, in 1475, two of Fernando the Catholics' most loyal knights were shot down by bullets which pierced their armour³¹³. It was, after all, John France who claimed that 'street-fighting was just as costly in the Middle Ages as at Stalingrad'³¹⁴.

In conclusion, urban warfare was not altogether that different from any standard conflict, because the key objective was controlling space. In the case of cities, this meant holding strong points like castles or churches. Nonetheless, it does have certain peculiarities. Tactics had to adapt to the goals and disposition of combat zones, and they were rife with coordination problems, which often prompted the empowerment of the lower command. These specific features of urban warfare were there already in the pre-industrial world. As in today's examples, blood also ran through medieval streets, turning cities into battlefields.

³¹³ CEIV-AP, II, 229-30.

³¹⁴ France, *Western Warfare in the Age of the Crusades*, 109.

6. Pitched Combats: Battles, Skirmishes and Ambushes

All siege and attrition operations are two pillars of medieval warfare. The third pillar was pitched combat: skirmishes, ambushes and open battles. In order to analyze this type of operation, however, it is necessary to first define clearly what a battle is¹. This, however, is far from simple. Already José Almirante in his compendious *Diccionario Militar* written in 1869, pointed out that such a definition varies between authors, and is often even contradictory. Almirante himself confessed his incapacity to elucidate such a definition, contenting himself with merely stating the complexities involved².

The truth is that determine what is a battle is not an easy thing, not for the medieval period. Christopher Marshall admitted that it was hard to draw a line between different types of military operations. More recently, Carlos Rodríguez Casillas has attempted to approach the same problem, reaching the conclusion that a battle is a ‘multifaceted feat of arms’ which is ‘impossible to define by itself’. Both scholars have, however, had a go at providing a definition. For Marshall, a battle is a confrontation in which at least one of the contenders seeks to achieve military victory through field engagement³. Rodríguez Casillas would add that the contemporaries need to consider the confrontation worthy of remembrance⁴.

In any case, certain events are unmistakably battles: Las Navas de Tolosa (1212), El Salado (1340), Nájera (1367), Aljubarrota (1385), all of which are Castilian events prior to the period dealt with here. In addition, other famous late medieval battles such as Bannockburn (1314), Crécy (1346), Tannenberg/Grunwald (1410), Agincourt (1415), San Romano (1432), Kutna Hora (1421), Veneuil (1424), Varna (1444) or Towton (1461) would always be considered within such a category⁵. The Castilian 15th century has a few

¹ It is tempting to include decisiveness as a ‘Clausewitzian’ criterion for determining whether a confrontation is a battle. But this is hardly applicable to the Middle Ages. First of all, because we would have to determine what constitutes ‘decisive’. Second, even in other eras truly decisive battles would be hard to find. The only exception to this may be Hastings (1066). For more on this issue see Morillo, *The Battle of Hastings*, XV-XX and Harari, ‘The Concept of Decisive Battles’, *passim*.

² Almirante, *Diccionario militar*, I, 142-5.

³ Marshall, *Warfare in the Latin East*, 145. García Fitz accepts the position of Marshall. García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 286.

⁴ Rodríguez, *La batalla campal*, 17-21.

⁵ At times, this is also nuclear. Morillo considers that not even the list of great Anglo-Norman battles is unquestionable. Morillo, *Warfare under the Anglo-Norman kings*, 144-5.

such events which would be qualified as major battles: La Higuera (1431), Olmedo (1445 and 1467) and Toro (1476). It becomes more challenging to distinguish between larger skirmishes and minor battles.

Georges Duby considered that what distinguished a skirmish from a battle was the ‘search for the absolute’, in which one called upon ‘the gravity and liturgy of destiny’⁶. More recently, Alastair Macdonald established a classification of open encounters to explain Scottish medieval leadership in the Later Middle Ages. In it, encounters could be skirmishes, minor battles and major battles, and the difference was mainly quantitative. Skirmishes were fought by less than a thousand individuals. Lesser battles were larger, and they were known by a name. Major battles saw the deployment of main field forces, gathering more than 10,000 men. This difference in size, however, removes from the upper category some very important encounters. Another complication is that, often, only chronicles provide any figure regarding numbers, yet these sources are plagued with problems when describing size of armies. Even in good faith, figures were, at best, estimates⁷.

An alternative method to Macdonald is presented by Kelly DeVries when studying infantry tactics of the early 14th century. For him, a battle only happens when both armies are fully prepared to engage each other, and they organize tactics accordingly⁸. Medieval battles, contrary to long-standing clichés, were not chaotic melees. Confusion could set in once the confrontation was underway and an army had broken up into groups. This was quite true in cavalry engagements, because horsemen’s combat was necessarily more fluid and mobile. Nonetheless, tactics were an essential part of preparation; if an army wanted a real chance of success unit needed to move in coordination. DeVries’ method, however, also has its drawbacks. Chronicles are inconsistent in their use of terms and while some of them describe battles in great detail, others only do it passing, depending on what primary sources they had access to, or whether it was in the chronicler’s best interest to do so.

⁶ Duby, *El Domingo de Bouvines*, 150.

⁷ Macdonald himself concedes this limitation, choosing to question figures when there is only one chronicle to support them. MacDonald, ‘Triumph and Disaster’, 258-9.

⁸ DeVries, *Infantry Warfare*, 7-8. Three of the nineteen battles he analyzes are considered merely ambushes because they did not comply with these criteria.

Indeed, a writer's agenda could very well lead him to vividly detail certain contests, and obscure others⁹.

An alternative option is to consider battle any encounter that is designated thus. According to the *Siete Partidas*, battles were only those open engagements in which each army was led by its sovereign, and all banners were unfurled¹⁰. This criterion is so strict that it would leave out momentous engagements like La Higuera (1431), in Castilian history, or foreign events such as Agincourt (1415), Castillon (1453), Towton (1461) or Barnet (1471), all fought by English and all, according to the *Partidas*, not really battles. Kings, it has been pointed out before, often delegated the command of royal armies to trusted and/or experienced leaders.

Relying on chronicles, however, quickly reveals that for their authors, the term used to label field engagements could vary, sometimes even in contradictory ways. A chronicler might call a combat victory or *desbarato* –‘upset/overturn’–, two terms commonly applied to larger field clashes, while other chroniclers may directly called it ‘battle’. The private war between the marquis of Cadiz and the duke of Medina Sidonia in 1473, and an engagement from 1483 serve as good examples. In the first case, the *Crónica anónima* and Diego de Valera mention combats between the contenders on a daily basis, although ‘of all of them, only one can be called a battle’. Palencia, however, considers that event as a mere *celada*¹¹. Ten years later, the Granadans carried out a raid that was stopped by the marquis, the lord of Palma and the people of Utrera and Lopera. The ensuing fight is called *desbarato* by Pulgar, but Valera and the *Historia de los Hechos del Marqués de Cádiz* consider it a ‘great victory’. It would be Bernáldez that christened the engagement as the battle of Lopera, the name by which it is known today¹².

⁹ In that regard, it should be noted that the Chronicle of Álvaro de Luna is the source that best narrates the events that occurred in the battles of La Higuera and Olmedo, the two great battles of the Constable.

¹⁰ Following an Alphonsine typology, a *hacienda* would be the battle between two chieftains, and *lid* would be a fight in which there were no banners, or organization of the knights into *haces*. Sánchez-Arcilla, *Siete Partidas*, Segunda Partida, Título XXIII, Ley XXVII.

¹¹ Expectedly, the HHMC also calls this encounter a battle. MDH, 231-3; CA, 391-2; HHMC, 178-9; CEIV-AP, II, 82-5.

¹² CRC-FP, II, 92-4; CRC-DV, 173-5; MRC, 145-8; HHMC, 222-6; GG, 111-2. Bernáldez tends to use the term battle for encounters which others call victory or *desbarato*. The fact that the Bernáldez –also known as the priest of Palacios– wrote his account later than the rest of the authors may have prompted this. The remembrance of these encounters may have, as time would have it, soared into the epic. An event that may have not been important in its day became, with time, larger than life. Bernáldez is the only chronicler to mention, and call battle, the event at Lomo del Judío in 1482. MRC, 121-3.

Chroniclers cunningly tried to manipulate our understanding of the past events by toning some events down, and others up, all the more so when these were stories written on commission, an especially noticeable feature in particular chronicles or biographies. The *Hechos* of the marquis of Cadiz are a perfect example of this. After the failed attempt to take the town of El Burgo in a night escalade in 1484, the marquis found his return cut off by a large Muslim force. The Christian attempt to pass them was called a ‘great battle’ in the *Hechos*¹³. Nonetheless, this is the only narration that even mentions it at all. A better example is provided by Álvaro de Luna. The *Crónica del Condestable* elevates the confrontation at Pampliega in 1444 into a pitched battle between Luna and his great enemy, the king of Navarre¹⁴. The *Crónica de Juan II*, on the other hand, doesn’t even give the event a name, and the description reveals little more than a skirmish¹⁵. Palencia, indeed, confirms this by labeling it as a ‘light skirmish’¹⁶.

These manipulations and uncertainty bewray the importance that the concept of battle had for contemporaries. Perhaps the greatest expression of that fascination is Diego Rodríguez de Almela’s *Compilación de batallas campales*, a massive compendium of battles for a long period published in 1487. It is still hard to ascertain why, for Almeida and others, certain events were battles and others, sometimes larger ones, were not. Confrontations like Zurgena (1407), the Vega of Granada (1432), *Torre de Xequé* (1455) or Quesada (1468) may well be considered battles, and yet none of them even deserved that status for contemporaries¹⁷.

It is therefore only with great difficulty that one can define a battle in the Middle Ages. All models provided by scholars and academics are highly subjective. Only the motivation, time period, and origin of an author can explain what their criteria were. The definition, therefore, is forcibly open, changing and adaptative. This warrants a greater

¹³ HHMC, 234-236

¹⁴ Cal, 155, 164.

¹⁵ CJII-BAE, 622-3.

¹⁶ GH, I, 17. A local Biscayan source, the *Anales Breves de Vizcaya*, qualify this event as a skirmish. Aguirre, *Las dos primeras crónicas*, 153-4. This document focuses on local events, but the author often mentions things happening in the wider Crown of Castile. More often than not, it is the great feats of arms which merit this exception. Given that they were written in the 1440s, the events mentioned refer to the Castilian Civil War that took place from 1437 to 1445.

¹⁷ Philip Morgan, referring to what constituted a battle, provided an example from the English Civil War of 1321-1322. Among the many pitched encounters that may have warranted the definition of battle, only Boroughbridge received this distinction. This has prompted historians to repeatedly use the terms ‘skirmish’ and ‘preliminary engagement’ to label the other encounters. Morgan, ‘The Naming of Battlefields’, 35.

effort on my behalf for providing a definition. In this study, a battle is an open pitched engagement of certain entity –both in the size of the contenders and in relevance–, in which the rivals commit most, if not all, of their forces. This encounter must have tactical deployment and may have been perceived by chroniclers as a battle.

How many battles, then, were there in 15th century Castile? Almela included in his *Compilación* several battles with Castilians involved, each one briefly regesting the events. In total, he includes twenty battles between 1410 and 1479 -some of them have little or no presence in contemporary chronicles¹⁸. The definition proposed above would include five major battles and twenty-one minor ones for the totality of the century¹⁹. This modest amount –considering the major wars Castile was involved in, and the constant frontier tension– would support Bradbury’s claim that battles were merely 1% of medieval warfare. Indeed, pitched battles were only 5% of all Castilian war operations in the 15th century²⁰. The remaining 95%, however, includes skirmishes, *celadas*, of which chronicles reveal around 150. Therefore, it can be said that field engagements were roughly one third of the total military operations that took place in 15th-century Castile.

6.1. Size of the armies, duration, and losses

The number of troops available is the main factor determining tactics. In order to analyze battles, therefore, one first has to ascertain the size of the armies. This is an easy enough task when there is detailed administrative documentation available. However, when the sources available are only narrations, the military historian has to struggle with unreliable, or even fabricated, data. This was due to many reasons. On the one hand, even the keenest observer can only approximately quantify even when he is looking at the army. In addition, chroniclers are known embellishers: underestimating their side and

¹⁸ Rodríguez de Almela, *Compilación de las batallas campales*, battle number 206 to number 232. It appears that, although the book was printed in 1487, Almela himself declares that it only covers until 1481, thereby leaving out the War of Granada.

¹⁹ The encounters which I consider should be included in battles are in Tables 8, 9 and 10. I have made flexible use of the proposed filters, so that not all have to be met to be a battle. The filters are: to be considered a battle in the chronicles, to have tactics employed, to have opponents with more than 100 people each, and each side commits most of its forces to it. Relying on the criterion of the chronicles is useless in isolation, but it is the best initial filter.

²⁰ Bradbury, *The medieval siege*, 71.

overestimating the opponent so that any victory is heroic, and every loss inevitable²¹. Stepping beyond the flashing light of motivation, some recent studies have focused on this tendency from the point of view of medieval ideology. The numbers of troops, and losses, may have deeper significance within the mentality of society back then. Numbers, therefore, don't have to be taken at face value –chroniclers always provide round numbers, anyway–, but rather as mere indicators²².

TABLA Nº 8. NUMBER OF COMBATANTS IN THE BATTLES OF THE REIGN OF JUAN II²³

Year	Battle	Troops	Sources
1407	Zurgena	Castilians: 80 MA, 500 J, 3,000 F Muslims: 500H, 2,000 F	CJII-G, 164-7
1410	Boca del Asna (Antequera)	Muslims: 5,000 H, 80,000 F	CJII-BAE, 318
1412	Morvedre	<i>Adelantado Mayor</i> of Castilla: 600 H, 600 F Valencians: 400 H, 15,000 F	CJII-G, 554-6
1429	Araviana	Castilians: 150 MA, 50J, <i>few</i> F Navarrese: 400 H, 400 F	CJII-CODOIN, 167-168.
1431	La Higuera (Vega de Granada)	Muslims: 4,000-5,000 H, 100,000-200,000 F	CJII-CODOIN, 294; CAL, 133; CH, 104; CJII-BAE, 498
1432	Vega de Granada	Castilian and Muslim allies: 750 H Muslims: 500 H, 500 F	CJII-CODOIN, 365
1435	Guadix	Castilians: 1,500 H, 6,000 F Muslims: 2,300 H, 40,000 F	CH, 203; CJII-BAE, 521
1441	Torote	Íñigo López de Mendoza: 200 MA, 60 J, 30 F Juan Carrillo de Toledo: 500 H, 1,200 F	CH, 390; CJII-BAE, 578
1442	Barajas	Juan Ramírez de Guzmán: 200 MA, 100 J Fernando de Padilla: 180 MA, 220 J	CJII-BAE, 609
1443	Andújar	Juan de Guzmán: 300-600 H Rodrigo Manrique: 300-600 H	CJII-BAE, 613
1445	Olmedo	Álvaro de Luna: 2,000-2,600 H, 2,000-4,000 F <i>Infantes</i> of Aragón: 2,500 H	CH, 459-63; CAL, 167-8; CJII-BAE, 626-8
1448	Rio Verde	Castilians: 300 H, 400 F Muslims: 2,000 H, 10,000 F	CH, 498
1452	Alporchones	Castilians: 297 H, 1,915 F Muslims: 600 H, 1,500 F	CJII-BAE, 676

Chronicles provide figures for most battles in 15th century Castile. There are exceptions, however, like Boca del Asna (1410) and La Higuera (1431), which only have partial amounts; or Ajofrín (1470) and Mungia (1471), which have none whatsoever. The numbers provided for Castilian armies are summarized in the figures below, revealing their somewhat modest size. In eight or nine of the total 22 battles the totals are still in the hundreds. The battle of Andújar (1443) presents some doubts, because it is only briefly mentioned in Galíndez de Carvajal's *Crónica de Juan II*. He refers to the number of troops

²¹ France, *Victory in the East*, 124.

²² García Fitz, following Jean Flori, points out that the development of mathematics and exact sciences have led us to believe that the value of numbers is an exact representation of reality. García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 353-4.

²³ Key: MA (men-at-Arms), J (*jinetes*), L (lances), H (horsemen), K (knights), F (footmen).

6. PITCHED COMBATS: BATTLES AND SKIRMISHES

quite cryptically: ‘the people on both sides could be 600 mounts, nearly the same on one side as on the other’²⁴. Thus, it is unclear if the number of troops that fought that day were a total of 600, or 1,200.

TABLA Nº 9. NUMBER OF COMBATANTS IN THE BATTLES OF THE REIGN OF THE ENRIQUE IV²⁵

Year	Battle	Troops	Sources
1455	Torre de Xeque	Castilians: 220 H, 900 F Muslims: 800 H 8,000 F	MDH, 12-13; CA, 27-9
1462	Madroño	Castilians: 200-370 H, 400-600 F Muslims: 1,300-4,000 H, 4,000-10,000	MDH, 70-1; CA, 118-9; CEIV-EC, 175-6; MRC, 11-12; GH, 237; HHMC, 160-161
1467	Olmedo	Enrique IV: 750 MA, 950 J (EC); 350 L, 630 MA, 450 J, 2,500 F (AP); 350 H, 600 MA, 450 J, 1,000 F (V-CA) Alfonso: 1,150 L (EC); 580 K, 270 MA, 500 J, 500 F (AP); 600 H, 270 MA, 480 J (V-CA)	MDH, 123-31; CA, 208-15; CEIV-EC, 275-80; GH, 419-26
1468	Quesada	Castilians: 100 H, 400 F Muslims: 900 H 3,000 F	MDH, 151-3; CA, 264; CEIV-AP, 271-2
1470	Cerro de las Vigas	Alonso de Monroy: 500 H, 400 F Gómez de Solís: 1,500 H, 2,500 F	VHMAAM, 95
1470	Ajofrín	-	MDH, 181-2; CA, 320-1; CEIV-AP, I, 324
1471	Mungia	-	MDH, 188-9; CA, 334-6; CEIV-EC, 368-9; CEIV-AP, II, 20-2
1473	Alcalá de Guadaíra	Pedro de Estúñiga: 130-150 H Fernán Arias de Saavedra: 250-400 H, 500 F	MDH, 231-3; CA, 391; CEIV-AP, 83-4; HHMC, 178-9

TABLA Nº 10. NUMBER OF COMBATANTS IN THE BATTLES OF THE REIGN OF THE CATHOLIC KINGS²⁶

Year	Battle	Troops	Sources
1476	Toro	Castilians: 2,500-3,000 H, 5,000 F Portuguese: 3,500 H, 5,000 F	MRC, 57-59; CEIV-AP, 273; CRC-DV, 73
1479	La Albuera	Castilians: 850 H, 500 F; 1,300 H, 3,000 F (Pina) Portuguese: 700-1050 H	CRC-FP, I, 372; IV <i>Década</i> , 117; MRC, 80; Pina, 866
1482	Lomo del Judío	Castilians: 72 H, 30 P Muslims: 260 H	MRC, 121-3
1483	Lucena	Castilians: 270-400 H, 400-1,500 F Muslims: 700-1,500 H, 1,200-9,000 F	CRC-DV, 167; MRC, 131-2; GG, 104
1483	Lopera	Castilians: 1,050-1,090 L, 600-1,200 F Muslims: 1,200-1,700 H	DV, 173; MRC, 145; GG, 111-2; HHMC, 223-5

²⁴ CJII-BAE, 613. For the source references of the figures mentioned in this section, I refer to the attached table.

²⁵ Key: MA (Men at Arms), J (*Jinetes*), L (Lances), H (Horsemen), K (Knights), F (Footmen).

²⁶ Key: MA (Men-at-Arms), J (*Jinetes*), L (Lances), H (Horsemen), K (Knights), F (Footmen).

A number of other pitched battles sees a few thousand Castilians fight. According to chronicles, only six battles saw more than 3,000 Castilians fight: Zurgena, Guadix, the two battles of Olmedo, Cerro de las Vigas and Toro. The battle of Albuera would also be included if we were to trust the figures provided by the Portuguese chronicler Rui de Pina. For that engagement, Castilian authors say that the sum of horsemen and footmen barely amounted to one thousand, but Pina claims there were 1,300 horsemen and 3,000 footmen²⁷. In any case, the number of engagements of larger scale may have been larger, because there are no figures provided for Boca del Asna or La Higuera. These battles were probably also more numerous, because the Castile invested greatly in the armies that fought. In the first one, the regent commanded the army, whereas in the second one it would be king himself. For these reasons, it would not be a foolish assumption to consider that in them, too, more than 3,000 Castilians fought. The little evidence that chroniclers do provide seem to support this supposition.

For Boca del Asna, the chronicles provide no estimated size of the army at the engagement, but they do point out that Fernando de Trastámara had set out with an army of 2,500 men at arms, 1,000 *jinetes*, and some 10,000 infantrymen²⁸. In addition, there is the letter that the regent himself sent the cities to inform them of his victory –which the chronicles pick up–. It specifies that in the *real* of the bishop, which is where the main battle took place, there were 1,000 men-at-arms and 3,000 footmen²⁹. The battle of La Higuera has even less information. As previously mentioned, the *cabalgada* led by Álvaro de Luna, which joined the main royal host, was carried out by an army of several thousand horsemen and infantry. When the main royal army entered the kingdom of Granada on its way to the Vega during late June 1431, his *delantera* had 1,000 *jinetes* while the vanguard led by Álvaro de Luna was composed by 2,500 men at arms³⁰. We don't know how many men were in the royal battle and the flanks, but it is logical that these would

²⁷ Pina, *Crónica*, 866. Both Castilian and Portuguese chroniclers tended to overstate enemy numbers to increase the prestige of victory, or to justify defeat. The Castilian *IV Década*, written by Palencia enumerates 850 Castilian and 800 Portuguese horsemen –with the support of 250 Castilian horsemen, supporters of Juana–. On the other hand, Valera describes 800 Portuguese, but more Castilians –800 horsemen and 500 footmen–. Finally, Pulgar only mentions the number of Portuguese integrated in the *batalla* commanded by the bishop of Évora: 700 horsemen.

²⁸ CJII-G, 381.

²⁹ CJII-G, 398.

³⁰ CJII-CODOIN, 283.

increase those figures significantly. Hence, at La Higuera, the battle must have been of similar size to the encounter that had occurred twenty-one years prior.

These two battles probably saw large armies collide, albeit some of the others plausibly include numbers bloated for dramatic purposes. One such example is the Cerro de las Vigas, a victory for Alonso de Monroy which is mentioned in several chronicles, and yet only his own biography includes any figures. In that battle, in which he overcame the grandmaster of his own order of Alcántara, it is quite possible that his biography would embellish his achievement, although his initial inferiority and spectacular victory is plausible. Another encounter, the 1435 battle of Guadix, is known through a letter – transcribed in the *Crónica del Halconero* – that Fernando Álvarez de Toledo sent Juan II informing him of the events. The missive, however, fails to inform regarding the size of the Castilian host³¹. The compilation written by Galíndez de Carvajal is the only source to provide figures: 1,500 horsemen and 6,000 footmen.

Overall, it seems that only rarely did a 15th century battlefield see ten thousand Castilians fight. Narrative sources usually oscillate between several hundreds and a few thousands, when figures are provided at all –although, as mentioned above, even for some battles without data one can surmise the army size–. The largest engagements were the 1445 battle of Olmedo and the battle of Toro, more than three decades later. In the first battle Álvaro de Luna was capable of mustering an army that slightly outnumbered his rivals. Even the higher end of the figures provided, however, sees a battle with a total of seven thousand men: 2,600 men-at-arms and *jinetes*, and 2,000 pawns fighting for the constable, and around 2,500 cavalymen under the banner of the *Infantes* of Aragon³².

The decisive battle of Toro, on the other hand, did not engage 8,000 men, if we rely on the figures provided by Bernáldez: 2,500 horsemen and 5,000 pawns. These numbers do not include the Castilians that fought in favor of Juana under the command of Alfonso V of Portugal³³. Even these numbers, however, are suspect, because the *Memorias del*

³¹ CH, 200-9.

³² Total numbers are offered by Galíndez de Carvajal. Other sources contain less detail. The *Crónica del Halconero* doubles the number of pawns, and lowers the amount of horsemen at the service of Luna to two thousand. The constable's own chronicle describes the composition of the battle of Álvaro de Luna in detail –780 men-at-arms and 200 *jinetes*–, but little detail is provided for the rest of the army. All he does is provide a global figure of 1,400 horsemen.

³³ MRC, 57-9.

Reinado de los Reyes Católicos is the latest chronicle used in this study, far detached from the events described then, and the author is the most keen in exaggerating the victory in favor of the Catholic Kings. He maintains the number of horsemen for the Portuguese army, but knowingly reduces the Castilian horsemen by one thousand –if we are to trust other authors, writing closer to the events: Palencia and Valera³⁴–. Pulgar confirms this, although without any figures, by stating that both cavalries were roughly equal³⁵.

Despite the evident tampering with figures that chronicles present, their totals fall within the range of plausibility. Unfortunately, there is little administrative documentation which could help ascertain just how close to reality these authors really were. Ladero Quesada has proven that, for the campaigns of the War of Granada, the Catholic Kings had an unforeseen capacity to muster troops, being able, in the 1480s, to bring together tens of thousands of men, on a scale never before seen in medieval Iberia³⁶. That was, indeed, a period of great development of the state by the kings, once the civil wars had been left behind. It would seem likely that a king could, at will, bring together ten thousand men for a battle³⁷. But rendering the figures of chronicles realistic does not mean they were real.

The total number is an interesting indicator, but it is very insufficient if there is no information to the composition of an army. The diversity of the battles listed impedes any attempt to establish a standard ratio. In addition, in many cases pawns are disregarded in the sources, skewing any such proportion in favor of horsemen. It is highly probable that, even when no figures are given for footmen, these also were present. When narrating the battle of Andújar, Galíndez de Carvajal only counts the mounts of armies facing each other off. Nonetheless, his narration goes on to mention how Juan de Merlo, in his rash pursuit of a defeated enemy, found himself surrounded by enemy pawns who had sealed off a bridge³⁸. The occasions in which chronicles overlook the *pedites* in the battlefield are many,

³⁴ Both authors coincide in giving the Castilian horsemen tally at 3,000 on that March 1st 1476 on the banks of the Duero river. None, however, provide any information regarding the footmen. Valera and Palencia, by specifying that they did not fight, at least acknowledge their existence. Only Bernáldez provides a total number of pawns.

³⁵ ‘There was little difference in the number of mounted men on one side and the other’. CRC-FP, I, 211.

³⁶ Ladero, *Castilla y la conquista*.

³⁷ The figures developed by García Fitz are somewhat more modest for the High Middle Ages. García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 366. If we factor in the demographic growth that took place during the 15th century recovery, the economic development of the kingdom, and the improvement in the recruitment mechanisms, the figures that 15th century chronicles provide, although unreliable, can still serve to highlight a growing trend.

³⁸ CJII-BAE, 613.

as will be seen below. Obscuring the role, and importance, of footmen in medieval chronicles bears witness to their role as, among other things, propaganda. Only the number of *lanzas* truly measured the size and prestige of an army, regardless of how much infantry was with them³⁹. This tells us about the ideology of the chroniclers, of the social component that covered the exercise of war in the medieval centuries, but it also tells us which was the most prestigious and most valued weapon in the tactical sphere.

Once the Castilian involvement in battles of the 15th century has been quantified, it is time for the adversaries to be approached numerically. There are two types of rivals: other Christians and Muslims. With the former just a few engagements can qualify as battles. It appears that chroniclers altered figures in different ways depending on the religion of the rival. When they were other Christians, numbers were usually tweaked to stress the numerical inferiority of the Castilian side without altering much the figures of the opponent. The cases of Toro and La Albuera, which have already been analyzed, see a Portuguese-Castilian opposition whose size is not exaggerated. At Araviana, a Castilian defeat is explained away by insisting on the Navarrese superiority in numbers –with clearly bloated figures⁴⁰–. An unusual case in which enemy numbers are exaggerated for Christians is the battle of Morvedre or El Codolar, which took place in 1412. Both the chronicles and the letter sent by the adelantado mayor of Castile to Fernando de Trastámara provide an acceptable number of mounted troops, but a grossly exaggerated number of footmen: 15,000. Confusingly, both sources insist that three in four enemy footmen were armed⁴¹. These figures, however, are suspicious, albeit the Valencian opposition, fighting so near their city, may have come to the support en masse, thereby dwarfing the army of the adelantado.

When the foe is Muslim, chronicles have a freer hand to overstate the size of Muslim troops. Thus, the heroic image of a handful of Castilians being able to overcome an immense Muslim host is persistent throughout different chronicles. Nevertheless, a few exceptions may arise from the chronicles as in some battles the different sizes of the armies

³⁹ Naturally, there were many exceptions because of terrain, and the quality of the infantry. See section 6.3.3.

⁴⁰ Interestingly, a letter sent by Juan de Gurrea, who was a *frontalero* (frontier captain) at Tarazona, recalls the action quite differently, pointing out that Mendoza had 400 horsemen and 300 footmen. Olivar, ‘Documents per la biografia’, 110-120.

⁴¹ This claim might refer to either 5,000 pawns who were unarmed, or more probably to 10,000 pawns who were wearing armor.

is not so great, even in the prior Vega of Granada encounter from 1432. At Alporchones, according to Galíndez de Carvajal, the Castilian infantry was more numerous than the Granadan one by four hundred men, which helped compensate the mounted superiority of the Muslims by three hundred. The battle at Lomo del Judío also shows clear superiority by the Muslims, but the numbers are still believable. These three examples, however, are mere exceptions.

Granadans, apparently, were able to muster medium size armies with a few thousand men: battles of Zurgena or Quesada⁴². Even including all the divergence among the different sources, they all point to a strong cavalry fielded by the Muslims at Lopera⁴³. Nonetheless, more than half the battles are described as heroic clashes in which a far smaller Christian army overcame formidable Muslim hosts. This is where enemy armies benefit from a standard practice among Christian chroniclers, already common in the High Middle Ages⁴⁴. Many infidel armies exceed ten thousand men: Río Verde⁴⁵, Torre de Xequé, Lucena⁴⁶, and some versions of Madroño⁴⁷. Fernando Álvarez de Toledo, in his letter to Juan II regarding the 1435 battle of Guadix, had no qualms in numbering the enemy infantry in the tens of thousands⁴⁸.

The two major battles held against Muslims are the ones when size of the foe is more exaggerated: Boca del Asna and La Higuera. In the first battle, the *Crónica de*

⁴² The 1407 battle is odd, because the Castilians declaredly outnumber the Muslims both in cavalry and infantry, a very unusual example from Castilian medieval chronicles.

⁴³ As mentioned before, the chronicles from the reign of Enrique IV assigned a similar number of mounted troops to both sides in the second battle of Olmedo, which took place sixteen years prior in a kingdom which was far larger and more populous than the Nasrid kingdom.

⁴⁴ García Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 353-66.

⁴⁵ The list 15th-century Castilian battles contains only two Castilian defeats: the aforementioned Araviana and Río Verde. In the second case, the Castilians were dealt a defeat by the Granadans due to what appears to be an abysmal difference in numbers. The report sent by Seville to Juan II, mentions only 1,500 Granadan horsemen split into three battles. The same source increases the number of contending Castilian horsemen by one hundred, albeit no word is given of the footmen. López de Coca, 'De nuevo sobre el romance Río Verde', 17.

⁴⁶ Valera describes a Muslim contingent of 400 horsemen and 1,500 pawns. Palencia, however, only counts 1,200 pawns. Bernáldez, on the other hand, inflates the number to 9,000, with 700 horsemen.

⁴⁷ At Madroño the differences between chroniclers are very clear, and consistently overestimating the Muslim troops. Bernáldez mentions 3,000 horsemen and 4,000 infantrymen. Palencia and Valera, on the other hand, reduce the number of cavalrymen to 1,300 and 1,500 respectively, whereas the footmen are increased to 8,000. The most conservative estimate is provided by Enriquez del Castillo, who, nonetheless, still describes 2,300 Muslim horsemen. Expectedly, the highest figures are provided by the biography of the victor in that battle, Rodrigo Ponce de León. The HHMC has the Granadan army include 4,000 horsemen and 4,000 infantry. MRC, 11-2; GH, 237; MDH, 70-1; CA, 118-9; CEIV-EC, 175-6; HHMC, 160-1.

⁴⁸ Cavalry, or so the letter leads to believe, would include the hefty figure of 2,300 horsemen.

Juan II only mentions the estimation which the Castilian reconnaissance force made of the Granadan cavalry, after counting the tents in their encampment: 5,000. Later in the story, the author reveals that many Granadan troops, both mounted and on foot, had stayed behind to guard the Nasrid *real*. It is unlikely, therefore, that the staggering total would have engaged in the battle⁴⁹. Galíndez de Carvajal, nonetheless, has the 5,000 horsemen and no less than 80,000 pawns in the final encounter⁵⁰. The 1431 battle of La Higuera has fallen to similar manipulation. The accounts of García de Santa María and the *Crónica de Álvaro de Luna* are silent, but the *Crónica del Halconero* goes over the top by numbering the Granadan host in 4,000 horsemen and one hundred thousand pawns. Once again, Galíndez de Carvajal outmatches them all by adding another thousand horses, and doubling the enemy infantry. This exaggeration of troops, as we have seen, was not unknown when recounting battles against other Christians, but it is evident that the tendency to oversize the troops is greater when the confrontation is covered with religious connotations.

The amount and composition of the troops deployed is handy information when combined with the duration of the battles. After analyzing the wars of the Middle-Eastern Crusader realms during the 13th century, Christopher Marshall concluded that, just like the number of contenders, the duration tended to be exaggerated by chroniclers. Hence, several of the encounters lasted several days⁵¹. Castilian narrators were seemingly less exaggerated, even though they rarely do provide any information. From the information we have, they lasted between one and four hours, with 2-3 the most common duration⁵². Some encounters, however, were rather quick. At Albuera, a battle which Pulgar times at three hours, the *Historia de la Orden de Santiago* concedes that it only lasted fifteen minutes⁵³.

What time of day a battle happened was a different issue. Some battles took place in the morning, but not most. At Torote the engagement began between 'third hour and

⁴⁹ CJII-G, 392, 396.

⁵⁰ The anonymous author of a presumably contemporary letter estimated the Muslim army at 4,000 horsemen and 50,000 infantrymen. García, 'Carta de quando se gano antiquera'.

⁵¹ Marshall, *Warfare in the Latin East*, 152.

⁵² Some larger skirmishes may have lasted as long as these battles. Thus, the 1476 encounter between Álvaro de Mendoza and the Portuguese troops, led by the count of Peñamazor lasted four hours. Eight years later, the combat that the HHMC presents as a failed attempt on El Burgo in 1484, lasted two hours. Finally, three intense skirmishes –which Pulgar calls battles– between Castilian siege troops and the defenders of Baza in 1489, lasted two, four and even twelve hours each. CRC-FP, I, 190-2; 375, 400-1, 405-7; HHMC, 234-6.

⁵³ CRC-FP, I, 374; Vargas-Zúñiga, *Don Alonso de Cárdenas*, XXXIV.

midday', and it took two hours to resolve⁵⁴. Most encounters appear to happen after midday, particularly after the *nones* –ninth hour⁵⁵. Some began even later. The second battle of Olmedo, according to the victory missive sent by *infante* Alfonso to the towns and cities, began before vespers and lasted three hours⁵⁶. Naturally, any encounters beginning so late in the day were liable to be interrupted by nightfall, when the darkness made it impossible to distinguish friend from foe, and even get one's bearings⁵⁷. Boca del Asna began at the ninth hour, and was brought to an abrupt end by sundown⁵⁸. La Higuera also began at the same time –'at *nones* and vespers'–, and ended likewise⁵⁹.

Another consequence of a late start was that there would be no pursuit of the defeated. This, together with the possibility of nearby secure positions, or reinforcements, for the enemy –it was, after all, their territory–, often reduced the possibility of conclusive victories. The first battle of Olmedo, which began a couple hours before sundown, failed to result in complete victory and running down of the enemy because of nightfall⁶⁰. Nonetheless, few doubted the outcome of the battle. The same cannot be said for the battle of Toro. After a long pursuit from Zamora, Fernando was able to catch up with the Portuguese army close to Peleagonzalo, near Toro. It was almost sundown, so the ensuing encounter was fast: the royal battles of Fernando the Catholic and Alfonso V clashed for just one hour⁶¹. The Castilian right flank was defeated, and darkness impeded any meaningful pursuit of the fleeing Portuguese troops –given, also, how near Toro, loyal to Alfonso V, was– made the victory somewhat lackluster. Intense propaganda, however, turned this partial victory, into a total and decisive triumph⁶².

⁵⁴ CH, 390-2.

⁵⁵ What may have blossomed into the battle of Cogolludo was cut short when the kings of Navarre and Aragon attacked the fortified *real* by surprise which was commanded by Álvaro de Luna. This attack took place on July 1st, 1429, at *nones* hour. CJII-CODOIN, 71. However, it is suspicious that this time of day is reiterated so often as a starting time for engagements, perhaps more a cliché than reality.

⁵⁶ Abellán, *Fuentes Históricas Jerezanas: Documentos del infante-rey*, 92-4.

⁵⁷ Naturally, depending on what season of the year it happened in, night could arrive sooner or later. Araviana, for example, took place on November 11, 1429. By starting in the *nones* in one of the shortest days of the year, nightfall came rapidly, luckily for Íñigo López de Mendoza and the Castilians. CJII-CODOIN, 168.

⁵⁸ García, 'Carta de quando se gano antiquera'.

⁵⁹ CH, 104-5.

⁶⁰ CH, 464.

⁶¹ CRC-FP, I, 213.

⁶² See chapter 3.2.3.

There is a final quantitative dimension of battles which must be addressed: the number of casualties. Chronicles usually refer to this by deliberately downplaying the friendly losses, and grossly exaggerating those of the foe. When battles are between Castilians, however, rarely is the number of deaths high as can be seen in Table 11. The exceptions may be explained because of the specifics of those engagements. For instance, according to the *Vida* of Alonso de Monroy, many of the grandmaster's men died at the Cerro de las Vigas. It is possible that the prior preparation of the battlefield, and the ferocity of combat may have caused such a high death toll. Nonetheless, this chronicle was written for the greater glory of one of the commanders involved, rendering the data suspicious. At the battle of Mungia, that took place the following year, it is said that there were one thousand dead. This figure is much too high, even for a larger battle than the one taking place in Biscay. It is plausible, nonetheless, that this battle would involve greater losses. Local terrain impeded mounted combat, which the count of Haro had counted on. In addition, the local nobility led a fierce infantry together with veterans of many years of private wars, which were probably more ruthless.

TABLA Nº 11. NUMBER OF CASUALTIES IN BATTLES AGAINST OTHER CHRISTIANS⁶³

Year	Battle	Troops	Sources
1412	Morvedre	Valencians: 3,000 dead, 1,500-2,000 captive	CJII-G, 557
1441	Torote	7 'gentiles hombres' dead, 30 squires captive (CH) 20 Mendoza's MA dead and 'some' men of the <i>Adelantado</i>	CH, 393; CJII-BAE, 578
1442	Barajas	4 of Guzmán's nephews dead, as well as 'some others'	CJII-BAE, 609
1443	Andújar	40 MA 'from both sides'	CJII-BAE, 613
1445	Olmedo	22 dead and 'many injured' (CH) 37 dead, 200 captive, 200 injured that died later	CH, 465; CJII-BAE, 629
1467	Olmedo	Enrique IV: 40 dead, 240-250 captive Alfonso: 5 dead, 70 captive; 100 dead and 70 captive (DV)	MDH, 130; CA, 214; GH, 426
1470	Cerro de las Vigas	Gómez de Solís: 'Many dead', 500 captive	VHMAAM, 97
1471	Mungía	Conde de Haro: 300 H, 700 F dead	CA, 336; MDH, 189; CEIV-AP, 22
1473	Alcalá de Guadaíra	Pedro de Estúñiga: 16-7 dead	MDH, 232-3; AC, 392
1476	Toro	Castilians: 5 dead Portuguese: 800 dead and captive; 1,200 dead (MRC)	MRC, 59; CEIV-AP, II, 273; CRC-DV, 73
1479	La Albuera	Castilians: 15 dead; 10 dead (MRC) Portuguese: 85 dead; 30 squires dead and 300 captive (MRC)	<i>IV Década</i> , 119; MRC, 81

⁶³ Key: MA (men-at-Arms), J (*jinetes*), L (lances), H (horsemen), K (knights), F (footmen).

A final battle with high mortality rate between Castilians is that of Toro. Interestingly, a few authors comment on the price that the supporters of Juana paid for their defeat. Valera mentions 800 ‘dead and captives’, while Bernáldez raises the figure to 1,200 dead –while no number of prisoners provided–. None of them, however, detail how many fell on the Isabelline side. Only Palencia does so, claiming that just five Castilians died the evening of March 1st, 1476. It is likely that the defeat of the Portuguese-supported Juana was not quite so devastating. After all, all accounts describe a battle in which numbers were even. In addition, as mentioned above, the battle itself was short. It began in the evening, and abruptly ended with nightfall. Nevertheless, chronicles were part of a medieval monarchy’s propaganda system, something which the Catholic Kings knew and used all too well. Hence, in order to magnify this pitched battle into a resounding victory, the enemy deaths were bloated. After all, a civil war relied on gaining the allegiance of the undecided, and instilling doubt in the enemy, regarding who should sit on the throne.

The highly probable low death toll for the battle of Toro was due mainly to the short duration. Something similar happened at the first battle of Olmedo. The author Valera stated that ‘because the battle was engaged so late, there were few dead and captives’⁶⁴. Most casualties occurred when the defeated army fled in a panic, being unable or unwilling to defend themselves against pursuing cavalry. But low death counts do not only happen in evening battles. Other civil engagements also saw relatively few kills because in those battles the enemy was a compatriot, with the same culture, ethics and chivalric moral code –which prioritized taking prisoners over slaughter⁶⁵. Captives warranted great ransom profits, whereas killing them presented no ulterior gain⁶⁶. A third reason for this low body count is due in part to technology. In the 15th century full plate armor reached its highest degree of sophistication, providing a security never seen before⁶⁷. Palencia and Bernáldez

⁶⁴ Valera, *Valeriana*, 325-6. The CH points out that ‘if night had not cut it short, there would surely have been many more dead and captured’. CH, 465.

⁶⁵ Other civilian conflicts may have warranted greater hatred between contenders, resulting in greater slaughters. This is, apparently, what happened during the War of the Roses, in 15th century England. Goodman, *The wars of the Roses: Military activity*, 208-9; Goodman, *The wars of the Roses. The soldiers’ experience*, 187-8.

⁶⁶ There are many stories regarding the knights captured in the midst of battle. One of the most curious is the reference to the capture of Pedro de Quiñones by a squire during the first battle of Olmedo. Quiñones asked his captor to take off his helmet since he was injured. To do such a thing, the squire asked Pedro to hold his sword, which the dishonorable knight did not hesitate to use against his confident captor and flee. CJII-BAE, 629.

⁶⁷ Vale, *War & Chivalry*, 105-28; Keen, *La Caballería*, 302-4.

do not coincide in their death tolls for La Albuera, but the latter justifies the few dead because ‘since they were heavily armored, there were few deaths, despite the battle lasting a while’⁶⁸.

These reasons may explain the low number of casualties to a smaller or greater degree of satisfaction. In civil war, these low attrition rates, together with the modest army totals, are credible: the body count most of the times does not reach one hundred. In the second battle of Olmedo there were fifty dead. Nonetheless, these are figures provided by advocates of *infante* Alfonso, so it is perhaps unsurprising that of the total dead forty-five were suffered by Enrique, while only five of Alfonso’s men perished⁶⁹. The only Enriquist supporter, Enríquez del Castillo, who was a direct witness, fails to provide a death toll at all. Sometimes only the chronological difference between authors can explain the diversity in the figures. The *Crónica del Halconero* mentions 22 fallen in the first day of Olmedo, while Galíndez de Carvajal describes 37 dead, and 200 wounded that eventually died as well in the days after⁷⁰.

An additional problem with the sources when handling body counts is that they may have only cared about ‘quality’ corpses. The infantry, poorly armed and trained, was liable to die more easily by enemy hands than the men-at-arms and the *jinetes* who belonged to the warrior aristocracy. This was more so during the routs that followed defeat, where they were forced to flee on foot. Nonetheless, their casualties are rarely mentioned. Torote is a good example, because the *Crónica del Halconero* only describes seven dead in the battle, all of which were ‘gentlemen’, thereby revealing that the only bodies being counted were of higher social ranks⁷¹. A year later the battle of Barajas suffers, according to Galíndez de Carvajal, the loss of four nephews of the *comendador mayor* of Calatrava, Juan Ramírez de Guzmán. The author fails to acknowledge the losses suffered by the Fernando de Padilla

⁶⁸ MRC, 81.

⁶⁹ It is possible that the 100 dead may be a copying error. It doesn’t make sense to proclaim a victory when there were so many fallen. In addition, the MDH tends to echo word for word –with some exceptions– the CA, making a copying mistake more likely.

⁷⁰ The CH also mentions the wounded who ended up dying because of their injuries. CH, 465.

⁷¹ Galíndez de Carvajal, as usual, overstates the number of fallen for Íñigo López de Mendoza to twenty, pointing out that ‘some’ of the men of the Adelantado also perished.

–*clavero* at Calatrava– camp, who were ‘not men of the faction’, which probably refer to prominent men⁷².

Ultimately, except in those cases which are easy to explain through their context, chronicles reveal battles between Christians as relatively un-bloody events⁷³. When the enemy was the Granadan Muslim, however, things were quite different. The natural tendency of chroniclers to inflate rival casualties while reducing their own becomes very pronounced. Hence, friendly forces often appear to have only a handful of deaths while the enemy numbers are staggering. Certain battles bear witness to this manipulative tendency of chroniclers: the 1432 Vega of Granada, Guadix or Lomo del Judío. The greatest disparity between friendly and foe body counts is Boca del Asna⁷⁴. The number of enemy fallen is sustained above one hundred, sometimes surging into the thousands or tens of thousands. This is a formidable contrast with the previously mentioned battles among Christians, in which the enemy fallen rarely reached one hundred.

Despite the various narrative inconsistencies which can be noticed in Table 12, all figures provided are consistently exaggerated, even among the most prudent estimates⁷⁵. The highest numbers, if taken at face value, would see a total of 41,218 Granadans dead in battle between 1407 and 1483. Considering that, according to Ladero Quesada, the estimate population of the Nasrid kingdom in 1480 was around 300,000, this death toll figure is utterly incredible⁷⁶. These numbers, therefore, must be understood within the ideology that the chroniclers believed in, and whose work nurtured. An ideology in which Muslim defeats had to be staggering⁷⁷. Nonetheless, it is likely that battles against Granadans were far

⁷² CJII-BAE, 609.

⁷³ As in the number of troops deployed, Morvedre also is different in the number of losses, with over three thousand Valencians dead.

⁷⁴ The letter sent by Fernando de Antequera to the cities fails to mention how many Granadans died ‘because these were countless’. He had no problem, however, counting the ten Christians who also perished. Galíndez de Carvajal provides the highest body count: 120 Christians and a whopping 15,000 Granadans.

⁷⁵ The biggest differences are seen at El Madroño, Quesada, Lucena or Lopera. Notwithstanding, the various figures only reinforce the general trend.

⁷⁶ Ladero, *Granada. Historia de un país islámico*, 41. This figure means 14% of the Granadan population, albeit the deaths were caused throughout seven decades. The proportion, nonetheless, is still very high and, therefore, clearly exaggerated.

⁷⁷ Alvira, ‘La muerte del enemigo’, 403-23.

deadlier. As Prestwich and Morillo pointed out, trans-cultural wars tend to be far more brutal than intracultural ones⁷⁸.

TABLA Nº 12. NUMBER OF CASUALTIES IN BATTLES AGAINST MUSLIMS⁷⁹

Year	Battle	Troops	Sources
1407	Zurgena	Muslims: 78 H, 100 F dead, 19 H captive	CJII-G, 167, CJII-BAE, 280
1410	Boca del Asna (Antequera)	Castilians: 10-120 dead Muslims: 15,000 dead	CJII-G, 399; CJII-BAE, 320
1431	La Higuera (Vega de Granada)	Muslims: 10,000-12,000 dead	CJII-CODOIN, 294; CAL, 133; CH, 105
1432	Vega de Granada	Castilians and Muslims allies: 10 H Castilians and 20 H Muslims allies dead Muslims: 200 H dead	CJII-CODOIN, 366
1435	Guadix	Castilians: 3-4 dead Muslims: 400 dead	CH, 207; CJII-BAE, 522-3
1452	Alporchones	Castilians: 40 dead, 200 injured Muslims: 800 dead	CJII-BAE, 676-7
1462	Madroño	Castilians: 30 H, 150 F dead (EC) Muslims: 1,400 dead (EC); 2,000 H, 5,000 F dead (HHMC)	CEIV-EC, 175-6; HHMC, 167
1468	Quesada	Muslims: 800 dead and captive; 200 dead, 500 captive (AP)	MDH, 152; CA, 264-5; CEIV-AP, 272
1482	Lomo del Judío	Castilians: 4 dead Muslims: 100 dead, 3 captive	MRC, 123
1483	Lucena	Muslims: 1,000 dead (FP); 1,400 dead and captive (MRC); 3,800 dead and captive (DV); 2,000 dead and 700 captive (AP)	CRC-FP, II, 71; MRC, 132; CRC-DV, 167; GG, 105
1483	Lopera	Muslims: 800 dead and captive; 1,000 dead (MRC)	CRC-DV, 175; HHMC, 226; GG, 112; MRC, 148

6.2. Deployment and Battle Order

On the battlefield Castilian armies were organized in *batallas*. This term, as in other Western European vernacular languages, tends to have, among others, the meaning of both the encounters, and the sub-divisions of armies⁸⁰. According to Francisco Gago-Jover, a

⁷⁸ Morillo defines trans-cultural war as ‘war in which perceptions of cultural difference influenced the conduct of war, altering it significantly from the patterns of intra-cultural war’. Morillo, ‘A General Typology of Transcultural Wars’, 1-14; Prestwich, ‘Transcultural warfare’, 43-56.

⁷⁹ Key: MA (men-at-Arms), J (*jinetes*), L (lances), H (horsemen), K (knights), F (footmen).

⁸⁰ *Battle* in English, *bataille* in French, *batalha* in Portuguese. Goodman, *The wars of the Roses: Military activity*, 163; Monteiro, *A guerra em Portugal*, 291.

15th century *batalla* was ‘each one of the parts an army was divided into’⁸¹. This definition, vague yet appropriate, could be enhanced to define battles as autonomous tactical units⁸².

When two armies faced each other in the field of battle, among the clamor of trumpets, there is little more a commander could do⁸³. It is therefore vital that any preparation be done beforehand. This included establishing the organization of the host into smaller units which could function self-sufficiently in the fray, and carry out distinct roles, in coordination between *batallas*. David Nicolle points out that the French and Anglo-Norman cavalries in the Higher Middle Ages were organized in ‘*échelles* or squadrons’, although he concedes that the relation between ‘*échelles*, *batailles* or operational battalion is unclear’. These operational structures were composed of the basic tactical unit, the *connois*, which included 20-24 knights arranged in 2-3 lines⁸⁴.

Despite the apparent similarities between this description and the modern battalion –itself a term derived from *battle*–, these terms should not be confused. Stephen Morillo has warned against this use of modern terminology, which echo a regular, rigid hierarchical structure and an internal organization which medieval armies were wholly alien to. These were irregular, heterogenous and temporary⁸⁵. Any perception that these armies were, for all encounters, maintained an internal organization and *batallas* and, in turn, smaller sub-units is ill-advised. Nonetheless, it is possible that, when armies were large, and certain operational flexibility was required, the *batallas* may have had regular internal structures. The *escuadras* –squadrons– may have been the preferred sub-units⁸⁶. Several sources report the existence of these squadrons throughout the 15th century. In the missive sent by Diego de Ribera to inform of his successful *celada* at Colomera, he mentions two *escuadras*: one participating in the fighting, and the other held back in reserve⁸⁷. Sources also mention them at Toro and La Albuera⁸⁸. The fact that on all these occasions the same term is used

⁸¹ Gago-Jover, *Vocabulario militar castellano*, 75.

⁸² Goodman, *The wars of the Roses: Military activity*, 167; Monteiro, *A guerra em Portugal*, 291.

⁸³ See chapter 2.2.3.

⁸⁴ Nicolle, *Medieval Warfare Source Book*, I, 129.

⁸⁵ Morillo, ‘Milites, Knights and Samurai’, 181.

⁸⁶ Gago-Jover defines *escuadra* as ‘a certain number of soldiers together in a unit’. Gago-Jover, *Vocabulario militar castellano*, 167. Sometimes these units were called *tropeles*.

⁸⁷ CH, 71-3.

⁸⁸ Toro will be commented below. Regarding La Albuera, Pulgar points out that the grandmaster of Santiago divided his battle into three squadrons. CRC-FP, I, 371.

hardly means the substance was identical –inconsistent terminology is a recurring problem in these types of sources⁸⁹–. Nonetheless, it seems that an *escuadra* was a tactical unit beneath the *batalla*, and it had its own commander. However, it cannot be considered part of any hierarchical or permanent organization system⁹⁰.

In the second battle of Olmedo several *batallas* on the Enrique side were subdivided into smaller *escuadras*. The smaller units led by the marquis of Santillana and Beltrán de la Cueva were split in two, whereas Pedro de Velasco's battle required three squadrons⁹¹. The best example, however, of how armies were subdivided is the first encounter at Olmedo. The *Crónica del Condestable* describes a relatively complex battle formation, with 780 men-at-arms⁹². The battle had a front rank of fifty chosen horsemen which would carry out the initial charge. Behind them was the core, with two flanks, each one subdivided into *tropeles* of 80-100 men at arms each. Finally, there was the central part, the largest sub-unit of the battle. The source provides, in addition, the total number of fighters under the command of the constable, but the figures for the flanks are inconsistent, which renders the central core total –330 and 410 men-at-arms, depending on the size of the *tropeles*–. An interpretation of what the resulting formation may have looked like is provided in the diagram below.

⁸⁹ In this way, squadrons and battles may have meant the same thing for certain authors. Several marching orders divides the column into battles and squadrons, but the latter do not appear to be smaller units. The raid carried out by Álvaro de Luna against Granada in 1431, the *escuadras* were the flanks of the main *batalla* of the constable. The marching orders of 1483 and 1485 are mentioned by Pulgar, but he is ambiguous in his use of the two terms. CRC-FP, II, 74-5, 148-52. CH, 95-6. Regarding marching orders more information in section 4.2.

⁹⁰ The royal decree in which Juan II confirmed the benefits given to Álvaro de Luna describes in detail the first battle of Olmedo. When referring to the movement of troops under the command of the constable, he is leading his '*batalla e alas e escuadras*'. He thereby implies that these were different types of units, and they were in order of importance. Paz, 'Versión oficial', 841.

⁹¹ CEIV-EC, 276. Pedro de Velasco held the main battle, so it is possible that those flanking squads were the actual *alas*.

⁹² CAL, 165-8.

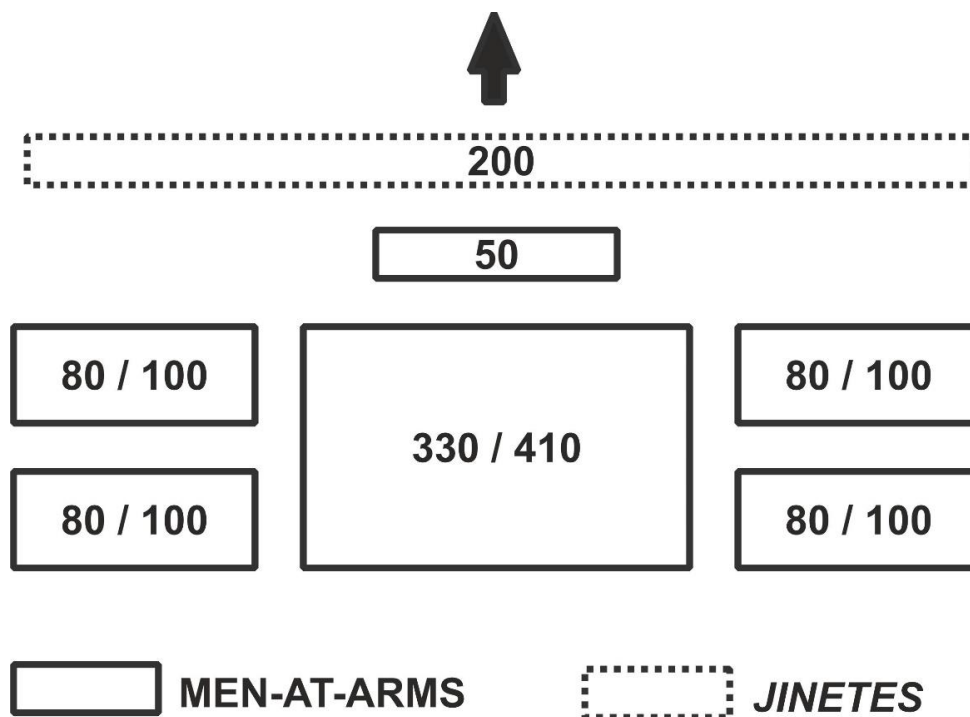


Fig. 11: Internal composition of Álvaro de Luna's *batalla* at the Battle of Olmedo, 1445.

This example is the most detailed available, but there is no evidence to sustain that battles were usually structured so thoroughly⁹³. Subdividing military units provided great tactical flexibility, but also increasing vulnerability. In the battle of Toro, the flanks of Fernando the Catholic included, according to Pulgar, *batallas* divided into *escuadras*. Far from useful, this fragmentation of Castilian forces, together with their purported inferiority, was the reason which the chronicler used to justify that the right flank was defeated. While the supporters of Isabel were ‘divided into six parts’, the opposing Portuguese battle ‘went all together’⁹⁴. Portuguese sources, however, do specify that their left flank, led by the prince –future king João II– was also divided in two⁹⁵.

The internal composition of *batallas* was based, according to Rogers, on bonds that were based on ‘region, lordship, and ethnicity or nationality’, together with attached groups that were too small to be units themselves⁹⁶. These notions were probably behind 15th-

⁹³ During the first battle of Olmedo, the *batallas* of prince Enrique and Juan II were themselves protected by *alas*. CJII-BAE, 628.

⁹⁴ CRC-FP, I, 212.

⁹⁵ Pina, *Crónica*, 844.

⁹⁶ Rogers, *Soldiers' lives*, 72-3.

century Castilian battles as well. At the first battle of Olmedo the *batalla* led by the grandmaster of Alcántara included the troops he had recruited⁹⁷. The constable Álvaro de Luna, at both Olmedo and La Higuera, led battles in which feudal and lordship relationships kept the unit together⁹⁸. This composition provided the battles with certain internal cohesion, albeit sacrificing any possible balance between the units deployed for battle⁹⁹.

Batallas were, therefore, asymmetrical by nature. Unfortunately, the only encounters that have certain information regarding size and composition of these are the two battles of Olmedo. In the first encounter, the *Crónica del Condestable* points out that the *batalla* led by Luna had 780 men-at-arms and 200 *jinetes*, ceasing to provide any additional information for the rest of the army¹⁰⁰. Galíndez de Carvajal, however, does have more information. He quantifies the constable's *batalla* at 800 men-at-arms, while the battle led by the future marquis of Santillana and the count of Alba only had two hundred horsemen. Similarly, the prince led four hundred, and the grandmaster of Alcántara 550, all mounted. Only the royal *batalla*, under the command of the king himself, came close to the unit under the banner of the constable, with 600 men-at-arms¹⁰¹.

Accounts of the second encounter at Olmedo strengthen many of these ideas and trends. Despite figures varying between chronicles, they all coincide in considering the main *batallas* on both sides to be significantly larger than the rest. Thus, Pedro de Velasco led a unit which had 6-7 hundred cavalymen, while the rest only had 200-350 each¹⁰². Other chroniclers –Palencia and Valera– describe the Alphonsine side as fairly balanced. The difference may be due to the fact that in this case, the main battle, commanded by the archbishop of Toledo, had a reserve *batalla*. This additional unit is included, by Enríquez,

⁹⁷ Although numbers coincide, it is still far from certain.

⁹⁸ On both occasions the strength of the unit was around 800 knights, all coming from the 'house of the constable', which were paid by him, sometimes were his servants, or else brothers, uncles or nephews. CAL, 132-3, 166-7.

⁹⁹ Fernando Castillo Cáceres complained that battle composition was based on social criteria, not tactical necessity. Castillo, *Un torneo interminable*, 216.

¹⁰⁰ CAL, 166-8.

¹⁰¹ CJII-BAE, 628.

¹⁰² The divergences between sources on the number of troops in each battle are evident, although all of them really expose the same, only in a different way.

within the prelate's unit¹⁰³. This variation in numbers is a logical consequence of an even more grievous disagreement: the total number of *batallas* participating.

Apparently, a tripartite battle order, common throughout Western Europe, was also a quite usual in Castile¹⁰⁴. Sources, however, make it difficult to verify this. The 1467 encounter at Olmedo, that is being discussed, is quite confusing for many reasons. One of them, is that the sources available are loyal to one side or the other. Enríquez del Castillo supports Enrique IV, while the others, Palencia and Varela, support Alfonso and his claim to the throne. Unsurprisingly, both sides consider themselves victors, at least by the narrators, so the description is distorted, and unreliable. The problem may be due, in part, to the primary sources used by the chroniclers, or else, in the case of Castillo, the impossibility of apprehending all that was happening in combat. Both sides of narration point out that the opposite side had a fourth *batalla*. Castillo mistakenly took the unit led by Pedro de Fontiveros – captain of the forces of the count of Plasencia– as part of the battle commanded by the archbishop of Toledo, although he later does describe it as a reserve unit, which is confirmed by both Palencia and Valera. These, on the other hand, counted four *batallas* supporting Enrique IV. It is possible that they perceived the *escuadra* led by Juan Fernández Galindo as a full-blown battle, but it was merely the left flank of the *batalla* led by the marquis of Santillana –as Castillo, conveniently, points out–. Enríquez del Castillo was a direct witness of the battle, and his views can be complementary to those of the rival chroniclers. It could be concluded, therefore, that, once all information is analyzed, the second battle of Olmedo saw two tripartite armies collide, although the Alphonsine side did reserve a fourth *batalla*¹⁰⁵.

Another engagement in which three battles could have been deployed is Toro, in 1476. Like on other occasions, chroniclers fail to agree on the deployment enough to know this. Palencia and Valera point out that Fernando ordered his troops into five battles, without including the troops sent to harass the Portuguese rearguard. Pulgar, on the other

¹⁰³ CEIV-EC, 276-7; GH, 422-3; MDH, 126-8; CA, 210-1.

¹⁰⁴ Prestwich points out that, in the 13th and 14th centuries, the English armies formed three or four major units. Goodman, referring to the armies in the War of the Roses, indicates a similar pattern: normally three battles, but occasionally up to five. Prestwich, *Armies and Warfare*, 160; Goodman, *The wars of the Roses: Military activity*, 167.

¹⁰⁵ *Battles* from Enrique's side were led by Pedro de Velasco, the marquis of Santillana and Beltrán de la Cueva, while the ones on the opposite side were commanded by Enrique Enríquez, the clavero of Calatrava, the archbishop of Toledo, with a reserve force in charge of Pedro de Fontiveros, captain of the forces of the count of Plasencia. CEIV-EC, 276-7; GH, 422-3; MDH, 126-8; CA, 210-1.

hand, describes only three¹⁰⁶. Marcelo Flores has analyzed this, and come to the conclusion that both sides of the battle were organized in three sections¹⁰⁷. Nonetheless, the tripartite battle scheme did not constitute a rigid and immovable norm. The small size of the army could prompt the use of a single unit, as in the 1462 battle of Madroño¹⁰⁸. The opposite situation could also happen, with armies deploying more than three battles. Chroniclers point out that in the first battle of Olmedo there were five *batallas* per side¹⁰⁹. At La Higuera there were apparently up to six: The *Victorial* indicates five, but both the *Crónica de Juan II* and the *Crónica del Condestable* describe six battles, whose commanders were the grandmaster of Calatrava, the counts of Niebla, Ledesma and Castañeda, Juan II commanding the royal *batalla*, and Álvaro de Luna leading the vanguard¹¹⁰.

The number of battles on each side were usually identical, begging the question of whether armies preferred to mirror deployments. The second battle of Olmedo again provides more detailed information in this regard. Chronicles mention how, when approaching Enrique's army to the battlefield, the Alphonsine troops arranged themselves *al contrario* –'in opposite form'–. Narrators on both sides point out that each *batalla* was assigned a direct rival unit, evidencing that initial battle orders were detailed to leave nothing to chance¹¹¹. In the 1445 battle it would appear that these initial orders were hasty, in an attempt to improvise and adapt to a changing situation. The army of the *infantes* of Aragon decided to launch three of their *batallas* against the vanguard of Álvaro de Luna, while the remaining two assaulted prince Enrique¹¹².

¹⁰⁶ CRC-FP, I, 208-9; CRC-DV, 68; CEIV-AP, II, 270. Palencia has the five main units with 300 knights each, and the three squadrons sent to hamper Portuguese movement were smaller.

¹⁰⁷ Flores, *A batalha de Toro*, 165-7.

¹⁰⁸ At the beginning, they deployed two or three battles although, when checking the numerical inferiority in which they were, they chose to gather all their troops in a single unit. MRC, 12-4; HHMC, 163-4.

¹⁰⁹ On the side of the *infantes* of Aragon the *batallas* were commanded by the king of Navarre, the count of Castro, *infante* Enrique, the admiral of Castile and the count of Benavente. On the other side, Álvaro de Luna, prince Enrique, the count of Alba, the Master of Alcántara and the king himself commanded the battles. CJII-BAE, 628-9; CH, 463-4; CAL, 168-9.

¹¹⁰ CAL, 133-7; CJII-CODOIN, 293-7.

¹¹¹ A small band of 50 *jinetes* had been observing the king's movements after they had crossed the Eresma river. This scouting party was led by the *clavero* of the order of Calatrava, who would later lead a *batalla* himself on the field. GH, 421; MDH, 125-7; CA, 209-11.

¹¹² CJII-BAE, 628-9; CH, 464. They knew the constable's *batalla* was the largest, so they ordered three of theirs to attack it simultaneously: 'e como ellos sabían que la batalla del Condestable era muy gruesa, e donde venía la más escogida gente, e más usada de guerra, ordenaron que el ynfante don Enrique con su batalla, e el almirante don Fadrique, e el conde de Benavente, e don Enrique, hermano del almirante, e Pero Xuárez

A final question regarding battle preparation was how they were deployed. We can assume that, given enough time, the troops would merely arrive at the designated field of battle. An alternative possibility was to adopt, during the march, the formation that would be used in combat, as Fernando the Catholic did when arriving at Toro in 1476¹¹³. How a marching order was transformed into a battle order, however, is an interesting question. Again, as in many other issues, only the two encounters at Olmedo –with their detailed accounts– provide some information regarding this maneuvering.

During the first battle, Álvaro de Luna led the vanguard all the way from the encampment by the river Adaja to within sight of the walls of Olmedo –where the *infantes* of Aragon were–. This approach formation closely resembles an ordinary marching order, but without the baggage train, and with all the troops battle-ready. Once the army was deployed before the town, Juan II decided to wait for the enemy. But with the sun getting low in the horizon, and not expecting combat on that day, the army picked up and prepared to return to the *real*, with the vanguard of Álvaro de Luna now protecting the rear. Some scouts, at that moment, alerted that the king of Navarre was sallying from the gates. Luna then ordered the rest of the army to turn around, and he prepared to lead the first charge himself while the other *batallas* deployed behind him¹¹⁴.

The resulting encounter contained two distinct clashes, with Luna struggling against three enemy *batallas* –*infante* Enrique, the count of Benavente and the admiral of Castile–, while prince Enrique fought against the king of Navarre and the count of Castro. The *batalla* under the command of the future marquis of Santillana and the count of Alba moved in the support of Luna, while the grandmaster of Alcántara offered his support to the prince. What the Castilian king did is unclear, for no chronicles mentions him in battle. It is, therefore, likely that he stayed behind in rearguard position¹¹⁵. In figure above it can be observed that the deployment was more disorderly than usual, albeit the *Crónica del Halconero* specifies that the *batallas* were ordered to go to ‘the place and arrangement in which they were initially’¹¹⁶. In this battle, the formation was the result of last-minute

de Quiñones, e Rodrigo Manrique, todos aderesçasen sus estandartes e batallas contra la batalla del Condestable; e así lo fizieron, quando llegaron al tienpo del ferir'. CAL, 168-9.

¹¹³ CRC-FP, I, 208-9; CRC-DV, 68; CEIV-AP, II, 270; Flores, *A batalha de Toro*, 165-7.

¹¹⁴ CJII-BAE, 628-9; CH, 464; CAL, 168-70; Paz, ‘Versión oficial’, 840-1.

¹¹⁵ CAL, 170; CJII-BAE, 628-9.

¹¹⁶ CH, 464.

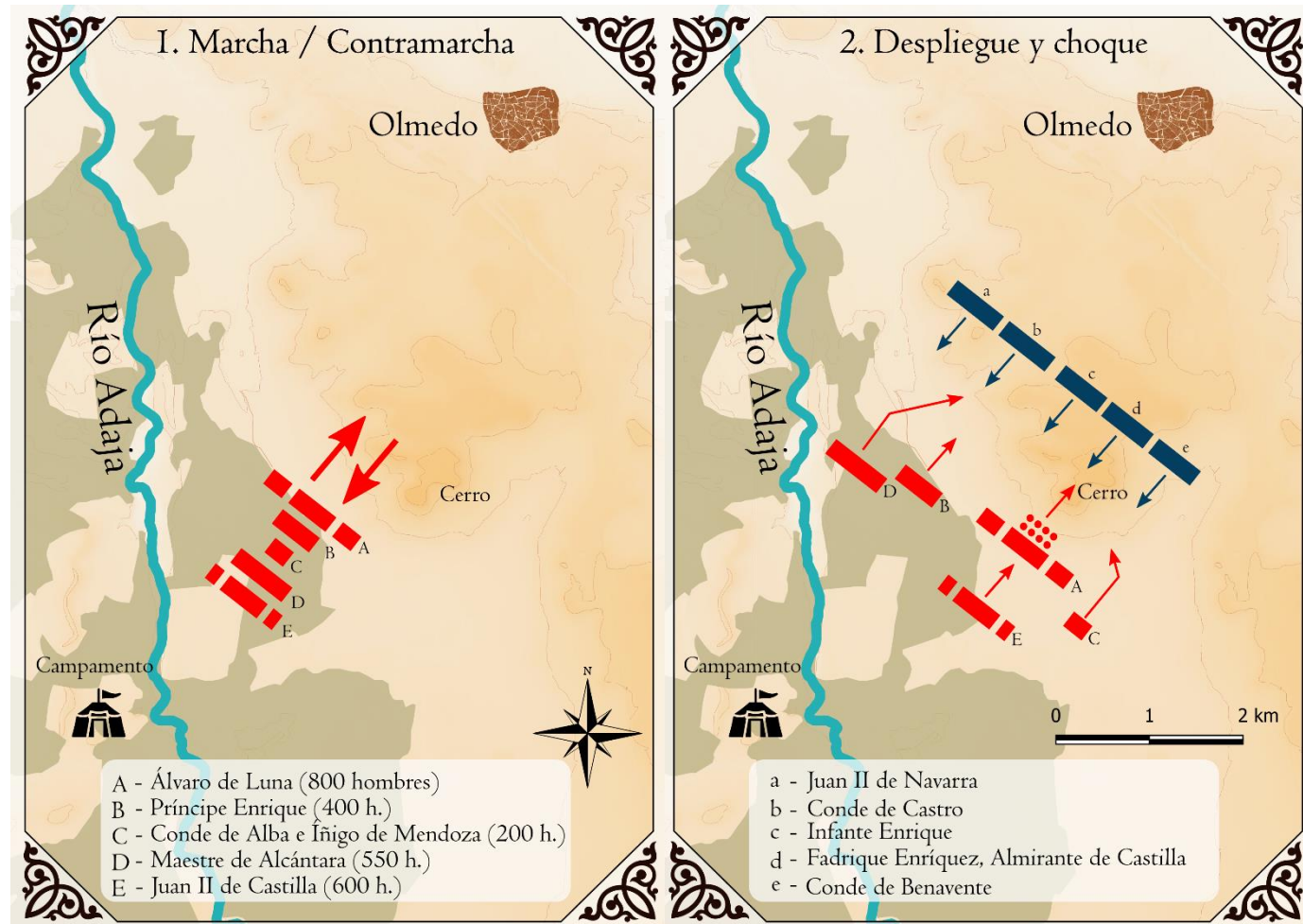
improvisation in which a marching order morphed into battle formation¹¹⁷. Each unit knew its place, and acted accordingly, deploying as *batallas* on both flanks of the constable.

The shift between approaching order and combat formation in the second battle of Olmedo is apparently more thoroughly planned. The army of Enrique IV was approaching the village of Íscar, where the host of *infante* Alfonso was. I already have pointed out how the aim of the former was to come to the latter by approaching Medina del Campo, thereby forcing the contender to the throne to battle, or into humiliating retreat –not a good idea if one seeks to overthrow the current king–. The supporters of Alfonso, therefore, were compelled into battle formation in front of the city walls. The king’s army approached in what was called by the direct witness Diego Enríquez del Castillo a ‘marching order’. This order, therefore, would have resembled that of Juan II in the first battle of Olmedo, with a column of two *batallas*¹¹⁸. The chroniclers supporting Alfonso, however, are less clear, although they do appear to imply it, because they mention Pedro de Velasco attempting to maneuver his troops around, so the sun was behind them, something which is only possible if they are still in marching order. According to Palencia and Valera, this move precipitated the battle, because the Alphonsine supporters decided to charge before the move had been completed¹¹⁹. The confusing and something contradictory accounts of the event do not allow to elaborate an accurate picture of how armies deployed that 20th of August, 1467. It seems, however, that the marching army pivoted so as to have a column turn into a line of battles. It is, perhaps, thanks to this that the final deployment is more orthodox. The marching and battle orders were the same; only by turning at right angles, the formation would be ready for combat. This was perhaps a common practice, given how relatively simple it is.

¹¹⁷ Así lo cree Castillo Cáceres también: Castillo, *Un torneo interminable*, 128-30.

¹¹⁸ CEIV-EC, 275-6.

¹¹⁹ CA, 212; MDH, 128; GH, 423. Velasco’s maneuver may have been no more than a perception by the rival army, rather than deliberate. Considering the royal army was coming from Íscar and Medina del Campo, and when the battle was actually enjoined –vespers, right before sundown–, the position of the sun would hardly have allowed this move to be executed with simplicity.



Mapa nº 9. First Battle of Olmedo (1445).

6.3. Battle Tactics

6.3.1. Heavy Cavalry

The vast majority of pitched engagements that took place in the 15th century involving Castilians –e.g. La Higuera (1431), Olmedo I and II (1445 and 1467) or Toro (1476)– systematically culminated in a clash of cavalries¹²⁰. This has led historiography to consider that the 'Castilian way of war', the battle tactics employed, were irremediably outdated when compared with other European regions. The truth is that Castilian tactics were essentially offensive, concurring with a description found in the chronicle of constable Álvaro de Luna (constable from 1423 to 1453). The author has Luna give a speech, moments before the battle of La Higuera, in which he defends the advantages of rapid aggression¹²¹. This philosophy is far from uniquely Castilian. Jean de Bueil, in his popular *Le Jouvencel*, urges to charge fiercely if both armies had cavalry¹²². In other words, it was the composition of the army that determined the tactic adopted. Therefore, the importance of cavalry in Castilian armies compelled the recurrence of offensive maneuvers. Horses are useful when charging, but not for defending¹²³. Indeed, Castilian warfare heavily relied on the charge of the heavy cavalry: the *mounted shock combat*.

Cavalry could adopt multiple charging formations, but the truth is that these were barely modified throughout medieval Castile. The arrangement of 15th century cavalry was almost identical to that recorded by jurists under the reign of Alfonso X (1252-1284) in his *Partidas*. It was also similar to the tactics explained by Don Juan Manuel in his early 14th century *Libro de los Estados*. When there was a clear inferiority in numbers, the wedge

¹²⁰ Defining 'cavalry' can be a bit problematic. In the sources, the word '*caballería*' is mainly reserved, but not always, to the social class or its members (*caballeros*). Often, terms such as '*hombre de armas*' or '*jinete*' name the different types of mounted troops. In the vast majority of occasions, however, the denomination used is '*a caballo*' or '*de caballo*', which simply means 'mounted'. Stephen Morillo believes that 'soldier-words' like 'cavalry' or 'infantry' have 'three major vectors of meaning': functional, organizational and social. Those vectors endow 'soldier-words' with certain connotations variable in time and space. Here, the definition of cavalry will be functional, i.e. 'those fighting on horseback'. Nonetheless, the social vector will often become relevant as well. Morillo, 'Milites, Knights and Samurai', 167-84.

¹²¹ 'Not just waiting for the fight, but also taking it to the enemy without delay, as you know how advantageous it is to deliver a charge instead of receiving it'. CAL, 134.

¹²² '*Quant à ceux de cheval, en quelque manière qu'ilz treuvent leurs ennemis à cheval, ilz les doivent assaillir furieusement*'. Bueil, *Jouvencel*, II, 158.

¹²³ Morillo, 'Age of Cavalry', 49.

formation was necessary¹²⁴. An example of the use of this formation is described during an incursion into Granada that led to a pitched engagement at *Torre del Xequé* in 1455. Similarly, in 1468 a small Castilian contingent confronted a larger Nasrid army in the village of Quesada. In both instances, the wedge proved to be a vital formation¹²⁵. Other encounters, like Madroño (1462), Lomo del Judío (1482) or Lopera (1483) also saw the Castilians adopt a wedge formation to mitigate an inferiority in numbers¹²⁶. Interestingly, this tactic was only used in combat against the Muslims when outnumbered, perhaps for moral reasons and specifically because of the ‘habit of victory’¹²⁷.

The possibility of deploying successive cavalry units did exist, but there is only one recorded example of this. In 1432, the captain of the frontier, Diego de Ribera, commanded 350 horsemen from his captaincy and 400 mounted Muslims from the faction Castile was supporting at that time in Granadan civil war. The battle, which took place near Granada, was waged with three *batallas* of cavalry, the first two Muslim, and the final one Christian. It was a simple, but efficient tactic. Diego de Ribera awaited for the enemy charge against his first two units, and then charged back with his own men, landing amidst a confused and engaged adversary¹²⁸. A fresh unit of cavalry in the reserve could, if used at the right time, tip the battle in one’s favor. This example, however, is the only such one. It is quite specific because the Castilians were providing command and troops, in support of a Muslim ally, whose troops had thus borne the brunt of the initial enemy onslaught. This sacrifice would be hard to carry out by Christians themselves, and yet this tactic required it, sufficient reasons to explain why it is so rare.

The usual charging formation was the line (*haces*)¹²⁹. To ensure the shock’s effectiveness, the attack had to be simultaneous along the whole formation. For such a purpose, in the battle of La Higuera, Álvaro de Luna advised the other *batallas*, to charge

¹²⁴ Sánchez-Arcilla, *Siete Partidas*, Segunda Partida, Título XXIII, Ley XVI; Juan Manuel, *Libro de los estados*, Parte I, LXXIV. For an analysis of High medieval Castilian tactics, see García-Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 373-403 and García-Fitz, *Las Navas de Tolosa*, 497-536.

¹²⁵ MDH, 13, 151-2; CA, 28, 264-5.

¹²⁶ MRC, 14, 121-3; GG, 112.

¹²⁷ Chronicles cite a single example of a wedge formation against a Christian enemy: the skirmish between Castilians and Portuguese near Badajoz in 1478. The only source for this exceptional use is the *IV Década*, written by Palencia. *IV Década*, 58. For the ‘habit of victory’, see chapet 3.2.1.

¹²⁸ CJII-CODOIN, 364-7.

¹²⁹ Sánchez-Arcilla, *Siete Partidas*, Segunda Partida, Título XXIII, Ley XVI; Juan Manuel, *Libro de los estados*, Parte I, LXXIV; García-Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 285.

when they saw him begin the assault¹³⁰. The goal of this attack is to overwhelm the enemy by benefiting from the kinetic energy of the horse, using the *couched lance* technique. The development of the plate armor during the 15th century prompted the use of the lance rest on the breast plate, which facilitated the use of the lance with greater security and stability¹³¹. Its use, in addition, increased the impact of the blow, as recent research has shown¹³². It is unsurprising, then that ‘the lords of battle could rule the field in the fifteenth century as they had rarely done before’¹³³.

How cavalry charges were carried out exactly is unsure. It is unlikely that they happened in successive waves, with the first line retreating while the second line charged. It is probable that not all knights charged with a couched lance. Some sources indicate that a first line of heavy cavalry ‘broke’ the enemy lines before most of the horsemen actually arrived. These probably trotted in to the *mêlée*. This is what happened in both battles of Olmedo (1445 and 1467) and Albuera (1479). In all of them, a cavalry line was placed in front of the main *batalla*, so that their charge could break or loosen the enemy lines before the main body entered the fray. During the first battle of Olmedo, Álvaro de Luna placed 50 men-at-arms in front of his *batalla*, so they could deliver the first assault¹³⁴. Something similar happened at the battle of Albuera, in which Alonso de Cárdenas, grandmaster of the Order of Santiago, confronted the Portuguese. He also chose a vanguard force that would shock the enemy formation into disarray: ‘because if they threw [the enemy] into confusion, the grandmaster’s *batalla*, which was behind him, could easily destroy the enemy’¹³⁵.

The description of the second battle of Olmedo provided by the eyewitness Diego Enríquez del Castillo sheds more light onto the actual use of this shock unit. Pedro de Velasco, who commanded the main *batalla* of Enrique’s army, ordered a squadron of 80 men-at-arms to meet the enemy first. This vanguard was so successful it cut right through the enemy lines. Velasco followed the charge with the rest of his *batalla*, hoping to force the enemy into a rout. The vanguard, however, believing they had been isolated by their success, instead of charging back decided to flee to avoid being trapped. Meanwhile, the

¹³⁰ CJII-CODOIN, 297; CAL, 134.

¹³¹ Vale, *War&Chivalry*, 118.

¹³² Williams, Edge and Capwell, ‘Couched lance’, 2-29.

¹³³ Vale, *War & Chivalry*, 128.

¹³⁴ CAL, 167-8; CJII-BAE, 628.

¹³⁵ CRC-FP, I, 371.

royalist *batalla* led by the marquis of Santillana charged the enemy with such force that, when preparing a second onslaught, he met an enemy in disarray and fleeing¹³⁶.

The evidence indicates that placing a cavalry unit in front, for an initial charge, was a recurring tactic in 15th century Castile, at least in large battles. The only evidence for the use of this tactic in a minor battle is the description provided by Alvar García de Santa María of the battle of Araviana, in 1429. His account mentions Íñigo López de Mendoza, who was clearly outnumbered by the Navarrese, deciding to lead his vanguard in a charge that swept clear through the enemy lines. The rest of his troops, however, were incapable of following the charge closely, so they had to flee, forcing Mendoza to end up seeking refuge in a nearby hill¹³⁷. Apart from this example, the very size of the armies fielded was possibly key in determining whether this maneuver was used at all. The larger the army, the easier it was to assign specific roles to different units, thus optimizing the shock capability of each one, to disrupt, tear apart or instill fear into the enemy. This was not an exclusively Castilian tactic. Jean de Bueil recommended -perhaps revealing French preference- first letting skirmishers act, then a vanguard shock force, followed by the full weight of the cavalry¹³⁸. This was a similar practice to that of the Italian cavalry, described in the accounts of the Neapolitan Diomedes Carafa who, like Bueil, was a veteran warrior. In both cases, the arrangement of the army resembles that of the *batalla* commanded by Álvaro de Luna at the first battle of Olmedo¹³⁹.

After the initial charge there came *mêlée* combat. Thereafter the fight became diluted in small groups or individuals who carried out combat themselves. In these circumstances, there was often resulting chaos and confusion. The best account of this phase of the battle is probably the one of the first battle of Olmedo. The *face of the battle*, as described quite graphically in the chronicle of the constable, shows unhorsed knights fighting on foot, doing their best to slay the enemy horses in order to make them more

¹³⁶ CEIV-EC, 278.

¹³⁷ CJII-CODOIN, 167-8. It is possible that this flight of the infantry may be an excuse devised by the chronicles to justify the defeat of the future marquis of Santillana. An Aragonese letter informing of the battle points out that the Castilians were severely beaten, with many dead and captured. 'Had he not had a good horse', they add, López de Mendoza would have also been captured. Olivar, 'Documents per la biografia', 110-20.

¹³⁸ Bueil, *Jouvencel*, II, 158-9.

¹³⁹ In the Italian case, skirmishers were substituted by men-at-arms, light cavalry and mounted crossbowmen, which were then followed by a squadron of chosen heavy cavalry behind which went the rest of the cavalry and the infantry. Pieri, 'Il Governo et exercitio de la militia', 122-3.

vulnerable¹⁴⁰. ‘*Muerto el caballo, perdido el hombre de armas*’ or ‘dead horse, man-at-arms lost’. This phrase is a sixteenth-century Castilian proverb cited in *the Story of Bayard*. It reveals that the enormous advantage of the heavy cavalry resided in the horse, hence making the beast a priority target¹⁴¹. The *condottieri*, thanks to the effectiveness of plate armor, often preferred to aim their attacks at the horse, something which was considered ‘bad war’ in the early 15th century, but later became an accepted practice¹⁴². As a result, equine casualties during a battle were often far more numerous than the human death toll. If chronicle figures are to be trusted, the battle of Torote (1441) saw the death of maybe 20 men-at-arms, and 150 horses while the second battle of Olmedo saw 280 horses killed during the charge¹⁴³. In the battle of Albuera, also, ‘few steeds survived’; for every dead man, three horses were murdered¹⁴⁴.

Castilians relied on the heavy cavalry, and they placed their trust in mounted shock combat. But this tactic required a very tidy topography: flat and free of obstacles. Thus, the terrain often had to be prepared prior to battle. There is a good example in the battle of La Higueruela, at the gates of Granada, in 1431. King Juan II, with his constable Álvaro de Luna, led a large army to the heart of Nasrid territory, seeking to confront the enemy in open battle. The Muslims, however, arranged their units among the vineyards and olive groves, a terrain which thwarted the Castilian aspiration to deliver cavalry charges. Meanwhile, the Christians tried in vain to lure them to the open field, so they began adapting the land to their needs: flattening the irrigation channels and gullies so the cavalry could ride unimpeded¹⁴⁵. The Granadans tried to stop this by sallying from the city gates and beginning skirmishes. This attempt to stop the Castilian terraforming unintentionally resulted in an open battle which resulted in the Christian victory.

¹⁴⁰ ‘*And they put their lances under their arms [...] they went against one another with such rage that they broke the lances against their enemies so harshly that many of them fell down, some of them injured, some unhorsed, and their horses on the ground. After breaking the lances, they took their swords and started hitting each other. The unhorsed knights that were able to continue fighting killed the enemy horses*’. CAL, 170.

¹⁴¹ Mailles, *Bayart*, 321.

¹⁴² Mallett, *Mercenaries*, 149.

¹⁴³ CJII-BAE, 578; MDH, 130; CA, 214; GH, 425.

¹⁴⁴ CRC-FP, I, 375; *IV década*, 119. The encounters cited were not the only ones in which equine deaths were so high. At Andújar (1443), ‘many horses died’, while at Lucena (1483), five hundred steeds were strewn on the battlefield. CJII-BAE, 613; CRC-DV, 167.

¹⁴⁵ CJII-CODOIN, 291; CH, 105; CAL, 132.

6.3.2. Light Cavalry

Castilian *jinetes* were not, *stricto sensu*, light cavalry. Their arms and armor were lighter than those of the men-at-arms, but the differences were modest. In a military gathering celebrated in Soria in 1496, many of the *jinetes* mustered by the duke of the Infantado appeared without their mandatory armor. This, apparently, included the *cuisse*, *cuirass*, *faulds*, *bevor* and *adarga* -a leather shield imported from Muslim warfare¹⁴⁶. This was, indeed, a cumbersome panoply.

It is unclear what kind of role light cavalry played in pitched battles: there is an understanding of their strategic use, but not the tactic employed in battle. Their non-combat functions included exploration, foraging, sacking and devastation of enemy territory. Nonetheless, did *jinetes* play a role in Castilian battle tactics when these were so reliant on heavy cavalry? There is a recurring answer to this question, which perceives this type of cavalry as a unit that harasses the enemy with throwing spears, and uses the speed and mobility of their horses to have an effect on the periphery of combat. Charles Oman described this role by analyzing in the fresco describing the battle of La Higuera in the Hall of Battles of the Monastery of San Lorenzo de El Escorial¹⁴⁷. The idea has become so consolidated on the collective imagery, that even peninsular academic research has merely repeated this canonical vision¹⁴⁸.

A detailed analysis of the sources, however, defies this facile interpretation. Certain 15th century evidence indicates that *jinetes* were just lance and sword *mêlée* troops. The chronicle of Álvaro de Luna describes Gonzalo Chacón who, armed *a la jineta*, mortally pierced with his lance in 1452¹⁴⁹. In fact, a detailed examination of the fresco mentioned abstains from showing any spear-throwing *jinetes*¹⁵⁰. Most of them, indeed, appear stabbing

¹⁴⁶ Sánchez, *Casa de Mendoza*, 210.

¹⁴⁷ Oman, *History*, II, 180-1. Even though this artwork was painted at the end of the 16th century, it was apparently inspired by information from the time of the engagement. Campos, 'Los frescos', 165-210.

¹⁴⁸ Fernando Castillo had the *jinetes* dealing quick blows, throwing their spears at the enemy ranks and then retreating. Castillo, 'La caballería', 88. Even an international magazine has recently published an article about Castilian *jinetes*, describing them as a mobile projectile-throwing unit. Arnold Blumberg, 'Mounted warriors of medieval Spain', 18-21. Overall, the light cavalry is, apparently, a unit which is often endowed with a certain type of mythology. See the cases of the hussars and the hobelars in Szabó, *Debated questions*; Jones, 'Re-thinking the origins', 1-21.

¹⁴⁹ The same source also describes a captain of the *jinetes* stabbing an enemy with his lance. CAL, 236, 278-9.

¹⁵⁰ Bernáldez is the only chronicler to describe this, and he does so on few occasions. During the battle of Madroño (1462) he pointed out that the initial defensive attitude of the Castilians prompted the Granadans to

enemies, some even holding a couched lance. Had it been a spear designed to be thrown, this type of use would have been meaningless¹⁵¹. A later account seems to confirm that the Castilian light cavalry was also accustomed to charging. The Inca Garcilaso de la Vega describes how, in the battle of Salinas in 1538, the Spanish *jinetes* rode with their lances in an improvised couched position¹⁵². Burgundian *coutiliers*, could also use the couched lance technique with their ‘javelin with *arrêt*’¹⁵³. As previously mentioned, many European areas used light cavalry. It should not be surprising, therefore, that its function was also similar.

The narration of the first battle of Olmedo lingers on the role of the *jinetes* in pitched battle. Combat began when both sides unleashed their light cavalry, followed by men-at-arms, in a skirmish aimed at occupying a knoll that dominated the battlefield¹⁵⁴. The *jinetes* were again important once the enemy was routed, to pursue and harry them¹⁵⁵. According to this account, light cavalry was essential for the beginning and the end of the battle. Their function was to skirmish, occupy key positions and pursue a defeated enemy. Perhaps another role could be included: the *jinetes* actually fought in mixed squadrons in order to support men-at-arms. In the second battle of Olmedo, all the *batallas* whose composition is described in the chronicles reveal a mix between heavy and light cavalry, although they were in separate squadrons¹⁵⁶. This division, however, did not warrant separate actions. Pedro de Velasco sent both his squadrons –light and heavy– together into the *mêlée* against

throw their spears. When the Castilian cavalry charged, it did so forming a wedge levelling their lances – ‘because they had kept them all’– against an enemy that had ‘thrown most of theirs at the enemy’. This example warrants two observations, that a *jinete* could lose his lance, and be at a disadvantage, and that one could throw it, but then risked using it. This may be the reason why there is only one testimony of a rider throwing his spear: a skirmish during the siege of Loja in 1482, when the marquis of Cadiz threw his spear while mounted, one would imagine, *a la jineta*. Nonetheless, the chronicler himself points out that, by doing so, the marquis was bereft of a lance. MRC, 13-4, 124.

¹⁵¹ In the case of *jinetes*, if they use spears for throwing, it is probable that they bore more than one. After all, throwing their only lance would be a tremendous folly for any ensuing battle. Only once do sources provide any specific information. Palencia mentions how the troops of *infante* Alfonso, shortly before the battle of Olmedo, were at a clear disadvantage because their cavalry had no lances left, just merely some javelins – *iaculatorias lanceas*–. GH, 420. Nonetheless, Palencia’s use of Latin, and his humanistic education, severely affect his narrative value. See chapter 2.

¹⁵² When the Castilians confronted the South-American Indians, all they had to do was lance them, what the chronicler called using their lance as if it was a *jineta* lance. Garcilaso de la Vega, *Comentarios*, 158

¹⁵³ Contamine, *War*, 128.

¹⁵⁴ *Jinetes* are sent ahead as an advance party, while the men-at-arms follow to secure a position. The light cavalry always avoided clashing with the heavy cavalry. The advantage of the *jinetes*, therefore, was probably greater in irregular combat. Palencia points out that the daily skirmishes outside Medina del Campo, the light cavalry often outperformed the heavy cavalry. GH, 9.

¹⁵⁵ CH, 464; CJI-BAE, 629; CAL, 169, 174.

¹⁵⁶ EIV-EC, 276-7; MDH, 126-8; CA, 210-1.

the archbishop of Toledo, once the vanguard had already led the initial charge¹⁵⁷. In the campaigns against the Muslim enemy mixed formations were also common. In 1407, Pedro García de Herrera, marshal of Castile, confronted a similar-sized Nasrid army, splitting his infantry into two *batallas*, while a third one included all the cavalry, with the men-at-arms in the front ranks¹⁵⁸. One would presume the latter would lead the initial charge, with the *jinetes* close behind to benefit from the shock effect. The degree of uncertainty regarding the actual function of the *jinetes* in mixed *batallas* is high, but it may be that their role was precisely to pick fights with the enemy's light cavalry in the midst of the *mêlée*. Nonetheless, evidence found in the early 16th century may shed some light. In the battle of Villalar, in 1521, a man-at-arms brought down a *jinete* during a *mêlée*, illustrating how in the fray of the battle both light and heavy cavalry ultimately fought each other¹⁵⁹.

Another tactic that no study of *jinete* warfare can overlook is the feigned retreat, or *tornafuye*. This was practiced also by Balkan *stradioti*, a unit which was similar –both in armament and in *modus operandi*– to the Castilian *jinetes*, as pointed out by Philippe de Commynes¹⁶⁰. The key is that a retreat was feigned in order to lure an exultant enemy unsuspectingly into an ambush. This was a typical frontier tactic which was improved upon during this period. Diego de Ribera, captain of the frontier, drew some Nasrids to fall into a double ambush near Colomera in 1430. He had sent 80 horsemen as bait, and the first trap added another 120 of these, while the second one had the rest of the cavalry, the infantry and Ribera himself¹⁶¹. It is unclear whether these horsemen were heavy or light cavalry, but the speed and maneuverability necessary for the plan to succeed indicates they were *jinetes*. This tactic was used at times also against other Christians, and even fellow Castilians, as in the case of the battle of Torote, in which the *adelantado* of Cazorla sent his light cavalry to lure and then defeat the forces of the soon-to-be marquis of Santillana, whose inferior army would otherwise have avoided any chance of open battle¹⁶².

¹⁵⁷ CEIV-EC, 278.

¹⁵⁸ CJII-G, 164-7; CJII-BAE, 279-80.

¹⁵⁹ Sandoval, *Historia*, 436

¹⁶⁰ Szabó, 'Stradiots, Balkan', III, 315-6; Contamine, *War*, 128.

¹⁶¹ CH, 71-3.

¹⁶² CH, 390-2; CJII-BAE, 577-8.

6.3.3. Infantry

Traditionally, Castilian tactical backwardness was evidenced by the stubborn resistance of their cavalry to dismount. Oman wrote, regarding the battle of Nájera in 1367, that the Castilians ‘knew nothing of the new device of fighting on foot, but still charged in mass like their ancestors’¹⁶³. This is, however, patently lacking in evidence as in the very same battle of Najera, the left flank, manned by members of the Order of the Band, fought entirely on foot¹⁶⁴.

Castilian tactics were fundamentally geared towards the cavalry charge, nonetheless they still allowed room for adaptation. The range of possibilities that their commanders employed always contemplated dismounting, although they were loath to do so unless the conditions obliged. When contending armies were of the same size or just about, leaders preferred to take the offensive, thereby benefiting from the horse’s power. Nevertheless, they were aware of the advantages inherent in fighting on foot, and made use of them when there was an overwhelming numerical inferiority, which advised dismounting. That was the case in 1429, when the constable Álvaro de Luna engaged a larger army of the combined forces of Navarre and Aragon¹⁶⁵. Castilian inferiority advised for a defensive tactic, dismounting the men-at-arms, as both Jean de Bueil and the common practice of the English in the Hundred Years’ War would have suggested¹⁶⁶. Only a leader with sufficient authority could persuade horsemen to not use the tactical benefits of the steed¹⁶⁷. In 1429, indeed, the power of Álvaro de Luna, constable and king’s favorite, was conspicuously on the rise. It is significant, however, that still Luna would go to the extent of threatening with death any who rode their steeds. An additional measure that the constable adopted was to surround his army with carts, in order to protect it from being outflanked, a tactic echoing that of the Hussites in Bohemia and Moravia¹⁶⁸. The battle was finally averted using

¹⁶³ Oman, *History*, II, 181.

¹⁶⁴ Villalon, Kagay, *To Win and Lose*, 225-6.

¹⁶⁵ According to chronicles, Luna had 1,700 men-at-arms and 400 footmen under his command, while the kings of Navarre and Aragon had 2,500 cavalrymen and 1,000 infantrymen. CJII-CODOIN, 72; CAL, 78.

¹⁶⁶ Bueil, *Jouvencel*, II, 63; Bennett, ‘The development’, 1-24. The CAL mentions that ‘the intention of the constable was, because of the advantage the kings had in numbers, to be attacked and not to attack’. CAL, 78.

¹⁶⁷ Among the advantages that a nobleman enjoyed by fighting on horse there was: prestige, glory, and a capacity to pursue a fleeing enemy, thereby obtaining prisoners. Also, if needed be, the horse facilitated a rapid escape. Morillo, ‘The ‘Age of Cavalry’, 55.

¹⁶⁸ CAL, 78; CJII-CODOIN, 72.

diplomacy, and therefore the enemy forces never had to encounter this defensive disposition.

Another reason which would make fighting on foot the desired option was if there was a terrain which impeded mounted movement¹⁶⁹. During the siege of Vélez-Málaga, in 1487, the Castilians behaved aggressively, as was their wont, but they did so on foot because their steeds were useless given the conditions. Nasrid forces attempted to lift the siege by preparing for battle in a nearby hill. Although Castilians dismounted, the hill was so steep that even on foot both armies never actually clashed, and only some distance harassing using *espingardas* (handguns) and crossbows took place¹⁷⁰. This was not the only occasion in which topography forced the cavalry to dismount. During the previous stages of the sieges of Zújar and Baza, both in 1489, Castilian commanders dismounted their cavalry in order to skirmish with the Muslims outside the city walls, in a harsh terrain surrounded by orchards, streams and buildings¹⁷¹. An added benefit of dismounting the cavalry was the added motivation it meant for the infantry to fight alongside them¹⁷².

Focusing now on common footmen, there is little doubt that they were the most numerous in the armies, and their utility in ravaging and siege operations was well acknowledged. Nonetheless, their battlefield role is not easy to assess because the chronicles rarely mention them. Some authors have argued that this has to do with the nature of the sources used, as chronicles often overlooked commoners' actions in favor of the deeds of the *bellatores*¹⁷³. This makes sense, as it is the nobility which these works were destined for¹⁷⁴. It is, nonetheless, common for these sources to present the pawns as cowardly and skittish. During the 1435 battle of Guadix, if we rely on the letter sent to the

¹⁶⁹ The chronicler of the *Crónica de Juan II* uses a low-intensity, yet reckless, action in 1407 to advise not fight on horseback when fighting against infantry when the terrain offset the advantage that so often horses did provide. CJII-G, 261.

¹⁷⁰ CRC-FP, II, 270-6.

¹⁷¹ CRC-FP, II, 367-77. In 1468, the *comendador* of Montizón dismounted his cavalry to attack a hill in which several dozen Muslim pawns were arranged. Seeing the knights on foot, the Granadans surrendered. HCMLI, 382-3.

¹⁷² Pulgar describes it thus: 'the infantry, encouraged by the dismounted support, fought with greater motivation'. CRC-FP, II, 375. This morale boost resulting from dismounting cavalry is well known in other contexts, like Anglo-Saxon England. Morillo, 'The 'Age of Cavalry'', 55.

¹⁷³ García-Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 375-9; García-Fitz, *Las Navas de Tolosa*, 500-2; Arias, 'Honor y guerra', 312-9; France, *Victory in the East*, 35-6; Ayton, 'Crecy and the Chroniclers', 343-6.

¹⁷⁴ The chronicler Andrés Bernáldez himself admitted that 'chronicles were not shared among the common folk'. MRC, 24.

king by the commander –and future count of Alba, Fernando Álvarez de Toledo–, the right flank thinned out because it was manned by a lot of infantry, who ‘fled because they were townspeople’¹⁷⁵. The description that Bernáldez does of the battle of Madroño echoes this, by describing how Luis de Pernía wanted to avoid combat at all costs because he knew well the Osuna infantry he had, which would flee the encounter and climb to the closest mountains¹⁷⁶. Palencia confirms this perception, because in his description of the second battle of Olmedo, 2,500 pawns in the royal army, and 500 of the Alphonsine side, were ‘hidden among the supplies, or overcome with fear, so they did nothing strenuous or noteworthy’¹⁷⁷. According to Pulgar, in some stages of the 1483 battle of Lucena, the Christians admonished their pawns so they would ‘do what good Christians and dedicated men should do’¹⁷⁸.

Keeping these precedents in mind, the description that Palencia and Valera do of the almost-skirmish that happened when the escort to the artillery that the duke of Alba had loaned to Fernando the Catholic encountered a group of Portuguese knights is more surprising. The Portuguese outnumbered the small band, but the Castilian infantry prodded the knights into readiness. Seeing the resolve in the opponents, the Portuguese decided to stand off, given that even a success against this band which was mostly on foot would have been small merit, and a defeat a terrible disgrace¹⁷⁹. The actual military role of the infantry, therefore, must be understood in its ideological framework.

Nevertheless, it is not sufficient to simply assume it is the result of nobility-bias, because there could also be administrative reasons behind. The absence of a professional army in 15th century Castile *de facto* rendered the nobles into *quasi*-professionals, since their social function was to fight. After all, they were the only ones able to afford the best equipment and regular training for war. Therefore, the infantry, understanding the word in both the functional and social dimensions, had a secondary or support role, as observed in most of the cases in which they are mentioned.

¹⁷⁵ CH, 203-4.

¹⁷⁶ MRC, 11-4.

¹⁷⁷ GH, 426.

¹⁷⁸ CRC-FP, II, 70.

¹⁷⁹ CRC-DV, 51-2; CEIV-AP, II, 256-7.

For this purpose, to analyze the role of the infantry, the information from both large and small battles and skirmishes will be relevant. Infantry is only mentioned in battles when it is either forming the front line, or in reserve at the rear. In those occasions when the infantry was deployed in the first line of combat, it was alongside the cavalry. Nevertheless, this arrangement is mentioned very few times: in Zurgena (1407), *Torre de Xequé* (1455), Ajofrín and Cerro de las Vigas (both in 1470), as well as the battle of *Lomo del Judío* (1482). This begs the question of why the Castilians chose, on those occasions, to place both types of unit next to each other. This parallel formation is unorthodox, but it was probably used because of the peculiar circumstances encountered. At the battle of Zurgena, the infantry was deployed thus in response to the Muslim's own arrangement: hence, both the cavalries and infantries were positioned facing each other¹⁸⁰. In the other cases mentioned, it was numerical inferiority that prompted this change in tactics: extending their lines to avoid being outflanked. During the engagement at *Torre del Xequé* and the battles of Ajofrín and *Lomo del Judío*, like in Zurgena, the infantry was used offensively, advancing upon the enemy together with the cavalry¹⁸¹. Apparently the role of pawns in a melee was to cancel out the advantage of an enemy cavalry by killing the horses, cutting the harness and slitting the throats of the fallen riders, as they did in Ajofrín and Cerro de las Vigas¹⁸².

Only in the battle of Cerro de las Vigas, in 1470, do we see this tactic being used defensively. Alonso de Monroy situated his forces behind concealed holes, resembling the battles of Crécy and Aljubarrota¹⁸³. The cavalry stayed in reserve, awaiting the moment when the enemy charge was diminished by the traps to begin their own offensive¹⁸⁴. In addition, this case reveals another particularity. The chronicle itself indicates that, due to

¹⁸⁰ CJII-G, 164-7; CJII-BAE, 279-80.

¹⁸¹ At Ajofrín, Jorge Manrique knew that his opponent, the Prior of the Order of Saint John, had more cavalry, so he transported the better-armed infantrymen to the battlefield in the provision carts to ensure they were well rested. MDH, 12-4, 181-2; CA, 320-2; CEIV-AP, II, 324; MRC, 122-3.

¹⁸² This image, of the pawns entering the clash between cavalries to kill horses is fairly recurrent, given the few occasions in which this type of troops is mentioned at all. Palencia uses it on several occasions: the first battle of Olmedo, the battle near Alcalá de Guadaíra (1473) or the battle of La Albuera (1479). GH, 25; CEIV-AP, II, 84; IV Década, 119. Interestingly, other narrators fail to mention this in these encounters. For 1473, they even fail to acknowledge their presence.

¹⁸³ The *Crónica anónima* recalls the evocation Aljubarrota, fought in 1385. CA, 294-5. See Rodríguez, D. *Alonso de Monroy*, 135-8.

¹⁸⁴ VHMAAM, 95-7; CEIV-AP, II, 302.

the continuity of war at that time, the footmen employed by Monroy at that time, although of peasant origin, had become experienced and seasoned¹⁸⁵.

Although the position of the footmen is often vague, sources do reveal that the second type of deployment would be in rear. Some accounts of the battles of Guadix (1435) and Albuera (1479) appear to indicate that these units were placed behind the cavalry. At Guadix they are only mentioned because they tried to flee under fire of enemy crossbows¹⁸⁶. At Albuera, the infantry of the grandmaster of the Order of Santiago fled after seeing the fierceness of the cavalry *mêlée*¹⁸⁷. In those and other instances the infantry was plausibly situated in the rearguard, in reserve, and thereby completely overlooked¹⁸⁸. This would account for why they are normally mentioned when standing in the front, playing an active role. This front-line disposition also entailed a much more intense engagement than when located in the back, where they may have served as a protective wall for the cavalry to regroup. In the description of the battle of Guadix included in the aforementioned letter by Fernando Álvarez de Toledo, the future count of Alba pointed out that the initial situation was dangerous, not only because the Muslims were deployed in the midst of their gardens and orchards -a placement that impeded an effective use of the cavalry charge-, but also because their infantry was immediately behind their horsemen, forestalling any attempt to charge the enemy at all¹⁸⁹.

The infantry discussed above were spearmen, but there were also shooters (mainly crossbowmen) whose battlefield role seem significantly more active, since they would have trained in the use of the weapon¹⁹⁰. Despite the fact that they participated often in the battles of the period, we only know of their disposition in few of such encounters: the battles of

¹⁸⁵ Rodríguez, *D. Alonso de Monroy*, 103-4; VHMAAM, 90.

¹⁸⁶ CH, 203.

¹⁸⁷ CRC-FP, I, 374; MRC, 81. Bernáldez himself points out that on that day 'no pawns fought, only knights against knights'. This version, however, contradicts Palencia, who describes how, even though the infantry was overcome with fear, they did gather enough courage to enter the fray, killing horses and knights. IV *Década*, 119.

¹⁸⁸ Placing the infantry in the rearguard appears to have been standard procedure in Castile during the High Middle Ages. García-Fitz, *Castilla y León frente al Islam*, 379.

¹⁸⁹ CH, 203. The skirmishes that took place in 1407 and 1410 reveal that Castilian cavalry sought to distance the Granadan cavalry from their pawns before the fighting broke out. CJII-G, 195, 465.

¹⁹⁰ Many could have become familiar with the crossbow simply by hunting, while others could have done some shooting practices. At least that is how it seems to have been in Jaen, where the Constable Miguel Lucas de Iranzo ordered the *ballesteros de nómina* to practice every Sunday with sandbags placed against the city walls. HCMLI, 117.

Cerro de las Vigas and Toro¹⁹¹. However, there is a problem with the second example. Narrative sources mention the use of *espingarderos* by both armies at the battle of Toro, fought in 1476 between Fernando the Catholic and Alfonso V of Portugal. Nevertheless, Castilian chroniclers fail to mention their own, and only cite the enemy ones placed on the Portuguese left flank. This was the only Portuguese *batalla* that emerged victorious, something which prompted Castilian chroniclers to merit the Portuguese *espingarderos* with¹⁹². Portuguese chronicles, however, put *espingarderos* in front of the Castilian main *batalla*, led by Fernando himself¹⁹³. Interestingly, this *batalla* defeated the main body of the Portuguese army. Portuguese chronicler's testimonies, thus, may be trying to justify their defeat, as the Castilians did too. In a way, both sources are admitting the importance and potential of this type of troops.

The initial disposition of the missile troops on the battlefield is, however, never described. In both these battles the sources merely mention that missile discharges occurred against the enemy front. It can be surmised that, given the straight shot of crossbows and *espingardas*, the shooters were deployed in front of the main force. They would shoot the enemy ranks in order to scatter the enemy as much as possible, so as to facilitate the ensuing cavalry charge, just as the Genoese crossbowmen fighting for France at the battle of Crécy intended to do in 1346. The battle of Guadix can, once more, shed some light on the predominant obscurity. There, since the Christians were refusing to charge, the Granadans brought their crossbowmen to the vanguard in order to harry the Christian front ranks. Indeed, the missile shower was nearly definitive because the Castilian infantry began to flee and the men-at-arms grew impatient at their helplessness as the darts pierced their armors and, worse yet, hurt or killed their horses¹⁹⁴. Even though the events at Guadix do not describe the tactic and function of the Castilian shooters, they do explain the use and importance of these units.

Infantry was only capable of winning a pitched engagement on its own on one occasion: the battle of Mungia in 1471. The trees, however, should not conceal the forest, because there are two reasons why the footmen were decisive in this confrontation. First,

¹⁹¹ VHMAAM, 95.

¹⁹² CRC-FP, II, 212; CRC-DV, 70.

¹⁹³ Pina, *Crónica*, 845-6; Encarnação, *Batalha de Toro*, 164-178.

¹⁹⁴ CH, 200-9.

because the terrain was very difficult, wholly unfit for horsemen¹⁹⁵. Second, because one of the contenders were the local lesser nobility, the *hidalgos*. These Basque *hidalgos* were accustomed to recruit troops used to mountain warfare for their endemic private wars¹⁹⁶. In a similar way to the aforementioned case of Cerro de las Vigas, the continuity over time of private conflicts meant that the infantry recruited by the Basque *hidalgos* became semi-professional warriors¹⁹⁷. On the other hand, like in Wales, the Scottish Highlands, or the Swiss cantons, the mountainous Basque Country was never dominated by mounted elites¹⁹⁸. Local noblemen, therefore, waged war on foot. Mungia, thus, was a victory obtained by an infantry force composed by noblemen and *quasi*-professional troops, using an advantageous terrain to defeat a mounted enemy.

¹⁹⁵ All the chronicles of this period that mention this event stress the importance that topography had on the battle outcome. Valera and the CA think that ‘the harshness of the land helped a lot’. Palencia, on the other hand, describes how the count of Treviño, after surveying the field, ‘observed that he had to put all his trust in the pawns’. The final narrator, Enríquez del Castillo, points out that ‘there, pawns were more important than horsemen’. CEIV-EC, 369; MDH, 189; CA, 334-6; CEIV-AP, III, 21.

¹⁹⁶ Fernández de Larrea, ‘Las Guerras Privadas’, 85-109.

¹⁹⁷ In the absence of a state structure to finance them, these troops were maintained on the basis of depredations and spreading violence and plunder in the surrounding regions. This could have occurred not only in Extremadura or the Basque Country, but also in other peripheral locations of the Crown of Castile, where private wars had a prominent presence, such as Galicia or Asturias. This would explain the fame and effectiveness of the infantry coming from the mountainous territories of the north of the Crown. Etxeberria and Fernández de Larrea, *Guerra Privada*.

¹⁹⁸ Morillo, ‘Age of Cavalry’, 46. On this occasion, the word ‘infantry’ loses its social connotations, as it is only guided by the functional vector.

The aftermath. Conclusions

Throughout the 85 years covered by this study, war was a recurrent feature in Castile. From Fernando of Antequera's campaigns in Granada in 1407 to the surrender of Granada on 2 January 1492, war only took a brief respite for under two decades, between 1411 and 1428. From 1429 onwards, military operations never came to a stop, and foreign campaigns took place against the background of constant internal instability, which occasionally crystallised into veritable civil wars. This doctoral thesis has examined the conduct of war, the military strategies and tactics applied in these conflicts.

Studies about medieval warfare have evolved substantially since the beginning of the discipline. 'Classic' authors in the late 19th and early 20th centuries had their perspective coloured by their own time and context. In their view, strategy and tactics had little role to play in Late Medieval conflicts – except on a few occasions, when they were practiced by the English and the Swiss – and pitched battles were the cornerstone of warfare, being dominated by infantry, which had taken over as main arm from the decadent knightly cavalry.

With the historiographical renewal of the mid-20th century, which led to what has been referred to as New Military History, warfare studies were pushed away from the academic centre stage, and it was not until the 1980s that these issues were to come back to the forefront in the English-speaking world. Since then, while classic ideas were progressively abandoned, new debates and paradigms emerged among a scientific community bent on making the study of Late Medieval warfare a dignified field, breaking its former dependence from political history and examining social issues directly concerned with the practice of war. Within the current *status quo*, which began taking shape in the closing years of the 20th century, we can emphasise the debates generated around the term 'Military revolution' or the 'Smail-Gillingham paradigm'.

Spain, within its peculiar historical circumstances, has also participated in this trend. The years between the Spanish Bourbon Restoration and the end of the Francoist dictatorship were largely sterile from an academic point of view –with few exceptions–, with the discipline in the hands of military officers of little or no historiographical training, for whom the study of medieval warfare was little more than an anecdotal, apologetic and ultimately misunderstood concern. Only in the 1980s, and especially in the

mid-1990s, could Spanish historical production catch up with its European and North-American counterparts. Most efforts, however, have focused on the central centuries of the Middle Ages, and the 14th and, most notably, the 15th centuries have been considerably neglected, a gap that I have tried to fill with this study.

This thesis is framed within the ‘War & Society’ historiographical trend, which tries to go beyond the mere description of military events, in order to understand Castilian military practices within their social context. In order to achieve this, I have systematically examined contemporary chronicles. Clash of arms feature frequently in these narrative sources, which often provide vivid details of violent events in a way that reflects the sociocultural perspective of the aristocratic elite whose social pre-eminence was based on their military prowess. This ideological bias, along with the tendency to flatter the patron to whom the work was dedicated, are some of the factors that force the military historian to approach the chronicles cautiously, filtering the information before taking it as face value data about military strategy and tactics. As such, the sources have been critically appraised, concerning the time gap between the events narrated and the narrator, the sources used by the chronicler and his personal military experience and knowledge.

A full understanding of the conduct of war in 15th-century Castile involves a previous knowledge of the military organisation of the Crown. Administrative records concerning military matters before the War of Granada are very scarce, forcing us to project the information that we possess about this late event backwards in time. According to this information, Castile, in contrast to other European countries, did not possess a standing army until 1493, just outside the chronological limits set for this study. Until then, Castilian wars were sustained by the royal vassals and the subjects’ obligation to contribute to the defence of the realm. The former were the key factor, as they constituted a social elite whose social *raison d’être* was to fight. The exemptions and privileges which they enjoyed allowed them to acquire better equipment and training than the common people who – with a few exceptions – did not really have the opportunity to become professional soldiers. For this reason, it is hardly surprising that nobles were regarded as the most able fighters. Like in most of Western Europe, nobles preferred fighting on horseback, which conditioned battlefield tactics. On the other hand, the frontier war against al-Andalus made Castilians very fond of light cavalry – the *jinetes* –

which, in combination with heavy cavalry – men at arms – made up the spine of most armies.

In 15th-century Castile, like in other European kingdoms, the social structure determined that political, socio-economic and military leadership was to fall in the same hands, a situation that was to persist even after the foundation of the *Guardas de Castilla* in 1493. The social function of the land-owning aristocracy was warfare, and the high echelons of military organisation were monopolised by the high nobility, a social tier which, theoretically, was only open to high aristocrats who were also close to the king. The latter condition, however, was considered more important than the former, which led to some discrepancies in the system, resulting in lack of discipline and insubordination. The most significant exceptions to the rule were temporary assignments; frontier captains, for example, were recruited among the high aristocracy, although such qualities as experience and skill were also taken into consideration. The system's shortcomings were corrected by subjecting the nobility to military training from an early age. This education, which involved reading, but was largely based on oral transmission and practical experience, sought to prepare young aristocrats for command, in order to minimise the chances for a leader not to be equal to his duty.

Despite this, training was not always enough to ensure efficient leadership. In addition, the filter posed by frontier captaincies could only offer limited relief, as the position was temporal, and the captains were in charge only when the main host was not operating on their front. In campaign, the royal army was commanded by members of the high nobility. The lack of a stable command structure had a direct impact on how operations were conducted, made even worse by technological limitations in the field of communications; often commanders could do little more than persuading and inspiring their men. As a consequence, many Castilian commanders were compelled to direct their troops from the front, exposing themselves to danger. Far from being green amateurs, 15th-century Castilian military commanders went a long way to correct the limitations of the system.

The success of military operations depended to a large extent of forward planning. The strategies followed varied according to the pursued objectives and the enemy. Different operational approaches can be detected in the campaigns launched against

Nasrid Granada. For instance, following a brief campaign led by Ferdinand of Antequera, which aimed to storm a number of fortresses, Castile engaged in a long-drawn war of attrition between 1430 and 1439. This indirect approach strategy was successful in the long term, as a number of important towns and a substantial tract of land fell in the hands of Castile, although Castilian internal instability made it impossible to exploit this success adequately. Henry's frustrated campaigns in 1455-8 were nothing more than incursions that did not involve taking any fortress, a precondition for effectively controlling any conquered territory. Real change came with the Catholic Monarchs, which reactivated the former strategy of systematic conquest. The strategy followed during the campaign also reflected a debate that had unfolded during the reign of Henry IV, being at the core of Castilian military thought: were constriction and attrition enough to subjugate the Kingdom of Granada or was more direct action needed? The Catholic Monarchs approached large cities such as Malaga and Granada indirectly, but the availability of artillery and gunpowder led to more direct action being employed against smaller nuclei.

Along with attrition, indirect approaches and systematic conquest, pitched battles also played a prominent role in Castilian strategic thought. Far from being avoided, certain factors led commanders to seek it actively. The main of these factors is the dichotomy morale-propaganda developed during the wars against Granada. Castilian superiority was clear, and defeats few. Recurrent victories boosted Castilian morale, and often battle was accepted even against clearly superior enemies, an obvious symptom of Castilians experiencing the 'habit of victory'. The propagandistic use of military success fed the morale of combatants, which were driven towards new victories to publicise. Military leaders who were taking part in the war against the Muslims actively sought victories which, if sufficiently publicised, could be turned into political capital. Ultimately, one of the basic ideological foundations of the Castilian monarchy was war against Islam. This 'habit of victory', however, could also make itself present against Christian enemies, for instance during the War of the Castilian Succession, after the victory at Toro in 1476. This emotional state did not drive commanders only to accept battle regardless of the circumstances, but to actively seek pitched battles, for instance by ravaging the enemy's territory to force him to come out and fight.

Similarly, the personal circumstances of leaders, for instance Álvaro de Luna, and specific contexts, such as civil wars, could mean that only a pitched battle could put an

end to a given military campaign. Luna wanted to advance politically and consolidate his gains, and following Ferdinand of Antequera's example he tried to exploit the propagandistic assets of victory against the Muslims, which he managed to do at La Higuera in 1431. Later, during the struggle against the Princes of Aragón, the political survival of the king's favourite depended on his public image and the preservation of his honour, as well as on him symbolically and physically destroying his enemies, which could only be achieved by pitched battle: he achieved this goal outside the walls of Olmedo in 1445.

For the Catholic Monarchs the War of the Castilian Succession (1475-9) was also a means to achieve political supremacy. The existence of alternative candidates to the throne – Alfonso V of Portugal and Juana 'la Beltraneja' – forced them to take action decisively and without delay. Incursions were, therefore, out of the question, because they would have undermined their popularity, while sieges made less sense than in conquest wars; they consumed precious time and loyalties were ever shifting; cities or towns that were loyal today could change their allegiance tomorrow. The circumstances, therefore, called for a decisive victory, and should that not be possible propaganda would have to fabricate one. In this regard, the Catholic Monarchs were well aware of what conditions required and knew how to adapt to them, turning the tactically inconclusive Battle of Toro of 1476 into a strategic victory.

Incursions and pillage expeditions were a major feature of most of the wars in which Castile was involved throughout the century. This strategy made the most of what resources were available, and yielded enormous returns for very little investment. Castilian commanders sought to undermine the enemy's economy by destroying their agricultural production. This reduced the enemy's strength, as well as his morale and political capital. These tactics had other advantages for Castile; these were short, low-cost operations, the participating forces living off the enemy's land; they hurt the enemy indirectly, which generally meant that the attackers suffered few casualties; finally, the prospect of obtaining a large booty encouraged men to enlist. However, if the plan was for incursions to have a significant effect in the mid or the long-term, sustained pressure must be exerted upon the same region over time. Many incursions only involved a handful of men, but only the largest ones were operationally capable of damaging the enemy in a significant way. Owing to their very nature, these operations had to adapt to

the agricultural cycle, which made it a seasonal affair. This notwithstanding, burning crops was not the only way to erode the enemy's fighting capacity; 'off season' incursions could also be launched, targeting productive buildings, houses and settlements or, simply, setting ambushes to the enemy to undermine his human capital.

Eroding the enemy's base could also be a preliminary step before launching a conquest campaign, although this was not always necessary. When the objective was to conquer and occupy enemy strongholds, three possibilities were open to the Castilian commanders. First, using stealth, they could try to scale the walls during the night, a strategy that could only work in minor positions and when the enemy was taken unaware. Second, they could try to take the fortress by storm, a tactic that, again, could only work against small positions – with the notable exception of Antequera in 1410 – but this could be costly in terms of casualties, owing to the advantages enjoyed by the defenders. Sometimes, besieging forces were forced to adopt this tactic by time conditions, the amount of resources available or the imminent arrival of a relieving army. These limitations compelled Castilian forces to usually prefer the third option, namely to lay siege to enemy positions, an operation that also had its drawbacks: sieges demanded time, money and planning. Major positions could resist for months on end, forcing the besiegers to billet and protect their troops with increasingly sophisticated measures; the longer the siege, the greater the chance that the besieging army would be threatened by a relieving force.

In this context, gunpowder artillery became increasingly important, especially as the Crown's economic resources grew as a result of the genesis of a Modern State in Castile. These new resources funded a permanent (and substantial) artillery arm. This also allowed for gunners to experiment, improving their guns and the use they were put to. Although gunpowder significantly reduced the duration of sieges, topography was still a primary factor in the use of artillery, and field guns still found large and well equipped cities a hard nut to crack. It is, however, impossible to deny that the war of Granada in the late 15th century greatly contributed to outline the artillery techniques that were to reach their pinnacle during the Modern Age.

Sometimes, even after the walls had been overcome, the defenders refused to surrender and established new lines of defence in the streets. Urban combat is not an

exclusive feature of the modern world, and was part of medieval warfare more often than is generally accepted. In essence, this simply brought the variables of static warfare to a densely built and inhabited environment in which every barricade, house, church and castle may need to be taken by storm.

After incursions and sieges, the third pillar of medieval warfare was the pitched battle. The most paradigmatic expressions of conflict, their relative rarity turned them into the most celebrated feats of arms. In a short period of time, hundreds or thousands of combatants tried to overcome their enemies with bravery and tactical flexibility. Overall, in the 15th century, the Castilian tactical model was based on the composition of the army. Like in other parts of Western Christendom, there was a combination of heavy and light cavalry. This model, nonetheless, was not rigid at all: it was flexible and adaptable, and the various battle formations used bear witness to this. If circumstances or the make-up of the army were substandard, then commanders quickly responded by altering the deployment and tactics. Chroniclers rarely mention common footmen in battle, and when they appear, their role is secondary to that of the cavalry. This is not only due to the vision of war transmitted by the chronicles; administrative records show that it has to do with the recruitment and organization mechanisms of the Castilian army. In this sense, the absence of a professional army, similar to those deployed by other European regions – including their Iberian neighbours – determined the tactics used by Castile. Common footmen, with little opportunity for professionalization, could not compete in quality with those for whom war was a trade, their primary social function. It is on rare occasions that men fighting on foot actually led the troops to victory, as they did in Mungia in 1471. In this last case, however, there was a nobility that fought on foot, along with a semi-professional infantry seasoned in many years of private wars.

After analysing the military art in Castile in the 15th century, we must try to establish the position that it holds within the Military Revolution, especially concerning the two aspects suggested by Clifford Rogers, namely gunpowder artillery and the pre-eminence of infantry over cavalry. Concerning gunpowder, the evidence indicates that the efficiency of artillery in Castile in the 15th century was not so much dependent on technology but on the number of guns in use, which did not become significant until the War of Castilian Succession and, mainly, the War of Granada, during which the use of artillery pieces also became much more proficient. We may thus say that the War of

Granada was the culmination of a process which began with Ferdinand of Antequera. The pace of development accelerated in the last quarter of the century, as a result of the crystallisation of a process which had progressively strengthened royal power in Castile. Beginning in the 13th century, the process ultimately led to the implementation of improved governance, administration and taxation models during the reign of the Catholic Monarchs. The state's new economic muscle allowed it to deploy large numbers of pieces of ordinance, turning sieges into much faster affairs than ever before.

The mass use of guns was not all that decisive; the walls of Malaga and Baza highlighted the limitations of artillery, which required a certain type of topography and, like the classic counterweight catapults, saw its shortcomings exposed by major, well-prepared and fortified population nuclei. As such, although the duration of sieges shortened considerably between 1484 and 1486, leading to considerable territorial gains, it cannot be stated that the same result could not have been achieved by other means. For this reason, rather than a revolutionary change, during the 15th century Castile witnessed the slow evolution of the artillery arm, which in the 1480s underwent a brief flurry of quick innovations after a long period of stagnation, a pattern that fits the biological model of 'punctuated equilibrium', which Rogers applies to medieval Military History.

In order to analyse the roles played by cavalry and infantry, we must keep in mind at all times that war is waged with the forces that one has, and that the available forces depends on administrative organisation and, especially, the social structure. In this way, Castilian military techniques were conditioned by the objectives being pursued and by the enemy being fought, and most notably by the type of military organisation in place, which was eminently feudal in nature, most troops being contributed by the nobility. It cannot be stated that infantry gained in importance during the War of Granada, because, quite simply, we do not really possess enough information about previous wars to make a reliable comparison. Finally, although the important role played by footmen is clear in the siege war that led to the conquest of the Nasrid emirate, this was nothing new, for carrying out siege operations had always been one of the infantryman's duties. Assaults and night escalades were, on the other hand, entrusted to men-at-arms and squires. Only infantrymen from the northern regions – chiefly Galicia, Asturias and the Basque Country –, who were more likely to have acquired a semi-professional military status owing to the recurrence of private wars in their regions, played a more active role in the battles and

assaults that occurred in the 1480s. During incursions, the destruction of the enemy's land was also carried out by footmen, while aristocratic men-at-arms and *jinetes* formed a protective screen around them, fighting off possible enemy forces.

Something similar happened in battlefields, where some had tried to see the Castilian tendency to fight on horseback as tactical backwardness. Understanding this as mere tactical backwardness falls within the realm of evolutionary determinism. If, this model suggests, infantry warfare eventually emerged triumphant in the 16th and 17th centuries, 15th-century warfare necessarily tended towards it. Infantry-based tactics of the Late Middle Ages were thus precursors, pioneers, while cavalry-based tactics were relics. However, the question cannot be posed in terms of innovation versus stagnation. Medieval commanders knew well that fighting defensive battles on foot and offensive battles on horseback were options at their disposal. The English armies, however, did strongly favour defensive infantry warfare in order to maximize the number of longbowmen they recruited – though cavalry units were always part of their tactical toolbox. The alternative to this was presented by the Castilians – together with the French and the Italians¹ – who continued to maximize their offensive power based on the cavalry charge, to the point that the disposition and organization of the battle units was fine-tuned in order to obtain a swift victory. In any case, European commanders were well aware of the tactical possibilities at their disposal, and frequently made use of them, although preferences did vary.

Castile did not create a permanent army until 1493, and the infantry would not become fully professional until the Italian campaigns of *El Gran Capitán* (1494-1504). Before that moment, the army was composed of an amalgam of rural, urban, and aristocratic contingents. Among these, only the nobility had the necessary time and resources to train for war, and therefore they provided the most valuable troops. They were the backbone of the army, so it should not be surprising that they were also the pillar of the tactical system. This priority was not based on exclusively military merits, but also on social and political status. The army deployed on the battlefield reflected the society it fought for. War was borne on the shoulders of the aristocratic elite, which was also the

¹ There are striking similarities between the tactical models proposed by Jean de Bueil, those of Diomedes Carafa, and those used by Álvaro de Luna in the first Battle of Olmedo (1445). This comparison highlights the undeniable efficiency and operating capacity of cavalry in the fifteenth century. Despite the geographical and political differences, cavalry was used in the same way.

military elite—whether on foot or mounted—and in 15th-century Castile, war was waged on horseback.

Finally, it is worth stressing that the topic that this thesis has dealt with is far from being exhausted and much work remains to be done concerning the different topics that I have addressed. Most notably, it is necessary to open up the chronological framework to include the 14th century, in order to link the brilliant research undertaken by Francisco García Fitz and the conclusions of this investigation. Similarly, it would be convenient to systematically approach the period which followed that which is covered in this doctoral thesis, looking from a medieval perspective at the campaigns launched by the Spanish monarchy in Italy and the frontier of the Pyrenees at the dawn of Early Modern period, where important tactical changes took place concerning the tactical use of infantry and the construction of bastion forts. This sort of analysis would help us to understand if the changes introduced to the art of war in the early 16th century were the culmination of an evolutionary process or if, as has been argued, a Military Revolution.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Fuentes editadas:

- Abellán, Juan (ed.). *Documentos de Juan II. Colección de Documentos para la historia del Reino de Murcia* (Murcia-Cádiz: Academia Alfonso X El Sabio, 1984).
- *Cronicón de Benito de Cárdenas* (Madrid: Peripécias, 2014).
 - *Fuentes Históricas Jerezanas: Documentos del infante-rey Don Alfonso (1465-1468)* (Madrid: HUM-165: Patrimonio, Cultura y Ciencias Medievales, 2015).
 - *Fuentes Históricas Jerezanas: Documentos de Enrique IV de Castilla (1454-1474)* (Madrid: HUM-165: Patrimonio, Cultura y Ciencias Medievales, 2016).
- Al-Makkari, Ahmed ibn Mohammed. *The history of the Mohammedan dynasties in Spain*, ed. Pascual de Gayangos (Londres: Oriental Translation Fund of Great Britain and Ireland, 1843).
- Almirante, José. *Diccionario militar* (2 vols., Madrid: Ministerio de Defensa, 1989).
- Anglería, Pedro Mártir de. 'Epistolario', en *Documentos inéditos para la Historia de España*, ed. José López de Toro (Madrid, Imprenta Góngora, 1953) libro I, t. IX.
- Baeza, Pedro de. 'Carta que Pedro de Baeza escribió al marqués de Villena, sobre que le pidió un memorial de lo que por él avía fecho.' en *Memorial Histórico Español. Colección de documentos, opúsculos y antigüedades que publica la Real Academia de la Historia* (Madrid: Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1853): 485-510.
- Balenchana, Jose Antonio (ed.). *Epístolas y otros varios tratados de Mosen Diego de Valera* (Madrid: Imprenta Miguel Ginesta, 1878).
- Barrientos, Lope. *Refundición de la crónica del Halconero*, ed. Juan de Mata Carriazo (Madrid: Espasa-Calpé, 1946).
- Bernaldez, Andrés. *Memorias del reinado de los Reyes Católicos*, eds. Manuel Gómez-Moreno y Juan de Mata Carriazo (Madrid: Real Academia de la Historia, 1962).
- Berwick y Alba, Duquesa de. *Documentos escogidos del Archivo de la Casa de Alba* (Madrid: 1891).
- Bouvet, Honoré de. *Árbol de batallas (versión castellana atribuida a Diego de Valera)*, ed. Antonio Contreras (Madrid: Ministerio de Defensa, 2008).
- Bueil, Jean de. *Le Jouvencel*, (Paris: Librairie Renouard, 1887), 2 vols.
- Burguière, Andre. *Diccionario Akal de Ciencias Históricas* (Madrid: Akal, 2005).
- Carande, Ramón; Carriazo, Juan de Mata (eds.). *El tumbo de los Reyes Católicos del Concejo de Sevilla*, (Sevilla: Universidad Hispalense, 1968), 4 vols (1474-1489).
- Carriazo, Juan de Mata (ed.). *Crónica de don Álvaro de Luna, condestable de Castilla, maestro de Santiago* (Madrid: Espasa-Calpe, 1940).
- *Refundición de la Crónica del Halconero por el obispo don Lope Barrientos* (Madrid: 1946).
 - *Crónica de Juan II de Castilla* (Madrid: RAH, 1982).
 - *Hechos del Condestable Don Miguel Lucas de Iranzo*, estudio preliminar por Michel García (Granada, Universidad de Granada, 2009).
- Carriazo, Juan Luis (ed.). *Historia de los hechos del Marqués de Cádiz* (Granada: Universidad de Granada, 2003).
- Carrillo de Huete, Pedro. *Crónica del Halconero de Juan II*, ed. Juan de Mata Carriazo, estudio preliminar por Rafael Beltrán (Granada: Universidad de Granada, 2006).
- Cartagena, Alonso de. *Tratados militares*, ed. Noel Fallows (Madrid: Ministerio de Defensa, 2006).

- Cascales, Francisco. *Discursos históricos de Murcia y su Reyno* (Murcia: Franco-Benedito, 1775).
- Cejador, Julio. *Vocabulario medieval castellano* (Madrid: Visor Libros, 2005).
- Cuevas, Juan; Arco, Juan del; Arco, José del (ed.). *Relación de los hechos del muy magnífico e más virtuoso señor, el señor don Miguel Lucas, muy digno condestable de Castilla* (Jaén: Universidad de Jaén, 2001).
- Díaz de Games, Gutierre. *El Victorial*, ed. Rafael Beltrán (Madrid: Taurus, 2005).
- Duarte I de Portugal. *The Book of Horsemanship*, ed. Jeffrey Forgeng (Woodbridge: Boydell, 2016).
- Enríquez del Castillo, Diego. *Crónica de Enrique IV*, ed. Aureliano Sánchez (Valladolid: Universidad de Valladolid, 1994).
- Ferro, Donatella. *Le parti inedite della 'Crónica de Juan II' di Álvaro García de Santa María*, (Venecia: Consiglio Nazionale Delle Ricerche, 1972).
- Fradejas, José Manuel. *La version castellana medieval de la "Epitoma Rei Militaris"* (San Millán de la Cogolla: Cilengua, 2014).
- Gago-Jover, Francisco. *Vocabulario militar castellano (siglos XIII-XV)*, (Granada: Universidad de Granada, 2002).
- Galíndez de Carvajal. 'Anales Breves del reinado de los Reyes Católicos', *Colección de Documentos inéditos para la historia de España* (online), 238 (2008) [Consultado el 12/09/2019]. URL: <http://archive.org/stream/coleccindedocu18madruoft#page/238/mode/1up>
- *Crónica de Enrique IV*, ed. Juan Torres, *Estudio sobre la "Crónica de Enrique IV" del Dr. Galíndez de Carvajal* (Murcia: CSIC, 1946).
- García de Santa María, Álvaro. 'Crónica de Juan II de Castilla', en *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, ed. Antonio Paz y Meliá (Madrid, 1891) vol. XICX, 79-465 y vol. C, 3-409.
- García, Michel, (ed.). *Repertorio de Príncipes de España y obra poética del alcaide Pedro de Escavias* (Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 1972).
- Carta de quando se gano antiquera de moros τ otrosi dela batalla que perdieron τ gano el dicho infante don fernando que fue enel año del señor de millτ cccc° años', *Atalaya* (online), 10 (1999) [Consultado el 12/09/2019]. URL: <https://journals.openedition.org/atalaya/641>
 - 'Carta delas nuevas de quando fueron vencidos los valençianos la qual enbio el adelantado de castilla al dicho rrey don fernando', *Atalaya* (online), 10 (1999) [Consultado el 12/09/2019]. URL: <https://journals.openedition.org/atalaya/643>
 - *Crónica del rey Juan II de Castilla. Minoría y primeros años de reinado (1406-1420)*, (Salamanca: Universidad de Salamanca, 2017).
- Garcilaso de la Vega, Inca. *Comentarios reales de los incas*, ed. Carmelo Sáenz de Santa María (Madrid: Atlas, 1960).
- Góis, Damião de. *Crónica do Príncipe D. João*, ed. Graça Almeida (Lisboa: Universidade Nova de Lisboa, 1977).
- Guillén de Segovia, Pedro. *La gaya ciencia*, eds. O.J. Tuulio y M.J. Casas, (Madrid: CSIC, 1962).
- Jatib, Ibn al. *Historia de los Reyes de la Alhambra*, trad. José M^a Casciaro y Emilio Molina (Granada: Universidad de Granada, 2010).
- Juan Manuel, Don. 'Libro de los Estados' en *Obras Completas*, ed. José Manuel Blecua (Madrid: Gredos, 1982) vol. I: 191-502.
- Maldonado, Alonso de. *Vida e historia del maestro de Alcántara, don Alonso de Monroy*, ed. Leonardo Romero (Tarragona: Tarraco, 1978).
- Maquiavelo, Nicolás. *Del arte de la guerra* (Madrid: Tecnos, 2011).

- Mauricio. *Strategikon*, eds. Emilio Magaña, Julio Rodríguez y José Ignacio de la Torre (Madrid: Ministerio de Defensa, 2014).
- Molina, María. *Documentos de Enrique IV* (Murcia: Academia Alfonso X el Sabio, 1988).
- Mora-Figueroa, Luis. *Glosario de arquitectura defensiva medieval* (Madrid: Ministerio de Defensa, 2006).
- Moratalla, Andrea. *Documentos de los Reyes Católicos (1475-1491)* (Murcia: Academia Alfonso X el Sabio, 2003).
- Orozco, Pedro de; Parra, Juan de la. [*Primera*] *Historia de la Orden de Santiago*, ed. Antonio Vargas-Zúñiga (Badajoz: Institución Pedro de Valencia, 1978).
- Palencia, Alonso de. *Crónica de Enrique IV*, ed. Antonio Paz y Meliá (3 vols. Madrid: Atlas, 1973).
- 'Guerra de Granada' en *Crónica de Enrique IV*, ed. Antonio Paz y Meliá (Madrid: Atlas, 1973) vol. III: 75-240.
 - *Cuarta Década*, ed. José Toro (Madrid: RAH, 1974).
 - *De perfectione militaris triumphi*, ed. Javier Durán (Salamanca: Universidad de Salamanca, 1996).
 - *Gesta Hispaniensia ex annalibus suorum dierum collecta*, ed. Brian Tate y Jeremy Lawrence (Madrid: RAH, 1998).
- Penna, Mario. *Prosistas castellanos del siglo XV* (Madrid: Atlas, 1959).
- Pérez de Guzmán, Fernán. *Generaciones y semblanzas*, ed. José Antonio Barrio (Madrid: Cátedra, 1998).
- Pérez del Pulgar, Hernán. *Breve parte de las hazañas del excelente nombrado Gran Capitán* in Antonio Rodríguez *Crónicas del Gran Capitán* (Madrid: Editorial de Bally/Balliere e Hijos, 1968).
- Pina, Rui de. *Chronica do Senhor Rey D. Affonso V en Crónicas*, ed. Manuel Lopes de Almeida (Oporto: Lello, 1977).
- Pizan, Christine de. *The Book of Deeds of Arms and of Chivalry*, ed. Charity Willard (Pennsylvania: Pennsylvania State University Press, 2003).
- Pulgar, Fernando del. *Claros varones de Castilla*, ed. Miguel Ángel Pérez (Madrid: Cátedra, 2007).
- *Crónica de los Reyes Católicos*, ed. Juan de Mata Carriazo, estudio preliminar por Gonzalo Pontón (2 vols. Granada: Universidad de Granada, 2008).
- Puyol, Julio (ed.). *Crónica incompleta de los Reyes Católicos (1469-1476)* (Madrid: Academia de la Historia, 1934).
- Quirós, Carlos (trad.). *Fragmento de la época sobre noticias de los Reyes Nazaritas*, ed. Alfredo Bustani (Larache: Boscá, 1940).
- Resende, García de. *Crónica de dom João II e miscelânea* (Lisboa: Imprensa Nacional, 1973).
- Roca, María Elvira. *Tratado militar de Frontino: humanismo y caballería en el cuatrocientos castellano. Traducción del siglo XV* (Madrid: CSIC, 2010).
- Rodríguez de Almela, Diego. *Compilación de las batallas campales*. (Murcia, 1487).
- *Compendio historial*, ed. Concepción Armenteros Lizana (Murcia: Real Academia Alfonso X el Sabio, 2000).
- Rodríguez, José. *Colección diplomática del archivo histórico municipal de Jaén* (Jaén: Archivo Histórico Municipal de Jaén, 1985).
- Rodríguez, José. *Colección documental del archivo municipal de Úbeda. III. Siglos XV-XVI* (Jaén: Archivo Histórico Municipal de Jaén, 2005) vol. I.
- Rosell, Cayetano (ed.). 'Crónica de Juan II', en *Crónicas de los Reyes de Castilla* (Madrid: Atlas, 1953) vol. II, 273–695.

- Sánchez-Arcilla, José (ed.). *Las siete partidas. El libro del fuero de las leyes* (Madrid: Reus, 2004).
- Sánchez-Parra, María Pilar (ed.). *Crónica Anónima de Enrique IV de Castilla 1454-1474* (Madrid: Ediciones de la Torre, 1991).
- Sandoval, Prudencio de. *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V*, ed. Carlos Seco (Madrid: Atlas, 1955).
- Valera, Diego de. *Crónica de los Reyes Católicos*, ed. Juan de Mata Carriazo (Madrid: Revista de Filología-Española, 1927).
- *Memorial de diversas hazañas*, ed. Juan de Mata Carriazo (Madrid: Espasa-Calpe, 1941).
 - *Valeriana. Crónica abreviada de España* (ed. Cristina Moya) (Madrid: Fundación Universitaria Española, 2009).
- Valla, Lorenzo. *Historia de Fernando de Aragón* (Madrid: Akal, 2002).
- Vargas-Zúñiga, Antonio (ed.). *Don Alonso de Cárdenas* (Badajoz: Institución Pedro de Valencia, 1976).
- Vegecio, Flavio. *Compendio de técnica militar*, ed. David Paniagua (Madrid: Cátedra, 2006).
- *Compêndo da Arte Militar*, ed. João Gouveia Monteiro, José Eduardo Braga (Coimbra: Universidade de Coimbra, 2009).
 - *La versión castellana medieval de la Epitoma Rei Militaris*, ed. José Manuel Fradejas (San Millán de la Cogolla: Cilengua, 2014).
- Vilaplana, María Victoria (ed.). *Documentos de la minoría de Juan II. La regencia de Don Fernando de Antequera* (Murcia: Real Academia Alfonso X el Sabio, 1993).
- Villacorta, María Consuelo (ed.). *Libro de las buenas andanças e fortunas que fizo Lope García de Salazar* (Bilbao: UPV/EHU, 2015).

Bibliografía:

- Abellán, Juan. *Relaciones castellano-nazaríes. Jerez en los inicios del reinado de Enrique IV (1454-1457)* (Cádiz: Ediciones Jiménez-Mena, 1985).
- ‘Jerez, las treguas de 1450 y la guerra civil granadina’ en José Enrique López de Coca Castañer ed., *Estudios sobre Málaga y el Reino de Granada en el V Centenario de la Conquista* (Málaga: Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Málaga, 1987): 9-17.
 - ‘Jerez de la Frontera en la última tala del adelantado Diego Gómez de Ribera (1434)’, *Anuario de Estudios Medievales* 18 (1988), 487-494.
 - *Murcia, la guerra de Granada y otros estudios (siglos XIV-XVI)* (Cádiz: Agrija Ediciones, 2001).
 - ‘Las relaciones castellano-granadinas en el sector xericiense durante la tregua de 1424-1426’ en Universidad de Murcia ed., *Homenaje al profesor Eloy Benito Ruano* (Murcia: Editum, 2010), vol. I: 13-20.
 - ‘Jerez y la frontera occidental castellano-granadina en vísperas de la conquista de Antequera’ en José Rodríguez Molina y Antonio Linage Conde coords., *IX Encuentros de Frontera. Economía, sociedad y derecho en la Frontera. Homenaje al profesor Emilio Molina López* (Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 2014): 43-54.

- Agrait, Nicolás. 'The Battle of Salado (1340) revisited', *Journal of Medieval Military History* 10 (2012), 89-111.
- 'La inteligencia militar en la Península Ibérica (1252-1350). Métodos y usos', *Revista de Historia Militar* 114 (2013), 11-40.
- Aguirre, Sabino. *Las dos primeras crónicas de Vizcaya* (Bilbao: Caja de Ahorros de Vizcaya, 1986).
- Allmand, Christopher. *La guerra de los Cien Años* (Barcelona: Crítica, 1989).
- 'Changing views of the soldier in Late Medieval France' en Philippe Contamine, Charles Giry-Delosion y Maurice H. Keen eds., *Guerre et société en France, en Angleterre et en Bourgogne XIVe-XVe siècle* (Lille: Publications de l'Institut de recherches historiques de Septentrion, 1991): 170-188.
 - 'Intelligence in the Hundred Years War' en Keith Neilson y B.J.C. McKercher eds., *Go Spy the Land. Military Intelligence in History* (Westport: Prager, 1992): 31-47.
 - 'War' en Christopher Allmand ed., *The New Cambridge Medieval History*, c. 1415- c.1500 (Cambridge: Cambridge University Press, 1998), vol. 7: 161-174.
 - 'The Reporting of War in the Middle Ages' en Diana Dunn ed., *War and Society in Medieval and Early Modern Britain* (Liverpool: Liverpool University Press, 2000): 17-33.
 - 'La guerra y los no combatientes en la Edad Media' en Maurice Keen coord., *Historia de la guerra en la Edad Media* (Madrid: Antonio Machado Libros, 2005): 323-347.
 - 'Nuevas armas, nuevas tácticas 1300-1500' en Geoffrey Parker ed., *Historia de la guerra* (Madrid: Akal, 2010): 91-106.
 - *The Re military of Vegetius. The Reception, Transmission and Legacy of a Roman Text in the Middle Ages* (Cambridge: Cambridge University Press, 2011).
- Almeida, Julieta. 'D. João de Castela e o reino de Granada (1430 e 1431)' en Manuel González coord., *La Península Ibérica entre el Mediterráneo y el Atlántico. Siglos XIII-XV* (Cádiz: Sociedad Española de Estudios Medievales, 2006): 711-722.
- Alonso, Miguel. 'Las guerras y su técnica en la época del Renacimiento' en Esther Cruces coord., *La organización militar en los siglos XV y XVI. Actas de las II Jornadas Nacionales de Historia Militar* (Málaga: Cátedra "General Castaños", 1993): 343-352.
- Álvarez, Vicente. 'Una Divina Retribución: la batalla de Toro en la mentalidad castellana' en María Helena da Cruz, Saúl Antonio Gomes y Antonio Manuel Ribeiro coords., *VI Jornadas luso-espanholas de História Medieval: A Guerra e a Sociedade na Idade Média* (Coimbra: Sociedade Portuguesa de Estudos Medievais, 2009), vol. I: 35-55.
- Alvira Martín. 'La muerte del enemigo en el Pleno Medievo. Cifras e ideología (el modelo de Las Navas de Tolosa)', *Hispania* 190 (1995), 403-423.
- 'El desafío del Miramamolín antes de la batalla de las Navas de Tolosa (1212). Fuentes, datación y posibles orígenes', *Al-Qântara* 18 (1997), 463-490.
 - *Muret 1213. La batalla decisiva de la cruzada contra los cátaros* (Madrid: Ariel, 2008).
 - 'Después de Las Navas de Tolosa y antes de Bouvines. La batalla de Muret (1213) y sus consecuencias' en *1212-1214: el trienio que hizo a Europa* (Pamplona: Gobierno de Navarra; Institución Príncipe de Viana, 2011): 85-111.
 - 'Guerra y caballería. Utopía y realidad' en Martín Alvira y Jorge Díaz coords., *Medievo utópico* (Madrid: Sílex, 2011): 277-297.

- ‘Los francos de ultramar y el arte de la guerra (ss. XI-XIII)’ en Ana Arranz, M^a Pilar Rábade y Óscar Villarroel coords., *Guerra y paz en la Edad Media* (Madrid: Sílex, 2013): 469-497.
 - ‘Nuevas (y no tan nuevas) aportaciones al estudio de la batalla de Muret’, *En La España Medieval* 36 (2013), 373-400.
 - ‘Prendiendo fuego a la guerra. Operaciones militares en las fronteras cristiano-almohades entre 1209 y 1211’ en José Peña y Alejandro Rodríguez eds., *Iglesia, Guerra y Monarquía en la Edad Media: miscelánea de estudios medievales* (Madrid: CEU, 2014): 139-192.
- Antelo, Antonio. ‘Caballeros centroeuropeos en España y Portugal durante el siglo XV’, *Revista de la Facultad de Geografía e Historia* 4 (1989), 41-58.
- Aparisi, Frederic; Royo, Vicent. ‘Pequeña nobleza y guerra en el reino de Valencia durante la Baja Edad Media’, *Medievalismo* 20 (2010), 149-171.
- Arántegui, José. *Apuntes históricos sobre la artillería española* (Madrid: RAH, 1887).
- Arias, Fernando. ‘Honor y guerra. La tensión entre la realidad bélica y el discurso ideológico en la crónica castellana de la primera mitad del siglo XIV’, *Hispania* 232 (2009), 307-330.
- *Guerra y fortalecimiento del poder regio en Castilla. El reinado de Alfonso XI (1312-1350)* (Madrid: CSIC, 2012).
 - ‘¿Hubo una revolución militar en Castilla en la primera mitad del siglo XIV?’, *Edad Media. Revista de Historia* 15 (2014), 195-216.
 - ‘Algun fecho señalado que sea a honra del rey: royal privileges and the construction of royal memory in Castile (c. 1158–1350)’, *Journal of Medieval Iberian Studies* 11/1 (2018), 1-19.
 - ‘Castile-Leon II. Late Middle Ages (14th to 15th centuries)’ en Francisco García Fitz y João Gouveia Monteiro eds., *War in the Iberian Peninsula, 700-1600*, (Nueva York, Routledge, 2018): 94-123.
 - ‘El Estado sobre ruedas. El poder regio y el valor de la itinerancia en Castilla durante la Baja Edad Media’ en Fernando Arias y Pascual Martínez coords., *Los espacios del rey. Poder y territorio en las monarquías hispánicas (siglos XII-XIV)* (Bilbao: EHU, 2018).
- Arié, Rachel. ‘Sociedad y organización guerrera en la Granada nasri’ en Miguel Ángel Ladero ed., *La incorporación de Granada a la Corona de Castilla* (Granada: Diputación Provincial de Granada, 1993): 147-195.
- Armstrong, Jackson. ‘Local Society and the Defense of the English Frontier in Fifteenth-Century Scotland: The War Measures of 1482’, *Florilegium* vol.25 (2008), 127-149.
- Arranz, Ana; Rábade, M^a Paz; Villarroel, Óscar (coords.). *Guerra y paz en la Edad Media* (Madrid: Sílex, 2013).
- Aspizúa, Jorge; Cachinero, Jorge; Jensen, Geoffrey. ‘La Historia Militar: una carencia intelectual en España’, *Ayer* 10 (1993), 63-76.
- Ayton, Andrew. ‘Armas, armaduras y caballos’ en Maurice Keen coord., *Historia de la guerra en la Edad Media* (Madrid: Antonio Machado Libros, 2005): 239-269.
- ‘Crecy and the Chroniclers’, en Andrew Ayton y Philip Preston eds., *The Battle of Crécy, 1346* (Woodbridge: Boydell, 2005): 287-350.
- Ayton, Andrew; Preston, Philip (eds.). *The Battle of Crécy, 1346* (Woodbridge: Boydell, 2005).
- Ayton, Andrew; Price, J.L. (eds.). *The medieval military revolution. State, society and military change in medieval and early modern Europe* (Londres: Tauris, 1995).

- Ayton, Andrew; Price, J.L. 'Introduction: the military revolution from a medieval perspective' en Andrew Ayton and J.L. Price eds., *The medieval military revolution. State, society and military change in medieval and early modern Europe* (Londres: Tauris, 1995): 1-22.
- Bachrach, Bernard. 'The practical use of Vegetius' *De Re Militari* during the Early Middle Ages', *The Historian* 47 (1985), 239-255.
- 'Medieval siege warfare: a reconnaissance', *The Journal of Military History* 58 (1994), 119-133.
 - 'Medieval Military Historiography' en Michael Bentley ed., *Companion to Historiography* (Londres: Routledge, 1997): 191-208.
 - 'Some Observations on Administration and Logistic of the Siege of Nicaea', *War in History* 12 (2005), 249-277.
 - 'Debate: Verbruggen's "Cavalry" and the Lyon-Thesis', *Journal of Medieval Military History* 4 (2006), 137-163.
 - 'Las murallas romanas 300-1300' en Geoffrey Parker ed., *Historia de la guerra* (Madrid: Akal, 2010): 69-91.
- Bachrach, Bernard; Bernard, David. *Warfare in medieval Europe c. 400-c. 1453* (Londres-Nueva York: Routledge, 2017).
- Bachrach, David. 'A Military Revolution Reconsidered: The Case of the Burgundian State under the Valois Dukes', *Essays in Medieval Studies* 15 (2011), 9-17.
- Baloup, Daniel. 'Le Berger de Cambil. Quelques remarques sur l'utilisation de la tradition chronistique dans les Annales Belli Granatensis d'Alfonso de Palencia' en María Isabel del Val, Pascual Martínez y Julio Valdeón coord., *Castilla y el mundo feudal* (Valladolid: Universidad de Valladolid-Junta de Castilla y León, 2009) vol. I: 267-273.
- 'L'affrontement contre les musulmans dans les chroniques léonaises et castillanes (IXe-XVe siècle). Caractères et enjeux du récit historique' en Martín Ríos ed., *El Mundo de los Conquistadores* (Madrid: Silex, 2015): 39-51.
 - 'Écrire depuis le front. Sept lettres du marquis de Cadix à la reine Isabelle (1488) en Daniel Baloup dir., *Le recours aux armes en péninsule Ibérique et au Maghreb (VIIe-XVe siècle)* (Burdeos: Ausonius Éditions, 2018): 107-116.
 - *Le recours aux armes* (Burdeos: Ausonius, 2018).
- Baloup, Daniel; González, Raul (dir.). *La Guerra de Granada en su contexto internacional* (Toulouse: Presses Universitaires du Mirail, 2017).
- Baquero, Humberto. 'A Contenda entre D. Afonso y Os Reis Católicos. Incurões Castelhanas no solo Portugues de 1475 a 1478', *Anais da Academia Portuguesa da História* II 25 (1979), 297-324.
- Barker, Juliet. *Agincourt. El arte de la estrategia* (Barcelona: Ariel, 2009).
- Barrios, Juan. 'La voluntad de vencer en la batalla de Toro', *Revista de Historia Militar* 46 (1979), 57-67.
- Bartlett, Robert. 'Technique militaire et pouvoir politique 900-1300', *Annales Économies Sociétés Civilisations* 41 (1986), 135-159.
- Bartlett, Robert; Mackay, Angus. 'Institutions on the Castilian-Granadan frontier' en Robert Bartlett y Angus Mackay eds., *Medieval Frontier Societies* (Oxford: Clarendon Press, 1989): 127-150.
- Bautista, Francisco. 'Álvar García de Santa María y la escritura de la Historia' en Eva Belén Carro coord., *Modelos intelectuales, nuevos textos y nuevos lectores en el siglo XV* (Salamanca: SEMYR, 2012): 27-59.

- Beceiro, Isabel. 'La Biblioteca del conde de Benavente a mediados del siglo XV y su relación con las mentalidades y usos nobiliarios de la época', *En la España medieval*, 2 (Madrid, 1982): 135-146.
- *Libros, lectores y bibliotecas en la España Medieval* (Murcia: Nausícaä, 2007).
- Beceiro, Isabel; Franco, Alfonso. 'Cultura nobiliar y bibliotecas. Cinco ejemplos, de las postrimerías del siglo XIV a mediados del XVI', *Historia, Instituciones, Documentos*, 12 (Sevilla, 1986), 277-350.
- Becker, Katherine. *The Swiss Way of a War. A Study on the Transmission and Continuity of Classical and Military Ideas and Practice in Medieval Europe* (Tesis doctoral. Ohio State University, 2009).
- Beeler, John H. 'Towards a Re-Evaluation of Medieval English Leadership', *Journal of British Studies* 3 (1963), 1-10.
- Bell, Adrian R.; Curry, Anne; King, Andy y Simpkin, David. *The Soldier in Later Medieval England* (Nueva York: Oxford University Press, 2013).
- Beltrán, Rafael. 'Convergencias y divergencias en la narrativa cronística de la guerra de Granada: la campaña de Setenil (1407)', *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* 66 (1990), 5-45.
- 'La justificación de la escritura en las biografías de Carrillo y Monroy' en José Manuel Lucía coord., *Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (Madrid: Universidad de Alcalá, 1997): 265-277.
- Ben, Abdelghajfar. 'La frontera granadino-castellana en la primera mitad del siglo XV' en *Estudios de Frontera: Alcalá la Real y el Arcipreste de Hita* (Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2012): 41-48.
- Benito i Monclús, Pere, Riera i Melis, Antoni (eds.). *Guerra y carestía en la Europa medieval* (Lleida: Milenio, 2014).
- Benito, Eloy. 'Los hechos del arzobispo de Toledo D. Alonso Carrillo, por Pero Guillén de Segovia', *Anuario de Estudios Medievales* 5 (1968), 517-530.
- 'Ortega, el escalador', *En La España Medieval* 2 (1982), 147-160.
 - 'Un episodio bélico (y un autógrafo) de Jorge Manrique', *En La España Medieval* 4 (1984), 139-145.
 - 'La incursión murciana del Infante D. Enrique de Aragón (1444-1445)' en *Homenaje al profesor Juan Torres Fontes* (Murcia: Universidad de Murcia, 1987):165-174.
- Benito, Miguel Ángel. 'Las tropas extranjeras y su participación en los ejércitos castellanos durante la Baja Edad Media', *Revista de Historia Militar* 75 (1993), 47-76.
- 'Estructura y organización del ejército Trastámara. Aproximación a la Historia Militar castellana en la Baja Edad Media', *Revista de Historia Militar* 78 (1995), 13-40.
- Bennett, Matthew (ed.). *La Guerra en la Edad Media* (Madrid: Akal, 2010).
- Bennett, Matthew et alii. *Técnicas Bélicas del Mundo Medieval: 500-1500* (Madrid: Libsa, 2007).
- Bennett, Matthew. 'The means and limitations of warfare in the Middle Ages', *The Sandhurst Journal of Military Studies* 1 (1990), 1-14.
- 'The Development of Battle Tactics in the Hundred Years War' en Anne Curry y Michael Hughes eds., *Arms, armies and fortifications in the Hundred Years War* (Woodbridge: Boydell Press, 1994): 1-24.
 - 'The medieval warhorse reconsidered' en Stephen Church y Ruth Harvey eds., *Medieval Knighthood V* (Woodbridge: Boydell Press, 1995): 19-40.

- 'The impact of English archery on later medieval tactics' en International Commission of Military History, *From Crécy to Mohacs: Warfare in the Late Middle Ages (1346-1526)* (Viena: Heeresgeschichtliches Museum/Militärhistorisches Institut, 1997): 51-60.
 - 'The Myth of the Supremacy of Knightly Cavalry', en Matthew Strickland ed., *Armies, Chivalry and Warfare in Medieval Britain and France* (Stamford: Paul Watkins, 1998): 304-316.
 - 'Henry V and the battle of Agincourt' en Anne Curry ed., *Agincourt: Henry V, Sir Thomas Erpingham and the Triumph of the English Archers* (Stroud: Tempus, 2000): 21-36.
 - 'La Règle du Temple en tanto que manual militar o Cómo ejecutar una carga de caballería', en Judith Mary Upton-Ward, *El código templario* (Barcelona: Ediciones Martínez Roca, 2000).
 - 'The impact of the foreign troops in the civil wars of the king Stephen's reign' en Diana Dunn ed., *War and Society in Medieval and Early Modern Britain* (Liverpool: Liverpool University Press, 2000): 96-113.
 - 'The Crusaders Fighting March Revisited', *War in History* 8 (2001), 1-18.
 - 'Legality and legitimacy in war and its conduct, 1350-1650' en Frank Tallett y David J.B. Trim eds., *European Warfare, 1350-1750* (Cambridge: Cambridge University Press, 2010): 264-277.
 - 'The Meaning of Medieval Cavalry' en Manuel Rojas y Leif Inge Petersen eds., *First International Symposium of the Conduct of War, 950-1350* (en prensa).
- Bennett, Matthew; Hooper, Nicholas. *Atlas Ilustrado de la Guerra en la Edad Media* (Madrid: Akal, 2001).
- Bentley, Michael (ed.). *Companion to Historiography* (Londres: Routledge, 1997).
- Bermejo, José Luis. 'Orígenes del oficio de cronista real', *Revista de Estudios Políticos* 200-201 (1975), 283-290.
- Biederman, Jan. 'L'art militaire dans les ordonnances tchèques du XVe siècle et son evolution: la doctrine du *Wagenburg* comme resultat de la pratique', *Médiévales* 67 (2004), 85-102.
- Bloch, Marc. *Introducción a la historia* (México: Fondo de Cultura Económica, 2000).
- Boffa, Sergio. *Warfare in Medieval Brabant, 1356-1406* (Suffolk: Boydell Press, 2004).
- Borreguero, Cristina. 'Nuevas perspectivas para la historia military. La *New Military History* en Estados Unidos', *Hispania* 54/168 (1994), 145-177.
- Boutruche, Robert. 'The Devastation of Rural Areas during the Hundred Years War and the Agricultural Recovery of France' en Peter Shervey Lewis ed., *The Recovery of France in the Fifteenth Century* (Michigan: Macmillan, 1971): 23-59.
- Bovio, Antonio. 'La batalla de Nájera: combate de caballeros', *Revista de Historia* 93 (2003), 61-88.
- Braasch, Ronald W. 'The Skirmish: A Statistical Analysis of Minor Combats during the Hundred Years' War, 1337-1453', *Journal of Medieval Military History* 16 (2018), 123-157.
- Bradbury, Jim. 'Battles in England and Normandy, 1066-1154' en Matthew Strickland ed., *Anglo-Norman Warfare. Studies in late Anglo-Saxon and Anglo-Norman military organization and warfare* (Woodbridge: Boydell & Brewer, 1992): 182-194.
- Bradbury, Jim. *The medieval archer* (Woodbridge: Boydell & Brewer, 1996).
- *The medieval siege* (Woodbridge: Boydell & Brewer, 2004).
 - *The routledge companion to Medieval Warfare* (Londres: Routledge, 2004).

- Breiding, Dirk. 'Arms and Armour. A Farewell to Persistent Myths and Misconceptions' en Ena Heller y Patricia Pongracz eds., *Perspectives on Medieval Art. Learning through Looking* (Nueva York: Giles, 2010): 167-187.
- Bruhm de Hoffmeyer, Ada. *Arms & Armour in Spain. A Short Survey. Vol. II: From the End of the 12th Century to the Beginnings of the 15th Century* (Madrid: CSIC, 1982).
- Burkholder, Peter. 'Popular [mis]conceptions of medieval warfare', *History Compass* 5 (2007), 507-524.
- Burne, Alfred. *The Agincourt war. A military history of the Hundred Years War from 1369 to 1453* (Londres: Frontline Books, 1991).
- *The Crécy war. A military history of the Hundred Years War from 1337 to the peace of Bretigny, 1360* (Ware: Praeger, 1999).
- Cabrera, Emilio. 'La guerra de Granada a través de las crónicas cristianas' en Miguel Ángel Ladero ed., *La incorporación de Granada a la Corona de Castilla* (Granada: Diputación Provincial de Granada, 1993): 441-469.
- Caferro, William. *John Hawkwood: an English mercenary in fourteenth-century Italy* (Baltimore: John Hopkins University Press, 2005).
- Cahen, Claude. 'Técnica y organización sociomilitar en el mundo musulmán clásico' en Pierre Bonnassie *et alii.* eds., *Estructuras feudales y feudalismo en el mundo mediterráneo (siglos X-XIII)* (Barcelona: Crítica, 1984): 283-293.
- Calderón, José Manuel. 'La hacienda de los duques de Alba en el siglo XV: ingresos y gastos', *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Historia Medieval* 9 (1996), 137-227.
- *Álvaro de Luna: riqueza y poder en la Castilla del siglo XV* (Madrid: Dykinson, 1998).
 - 'La conquista del Convento de Calatrava por el príncipe don Enrique de Castilla en 1444' en Ricardo Izquierdo y Francisco Ruiz coords., *Las órdenes militares en la Península Ibérica* (Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 2000) vol. I: 473-487.
 - 'Los privados castellanos del siglo XV: reflexiones en torno a Álvaro de Luna y Juan Pacheco' en Luis Suárez y José Antonio Escudero coords., *Los validos* (Madrid: Dykinson, 2004): 41-62.
 - 'Reyes, Príncipes y Privados en la Castilla del siglo XV', *ICADE* 63 (2004), 43-57.
- Caldwell, David. 'Scottish Spearmen, 1298-1314: An Answer to Cavalry', *War in History* 19 (2012), 267-289.
- Campos, Francisco Javier. 'Los frescos de la Sala de Batallas', en Francisco Javier Campos ed., *El Monasterio del Escorial y la pintura* (Madrid: Real Centro Universitario Escorial-María Cristina, 2001): 165-210.
- Cañas, Francisco de Paula. *El itinerario de la corte de Juan II de Castilla (1418-1454)* (Madrid: Sílex, 2007).
- 'Algunos apuntes sobre micer Salagrús Bocanegra, tesorero mayor de la guerra de moros y escribano de las armadas de rey. Logística económica y militar en la frontera de Granada (1388-1425) en Enríque Martínez *et alii.* coords., *Frontera y Fortificación* (Madrid: Actas, 2017): 193-212.
- Carceller, M^a Pilar. 'Álvaro de Luna, Juan Pacheco y Beltrán de la Cueva: un estudio comparativo del privado regio a fines de la Edad Media', *En La España Medieval* 32 (2009), 85-112.

- ‘El privado regio y su participación en la guerra: ejército y propaganda en la Castilla bajomedieval’ en Ana Arranz, M^a Pilar Rábade y Óscar Villarreal coords., *Guerra y paz en la Edad Media* (Madrid: Sílex, 2013): 243-275.

Carrasco, Ana Isabel. *Isabel I de Castilla. La sombra de la ilegitimidad* (Madrid: Sílex, 2014).

Carriazo, Juan de Mata (ed.). *En la frontera de Granada* (Granada: Universidad de Granada, 1971).

 - ‘Cartas de la frontera de Granada’ en Juan de Mata Carriazo ed., *En la frontera de Granada* (Granada: Universidad de Granada, 1971): 29-84.
 - *Los relieves de la guerra de Granada en la sillería del coro de Toledo* (Granada: Universidad de Granada, 1985).

Carriazo, Juan Luis. *La Casa de Arcos entre Sevilla y la frontera de Granada (1374-1474)* (Sevilla: Universidad de Sevilla, 2003).

 - ‘La dimensión historiográfica de la conquista de Gibraltar’ en Manuel González coord., *La Península Ibérica entre el Mediterráneo y el Atlántico. Siglos XIII-XV* (Sevilla-Cádiz: Sociedad Española de Estudios Medievales, 2006): 811-818.

Casas, Rafael. ‘Visión táctica actual de la batalla de Toro’, *Revista de Historia Militar* 46 (1979), 69-87.

Castillo, Fernando. ‘Análisis de una batalla: Nájera 1367’, *Cuadernos de Historia de España* 73 (1991), 107-146.

 - ‘La presencia de mercenarios extranjeros en Castilla durante la primera mitad del siglo XV: la intervención de Rodrigo de Villandrado, Conde de Ribadeo, en 1439’, *Espacio, Tiempo y Forma* 3/9 (1996), 11-40.
 - ‘La caballería y la idea de guerra en el siglo XV. El Marqués de Santillana y la batalla de Torote’, *Medievalismo* 8 (1998), 79-110.
 - ‘La funcionalidad de un espacio: la frontera granadina en el siglo XV’, *Espacio, Tiempo y Forma* III Historia Medieval 12 (1999), 47-64.
 - ‘La guerra y el ejército en los reinos cristianos peninsulares durante los siglos XIV y XV’ en *Aproximación a la Historia Militar de España* (Madrid: Ministerio de Defensa, 2006), vol. I: 143-166.
 - *Estudios sobre cultura, guerra y política en la Corona de Castilla (siglos XIV-XVII)* (Madrid: CSIC, 2007).
 - ‘¿Guerra o torneo?: la batalla de Olmedo, modelo de enfrentamiento caballeresco’, *En La España Medieval* 32 (2009), 139-166.
 - *Un torneo interminable. La guerra en Castilla en el siglo XV* (Madrid: Sílex, 2014).

Castillo, Javier. ‘El asedio y rendición de Madinat Basta vista por los árabes (*La conquista de Baza desde la perspectiva de los vencidos*)’, *Péndulo* 15 (2004), 99-129.

 - ‘Testimonios contemporáneos sobre el asedio y la conquista de Baza en 1489’, *Péndulo* 15 (2004), 311-338.

Castro, Javier de; Cuadrado, África. ‘La artillería y los artilleros’ en Fernando Cobos coord., *La artillería de los Reyes Católicos* (Salamanca: Junta de Castilla y León, 2005): 65-92.

Castro, José Javier de; Castro, Javier Mateo de. ‘La artillería en el reino de Castilla y León durante el siglo XV’, *Gladius* 38 (2018), 99-124.

Cátedra, Pedro Manuel. ‘En los orígenes de las epístolas de relación’, en Henry Ettinhausen, Víctor Infantes, Agustín Redondo y M^a Cruz García coords., *Las relaciones de sucesos en España: 1500-1750: actas del primer Coloquio Internacional (Alcalá de Henares, 8, 9 y 10 de junio de 1995)* (Madrid: Universidad de Alcalá de Henares, 1996): 33-64.

- Chan Tsin, Matthieu. 'Medieval Romances and Military History: Marching Orders in Jean de Bueil's *Le Jouvencel*', *Journal of Medieval Military History* 7 (2009), 127-134.
- Charoutii, Milouda. 'Conflictos en la frontera granadino-castellana poetizados por Al-Basti e Ibn Furkum (s.IX-XV)' en Pedro Segura coord., *La frontera oriental nazarí como sujeto histórico* (Almería: Instituto de Estudios Almerienses, 1997): 101-116.
- Clark, John. *The medieval horse and its equipment c. 1150-c. 1450* (Londres: Boydell Press, 2004).
- Clausewitz, Carl von. *De la Guerra*, eds. Michael Howard y Peter Paret (2 tomos, Madrid: Ministerio de Defensa, 1999).
- Cobos, Fernando (coord.). *La artillería de los Reyes Católicos* (Salamanca: Junta de Castilla y León, 2005).
- 'La artillería de los Reyes Católicos' en Fernando Cobos coord., *La artillería de los Reyes Católicos* (Salamanca: Junta de Castilla y León, 2005): 9-24.
 - 'La artillería y la fortificación' en Fernando Cobos coord., *La artillería de los Reyes Católicos* (Salamanca: Junta de Castilla y León, 2005): 43-64.
- Cobos, Fernando; De Castro, José Javier. 'Artillería y poliorcética castellana en la estrategia de Fernando el Católico contra Francia (documentos para su estudio)', *Gladius* 20 (2000), 251-268.
- Collins, Hugh. 'Sir John Fastolf, John Lord Talbot and the Dispute over Patay: Ambition and Chivalry in the Fifteenth Century' en Diana Dunn ed., *War and Society in Medieval and Early Modern Britain* (Liverpool: Liverpool University Press, 2000): 114-140.
- Connolly, Peter; Gillingham, John; Lazenby, John. *The Hutchinson dictionary of ancient and medieval warfare* (Oxford: Routledge, 1999).
- Contamine, Philippe. *Guerre, état et société à la fin du Moyen Âge. Études sur les armées des rois de France, 1337-1494* (París: Mouton, 1972).
- *La guerra en la Edad Media* (Barcelona: Labor, 1984).
 - *War in the Middle Ages*, trad. Michael Jones (Londres: Basil Blackwell, 1984).
- Cook, Weston. 'The Cannon Conquest of Nasrid Spain and the End of the Reconquista', *The Journal of Military History* 57 (1993), 43-70.
- Cooper, Edward. 'El dominio de la pólvora en la arquitectura militar a finales de la Edad Media' en Amador Ruibal coord., *IV Congreso de Castellología* (Madrid: Asociación Española de Amigos de los Castillos, 2012): 97-110.
- Corfis, Ivy; Wolfe, Michael (eds.). *The medieval city under siege* (Woodbridge: Boydell Press, 1995).
- Coria, Jesús. 'Un personaje importante en la guerra civil a la muerte de Enrique IV: Francisco de Valdés' en *Temas de Historia Militar* (Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 1985) vol. II: 131-139.
- Costa e Sousa, Luís. 'From Tangier to Alcácer Quibir: The Portuguese Military Revolution (Re)visited', *Portuguese Studies Review* 2 (2015), 1-29.
- Courtmont, Barthelemy. *La guerra. Una introducción* (Madrid: Alianza, 2010).
- Cox, Rory. 'Asymmetric warfare and military conduct in the Middle Ages', *Journal of Medieval History* 38 (2012), 100-125.
- Crosby, Everett. *Medieval Warfare. A bibliographical guide* (Londres-Nueva York: Routledge, 2000).
- Cruces, Esther (coord.). *La organización militar en los siglos XV y XVI. Actas de las II Jornadas Nacionales de Historia Militar* (Málaga: Cátedra "General Castaños": 1993).

- Curry, Anne (ed.). *Arms, Armies and fortifications in the Hundred Years War* (Woodbridge: Boydell & Brewer, 1999).
- Curry, Anne (ed.). *Agincourt 1415: The archers' story* (Stroud: The English Press, 2008).
- 'Medieval warfare. England and her continental neighbours, eleventh to the fourteenth centuries', *Journal of Medieval History* 24/1 (1998), 81-102.
 - 'English Armies in the Fifteenth Century' en Anne Curry ed., *Arms, Armies and fortifications in the Hundred Years War* (Woodbridge: Boydell & Brewer, 1999): 39-69.
 - *The Battle of Agincourt. Sources and Interpretations* (Woodbridge: Boydell, 2009).
 - 'Guns and Goddams: was there a Military Revolution in Lancastrian Normandy 1415-50?', *Journal of Medieval Military History* 8 (2010), 171-188.
- Delbrück, Hans. *History of the Art of War. III: Medieval Warfare* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1982).
- *History of the Art of War. IV: The dawn of the Modern Warfare*, trad. Walter Renfro (Lincoln: University of Nebraska Press, 1990).
- DeVries, Kelly. 'Military surgical practice and the advent of gunpowder weaponry', *Canadian Bulletin of Medical History* 7 (1990), 131-146.
- *Medieval Military Technology* (Ontario: University of Toronto Press, 1992).
 - 'The Impact of Gunpowder Weaponry on Siege Warfare in the Hundred Years War' en Ivy Corfis y Michael Wolfe eds., *The medieval city under siege* (Woodbridge: Boydell Press, 1995): 227-44.
 - 'The Use of Gunpowder Weaponry by and Against Joan of Arc during the Hundred Years War', *War and Society* 14 (1996), 1-16.
 - 'Catapults are not atomic bombs: towards a redefinition of effectiveness in premodern military technology', *War in History* 4 (1997), 454-470.
 - 'The technology of gunpowder weaponry in Western Europe during the Hundred Years' War' en International Commission of Military History, *From Crécy to Mohacs: Warfare in the Late Middle Ages (1346-1526)* (Viena: Heeresgeschichtliches Museum/Militärhistorisches Institut, 1997): 285-298.
 - 'Gunpowder Weaponry and the Rise of the Early Modern State', *War in History* 5 (1998), 127-145.
 - *Infantry warfare in the Early Fourteenth Century: Discipline, tactics and technology* (Woodbridge: Boydell, 1998).
 - 'God and defeat in Medieval warfare. Some preliminary thoughts' en Andrew Villalon y Donald Kagay eds., *The circle of war in the Middle Ages* (Woodbridge: Boydell, 1999): 87-101.
 - *Joan of Arc. A military leader* (Stroud: The History Press, 1999).
 - 'The use of gunpowder weapons in the War of the Roses' en Douglas Biggs, Shraon Michalove y Compton Reeves, eds., *Traditions and Transformations in Late Medieval England* (Leiden: Brill, 2001): 21-38.
 - *A Cumulative Bibliography of Medieval Military History and Technology* (Leiden: Brill, 2002).
 - 'The use of Chronicles in recreating Medieval Military History', *Journal of Medieval Military History* 2 (2004), 1-15.
 - 'The Walls Come Tumbling Down: The Campaigns of Philip the Good and the Myth of Fortification Vulnerability to Early Gunpowder Weapons' en Andrew Villalon y Donald Kagay, eds., *The Hundred Years War: A wider focus* (Leiden-Boston: Brill, 2005): 429-446.

- 'Medieval warfare and the value of a human life' en Niall Christie y Maya Yazigi eds., *Noble Ideals and Bloody Realities* (Leiden: Brill Academy Publishers, 2006): 27-145.
 - 'French and English Acceptance of Medieval Gunpowder Weaponry', *Journal of Medieval Military History* 11 (2013), 259-270.
 - 'The implication of the *Anonimo Romano* account of the Battle of Crécy' en Gregory Halfond ed., *The medieval way of war: studies in medieval military history in honor of Bernard S. Bachrach* (Surrey: Routhledge, 2015): 309-321.
 - 'Mercenarios medievales. Metodología, definiciones y problemas', *Revista Universitaria de Historia Militar* 4/8 (2015), 183-199.
- DeVries, Kelly; Smith, Robert. *Medieval Military Technology. Second Edition* (Ontario: University of Toronto Press, 2012).
- DeVries, Kelly; Tracy, Larissa. *Wounds and Wound Repair in Medieval Culture* (Leiden: Brill, 2015).
- Doncel, Juan Carlos. 'La táctica de la batalla campal en la frontera de Granada durante el siglo XV' en Pedro Segura coord., *Actas del Congreso la Frontera Oriental Nazarí como Sujeto Histórico (S.XIII-XVI)* (Almería: Instituto de Estudios Almerienses, 1997): 137-144.
- Duby, Georges. *El domingo de Bouvines* (Madrid: Alianza, 1988).
- *Guillermo el Mariscal* (Madrid: Alianza, 2010).
- Dunn, Diana (ed.). *War and Society in Medieval and Early Modern Britain* (Liverpool: Liverpool University Press, 2000).
- Dunn, Diana. 'The Queen at War: The Role of Margaret of Anjou in the Wars of Roses' en Diana Dunn ed., *War and Society in Medieval and Early Modern Britain* (Liverpool: Liverpool University Press, 2000): 141-161.
- Echevarría, Ana. 'Los Elches en la guardia de Juan II y Enrique IV de Castilla' en *Actas del VI Simposio Internacional de Mudejarismo* (Teruel: Instituto de Estudios Turolenses, 1995): 421-427.
- 'La guardia morisca: un cuerpo desconocido del ejército medieval español', *Revista de Historia Militar* 90 (2000), 55-78.
 - 'Abencerrajes, nazaríes y las fortalezas de la frontera granadina' en Francisco Toro y José Rodríguez coords., *V Estudios de Frontera* (Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 2004): 147-160.
 - *Caballeros en la frontera. La guardia morisca de los reyes de Castilla (1410-1467)* (Madrid: UNED, 2006).
 - 'La reorganización del ejército castellano tras el desastre de Aljubarrota' en *VI Jornadas Luso-Espanholas de Estudos Medievais. A Guerra e a Sociedade na Idade Média* (Coimbra: Sociedade Portuguesa de Estudos Medievais, 2009): 111-117.
- Echevarría, Antulio. *Military Strategy. A very short introduction* (Oxford: Oxford University Press, 2017).
- Edwards, John H. 'War and Peace in Fifteenth-Century Castile: Diego de Valera and the Granada War' en Henry Mayr-Harting y R.J. Moore eds., *Studies in Medieval History presented to R.H.C. Davis* (Londres: Bloomsbury, 1985): 283-295.
- Eltis, David. 'Towns and defense in Later Medieval Germany', *Nottingham Medieval Studies* 33 (1989), 91-103.
- Encel, Frédéric. *El arte de la guerra. Estrategas y batallas* (Madrid: Alianza, 2005).
- Espino, Antonio. 'La Historia Militar. Entre la renovación y la tradición', *Manuscrits Revista d'història moderna* 11 (1993), 215-242.

- ‘La renovación de la Historia de las Batallas’, *Revista de Historia Militar* 91 (2001), 159-174.
- Etxeberria, Ekaitz. ‘El servicio militar obligatorio en los territorios vascos al final de la Edad Media (1430-1524)’, *Sancho el Sabio* 37 (2014), 11-32.
- ‘Guerras privadas y linajes urbanos: violencia banderiza en el Bilbao bajomedieval’, *Roda da Fortuna: Revista Eletrônica sobre Antiguidade e Medievo*, 2/1-1(2015, nº especial), 78-97.
- ‘La ciudad medieval como campo de batalla: el combate urbano en la guerra de Sucesión Castellana (1475-1479)’, *Clio&Crimen: Revista del Centro de Historia del Crimen de Durango* 12 (2015), 277-288.
- Etxeberria, Ekaitz; Fernández de Larrea, Jon Andoni, eds. *La Guerra Privada en la Península Ibérica en la Baja Edad Media*, en prensa.
- Fancy, Hussein. *The Mercenary Mediterranean* (Chicago y Londres: Chicago University Press, 2016).
- Feller, Laurent. *Campesinos y señores en la Edad Media. Siglos VIII-XV* (Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 2015).
- Fernández de Larrea, Jon Andoni. *Guerra y sociedad en Navarra durante la Edad Media* (Bilbao: EHU, 1992).
- ‘Guerra y sociedad en Europa occidental durante la Baja Edad Media (siglos XIII-XV)’ en *La guerra en la Historia* (Salamanca: Ediciones Salamanca, 1999): 45-94.
- ‘Los Señores de la Guerra en la Guipúzcoa bajomedieval’ en VV.AA., *Los señores de la guerra y de la tierra: Nuevos textos para el estudio de los Parientes Mayores guipuzcoanos (1265-1548)* (Donostia: Diputación Foral de Gipuzkoa, 2000): 20-43.
- ‘Las fuerzas de los Parientes Mayores en Álava, Guipúzcoa y Vizcaya en la Baja Edad Media: Reclutamiento y organización’, *Iura Vasconiae* 4 (2007), 163-188.
- ‘Las Guerras Privadas: el Ejemplo de los Bandos Oñacino y Gamboíno en el País Vasco’, *Clío y Crimen* 6 (2009), 85-109.
- ‘Servicio militar obligatorio, profesionalización y creación de los ejércitos permanentes en Europa Occidental en la Baja Edad Media (siglos XIII-XV)’ en VV.AA. *Guerra, paz y diplomacia a lo largo de la Historia* (Valladolid: Universidad de Valladolid, 2012): 13-57.
- *El precio de la sangre: ejércitos y sociedad en Navarra durante la Baja Edad Media (1259-1450)* (Madrid: Sílex, 2013).
- Fernández de Larrea, Jon Andoni; Díaz de Durana, José Ramón (coord.). *Memoria e historia: utilización política en la Corona de Castilla al final de la Edad Media* (Madrid: Sílex, 2010).
- Fernández, Cesáreo. ‘La batalla de Toro (1476). Datos y documentos para su monografía histórica’, *Boletín de la Real Academia de la Historia* 38 (1901), 249-267.
- Firnhaber-Baker, Justine. ‘Techniques of seigneurial war in the fourteenth century’, *Journal of Medieval Military History* 36 (2010), 90-103.
- Firoozye, Barbara Holmgren. *Warfare in Fifteenth Century Castile* (Tesis doctoral. University of California, 1975).
- Flores, Manuel. ‘Historia militar y naval española medieval. Un acercamiento al estado de la cuestión’, *eHumanista Journal of Iberian Studies* 10 (2008), 244-273.
- Flores, Marcelo Augusto. ‘A guerra vista do chão: os conflitos militares em Portugal nos reinados fernandino e joanino observados numa perspectiva local’ en *VI Jornadas Luso-Espanholas de Estudos Medievais. A Guerra e a Sociedade na*

- Idade Média* (Coimbra: Sociedade Portuguesa de Estudos Medievais, 2009): 173-182.
- ‘Efigies de D. Afonso V. As aspiraçoens ibéricas de um dos últimos cruzados portugueses’ en Francisco García y Juan Francisco Jiménez coords., *La historia peninsular en los espacios de frontera: las “Extremaduras históricas” y la “transierra* (Cáceres: Sociedad Española de Estudios Medievales, 2010): 87-99.
 - *A batalha de Toro* (Lisboa: Fronteira do Caos, 2014).
- Flori, Jean. *Caballeros y caballería en la Edad Media* (Barcelona: Paidós, 1998).
- *La caballería* (Madrid: Alianza, 2001).
- Foronda, François. ‘La privanza, entre monarquía y nobleza’ en José Manuel Nieto, *La monarquía como conflicto en la Corona castellano-leonesa (c. 1230-1504)* (Madrid: Sílex, 2006): 73-132.
- ‘Apoderarse del rey. Un ritual de integración política en la Castilla trastámara’ en François Foronda, *El espanto y el miedo. Golpismo, emociones políticas y constitucionalismo en la Edad Media* (Madrid: Dykinson, 2013): 15-74.
- Fowler, Kenneth. ‘News from the front: letters and dispatches of the fourteenth century’ en Philippe Contamine, Charles Giry-Delosion y Maurice H. Keen eds., *Guerre et société en France, en Angleterre et en Bourgogne XIVe-XVe siècle* (Lille: Publications de l’Institut de recherches historiques de Septentrion, 1991): 63-92.
- France, John (ed.). *Mercenaries and Paid Men. The Mercenary Identity in the Middle Ages* (Leiden: Brill Academic, 2005).
- *Victory in the East. A military history of the First Crusade* (Cambridge: Cambridge University Press, 1994).
 - *Western warfare in the age of crusaders, 1000-1300* (Nueva York: Cornell University Press, 1999).
 - ‘Recent writing on medieval warfare. From the fall of Rome to c.1300’, *The Journal of Military History* 65 (2001), 312-473.
 - ‘A changing balance. Cavalry and infantry, 1000-1300’, *Revista de História das Ideias* 30 (2009), 153-177.
 - ‘Historiography of battle’ en Clifford J. Rogers ed., *Medieval Warfare and Military Technology* (Nueva York: Oxford University Press, 2010) vol. I: 128-131.
- Frediani, Andrea. *Le grandi battaglie del Medioevo. Dalle invasioni árabe alla caduta di Granada: mille anni di scontri e conflitti che hanno segnato la storia dell’umanità* (Roma: Newton Compton, 2006).
- Freeman, Alvin. ‘Wall-Breakers and River-Bridgers: Military Engineers in the Scottish Wars of Edward I’, *Journal of British Studies* 10 (1971), 1-16.
- Fuller, John Frederick Charles. *The decisive battles of the Western world 480 BC-1757* (Aylesbury: Paladin Books, 1970).
- Gaier, Claude. *Art et organisation militaires dans la principauté de Liège et dans le comté de Looz au Moyen Age* (Bruselas: Palais des Académies, 1968).
- ‘La cavalerie lourde en Europe Occidentale du XIIe au XVIe siècle’, *Revue Internationale d’Histoire Militaire* 34 (1971), 385-396.
 - ‘Temerite et bravade chevaleresques: une composante tactique embarrassante’, *Revista de História das Ideias* 30 (2009), 119-137.
- Galende, Juan Carlos. ‘El sitio de Fuenterrabía en 1476. Estudio diplomático-paleográfico de un Documento Real concerniente a él’, *Boletín de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País* 46 (1990), 115-120.
- García Fitz, Francisco et alii. *1444. Sevilla en Guerra* (Sevilla: Departamento de Publicaciones del Ayuntamiento de Sevilla, 2015).

- García Fitz, Francisco. 'La frontera castellano-granadina a fines del siglo XIII' en Cristina Segura coord., *Relaciones exteriores del Reino de Granada: IV del Coloquio de Historia Medieval Andaluza* (Almería: Instituto de Estudios Almerienses, 1987): 23-35.
- 'La conquista de Andalucía en la crónica castellana del siglo XIII: las mentalidades historiográficas en los relatos de la conquista' en Emilio Cabrera coord., *Actas del V Coloquio de Historia Militar de Andalucía* (Córdoba: Diputación de Córdoba, 1988): 51-62.
 - 'Los acontecimientos político-militares de la frontera en el último cuarto del siglo XIII', *Revista de Historia Militar* 64 (1988), 9-72.
 - 'La didáctica militar en la literatura castellana (segunda mitad del siglo XIII y primera del XIV)', *Anuario de Estudios Medievales*, 19 (1989), 271-284.
 - 'La batalla en su contexto estratégico: a propósito de Álcors' en Ricardo Izquierdo coord., *Alarcos, 1195: Actas del Congreso Internacional Conmemorativo del VII Centenario de la Batalla de Alarcos* (Ciudad Real: Universidad de Castilla-La Mancha, 1995): 265-282.
 - 'Tecnología militar y guerra de asedios. La experiencia castellano-leonesa, siglos XI-XIII' en Guy de Boe y Frans Verhaeghe eds., *Military Studies in Medieval Europe* (Zellik: Instituut voor het Archeologisch Patrimonium, 1997): 38-41.
 - '¿Hubo estrategia en la Edad Media? A propósito de las relaciones castellano-musulmanas durante la segunda mitad del siglo XIII' en Luis Adão da Fonseca coord., *IV Jornadas luso-espanholas de História Medieval: as relações de fronteira no século de Alcanices* (Oporto: Faculdade de Letras, 1998): 837-854.
 - *Castilla y León frente al Islam: Estrategias de expansión y tácticas militares (siglos XI-XIII)* (Sevilla: Universidad de Sevilla, 1998).
 - *Ejércitos y actividades guerreras en la Edad Media europea* (Madrid: Arco Libros, 1998).
 - 'El cerco de Sevilla: Reflexiones sobre la guerra de asedio en la Edad Media' en Manuel González coord., *Sevilla 1248. Congreso Internacional conmemorativo del 750 aniversario de la conquista de Sevilla por Fernando III, Rey de Castilla y León* (Sevilla: Centro de Estudios Ramón Areces, 2000): 115-154.
 - 'El Cid y la guerra', en Fernández, César (coord.), *El Cid, poema e historia. Actas del Congreso Internacional* (Burgos: Ayto. de Burgos, 2000): 383-418.
 - 'Guerra y fortificaciones en contextos de frontera. Algunos casos ibéricos de la Plena Edad Media' en Isabel Cristina Ferreira coord., *Mil anos de Fortificações na Península Ibérica e no Magreb (500-1500)* (Palmela: Edições Colibrí, 2001): 719-532.
 - 'Política internacional y construcciones militares a finales del siglo XIII en la sierra de Huelva' en *VIII Jornadas del Patrimonio de la Comarca de la Sierra* (Huelva: Diputación de Huelva, 2001): 47-65.
 - 'Una frontera caliente. Las guerras en las fronteras castellano-musulmanas (siglos XI-XIII)' en Philippe Josserand, Pascal Buresi y Carlos de Ayala eds., *Identidad y representación de la frontera en la España medieval (siglos XI-XIV): seminario celebrado en la Casa de Velázquez y la Universidad Autónoma de Madrid (14-15 de diciembre de 1998)* (Madrid: Casa de Velázquez, 2001): 159-179.
 - 'Guerra y fortificaciones en la Plena Edad Media peninsular: Una reflexión en torno a la existencia y funcionalidad bélica de los sistemas defensivos' en *V Estudios de Frontera* (Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 2004): 223-242.

- ‘La conquista de Tarifa en la estrategia de expansión castellano-leonesa del siglo XIII’ en Manuel González ed., *Tarifa en la Edad Media* (Tarifa: Ayuntamiento de Tarifa, 2005): 103-125.
 - *Las Navas de Tolosa* (Barcelona: Ariel, 2005).
 - ‘Ejército y guerra en la Edad Media Hispánica’ en *Aproximación a la Historia Militar de España* (Madrid: Ministerio de Defensa, 2006) vol. I: 99-124.
 - ‘La batalla en la Edad Media: algunas reflexiones’, *Revista de Historia Militar* 100 (2006), 39-108.
 - ‘Las prácticas guerreras en el mediterráneo latino (siglos XI al XIII). Cristianos contra musulmanes’ en Philippe Josserand y Daniel Baloup eds., *Regards croisés sur la guerre sainte. Guerre, religion et idéologie dans l'espace méditerranéen* (Toulouse: Editions Méridiennes, 2006): 323-358.
 - ‘La composición de los ejércitos medievales’ en José Ignacio de la Iglesia coord., *La Guerra en la Edad Media. XVII Semana de Estudios Medievales* (Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 2007): 85-146.
 - ‘Las guerras de cada día. En la Castilla del siglo XIV’, *Edad Media. Revista de Historia* 8 (2007), 145-181.
 - ‘Historia Militar de España. Edad Media. Estudio historiográfico’ en Miguel Ángel Ladero coord., *Historia Militar de España* (Madrid: Ediciones del Laberinto, 2010): 39-70.
 - ‘War in the Lay of the Cid’, *Journal of Medieval Military History* 10 (2012), 61-88.
 - ‘El sistema castral sevillano en la Baja Edad Media’ en Isabel Cristina Ferreira coord., *Fortificações e Território na Península Ibérica e no Magreb (Séculos VI a XVI)* (Lisboa: Edições Colibrí, 2013) vol. II: 569-588.
 - ‘Las Navas de Tolosa y el paradigma bélico medieval’, en Carlos Estepa y María Antonia Carmona coords., *La Península Ibérica en tiempos de las Navas de Tolosa* (Madrid: SEEM, 2014): 17-52.
 - ‘Más fuerte que la espada. El hambre como arma y motor de la guerra en la Castilla Plenomedieval’ en Pere Benito i Monclús y Antoni Riera i Melís eds., *Guerra y carestía en la Europa medieval* (Lleida: Milenio, 2014): 35-69.
 - ‘La confrontación ideológica con el adversario musulmán a través de las biografías nobiliarias del siglo XV: la percepción del otro’ en Carlos de Ayala e Isabel Cristina Ferreira coords., *Cristianos Contra Musulmanes en la Edad Media Peninsular. Bases ideológicas y doctrinales de una confrontación (siglos X-XIV)* (Lisboa: Edições Colibrí, 2015): 241-264.
 - ‘Combatir en la península Ibérica: Castilla-León, siglos XI al XIII. Estado de la cuestión’, *Imago Temporis. Medium Aevum* 10 (2016), 383-407.
 - ‘Las guerras del rey Fernando’, en Antonio Miguel Bernal coord., *Fernando el Católico, rey* (Madrid: Marcial Pons, 2016): 47-71.
 - ‘Persiguiendo sombras: los ballesteros de nómina en la Castilla bajomedieval’ en M^a Isabel del Val, Juan Carlos Martín y David Carvajal eds., *Expresiones del poder en la Edad Media: homenaje al profesor Juan Antonio Bonachía Hernando* (Valladolid: Universidad de Valladolid, 2017): 111-120.
 - *La guerra contra el Islam peninsular en la Edad Media* (Madrid: Síntesis, en prensa).
- García Fitz, Francisco; Monteiro, João (eds.). *War in the Iberian Peninsula, 700-1600* (Londres: Routledge, 2018).

- García Fitz, Francisco; Rojas, Manuel; Pérez, Dolores. 'Operatividad castral granadina en la frontera occidental s. XV' en *I Congreso Internacional Fortificaciones en Al-Andalus* (Algeciras: Ayuntamiento de Algeciras, 1998): 281-294.
- García, Alejandro. 'La conquista de Sevilla por Fernando III (646 h/1248). Nuevas propuestas a través de la relectura de las fuentes árabes', *Hispania* 77/255 (2017), 11-41.
- García, Enrique. 'El ejército de los Reyes Católicos' en *Aproximación a la Historia Militar de España* (Madrid: Ministerio de Defensa, 2006) vol I: 167-184.
- García, José. 'Relaciones fronterizas entre los reinos de Murcia y Granada en los finales del siglo XV. Aspectos militares' en Emilio Cabrera coord., *Actas del V Coloquio de Historia Militar de Andalucía* (Córdoba: Diputación de Córdoba, 1988): 377-384.
- García, Julián. 'La artillería española en el siglo XV' en Esther Cruces coord., *La organización militar en los siglos XV y XVI. Actas de las II Jornadas Nacionales de Historia Militar* (Málaga: Cátedra "General Castaños", 1993): 361-364.
- García, M^a del Mar. 'Jerez en las relaciones castellano-nazaríes. Aportación humana y económica en 1436', *Estudios de historia y de arqueología medievales* 5-6 (Cádiz, 1985-1986), 191-204
- 'Las cabalgadas en tierras granadinas de Juan Fernández Galindo, comendador de Reina' en *Homenaje al Prof. Jacinto Bosch Vilá* (Granada: Universidad de Granada, 1991) vol. I: 181-191.
- García, M^a José; Castrillo, M^a José. 'Nobleza y poder militar en Castilla a fines de la Edad Media', *Medievalismo* 3 (1993), 39-58.
- García, Michel. 'Un episodio de la frontera de Granada. El Madroño. 1462', *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses* 79 (1974), 9-24.
- 'La crónica castellana en el siglo XV' en José Manuel Lucía, Paloma Gracia y Carmen Martín eds., *Actas II Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (Madrid: Universidad de Alcalá, 1992): 53-70.
 - 'Noticias del Presente. Memoria del Futuro. Escribir la Historia en Castilla en 1400 y más adelante' en Jon Andoni Fernández de Larrea y José Ramón Díaz de Durana coords., *Memoria e Historia. Utilización política en la Corona de Castilla al final de la Edad Media* (Madrid: Sílex, 2010): 15-42.
- Garrido, Juan Carlos. 'Relaciones fronterizas con el reino de Granada en las capitulaciones del Archivo Histórico Municipal de Jaén' en Cristina Segura coord., *Actas del IV Coloquio de Historia Medieval Andaluza* (Almería: Instituto de Estudios Almerienses, 1988): 161-172.
- Gassmann, Jack. 'Thoughts on the Role of Cavalry in Medieval Warfare', *Acta Periodica Duellatorum* 2 (2014), 149-177.
- George, Hereford. 'The Archers at Crècy', *The English Historical Review* 10/40 (1985), 733-738.
- Gillingham, John. *The Wars of the Roses. Peace & Conflict in 15th Century England* (Londres: Phoenix Press, 1981).
- 'Richard I and the Science of War in the Middle Ages' en Matthew Strickland ed., *Anglo-Norman Warfare. Studies in late Anglo-Saxon and Anglo-Norman military organization and warfare* (Woodbridge: Boydell & Brewer, 1992): 194-207.
 - 'William the Bastard at War' en Matthew Strickland ed., *Anglo-Norman Warfare. Studies in late Anglo-Saxon and Anglo-Norman military organization and warfare* (Woodbridge: Boydell & Brewer, 1992): 143-160.

- ‘Up with Orthodoxy!: In Defense of Vegetian Warfare’, *Journal of Medieval Military History* 2 (2004), 149-158.
- Gillmor, Carroll. ‘Practical Chivalry: Training of Horses for Tournaments and Warfare’, *Studies in Medieval and Renaissance History* 3 (1992), 7-29.
- Given-Wilson, Chris. *Chronicles. The Writing of History in Medieval England* (Londres & Nueva York: Hambledon and London, 2004).
- Goldsworthy, Adrian. *The Roman Army at War 100BC-AD200* (Oxford: Oxford University Press, 1996).
- Gomes, Miguel. *A arte da guerra em Portugal* (Coimbra: Universidade de Coimbra, 2014).
- Gómez, Fernando. *Historia de la prosa medieval castellana*, (Madrid: Cátedra, 2002-2007) vols. III y IV.
 - *Historia de la prosa de los Reyes Católicos: el umbral del renacimiento* (Madrid: Cátedra, 2012), vol. I.
- Gonzalbes, Carlos. ‘La frontera Nazarí al sur de Antequera en el siglo XV’ en José Rodríguez y Francisco Toro coords., *I Jornadas Estudios de Frontera. Alcalá la Real y el Arcipreste de Hita* (Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 1997): 249-265.
 - ‘La defensa de la frontera Sur de Antequera en el siglo XV. Notas de arqueología’ en José Rodríguez y Francisco Toro coords., *III Estudios de Frontera. Convivencia, defensa y comunicación en la frontera. En memoria de don Juan de Mata Carriazo y Arroquia*, (Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 2000): 345-360.
- Gonzalbes, Enrique. ‘Viajeros europeos en la frontera de Granada (siglo XV)’ en José Rodríguez y Francisco Toro coords., *II Estudios de Frontera. Actividad y vida en la frontera. En memoria de Claudio Sánchez-Albornoz* (Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 1998): 371-384.
- González, Manuel. ‘Morón, una villa de frontera (1402-1427)’ en Cristina Segura coord., *Actas del IV Coloquio de Historia Medieval Andaluza* (Almería: Instituto de Estudios Almerienses, 1988): 55-70.
 - ‘La Frontera entre Andalucía y Granada: realidades bélicas, socio-económicas y culturales’ en Miguel Ángel Ladero coord., *Actas del symposium conmemorativo del quinto centenario de la incorporación de Granada a la Corona de Castilla* (Granada: Diputación Provincial de Granada, 1993): 87-145.
 - ‘Fuentes para la Historia de la frontera castellano-granadina’ en Manuel Alejandro Rodríguez coord., *Hacedores de frontera: estudios sobre el contexto social de la frontera en la España medieval* (Madrid: Fundación Universitaria San Pablo CEU, 2009): 15-26.
 - ‘La caballería popular en la frontera’ en Aurelio Pretel coord., *Alcaraz: del Islam al concejo castellano* (Alcaraz: Ayuntamiento de Alcaraz, 2013): 275-298.
- González, Manuel; García, Francisco. ‘Historia política y estructura de poder. Castilla y León’ en *XXV Semana de Estudios Medievales: La Historia Medieval en España. Un balance historiográfico (1968-1990)* (Pamplona: Gobierno de Navarra, 1999): 175-283.
- González, Santiago. *Itinerario de don Fernando, regente de Castilla y rey de Aragón (1407-1416)* (Zaragoza: Instituto Fernando I el Católico, 2013).
 - ‘Los cautivos en el entorno fronterizo granadino durante la minoría de Juan II’ en José Rodríguez y Antonio Linage coords., *IX Encuentros de Frontera. Economía, sociedad y Derecho en la Frontera. Homenaje al profesor Emilio Molina López* (Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 2014): 233-243.

- 'La participación de eclesiásticos castellanos en las empresas bélicas de la regencia y del reinado de Fernando I de Aragón', *Espacio, Tiempo y Forma*, 3/27 (2014), 269-304.
 - *Los recursos militares de la monarquía castellana del siglo XV. Las campañas granadinas del infante Don Fernando. Setenil y Antequera (1407-1410)* (Madrid: Dykinson, 2016).
 - *La alta nobleza castellana a comienzos del siglo XV. Consolidación de linajes y casas nobles* (Madrid: Dykinson, 2018).
- Goodman, Anthony. *The wars of the Roses: Military activity and English society, 1452-1497* (Londres-Nueva York: Routledge, 1981).
- *The wars of the Roses. The soldiers' experience* (Stroud: Tempus, 2006).
- Gravett, Christopher. *Medieval siege warfare* (Oxford: Osprey, 1990).
- Grummit, David. 'The defence of Calais and the development of gunpowder weaponry in England in the Late Fifteenth Century', *War in History* 7 (2000), 253-272.
- 'Changing perceptions of the soldier in Late Medieval England' en Hannes Kleineke ed., *The Fifteenth Century X: Parliament, Personalities and Power - Papers Presented to Linda S. Clark* (Woodbridge: Boydell, 2011): 189-202.
 - 'A Military Revolution in the North? The Impact of Gunpowder Weaponry on the Anglo-Scottish Marches in the Fifteenth Century' en Andy King ed., *England and Scotland at War, c.1296-c.1513* (Leiden: Brill, 2012): 283-296.
- Gunn Steven; Grummit, David; Cools, Hans. 'War and the State in Early Modern Europe: Widening the Debate', *War in History* 15 (2008), 371-388.
- Gunn, Steven. 'War and the emergence of the state: Western Europe, 1350-1600' en Frank Tallent y David J.B. Trim eds., *European Warfare, 1350-1750* (Cambridge: University of Cambridge Press, 2010): 50-73.
- Hale, John Rigby. *War and Society in Renaissance Europe 1450-1620* (Londres: John Hopkins University Press, 1985).
- Hall, Bert S. 'The Changing Face of Siege Warfare: Technology and Tactics in Transition' en Ivy Corfis y Michael Wolfe eds., *The medieval city under siege* (Woodbridge: Boydell Press, 1995).
- 'Weapons of War and Late Medieval Cities: Technological Innovation and Tactical Changes' en Michael Wolfe y Elizabeth Smith eds., *Technology and Resource Use in Medieval Europe: Cathedrals, Mills and Mines* (Aldershot: Routledge, 1997): 185-208.
- Halsall, Guy. *Warfare and society in the barbarian west 450-900* (Londres: Routledge, 2003).
- Hamblin, William J. 'Saladin and Muslim Military Theory' en Benjamin Kedar ed., *The Horns of Hattin* (Jerusalem-Londres: Variorum, 1992): 228-238.
- Hamilton, Bernard. 'Baldwin the Leper as War Leader' en Alan Murray ed., *From Clermont to Jerusalem: The Crusades and Crusader Societies 1095-1500* (Turnhout: Brepols Publishers, 1998): 119-130.
- Hanson, Victor Davis. *The western way of war. Infantry battle in classical Greece* (Nueva York: Alfred s Knop, 1989).
- *Warfare and agriculture in Classical Greece* (Oakland: University of California Press, 1998).
 - *Guerra. El origen de todo* (Madrid: Turner, 2011).
- Harari, Yuval Noah. 'Military Memoirs: A Historical Overview of the Genre from the Middle Ages to the Late Modern Era', *War in History* 14 (2007), 289-309.
- *Special operations in the age of chivalry, 1100-1550* (Woodbridge: Boydell, 2007).

- 'The Concept of Decisive Battles in World History', *Journal of World History* 18/3 (2007), 251-266.
 - 'Scholars, Eyewitnesses, and Flesh-Witnesses of War: A Tense Relationship', *Partial Answers: Journal of Literature and the History of Ideas* 7/2 (2009), 213-228.
 - 'Armchairs, Coffee, and Authority. Eye-witnesses and Flesh-witnesses Speak about War, 1100-2000', *The Journal of Military History* 74 (2010), 53-78.
- Harbinson, Michael. 'The Lance in the Fifteenth Century: How French Cavalry Overcame the English Defensive System in the Latter Part of the Hundred Years War', *Journal of Medieval Military History* 17 (2019), 141-200.
- Hay, David J. *The military leadership of Matilda of Canossa, 1046-1115* (Manchester: Manchester University Press, 2010).
- Hernández, Francesc Xavier. *Breve historia de la guerra antigua y medieval* (Madrid: Nowtilus, 2010).
- Herrero, M^a Dolores. 'La artillería de los Reyes Católicos. Procedencia y semblanza' en Aurelio Valdés coord., *Artillería y fortificaciones en la Corona de Castilla durante el reinado de Isabel la Católica. 1474-1504* (Madrid: Ministerio de Defensa, 2004): 156-179.
- Hicks, Michael. 'Propaganda and the First Battle of St Albans, 1455', *Nottingham Medieval Studies* 44 (2000), 167-183.
- Hidalgo, Francisco Javier. *Agua y guerra en la Castilla de los Reyes Católicos a través de las crónicas: las guerras de Portugal y Granada (1475-1492)* (Tesis doctoral. Universidad de Valladolid, 2017).
- Hinojosa, José María. 'Fronteras valencianas durante la guerra con Castilla (1429-1430)' en *Temas de Historia Militar. II. Comunicaciones del primer congreso de historia militar* (Madrid: Servicio de publicaciones del EME, 1985): 140-150.
- Honig, Jan Willem. 'Reappraising Late Medieval Strategy: The Example of the 1415 Agincourt Campaign', *War in History* 19 (2012), 123-151.
- Hoskins, Peter. *Siege warfare during the Hundred Years War. Once more unto the breach* (Yorkshire-Philadelphia: Pen & Sword, 2018).
- Hosler, John. *Henry II. A Medieval Soldier at War, 1147-1189* (Leiden: Brill, 2007).
- 'Reframing the Conversation on Medieval Military Strategy', *Journal of Medieval Military History* 16 (2018), 189-205.
 - 'The War Councils and Military Advisers of Louis VII of France' en Michael Bardot y Laurence Marvin eds., *Louis VII and His World* (Leiden: Brill, 2018): 11-28.
- Housley, Norman. 'Frontier Societies and Crusading in the Late Middle Ages' en Kelly DeVries ed., *Medieval Warfare 1300-1450* (Farham: Routledge, 2010): 401-416.
- Howard, Michael. *War in European history* (Oxford: Oxford University Press, 1976).
- Huici, Ambrosio. *Las grandes batallas de la reconquista durante las invasiones africanas* (Granada: Universidad de Granada, 2000).
- Huizinga, Johan. *Otoño en la Edad Media: estudios sobre la forma de vida y el espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y en los Países Bajos* (Madrid: Alianza, 2001).
- Hyland, Ann. *The medieval warhorse. From Byzantium to the Crusades* (Londres: Da Capo Press, 1994).
- Iglesia, José Ignacio (coord.). *La Guerra en la Edad Media. XVII Semana de estudios medievales de Nájera, del 31 de julio al 4 de agosto de 2006* (Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 2007).

- Jaquet, Daniel *et alii*. 'Range of motion and energy cost of locomotion of the late medieval armoured fighter: A proof of concept of confronting the medieval technical literature with modern movement analysis', *Historical Methods: A Journal of Quantitative and Interdisciplinary History* 49 (2016), 169-186.
- Jefferson, John. 'The Ottoman-Hungarian Campaigns of 1442', *Journal of Medieval Military History* 10 (2013), 133-172.
- Jiménez, Juan Francisco. 'El hombre y la frontera: Murcia y Granada en época de Enrique IV', *Miscelánea Medieval Murciana* 17 (1992), 77-96.
- 'Adelantados y mando militar: los Fajardo en Murcia (siglos XV-XVI)' en Esther Cruces coord., *Actas de las II Jornadas Nacionales de Historia Militar* (Málaga: Cátedra "General Castaños", 1993): 151-157.
- Jiménez, Juan Francisco; Abad, Mercedes. 'Con tanto ruido que parecía hundirse el mundo. Paisajes sonoros en la Frontera de Granada (siglos XV-XVI)' en Olivia Cattedra y Gerardo Rodríguez coords., *Actas del V Simposio Internacional Textos y Contextos: diálogos entre historia, literatura, filosofía y religión de la VIII Jornada del cristianismo antiguo al cristianismo medieval* (Mar de Plata: Universidad de Mar de Plata, 2014): 101-126.
- Jones, Archer. *The art of war in the western world* (Urbana-Chicago: University of Illinois, 1987).
- Jones, Michael. 'War and Fourteenth Century France' en Anne Curry y Michael Hughes eds., *Arms, armies and fortifications in the Hundred Years War* (Woodbridge: Boydell, 1994): 103-120.
- 'The Battle of Verneuil (17 August 1424): Towards a History of Courage', *War in History* 9 (2002), 375-411.
- Jones, Richard L. C. 'Fortalezas y asedios en Europa occidental c. 800-1450' en Maurice Keen ed., *Historia de la Guerra en la Edad Media* (Madrid: Antonio Machado Libros, 2005): 211-238.
- Jones, Robert. 'Re-thinking the origins of the Irish hobelar' en *Cardiff Historical Papers* (Cardiff: Cardiff School of History and Archaeology, 2008): 1-21.
- *Bloodied banners: martial display on the medieval battlefield* (Woodbridge: Boydell, 2015).
- Jular, Cristina. *Los Adelantados y Merinos Mayores de León (siglos XIII-XV)* (León: Universidad de León-Junta de Castilla y León, 1990).
- 'Monarquía y gobierno territorial en la Baja Edad Media: oficiales mayores y menores del rey' en José Ignacio de la Iglesia coord., *Monasterios, espacio y sociedad en la España cristiana medieval (XX Semana de Estudios Medievales)* (Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 2009): 395-428.
 - 'Nobility and Patronage: the Velascos, a Case Study' en Cristina Jular y Carlos Estepa eds., *Land, Power and Society in Medieval Castile. A Study of 'Behetria'* (Turnhout: Brepols, 2009): 177-227.
- Justel, Pablo. 'La carga de choque en la épica francesa y castellana', *Revista poética medieval* 25 (2011), 175-198.
- Kagay, Donald. 'Battle-Seeking Commanders in the Later Middle Ages. Phases of Generalship in the War of the Two Pedros' en Andrew Villalon y Donald Kagay eds., *The Hundred Years War (III)* (Leiden: Brill, 2013): 63-84.
- Kagay, Donald; Villalon, Andrew. 'Winning and Recalling Honor in Spain: Pro-English Poetry in Celebration of the Battle of Nájera (1367)', *Journal of Medieval Military History* 11(2013), 133-166.
- Keegan, John. 'The Historian and Battle', *International Security* 3/3 (1978-1979), 138-149.

- *Historia de la Guerra* (Barcelona: Turner, 1995).
 - *Inteligencia militar. Conocer al enemigo, de Napoleón a Al Qaeda* (Madrid: Turner, 2012).
 - *El rostro de la batalla* (Madrid: Turner, 2013).
 - *La máscara del mando. Un estudio sobre el liderazgo* (Madrid: Turner, 2015).
- Keen, Maurice (ed.). *Historia de la Guerra en la Edad Media* (Madrid: Antonio Machado Libros, 2005).
- Keen, Maurice. 'Armas de fuego, pólvora y ejércitos permanentes' en Maurice Keen ed., *Historia de la Guerra en la Edad Media* (Madrid: Antonio Machado Libros, 2005): 347-369.
- *La Caballería* (Barcelona: Ariel, 2010).
- Kühne, Thomas; Ziemann, Benjamin. 'La renovación de la Historia Militar. Coyunturas, interpretaciones, conceptos', *Semata Ciencias Sociais e Humanidades* 19 (2007), 307-347.
- Kyrialkis, Savvas. *Warfare in Late Byzantium 1204-1453* (Leiden-Boston: Brill, 2011).
- Ladero, Miguel Ángel (ed.). *La incorporación de Granada a la Corona de Castilla. Actas de Symposium Conmemorativo del Quinto Centenario* (Granada: Diputación Provincial de Granada, 1993).
- Ladero, Miguel Ángel (coord.). *Milicia y economía de la Guerra de Granada: el cerco de Baza* Valladolid: Universidad de Valladolid, 1964).
- *Granada. Historia de un país islámico (1232-1571)* (Barcelona: Gredos, 1969).
 - 'De Per Afán a Catalina de Ribera, siglo y medio en la historia de un linaje sevillano (1371-1514)', *En la España medieval*, 4 (1984), 447-498.
 - *Castilla y la conquista del reino de Granada* (Granada: Diputación Provincial de Granada, 1987).
 - 'La genèse de l'État dans les royaumes hispaniques médiévaux (1250-1450)' en Christian Hermann coord., *Le premier age de l'état en Espagne (1450-1700)* (Lyon: CNRS, 1989): 9-65.
 - 'La organización militar de la Corona de Castilla en la Baja Edad Media' en Miguel Ángel Ladero coord., *Castillos medievales del Reino de León* (Madrid: Hullera Vasco-Leonesa, 1989): 11-34.
 - 'Fiscalidad regia y génesis del Estado en la Corona de Castilla (1252-1504)', *Espacio, Tiempo Y Forma. Serie III (Historia Medieval)* 4 (1991), 95-136.
 - 'Formación y funcionamiento de las huestes reales en Castilla durante el siglo XV' en Esther Cruces coord., *La organización militar en los siglos XV y XVI. Actas de las II Jornadas Nacionales de Historia Militar* (Málaga: Cátedra 'General Castaños', 1993): 161-172.
 - 'La organización militar de la Corona de Castilla durante los siglos XIV y XV' en Miguel Ángel Ladero ed., *La incorporación de Granada a la Corona de Castilla. Actas de Symposium Conmemorativo del Quinto Centenario* (Granada: Diputación Provincial de Granada, 1993): 195-227.
 - 'Reconquista y definiciones de frontera', *Revista da Facultade de Letras* 15 (1998), 655-692.
 - 'Recursos militares y guerras de los Reyes Católicos', *Conquistar y defender. Los recursos militares en la Edad Media Hispánica. Revista de Historia Militar* (2001), 383-420.
 - *Las guerras de Granada en el siglo XV* (Barcelona: Ariel, 2002).
 - 'La guerra del Estrecho' en *XXXI Semana de Estudios Medievales. Guerra y Diplomacia en la Europa Occidental 1280-1480* (Pamplona: Gobierno de Navarra, 2005): 255-294.

- ‘Baja Edad Media’ en Miguel Ángel Ladero coord., *Historia Militar de España. Edad Media* (Madrid: Ministerio de Defensa, 2010): 217-343.
 - *Historia Militar de España. II: Edad Media* (Madrid: Laberinto, 2010).
- Lafuente, Mario. *Dos coronas en guerra. Aragón y Castilla (1356-1366)* (Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 2012).
- *Un reino en armas. La guerra de los Dos Pedros en Aragón* (Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2014).
- Lambert, Craig. ‘Edward III’s siege of Calais: A reappraisal’, *Journal of Medieval Military History* 37 (2011), 245-256.
- Lawrence, Jeremy. ‘Nueva luz sobre la biblioteca del Conde de Haro: inventario de 1455’, *El Crotalón: Anuario de filología española*, 1 (1984), 1073-1111.
- Lee, John. ‘Guerra urbana en el mundo griego clásico’ en Victor Davis Hanson coord., *El arte de la guerra en el mundo antiguo: de las guerras persas a la caída de Roma* (Barcelona: Crítica, 2012): 139-163.
- Lenzi, Maria Ludovica. *La pace strega. Guerra e società in Italia dal XIII al XVI secolo* (Montepulciano: Editori del grifo Italia, 1988).
- Leroy, Beatrice. *L'historien et son roi. Essai sur les chroniques castillanes, XIVE-XVe siècles* (Madrid: Casa Velázquez, 2013).
- Lewis, Barry. ‘The Battle of Edgecote or Banbury (1469) Through the Eyes of Contemporary Welsh Poets’, *Journal of Medieval Military History* 37 (2011), 97-117.
- Liddell Hart, Basil. *La estrategia de aproximación indirecta. Las guerras decisivas de la Historia* (Barcelona: Iberia-Joaquín Gil, 1946).
- Lloyd, E.M. ‘The ‘Herse’ of Archers at Crecy’, *The English Historical Review* 10/39 (1895), 538-541.
- Lomax, Derek. ‘Un poema político de 1462’ en *Homenaje al profesor Juan Torres Fontes* (Murcia: Universidad de Murcia, 1987): 891-899.
- ‘Novedad y tradición en la guerra de Granada. 1482-1491’ en Miguel Ángel Ladero coord., *La incorporación de Granada a la Corona de Castilla* (Granada: Diputación Provincial de Granada, 1993): 229-263.
- López de Coca, José Enrique. ‘De nuevo sobre el romance Río Verde, Río Verde y su historicidad’ en *Actas del I Coloquio de Historia Medieval de Andalucía* (Córdoba: Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1982): 11-19.
- ‘Castilla, Granada y la tregua de 1443’ en Miguel Ángel Ladero, Vicente Ángel Álvarez y Julio Valdeón coords., *Homenaje a Luis Suárez* (Valladolid: Universidad de Valladolid, 1991): 301-313.
 - ‘Fernando Álvarez de Toledo, Capitán de la frontera de Jaén’, *Anuario de estudios medievales*, 33/2 (Barcelona, 2003), 643-666.
 - ‘La conquista de Granada: el testimonio de los vencidos’, *Norba. Revista de Historia* vol. 18 (2005), 33-50.
- López de Toro, José. ‘La conquista de Gran Canaria en la Cuarta Década del Cronista Alonso de Palencia, 1478-1480’, *Anuario de Estudios Atlánticos* 16 (1970), 325-393.
- López, Asunción. ‘Cautiverio y rescate de don Juan Manrique, capitán de la frontera castellana (1456-1457)’, *Cuadernos de estudios medievales* 12-13 (1984-1985), 243-253.
- López, Francisco Javier. *Esculturas para la guerra. La creación y evolución de la artillería hasta el s. XVII* (Madrid: CSIC, 2011).
- López, Francisco. *Poética de la frontera andaluza (Antequera, 1424)* (Salamanca: Universidad de Salamanca, 1998).

- López, Javier. 'La evolución de la Artillería en la segunda mitad del siglo XV. El reinado de los Reyes Católicos y el contexto europeo' en Aurelio Valdés coord., *Artillería y fortificaciones en la Corona de Castilla durante el reinado de Isabel la Católica. 1474-1504* (Madrid: Ministerio de Defensa, 2004): 180-223.
- 'La artillería y su evolución' en Fernando Cobos coord., *La artillería de los Reyes Católicos* (Salamanca: Junta de Castilla y León, 2005): 25-42.
- López, Pablo. 'Una batalla olvidada: Collejares 1406' en Francisco Toro y José Rodríguez coords., *IX Estudios de Frontera. Economía, sociedad y Derecho en la Frontera. Homenaje al profesor Emilio Molina López* (Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 2014): 387-406.
- Lot, Ferdinand. *L'art militaire et les armées au Moyen Âge en Europe et dans le Proche Orient* (París : Payot, 1946).
- Lourie, Elena. 'A Society Organized for War: Medieval Spain', *Past & Present* 35 (1966), 54-76.
- Macdonald, Alastair. 'Profit, Politics and Personality: War and the later Medieval Scottish Nobility' en Terry Brotherstone y David Ditchburn eds., *Freedom and Authority. Scotland c.1050- c.1650. Historical and Historiographical Essays Presented to Grant G. Simpson* (East Linton: Turkwell Press, 2000): 119-130.
- 'Triumph and Disaster. Scottish Military Leadership in the Later Middle Ages' en Andy King y David Simpkin coords., *England and Scotland at War, c.1296-c.1513* (Leiden: Brill, 2012): 255-282.
 - 'Courage, Fear and the Experience of the Later Medieval Scottish Soldier', *The Scottish Historical Review* 92/235 (2013), 179-206.
 - 'Good King Robert's Testament? Guerrilla Warfare in Later Medieval Scotland' en Brian Hughes y Fergus Robson eds., *Unconventional Warfare from Antiquity to the Present Day* (Basingstoke: Macmillan, 2017): 197-217.
- Maciá, Antonio. 'La batalla de Toro y la unidad nacional', *Revista de Historia Militar* 46 (1979), 47-56.
- Macías, José María. 'Los infantes de Aragón en Extremadura', *Extremadura. Revista de Historia* 1 (2014), 178-199.
- MacInnes, Iain. 'Shock and awe: the use of terror as a psychological weapon during the Bruce-Balliol civil war, 1332-1338', en Andy King y Michael A. Penman eds., *England and Scotland in the fourteenth century: new perspectives* (Suffolk: Boydell & Brewer, 2007): 2-28.
- 'Heads, Shoulders, Knees and Toes: Injury and Death in Anglo-Scottish Combat, c.1296-c.1403' en Larissa Tracy y Kelly DeVries eds., *Wounds and Wound Repair in Medieval Culture* (Leiden: Brill, 2015): 142-176.
- Mackay, Angus. 'The ballad and the frontier in late medieval Spain', *Bulletin of Hispanic Studies* 53 (1976), 15-33.
- 'Los romances fronterizos como fuente histórica' en Esther Cruces coord., *Relaciones exteriores del Reino de Granada: IV del Coloquio de Historia Medieval Andaluza* (Almería: Cátedra 'General Castaños', 1988): 273-285.
- Madden, Mollie M. *The Black Prince and the Grande Chevauchée of 1355* (Woodbridge : Boydell, 2018).
- Mailles, Jacques de. *Très joyeuse et très plaisante histoire du gentil seigneur de Bayart* (Paris, 1878).
- Mallett, Michael. *Mercenaries and their masters. Warfare in Renaissance Italy* (Londres, Sydney y Toronto: The Bodley Head, 1974).

- 'Preparations for war in Florence and Venice in the second half of fifteenth century' en *Florence and Venice. Comparisons and relations* (Florencia: La nuova Italia, 1979): 149-164.
- 'Siegecraft in Late Fifteenth-Century Italy' en Ivy Corfis y Michael Wolfe eds., *The medieval city under siege* (Woodbridge: Boydell Press, 1995), 245-55.
- Marshall, Christopher. 'The Use of the Charge in Battles in the Latin East, 1192-1291', *Historical Research* 63/152 (1990), 221-226.
- *Warfare in the Latin East, 1192-1291* (Cambridge: University of Cambridge, 1992).
- Martín, Antonio. *Historia de la ciudad de Toledo, sus claros varones y monumentos* (Toledo: Imprenta de Severiano López Fando, 1862).
- Martín, José Julio. *La guerra en la literatura castellana del siglo XV* (Londres: University of London, 2015).
- Martín, José Luis. 'Baluartes fronterizos. Intento de sistematización de las aportaciones al congreso' en Francisco Toro y José Rodríguez coords., *V Estudios de Frontera* (Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 2004): 15-23.
- Martín, Miguel Ángel. 'El combate urbano en la Baja Edad Media: el duque de Medina Sidonia contra el marqués de Cádiz por el dominio de Sevilla', *Roda da Fortuna* 1 (2015), 53-77.
- 'Lucha en la frontera jiennense durante el siglo XV. Aspectos tácticos en la crónica del condestable Miguel Lucas' en Francisco Toro ed., *Los reinos peninsulares en el siglo XV. De lo vivido a lo narrado. Encuentro de investigadores* (Andújar: Ayuntamiento de Andújar, 2015): 191-197.
- 'Metodología militar aplicada al análisis de la guerra bajomedieval castellana, siglos XIII-XV', *Roda da Fortuna* 1 (2015), 204-224.
- Martínez, Carlos. 'La campaña de Antequera en 1410 y la toma de la plaza por el infante don Fernando', *Revista de Historia Militar* 43 (1977), 19-58.
- Martínez, Enrique. 'The eclosion of Military History', *Stud. Hist. Hª mod* 25 (2003), 17-25.
- 'La aportación española a la Revolución Militar en los inicios de los tiempos modernos', *Cuadernos del CEMYR* 13 (2005), 211-227.
- Martínez, José Luis. 'La historia militar como género histórico', *Cuadernos de Historia* 2003, 17-47.
- Martins, Antonio Carlos. *A batalha de Toro e as relações entre Portugal e Castela. Dimensões políticas e militares na segunda metade do século XV* (Tesis doctoral. Universidade de Lisboa, 2011).
- Martins, Miguel Gomes; Monteiro, João Gouveia. 'Portugal II. The Late Middle Ages 1249-1367: A time of reforms and royal consolidation', en Francisco García Fitz y João Gouveia Monteiro eds., *War in the Iberian Peninsula, 700-1600*, (Nueva York: Routledge, 2018): 212-241.
- Marvin, Laurence Wade. 'Medieval and Modern C²: Command and Control in the Field during Western Europe's Long Twelfth Century (1095-1225)', *War & Society* 35/3 (2016), 152-176.
- 'King Louis VII as General on the Second Crusade: A Failure of Command, Control and Communication', en Michael Bardot y Laurence Wade Marvin eds., *Louis VII and His World* (Leiden: Brill, 2018): 29-49.
- Mas, Andrés. 'La formación militar del Rey Católico' en Esther Cruces coord., *La organización militar en los siglos XV y XVI. Actas de las II Jornadas Nacionales de Historia Militar* (Málaga: Cátedra 'General Castaños', 1993): 377-384.
- McGlynn, Sean. 'Medieval Warfare', *European Review of History* 4 (1997), 183-186.

- *A hierro y fuego. Las atrocidades de la guerra en la Edad Media* (Barcelona: Crítica, 2009)
- McJoynt, Albert. 'Introduction. Part I' en Michael Prescott, Albert McJoynt ed., *The Art of War in Spain 1481-1492* (Frome-Londres: Greenhill Books, 1995): 13-92.
- 'An appreciation of the war for Granada (1481-1492): a critical link to western military history' en Donald Kagay ed., *Crusaders, condottieri and cannon: medieval warfare in societies around the Mediterranean* (Leiden: Brill, 2003): 239-252.
- Medina, Carlos J. 'La artillería española en el reinado de los Reyes Católicos. La época de los artilleros empíricos y el despertar de un arma' en Aurelio Valdés coord., *Artillería y fortificaciones en la Corona de Castilla durante el reinado de Isabel la Católica. 1474-1504* (Madrid: Ministerio de Defensa, 2004): 112-155.
- Menache, Sophia. 'Una personificación del ideal caballeresco en el Medievo tardío: don Alonso de Aragón', *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval* 6 (1987), 9-29.
- Menéndez, Ramón. *Historia de España. Los Trastámaras de Castilla y Aragón en el siglo XV* (Madrid: Espasa-Calpé, 1970).
- Menjot, Denis. 'Le poids de la guerre dans l'economie murcienne, l'exemple de la campagne de 1407-1408 contre Grenade', *Miscelánea Medieval Murciana* 2 (1976), 35-68.
- Mitchell, Russ. 'Light cavalry, heavy cavalry, horse archers, oh my! What abstract definitions don't tell us about 1205 Adrianople', *Journal of Medieval Military History* 6 (2008), 95-118.
- Mitre, Emilio. 'De la toma de Algeciras a la campaña de Antequera', *Hispania* 120 (1972), 77-122.
- 'La frontière de Grenade aux environs de 1400', *Le Moyen Âge* 78 (1972), 489-522.
- *La guerra de los cien años* (Barcelona: Alba Libros, 1990).
- 'El papel militar de Don Iñigo López Mendoza, conflictos armados y visión de la guerra en el siglo XV' en Miguel Ángel Ladero coord., *El Marqués de Santillana, 1398-1458: los albores de la España Moderna* (Donostia: Nerea, 2001) vol. II: 127-156.
- Moffat, Ralph. 'The Importance of Being Harnest: Armour, Heraldry and Recognition in the Mêlée' en Lorna Bleach ed., *Battle and Bloodshed: The Medieval World at War* (Cambridge: University of Cambridge Press, 2013): 5-25.
- Monsalvo, José María. 'El conflicto nobleza frente a monarquía en el contexto de las transformaciones del estado en la Castilla trastámara. Reflexiones críticas' en Jose Antonio Jara coord., *Discurso político y relaciones de poder* (Madrid: Dykinson, 2017): 89-287.
- *La construcción del poder real en la Monarquía castellana (siglos XI-XIV)* (Madrid: Marcial Pons, 2019).
- Montaña, Juan Luis de la. 'Guerra y sociedad en la frontera castellano-portuguesa durante el siglo XIV. El ámbito extremeño-alentejano' en *VI Jornadas luso-espanholas de História Medieval: A Guerra e a Sociedade na Idade Média* (Coimbra: Sociedade Portuguesa de Estudos Medievais: 2009): 501-519.
- Monteiro, João. 'Cavalaria montada, cavalaria desmontada e infantaria', *Revista de História das Ideias* 14 (1992), 143-195.
- *A guerra em Portugal nos finais da idade média* (Lisboa: Notícias, 1998).
- *Aljubarrota, 1385. A Batalha Real* (Lisboa: Tribuna da História, 2003).

- ‘Estratégia e risco em Aljubarrota: a decisão de dar batalha à luz do “paradigma Gillingham” en *VI Jornadas luso-espanholas de História Medieval: A Guerra e a Sociedade na Idade Média* (Coimbra: Sociedade Portuguesa de Estudos Medievais, 2009): 75-107.
 - ‘The battle of Aljubarrota (1385). A Reassessment’, *Journal of Medieval Military History* 7 (2009), 1-31.
 - *Entre romanos, cruzados e ordens militares. Ensaios de história militar antiga e medieval* (Coimbra: Salamandra, 2010).
 - ‘Vegécio e a prática militar medieval: influência real e condicionalismos’ en João Gouveia, *Entre Romanos, Cruzados e Ordens Militares. Ensaios de História Militar Antiga e Medieval* (Coimbra: Salamandra, 2010): 97-134.
 - *Nuno Álvares Pereira* (Lisboa: Manuscrito, 2017).
 - ‘Parte I (1096-1495)’ en Nuno Severiano coord., *História Militar de Portugal* (Lisboa: Esfera dos Livros, 2017): 15-206.
- Monteiro, João (coord.). *Aljubarrota Revisitada* (Coimbra: Universidade de Coimbra, 2001).
- Monteiro, João (coord.). *Guerra e poder na Europa medieval* (Coimbra: Universidade de Coimbra, 2015).
- Monteiro, João Gouveia; Martins, Miguel Gomes y Faria, Tiago Viúla de. ‘Another 1415: Portugal’s military landscape at the time of Agincourt’, *Journal of Medieval History* 43 (2017), 118-135.
- Monteiro, João; Gomes, Miguel. *As cicatrizes da guerra no espaço fronteiriço português (1250-1450)* (Coimbra: Palimage, 2010).
- Montes, Isabel. ‘Un gran concejo andaluz ante la guerra de Granada: Sevilla en tiempos de Enrique IV (1454-1474)’, *En la España Medieval* 4 (1984), 595-651.
- ‘Sevilla y la frontera de Granada durante el reinado de Enrique IV, 1454-1474’ en Cristina Segura coord., *Relaciones exteriores del Reino de Granada: IV del Coloquio de Historia Medieval Andaluza* (Almería: Instituto de Estudios Almerienses, 1988): 123-143.
 - ‘Una nueva estrategia para una vieja guerra. La preparación en Sevilla de la campaña de Antequera (1410)’, *Historia. Instituciones. Documentos* 36 (2009), 269-312.
- Montoto y de Simón, Jaime. *Las guerras medievales y el renacimiento de los ejércitos* (Madrid: Libsa, 2016).
- Morales, Dolores Carmen. ‘El caballo en la Edad Media. Un estado de la cuestión’ en *Homenaje al profesor Eloy Benito Ruano* (Murcia: Universidad de Murcia, 2010): 537-551.
- Morfakidis, M. Moto. ‘Un pasaje de Laónicos relativo a la batalla de La Higuera y a sus consecuencias inmediatas’ en Cristina Segura coord., en *Actas del IV Coloquio de Historia Medieval de Andalucía* (Almería: Instituto de Estudios Almerienses, 1988): 71-82.
- Morgan, Philip. *War and society in medieval Cheshire 1277-1403* (Manchester: Manchester University Press, 1987).
- ‘The Naming of Battlefields in the Middle Ages’ en Diana Dunn ed., *War and Society in Medieval and Early Modern Britain* (Liverpool: Liverpool University Press, 2000): 34-52.
- Morillo, Ángel (coord.). *Arqueología militar romana en Hispania* (Madrid: Ediciones Polifemo, 2002).
- Morillo, Stephen. *Warfare under the Anglo-Norman kings 1066-1135* (Woodbridge: Boydell, 1994).

- *The battle of Hastings* (Woodbridge: Boydell, 1996).
 - 'Introduction' en Stephen Morillo, *The Battle of Hastings: Sources and Interpretations (Warfare in History)* (Suffolk: Boydell & Brewer, 1998): 11-32.
 - 'The Age of Cavalry Revisited' en Donald Kagay, Andrew Villalon eds., *The circle of war in the Middle Ages. Essays on Medieval Military and Naval History* (Woodbridge: Boydell & Brewer, 1999): 45-58
 - 'Milites, Knights and Samurai: Military Terminology, Comparative History, and the Problem of Translation', en Richard Abels y Bernard Bachrach, eds., *The Normans and their Adversaries at War* (Woodbridge: Boydell, 2001): 167-184.
 - 'Battle Seeking: The Contexts and Limits of Vegetian Strategy', *Journal of Medieval Military History* 1 (2002), 21-41.
 - 'A General Typology of Transcultural Wars: The Early Middle Ages and Beyond' en Hans-Henning Kortüm ed., *Transcultural Wars: from the Middle Ages to the 21st Century* (Berlin: Walter de Gruyter, 2006): 1-14.
 - 'Expecting Cowardice: Medieval Battle Tactics Reconsidered', *Journal of Medieval Military History* 4 (2006), 65-73.
 - 'The Sword of Justice: War and State Formation in Comparative Perspective', *Journal of Medieval Military History* 4 (2006), 1-17.
- Morillo, Stephen; Pavkovic, Michael. *What is military history?* (Malden: Polity, 2014).
- Morris, J. 'The Archers at Crecy', *The English Historical Review* 12/47 (1897), 427-436.
- 'Mounted Infantry in Mediaeval Warfare' en Kelly DeVries ed., *Medieval Warfare 1300-1450* (Surrey: Routledge, 2010): 157-182.
- Mortimer, John. *The role of the longbow in the Infantry Revolution* (Tesis doctoral. University of Indiana, 2013).
- Moyar, Mark. 'The current state of Military History', *The Historical Journal* 50 (2007), 225-240.
- Muhlberger, Steven. 'Chivalry and Military Biography in the Later Middle Ages: The Chronicle of the Good Duke Louis of Bourbon', *Journal of Medieval Military History* 10 (2012), 113-130.
- Muñoz, Víctor. 'La guerra contra el islam en el proyecto político de Fernando de Antequera, infante de Castilla y rey de Aragón (1380-1416)', en Martín Ríos ed., *El Mundo de los Conquistadores* (Madrid: Sílex, 2015): 399-437.
- Nall, Catherine. *Reading and war in Fifteenth-Century England. From Lydgate to Malory* (Cambridge: University of Cambridge Press, 2012).
- Navareño, Antonio. 'El castillo bajomedieval: arquitectura y táctica militar', *Gladius*, (1988), 113-152.
- 'El castillo en la guerra medieval. Pertrechos y tácticas del ataque y defensa' en *Actas del I Congreso de Castellología ibérica* (Palencia: Diputación Provincial de Palencia, 1998): 575-592.
- Navarro, José. 'Don Alonso de Aragón, la espada o lanza de Juan II', *Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita* 41-42 (1982), 159-204.
- Nicholson, Helen. *Medieval warfare. Theory and practice of war in Europe 300-1500* (Basingstoke y Nueva York: Red Globe Press, 2004).
- Nicholson, Ranald. 'The siege of Berwick, 1333', *Scottish Historical Review* 40 (1961), 19-42.
- Nicolle, David. *Medieval Warfare Source Book* (2 vols., Londres: Weidenfeld Military, 1995).
- 'Medieval Warfare. The Unfriendly Interface', *The Journal of Military History* 63 (1999), 579-599.

- *European Medieval Tactics: The Fall and Rise of Cavalry 450-1260* (Oxford: Osprey, 2011) vol. I.
 - *European Medieval Tactics: New Infantry, New Weapons 1260-1500* (Oxford: Osprey, 2012) vol. II.
- Nieto, José Manuel. 'El ciclo ceremonial de la batalla de La Higuera (1431)', *Estudios de Historia de España* 12/2 (2010), 389-404.
- O'Callaghan, Joseph. *The Last Crusade in the West. Castile and the Conquest of Granada* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2014).
- Ó'Cléirigh, Cormac. 'Irish frontier warfare- a fifteenth-century case study' en *From Crécy to Mohacs: Warfare in the Late Middle Ages (1346-1526)* (Viena: Heeresgeschichtliches Museum/Militärhistorisches Institut, 1997): 179-193.
- O'Keefe, Tadhg. 'Medieval frontiers and fortification: The Pale and its evolution' en Kevin Whelan ed., *Dublin City and Country: From Prehistory to Present. Studies in Honour of J.H. Andrews* (Dublin: Geography Publications, 1992): 57-78.
- Olivar, Marçal. 'Documents per la biografia del Marqués de Santillana', *Estudis Universitaris Catalans* 11 (1926), 110-120.
- Oman, Charles. 'The art of war in the fifteenth century' en *Cambridge Medieval History* (Cambridge: Cambridge University Press, 1929): 646-659.
- *The Art of War in the Middle Ages. A.D. 378-1515* (Londres: Cornell University Press, 1953).
 - *A History of the Art of War in the Middle Ages*, vol. 2, 1278-1485 AD (Londres: Greenhill Books, 1998).
- Orsi, Mario. 'La guerra en la Corona de Aragón (siglos XIII-XV). Aproximación metodológica a través de su historiografía' en *VI Jornadas luso-espanholas de História Medieval: A Guerra e a Sociedade na Idade Média* (Coimbra: Sociedade Portuguesa de Estudos Medievais, 2009): 551-571.
- Ortuño, Jorge. 'Diego López Pacheco, capitán general de la frontera de Granada' en Francisco Toro y José Rodríguez coords., *Funciones de la red castral fronteriza: homenaje Don Juan Torres Fontes* (Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 2004): 577-586.
- Páez, Mateo Antonio. 'El condestable Iranzo y la frontera de Granada. Un itinerario de sus actividades militares' en Emilio Cabrera coord., *Actas del V Coloquio de Historia Militar de Andalucía* (Córdoba: Diputación Provincial de Córdoba, 1988): 385-397.
- Palacios, Santiago. 'Castillos contra castillos. Padrastrós y fortalezas de asedio en la España Medieval', *Arqueología y territorio medieval* 13 (2006), 33-55.
- 'Una aproximación al concepto de "lanza" en relación a las órdenes militares', en Isabel Cristina F. Fernandes coord., *Entre Deus e o Rei. O mundo das Ordens Militares* (Palmela: GEOS & Município de Palmela, 2018): 297-320.
- Paret, Peter. 'The New Military History', *Parameters*, otoño (1991), 10-18.
- Parker, Geoffrey (ed.). *Historia de la Guerra* (Madrid: Akal, 2010).
- Parker, Geoffrey. *The Military Revolution. Military Innovation and the Rise of the West, 1500-1800* (Cambridge: Cambridge University Press, 1988).
- *La Revolución Militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800* (Barcelona: Crítica, 1990).
 - 'In Defense of the Military Revolution' en Clifford J. Rogers ed., *The Military Revolution Debate. Readings on the Military Transformation of Early Modern Europe* (Boulder: Routledge, 1995): 337-367.

- 'The 'Military Revolution, 1560-1660: a myth?', en Clifford J. Rogers ed., *The Military Revolution Debate. Readings on the Military Transformation of Early Modern Europe* (Boulder: Routledge, 1995): 37-54.
 - 'La Revolución de la Pólvora 1300-1500' en Geoffrey Parker ed., *Historia de la Guerra* (Madrid: Akal, 2010): 107-119.
- Pastor, Reyna; Estepa, Carlos; Alfonso, Isabel; Escalona, Julio; Jular, Cristina. 'Bajo nobleza: aproximación a la historiografía europea y propuestas para una investigación', *Historia Social*, 20 (1994), 23-45.
- Paz y Meliá, Antonio. *El cronista Alonso de Palencia* (Madrid: Hispanic Society of America, 1914).
- Paz, Julián. 'Versión oficial de la batalla de Olmedo' en *Homenaje ofrecido a Menéndez Pidal. Miscelánea de estudios lingüísticos, literarios e historia* (Madrid: Hernando, 1925): 839-842.
- Peinado, Rafael. 'Estudio preliminar' en *Alonso de Palencia: guerra de Granada* (Granada: Universidad de Granada, 1998): 9-106.
- Peralta, Eduardo. 'Los campamentos romanos de campaña (castra aestiva): evidencias científicas y carencias académicas', *Nivel Cero* 10 (2002), 48-87.
- Pérez, Dolores María. 'Las treguas y las suspensiones de hostilidades en la dinámica estratégica castellana frente a Granada (1369-1481)' en Francisco Toro y José Rodríguez coords., *II Estudios de Frontera. Actividad y vida en la frontera* (Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 1998): 671-682.
- *Enemigos seculares. Guerra y tregua entre Castilla y Granada (c. 1246- c.1481)* (Madrid: Sílex, 2013).
- Pérez, Manuel. 'Morón y la frontera (1436-1480)' en Francisco Toro y José Rodríguez coords., *II Estudios de Frontera. Actividad y vida en la frontera* (Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 1998): 683-692.
- 'La defensa de la frontera moronense: guardas, escuchas, velas, atajadores y cuadrilleros (1436-1479)' en Francisco Toro y José Rodríguez coords., *III Estudios de Frontera. Convivencia, defensa y comunicación en la frontera* (Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 2000): 543-558.
 - 'La leyenda de la frontera Antequerana: personajes y ficciones (1440-1476)' en Francisco Toro y José Rodríguez coords., *IV Estudios de Frontera. Historia, tradiciones y leyendas en la Frontera. Homenaje a Enrique Toral y Peñaranda* (Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 2002): 431-445.
- Perroy, Edouard. *La Guerra de los Cien Años* (Madrid: Akal, 2010).
- Phillpots, Christophe. 'The French Plan of Battle during the Agincourt Campaign', *The English Historical Review* vol. 99/390 (1984), 59-66.
- Pieri, Piero. "Il Governo et exercitio de la militia" di Orso degli Orsini e i "Memoriali" di Diomedea Carafa', *Archivio Storico per le province napoletane*, 58 (1933), 99-212.
- *Il Rinascimento e la crisi militare italiana* (Milán: Einaudi, 1952).
- Pino, José Luis. 'La conquista de Antequera' en *Temas de Historia Militar II* (Zaragoza: Servicio de Publicaciones del EME, 1985): 174-181.
- 'El cerco de la fortaleza de Trujillo (1475-1477)', *Anuario de estudios medievales* 16 (1986), 495-518.
 - 'Las campañas militares castellanas contra el reino de Granada durante los reinados de Juan II y Enrique IV' en Emilio Cabrera coord., *Actas del V Coloquio de Historia Militar de Andalucía* (Córdoba: Diputación de Córdoba, 1988): 673-684.

- Pino, José Luis; Córdoba, Ricardo. 'Los servicios sustitutivos en la guerra de Granada: el caso de Córdoba (1460-1492)' en Cristina Segura coord., *Actas del IV Coloquio de Historia Militar de Andalucía* (Córdoba: Diputación de Córdoba, 1988): 185-210.
- Pohl, John. *Armies of Castile and Aragon 1370-1516* (Oxford: Osprey, 2015).
- Ponsoda, Santiago. 'Una guerra en la frontera: El enfrentamiento entre Aragón y Castilla en las tierras de la gobernación de Orihuela (1429-1430)' en Francisco Toro y José Rodríguez coords., *VII Estudios de Frontera. Islam y Cristiandad. Siglos XII-XVI* (Jaén, Diputación Provincial de Jaén, 2009): 697-710.
- Pontón, Gonzalo. *Escrituras históricas. Relaciones, memoriales y crónicas de la Guerra de Granada* (Madrid: Fundación Santander Central Hispano, 2002).
- 'Las cartas de Diego Valera' en Cristina Moya ed., *Mosén Diego de Valera. Entre las armas y las letras* (Woodbridge: Boydell, 2014): 63-79.
- Porras, Pedro. 'El derecho de frontera durante la Baja Edad Media. La regulación de las relaciones fronterizas en tiempo de treguas y de guerra' en María Rosa Ayerbe coord., *Estudios dedicados a la memoria del profesor L.M. Díez de Salazar* (Bilbao: EHU, 1992) vol. I: 261-287.
- 'La frontera del reino de Granada a través del libro de actas del cabildo de Jaén de 1476', *Al-Qantara, Revista de estudios árabes* 14 (1993), 127-161.
- Porrinas, David. 'La percepción de los castillos en las Memorias de Abd Allah' en Francisco Toro y José Rodríguez coords., *V Estudios de Frontera* (Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 2004): 617-631.
- Powers, James. *A society organized for war. The iberian municipal militias in the central Middle Ages, 1000-1284* (Berkeley: University of California Press, 1988).
- Prescott, William. *The art of war in Spain*, ed. Albert McJoynt (Frome-Londres: Greenhill Books, 1995).
- Prestwich, Michael. *Armies and Warfare in the Middle Ages. The English Experience* (New Haven-Londres: Yale University Press, 1996).
- 'Was there a Military Revolution in Medieval England?' en Colin Richmond y Isobel Harvey eds., *Essays presented to Edmund Fryde* (Aberystwyth: National Library of Wales, 1996): 19-39.
 - 'Transcultural warfare – The Later Middle Ages' en Hans-Henning Kortüm ed., *Transcultural wars from the Middle Ages to the 21st Century* (Berlín: Akademie Verlag, 2006): 43-56.
 - *Caballero. Manual del guerrero medieval* (Madrid: Akal, 2011).
- Preteel, Aurelio. 'En torno a la sublevación de Chinchilla y el cerco de su Castillo en 1476' en *Homenaje al proferos Juan Torres Fontes* (Murcia: Universidad de Murcia, 1987): 1341-1358.
- Purton, Peter. *A History of the Late Medieval Siege, 1200-1500* (Woodbridge: Boydell & Brewer, 2010).
- Quatrefages, René. *La Revolución Militar Moderna. El Crisol Español* (Madrid: Ministerio de Defensa, Madrid, 1996).
- Quesada, Fernando. 'La Arqueología de los campos de batalla. Notas para un estado de la cuestión y una guía de investigación', *SALDVIE* 8 (2008), 21-35.
- Quesada, Tomás. 'La organización militar de la zona meridional de Jaén. El asedio de Huelma de 1476' en Cristina Segura, coord., *Relaciones exteriores del Reino de Granada: IV del Coloquio de Historia Medieval Andaluza* (Almería: Instituto de Estudios Almerienses, 1988): 147-159.
- Quintanilla, María Concepción. 'Acerca de las fortalezas andaluzas en la frontera granadina durante el siglo XV' en Cristina Segura, coord., *Relaciones exteriores*

- del Reino de Granada: IV del Coloquio de Historia Medieval Andaluza* (Almería: Instituto de Estudios Almerienses, 1988): 251-272.
- Remy, Andreas. 'Descriptions of Battles in Fifteenth-Century Urban Chronicles: A Comparison of the Siege of London in May 1471 and the Battle of Grandson, 2 March 1476', *Journal of Medieval Military History* 9 (2011), 118-131.
- Ríos, Martín. 'La Reconquista: génesis de un mito historiográfico', *Historia y Grafía* 30 (2008), 191-216.
- Ripoll, Pedro J. 'Higueruela. Cuando la Higuera puede no ser un árbol' en Francisco Toro y José Rodríguez coords., *IX Estudios de Frontera. Economía, sociedad y Derecho en la Frontera. Homenaje al profesor Emilio Molina López* (Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 2014): 667-689.
- Roberts, Andrew (ed.). *Great commanders of the medieval world (454-1582)* (Londres: Quercus, 2008).
- Roberts, Michael. 'The Military Revolution, 1560-1660' en Clifford J. Rogers ed., *The Military Revolution Debate. Readings on the Military Transformation of Early Modern Europe* (Boulder: Routledge, 1995): 13-35.
- Roca, María Elvira. 'El Libro de la Guerra, y la traducción de Vegetio por Fray Alfonso de San Cristóbal', *Anuario de Estudios Medievales* 37 (2007), 267-304.
- Rodríguez, Antonio José; Mesa, Eduardo. 'Del Gran Capitán a los Tercios: la herencia de Gonzalo Fernández de Córdoba en los Ejércitos de los Austrias (siglos XVI y XVII)', *Revista de Historia Militar* (2015), 143-188.
- Rodríguez, Carlos J. 'Tipología de las campañas militares ocurridas en la frontera luso-extremeña durante la guerra de sucesión castellana a la muerte de Enrique IV (1475-1479)', *Revista Signum* 11 (2010), 183-206.
- 'La guerra medieval en su contexto: entre el mito y la realidad', *Revista Roda da Fortuna* 2/1 (2012), 158-69.
 - *A fuego e sangre. La Guerra de Sucesión entre Isabel la Católica y Doña Juana en Extremadura (1475-1479)* (Mérida: Editora Regional de Extremadura, 2013).
 - *D. Alonso de Monroy (S. XV). Maestre de Alcántara y señor de la guerra* (Badajoz, Diputación Provincial de Badajoz, 2013).
 - 'Poder y política en la Castilla de los Trastámara', *Revista Roda da Fortuna* nº especial (2013), 310-329.
 - 'Corrió la sangre por las calles. Ciudad y guerra urbana a finales del siglo XV: el caso de Extremadura', *Revista Roda da Fortuna* 1 (2015), 33-52.
 - 'La actividad político-militar y la ambición territorial de los marqueses de Villena en Extremadura a través del Memorial de Pedro de Baeza', *eHumanista: Journal of Iberian Studies* 37 (2017), 427-39.
 - 'Más allá del Duero: la guerra de sucesión en Extremadura (1475-1477)', *Medievalismo* 27 (2017), 285-301.
 - *La batalla campal en la Edad Media* (Madrid: Ediciones La Ergástula, 2018).
 - 'Legacy and change: medieval warfare in Castile through the chronicle of Grand Master Alonso de Monroy (fifteenth century)', *Journal of Medieval Iberian Studies* 11 (2019), 1-16.
- Rodríguez, Jesús D. *El debate sobre la caballería en el siglo XV: la tratadística caballeresca castellana en su marco europeo* (Valladolid: Junta de Castilla y León, 1996).
- Rodríguez, José Manuel. 'Cruzados y fronteros. Discusión sobre el carácter cruzado de la guerra en la frontera 1214-1314' en José Rodríguez y Francisco Toro coords., *III Estudios de Frontera. Convivencia, defensa y comunicación en la frontera.*

- En memoria de don Juan de Mata Carriazo y Arroquia*, (Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 2000): 569-585.
- Rodríguez, José. 'La documentación de los Reyes Católicos en los archivos andaluces: documentos sobre la guerra de Granada' en Miguel Ángel Ladero ed., *La incorporación de Granada a la Corona de Castilla* (Granada: Diputación Provincial de Granada, 1993): 483-497.
- Rodríguez-Picavea, Enrique. 'The Military Orders and the War of Granada (1350-1492)', *Mediterranean Studies* 19 (2010), 14-42.
- Rogers Clifford J. (ed.). *The Military Revolution Debate. Readings on the Military Transformation of Early Modern Europe* (Boulder: Westview, 1995).
- Rogers, Clifford J. (ed.). *The wars of Edward III: sources and interpretations* (Woodbridge: Boydell & Brewer, 1999).
- Rogers, Clifford J. 'The Military Revolutions of the Hundred Years War' en Clifford J. Rogers ed., *The Military Revolution Debate. Readings on the Military Transformation of Early Modern Europe* (Boulder: Routledge, 1995): 55-93.
- 'The offensive/defensive in medieval strategy' en *From Crécy to Mohacs: Warfare in the Late Middle Ages (1346-1526)* (Viena: Heeresgeschichtliches Museum/Militärhistorisches Institut, 1997): 158-171.
 - 'The efficacy of the English Longbow: A reply to Kelly DeVries', *War in History* 5 (1998), 233-242.
 - 'Military revolutions and revolutions in military affairs: a historian's perspective' en Harald von Riekhoff y Thierry Gongora eds., *Toward a Revolution in Military Affairs? Defense and Security at the Dawn of the Twenty-First Century* (Westport: Contributions in Military, 2000): 21-35.
 - *War cruel and sharp: English strategy under Edward III, 1327-1360* (Woodbridge: Boydell, 2000).
 - 'As if a new sun had arisen: England's fourteenth century RMA' en MacGregor Knox y Williamson Murray coords., *The Dynamics of Military Revolution, 1300-2050* (Cambridge: Cambridge University Press, 2001): 15-34.
 - 'The Vegetian Science of Warfare in the Middle Ages', *Journal of Medieval History* 1 (2002), 1-19.
 - 'The Medieval Legacy' en Geoff Mortimer ed., *Early Modern Military History* (Londres: Macmillan, 2004): 6-24.
 - 'Henry V's Military Strategy in 1415' en Andrew Villalon y Donald Kagay, eds., *The Hundred Years War: A wider focus* (Leiden-Boston: Brill, 2005): 399-429.
 - 'La época de la Guerra de los Cien Años' en Maurice Keen coord., *Historia de la guerra en la Edad Media* (Madrid: Antonio Machado Libros, 2005): 179-211.
 - 'The Bergerac Campaign (1345) and the Generalship of Henry of Lancaster', *Journal of Medieval Military History* 4 (2006), 65-73.
 - *Soldiers' lives through History: The Middle Ages* (Westport: Greenwood, 2007).
 - 'The Battle of Agincourt' en Andrew Villalon y Donald J. Kagay eds., *The Hundred Years War (Part II): Different vistas* (Leiden & Boston: Brill, 2008): 37-133.
 - 'Edward III and the dialectics of strategy', *Transactions of the Royal Historical Society* 4 (2009), 83-102.
 - 'The idea of military revolutions in eighteenth and nineteenth century texts', *Revista de História das Ideias* 30 (2009), 395-415.
 - 'Cavalry' en Clifford J. Rogers ed., *Medieval Warfare and Military Technology* (Nueva York: Oxford University Press, 2010) vol. I: 354-356.

- 'Medieval Strategy and the Economics of Conquest', *Journal of Military History* 82 (2010), 709-738.
 - 'Tactics and the face of battle' en Frank Tallett y David J.B. Trim eds., *European Warfare, 1350-1750* (Cambridge: Cambridge University Press, 2010): 203-235.
 - *Essays on medieval military history: strategy, military revolutions and the Hundred Years War* (Burlington: Routledge, 2010).
 - 'The development of the longbow in late medieval England and 'technological determinism'', *Journal of Medieval History* 37 (2011), 321-341.
 - 'Carolingian Cavalry in Battle: The Evidence Reconsidered' en Simon John y Nicholas Morton eds., *Crusading and Warfare in the Middle Ages: Realities and Representations. Essays in Honour of John France* (Farham: Routledge, 2014): 1-11.
- Rojas, Manuel. 'Matrera: un castillo de Sevilla en la frontera de Granada (1400-1430)' en Emilio Cabrera coord., *Actas del V Coloquio de Historia Militar de Andalucía* (Córdoba: Diputación de Córdoba, 1988): 359-366.
- 'En torno al liderazgo nobiliario en la frontera occidental granadina durante el siglo XV', *Historia. Instituciones. Documentos* 20 (1993), 499-522.
 - 'La capacidad militar de la nobleza en la frontera con Granada. El ejemplo de don Juan Ponce de León, II conde de Los Arcos y señor de Marchena', *Historia. Instituciones. Documentos* 22 (1995), 497-532.
 - *La frontera entre los reinos de Sevilla y Granada en el siglo XV (1390-1481). Un ensayo sobre la violencia y sus manifestaciones.* (Cádiz: Universidad de Cádiz, 1995).
 - 'La nobleza como élite militar en la frontera con Granada: una reflexión' en Pedro Segura coord., *Actas del Congreso la frontera oriental nazarí como sujeto histórico (s. XIII-XVI)* (Almería: Instituto de Estudios Almerienses, 1997): 181-190.
 - 'Nuevas técnicas, ¿viejas ideas? Revolución militar, pirobalística y operaciones de expugnación castral castellanas en las guerras contra Granada (c. 1325 – c. 1410)', *Meridies* 4 (1997), 31-56.
 - 'Funcionalidad bélica de las fortificaciones castellanas en la frontera occidental con Granada [c. 1350-c. 1481]' en Juan Antonio Barrio y José Vicente Cabezuelo coords., *La fortaleza medieval. Realidad y símbolo* (Alicante: Universitat d'Alacant, 1998): 47-74.
 - 'Guerra de asedio y expugnación castral en la frontera con Granada. El reinado de Alfonso XI de Castilla como paradigma (1325-1350)' en *IV Jornadas luso-espanholas de História Medieval: as relações de fronteira no século de Alcanices II* (Oporto: Universidade do Porto, 1998): 875-900.
 - 'El valor bélico de la cabalgada en la frontera de Granada (c. 1350-c. 1481), *Anuario de Estudios Medievales* 31(2001), 295-328.
 - 'Estrategia y guerra de posición en la Edad Media. El ejemplo de la frontera occidental de Granada (c. 1275-c. 1481)' en Francisco Toro y José Rodríguez coords., *V Estudios de Frontera. Funciones de la red castral. Homenaje al prof. Juan Torres Fontes* (Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 2004): 665-692.
 - 'La frontera de Granada. Perspectivas y planteamientos', *Meridies. Revista de Historia Medieval* 7 (2005), 245-267.
 - 'El riesgo de la batalla (c. 950-c. 1250) Muerte y cautiverio en combate campal' en Blas Casado y José Ignacio de la Iglesia coords., *XVII Semana de Estudios Medievales. La Guerra en la Edad Media* (Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 2007): 267-303.

- Rojas, Manuel; Pérez, Dolores M^a; García Fitz, Francisco. ‘Operatividad castral granadina en la frontera occidental durante el siglo XV’ en *I congreso Internacional Fortificaciones en Al-Ándalus* (Algeciras: Fundación Municipal de Cultura “José Luis Cano”, 1998): 281-294.
- Rojas, Manuel; Pérez, Dolores María. ‘Aproximación a almogávares y almogaverías en la frontera de Granada’ en José Rodríguez y Francisco Toro, coords., *I Jornadas Estudios de Frontera. Alcalá la Real y el Arcipreste de Hita* (Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 1997): 569-582.
- Roldão, Filipa. ‘Na rua e no arquivo: a construção da memória portuguesa da Batalha de Toro no século XV’ en María Helena da Cruz, Saúl Antonio Gomes y Antonio Manuel Ribeiro coords., *VI Jornadas luso-espanholas de História Medieval: A Guerra e a Sociedade na Idade Média* (Coimbra: Sociedade Portuguesa de Estudos Medievais, 2009) vol. II: 319-327.
- Round, Nicholas. *The Greatest Man Uncrowned: A Study of the Fall of Don Álvaro de Luna* (Londres: Tamesis Books, 1986).
- Rubim, Nuno José Varela. ‘Sobre a possibilidade técnica do emprego de Artilharia na Batalha de Aljubarrota’, *Revista da Artilharia* enero-febrero (1986), 5-31.
- ‘A artilharia portuguesa nas Tapeçarias de Pastrana. A tomada de Arzila em 1471’ *Revista da Artilharia* (1987), 5-41.
 - ‘O armamento pirobalístico’ en Mário Barroca y João Gouveia Monteiro coords., *Pera guerreiar. Armamento medieval no espaço português* (Palmela: Câmara Municipal de Palmela, 2000): 224-243.
- Rufo, Paulina. ‘Las atribuciones militares de un concejo de frontera: el caso de Écija a finales del siglo XV’ en Francisco Toro y José Rodríguez coords., *VI Estudios de Frontera. Población y poblamiento* (Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 2006): 655-670.
- Sáez, Rubén. *Artillería y poliorcética en la Edad Media* (Madrid: Almena Ediciones, 2007).
- *La batalla de Toro 1476. La guerra de sucesión castellana* (Madrid: Almena Ediciones, 2009).
- Sáiz, Jorge. *Guerra y nobleza en la Corona de Aragón. La caballería en los ejércitos del rey (siglos XIV-XV)* (Tesis doctoral. Universitat de València, 2003).
- ‘Formación de un ejército permanente en el siglo XV: La caballería de Alfonso el Magnánimo’, *Medievalismo* 17 (2007), 187-214.
 - *Caballeros del rey. Nobleza y guerra en el reinado de Alfonso el Magnánimo*, (Valencia: Universitat de València, 2008).
- San Millán y Gallarín, Carlos. ‘Acerca de los sistemas defensivos de Antequera en la frontera (1236-1487). Notas para su estudio’ en Francisco Toro y José Rodríguez coords., *III Estudios de Frontera* (Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 2000): 711-721.
- Sánchez, Ana Belén. ‘Historiadores militares españoles del siglo XIX’, *Medievalismo* 1 (1991), 99-105.
- ‘La formación de un ejército nobiliario al final de la Edad Media’ y Esther Cruces coord., *La organización militar en los siglos XV y XVI. Actas de las II Jornadas Nacionales de Historia Militar* (Málaga: Cátedra “General Castaños”, 1993): 173-178.
 - ‘Documentación para el estudio de los ejércitos nobiliarios en la Baja Edad Media y el Renacimiento’ en Antonia Heredia, coord., *Actas VI Jornadas Nacionales de Historia Militar* (Sevilla: Cátedra General Castaños, 1996): 657-666.

- *La Casa de Mendoza hasta el tercer Duque del Infantado 1350-1531* (Madrid: Palafox & Pezuela, 2001).
- Sánchez, Rafael. 'Sevilla y la frontera (1446-1452): una economía de guerra', *Cuadernos de la Biblioteca Española de Tetuán* 23-24 (1981), 133-148.
- 'Sevilla y la guerra de Granada (1446-1452). Participación política y militar', *Gades* 9 (1982), 285-310.
- 'Las milicias concejiles y su actuación exterior: Sevilla y la Guerra de Granada (1430-1439)', *Estudios de Historia y Arqueología Medievales* 3-4 (1984), 55-78.
- 'La frontera en la caracterización de la aristocracia andaluza. El memorial de servicios de los Orbaneja de Jerez (1488)', *Historia. Instituciones. Documentos* 13 (1986), 283-313.
- 'Los Saavedra y la frontera con el reino de Granada en el siglo XV' en José Enrique López de Coca Castañer ed., *Estudios sobre Málaga y el Reino de Granada en el V Centenario de la Conquista* (Málaga: Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Málaga, 1987): 163-182.
- 'Poder urbano, política familiar y guerra fronteriza. La parentela de Alonso Fernández Melgarejo, veinticuatro de Sevilla y alcalde de Zahara' en Emilio Cabrera coord., *Actas del V Coloquio de Historia Militar de Andalucía* (Córdoba: Diputación de Córdoba, 1988): 367-376.
- Sánchez, Rafael; Rojas, Manuel. 'La frontera. El sector sevillano-xericiense' en Miguel Ángel Ladero ed., *La incorporación de Granada a la Corona de Castilla* (Granada: Diputación Provincial de Granada, 1993): 373-399.
- Sarasa, Esteban. 'Poliorcética, economía de guerra y hacienda en el siglo XV (el asalto a Balaguer por Fernando I en 1413)' en Esther Cruces coord., *La organización militar en los siglos XV y XVI. Actas de las II Jornadas Nacionales de Historia Militar* (Málaga: Cátedra "General Castaños", 1993): 369-376.
- Scalini, Mario. 'From Helmets to Buckets: bascinets and hand artillery of the Aldobrandesco fortress of Piancastagnaio' en VV.AA., *The armorer's art: essays in honor of Stuart Pyhrr* (Woonsocket: Mowbray Publishing, 2004): 43-54.
- Schiff, Mario. *La bibliothèque du Marquis de Santillane* (Paris : Émile Bouillon, 1905).
- Segura, Cristina. 'La tala como arma de guerra en la frontera' en Francisco Toro y José Rodríguez coords., *VI Estudios de Frontera. Población y poblamiento* (Jaén: Diputación Provincial de Jaén, 2006): 717-724.
- Sesma, Ángel. 'Carteles de batalla cruzados entre Alfonso V de Portugal y Fernando de Castilla (1475)', *Revista Portuguesa de Historia* 16 (1976), 277-295.
- Settia, Aldo. *Rapine, assedi, battaglie. La Guerra nel Medioevo* (Bari: Editori Laterza, 2002).
- *Tecniche e spazi della guerra medievale* (Roma: Viella, 2006).
- 'Infantry and Cavalry in Lombardy (11th-12th Centuries)', *Journal of Medieval Military History* 7 (2008), 58-78.
- 'Military Games and the Training of the Infantry', *Journal of Medieval Military History* 11 (2013), 1-24.
- Shahar, Shulamith. *Childhood in the Middle Ages* (Londres: Routledge, 1992).
- Sherer, Idan. 'When War Comes They Want to Flee': Motivation and Combat Effectiveness in the Spanish Infantry during the Italian Wars', *The Sixteenth Century Journal* 46 (2017), 387-414.
- Simpkin, David. *The English Aristocracy at War. From the Welsh Wars of Edward I to the Battle of Bannockburn* (Woodbridge: Boydell, 2008).

- Smail, Raymond C. *Crusading Warfare, 1097-1193* (Cambridge: Cambridge University Press, 1996).
- Smith, Robert. 'Artillery and the Hundred Years War: Myth and interpretation' en Anne Curry y Michael Hughes eds., *Arms, armies and fortifications in the Hundred Year's War* (Woodbridge: Boydell, 1994): 151-160.
- Smith, Robert; DeVries, Kelly. *The artillery of the Dukes of Burgundy 1316-1477* (Woodbridge: Boydell, 2005).
- Soler del Campo, Álvaro. *La evolución del armamento medieval en el reino castellano-leonés y Al-Ándalus (siglos XII-XIV)* (Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1993).
- 'Notas sobre la evolución de los modelos de armamento adoptados en Al-Andalus (siglos X-XV)' en *IV Congreso de Arqueología Medieval Española* (Alicante: Diputación Provincial de Alicante, 1993): 97-115.
 - 'El armamento en el Medievo Hispano' en *Aproximación a la Historia Militar de España* (Madrid: Ministerio de Defensa, 2006), vol. I: 125-142.
 - 'El equipamiento militar en el Medievo' en Blas Casado y José Ignacio de la Iglesia coords., *XVII Semana de Estudios Medievales. La Guerra en la Edad Media* (Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 2007): 147-191.
- Soriano, Catherine. 'Bibliografía de las crónicas particulares castellanas del siglo XV', *Bibliográfico de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* 12 (1998), 341-384.
- Stewart, Paul. 'Military command and the development of the viceroyalty under Ferdinand and Isabella', *The Journal of Medieval and Renaissance Studies* 5 (1975), 223-243.
- Stone, John. 'Technology, Society, and the Infantry Revolution of the Fourteenth Century', *The Journal of Military History* 68 (2004), 361-380.
- Strickland, Matthew (ed.). *Anglo-Norman warfare. Studies in Late Anglo-Saxon and Anglo-Norman military organization and warfare* (Woodbridge: Boydell & Brewer, 1992).
- *War and chivalry. The conduct and perception of war in England and Normandy, 1066-1217* (Cambridge: Cambridge University Press, 2003).
- Suárez, Luis. 'Juan II y la frontera de Granada', *Estudios y Documentos* 2 (1954), 3-47.
- 'Los Trastámaras de Aragón en el siglo XV' en Ramón Menéndez dir., *Historia de España. Los Trastámaras de Castilla y Aragón en el siglo XV* (Madrid: Espasa-Calpé, 1970).
 - *Los Reyes Católicos. El tiempo de la guerra de Granada* (Madrid: Rialp, 1989).
 - *Los Reyes Católicos. La conquista del Trono* (Madrid: Rialp, 1989).
 - *Enrique IV. La difamación como arma política* (Barcelona: Ariel, 2002).
 - *Fernando el Católico* (Barcelona: Ariel, 2004).
- Suárez, M^a Jesús. 'La Guerra de Granada en tiempos de Enrique III' en Manuel González ed., *Actas de las III Jornadas Hispano-Portuguesas de Historia Medieval* (Sevilla: Junta de Andalucía, 1997): 1421-1436.
- Suñé, Josep. 'Técnicas de ataque y defensa en los asedios del siglo XIII: ámbito catalo-aragonés y occitano', *Gladius* 33 (2013), 113-130.
- Szabó, Janos. 'Stradiots, Balkan', en Clifford Rogers, ed. *The Oxford encyclopedia of medieval warfare and military technology* (Nueva York: Oxford University Press, 2010), 3 vols, 315-316.
- *Debated questions in the history of medieval Hungarian light cavalry* (Tesis doctoral. University of Debrecen, 2016).

- Tallet, Frank; Trim, David J.B. (eds.). *European Warfare, 1350-1750* (Cambridge: Cambridge University Press, 2010).
- Tallet, Frank; Trim, David J.B. 'Then was then and now is now: an overview of change and continuity in late-medieval and early-modern warfare' en Frank Tallet y David J.B. Trim eds., *European Warfare, 1350-1750* (Cambridge: Cambridge University Press, 2010): 1-26.
- Tate, Robert Brian. 'La historiografía en la España del siglo XV' en Robert Brian Tate, *Ensayos sobre la Historiografía Peninsular del siglo XV* (Madrid: Gredos, 1970): 280-297.
- 'Los trabajos del cronista cuatrocentista', *Stvdia Historica. Historia Moderna* 13 (1995), 27-46.
 - 'The Official Chronicler in the Fifteenth Century: A brief survey of Western Europe', *Nottingham Medieval Studies* 41 (1997), 157-185.
- Taylor, Craig. 'Military Courage and Fear in the Late Medieval French Chivalric Imagination', *Cahiers de Recherches Médiévales et Humanistes* 24 (2012), 129-147.
- *Chivalry and the ideals of knighthood in France during the Hundred Years War* (Cambridge, Cambridge University Press, 2013).
- Taylor, Frederick Lewis. *The art of war in Italy, 1494-1529* (Londres: Macmillan, 1921).
- Theotokis, Georgios. *The campaigns of the Norman dukes of southern Italy against Byzantium, in the years between 1071 and 1108 AD* (Tesis doctoral. University of Glasgow, 2010).
- 'Geoffrey Malaterra as a military historian for the Norman expansion in Italy and Sicily – strengths and weaknesses in his narrative', *Mediterranean Chronicle* 2 (2012), 105-115.
 - 'The Square Fighting March of the Crusaders at the Battle of Ascalon (1099)', *Journal of Medieval Military History* 11 (2013), 57-72.
 - *The Norman campaigns in the Balkans 1081-1108* (Suffolk: Boydell & Brewer, 2014).
- Tinoco, José Fernando. *Repertorio bibliográfico de fuentes cronísticas castellanas para el estudio de la Guerra de Granada* (Tesis doctoral. Universidad de Extremadura, 2015).
- Tolstói, Liev. *Guerra y Paz*, trad. Francisco José Alcántara, José Laín Entralgo, (Barcelona: Planeta, 200)
- Torre, Antonio de la. *Los Reyes Católicos y Granada* (Madrid: Instituto Jerónimo Zurita, 1946).
- Torreblanca, Agustín Alfonso. 'Una expedición de Rodrigo Manrique contra la frontera de Granada (junio de 1435) en *Homenaje al profesor Torres Fontes* (Murcia: Universidad de Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 1987), t. II: 1673-1680.
- Torremocha, Antonio. 'La técnica militar aplicada al cerco y defensa de ciudades a mediados del siglo XIV (un estudio de los capítulos CCLXVII al CCCXXXVII de la Crónica de Alfonso XI que tratan sobre el cerco y conquista de Algeciras, 1342-1344)', *Estudios de Historia y de Arqueología Medievales* 7-8 (1987), 239-255.
- Torres, Francisco. 'La guerra en Castilla durante la primera mitad del siglo XV: las campañas de don Álvaro de Luna a través de las Crónicas', *Revista de Historia Militar* 63 (1987), 9-36.
- Torres, Juan. 'La conquista del marquesado de Villena en el reinado de los Reyes Católicos', *Hispania* 13 (1953), 37-151.
- *Xiquena, castillo de la frontera* (Murcia: Diputación de Murcia, 1960).

- ‘Las treguas con Granada de 1462 y 1463’, *Hispania* 90 (1963), 163-199.
 - *La regencia de don Fernando el de Antequera y las relaciones castellano-granadinas (1407-1416)* (Granada: Universidad de Granada, 1967).
 - ‘Los condestables de Castilla en la Edad Media’, *Anuario de Derecho Español* 41 (1971), 57-112.
 - ‘La segunda campaña. Antequera 1410’, *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos XXI* (1972), 37-51.
 - ‘La historicidad del romance Abenámar, Abenámar’, *Anuario de Estudios Medievales* 8 (1972-1973), 225-256.
 - ‘Enrique IV y la frontera de Granada (las treguas de 1458, 1460 y 1461)’ en Juan de Mata Carriazo ed., *Homenaje al profesor Carriazo* (Sevilla: Facultad de Filosofía y Letras, 1973), vol. III: 345-380.
 - ‘Las relaciones castellano-granadinas desde 1416 a 1432. I.- Las treguas de 1417 a 1426’, *Cuadernos de Estudios Medievales* 7-8 (1978-1979), 297-311.
 - ‘Las treguas con Granada de 1469 y 1472’, *Cuadernos de Estudios Medievales* 4-5 (1979), 211-236.
 - ‘El adalid en la frontera de Granada’, *Anuario de Estudios Medievales* 15 (1985), 345-366.
 - ‘Apellido y cabalgada en la frontera de Granada’, *Estudios de Historia Antigua y Medieval* 5-6 (1985-1986), 177-190.
 - ‘La actividad bélica granadina en la frontera murciana (ss. XIII-XV)’. *Príncipe de Viana (Homenaje a José María Lacarra)* 2-3 (1986), 721-739.
 - ‘Las relaciones castellano-granadinas, 1427-1430’ en Cristina Segura coord., *Relaciones exteriores del Reino de Granada, IV Coloquio de Historia Medieval Andaluza* (Almería: Instituto de Estudios Almerienses, 1988): 83-103.
 - ‘La frontera murciano-granadina en el reinado de Enrique II’ en *Homenaje al Prof. Jacinto Bosch Vilá* (Granada: Universidad de Granada, 1991) vol. I: 379-392.
 - ‘Conquista y pérdida de Huéscar en el reinado de Juan II de Castilla’, *Murgetana* 84 (1992), 81-99.
 - ‘La guerra de Granada. La documentación de los archivos murcianos’ en Miguel Ángel Ladero ed., *La incorporación de Granada a la Corona de Castilla* (Granada: Diputación Provincial de Granada, 1993): 469-483.
 - ‘Dualidad fronteriza: guerra y paz’ en Pedro Segura coord., *La frontera oriental nazarí como sujeto histórico* (Almería: Instituto de Estudios Almerienses, 1997), 63-77.
- Triano, José Manuel. *La llamada del rey y el auxilio del reino* (Sevilla: Universidad de Sevilla, 2018).
- Tsursumia, Mamuka. ‘Couched Lance and Mounted Shock Combat in the East: The Georgian Experience’, *Journal of Medieval Military History* 12 (2014), 81-108.
- Valdaliso, Covadonga. ‘Construcciones de la memoria: la batalla de Nájera en las crónicas de la época’ en María Helena da Cruz, Saúl Antonio Gomes y Antonio Manuel Ribeiro coords., *VI Jornadas luso-espanholas de História Medieval: A Guerra e a Sociedade na Idade Média*, (Coimbra: Sociedade Portuguesa de Estudos Medievais, 2009), vol. II: 295-307.
- Valdeón, Julio. ‘Señoríos y nobleza en la Baja Edad Media (el ejemplo de la Corona de Castilla)’, *Revista d’Historia Medieval* 8 (1997), 15-24.
- ‘Poder y sociedad en la Castilla del siglo XV’ en Manuel González coord., *La Península Ibérica entre el Mediterráneo y el Atlántico. Siglos XIII-XV* (Cádiz: Sociedad Española de Estudios Medievales, 2006): 459-469.

- Valdés, Aurelio. *Historia de la artillería de costa española* (Madrid: Ministerio de Defensa, 2014).
- Vale, Malcolm. 'New Techniques and Old Ideas: The Impact of Artillery on War and Chivalry at the End of the Hundred Years War' en *War, Literature and Politics in the Late Middle Ages: Essays in Honor of G. W. Coopland* (Liverpool: Liverpool University Press, 1975), 57-72.
- *War & Chivalry. Warfare and Aristocratic Culture in England, France and Burgundy at the End of the Middle Ages* (Athenas: University of Georgia Press, 1981).
 - 'Seigneurial Fortification and Private War in Later Medieval Gascony' en Michael Jones ed., *Gentry and Lesser Nobility in Late Medieval Europe* (Gloucester-Nueva York: St. Martin's Press, 1986): 133-148.
 - 'Aristocratic Violence: Trial by Battle in the Later Middle Ages' en Richard W. Kaeuper ed., *Violence in Medieval Society* (Woodbridge: The Boydell Press, 2000): 159-182.
- Vann, Theresa. 'Reconstructing a society organized for war' en Andrew Villalon and Donald Kagay eds., *Crusaders, condottieri, and cannon: medieval warfare around the Mediterranean* (Leiden: Brill, 2003): 389-416.
- Veas, Francisco. 'Lorca, base militar murciana frente a Granada en el reinado de Juan II (1406-1454)', *Miscelánea Medieval Murciana* 5 (1980), 159-188.
- Verbruggen, Jan F. 'La tactique militaire des années de chevaliers', *Revue du Nord* 29/115 (1947), 161-180.
- 'Un plan de bataille du duc de Bourgogne (14 septembre 1417) et la tactique de la l'époque', *Revue Internationale d'histoire Militaire*, 20 (1959), 443-445.
 - 'La tactique de la chevalerie française de 1340 a 1415', *Publications de l'Université d'État a Elizabethville* (1961), 39-48.
 - 'Flemish Urban Militias against French Cavalry Armies in the Fourteenth and Fifteenth Centuries', *Revue Beige d'histoire militaire*, 24, (1981), 359-382.
 - *The Art of Warfare in Western Europe during the Middle Ages from the Eighth Century to 1340* (Woodbridge: Boydell, 1997).
 - 'The Role of the Cavalry in Medieval Warfare' (traducción por Kelly DeVries), *Journal of Medieval Military History* III (2005), 46-71.
- Viguera, María Jesús. 'Fuentes árabes alrededor de la guerra de Granada' en Miguel Ángel Ladero ed., *La incorporación de Granada a la Corona de Castilla* (Granada: Diputación Provincial de Granada, 1993): 419-411.
- 'Guerra y paz en la frontera nazarí desde las fuentes árabes' en Pedro Segura coord., *La frontera oriental nazarí como sujeto histórico* (Almería: Instituto de Estudios Almerienses, 1997): 79-89.
- Villalon, Andrew. 'Cut Off Their Heads, or I'll Cut Off Yours: Castilian Strategy and Tactics in the War of the Two Pedros and the Supporting Evidence from Murcia' en Andrew Villalon y Donald J. Kagay eds., *The Hundred Years War (Part II): Different vistas* (Leiden y Boston: Brill, 2008): 153-184.
- 'Battle-Seeking, Battle-Avoiding, or Perhaps Just Battle-Willing? Applying the 'Gillingham Paradigm' to Enrique II of Castile', *Journal of Medieval History* 8 (2010), 131-154.
- Villalon, Andrew; Kagay, Donald J. (eds.). *The Hundred Years War: A wider focus* (Leiden y Boston: Brill, 2005).
- *The Hundred Years War (Part II): Different vistas* (Leiden y Boston: Brill, 2008).
 - *The Hundred Years War (Part III): Further Considerations* (Leiden y Boston: Brill, 2013).

- Villalon, L.J. Andrew; Kagay, Donald J. *To Win and Lose a Medieval Battle. Nájera (April 3rd, 1367), a Pyrrhic Victory for the Black Prince* (Leiden: Brill, 2017).
- Villarroel, Óscar. ‘Política y rebelión en el siglo XV andaluz: la situación cordobesa ante la expedición del infante Enrique (1443-1445)’, *En la España Medieval* 34 (2011), 215-228.
- Viterbo, Sousa. *A batalha de Touro. Alguns dados e documentos para a sua monographia histórica (1900)* (Lisboa: Kessinger Publishings, 2010).
- Vitores, Imanol; Bochaca, Michel. ‘Une attaque Castillane contre le Labourd en 1419: Portée Militaire et Enjeux Stratégiques d’une Algarade Frontalière’, *Annales du Midi* (2015), 25-46.
- VV.AA. *Aproximación a la historia militar de España* (2. vols., Madrid: Vicens Vivens, 2006).
- VV.AA. *Artillería y Fortificaciones en la Corona de Castilla durante el reinado de Isabel la Católica 1474-1504* (Madrid; Ministerio de Defensa, 2004).
- VV.AA. *Guerra y Diplomacia en la Europa Occidental. 1280-1480. Actas de la XXXI Semana de Estudios Medievales de Estella* (Pamplona: Gobierno de Navarra, 2005).
- VV.AA. *Guerra, paz y diplomacia a lo largo de la Historia* (Valladolid: Universidad de Valladolid, 2012).
- VV.AA. *Manual Combined: U.S. Marine Corps Basic Reconnaissance Course (BRC) References (U.S. Marine Corps, U.S. Army)* (Amazon Digital Services: Kindle Edition, 2018).
- Walter, Bastian. ‘Urban Espionage and Counterespionage during the Burgundian Wars (1468-1477)’, *Journal of Medieval Military History* 9 (2011), 132-145.
- Watts, John. *La formación de los sistemas políticos. Europa (1300-1500)* (Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 2016).
- Williams, Alan; Edge, David; Capwell, Tobias. ‘An experimental investigation on Late Medieval combat with the couched lance’, *Journal of the Arms and Armour Society* 22 (2016), 2-29.
- Williams, Guy. ‘The Rise of Heavy Infantry and the Demise of Heavy Cavalry at the End of the Medieval Period’, *Saber and Scroll* 2/2 (2013), 1-73.
- Woosnam-Savage, Robert; DeVries, Kelly. ‘Battle Trauma in Medieval Warfare: Wounds, Weapons and Armor’ en Larissa Tracy y Kelly DeVries eds., *Wounds and Wound Repair in Medieval Culture* (Leiden: Brill, 2015): 27-56.
- Wright, Nicholas. ‘Pillagers and brigands in the Hundred Years War’, *Journal of Medieval History* 9 (1983), 15-24.
- *Knights and peasants: The Hundred Years War in the French countryside* (Woodbridge: Boydell, 1998).
- Zouache, Abbas. ‘Western vs. Eastern Way of War in the Late Medieval Near East: An Unsuitable Paradigm: A Review Essay of David Nicolle’s Late Mamlūk Military Equipment’, *Mamlūk Studies Review* 18 (2015), 301-325.

ANEXO I. TABLAS

TABLA Nº 1. AÑOS DE GUERRA EN LA CASTILLA DEL XV

DURACIÓN	TIPO DE ENFRENTAMIENTO	ENEMIGO
1407-10	Guerra exterior	Granada
1412-3	Intervención en guerra civil aragonesa	
1429-30	Guerra civil/exterior	Navarra y Aragón
1430-9	Guerra exterior	Granada
1441-5	Guerra civil	
1446-1453	Inestabilidad interna	
1455-8	Guerra exterior	Granada
1461	Guerra exterior	Navarra
1462	Guerra exterior	Granada
1464	Guerra exterior	Granada
1465-8	Guerra civil	
1468-74	Inestabilidad política y guerras privadas	
1475-9	Guerra civil/exterior	Portugal
1482-92	Guerra exterior	Granada

TABLA Nº 2. CAPITANÍAS FRONTERIZAS EN LA GUERRA CONTRA NAVARRA Y ARAGÓN (1429-30)¹

SECTOR FRONTERIZO	CAPITÁN	SERVICIO	TROPAS ASIGNADAS
Frontera de Navarra, desde Haro hasta Alfaro	Pedro de Velasco, Camarero Mayor	1429-1430	600 lanzas y 1.000 peones
	Pedro de Zúñiga, conde de Ledesma	1430	–
Frontera de Aragón, base en Ágreda	Iñigo López de Mendoza, señor de Hita y Buitrago	1429-1430	300 lanzas y 600 peones
	Fernando Álvarez de Toledo, señor de Valdecorneja	1429-1430	–
Frontera con el reino de Valencia, base en Requena	Luis de Guzmán, maestre de Calatrava y	1430	–
	Diego de Ribera, adelantado mayor de la Frontera		
Reino de Murcia	Alfonso Yáñez Fajardo, adelantado de Murcia	1429-1430	–

¹ CJII-CODOIN, 114-5, 199; CJII-BAE, 465, 482-3.

TABLA Nº 3. CAPITANÍAS FRONTERIZAS EN LA GUERRA CONTRA GRANADA (1430-31)²

SECTOR FRONTERIZO	CAPITÁN	SERVICIO	TROPAS ASIGNADAS
Obispado de Jaén	Diego Gómez de Ribera, adelantado mayor de la Frontera	1430-1431	500 lanzas
Arzobispado de Sevilla y Córdoba, base en Écija	Fernando Álvarez de Toledo, señor de Valdecorneja	1430-1431	500 lanzas
Jeréz de la Frontera	Pedro García de Herrera, mariscal de Castilla	1430-1431	500 lanzas
Obispado de Cartagena	Alfonso Yáñez Fajardo, adelantado de Murcia	1430-1431	500 lanzas

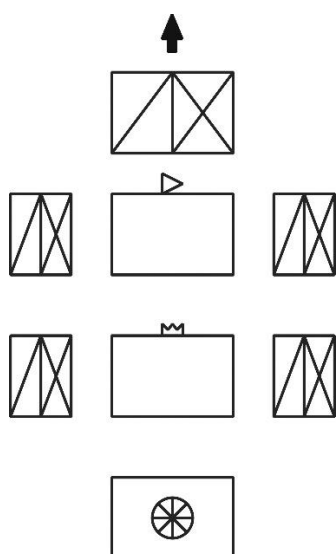
TABLA Nº 4. CAPITANÍAS FRONTERIZAS EN LA GUERRA CONTRA GRANADA (1431-39)³

SECTOR FRONTERIZO	CAPITÁN	SERVICIO	TROPAS ASIGNADAS
Arzobispado de Jaén y Córdoba	Luis de Guzmán, maestre de Calatrava	1431-1432	600 lanzas y jinetes
	Pedro Álvarez de Osorio, señor de Villalobos y Castroverde	1432-1433	–
	Fernando Álvarez de Toledo, señor de Valdecorneja	1434-1437	600 lanzas
	Iñigo López de Mendoza, señor de Hita y Buitrago	1437-1439	–
Arzobispado de Sevilla	Diego Gómez de Ribera, adelantado Mayor de Andalucía	1431-1434	500 lanzas y jinetes
	Gutiérrez de Sotomayor, maestre de Alcántara	1434-1436	–
	Pedro de Zúñiga, conde de Ledesma	1436-1438	–
	Juan de Guzmán, conde de Niebla	1438/1439-1439	–

² CJII-CODOIN, 221; CJII-BAE, 487.

³ CJII-CODOIN, 312, 371; CJII-BAE, 500, 512, 519, 547, 550; HHMC, 124. La información obtenida de las fuentes cronísticas ha sido complementada con los siguientes trabajos: García, ‘Jerez en las relaciones’, 203-4; López de Coca, ‘Fernando Álvarez de Toledo’, 643-66.

ANEXO II. ÓRDENES DE MARCHA



El señor de Marchena, el alcaide de los Donceles y algunos de Córdoba, 1.000 jinetes.

Condestable Ruy López Dávalos en vanguardia.

Ala derecha: Juan de Velasco y Pedro de Estúñiga, 1.000 peones.

Ala izquierda: los Adelantados de Castilla y León, 1.000 peones.

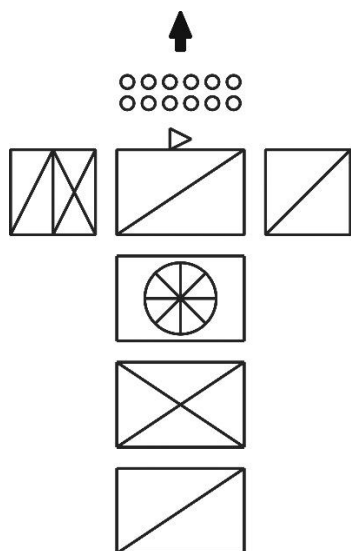
Fernando de Trastámara, la *batalla* real

Ala derecha: el obispo de Palencia, 2.000 peones y 600 lanzas.

Ala izquierda: el adelantado de Andalucía, 2.000 peones.

Recuaje y tal vez 5.000 peones.

Fig. 1: Antequera, 1410.



500 rocines.

Álvaro de Luna en vanguardia, 1.500 hombres de armas y 500 jinetes

Ala derecha: 300 hombres de armas y 500 rocines

Ala izquierda: 300 hombres de armas, 500 rocines y 4-5.000 peones

Recuaje.

1.000 peones.

Retaguardia 500 jinetes.

Fig. 2: Cabalgada de Álvaro de Luna, 1431.

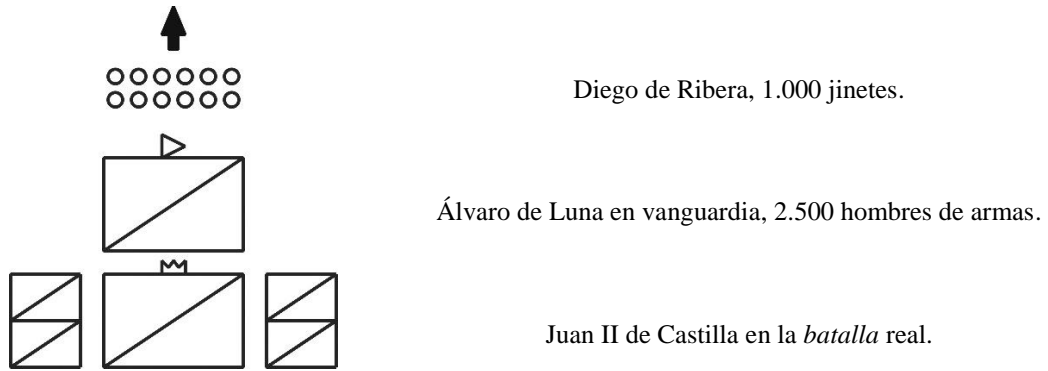


Fig. 3: Campaña de La Higuera, 1431

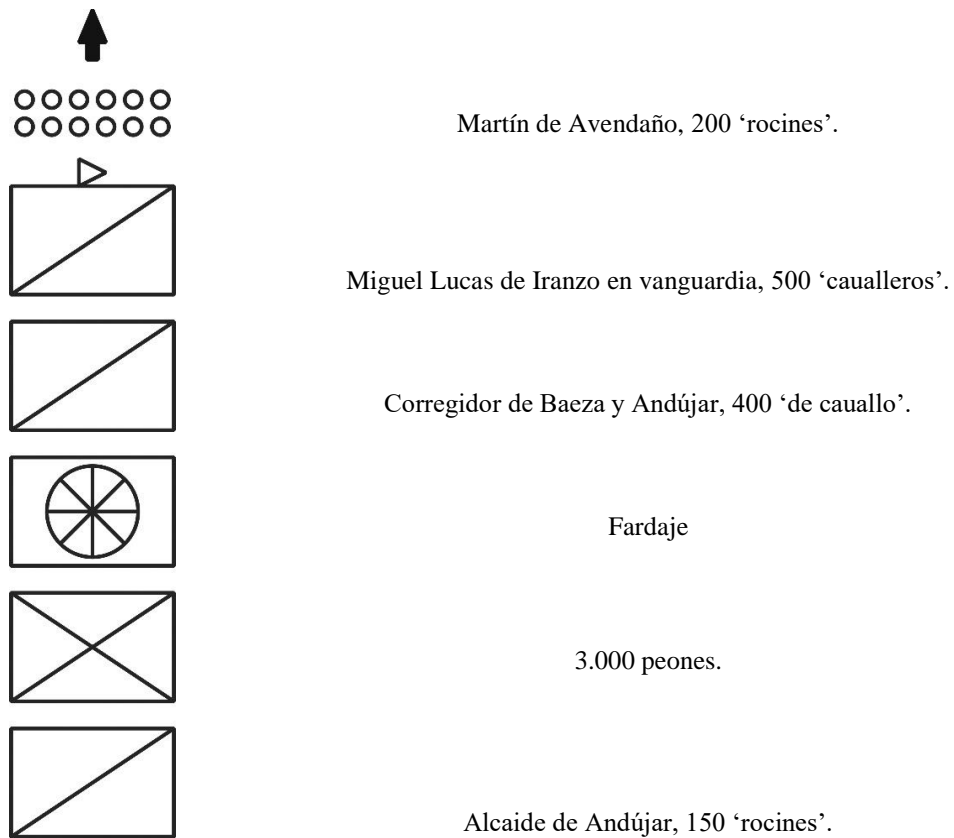


Fig. 4: Cabalgada de Miguel Lucas de Iranzo en el reino de Granada, 1462.

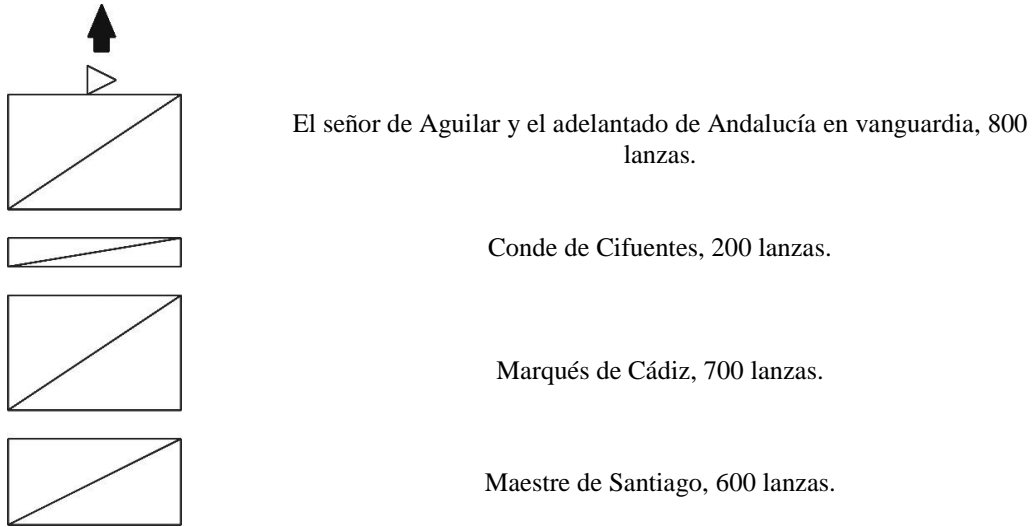


Fig. 5: Cabalgada dirigida contra la Axarquía malagueña, 1483.

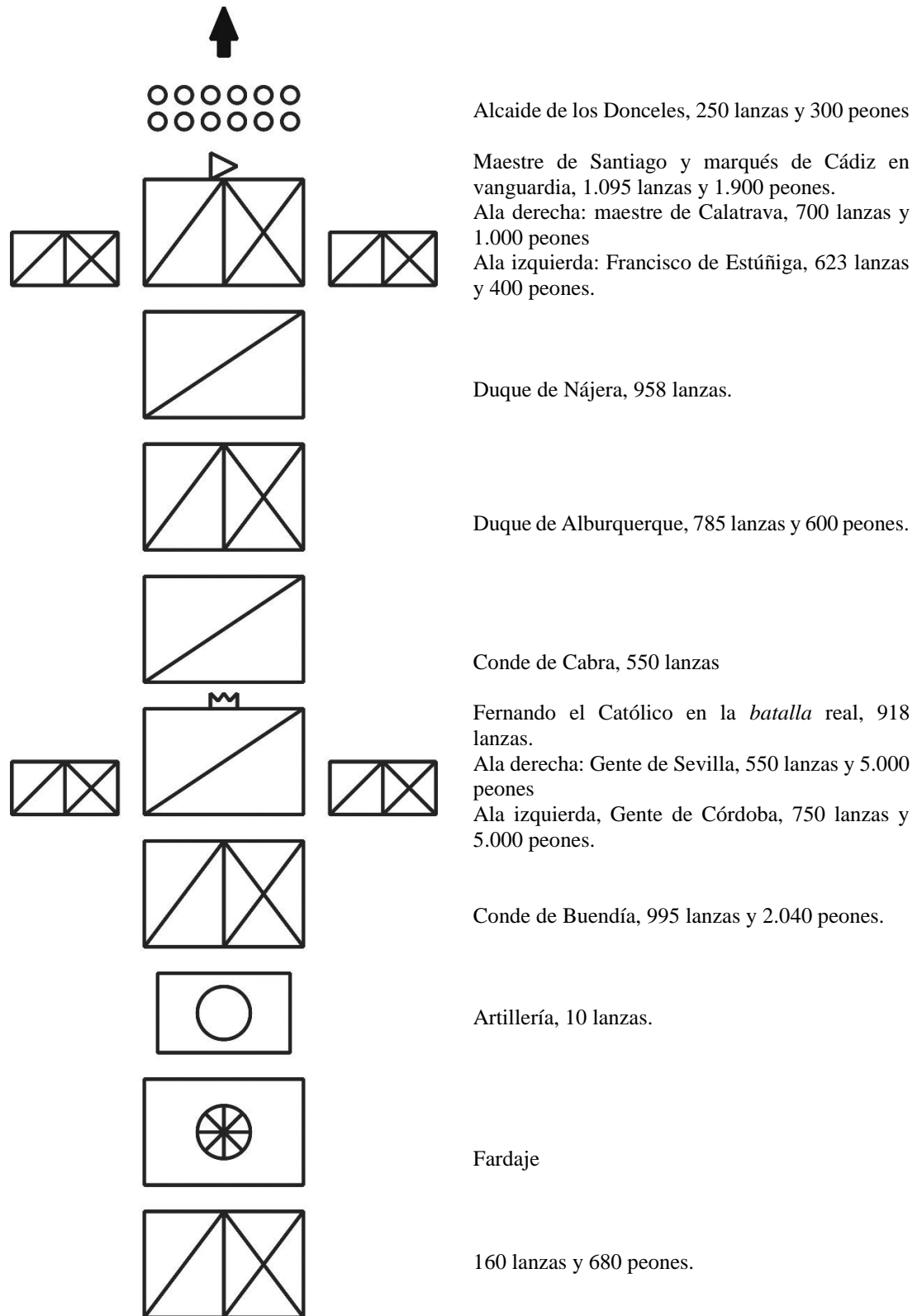


Fig. 6: Cabalgada de Fernando el Católico en la Vega de Granada.

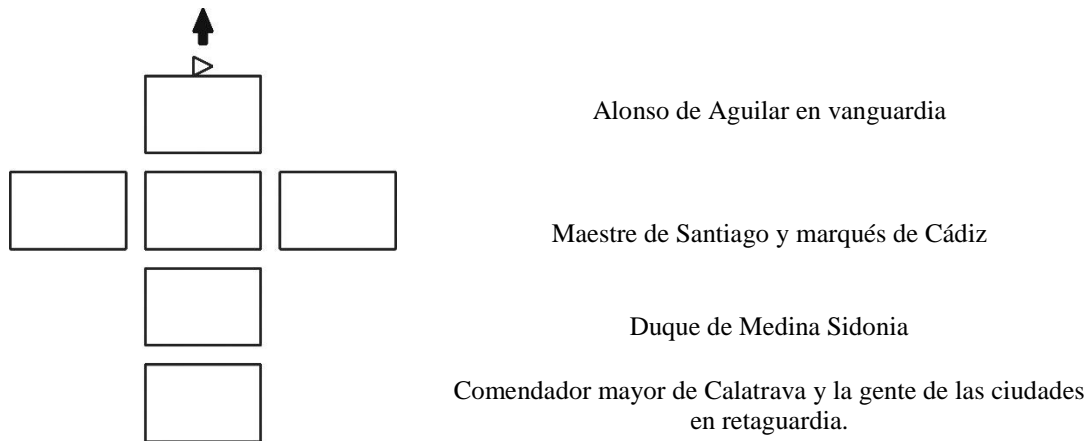


Fig. 7: Cabalgada dirigida contra los alrededores de Málaga, 1484.

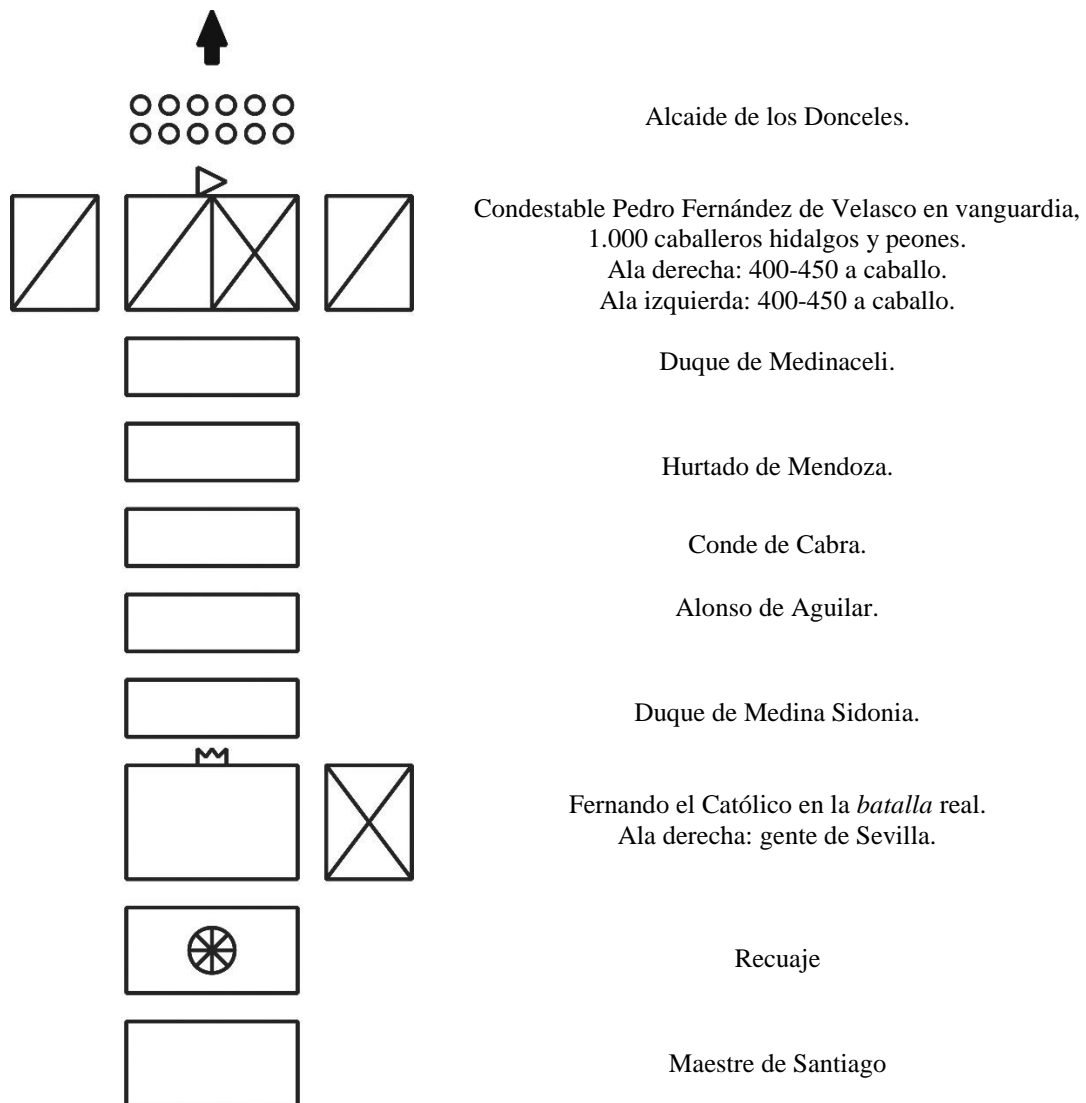


Fig. 8: Entrada en el reino de Granada, 1485.

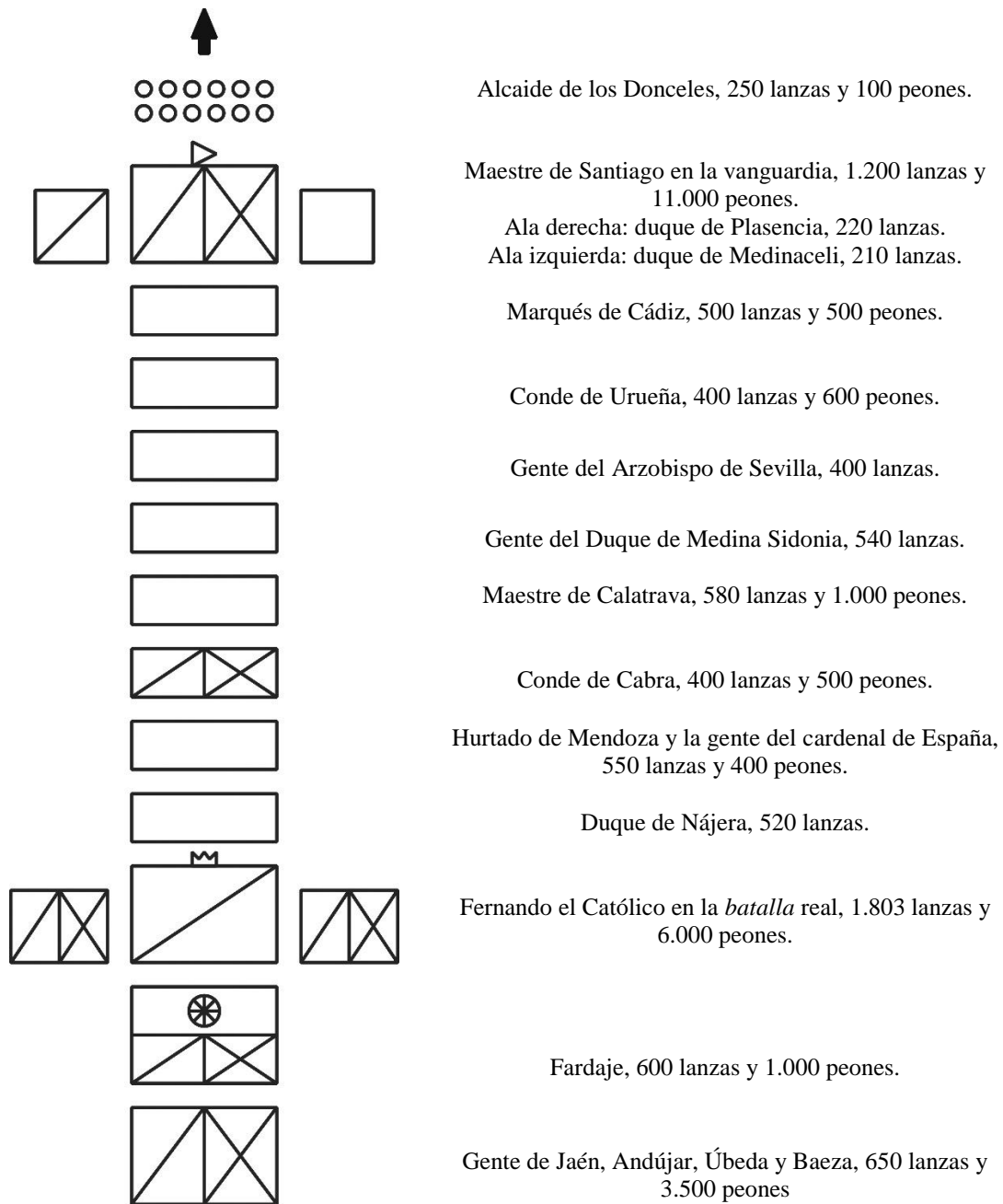
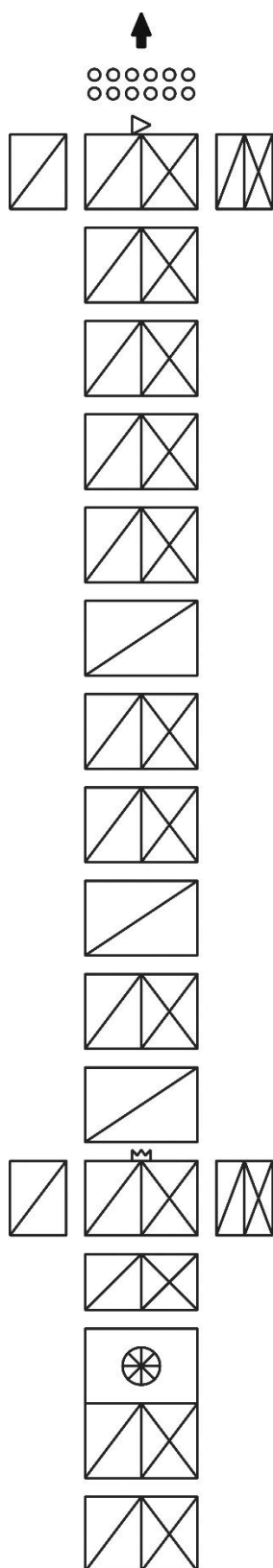


Fig. 9: Hueste dirigida al asedio de Vélez-Málaga, 1487.



Alcaide de los Donceles, 150 caballeros.

Maestre de Santiago en vanguardia, 1.950 lanzas, 700 peones y 150 espingarderos.

Ala derecha: clavero de Calatrava, 400 lanzas y 1.000 peones.

Ala izquierda: Pedro López Padilla, 200 lanzas.

Diego López de Haro, 150 caballeros y 4.000 peones

Cardenal de España, 1.000 hombres de armas y jinetes y 1.000 peones.

Gente a pie y a caballo de las Hermandades.

Conde de Cabra y Martín Alonso de Montemayor, 420 caballeros y 500 peones.

350 lanzas.

Marqués de Aguilar, 420 lanzas y 200 peones.

Francisco de Velasco, 300 lanzas y 180 peones.

450 lanzas.

300 lanzas y 300 peones.

Conde de Tendilla, 585 lanzas.

Fernando el Católico en la *batalla* real. 1728 lanzas y 3.030 peones.

Ala derecha: 500 lanzas y 5.000 peones.

Ala izquierda: 600 lanzas y 4.000 peones.

Sarmiento, 110 lanzas y 500 peones.

Fardaje, 750 lanzas y 2.800 peones.

Retaguardia, 1.210 lanzas y 1.000 peones.

Fig. 10: Hueste dirigida al asedio de Baza, 1489.